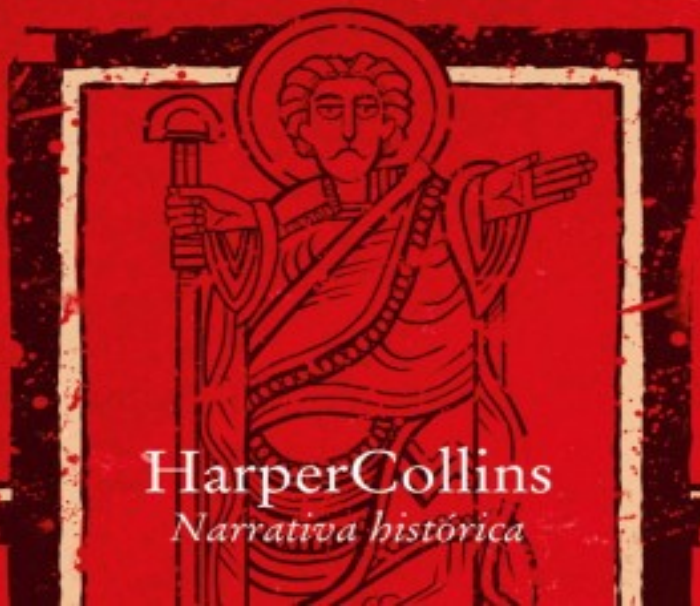
SEBASTIÁN ROA

Autor de la *Trilogía Almohade*

La estirpe del águila

Tras siglos de oscuridad, violencia y muerte, surgirá un linaje destinado a cambiar la historia



HarperCollins
Narrativa histórica

Portadilla

SEBASTIÁN ROA

Autor de la Trilogía Almohade



HarperCollins

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollinsiberica.com

La estirpe del águila
© Sebastián Roa, 2025
© 2025, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA). HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.

Arte de cubierta y mapas de las guardas: CalderónStudio

ISBN: 9788410644557

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Aclaración previa y galería de personajes
Cita
Prefacio
Primera parte
- 1. La caza
- 2. Home granizo
- 3. Buenas semillas
- 4. Nájera
- 5. Un caballo negro
- 6. Injusticia
- 7. O lobo de ferro
- 8. El día en que corrió la sangre
- 9. Un conde para Castilla
- 10. Clamar venganza
- 11. Dona d'aigua
- 12. El oficio del metal

Segunda parte
- 13. Vasallaje
- 14. El regalo de la reina
- 15. Por la sangre de Cristo
- 16. Ordalía
- 17. Arrano Beltza
- 18. Una tumba nueva
- 19. Y una vieja reliquia
- 20. Venganza
- 21. De sangre

22. Imaginación
23. Causas perdidas
24. Las gemelas de Foix
25. Amor verdadero
26. Se mata y se muere
27. Nubes de tormenta
28. Los tapices de Ermesinda
29. Tamarón
Tercera parte
30. Por la gracia de Dios
31. Cambios de dinastía
32. Lluvia de estrellas
33. Duelo en Roda
34. Halcones y águilas
35. Al otro lado del espejo
36. Sembrar cizaña
37. Echar a volar
38. Nueva sangre
39. Ojo por ojo
40. Lealtad o justicia
41. El reino del bosque
42. El heredero
43. Tafalla
44. Una nueva dinastía
Epílogo. La ponte les xanes
Apéndice histórico Lo que fue y lo que no fue
Si te ha gustado este libro…

Dedicatoria

Para Carmen, mi madre, que siempre se dejaba a sí misma para el final. Mira, mamá: ahora estás al principio.
Y para Manuela, mi otra madre, que seguro que sigue sonriendo. Sí, maña: todo esto ha salido de mi cabeza.

Aclaración previa y galería de personajes

Las páginas siguientes contienen una buena cantidad de personajes y lugares cuyos nombres han cambiado desde el siglo XI, y que aún hoy varían por la diversidad de ámbitos lingüísticos de procedencia, así como por la ambigüedad de las fuentes. Dado que este es un texto con vocación literaria, las decisiones que he tomado al respecto han de atribuirse a esa condición. Lo mismo vale para otros recursos destinados a evitar sobrecargas y confusiones. Al final de la novela incluyo un apéndice que aclarará, al menos en parte, qué aspectos de la narración provienen de mi imaginación y qué otros salen de narraciones previas, ya sean de peso histórico, ya de carácter legendario. No aconsejo acudir a dicho apéndice hasta haber concluido la lectura de la obra.

A continuación, por orden alfabético, se listan los personajes con peso en la novela, tanto si disponen de papel propio en el campo diegético como si su simple referencia es importante. La mayor parte de ellos carece de papeles extensos, pero el lector puede acudir a esta lista en cualquier momento de la narración. Los detalles de su descripción corresponden bien al momento en que se inicia la acción en la obra —año 1028— o bien a la primera escena en la que aparecen o se los nombra. Los marcados con un asterisco (*) se corresponden con los ideados por el autor; los demás se basan en los consagrados por la historiografía, por la leyenda o por ambas.

Abú Yaffar. De nombre completo, Abú Yaffar Ahmed ibn Sulaymán ibn Hud. Es el primogénito del *walí* Ibn Hud y reside en Zaragoza junto con sus cuatro hermanos.

Abú Yibril Yaqub*. Alarife toledano, famoso por sus innovadores proyectos arquitectónicos en Valencia.

Alfonso, rey de León. Conocido históricamente como Alfonso V. Muerto en 1028 durante el asedio de Viseo, en el condado leonés de Portugal.

Al-Mansur. Abú Amir Muhammad ibn Abí Amir, conocido sobre todo como Almanzor, muerto en el año 1002. General de los ejércitos cordobeses durante el apogeo del califato Omeya, antes de la Fitna. Sembró el terror entre los cristianos y los mantuvo encerrados en sus pequeños estados norteños.

Armengol el Peregrino, conde de Urgel. Conocido históricamente como Armengol II. Su primogénito también se llama Armengol.

Arnau Mir de Tost. Noble de Tost, en el condado de Urgel.

Arnulfo. Obispo de la Ribagorza, con sede en Roda de Isábena.

Arsenda de Fluviá. Doncella de procedencia incierta, se cree que vive en el condado de Besalú.

Ava de Ampurias. Hija del conde Hugo I de Ampurias, se espera que sea la esposa de Arnau Mir de Tost.

Berenguer Ramón, conde de Barcelona, de Gerona y Osona. Conocido históricamente como Berenguer Ramón I el Curvo. Hijo de Ramón Borrell y de Ermesinda de Carcasona. Casado con una hermana —ya difunta— del conde de Castilla y de la reina de Pamplona.

Bermudo, rey de León. Hijo de Alfonso V. Accede al trono siendo un niño, tras morir su padre prematuramente en Viseo. Históricamente conocido como Bermudo III.

Blasco. Abad de San Juan de la Peña, sucesor del abad Paterno.

Blasco Oriol. Noble aragonés.

Bonafilia*. Campesina de la aldea de Lárrede, en Aragón.

Cresconio, canónigo del cabildo de Compostela y ayudante del ya anciano obispo titular, Vistruario.

Cristina, hija de Fernán Flaínez y segunda esposa del conde de Oviedo.

Dacco* e Isarno*. Hermanos, miembros de la baja nobleza en Roda de Isábena.

Diego Vélaz, Matalobos. El menor de los hermanos Vélaz, antiguo linaje de los condes de Álava, desposeídos por los condes de Castilla.

Domingo de Villaoria. Joven eremita. Quiere ser monje y ayudar a los peregrinos que van a Compostela.

Doneta*. Monja renegada que vive aislada en una cueva, al norte de Jaca. Ha cobrado fama de encantaria.

Fray **Durando***. Portero de Sasabe, sede episcopal de Aragón.

Ermesinda de Carcasona, la Abuela. Históricamente más conocida como Ermessenda. Condesa de Barcelona por matrimonio con Ramón Borrell; ejerció el poder otras dos veces, en primer lugar junto a su hijo Berenguer Ramón I, y después con su nieto Ramón Berenguer I.

Ermesinda de Foix. Hija del conde de Foix y Bigorra. También conocida como Gisberga, su nombre de nacimiento. Gemela de Estefanía y criada, como ella, a la sombra de su tía Ermesinda, condesa de Barcelona, de la que tomó nuevo nombre.

Estefanía de Foix. Hija del conde de Foix y Bigorra. Hermana gemela de Ermesinda de Foix y, como ella, criada en la corte condal de Barcelona.

Faruq ibn Balasquí*. Alarife madrileño residente en Zaragoza.

Favila Pérez. Mayordomo de Bermudo III, rey de León.

Felicia López de Arboniés*. Doncella de la reina Mayor de Pamplona, aya del infante Gonzalo.

Fernán Gutiérrez. Personaje de dudosa historicidad al que se hace pasar por conde de Monzón, aunque dicha dignidad ha sido ya integrada en el condado de Castilla.

Fernando. Hijo mediano del rey Sancho III de Pamplona y de su esposa Mayor.

Ferrolupo*. De nombre, Lupo de Ferreiros. Bandido gallego.

Conde **Flaínez**. Fernando Flaínez de nombre completo, tenente de León. Primo político del rey Sancho III de Pamplona.

Fortún Aznárez. Noble aragonés, tenente de Senegüé.

Froilán. Obispo de Oviedo desde 1036.

Galindo. Presbítero de San Martín en Morillo de Monclús, Sobrarbe. Tiene un hijo llamado Bradila.

García. Segundogénito del rey Sancho III de Pamplona, pero el primero de sus hijos legítimos al ser su madre Mayor de Castilla. Por lo tanto, principal heredero.

Gavilán*. Veterano algareador de frontera oriundo de las montañas aragonesas, conocedor de las trochas, las cuevas y los barrancos.

Gonzalo. El menor de los hijos legítimos del rey Sancho III de Pamplona y de su esposa Mayor de Castilla.

Goto. Noble castellana, abadesa de San Miguel de Pedroso.

Guillermo el Gordo, conde de Besalú. Conocido históricamente como Guillermo I.

Guislaberto, obispo de Barcelona desde 1034.

Hisham. Abú Bakr Hisham ibn Muhammad, conocido históricamente como Hisham III. Último califa cordobés. Con su deposición y su huida a Lérida se considera terminada la Fitna y se extingue el califato Omeya.

Ibn al-Hakam. Cadí de Zaragoza bajo la dinastía tuyibí, miembro del consejo emiral.

Ibn Hud. De nombre completo, Abú Ayub Sulaymán ibn Hud**,** militar veterano, *walí* de Tudela y Lérida, vasallo del rey de Zaragoza.

El **Infanz**, conde de Castilla. Llamado así por su juventud, de nombre Sancho. Hermano pequeño de Mayor, reina de Pamplona.

Íñigo Vélaz. Hermano mediano de los Vélaz, antiguo linaje de los condes de Álava, desposeídos por los condes de Castilla.

Ismail al-Mamún. Primogénito del emir toledano Ismail az-Zafir.

Ismail az-Zafir. Emir de la taifa de Toledo desde 1032.

Jimena. Hija legítima del rey Sancho III de Pamplona y de su esposa Mayor. Nacida después de Fernando y antes de Gonzalo.

Jimeno Garcés, el Eitán. Noble muy cercano al rey Sancho III de Pamplona, del que es amigo íntimo. Mentor o padrino de Ramiro, señor de Atarés y Boltaña, en Aragón.

Julián, obispo de Oca. El prelado más próximo a la corte condal castellana. Reside en el monasterio de Cardeña, muy cerca de Burgos.

Lubb ibn Sulaymán ibn Hud. El menor de los hijos del *walí* Sulaymán ibn Hud.

Mancio, obispo de Aragón, con sede en la iglesia de Sasabe. Segundo con ese nombre. Su sucesor se llamará García.

Mayor de Castilla, reina de Pamplona. Hermana mayor del conde de Castilla y esposa del rey Sancho de Pamplona. Propietaria de importantes derechos nobiliarios.

Mundhir, príncipe de Zaragoza de la dinastía tuyibí. Hijo del emir Yahya al-Muzaffar. Conocido históricamente como Mundhir II.

Munia de Barbenuta. Amante de Ramiro. Hija del señor aragonés Íñigo de Bergua, noble de segunda fila.

Nepociano Osóriz. Noble leonés de segunda fila.

Nuño Cítiz. Noble del reino de León.

Oliba. Obispo de Vich y abad de los monasterios de Ripoll y Cuixá.

Óneca. Abadesa de San Juan de Cillaperlata, tía de la reina Mayor de Pamplona.

Oveco Muñoz. Noble del reino de León.

Paterno. Abad de San Juan de la Peña, antecesor del abad Blasco.

La **Princesita**. De nombre Sancha. Hermana pequeña de Bermudo, rey de León.

Ramón, conde del bajo Pallars. Históricamente conocido como Ramón III de Pallars-Jussá. A la muerte de su padre, se repartió con su hermano las tierras de Pallars, con lo que crearon dos condados: Bajo Pallars —Jussá— al sudoeste y Alto Pallars —Sobirá— al nordeste.

Ramón Berenguer. Primogénito del conde de Barcelona, Berenguer Ramón I, y nieto por tanto de Ermesinda de Carcasona, conocida como la Abuela. Sus hermanos son Sancho y Guillermo.

Ramiro. Primogénito del rey Sancho III de Pamplona, bastardo de este y de su antigua amante, Sancha de Aibar.

Rodrigo Vélaz. El mayor de los tres hermanos Vélaz, del linaje de los condes de Álava, desposeídos antiguamente por los condes de Castilla.

Rodrigo Romániz. Noble leonés, rebelde contra Bermudo III.

Roger de Tosny. Noble normando que se empleó a sueldo para varios nobles ibéricos musulmanes y cristianos.

Sancha de Aibar. Antigua amante de Sancho III de Pamplona, madre de Ramiro. De origen noble, vive retirada en la torre de Aibar y ejerce como su señora.

Sancho, rey de Pamplona. Conocido históricamente como Sancho III el Mayor. Gobierna amplios territorios gracias, en parte, a su matrimonio con Mayor de Castilla.

Sancho, obispo de Pamplona y abad de Leire, uno de los principales consejeros de Sancho III.

Servando, obispo de León.

Shayán*. De nombre completo, Shayán as-Sadr al-Hammam. Halconero de la corte taifal zaragozana.

Sisnando Galiáriz. Noble gallego de bajo rango, rebelde contra León y dado a la crueldad.

Sorgina*, ensalmera de Nájera.

Tigridia. Hermana de la reina Mayor de Pamplona y del Infanz. Abadesa en el monasterio de Oña.

Urraca de Pamplona. Hermana de Sancho III de Pamplona, esposa en segundas nupcias de Alfonso V de León. Madrastra del niño Bermudo y de la Princesita.

Yequtiel ben Yishaq. Gran visir de la taifa de Zaragoza.

Yusuf as-Sansí al-Wanas*. Reputado médico nacido en el Sharq al-Ándalus, concretamente en la alquería de los Banú Tuzari, cerca de Valencia. Aunque ha ganado fama en Córdoba y, tras la Fitna, reside en la corte taifal de Toledo.

†

Cita

There's a fire in the heart of the young,
human temples – drawing power from the sun,
raising sails – navigating the dawn.

(Arde un fuego en el corazón de los jóvenes.
Templos humanos, bebiendo del sol su poder;
velas al viento, surcando el amanecer). Trad. libre

In the heart of the young
(1990, Winger *In the heart of the young)*
Winger

Prefacio

A principios del siglo XI, el equilibrio de fuerzas ha cambiado en la Península Ibérica. El poderoso califato Omeya ha caído desgarrado por luchas intestinas, y ahora los musulmanes se dividen en taifas enfrentadas entre sí.

Al norte, los dos reinos cristianos más poderosos ven llegada su oportunidad. Alfonso V de León parece a priori el mejor preparado, pues gobierna sobre un reino grande; pero ese reino es también débil debido a sus propias tensiones internas y al carácter levantisco de sus nobles, especialmente los castellanos. Con Sancho III de Pamplona es distinto. Gracias a su habilidad diplomática y su oportunismo militar, domina directa o indirectamente en varios territorios bien administrados, dispuestos a lanzarse a la conquista del sur musulmán. Y más al este, entre los condados de la antigua Marca Hispánica destaca uno, el de Barcelona, dirigido por una sagaz y atrevida mujer, Ermesinda.

El futuro está abierto. Los cristianos se miran unos a otros, dispuestos a aprovechar la mínima oportunidad para afianzar su poder y vengarse de la opresión islámica, que los ha mantenido arrinconados en el norte hasta ahora. Es el momento de volar alto o de caer en picado.

Primera parte

(1028-1030)

«Y esa escenografía enmarcaba todos los vicios que hubo siempre, además del coraje, la tristeza y la frustración, y sobre todo el heroísmo, acaso la única cualidad humana forjada por Occidente».

John Steinbeck, *Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros*

1. La caza

†

AGOSTO DE 1028. EN ALGÚN LUGAR ENTRE EL CONDADO DE ARAGÓN Y LA TAIFA DE ZARAGOZA

Matar bien es un negocio que se prepara sin prisa y se ejecuta con rapidez.

Así que Ramiro pasaba la piedra por el filo; despacio junto a la guarda, ligero al llegar a la punta. Lo hacía sin mirar, porque la vista la ponía a lo lejos, más allá del barranco y del camino pedregoso que discurría sobre la cresta y culebreaba entre pinares. Sus labios se movían quedos, recitando una antigua oración montañesa dedicada a ese mismo cuchillo que ahora afilaba. Una plegaria pagana, de antes de las cruces y los santos. Una forma de invocar al metal para derramar la sangre enemiga.

—Ahí van, por la vaguada. A la sombra del cerro, ¿ves, mi señor? Donde el sabinar.

Lo había dicho uno de los serranos, el más viejo con diferencia, mientras señalaba al sur, un poco hacia poniente. Ramiro se fijó en el sitio, al abrigo de un cortado. No distinguió nada de momento, pero podía fiarse de aquel montañés veterano y de su vista de gavilán. Que así lo llamaban, por cierto. Gavilán. Porque era menudo, rápido y letal, y valía como nadie para seguir rastros en el

bosque y detectar a lo lejos partidas de moros algareros. Y durante años también había sido único cazándolos como a ratones. Desde las sabinas llegó el eco de un hipo sordo. Un gimoteo infantil.

Ramiro dejó de afilar su arma y apretó los dientes, tratando de no pensar. De quitarse la imagen que se le había grabado en la mente durante aquella persecución. Dio dos pasos hasta su mula, guardó el esmeril en la alforja y deslizó el pulgar por el borde del cuchillo. Ya estaba bien para el corte. Lo enfundó.

—Di, Gavilán. ¿Se mueven o están parados? ¿Has visto cuántos son?

—Pasaban por un claro —respondió Gavilán—. Pero no sé si he visto a todos o solo a los últimos. No menos de seis. Dos caballos, no diría que más. Los arrastran por las riendas. Los críos viajan juntos, montados en uno de ellos.

Que los moros disponían de cabalgaduras ya se sabía, porque habían localizado las bostas desde un poco más al norte, justo donde la senda se separaba del río Gállego.

—¿Conoces el lugar?

El veterano asintió.

—Barranco Siscoya. Pasa un regato y crecen muchas siscas. Son buenas para encender hogueras.

Los otros montañeses cristianos, hasta una docena, se acercaron al borde de la cresta para curiosear. Rondaban los veinte años, como Ramiro, y todos eran pastores. Gavilán, el que servía como explorador, no. Gavilán vivía de saquear, lo mismo que los moros a los que ahora seguían. Había sido pastor en la juventud, hasta que una incursión musulmana le mató a la familia y lo dejó sin reses. Así que durante años se había desquitado, y ya no quería saber nada de cuidar ganado. Incluso el que robaba al sur, a los mahometanos, lo vendía en tierra cristiana sin pedir gran cosa a cambio. Si acaso, algo de comida caliente y bien hecha para variar su dieta de rapaz. Solo que el tiempo no pasaba en balde y Gavilán estaba ya demasiado viejo, así que ya casi no salía en pos de moros y, si lo hacía, era como esta vez: haciendo de explorador y poco más. Ramiro supo que estaba a punto de revelar algo. Se le notaba en el entornar de ojos. En el rascarse la barba frondosa y entrecana, que brotaba

como púas de erizo entre aquella piel cuarteada y llena de cicatrices. Marcas de frío, calor y hierro.

—Ahora se han separado del camino, diría. Han bajado al barranco, puede que a echar un bocado. Andan confiados. Aun así, llegarán al castillo de Ayerbe antes del anochecer.

—Eso no pasará. —Ramiro aseguró las riendas de la mula, único animal que llevaban—. Si se refugian en Ayerbe, los perdemos. Dejamos al bicho aquí y vamos desembarazados, sin ruido y por la cresta. Con mucho ojo porque estamos ya en tierra de moros, ¿verdad?

—Verdad.

—Pues eso. Les caemos más abajo, cruzando la senda. ¿Lo ves bien, Gavilán?

Al veterano le gustó que Ramiro le pidiera opinión. Asintió. Otro de los serranos se acercó.

—Si llevan caballos es que no son desarrapados. Igual convendría pensarlo.

—No hay nada que pensar —lo cortó Ramiro—. Tú has visto lo mismo que yo, ¿no?

—Sí, mi señor.

—Pues ya está. Si llevan caballos, pues mira: desde más alto caerán las tripas del moro al que rajes. Pero, oye, que para esto hay que tener temple, que lo demás no hace sino estorbar. Puedes volverte si quieres. ¿Quieres?

El aludido miró a sus compañeros y negó muy vehemente, casi indignado.

—Me quedo, mi señor. Yo mato moros como el que más.

—Venga pues.

Gavilán emprendió la marcha. Ramiro le dejó algo de ventaja, lo bastante para no perderlo de vista entre los pinos, y tiró detrás. Los serranos lo siguieron, claro. Cuchillos al cinto, un par de mazas y algún venablo. Sin escudos, sin lorigas ni yelmos. Al estilo de la montaña.

Trotaron por entre los matorrales en fila india, ligeros, zigzagueando para esquivar la coscoja y las rocas. Los serranos se fundían con el terreno, parecía que formaran parte de aquellos

salientes pardos que rompían el sabinar aquí y allá. Gavilán seguía un poco por delante, sin arredrarse por la edad. Apoyándose en los troncos de cuando en cuando para echar miradas abajo y recobrar resuello. Si los sarracenos se daban cuenta de lo que iba a ocurrir, lo más seguro era que intentaran huir, tal vez separándose; o lo mismo buscaban un sitio bueno para plantear defensa. Aunque lo peor que podía pasar es que apareciera algún grupo a caballo desde el sur. Por allí menudeaban las escuadras moras de Ayerbe, patrullando la frontera con Aragón.

La cresta de la elevación descendía, Gavilán se detuvo. Ramiro redujo la marcha y extendió la mano para ordenar el alto. Los serranos obedecieron. Luego se adelantó por la cresta. Encontró al viejo acuclillado, la mirada puesta allá abajo. Habló en un susurro:

—¿Qué pasa, Gavilán?

—Que este es el sitio, mi señor. Quedaremos a su vista tras cruzar el camino, pero el barranco se hunde bastante entre espesura y ramaje, eso los ralentizará si quieren huir. Hay que bajar rápido. Son unos diez. Ah, y lo que yo decía: dos caballos.

—Estupendo. ¿Te ocupas tú de los críos?

—Claro. Estoy mayor para desjarretar moros.

Ramiro repartió órdenes sin hablar, señalando a uno y a otro por dónde quería que atacaran. Abajo se oían los rumores de parla mora, el siseo de las hojas y los gemidos de los críos.

—Una cosa más. En el botín de lo que saquearon en Bailo hay un cuenco, supongo que lo llevarán en una alforja, o en un saco, no sé. No debe dañarse. Es rojizo, no muy grande.

Los pastores cristianos asintieron antes de agazaparse en línea, las armas empuñadas y el corazón retumbando en el pecho. Ramiro levantó la zurda y la mantuvo en alto mientras esperaba atento la señal de Gavilán. Los jóvenes aguantaban la respiración, se tragaban el miedo y observaban a su señor. El viejo no tardó mucho en hacer un único y firme movimiento de cabeza. Ramiro bajó la mano de golpe.

Los cristianos se lanzaron por la ladera. A la par, resbalando por el pedregal y apoyándose en los troncos. Enseguida llegaron a la senda y la atravesaron. Ramiro desenfundó. El fondo del barranco quedó a

la vista de los atacantes. Tal como había dicho el viejo, los moros descansaban junto al lecho casi seco que discurría por la hondonada, con los enebrales, las carrascas y las siscas en la misma orilla, estorbando el movimiento. Uno de los caballos ni siquiera llevaba silla, el otro sí, y sostenía dos pequeñas figuras. Los moros, alertados por el ruido, alzaron la vista. Se multiplicaron los gritos, el lloro infantil de antes arreció. Los infieles sacaron espadas. Ramiro vio brillar el filo de un hacha, también un par de escudos. Los cristianos eran más y bajaban lanzados, invocando a Dios y a su madre, así que los moros retrocedieron. Pisaron agua y barro, trataron de agruparse. Hubo órdenes y breves arengas. Alá es grande y todo eso. No sirvió de nada. Aquello era un bosque, no había sitio para estocadas ni tajos largos. Los serranos lo sabían, por eso lanzaron los dardos a corta distancia. Tres pasaron de largo o se clavaron en troncos, uno atravesó el muslo a un infiel y derramó la primera sangre. Los aragoneses aprovecharon los troncos y las ramas para rodear a los moros, confundirlos y caerles encima en parejas o de tres en tres, resollando y maldiciendo a la madre que había parido a cada infiel. Las puñaladas volaban aprisa, entrando en costados, cuellos, muslos y espaldas. En lo alto del caballo, los niños lloraban cada vez más fuerte. Ramiro apretaba los dientes, esquivando espadazos y fintando cuchilladas. Dos o tres sarracenos se dieron a la fuga, el caballo que iba libre pateó el agua. El moro del hacha le lanzó un golpe brutal a Ramiro, pero solo tajó el aire antes de clavarse en una sabina. El puñal cristiano se enterró en el costado una, dos, tres veces. La cuarta buscó la garganta. El sarraceno, desesperado por defenderse mientras lo agujereaban a conciencia, le soltó un codazo a Ramiro en la ceja. Pero él tenía la sangre encendida y ni acusó el golpe. Dejó que el moro se derrumbara, ya seco. Agarró el mango del hacha, la desclavó de la madera y, casi sin tomar aire, se la encajó en el cráneo a otro de los sarracenos.

—¡Coged a los que escapan! —ordenó.

Media docena de serranos tiraron monte arriba. Uno de ellos, más espabilado, subió al caballo libre y sin silla, y le clavó los talones en los ijares. Cabalgó a pelo, agachando la cabeza para no llevarse el

ramaje conforme trepaba el risco. Todos los moros que quedaban en la vaguada agonizaban, o ni eso. Entre los cristianos, un muerto y un pastor con la mano izquierda casi amputada. Precisamente el único que había sugerido pensárselo antes de atacar y luego no había querido irse. No gritaba, solo se sostenía el codo y miraba incrédulo su carne abierta mientras un compañero trataba de detener la hemorragia. Gavilán desataba ya a los críos. Ayudó a desmontar a la niña primero. Estaba encanada, con el pelo castaño sucio y lleno de tierra, boqueando para meter algo de aire en los pulmones. Se agarraba al viejo como si soltarlo supusiera caer desde la luna. Su hermano, algo más mayor, no lloraba. Tenía la vista fija en ninguna parte, como si viera a través de los montañeses.

—Ya está —le decía Gavilán a la niña, y le palmeó la espalda para que recobrara el aliento—. Ya se ha acabado, preciosa. No os va a pasar nada. Respira. Eso es.

El del brazo a medio cortar se desmayó. No había manera de parar la sangría. Uno de los moros, cruzado de puñaladas, trataba de incorporarse. Ramiro le agarró el pelo, tiró hacia atrás y rajó la garganta, sin darle tiempo ni a suplicar. La cabeza cayó de golpe sobre el agua.

—¿Los críos están enteros?

—Por así decirlo —respondió Gavilán, que por fin lograba que a la niña le entrara aire—. Ella asustada, pero bien, parece. El crío es otra cosa. No sé si se recuperará.

—Ya. —Ramiro levantó la vista. Se frotó la ceja derecha, que ahora empezaba a doler al ritmo de sus latidos. Descubrió que, en el estrépito del combate, había recibido algunos cortes y rozaduras. Lo normal. Los demás serranos iban igual de magullados. El único indemne allí era el viejo Gavilán—. Trasnocharemos aquí. Seguro que los moros llevaban comida en los zurrones, no es plan dejar que se pudra. Ah, y acordaos de buscar el cuenco rojo.

El cristiano herido lanzó un largo gemido y murió al fin. Así que los demás se santiguaron, pusieron los muertos propios juntos, en la ribera, y los lavaron. Luego se entregaron a la tarea de despojar los cadáveres de los moros y las alforjas de los caballos. Encontraron leche de cabra, queso y carne de cordero seca, así como algunas

alhajas de no mucho valor, un par de crucecitas de plata y una piel de comadreja. Amontonaron el botín junto con las armas sarracenas.

—¡Mi señor! —llamó Gavilán—. Creo que aquí está el cuenco que buscabas.

El veterano desenvolvía la pequeña vasija que los moros habían cubierto con un paño sucio. La niña, que no se separaba de él, se sorbía los mocos y miraba con curiosidad la pieza brillante, que viraba del pardo al carmesí. Ramiro tomó el cuenco con cuidado, con ambas manos aunque cabía perfectamente en una. Lo examinó para comprobar que no hubiera desperfectos y se lo devolvió a Gavilán.

—Cúbrelo otra vez y encárgate de él. Hay que llevarlo de regreso a Bailo. Y sin un rasguño.

—Entendido. ¿Es una reliquia, mi señor?

—Eso es. Una reliquia. Como tú.

Echó otra mirada al niño. Ahí seguía, sentado en tierra y con la espalda apoyada en un pino, ajeno al mundo y perdiendo el seso con cada pestañeo. Los que habían salido en persecución regresaban ya. Traían el caballo y a dos prisioneros maniatados. Ramiro se adelantó. Aún llevaba el cuchillo ensangrentado en la mano, a la espera.

—¿No eran tres moros?

—Eran —respondió el pastor que iba a caballo—. Pero al tercero no había manera de cogerlo vivo. Tranquilo, mi señor. No ha escapado.

—Ajá. Traedme a esos dos pues. Y apartad a los niños, que no se enteren. Demasiado han visto ya.

Hicieron lo que decía, y a los sarracenos los arrojaron de rodillas frente a él. Uno se puso a rezar en romance, por si servía de algo. El otro lo hacía en árabe, seguramente porque no se hacía ilusiones. El primero tenía la vista fija en la hoja manchada de sangre que Ramiro esgrimía frente a su cara. Dejó la oración y lo miró a los ojos. Serían de la misma edad.

—Mi padre tiene dinero, buen rescate, hermano. Me llamo Abú Abdalah…

Ramiro no lo dejó acabar. En cualquier otra situación le habría soltado alguna pulla, pero la mala uva le había agriado el humor. Lo

agarró del pelo con la zurda.

—No soy tu hermano.

Y pinchó bajo la oreja, hundiendo el cuchillo hasta la cruz. Luego lo soltó para que se desangrara entre convulsiones. El segundo prisionero trató de levantarse, pero una patada en el pecho lo derribó. Ramiro no esperó a que se incorporara y lo degolló allí mismo, tirado sobre el lecho seco y pedregoso. Solo entonces limpió su arma y la devolvió a la funda. Los demás cristianos lo observaban, sin reproches. Como esperando más órdenes. Fue Gavilán el que habló:

—Ya está, mi señor. ¿Y ahora?

—Ahora que alguien prepare algo para cenar. Pero sin fuego, no nos vean desde Ayerbe. Hay que vigilar el camino. Gavilán, la primera guardia es tuya; y luego a descansar, que te lo has ganado. Y no le quites ojo al cuenco.

†

2. Home granizo

†

DOS DÍAS DESPUÉS. JUNTO A LA ALDEA DE BELLANUGA, CONDADO DE ARAGÓN

Munia había dejado atrás las casas y, tras cruzar el río Aragón saltando entre las piedras —pies desnudos, faldones mojados—, subía el terraplén para alejarse del camino. Tampoco es que le importara cruzarse con los peregrinos que venían desde el norte, aunque algunos la miraban raro, de forma no muy propia de quien viaja por ver la tumba de un apóstol y cubre un largo trecho para hacer penitencia o cumplir promesas. Existía otra razón para alejarse del camino: desde que los peregrinos frecuentaban la ruta, las hierbas buenas había que buscarlas al otro lado del río y más arriba, casi donde la cueva grande y las losas viejas.

Remontó la cuesta con la cesta apoyada en la cadera. Con facilidad, porque estaba hecha a moverse por el monte, y tenía las piernas fuertes y el pecho lleno de vida. Con el pelo largo y rubio, atado con cordel de lana en una trenza que le caía hasta la cintura, los ojos más bien claros y de mirada un poquito triste; la piel blanca por mucho que le diera el sol, el ademán de suma concentración, como si continuamente planeara algo o midiera la cantidad justa de orégano. Munia había nacido entre la nieve que caía del cielo y la

que cuajaba en tierra, y había crecido con las montañas y los árboles, ajena a las falsedades y al disimulo que se da entre quien se cría con otras personas. O entre quien se las toma muy en serio y, sin remedio, entra en el juego de mentir y disimular. Munia no era de tomarse muy en serio a nadie, y mucho menos de mentir o disimular. Se detuvo junto a un haz de quejigos.

—Ramitos del diablo. Mira qué bien.

Se arrodilló, dejó la cesta en tierra y pasó suave la palma sobre las flores amarillas; un roce nada más, como para acariciarlas. Esas antes crecían muy bien junto al camino, pero ahora solo se las podía encontrar pisoteadas por los peregrinos, qué lástima. Arrancó unas pocas hojas con cuidado. Olfateaba cada una antes de posarla en la cesta y cubrirla con un pañito. Bien cocidos y en ayunas, los ramitos del diablo no vendrían mal para domarle los flujos a Belasquita, la hermana del zapatero de Aruex. La pobre lo pasaba muy mal, y el día anterior había ido a verla para pedirle un remedio. «Mi señora Munia —le había dicho—, hazme merced, prepárame un brebaje de esos que tú sabes, que las rayadas que me da la tripa son cosa mala».

Munia no estaba acostumbrada a que la trataran con aparato. Su padre era segundón de un linaje sobrarbense poco notable. Amo de una torre en Barbenuta, a un valle de distancia, y de un par de aldeas en Aragón, y de campos, viñas y vasallos; parecía mucho dicho así, pero se trataba de una torre más bien cochambrosa, de aldeas con cuatro chozas, de campos tirando a yermos, viñas raquíticas y vasallos sin gran apego a su señor. Además, su padre había sufrido una mala caída del caballo hacía años, y desde entonces no podía andar. Se pasaba el día sentado y de mal humor, gritándoles a las crías que le mandaban para servirle.

A quien de verdad se respetaba por aquellas tierras era al tenente de Senegüé, ante el que también debía inclinarse el padre de Munia en las pocas ocasiones en que se dignaba visitarlo. Por eso, porque ella se tenía a sí misma un poco a menos, sospechaba que los aldeanos de Aruex no la consideraban una señora auténtica; y a lo mejor le mostraban algo de respeto a la cara, pero no en cuanto se daba la vuelta. Esa era en parte la razón de que su padre la hubiera

mandado a ella, su única hija, a Aruex: así tenía como un ojo puesto sobre sus vasallos y pensaba que de este modo no le sisarían en las pechas. Pero los vasallos, que de tontos tenían poco, a Munia no terminaban de darle confianzas. Y mira que ella hacía por salir con las lavanderas a charrar, y con las mozas y las chiquillas a por endrinas y gabarderas, y se prestaba a recoger hierbas para cocerlas, y a hacer emplastos y curar las heridas de los labriegos y de los zagales cuando se descalabraban, que para eso tenía ella mano buenísima. Y aun así no había manera de librarse del tratamiento falso y del recelo, «mi señora» si necesito esto, «mi señora» si necesito lo otro, «anda y que te zurzan» si estoy servido. Pues eso: de perdidos al río, y había acabado por aficionarse a ir sola, y hablar si acaso con los pajaritos, y a veces hasta con las flores. Más que la aldea, era el bosque su casa. Y tampoco, porque el bosque se acababa tarde o temprano. Ese era el problema auténtico de Munia: que el mundo se le quedaba pequeño.

Anduvo otro trecho y se entretuvo un poco cortando ramitas secas de roble. Pensaba atarlas con un cordel para colgarlas en la puerta de Belasquita. No iban a ayudarla con los dolores, pero seguro que adornaban mucho, y eso nunca estaba de más, que bastante fealdad había ya por ahí. Se volvió hacia el río y llenó el pecho de aire. Qué bien olía el brezo, y qué gusto daba ver cómo zumbaban las abejas a su alrededor. Tuvo que hacerse sombra con la mano, porque el sol descendía allá lejos. Esa tarde había hecho calor, y bastantes peregrinos bajaban por el camino hacia Jaca. De ahí torcerían a poniente para buscar la ruta principal donde el río Arga, y a los días pasarían por Nájera y por Castilla, y el viaje se alargaría mucho, muchísimo, semanas y semanas. Hasta Compostela, para que la gente pudiera rezar junto a la tumba de Jacobo el Mayor. Algún día Munia iría a ver todo aquello, e incluso más lejos, por mucho que dijeran que allí, cerca de donde reposaba el santo, se acababa el mundo. Volvió a lo suyo y calculó que tenía tiempo para entretenerse un poco más, lo justo para regresar a Aruex antes de que anocheciera. No es que le tuviera miedo a la oscuridad, lo que le preocupaba era más bien el frío.

Vislumbró a un hombre que venía desde el sur a caballo. Entornó los ojos y sonrió. Mira que Munia había cumplido ya diecinueve años: pues desde los dieciséis soñaba a menudo con aquel jinete. De noche más que nada, cuando las sombras y el fresco se posaban sobre Aruex y todo estaba silencioso, y se le calentaba la sangre y se mordía los labios. Pero de día también, mientras recogía flores o bajaba al río a por agua. Era él, seguro. Su amor.

—Mi Ramiro.

Lo dijo con la voz suave y baja, acariciando el nombre. Agitó la mano y lo llamó, a gritos esta vez, hasta que él le devolvió el saludo. Vio que Ramiro tiraba de las riendas para vadear el Aragón y subir a por ella. Notó las cosquillas en el estómago, el escalofrío que le recorría la piel, la sensación del inminente encuentro. Un cambio en la brisa le trajo otro aroma, y una curruca pasó frente a ella, aleteó entre los quejigos y se posó algo más allá, en un gran saúco negro, justo donde un claro daba paso al bosquecillo de fresnos. Ahí estaba el origen del nuevo aroma. El pajarito se puso a picotear los frutos oscuros, y ella caminó de nuevo, sintiendo la hierba en la planta de los pies. La curruca se espantó antes de buscar aposento seguro en una rama alta. Encima se puso a canturrear muy burlona. Munia se echó atrás la trenza para no enredársela con los tallos y se arremangó la camisa blanca, metió el brazo, arrancó un corimbo entero. Sacudió las bayas para que se esparcieran por tierra y miró a lo alto, en busca de la curruca socarrona.

—Esas para ti, criatura. Yo solo quiero las ramas. Se las daré a mi Ramiro.

Los cascos del caballo trepando la ladera, Munia se volvió. Ramiro desmontaba de un salto, inquieto. Brillantes los ojos color miel, enredado el cabello oscuro. Pisó las bayas que ella había desparramado para la curruca y la abrazó muy fuerte.

—Mi Munia.

—Mi Ramiro.

Cayó la cesta al suelo, las ramas del saúco también. Él la arrastraba de la mano, ni siquiera había atado las riendas de su caballo.

—Munia, Munia. Has cruzado el río por las piedras, seguro.

Y no la dejaba contestar porque la besaba en los labios. Una vez y otra, muerto de sed. Ella, con el deseo erizado, señaló un calvero entre los quejigos, y allí mismo se tumbaron. La curruca les dedicó una ronda, con su estribillo y todo, y Munia le cogió la cara al muchacho con ambas manos. Lo repasó en busca de algún cambio. Una cicatriz nueva tal vez. Sí que había algo ahí.

—En verano baja poca agua, Ramiro, no hay peligro. ¿Me has buscado lo que te dije?

—¿El qué?

—Una flor de nieve. Si me quieres de verdad, me traerás una.

Pero Ramiro no estaba ahora para flores, así que se besaron otra vez. Este fue muy largo, profundo. De esos que cuando se terminan, no sabe uno dónde está, ni si es de día o de noche. La curruca, cosa de admirar, había suspendido el canto.

—No vayas sola por el camino, Munia. Cruza por el puente, donde te vean los tuyos.

—Yo sé defenderme —contestaba ella con la voz algo quebrada, pues Ramiro ya la acariciaba por debajo de la camisa. Ella volvió a cogerle la cara, le dibujó el mentón cuadrado con el índice, y después lo pasó por la ceja derecha—. ¿Qué tienes aquí, pezinero?

—Nada, un golpe tonto. Calla.

Y no dijeron nada más. Solo se amaron en el bosque, como muchas otras veces en verano. Porque eran jóvenes y tenían la vida por delante, y porque encajaba el uno en la otra como si los hubiera ajustado Dios, y porque podían y porque nadie jamás lo impediría.

†

El frescor veraniego se apoderó de la noche, pero no hizo falta encender el fuego en la casona de Aruex. Munia y Ramiro cenaron a la luz de una vela. Empanada de pollo y ciruelas secas que cocinaba muy bien una criada mora; y bebieron vino de Senegüé, donde el padre de ella tenía unas pocas viñas, y Munia lo aromatizaba con miel de brezo. Luego se acostaron bajo una piel para hacer el amor

unas cuantas veces más, como manda la pasión del presente y la incertidumbre del futuro; y cuando se consumió la vela, durmieron.

Al día siguiente, Munia pidió a Ramiro que la acompañara porque quería enseñarle un lugar especial. Así que cogieron un par de mantos, yesca y eslabón para hacer fuego y, a lomos del caballo, se acercaron hasta donde se habían encontrado el día anterior, frente a Bellanuga. Ataron las riendas a un arbusto y Munia guio a Ramiro, deteniéndose de cuando en cuando a recolectar pequeñas flores moradas. Ramiro cargaba con los mantos porque, según ella, en el lugar al que iban hacía frío.

—Descubrí la gruta hace un par de semanas. Pregunté a las mozas de Aruex y me dijeron que ellas ya la conocían, un simple agujero en la roca. Pero no es solo eso, sino un gigante que se tumbó boca arriba y bostezó, y se quedó dormido con la boca abierta. Y así sigue desde hace muchos años, cientos. A las mozas de Aruex les ocurre lo que a las mozas de todas partes: que apenas se alejan unos pasos de su casa, ya se mueren por volver. Pero yo no me iba a quedar sin saber qué había en el agujero, ¿verdad?

A Ramiro le gustaban aquellas locuras de Munia. Lo de menos era si de verdad creía que cada montaña contenía el espíritu de un ser enorme e iracundo. Lo importante era que su imaginación ensanchaba el universo y lo hacía aún más hermoso.

—Espero que el gigante no despierte precisamente ahora.

—Todo es posible, Ramiro. Todo menos que estemos juntos, al parecer. Que han sido dos meses sin vernos. Te esperaba hace tiempo.

—Pues me quedaré contigo ahora. Te lo debo.

Caminaban por un sendero flanqueado por rocas y zarzas. Ella delante, tirando de su mano. Con las florecillas y un jirón de lana terminó de componer su guirnalda y se la ató a modo de diadema. Se volvió para mostrársela a Ramiro, y de nuevo reparó en la hinchazón azulada sobre el ojo.

—¿Dónde te has hecho lo de la ceja? Y no me mientas.

Ramiro quería contárselo solo por encima, porque tenía intención de ahorrarle la mayor parte de la sangre. Pero había algo que roía desde dentro, y acabó dándole detalles. Le dijo que su intención era

reunirse con ella antes de entrar agosto para pasar el mes juntos, pero que su padre, el rey Sancho, lo había enviado a la Ribagorza a hacer presencia, así lo llamaba. Aquel era el territorio oriental más alejado de la corte de Nájera, y no contaba con tenentes que gobernaran, como pasaba en tierras pamplonesas, de Aragón y del Sobrarbe. Por eso venía bien que los ribagorzanos no olvidaran a quién debían honor.

—Aun así, quería acercarme aquí al pasar por Jaca. En Jaca me esperaba el abad Paterno, el de San Juan de la Peña. Tenía que entregarme en mano cartas para mi padre, ya sabes el interés que le pone a ese monasterio. En eso estábamos el abad y yo cuando avisaron de la cabalgada infiel. Que una partida de Ayerbe había cruzado la frontera, y remontaba el Gállego y el Asabón. Algunos pastores de Murillo los habían visto y mandaban aviso. Se temían que el ataque fuera lanzado hacia Agüero.

—¿Tan adentro?

—No es tanto, y tiene sentido si lo piensas. Murillo está más al sur, cerca de la frontera, y mejor guarnecido que Agüero. O a lo mejor tampoco iban a por Agüero y podían meterse más profundo, porque a mayor distancia del peligro, menos miedo. Por eso se descuida la guardia y se deja uno llevar por la rutina. La rutina mata, Munia.

»El tenente de Murillo es también el de Agüero, y no se atrevió a salir en busca de los moros por si aquello era algo más que una algara y por si, al proteger una plaza, descuidaba la otra; así que los moros, a placer, pasaron de largo de Agüero y se plantaron en Cerzún, aunque los aldeanos estaban sobre aviso y se habían dispersado con los rebaños. En Bailo temieron ser los siguientes, así que muchos se asustaron también e hicieron lo mismo. Hasta el cura. Los únicos que se quedaron, por cumplidores, fueron el portero de la iglesia, su mujer y sus hijos, niño y niña.

—¿Y eso por qué?

—Por cabezonería. Bueno, y porque era su deber, ya te digo. En fin, aquel hombre se encerró en la iglesia con la familia, pero lo pagó caro. Los moros derribaron la puerta y lo mataron.

Munia se detuvo por fin. Habían llegado frente a un pequeño muro natural de roca, con una abertura en su base que parecía descender

al interior de la tierra.

—Pues murió por nada entonces. No pudo cumplir su deber.

—Eso no, Munia. Si el portero se hubiera marchado tras dejar la iglesia abierta, entonces no habría cumplido. De esta forma fue leal hasta el fin.

—¿Arriesgando también a la mujer y los hijos? —preguntó ella—. ¿Es que con ellos no cuenta ninguna lealtad? ¿Qué les ocurrió, por cierto?

—A ver, no sé los detalles; pero supongo que la mujer también fue leal y prefirió quedarse con su esposo, porque si no, podría haber cogido a los críos y ahora estaría lejos. Y si no fue así la cosa, ya no tiene importancia. Los sarracenos no la mataron a ella ni a los niños. Creo que en el mercado de Huesca se paga bien la carne joven, así que se llevaron a los tres bien ataditos. A mí me alcanzó la noticia nada más llegar a Jaca. El tenente de Agüero me mandó correo porque me sabía en Jaca. Él se quedaba a proteger sus plazas, me decía, y pedía que saliera en persecución de los moros, rescatara a la familia del muerto y recuperara lo que habían saqueado en la iglesia de Bailo. Y si podía apresar a unos cuantos sarracenos, mejor. Vienen bien para rescatar cautivos, ya sabes.

»El abad Paterno estaba conmigo cuando recibí ese correo, tendrías que haber visto cómo se le iba el color de la cara al enterarse de dónde había sido el saqueo. Interrogó al mensajero, a ver si sabía qué habían robado los moros en Bailo, cosas concretas. «Todo», dijo aquel hombre: los moros se lo habían llevado todo. El abad me hizo un aparte y me rogó que recuperara lo robado. En especial había una reliquia que no podía perderse. Un cáliz rojizo, sin asas, más bien un cuenco antiguo.

—¿Qué tiene de especial?

—No te lo vas a creer.

—Prueba.

—El abad Paterno dice que es el cáliz con el que Cristo consagró la Última Cena.

—¿Qué? Anda ya.

—Te lo juro. Eso dijo.

—Claro. Y estaba ahí, en la iglesia de Bailo.

—¿Ves, Munia, como no te lo crees?

—No me digas que tú sí.

—Yo ni creo ni dejo de creer, que aquello podía ser el cáliz de Cristo y esto puede ser un gigante que duerme, pero al abad se le caía el mundo encima al pensar que aquel cuenco lo tenían los infieles. Además, me suplicó discreción. ¿Sabes qué dice? Que el mejor amparo para ese cáliz es que casi nadie sabe lo que es.

—Eso explicaría la tozudez del muerto. Tal vez él sí sabía lo que estaba defendiendo, y mira de qué sirvió. ¿No irían los moros a cosa hecha?

—No, no. Luego supe que cargaron el cuenco en una alforja, con el resto de las reliquias. Seguro que la niña era más valiosa para ellos. Mejor, porque si hubieran sabido lo que llevaban… Si es que es lo que es, claro. En fin, el abad me recomendó a un guía, un veterano de la frontera. Pedí voluntarios allí mismo, en Jaca. Gente serrana, que supiera moverse por la montaña sin despertar a todo el condado. Se me juntó una docena. Algunos con cuentas pendientes con los moros, otros porque prometí paga. Salimos enseguida y los alcanzamos cerca de Ayerbe. Justo a tiempo.

—La mujer y los niños no sufrieron daño, espero.

A él se le notó la incomodidad. Alargó su manto a Munia y ambos se abrigaron, pero todavía no entraron en la gruta. La voz de Ramiro se volvió un poco más grave.

—Pasó algo. Nuestro guía dio enseguida con el rastro de los moros, habían tomado la ruta que baja junto al río. A poco de pasar Murillo, donde empiezan los Mallos, humeaban los restos de su acampada en una loma, junto a un barranco que les daba resguardo. Allí había rescoldos, inmundicia…, y la madre.

»Se ve que los moros no la consideraron buena mercancía, o les estorbaba para marchar, o a lo mejor estaban resentidos porque tampoco se llevaban gran cosa, si eso creían. O se les calentó la sangre, vete tú a saber. Así que se divirtieron con ella.

—Ay, virgencica…

—Estaba viva cuando llegamos adonde la habían dejado, encajada en una cárcava en el fondo del barranco. Casi no podía hablar, porque esos miserables lo hacen así: te ponen un cuchillo en la

boca, el filo apretado contra las comisuras. Al principio puedes resistirte, pero cuando llegan los cortes…

—Ramiro, por favor…

—Tras terminar, sin desatarla ni nada, la despeñaron. Medio muerta la dejaron nada más, rota como una escudilla de barro. Y allí, delante de nosotros, terminó de marcharse. De los míos no dijo nadie una palabra, tampoco hacía falta. La cubrimos con piedras en la misma cárcava, porque no podíamos sacarla y porque nos entró la prisa. A mí sobre todo. No ya por el cuenco ese, tampoco siquiera por los críos, sino por lo que le habían hecho a la pobre mujer. Vale que algarees, vale que entres a hierro y te lleves lo que puedas: oro, plata, reses, los niños… Vale que mates a quien te haga frente. Lo hacen ellos y lo hacemos nosotros, y nosotros sabemos a lo que vamos, ellos lo saben también. Pero eso… Eso es injusto.

—Injusto, dices.

—Tú me entiendes, ¿verdad? Di, Munia. Di que me entiendes.

—No sé. ¿Cómo entender algo así si no lo vives? Y mira que yo quiero vivir, pero vivir algo como eso…

—Pues yo lo he vivido. Acabamos con todos los moros. Y con los heridos y con los que se rindieron. Lástima que solo se muera una vez, porque los habría matado otras diez o quince a cada uno. Demasiado rápido fue.

—¿Y los críos?

—Ni un rasguño. En la piel, digo. Algo verían de lo que había ocurrido, me figuro.

—Ya.

—Se los entregamos al abad Paterno para que les dé paz, si puede, y les busque cobijo. Es lo menos, después de que todo ocurrió por defender una iglesia.

—¿Y el cuenco?

—En Bailo de nuevo. Pero no por mucho tiempo, espero. Habría que llevarlo a un sitio más seguro. No soy una mala bestia, ¿verdad, Munia? Hice lo que había que hacer. Lo justo. Lo mismo que aquel pobre hombre que murió defendiendo la iglesia.

—Claro. Pero da mucha pena lo que cuentas. Y miedo. —Señaló la gruta—. Dejé antorchas preparadas nada más entrar. ¿Puedes

encender una?

Ya con luz, pasaron. Munia delante, avisando de los sitios donde la roca resbalaba. Ramiro alumbrándola y con su mano bien cogida, por si acaso. Avanzaban por las tripas de la tierra, y tan pronto había que bajar como se subía, no siempre de manera fácil. Las paredes de roca se acercaban y parecía que sería imposible pasar, pero Munia se colaba por aquella rendija subterránea. Ramiro descubrió manchas de hollín repartidas por el techo del agujero, y en las paredes. Restos viejos de fogatas, marcas hechas a propósito, pedazos de barro cocido.

—Aquí ha entrado mucha gente —observó él—. Han hecho camino.

—Eso pienso yo. A lo mejor los pecadores bajan por aquí para encontrarse con el diablo.

—Si dices esas cosas por Aruex, la gente pensará que tienes el seso perdido.

—Ya lo piensan. Que estoy loca o medio endemoniada. Para mí que me toman por una lamia, o por una encantaria.

—Una encantaria… No me extrañaría que lo fueses. Si te pregunto por el futuro, ¿lo adivinarás?

El techo se elevó, aunque allá arriba se apreciaban las puntas colgantes de las que goteaba agua. También pasaron un par de sombras aleteando a toda prisa. Tras un recodo, Ramiro vio luz del día.

—¿La salida?

—No, no. Mira. No hay techo. Es la boca del gigante, ¿te lo crees ahora? Sigue bostezando desde hace años. Siglos.

Observaron el cielo a través del cráter. Arriba, algunas nubes se deslizaban por el cielo aragonés. Ramiro imaginó la noche vista desde la boca del gigante. Las estrellas, tal vez la luna asomando desde fuera. Cuando bajó la vista, Munia lo miraba con fijeza.

—Creo que sí, que soy una encantaria y puedo adivinar el futuro. Por eso lo sé: te irás pronto y me dejarás aquí.

—No. Te he dicho que me quedo contigo.

—No puedes. Eres hijo del rey, él te mandará llamar. Siempre lo hace. Es lo justo, ¿verdad?

Era verdad, pero Ramiro quería creer que no. Que podía quedarse con ella en aquel rincón del norte, entre montañas altísimas, lagos helados y gigantes dormilones.

—Entonces vendrás conmigo a Nájera, esto también es justo. Allí hay bosques, como aquí, y un gran río y muchas flores, y hierbas con las que ajustarás tus emplastes. Y dispondrás de buenos vestidos, y de nada te ha de faltar, porque serás la amada de Ramiro, el hijo del rey. Tú no estás hecha para quedarte aquí, Munia. Deberías vivir entre telas lujosas y oro, con doncellas que te cepillen el pelo y te compongan esa trenza tan larga.

—Ay, cuánto me gustaría. Pero me embaucas, Ramiro. En la corte de Nájera no me aceptarían. A mi padre ni lo conocerán, seguro. Y seguro también que el rey habrá pensado en alguna otra mujer para ti. Una de mejor condición.

—Bah, soy el bastardo, recuérdalo. El hijo mayor del rey, sí, pero nunca ceñiré su corona, ni recibiré tantos honores como mis hermanastros. Mi sangre mezclada me garantiza que no seré una herramienta importante para engrandecer el reino, no me buscarán una esposa de linaje real ni una condesa. Tal vez la hija de algún señor, eso podría ser. Pero sabré negociar con mi padre cuando llegue el momento, y me casaré con quien quiera. Y a ti no te ocurrirá como a mi madre, apartada en la soledad para que todo esté en orden.

A Munia se le volvió a ir la vista por la boca del gigante dormido.

—Vivir contigo… Ser una señora de verdad. Y estar juntos los dos y hacer lo que nos plazca.

—Estar juntos no es tan difícil, te lo repito: ven a Nájera conmigo. Si no estás segura, conozco a un clérigo que nos casará a juras. ¿Qué me dices?

—¿A juras? Entonces nadie sabrá que soy tu esposa, eso no me gusta.

—Pues viviremos juntos y todo se arreglará con el tiempo, cuando disponga de lo que me corresponderá por sangre y por mérito.

—Hablarán de mí —dijo ella—. Nájera no es una cueva ni una cabaña perdida entre montañas.

—Nadie te reprochará nada, como no se lo reprocharon a mi madre cuando amó a mi padre. Pero yo aún me debo a él. Es el rey, me necesita y yo lo ayudaré. La lealtad es muy importante para mi padre.

—Siempre hablas de eso, de la lealtad. Mira lo que le pasó a aquel hombre y a su familia por defender la iglesia de Bailo. ¿Por lealtad? Aquello fue más bien cabezonería, y esto tuyo un poco también lo es.

—Un poco, puede. —Le agitó la trenza—. O no. Mi padre no vivirá siempre, entonces García será rey. Él no confía en mí, su madre tampoco. Mi deber en la corte habrá terminado, pero yo me habré ganado el respeto de todos. Pienso hacer todo lo que pueda para darte una buena vida a ti y para devolverle a mi madre el honor que merece.

—No deseo que tu padre muera. Sé que el día ha de llegar, pero tardará mucho, espero. ¿Y si pasan años?

—Años, meses o días, estaremos juntos.

Munia miró durante un rato al suelo húmedo de la gruta.

—Quiero estar contigo, Ramiro, más que nada. No engañaré a mi padre, y creo que él estará contento de que viva contigo, y más aún si le digo que en el futuro seré tu esposa. Yo, con el hijo del rey… ¿Qué más podría pedir?

—Entonces descansaremos aquí un tiempo, sin preocuparnos. Después iremos a Barbenuta, hablaré a tu padre y nos marcharemos juntos a Nájera. Y todo saldrá bien.

Ella sonrió. Resignada, pero llena también de ilusión.

—Aunque mucha suerte será que tengamos tanto tiempo para nosotros. Seguro que el rey te reclama antes de lo que piensas.

—Lo ves todo muy oscuro. No importa, yo te lo dejo claro.

Y la besó para que no se echara atrás. Y Munia respondió al beso porque quería ir adelante.

†

3. Buenas semillas

†

UNA SEMANA MÁS TARDE. MONASTERIO DE RIPOLL

El carro estaba cubierto y sus cuatro ruedas macizas se hundían en el fango. Contaba con dos ventanucos minúsculos a cada lado, portezuela en la parte de atrás y un techado de madera a dos aguas. En el pescante viajaba un hombre solo, con la ropa empapada y el flequillo pegado a la frente. Azuzaba con desgana a dos mulas que acumulaban fatiga desde poco después de partir de Barcelona, pues el día anterior les había caído un tormentón veraniego que convirtió la senda en un barrizal y los obligó a buscar refugio en una cabaña de cabreros. En cuanto al acompañamiento, se limitaba a dos jinetes impacientes por desmontar y secarse. Esa era la única escolta que le había prestado el conde de Barcelona a su señora madre: un par de hombres armados solo con sus espadas, fardos someros atados a las sillas y corceles de viaje, sin refresco siquiera. El pequeño grupo cruzó el puente, traqueteando sobre las tablas hinchadas por la humedad, y torció a la derecha hacia el camino que discurría entre el murete y el río. Uno de los caballeros se adelantó, estirado sobre los estribos, ahuecó una mano alrededor de la boca y gritó:

—¡Honor a la condesa de Barcelona! ¡Ah del monasterio!

El conductor tiró de las riendas para detenerse justo ante la puerta que cerraba el murete. Al otro lado sonaban martillazos, y se veía a los trabajadores cargando con vigas de madera y capazos de mezcla. Pero nadie se hacía eco del anuncio del jinete. Este lo repitió:

—¡He aquí a la condesa de Barcelona!

Nada. Se abrió la portezuela del carro, bajó un criado de piel oscura y posó un escaño en la tierra reblandecida. La condesa Ermesinda se apoyó en la mano del criado y descendió con parsimonia, cuidadosa de colocar bien los pies, no fuera a resbalar. De buen grado se desperezaría después de aquel largo e incómodo viaje, pero se reprimió. La condesa de Barcelona, Gerona y Osona no podía actuar como una aldeana, por mucho que le apeteciera a veces. Curioso que, cuanto más poder se entretejía, más fuerte apretaban sus nudos. Miró a ambos lados con sus ojos de un gris tan tormentoso como el cielo de Osona. La condesa aún era bella, a pesar del rostro alargado y el gesto duro, o tal vez precisamente por eso. El pelo castaño se le veteaba sobre la frente, y tendía a proyectar la barbilla. Miró al frente de nuevo. Tras ella, el terreno descendía hasta la orilla entre chopos, alisos y arbustos. El Tezer, que así llamaban los lugareños a aquel río, fluía crecido, con escándalo de salpicones entre rocas, las hojas aún goteaban y los pájaros cantaban en las ramas. Ermesinda se aupó para mirar sobre el murete, que le llegaba a la altura del pecho. Descendió del escaño y sus pies se hundieron en el barro. Le entraron ganas de maldecir.

—Estas no son formas. ¿Dónde está la comitiva de bienvenida? ¿No sabían que llegaba?

El jinete que la había anunciado, más extrañado aún que ella, también observó el entorno.

—Se diría que no, mi señora condesa.

El criado metió en el carro el escaño manchado de barro. El conductor se inclinó a un lado desde el pescante.

—¿Puedo abrevar las mulas en el río, mi señora condesa?

—Ve, ve. Pero aquí no podrás bajar. Un poco más adelante sí, es donde las dueñas lavan la ropa. Luego entras en el monasterio con

mi equipaje. —Se dirigió a los jinetes—. Id con él y aseaos. Parece que llegáis de la guerra, y este es un lugar de paz.

Los dos caballeros, cuidadosos de no salpicar a la condesa, obedecieron. El conductor del carro no tuvo tanto miramiento o no estaba para delicadezas, así que agitó las riendas y lanzó un bramido para arrear a las bestias. El carro arrancó con un tirón, de modo que las ruedas hicieron saltar terrones de lodo que llovieron sobre Ermesinda y su criado. Así pues, ambos quedaron solos junto a la puerta del monasterio, pringados de barro y sin que nadie les hiciera caso.

Ermesinda se sacudió el manto y carraspeó bien fuerte, que se notara la impaciencia. Los albañiles que trabajaban en la nueva basílica parecían muy en lo suyo; y el par de monjes que deambulaban más allá, recogiendo moras o Dios sabía qué, tampoco reparaban en ella.

—Está visto que no va a salir nadie. Entremos.

El criado corrió a la puerta, que solo estaba atrancada con un pestillo encajado en el tapial. La empujó y cedió el paso a su señora.

Ermesinda anduvo trabajosamente. El caminito se había convertido en una zanja de barro removido por las pisadas de los obreros y los monjes, y la condesa no era ya ninguna jovencita, ni mucho menos; aunque más que sus 56 años, le pesaban los disgustos y las responsabilidades, los desaires y las frustraciones, que entre unos y otros le habían echado dos décadas más a las espaldas. De nuevo el poder y sus nudos, qué se le iba a hacer.

Por fin apareció un monje que corrió hacia ellos por el camino trazado entre los huertos. Tal vez se tratara del hermano portero, al que habían pillado echando la siesta. Cuando se acercó un poco más, se confirmó que así era. El hombre tenía el pelo alborotado alrededor de la tonsura, los ojos enrojecidos, y en el carrillo izquierdo se le había marcado la textura del hábito.

—¿Puedo serviros en algo? —preguntó.

El criado, ojos muy abiertos y tono de amonestación, le contestó:

—Hermano, estás ante la condesa Ermesinda.

El monje frenó en seco, si es que podía llamarse a eso el quedar clavado en un palmo de barro.

—¿La condesa? Ay, Dios. —Hizo ademán de volverse, pero se arrepintió—. ¿En serio? No puede ser. Mi señora condesa… —Dio un paso, quiso coger la mano de Ermesinda, pero esta no se la prestó —. Ay, Dios, Dios… Voy a llamar al abad. O no, espera… ¿La condesa Ermesinda, dices?

—¡Despierta ya, hombre! —La condesa palmeó un par de veces—. Y sí: avisa al abad. Vengo a hablar con él, me estaba esperando. ¿O no?

Al hermano portero se le arrebolaron las mejillas. La marcada con trama de lana y la otra.

—Pues no, mi señora. No te esperábamos, que yo sepa.

Siguieron camino en pos del monje, que ahora se arremangaba el hábito para no mancharlo más de barro. Rodearon el claustro, pasando frente a la sala capitular y el refectorio, rumbo a las casetas de madera donde alojaban a las visitas. Pero antes tuvieron que esquivar el material acumulado para la nave de la iglesia. Los obreros, intuyendo que aquella era mujer principal pese a las ropas embarradas, dejaron de trabajar y se inclinaron a su paso. El presunto hermano portero se volvió un instante.

—Perdona el jaleo, mi señora condesa. Ayer nos llovió mucho y no se pudo trabajar, así que hoy los obreros van con prisa. El abad estará en la biblioteca, supongo. Si tienes la bondad de esperar…

Ermesinda se resignó de nuevo, claro. Hacía calor y la tierra despedía una humedad malsana, así que entregó el manto a su criado. Se entretuvo contemplando los carros de heno mojado y una piara de cerdos que conducía un porquerizo. A los hortelanos que recolectaban junto a las chozas de los sirvientes y a un cantero que, con martillazos espaciados sobre el cincel, trataba de dar forma a una roca. La aldea surgida junto a la abadía había crecido bastante desde su última visita, observó. Se notaba en las casitas que crecían al otro lado del muro oeste, entre las familias que se instalaban para servir a la congregación. Más acá seguían la iglesia de San Pedro y el viejo cementerio, en el que reposaban los huesos de los monjes desde siglo y medio antes…

—¡Ermesinda!

Se volvió al reconocer la voz del abad. Oliba y ella tenían la misma edad, aunque él se conservaba bastante mejor. Tal vez ayudara el cabello aún rubio, sin canas, que le crecía largo a partir de los límites de su tonsura y le tapaba las orejas. Y la mandíbula cuadrada, y esa forma de entornar los ojos, como si estuviera siempre a punto de reír. La condesa extendió ambas manos hacia él.

—Mi querido amigo.

En lugar de besamanos o reverencias, se fundieron en un abrazo, como si fueran hermanos.

—Estás joven, Ermesinda.

—Oliba, que eres hombre de Dios y mentir es pecado.

—*Noli arare mendacium,* dice el Libro, ni contra un hermano ni contra un amigo. Lo que te digo es cierto.

—Ya. Pues cierto o falso, ¿sabes cómo me llama todo el mundo en Barcelona? La Abuela. Así, sin más. Como si fuera la única mujer con nietos desde aquí hasta el Rosellón.

El criado se vio de más en aquella reunión entre amigos de alta alcurnia, así que pidió permiso para retirarse. El abad Oliba le aconsejó que se acercara a las cocinas, en el lado norte, donde algún novicio le daría de comer. Después siguió hablando con la condesa.

—Ermesinda querida, no te esperaba hasta pasado el verano. ¿Por qué no has avisado de que venías?

—Es tarea que encargué a mi hijo, pero ya ves: a partir de cierta edad, a las mujeres no nos presta atención nadie. Ni siquiera otras mujeres.

El abad Oliba se lamentó con un gesto. Se dijo que tendría que hablar de nuevo con Berenguer, aunque de poco iba a servir. El joven conde de Barcelona padecía de juventud y aún le faltaban años para curar semejante enfermedad.

—¿Sigues mal avenida con tu hijo?

—Un día sí, otro no. Ya no es tan fácil como cuando era niño, ¿sabes? No le gusta que me inmiscuya, quiere gobernar solo. —Ermesinda se tocó la sien—. Pero no se parece a su padre. Es lento al tomar decisiones.

—Así no se precipitará, mujer. Mejor ser constante *in via Domini*.

—Bueno, piadoso sí que es mi hijo. Aunque ya te digo: no es lo suyo pillar desprevenido, sino matar por aburrimiento. Pero cuéntame qué tal fue tu viaje. ¿Cuándo regresaste?

—Dos semanas hace que estoy de vuelta. Y mi viaje fue mejor que bien. Doy gracias a Dios. —Oliba extendió las manos a los lados, como mostrando a la condesa todo el trabajo de una vida—. *Benedictus Dominus,* y bendito igualmente el día en que renuncié al mundo y vestí los hábitos.

Ermesinda también se alegraba de eso, porque resultaba imposible encontrar a un hombre de Dios tan entregado como aquel. Oliba había sido conde durante trece años, pero pasados los treinta decidió dejar atrás la vida regalada, repartió el territorio entre sus dos hermanos —también condes— y se retiró a Ripoll para profesar como un monje más. Y no escogió aquel monasterio sin razón: además de ser el panteón familiar, incluía la mejor biblioteca del contorno. Fe y libros, las dos pasiones de Oliba. Y las cultivó con tanta pasión y eficiencia, que cinco años después lo nombraron abad. Pronto le siguió otra designación, también como abad: la del monasterio de Cuixá. Y casi a los cincuenta, con más mérito acumulado que nadie, se convirtió en obispo de Vich. Aquello último había sido obra de la condesa Ermesinda, impresionada por la inteligencia y la capacidad de trabajo de Oliba. Gracias a él, la biblioteca de Ripoll atesoraba más de doscientos volúmenes, muchos de ellos llegados desde tierras sarracenas; y el *scriptorium* funcionaba a pleno rendimiento, tanto al copiar como al traducir. La labor de Oliba había convertido al monasterio en el pulmón intelectual y espiritual de aquella parte del mundo.

A Oliba, por si fuera poco, se lo tenía por un hombre justo y conocedor de la ley goda, de modo que no eran pocos los nobles que recurrían a él para solventar pleitos. Como además Oliba era humilde, no se instaló en su sede episcopal, sino que continuó dirigiendo el monasterio de Ripoll, cuidando de su labor con los libros y ahora, además, ampliándolo con bellas construcciones. Otra de las obsesiones de Oliba era limitar el poder de los nobles en las tierras de su obispado y sus abadías. Esto era algo que beneficiaba no solo a los vasallos, sino también a la condesa Ermesinda, harta

de pleitear con unos y con otros porque despreciaban la Ley Antigua y preferían tomarlo todo por su mano, si era preciso mediante coacción o incluso derramando sangre. Por complicarlo todo, la debacle sufrida por los sarracenos tras su Fitna conllevaba paz, y la paz no gusta a quien tiene mucho que ganar con la guerra. Así, los condados de Barcelona, Gerona y Osona se parecían cada vez más a una tierra dejada de la mano de Dios. Oliba pretendía acabar con semejante caos, de modo que había viajado al Rosellón para presidir una asamblea de prelados. En ella pretendía limitar aún más la soberbia de los nobles atacando su herramienta más eficaz: la violencia.

—Así pues —dijo la condesa—, tu viaje ha sido un éxito.

—Ya lo creo. La tregua de Dios ya no es solo palabrería o un montón de pergaminos que acumulan polvo. A ninguno de esos señoritos soberbios se le ocurrirá ahora maltratar a un clérigo o a un monje, o repudiar a su esposa porque le pique la entrepierna. Nada de usurpar bienes de la Iglesia, o de pisotear los monasterios. ¡Prohibida la guerra desde la hora nona del sábado hasta la hora prima del lunes! Los mansos *hereditabunt terram,* y se deleitarán *in multitudine pacis.*

—Vaya. Cualquiera diría que fuiste conde.

—Precisamente por eso sé de lo que hablo. ¡Ah, la paz de la Iglesia! A partir de ahora, nadie hará valer su poder en la casa de Dios, ni en su puerta, ni en treinta pasos a la redonda. Si alguien teme la injusta ira de su amo, solo tiene que correr a refugiarse en la iglesia más cercana. ¡Nadie podrá tocarle, sea simple o noble, sea conde o rey! Y aún lograré más, que esto no es sino la primera cosecha. —Entrecruzó los dedos y dirigió la vista a lo alto—. Y *dabitur pluga* a tus granos dondequiera que los sembrares, *et panis frugum terrae* será muy abundante y sabroso. ¡Buenas semillas, mejores frutos!

La condesa seguía sonriente, acostumbrada al estilo de Oliba y a su mezcla de latinajos con la lengua romance de la tierra. Hablaba con tanta pasión que parecía que el propio Creador acabara de dictarle diez mandamientos en lo alto del monte Sinaí.

—Buenas semillas, mejores frutos. Pero hablas de paz y tregua, amigo mío, y eso es mucho pedir a nobles que se desviven por derramar sangre, despojar al vecino y hundir al vasallo, y que desafían a todo el que pretenda enderezarlos. ¿Cómo lo lograrás?

Oliba cerró el puño diestro.

—Excomunión. Pero no como una palabreja garrapateada en una tira de cuero viejo. El infractor será expulsado del seno de la Iglesia, repudiado por todos. Prohibición de enterramiento. Al que a partir de ahora desafíe a Dios o a sus ministros, le espera la soledad en vida y, tras la muerte, que lo coman las sabandijas. Y pienso trabajar para ampliar aún más todo lo que he conseguido, Ermesinda querida. Lograré que nadie moleste a los mercaderes, ampliar los días de paz, castigar a los falsificadores, qué sé yo.

—Cuánto me alegro de que todo vaya tan bien, Oliba. Oye, y aparte de esos logros, ¿cumpliste mi recado?

—Claro que sí. Visité a tu hermano en Foix y me traje algo. Ven conmigo.

La guio hacia el *scriptorium,* en el extremo norte del recinto. Una vez más pasando entre albañiles y sacudiendo el aire para apartar el polvo del mortero. Oliba se volvió hacia ella antes de entrar en el edificio de piedra, se llevó el índice a los labios. Ermesinda asintió y anduvo tras el obispo. Enseguida resultó amortiguado el martilleo de fuera, y en su lugar resonó el pasar de páginas y el rasgar de cálamos sobre el pergamino. La luz tenue se colaba por las ventanas e incidía oblicuamente sobre los pupitres. Media docena de monjes se inclinaban sobre copias a medio acabar; y otro más, en pie, observaba en silencio a las dos niñas que, en el rincón más alejado, se aplicaban sobre sendos pergaminos. De vez en cuando acercaba la mano para tomar la de una pequeña y guiarla en algún trazo más complicado. En los armariolos de enfrente aguardaban manuscritos prestados por otros monasterios, que deberían ser copiados antes de su devolución. Y en un par de mesas sin ocupar, algunas hojas recién rellenas se secaban. En el extremo oeste, una puerta abierta mostraba a medias la empinada escalera que ascendía hasta la célebre biblioteca de Ripoll. Oliba rompió el silencio, primero para explicarle en susurros a la condesa qué hacían allí aquellas crías.

—Las enseñamos a escribir, y las dos aprenden rápido. Son listas, le sacarán partido. Ya sabes: buenas semillas… —Alzó un poco más la voz para dirigirse al monje que las dirigía—. Hermano Dalmacio.

El monje se volvió, igual que hicieron los demás copistas. Al reconocer al abad y ver a una mujer en aquel recinto, supusieron que se trataba de alguien principal. Uno de ellos incluso la reconoció.

—¡La condesa Ermesinda!

Se pusieron en pie en muestra de respeto. Las dos niñas, sin embargo, apenas prestaron atención, entretenidas como estaban en trazar líneas al mismo tiempo, la una contemplando el trabajo de la otra y compitiendo las dos por ver quién dibujaba las letras de forma más aproximada al modelo.

—Hermano Dalmacio, trae a las gemelas.

El monje las distrajo enseguida y, con susurros, las convenció para dejar los cálamos y salir junto a los dos recién llegados. De nuevo fuera, el abad Oliba se las presentó a la condesa.

—Niñas, vuestra tía Ermesinda, condesa de Barcelona. Mi querida amiga, esta de aquí es Estefanía.

La cría, muy tímida, se quedó mirando al suelo y no dijo nada. Tendría unos trece años y el pelo negro, recogido en una sola trenza que le colgaba hasta media espalda. Era una niña bonita, de ojos claros y rostro un poco alargado, marca del linaje. Ermesinda le puso el índice bajo la barbilla para levantarle la cara.

—Estefanía, soy la hermana de tu padre. Has salido a él, gracias a Dios. ¿Sabes que tu nombre es muy bonito? Mi hija también se llama así, pero ya no vive en Barcelona, así que me hace falta una Estefanía nueva. ¿Quieres ser tú?

—Sí, mi señora tía —dijo la niña, muy educada, y ejecutó media reverencia.

Oliba le dio un empujoncito a la otra muchacha, igual a Estefanía en todo menos en la actitud. Esta sí que se atrevió a mirar a su tía desde el principio, e incluso le dedicó una sonrisa.

—Pues aquí tienes a Gisberga —la presentó el abad.

La condesa Ermesinda no ocultó su disgusto.

—Gisberga… Ay, ese nombre…

—A mí no me gusta tampoco —dijo la niña, y sin pensárselo, tomó la mano de su tía—. Tu nombre es más bonito.

La condesa se sintió halagada.

—Santísima Virgen… ¿A ver? Pero si sois iguales. —Miró preocupada a Oliba—. Sabes eso que se dice de los hermanos gemelos, ¿no?

—Supercherías. Estas niñas son regalos del Altísimo. —El prelado acarició al mismo tiempo el cabello de las dos crías—. ¿Y has visto qué bien hablan? *Verbum dulce multiplicat amicos*. Jovencitas, vuestra tía ha venido para llevaros con ella a Barcelona, viviréis allí. ¿Estás contenta, Estefanía?

La niña asintió, aún con la vista puesta en tierra.

—¿Y tú, Gisberga? —preguntó la condesa—. ¿Te apetece vivir conmigo en Barcelona?

—Sí, tía. Pero no me llames Gisberga. Que quiero llamarme como tú. Ermesinda.

La condesa sonrió.

—No me disgusta. Esta noche dormiremos aquí, con el permiso de mi amigo el abad.

—Por supuesto. El tiempo que gustes, Ermesinda. Niñas, volved con el hermano Dalmacio y escribid un poco más. ¡Hale!

Las crías corrieron dentro. El abad y la condesa caminaron por los huertos para alejarse de la ruidera.

—¿Cómo las diferenciaré, Oliba? Son iguales.

—Estefanía habla poco, ¿te has fijado? Es más dócil, atiende a las lecciones y ya escribe muy bien. En cuanto a Gisberga…

—Ya la has oído: la llamaremos como yo. Además, a mí tampoco me agrada el nombre de Gisberga. Gisberga se llamaba la hermana de mi abuela materna, Senegunda. De pequeña me contaron que la tía abuela Gisberga, que vivía en Melgueil, se enteró de que su esposo se acostaba con una criada y la había dejado preñada. ¿Sabes lo que hizo? Espero a que naciera el bastardo y mandó matarlo delante de su madre. —La condesa se santiguó—. Dios tenga en su gloria al pequeño inocente.

—Vaya con la tía abuela Gisberga… Bueno, pues la pequeña Ermesinda es más descarada, más desobediente. Me temo que

también más ladina. Le cuesta escribir, pero tiene un gran talento para dibujar con la pluma. Sería capaz de iluminar todos estos manuscritos, y nadie notaría que es obra de una niña. En realidad, son muy distintas la una de la otra. A pesar de esto están muy unidas, y Gisberga… Perdón, la pequeña Ermesinda planea travesuras a las que arrastra a Estefanía. Yo he aprendido a distinguirlas por el porte, y aun así me engañan de vez en cuando. Por eso, querida amiga, te aconsejo que las vistas de forma diferente. Por ejemplo, ni se te ocurra ponerles a las dos hábito blanco, como hemos hecho nosotros. Reserva el color azul para una, y el rojo para la otra.

—Buen consejo.

—Te daré otro más si me lo permites. Pero dime algo antes. Las gemelas no tardarán en llegar a la edad de maridar, ¿les ha buscado partido su padre? Casa a tu hija, dásela a un hombre sensato, *et grande opus feceris*.

—Para eso me las llevo. El encargo de su padre fue que las educara en Barcelona y les procurara casamiento con altos señores. Tejer alianzas con reyes o condes al sur de los Pirineos, a poder ser. Él ya buscará lo mismo para sus hijos varones en el norte.

—Bien. Por cierto, ¿has visto lo bonita que quedará la nueva iglesia?

—Me lo imagino. Muy grande, ¿no?

—Nuestro Señor no merece menos. Quiero darte las gracias por lo que has puesto de tu parte para construirla. ¿Pero sabes quién ha desembolsado más oro? Pues ha sido Sancho de Pamplona.

—Lo suponía. ¿Seguís con vuestras cartas?

—Así es. El rey Sancho me sigue pidiendo consejo espiritual, aunque no siempre hace caso de lo que le contesto. Sin ir más lejos, le sugerí que no casara a su hermana Urraca con el rey de León porque había ciertos lazos de sangre. Aunque al final pudo más el interés político. He de reconocer que eso estrechó los lazos entre Pamplona y León, y todo lo que lleve a la paz y amenace a los infieles, bienvenido es. En fin, pedí ayuda a Sancho para mi iglesia y le faltó tiempo para mandarme de todo. Ese hombre es de mi agrado, querida amiga. *Tempus tribulatione* pasó, ahora nos toca

prosperar a los cristianos. Y de aquí al Mar Ignoto, el cristiano que atesora más poder es Sancho de Pamplona. Es un defensor de la Ley Antigua, lo que ha hecho por la ruta de los peregrinos hasta Compostela es digno de un santo, y no hay nadie más comprometido con renovar el viejo rito y cambiarlo por el romano. En fin, a lo que iba. ¿Sabes que el rey Sancho tiene, sobre todo, hijos varones?

—Claro que lo sé, Oliba. Hasta que mi hijo enviudó de su primera esposa, el rey Sancho y él fueron concuñados. En mala hora se murió la pobre muchacha, porque la segunda me pone de los nervios. Es la típica nuera, y te juro que… Bueno, dejemos eso. ¿Y el rey Sancho estaría de acuerdo en esos casamientos?

—¿Por qué no? Y si no lo está, tiempo hay para convencerlo. Es más, no tardaré mucho en escribir una carta para contarle lo de mis constituciones de Paz y Tregua, y le pediré que él también las ponga en práctica en sus tierras. Déjame pensar… El hijo mayor de Sancho es García, un candidato estupendo. Y el segundo se llama Fernando. Luego tiene una niña, y el menor es aún muy pequeño, me temo. Gonzalo.

—Pensaba que eran cuatro varones y una niña.

—Sí, hay otro, el primogénito en realidad. Pero es un bastardo cuyo nombre no recuerdo.

—Bien, no se hable más. Escribe a Sancho de Pamplona, querido amigo. Buenas semillas, mejores frutos.

†

DÍA SIGUIENTE. AIBAR, REINO DE PAMPLONA

Cuatro días tardó en cumplirse el vaticinio de Munia: un correo se presentó en Aruex con aviso del rey Sancho, que reclamaba a Ramiro. Venía el mensajero tras hacer escala en Jaca, donde pretendía encontrar al hijo bastardo del rey; allí le dieron indicaciones suficientes para hallarlo y entregarle el recado de su

padre: debía presentarse cuanto antes en Nájera. Casi ni tiempo tuvo Ramiro para despedirse de Munia. Ella le prometió que iría a Barbenuta enseguida, a hablar con su padre, y que pronto se reunirían.

A un tercio de camino entre Aruex y la corte najerense, sin separarse mucho del río Aragón, se hallaba la villa de Aibar, alrededor de la torre fuerte donde residía la madre de Ramiro. Doña Sancha contaba treinta y seis años en aquel momento, y conservaba el atractivo que había hechizado al rey cuando ambos eran adolescentes. Muy alta, con los mismos ojos ambarinos de Ramiro, el pelo rebelde y oscuro, la dignidad de la reina que jamás llegó a ser. En honor a su alcurnia y al íntimo trato que había tenido con el rey, ejercía como señora de Aibar, por lo que residía en el alto torreón de piedra, con su propia guarnición y administrando la aldea, con sus bosques y sus pastos. Un precioso rincón apartado de la corte, ideal para que nadie se acordara de ella.

—Te esperaba, hijo. Abrázame.

Ramiro obedeció. Había dejado el caballo en los establos, al cuidado de la servidumbre, y no pensaba demorarse más allá del saludo y de algún bocado frugal, aprovechando que Sancha de Aibar comía en ese momento.

—Tú sabrás algo, señora madre. ¿Por qué me reclama el rey con tantas prisas?

—Ah, que te reclama tu padre… Claro, claro. En fin, nadie me ha dicho nada. Como siempre, supongo que es más cómodo ignorarme. Aunque imagino de qué hablas porque las noticias las trae el viento lo mismo que a las nubes. Y estos son nubarrones negros. Pero siéntate y toma algo, niño, que te veo muy delgado. ¿Es que no comes en Nájera? —Dio un par de palmadas para reclamar la atención de los criados—. ¡Carne para mi hijo! ¡Y agua! —Se volvió de nuevo hacia él—: ¿O prefieres vino?

—Agua está bien. He bebido bastante vino estos días.

Sus voces resonaban contra los sillares de las paredes, y eso acrecía un poco más la sensación de soledad. Eso y el pulcro entarimado, los muebles sin desgastar y el perfecto color de los pocos tapices que colgaban de los muros. Como si allí no viviera

nadie en realidad, y los criados se dedicaran a mantenerlo todo igual que nuevo. Ramiro se preguntaba en qué empleaba su madre el tiempo, y la suponía acodada en alguno de los estrechos ventanales, observando el horizonte desde la madrugada. Comiendo sola en la cabecera de aquella mesa, larga como una noche de invierno. O tejiendo en un rincón mientras veía cómo las sombras se estiraban y una jornada más se consumía. Doña Sancha terminó de examinar a su único hijo. Asintió, como si se confirmara alguna sospecha.

—Ya has estado con Munia, ¿verdad?

—Madre, no me preguntes esas cosas.

—Ay, me lo imaginaba. Chiquillos… Acomódate, anda. —Sancha de Aibar empujó su plato hacia el hijo—. Ve comiendo, que yo no tengo hambre.

Ramiro tomó asiento y aceptó el muslo de capón. Ella lo observó con el mismo gesto de orgullo que se había tenido que tragar tantas veces.

—Entonces, madre, ¿qué pasa? ¿Me vas a contar qué noticias son esas que llegan con el viento?

—El rey de León ha muerto. Eso es lo que pasa.

Ramiro dejó de masticar. Se restregó los labios y no quiso esperar a que llegara el agua: bebió un trago del vino servido a su madre.

—¿Cómo? Si es más joven que tú, ¿no?

—Lo era. Ha ocurrido en batalla, parece que lo alcanzó una flecha mora cuando asediaba no sé qué sitio en el condado de Portugal. Mala fortuna, Dios lo acoja. —Y se santiguó.

Ramiro se retrepó contra el respaldo. Alfonso de León muerto… Ahora se explicaba la urgente llamada de su padre. Inesperadamente, el otro gran reino cristiano de la península se quedaba sin rey. El muchacho vio que Sancha de Aibar enarcaba un par de veces las cejas, un gesto que él había heredado y que los dos usaban para hacerse los interesantes.

—Ha pasado algo más. ¿No, señora madre?

—No aún, pero pasará. Poco conozco a tu padre si no aprovecha para mover ficha.

Ramiro también lo vio factible. El ahora muerto Alfonso de León se había casado en segundas nupcias con la hermana del rey Sancho,

Urraca, de modo que ahora ella quedaba como reina viuda. En cuanto al heredero del trono, nacido de la primera mujer…

—¿Cuántos años tiene Bermudo, madre?

—Once o doce, no más. Tu tía Urraca reclamará la regencia en nombre del hijastro, seguro. Y de esa manera tu padre tendrá la llave de León. León es un avispero azotado por cien varas, ¿lo sabías?

Ramiro volvió a asentir. Las relaciones entre León y Pamplona eran muy buenas desde el matrimonio de su tía Urraca con el ya difunto Alfonso, y eso había contribuido a que la figura de ambos reyes se viera respaldada y ganara peso entre los nobles leoneses, por lo que el avispero estaba calmado ahora. Pero antes, en los primeros años de reinado, León había padecido una rebelión tras otra. Alfonso había ceñido corona siendo también un crío, y eso siempre despertaba las ansias de los nobles díscolos, especialmente del que gobernaba el condado más poderoso: el de Castilla. Pero el caos había terminado ya. El actual conde de Castilla, al que todos llamaban Infanz porque también había llegado al poder siendo un crío, era cuñado de Sancho de Pamplona, de modo que todo quedaba en familia, y en familia regía la paz. O eso se decía. Ramiro hacía cuentas.

—En León se dispone a reinar un zagal de once años y en Castilla gobierna un muchacho más joven que yo. Ya veo lo que pasa de aquí a poniente.

—Lo que ha pasado siempre, Ramiro, a poniente y a levante. Esto se va a parecer a un cebadero de buitres. Te diría que a partir de ahora, siempre que estés en la corte de tu padre o visites las cortes ajenas, vayas con cuidado y pongas mucho ojo en lo que ocurra. Te lo diría, pero no te lo diré, porque pocos te tendrán por un enemigo peligroso, ni aquí ni fuera: nuestra desgracia es también nuestra fortuna, ¿verdad?

El joven asintió por tercera vez. Lo bueno y lo malo de ser bastardo, de eso hablaba su madre. Volvió a masticar carne.

—Si lo que quiere mi padre es que lo acompañe a León porque hay riesgo, iré. Y espero que en el futuro me lo premie. Pero si es solo para felicitar al nuevo rey o para urdir enredos de dominio y

zarandajas por el estilo, que se olvide de mí. A García se le da mejor eso, y yo prefiero esperar a que Munia se reúna conmigo en Nájera.

—De eso nada, niño. Irás con tu padre si él te lo ordena, sea como sea. Somos leales a nuestro rey. ¿Entendido?

—Madre, por favor… Cuando llegue el momento, mis hermanastros recibirán su herencia bien cumplida. Castillos, vasallos, tierras y rentas. Que hagan ellos por merecer todo eso. Si yo nada merezco, nada he de hacer. Es lo que tiene haber nacido…

—Basta, Ramiro. —La madre tomó asiento enfrente—. Nacido en un palacio o una porqueriza, de una reina o de una sierva, eres quien eres, no lo que te regalen. Lealtad. ¿Está claro?

—Lealtad. Bonita palabra, incluso cuando está vacía. Vaya, creo que ahora entiendo mejor a Munia. Anda que a ti te fue muy leal mi padre.

Palmada en la tabla de doña Sancha de Aibar. No muy fuerte, solo la de una madre que reprende al hijo.

—¿Está claro, Ramiro? —repitió—. Amamos la recta justicia, a la santa Iglesia, a nuestro rey. Lealtad. Vamos, piensa. Refuerza tu posición, siembra para el futuro.

Él se dio por vencido. Doña Sancha tenía razón, como siempre. Además, una de las aspiraciones de Ramiro era mejorar la vida de su madre, quitarle de encima esa sombra de mujer que estorbaba. Devolverle la dignidad que nunca nadie debió quitarle. Y para eso tenía que tragar algo de polvo.

—Está claro, madre. Lealtad. Haré lo que me diga el rey.

—Ahí estamos. ¿Qué me dices de la reina? ¿Sigue igual?

—Igual seguía la última vez que la vi. No sé si ella me vería a mí, porque ni mirarme quiere.

—Dios cuide a tu madrastra como merece. Que la cuide hasta que muera y, cuando llegue esa desgracia, que el diablo no sea duro con ella en su morada de fuego. Que la churrasque un poquito, claro, pero…

—Madre, que te pierde la boca más que a mí.

—Sé prudente, Ramiro. Esa arpía no es como nosotros, pero es la reina. Le debemos también obediencia y respeto, a la muy zorra. Y ahora háblame de Munia. ¿Por qué dices que va a ir a Nájera?

—Porque lo hemos hablado en Aruex y está convencida. Salía para Barbenuta enseguida, a pedir permiso a su padre. Se reunirá conmigo en la corte. Ya tengo lista una casa en Nájera.

Sancha de Aibar borró su sonrisa.

—¿Lo sabe el rey?

—Lo sabrá pronto. ¿Qué más le da a quién escoja? García, Fernando y Gonzalo le deben obediencia en eso, tendrán responsabilidades de verdad, lo que hagan afectará al reino. Yo no soy importante salvo para el trabajo sucio. Tú lo acabas de decir: nuestra desgracia es nuestra fortuna.

—Aun así, tu padre no te dejará casarte con Munia. Ya sabes lo mucho que cavila para ganar ventajas y derechos.

—Pues no me casaré aún. ¿Qué más da?

Doña Sancha de Aibar enarcó las cejas.

—Esa forma de obrar me trae muchos recuerdos. No querrás que tu Munia acabe como yo, ¿verdad?

—Tú no has acabado aún, madre. De eso me encargo yo, y también de que a Munia no la desprecie nadie. ¿No quieres que siembre para el futuro? Pues bien, en ese futuro está ella.

Doña Sancha pareció convencerse con ello.

—¿Y tus hermanastros? ¿También siguen igual?

—Hm. García solo piensa en pelear y en montar a caballo. Es bueno en ambas tareas. El mejor, diría.

—¿No lo casan?

—No hay prisa, parece. Cuentan las malas lenguas que frecuenta a las rameras de las cuevas en Malpica. García me odia cada día más, supongo que azuzado por la reina. Lo que, si no fuera por la dichosa lealtad, me daría otra razón para buscar mi destino lejos y con personas ajenas a la corte. Esto no se lo he dicho a Munia, claro. Ella cree que todos me respetan en Nájera.

—Mal hecho. Mentirle, digo. ¿Y Fernando? ¿También te odia?

—Fernando es diferente. —Soltó el hueso de capón y se señaló la sien—. Hay más aquí —y luego se llevó la mano al corazón—, o a lo mejor tiene esto más lleno y no le afectan las maledicencias. Y el pequeño Gonzalo me adora, siempre viene detrás y me obliga a

jugar con él. Le tengo cariño. A la reina se la llevan mil demonios cuando nos ve juntos.

—Ojalá se la lleven, pero bien abajo. ¿Quieres más pollo?

—Sí, gracias. Estoy hambriento.

—Ya veo. —Sancha de Aibar bajó la voz—: ¿Y aún corre ese rumor? Ya sabes, el de que la reina y tu eitán…

—Madre, por favor. ¿Tú también? La reina no es así. Y mi eitán tampoco.

Ella acarició la cabeza de su hijo.

—Sé que aprecias mucho a don Jimeno. Tuviste un buen eitán, te enseñó bien y te quiere. Pero es un hombre. —Sancha hizo un gesto de aprobación—. Un hombre valiente, generoso, y además muy guapo. Ya digo: es un hombre. Y los hombres son todos iguales, los guapos y los feos, los buenos y los malos, los casados y los solteros. En fin, nadie podría culpar al pendón de la reina, eso lo reconozco.

—Te lo ruego, madre, déjalo ya. Mi eitán es fiel amigo de mi padre, jamás le haría tal cosa. Y la reina sabe estar, eso no puede negarse.

—No lo niego, no. ¿Y tu hermanita Jimena? No será como su madre, espero.

—No sería de extrañar que sí, no se separan. Es una cría despierta, pero algo alocada, así que sus ayas andan corriendo tras ella todo el día. Y la reina la regaña sin parar.

—Pobre niña, la desgracia de madre que le ha tocado.

—Estoy pensando… Jimena tiene diez años, uno menos que el nuevo rey de León.

A Sancha de Aibar le regresó la sonrisa.

—Bien visto. Con el Infanz no puede casarse porque son tío y sobrina, pero con Bermudo sí. Seguro que tu padre ya lo ha pensado. —Se inclinó hacia la mesa y bajó la voz—. Y si no lo ha pensado, que lo piense. Con un poco de suerte, a la chiquilla la prometerán con el leonés y la mandarán para allá. Cuanto antes se separe de la reina, más garantías de que no será una rata pelada como ella.

—Ay, madre… A veces yo lo pienso, piénsalo tú también. Que te pongas en el lugar de la reina, digo. ¿Qué harías si el bastardo de tu

esposo viviera contigo? Siempre recordándote que antes hubo otra mujer. —Alargó la mano sobre la mesa para acariciarle la mejilla a su madre—. Una mucho más bella, además.

Un par de criados trajeron otra bandeja con muslos, una copa nueva y el agua. La misma Sancha de Aibar apartó los restos.

—Qué zalamero eres. Come, anda. Que no comes nada.

†

4. Nájera

†

Un siglo atrás, el tatarabuelo del rey Sancho había conquistado Nájera a los infieles. Y al año siguiente el poderoso Abd al-Rahmán, el emir cordobés de los Omeya que acabaría proclamándose califa, se vengó destruyendo Pamplona, corazón del reino. Desde ese momento Nájera se convirtió en sede principal de los reyes pamploneses; y el alcázar, en plena ladera de subida al castillo, en el lugar donde se celebraban los principales consejos reales. Como el de aquel día.

Ramiro apenas tenía tiempo para asearse o tomar un bocado. Había alcanzado Nájera esa misma mañana, tras cubrir el último tramo de noche, y se le notaban el sueño y la fatiga. Cruzó el río y se plantó ante la construcción palaciega, plagada de cuestas y escalones para adaptarla a la pendiente. Saltó a tierra levantando una nube de polvo, dejó las riendas en manos de un guardia y entró en el complejo. Solo que alguien gritó entonces su nombre.

—¡Ramiro!

Era el pequeño Gonzalo, en el espacio que daba cobijo al cuerpo de guardia, jugando con un par de figuritas de madera bajo la mirada de su aya. El chico de ocho años se incorporó, dejó los juguetes abandonados y corrió hacia su hermanastro. El aya le suplicó cuidado, porque Gonzalo se caía con frecuencia y casi

siempre se hacía una gusanera, o se raspaba la piel o se mordía la lengua. Y allá venía lanzado, el único de los hijos del rey que había heredado el pelo rojo de la reina, Mayor de Castilla. El que menos se parecía a los demás hermanos. Se echó en brazos de Ramiro, y este lo levantó del suelo y lo aupó todo lo que pudo, porque al chico le gustaba sentirse allá arriba y, con lo ligerito que era, poco costaba darle una alegría.

—¿Me has echado de menos, saltamontes?

—¡La yegua torda ha parido un potro! ¿Quieres verlo? Es muy negro, está en el castillo.

Ramiro lo bajó y observó la piel del crío. La herida sobre la oreja izquierda casi no se le notaba. Esa se la había hecho un mes antes, al saltar una cerca. Le retiró el flequillo en busca de nuevos chichones y le obligó a abrir la boca, a ver si se le había caído algún diente de leche.

—Un potrillo ha nacido, ¿eh? ¿De la yegua torda, dices?

—Sí, sí.

Ramiro asintió. La yegua torda era un regalo del obispo de Dax, al norte de los Pirineos. Un animal de valor, como todos los que tenía el rey. Porque aquella era la gran afición de Sancho de Pamplona: los caballos. Se decía que incluso por encima de las mujeres. Y eso que, según las malas lenguas, se acostaba con todas las que podía.

—Luego veo al potro, saltamontes. Ahora tengo que entrar en la curia. A ti no te dejan, ¿eh?

—No. A Fernando tampoco le han dejado.

—¿Y dónde está?

—Escondido, seguro. Pero vamos ahora a ver el potrillo, Ramiro. —Y tiró de él hacia la salida—. Está arriba, en el castillo. Con la yegua. Quiero montarlo.

—De verdad que luego subimos a verlo, saltamontes. O mañana. —Ramiro se dirigió al aya, una muchacha joven y de largas trenzas castañas, sobrina de un obispo o de un abad, según creía. Se esforzó en recordar su nombre—. Di, Felicia, ¿ha estado bien Gonzalo?

—A medias, mi señor. Enfermó un poco hará una semana. Tosía y le costaba respirar, pero ya se le pasó. Mucho recé por él y me oyó

nuestro Señor. —Se santiguó—. Por la sangre de Cristo.

—¡Ya se me pasó la tos! —confirmó Gonzalo—. Luego subimos a ver el potrillo, ¿eh?

Ramiro se lo volvió a prometer y se apresuró al nivel superior. Había mucho ir y venir de criados con jarras de vino y agua, y desde las cocinas se colaba el olor a carne asada. Ese día las despensas se aligerarían, porque de todos era conocido el mucho apetito que gastaban los principales del reino. Cuando alcanzó el repecho que antecedía al salón del trono, Ramiro vio al zagal que esperaba fuera, con la oreja pegada a la doble puerta. Fernando no se parecía nada a Gonzalo. Tenía doce años, pero aparentaba un par más como mínimo. Ojos negros, ligeramente separados, como el rey y como sus otros dos hermanos, García y Jimena. Pelo abundante, oscuro y ondulado, boca pequeña. Enseguida notó la presencia de Ramiro y se volvió.

—Te esperan.

—Lo sé, Fernando.

—No les digas que estoy aquí.

—No lo haré.

El chico carraspeó. De estar presentes García y su madre, habría mantenido las distancias. Pero nadie los veía en aquel lugar, así que podía permitirse alguna confianza con el bastardo de la familia.

—El rey de León ha muerto —le anunció—. Por eso te hacen venir.

—Ya. Me dieron la noticia por el camino. ¿Tú sabes algo más?

Fernando negó.

—Mi padre… Nuestro padre mandó llamar a los señores y a los obispos en cuanto se enteró. Estos días he preguntado a García, pero no me quiere decir nada. ¿Y tú? ¿Fue bien por la Ribagorza?

—No llegué a la Ribagorza. Tuve que salir a tierra de moros desde Aragón.

A Fernando se le notó el gesto de envidia y admiración. Tierra de moros. Eso implicaba peligro y, a poca suerte, pelea con los infieles. A Fernando le pasaba como a todos los incautos que no conocen la guerra: que se mueren por conocerla. Posó la diestra sobre una de las puertas.

—No es justo que no me dejen entrar. Yo también soy hijo del rey.

—Pero naciste más tarde. Paciencia, Fernando, tu momento llegará.

El chico lo observó en silencio un rato. Fernando lo hacía a menudo: miraba con detenimiento, como si estudiara cada detalle antes de hablar. Había salido al padre en eso. En mucho de lo demás, a la madre. Incluso se decía que Fernando era el favorito de la reina, como solía pasar con los segundones, pero era difícil saber a quién quería más Mayor. Lo que sí estaba claro era que reservaba su desprecio para el bastardo.

—¿No te enfadas nunca? —preguntó Fernando—. ¿No te parece injusto?

—¿El qué?

—Eres el que nació antes, el primogénito del rey. Mi padre te manda lejos, sales a tierra de moros, luego te llaman si pasa algo grave y, ya ves: te dejan estar en la curia. Pero no reinarás. Lo hará García, que en realidad es más joven que tú, aunque sea por unos días. Hasta Gonzalo y yo gozaremos de más honores. ¿No es injusto, digo? O mala fortuna. Solo porque tu madre sea otra mujer. ¿Y yo? Recibiré menos solo por nacer más tarde. No hay justicia. No hay fortuna. ¿Cambiará eso alguna vez?

Ramiro sonrió. Le gustaba aquel crío, siempre había sido maduro para su edad.

—A ver, Fernando… El viento, la amada y la fortuna cambian como la luna, eso dicen los serranos. Del viento me lo creo, de la amada no tanto. De la fortuna, nada. O a lo mejor esto no es cuestión de fortuna, o la verdadera fortuna es que pasen cosas así. O no es tan injusto después de todo.

—No te entiendo, Ramiro.

—Pues imagina que todos tuviéramos derecho a reinar. Tanto como García, ni por encima ni por debajo. Sería justo eso, ¿no? ¿Pero sabes qué pasaría entonces?

Fernando no tuvo que pensárselo mucho.

—Nos pelearíamos.

—Eso es. Como una jauría de perros, hasta que uno de nosotros mordiera más que los otros. Valiente justicia, ¿no? Pero no somos perros, Fernando. Somos hombres y seguimos un código.

—Un código, ya. ¿Me lo contarás? Lo de tu salida a tierra de moros.

—Claro. Y ahora aparta, que no te vean. Tengo que entrar.

El segundo hijo legítimo del rey obedeció, y el primogénito pero bastardo Ramiro se acomodó la túnica y apartó el pelo de su cara. Carraspeó antes de abrir las puertas, aunque recordó algo y se volvió hacia Fernando.

—Una cosa. ¿Qué tal está Jimena?

—Bien, como siempre.

—¿Hay planes para ella?

Fernando entornó los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Es de la edad del nuevo rey de León. ¿Lo habías pensado? Un rey necesita una reina.

—Uf. Pero si Jimena es una cría. Y si a ninguno nos han buscado enlace, ¿por qué ella iba a ser diferente?

—Tienes razón. Pero por si acaso, pregúntale a tu madre. Como si fuera cosa tuya, a mí no me nombres.

—Eso es mentir.

—No, hombre. Solo es callar la verdad. No es tan malo como mentir. Bueno, voy para dentro.

†

Ramiro era el primogénito, sí. Fruto del amor de juventud del rey Sancho y su tocaya, Sancha de Aibar. Sancho y Sancha se habían conocido siendo niños, y la amistad se mantuvo incluso cuando él perdió a su padre con ocho años. Así que a Sancho le quedaba destinada una corona que, a juzgar por las apariencias, le iba a quedar grande, ya que abarcaba el reino del Pamplona y el condado de Aragón.

Sancho creció sin gobernar mientras fue crío; de eso se ocupaban su madre y su abuela, secundadas por un consejo de obispos. A los trece lo coronaron rey, pero poco cambió la cosa, porque lo suyo era

completar su aprendizaje sobre la guerra, la religión y la política. El califato andaba entre revuelto y mermado, nada que ver con el poderoso Estado que había sojuzgado a los pequeños reinos cristianos y los había arrasado una y otra vez, conteniéndolos por fuego y hierro en sus fronteras montañesas. Nombres terribles como el de al-Mansur resonaban aún desde aquel pasado reciente y llenaban las pesadillas de los más mayores. Pero ahora eso había cambiado. La ambición de mandatarios mezquinos, la corrupción y las tensiones internas habían desgajado el poder de Córdoba, y no se sabía qué iba a resultar de tanta rebelión y guerra entre moros. Fitna, lo llamaban, y todo era posible. De aquello podía salir un caudillo terrible que recordara al diabólico al-Mansur, Dios lo hubiera condenado. Si eso ocurría, ya podían los cristianos volver a esconderse en bosques y sierras. O a lo mejor no. A lo mejor se asentaban la división y las pequeñas ambiciones que proliferaban por las coras sarracenas, a las que ahora llamaban taifas. Y en Córdoba se insistía en proclamar a un califa tras otro. Tan débiles que carecían de poder efectivo sobre las taifas, tan abandonados que duraban menos tiempo en el trono cordobés que una pata de cerdo bien curada a la puerta de un sacerdote. De modo que las opciones se abrían, quedaba mucha partida que jugar y ancha riqueza que ganar. Por fin los reinos y condados cristianos se extenderían sobre la tierra manchada por los agarenos, estos pagarían su soberbia y los servidores de la cruz podrían alcanzar el gran objetivo. *Delectio paganorum.*

La destrucción de los infieles. Con eso había soñado el joven rey Sancho mientras su amistad con la tocaya de Aibar se convertía en otra cosa.

Así que ella quedó preñada con quince años, qué raro. Los dos amantes, Sancho y Sancha, se aprestaron a seguir la tradición y planearon bautizar al recién nacido, si es que era varón, con el nombre que tenía el padre del joven rey. Esto es: García. Pero las dos señoras regentes y el consejo episcopal, que andaban ya cavilando a largo plazo, los avisaron: el crío no podía llamarse así. Ya verían en su momento qué nombre le ponían, o si nacía una chica, que también podía ser. Sancha de Aibar, que de tonta no tenía ni la

raíz de un pelo, se vio venir la negra sombra, y la cuestión se confirmó en poco tiempo, cuando llegó el anuncio de que el joven rey Sancho de Pamplona, también conde de Aragón, se iba a casar con otra más linajuda, mejor dispuesta por sangre para ser reina: Mayor, la primogénita del conde de Castilla. Así se hizo, e impulsado por las prisas de las dueñas y los consejeros, y un poco a resultas de su ardor juvenil, Sancho de Pamplona preñó también a Mayor.

Total, que ahí estuvieron las dos, embarazadas por el mismo, engordando a la par y vigilándose con recelo. Como Sancha de Aibar era moza esforzada, dio a luz a un zagal de la misma guisa, y el nombre que recibió fue Ramiro. No muchos días después, Mayor, la esposa legítima, también parió a un varón. Y ese sí que recibió nombre de futuro rey: García. Mayor soportó la presencia de Sancha en el alcázar lo justo, porque la odiaba a ella y odiaba a Ramiro. Y aunque evitaba incluso hablarles, se la llevaban legiones de demonios solo con saber que el primer amor de su real esposo andaba por allí. Así que no tardó mucho en ordenar que a ella se la llevaran a algún sitio apartado, que cuan lejos de ojos, tan lejos de corazón. Y si tragó con conservar en Nájera al bastardo fue solo porque el rey no consintió otra cosa.

Ahora Sancho de Pamplona contaba 36 años. Desde su sitial, un poco por encima de los demás gracias al estrado de tres escalones, observaba a sus dos hijos mayores, el legítimo y el bastardo, que se llevaban solo semanas. Se sentaba sobre un trono de largo respaldo en que había un águila labrada, las alas extendidas y, escrita sobre cada una de ellas, una palabra. «Fidelitas» a la derecha, «Iustitia» a la izquierda. Lealtad y justicia, los dos pilares sobre los que Sancho hacía descansar su poder.

El rey calculaba, lo hacía siempre. Entornados los ojos muy oscuros y algo separados, fijos en los dos muchachos. El pelo negro largo hasta los hombros, la barbilla prominente y fuerte. Cojeaba de la pierna izquierda por una herida de caza. No le impedía cabalgar, pero sí que le dolía cuando estaba mucho rato de pie.

A su alrededor, solo los nobles y prelados más importantes del reino, dispuestos a aconsejar cuando lo pidiera el monarca. Sentados sobre escabeles, lo mismo que los hijos. La reina Mayor permanecía

de pie junto a su esposo, la mirada altiva, la mano apoyada con elegancia sobre el ala de la Lealtad. Mayor tenía el cabello de un rojo violento, la piel plagada de pecas, los ojos pequeños y verdes. No alcanzaba en hermosura a Sancha de Aibar, pero la superaba con mucho en linaje, y eso bastaba. Descansando entre los pechos, su joya favorita: una cruz de cobre dorado con esmaltes granates y azules, colgada del cuello por una cadenita de plata.

¿Echaba de menos Sancho de Pamplona a su antigua amante, aún guapa y apetecible? Nadie lo admitía en público, aunque muchos lo suponían. Daba un poco igual, porque el rey era hombre práctico y, cuando una puerta se cierra, ciento se abren. Había incluso quien aventuraba que el rey lloraría más cuando se le muriera alguno de sus caballos que si de repente enviudaba. Algo tenía que ver el hecho de que casamiento y negocio eran casi lo mismo para la corona pamplonesa. El matrimonio con Mayor había relegado a Sancha de Aibar, pero a cambio el rey sumaba a sus posesiones por el oeste la tierra castellana más antigua, la llamada Castella Vetula con algunos otros territorios que incluían el viejo condado de Álava; y por el este, el condado de Ribagorza. Por si fuera poco, gracias a su matrimonio influía sobre el jovencísimo conde de Castilla como si él gobernara también aquel territorio, y ahora veía que podía hacerse otro tanto con el reino de León. Como había conquistado el condado de Sobrarbe por la oportunidad y la fuerza de sus armas, la influencia de Sancho se iba a extender desde el Atlántico hasta las tierras de Pallars. Y por eso cada paso debía calcularse con atención antes de empezar el camino.

—Bien —dijo el rey Sancho, que así, sentado en su trono, parecía él mismo dotado de las alas del águila—. Ya está aquí Ramiro, no falta nadie. —Tomó aire y levantó la mirada.

La luz de la tarde entraba por los ventanales, atacaba en diagonal y hería el suelo, pintando franjas doradas. Alrededor, los muros conservaban la azulejería mora en azul turquesa, verde y blanco; y tapices llenos de colores ahora apagados por el paso del tiempo, plagados de motivos vegetales y de largos y elegantes versículos trazados en la lengua de los sarracenos. Hasta los arcos de los ventanales recordaban que aquel alcázar era un botín de guerra al

enemigo secular. Todo menos la inmensa cruz colgada en el muro tras el trono, en madera claveteada de oro y plata.

A los pies de esa cruz, varios guardias pamploneses se erguían firmes e inmóviles, con las lanzas en vertical, los yelmos puestos y los escudos atados a la espalda. Y a un lado, siempre pendiente de las palabras del rey y de sus nobles, esperaba un escribano con la pluma lista para tomar nota de todo lo que se dijera.

—Lo sabéis todos —continuó el rey—, seguro que tú también, Ramiro. Nuestro hermano en Cristo Alfonso, rey de León, ha seguido el camino de toda carne. En Viseo fue, en el condado de Portugal, de la manera más decorosa que existe. Una flecha se lo llevó de este mundo cuando luchaba contra los adversarios de la cruz. He pedido por su alma misas y oraciones cumplidas —se volvió hacia donde estaban los obispos, que se santiguaron en ese momento—, eso va a expensas mías. Y lo mismo habrán hecho los presentes, presumo. Y si alguno no lo ha hecho, que lo haga.

»Alfonso y yo éramos cuñados. Y medio primos por añadidura, ya que compartíamos abuela. También compartíamos un propósito que debe ocupar todo nuestro tiempo. —Sancho de Pamplona cerró el puño derecho—. La destrucción de los infieles.

»Pero son tiempos nebulosos los que nos toca vivir, y no toda nuestra industria puede estar al servicio inmediato de la fe. En León residen buenos cristianos, otros no lo son tanto. Ahora mismo, estoy seguro, señores desleales husmean la ocasión de rapiñar tajada. Por si fuera poca traba, el heredero del buen Alfonso es Bermudo, un niño de once años. Más joven aún que mi hijo Fernando, fijaos.

»Como es natural, Bermudo contará con toda nuestra ayuda para que nadie estorbe su subida al trono. De este modo los leoneses se verán libres y animosos para dedicar sus esfuerzos al sagrado fin que Dios nos ha dado a unos y a otros. Por eso viajaré a León, a estar presente en su coronación, a dar seguridad a ese niño y a mostrar a sus vasallos que, si lo molestan, me estarán molestando a mí. —En parábola, señaló a su auditorio—. Nos estarán molestando a todos.

»Quedamos pendientes de saber cuándo será la ceremonia, pero en León ya cuentan conmigo. Quiero que mi llegada vaya

acompañada de un viento de esperanza para el joven Bermudo. He escogido la comitiva y el caballo que voy a regalarle, uno bien criado, de lo mejor de mis establos. Solo resta elegir cuál de mis hijos me acompañará.

—Reclamo la palabra.

Se volvieron hacia García. El joven se había puesto en pie y sujetaba el puño de su espada en la funda. Era muy bueno con esa espada, con la que se adiestraba a diario. De hecho, se decía que no había nadie que lo superase en combate.

—Habla, hijo —dijo el rey.

—Sé por qué has esperado a la llegada de Ramiro para esta curia, e imagino cuál es tu idea. Permite que, mejor, te acompañe yo a León. Mucho honor les harás al presentarte como el rey más veterano y poderoso de esta tierra tanto tiempo azotada por infieles. Más aún si compareces con tu heredero. Distinto es que llegaras a León con un… —Miró a su izquierda, a Ramiro—. Con este.

Ramiro se hizo el sordo, Sancho de Pamplona endureció el gesto. En realidad, no había decretado herencias, pero la bastardía apartaba a Ramiro, y la tradición dictaba que García sucedería al rey en el corazón de sus posesiones. Pese a todo, ahora convenía sopesar pros y contras.

—Ya lo he dicho, García. León se sacudirá pronto por nobles desleales, si es que no están ya quemando iglesias y monasterios, y robando y saqueando unos las tierras de los otros. El difunto Alfonso tuvo que aguantar esas rebeliones durante años porque ciñó la corona demasiado joven, como suele ocurrirnos a todos. En fin, hace apenas una década que pacificó su reino. ¿Crees que esos señores felones o sus hijos no aprovecharán la muerte del rey? Es posible, casi seguro, que el caos habrá comenzado ya. Será peligroso.

—Cierto —intervino la madre, y en todo momento se abstuvo de mirar a Ramiro—. García, quédate. El reino te necesita como baluarte en ausencia del rey. Otro puede acompañar a tu señor padre. Otro que sea… prescindible.

El joven García ladeó la cabeza, gesto habitual en él, lo mismo que su media sonrisa, siempre socarrona. Aunque era guapo, aquella costumbre de burlarse le afeaba el rostro. Miró a su hermanastro

bastardo, pero lo vio sentado e inmóvil, con la vista fija en la punta de sus pies, como si aquello no fuera con él. Así que se dirigió a su madre.

—Tienes miedo de que me pase algo, pues. Cuitas de mujeres.

—De reinas, querrás decir.

—De lo que sea, madre, salvo de hombres cumplidos con espada al cinto. Padre, llévame contigo.

El rey, al que parecía hacerle gracia la pequeña pugna entre madre e hijo, miró a la derecha, a su consejero principal, compañero de armas desde muy joven y tenido por el mejor guerrero del reino. Jimeno Garcés, señor de Atarés y Boltaña, mentor de Ramiro. O su eitán, que era como se solía llamar al noble encargado de educar a un infante de sangre real, aunque fuera bastardo. Don Jimeno, tal como había dicho la madre de Ramiro, era un hombre atractivo, de ojos negros y nariz larga que le daban un aire sarraceno. No tardó mucho en dar su parecer:

—Al-Mansur, cuando salía en algara, se hacía acompañar por su hijo Abd al-Malik. Así lo educó, y lo acostumbró a lo que sería luego su oficio, y no lo hizo mal el mozo cuando le llegó el turno.

La reina Mayor asintió.

—Don Jimeno habla bien y como suele: poniendo como ejemplo a ese demonio infiel. Pero Abd al-Malik no era el primogénito de al-Mansur, eso lo sabe todo el mundo. El primogénito, Abd Allah, solía quedarse en Córdoba cuando el padre cabalgaba para arrasar nuestras tierras. ¿Y por qué hacía tal cosa? Pues porque al-Mansur quería preservar su sangre, claro.

—La reina es prudente y sabia —reconoció Jimeno Garcés, y amagó una inclinación hacia ella—. Pero el joven Abd Allah, eso también es sabido, se enojaba con el padre por el poco aprecio que le tenía, y acabó volviéndose contra él. Tuvo que refugiarse en la corte de tu abuelo, mi reina, y acabó con la cabeza por un lado y el cuerpo por otro. Por orden de su propio padre.

Doña Mayor sonrió al noble. Una sonrisa sincera, de aprecio auténtico.

—Cosas de moros, don Jimeno. Cosas de moros. Nosotros no decapitamos a nuestros hijos. —Y se volvió hacia García—: Aunque

sean desobedientes.

—También es verdad, mi reina —dijo don Jimeno.

—Qué entretenida historia, pese a que todos nos la sabíamos —habló de nuevo el príncipe García—. Pues eso: ni nosotros somos moros ni pienso desobedecer a mis mayores. Pero un día reinaré, y el oficio no se aprende solo con lecciones de maestros en la corte. Debo ir yo a León.

El rey levantó la mano, con lo que se interrumpió el debate. Volvió a observar a García con fijeza.

—Has hablado bien, has de aprender el oficio que la gracia de Dios te ha reservado para el futuro. Pero tu madre también está en lo cierto, pues te lo he dicho bien claro: será peligroso. —Miró al bastardo, miró al legítimo. Al bastardo de nuevo, al legítimo otra vez —: Aun así, sea: García, me acompañarás a León.

El príncipe echó atrás la cabeza y alzó los brazos.

—¡Sí! —Se recompuso antes de inclinarse en reverencia—. Gracias, mi señor padre. Gracias, mi rey.

—Pero contigo vendrá Ramiro, con mandato de no separarse de ti. Y de protegerte contra todo y contra todos.

Lo último que quería Ramiro era alejarse de Nájera justo con Munia a punto de instalarse allí, así que estuvo a punto de rechistar. Pero recordó lo que le había dicho su madre en Aibar, así que se puso en pie y, lo mismo que su hermanastro, se dobló en reverencia.

—Como ordenes, mi rey.

—No es necesario, padre, insisto —intervino de nuevo García—. Permite que Diego Vélaz me acompañe. Nadie como él para batirse. Ramiro, desde luego, no le llega ni a las espuelas. ¿Con quién podría yo estar más seguro que con Diego, incluso entre sarracenos?

Ramiro se mantuvo impertérrito. Era cierto que el tal Diego Vélaz, ausente de aquella curia porque ni siquiera era pamplonés, manejaba muy diestramente las armas, aparte de ser grande y agresivo. De todos era sabido también que el príncipe y Diego mantenían una estrecha amistad, a pesar de que a la reina Mayor no le gustaba ni Diego ni ningún otro miembro de aquel antiguo y maltratado linaje alavés, los Vélaz.

El rey Sancho, tras otro corto rato de reflexión, asintió.

—Me cansa esta porfía. Ramiro y Diego serán tus guardianes, García, y no quiero más protestas con esto, ni desprecios. —El rey se puso en pie, con lo que lo imitaron todos los presentes—. Señores, amigos todos, declaro disuelta la curia. Ramiro, tú quédate. Algo me ha llegado desde Aragón sobre no sé qué caza de moros. —Sonrió—. Eso me lo tienes que contar, hijo mío.

Los señores y obispos hicieron los consabidos corros, y la reina Mayor bajó del estrado para reprender a García con murmullos bien medidos. Pero el príncipe no hacía caso a su madre. Solo miraba al rey y a Ramiro, que ahora se abrazaban junto al trono.

†

5. Un caballo negro

†

UNA SEMANA MÁS TARDE

La partida de caza regresaba con anuncio de olifantes respondido por repique de campanas en todas las iglesias de la ciudad. Tanta ruidera servía para celebrar el resultado de la batida y, sobre todo, para tranquilizar a los najerenses, pues se aproximaba una hueste a caballo y eso ponía siempre los pelos de punta. Tampoco hacía tanto, apenas dos años, que una incursión del emir zaragozano había llegado hasta la misma Nájera como venganza por las conquistas pamplonesas en el sur de la Ribagorza, hasta entonces ocupada por los sarracenos. Así que convenía andarse con cuidado, tanto para lo bueno como para lo malo. Nunca se sabía cuándo esos hijos del Profeta iban a aparecer con ansias de cortar cuellos, quemar casas, robar ganado y llevarse a las mozas para venderlas como esclavas.

—Ya vuelve el rey —dijo Ramiro, que paseaba con Munia por la calle de los peregrinos—. Vamos para el alcázar. Por fin te conocerá. ¡Corre!

Munia había llegado el día anterior, tras obtener permiso de su padre en Barbenuta. Ramiro, avisado por un correo, había salido para recibirla a media jornada, porque en aquella región la ruta pasaba muy cerca de la frontera zaragozana. No quería ni pensar en

que a Munia la sorprendiera una algara y acabara en poder de los infieles.

De primeras se habían instalado en una casa que Ramiro poseía junto a la iglesia del santo Jacobo, en plena ruta sacra y aprovechando que el fuero de la ciudad, otorgado por el mismo rey Sancho, protegía especialmente a las mujeres que vivieran solas. Eso para cuando él tuviera que dejarla e ir a cumplir alguno de los encargos reales. Era un edificio de una altura, hecho de piedra y argamasa de cal, arena y agua, con tejado de lascas a un agua. Cocina con gran fogón para los cocimientos de la muchacha, un dormitorio anejo y un corralito en la trasera. Suficiente para lo que ellos querían. Ramiro insistió en procurarse uno o dos criados, pero Munia se negó.

Los najerenses observaron en silencio cómo aquella muchacha descargaba de una mula sus pocos enseres y una enorme colección de hierbas atadas con cordeles. Esa noche los dos jóvenes no habían dormido mucho, claro. Y por la mañana, Ramiro había guiado a Munia por la ribera para mostrarle los mejores recodos, donde crecían plantas de las que ella gastaba. Hepática y lúpulo más que nada. Otro día, río abajo, podrían recoger corteza y hojas de chopo negro.

Ahora los cuernos de caza volvieron a sonar, y los caballos hicieron su aparición junto a la iglesia del santo Jacobo. El rey Sancho y unos cuantos señores, así como el príncipe García, llevaban casi cuatro días fuera, matando el tiempo y a algún que otro animal mientras esperaban el momento de partir hacia León, así que aquello no era una comitiva que luciera oropeles, mantos ni pieles lujosas. Los nobles que acompañaban a Sancho de Pamplona adelantaron a Ramiro y Munia, pero el rey se dio cuenta y tiró de las riendas. Montaba uno de sus animales favoritos para la caza, un robusto caballo gris de gran alzada y ollares inquietos. Observó a aquella chica rubia y de aspecto silvestre.

—Padre —dijo Ramiro—, esta es Munia, hija del señor de Barbenuta.

—¿De quién?

—Del señor de Barbenuta, padre. Un vasallo tuyo.

—Ah, sí, claro… —Sancho de Pamplona, que ni siquiera recordaba dónde estaba Barbenuta, miró a Munia—. Buena moza, por Cristo.

Ella se inclinó.

—Para servirte, mi rey.

Los jinetes que cabalgaban tras el rey también se detuvieron. Uno de ellos era el eitán de Ramiro, don Jimeno Garcés. Descabalgó para abrazar a Ramiro y besó la mano de Munia. Traía consigo el olor a cuero y a monte, y en bandolera le colgaba un cuerno de marfil con trazas morunas.

—Así que esta es la chica.

Al rey también le extrañó que su consejero más cercano supiera de Munia.

—¿Pero es que era yo el único que no conocía a esta muchacha?

—Bueno, mi rey —El Eitán se encogió de hombros y acarició el cuello del caballo real—. Ya sabes lo que dicen. El esposo es el último en enterarse de lo que hace la esposa, y lo mismo pasa con padres e hijos. Recuerda cómo éramos nosotros a la edad de Ramiro.

Sancho de Pamplona sonrió.

—Dos buenas piezas, es verdad. Tú más que yo, que conste.

Uno de los monteros se dirigió entonces al rey para preguntarle si se debían ir al alcázar o al castillo. El Eitán aprovechó para acercarse de nuevo a Munia y Ramiro. A este le dio un codazo cómplice.

—Es más guapa de lo que decías, tunante. Qué pelo tan bonito, qué color de piel. Es como oro corriendo sobre plata.

Ella se ruborizó. Ramiro se sintió obligado a darle una explicación a Munia.

—Mi eitán sabe mil versos sarracenos. En cuanto puede, los suelta.

—Este verso no había podido soltarlo aún —dijo el noble—. Lo tenía esperando a una muchacha que los mereciera. —Palmeó con fuerza el hombro de Ramiro—. Bien hecho, zagal, eso es que te enseñé a conciencia. Lástima que no te sepas tantos poemas como yo.

—No hace falta, yo soy más guapo.

Se picaron un rato más, maestro y pupilo, y a Munia le cayó bien enseguida el eitán, naturalmente. E imaginó que con esa labia y ese porte le sobrarían oportunidades para soltar versos moros y sacarles partido.

Los demás monteros subían en ese momento. Varios cuerpos de venado y un corzo atravesados en las bestias de carga. A su frente estaba García, que desvió su marcha para pasar tras la pareja. Retuvo a su caballo, un hermoso animal blanco de gran planta y abundante crin, y los miró, el sarcasmo pintado en el rostro.

—Hermosa mujer. ¿Quién es?

Ramiro se volvió. Ojalá no dijera algo inconveniente, porque no tenía ganas de una nueva trifulca con su hermanastro.

—Es Munia, hija del señor de Barbenuta. Aragonesa. Munia, te presento a mi hermano García.

—Medio hermano nada más —corrigió el príncipe, y al menos saludó con un gesto amable—. Que sea grata tu estancia, Munia de Barbenuta.

El rey cortó la escena.

—Bien, subamos al alcázar. —Pasó la mano por la crin de su caballo—. Este buen amigo necesita descansar, se lo ha ganado. Y yo tengo sed de vino desde el monasterio de Suso. Esos monjes saben abrirle a uno las ganas, pero son roñosos como nadie y apenas te mojan los labios con esos cuencos pequeñitos. Si han de irse a la tumba sin dejar nada a nadie, qué más les dará repartir en vida, ¿no? ¡Vamos pues!

Continuaron. Munia apartó la vista cuando pasaron las mulas con los animales muertos, y descubrió que aún venía un último jinete cerrando la partida. Un tipo algo mayor que Ramiro y García. Grande y ancho de espaldas, con la cabeza descubierta y el pelo rapado, la nariz un poco hundida, como si se la hubieran esculpido a mazazos. Su aspecto, con todo, no era desagradable, aunque transmitía un poderío animal que erizaba los cabellos. Detuvo su montura, un bicho basto y tordo que hacía retumbar la tierra. El jinete miró a la pareja y les dedicó una sonrisa fiera. Luego clavó las espuelas en los ijares y se alejó cuesta arriba. A Munia la sacudió un escalofrío.

—¿Quién es?

—Matalobos. Mejor no te le acerques.

—Matalobos… —repitió ella—. ¿Por qué lo llamas así?

—Es una historia vieja, Munia. Y no sé si muy cierta.

—Me gustan las historias viejas, incluso las que son mentira. O sobre todo esas. Pero dime su nombre auténtico, porque Matalobos no será.

—Diego le pusieron en pila del bautismo. Diego Vélaz. Es el pequeño de tres hermanos, a cuál más felón, como toda su estirpe.

—Los Vélaz… ¿Deberían sonarme?

—Familia vieja, de renombre. Algún antepasado de Matalobos fue conde de Álava, y con tantas ínfulas que hasta su señor, el rey de León, se las andaba con cuidado con él. Hasta ahí no hay nada raro, que lo mismo pasaba en Castilla, de modo que los dos condes, el de Castilla y el de Álava, se miraban siempre de reojo.

—Ah, pero si los dos serían vasallos de León, ¿no?

Así era, contestó Ramiro. Pero una cosa no quitaba la otra, y ahí estaban los dos condes, ayudándose contra el moro, sí, pues ambos eran vasallos del rey de León y le debían auxilio y consejo. Pero también maliciaban cómo hacerse cada cual con lo del otro. Hasta que por lo recto o por lo torcido y con el paso de los años, un conde de Castilla ganó la partida, se quedó con Álava y desterró al Vélaz perdedor. El Vélaz se encorajinó muchísimo, claro, escupió mil maldiciones que deberían pasar de padres a hijos, y a nietos y a bisnietos, y juró que los condes de Castilla habían de pagar cara la felonía a los Vélaz. Y los Vélaz mantuvieron vivo el rescoldo de la saña, y salieron adelante de aquí para allá, hasta aliándose con los infieles, buscando dónde medrar, recuperar algo de la gloria que consideraban robada. En fin, que los Vélaz habían acumulado bilis de sobra contra los condes de Castilla y todo su linaje.

—Hay tres hermanos Vélaz ahora, ya te digo —continuó Ramiro—. El difunto rey de León les dio tierras en las Somozas, allá por Galicia. No sería de extrañar que acudieran a la coronación de Bermudo, puede que allí conozca yo a los otros dos. El mayor es Rodrigo, llegó a mandar la guardia real leonesa; el mediano se llama Íñigo.

—Y el pequeño, Diego Matalobos.

Ramiro tiró de la mano de Munia para desviarla y no entrar en el alcázar.

—Ya has conocido a mi padre, y dentro estará toda la partida con mucha sed. Incluidos García y Matalobos. No tienen buen beber. Y andará por allí mi madrastra, que no me querrá ver cerca. Mejor no entramos. Vamos al castillo, anda. Gonzalo hace días que quiere enseñarme un potro recién nacido, y yo le he prometido verlo no sé cuántas veces. Seguro que está allí. Todavía no lo conoces.

—¿Al potro?

—A Gonzalo, mi hermanastro pequeño. Aún no le han envenenado la sangre con rencores. Le tomarás cariño enseguida.

—Todavía no me has dicho por qué a Matalobos lo llaman Matalobos.

—Ya. —Rodearon el alcázar por el norte, subiendo la ladera rumbo al castillo que coronaba el monte y protegía Nájera—. Dicen que, aunque es el menor de los tres, Diego Vélaz supera a sus hermanos en tamaño y en fuerza. En valor también. Y que es mucho mejor a caballo, con la lanza y con la espada y con cualquier arma. Se cuentan muchas más cosas de él, aunque seguro que no son ciertas. Por ejemplo, que se batió con el hijo de un señor gallego porque lo había mirado mal, y los partió por la mitad a él y al caballo que montaba, todo de un solo espadazo. Dicen también que capturó a una lamia en un río de las Somozas porque quería enterarse de qué iba a morir, y las lamias esas cosas las saben. La martirizó hasta que la hizo hablar: le dijo que no había hombre capaz de matarlo.

—Las lamias no existen.

—Ni los hombres son inmortales, aparte de Nuestro Señor Jesucristo.

—¿Y a qué viene lo de Matalobos, entonces?

—A otra superchería que cuentan, pero esta la he oído más veces. Que siendo poco más que un crío, en las Somozas, sus hermanos le prepararon una jugarreta. Mocerías o poco menos, dirás. Pero atiende a la clase de gente de la que te hablo. Los tres Vélaz salieron al bosque, no sé con qué excusa, un día gallego de niebla cerrada, de esos en los que no se ve a dos pasos de distancia.

Bueno, ya sabes que en estas historias suele ser de noche, o si no es de noche llueve mucho, o por lo menos hay niebla.

»De buenas a primeras, a media caminata, Diego perdió pie y acabó en un agujero. Pidió ayuda a sus hermanos, pero Rodrigo e Íñigo le dijeron que ya encontraría él solo la manera de salir. Y se fueron.

—¿Por qué le hicieron eso?

—No sé, Munia. Ya te digo que es gente a la que mejor no acercarse, los Vélaz. Otra cosa más te digo, y es que tampoco termino de creerme la historia. Y nadie se atreve a preguntarle a Diego si es cierta. El caso es que, con la niebla, él no se había percatado de que aquello era una trampa lobera. Ya sabes, dos muros largos y altos que se van acercando y acaban en el agujero. Cuando se quiere cazar lobos, se los acosa para que vayan entre los dos muros y, poco a poco, se acerquen a la trampa y caigan. Luego solo hay que ir al agujero y acribillarlos a flechazos o con jabalinas. Pero para eso, empujar al bicho, guiarlo hasta la lobera y rematarlo, hace falta mucha gente, claro. Los hermanos de Diego solo querrían darle un susto, supongo, o gastarle una broma, reírse a su costa, castigarlo por alguna diablura. Tendrían pensado dejarlo allí un rato largo, pero con intención de sacarlo luego. Digo yo.

»Solo que al poco de irse Rodrigo e Íñigo, por allí apareció un lobo de verdad. Igual oyó a Diego llorando y se pensó que era un cervatillo o una liebre. O a lo mejor le olió el miedo y tenía mucha hambre. Se acercó sigiloso, cuentan. Se asomó a la lobera, lo vio fácil y saltó dentro. No sé si Diego llevaba algo encima. Un cuchillo, o un palo, o si había piedras en el hoyo. Hay quien exagera y jura que se defendió a bocados.

Munia se detuvo. Habían llegado a la puerta del castillo, que estaba abierta. El único centinela se hizo a un lado.

—¿Y así acaba la historia? —preguntó Munia.

Ramiro se encogió de hombros.

—Cayó la noche, salió el sol. Así de brutales son los Vélaz, que tuvieron a su hermano pequeño en el agujero hasta la mañana siguiente. Cuando por fin Rodrigo e Íñigo regresaban para sacarlo, oyeron aullidos que venían de la lobera. Arrancaron a correr,

pensando que tal vez un lobo se lo había comido. Y al llegar y mirar abajo, vieron que era Diego quien aullaba. Pringado de sangre seca, con el lobo muerto a sus pies. Nunca se la volvieron a jugar. ¿Entramos?

Pasaron al patio. El castillo era en realidad un solo torreón, alto y sólido, rodeado de murallas y con las amplias caballerizas adosadas a uno de los lienzos, junto a las barracas de la guarnición y las de los criados encargados de cuidar a los animales. El olor a establo hizo que Munia arrugara la nariz, aunque sabía que pronto dejaría de notarlo.

—Ramiro, dime: ¿por qué Matalobos está aquí, y no en las Somozas, con sus hermanos?

—Porque son hermanos, sí, y creo que matarían al mundo entero por defenderse, igual que matarían al mundo entero por recuperar lo que el conde de Castilla le quitó a su abuelo, o a su bisabuelo, o lo que fuera. Pero ya has visto a Diego. Es difícil. En verdad parece la clase de hombre que, siendo niño, pasó la noche junto a un lobo al que acababa de matar a dentelladas.

»Sus hermanos lo mandaron a León, porque lo querían, pero no cerca. Puede que temieran despertarse en medio de la noche con un lobo suelto en la alcoba. O a lo peor no soportaban que Diego aullara a la luna llena y comiera carne cruda. —Sonrió—. Eso también lo cuentan los que adornan la historia. Y yo creo que él lo sabe y lo aprovecha, porque de vez en cuando lo hace: aúlla como un lobo y le hiela la sangre a toda Nájera. Y él mismo dice que lo persigue el espíritu del lobo al que mató. ¿No es gracioso?

—No mucho. Imagina que es verdad, Ramiro. Que un espíritu del bosque lo persigue siempre, para bien o para mal. Ahora me da más miedo ese Matalobos.

—Pues no eres la única. El caso es que en la corte de León no debió de parar muy bien, porque el difunto rey Alfonso, igualmente, se lo sacó de encima en cuanto pudo. Diego Vélaz acabó aquí. Llegó hace cinco años, cuando mi tía Urraca, la hermana de mi padre, partió a León para casarse con el rey Alfonso. Ya sabes cómo funciona eso cuando hay enlace entre dos casas de reyes, ¿no? Algunos nobles de aquí se van a vivir allá, y de allá vienen otros para

acá. Es extraño y siniestro, porque Matalobos no se trata con nadie, pero enseguida trabó amistad con García y ahora es raro verlos separados.

Rodearon el torreón y allí estaba el crío, aupado junto a la cerca de las caballerizas y hablándole al potrillo. Su aya Felicia, aburrida, cosía un pañito a poca distancia, apoyada contra el muro del torreón. Era continuo el ir y venir de criados con capazos de heno, paja y cebada. Otros limpiaban el estiércol o rellenaban los abrevaderos. Ni el palacio contaba con un servicio tan bien cumplido.

—Así que García y Matalobos son grandes amigos… —dijo Munia —. Pero tu madrastra es la hermana mayor del conde de Castilla, desciende del que despojó a los Velas. Eso convierte a García en un miembro más del linaje, en cierto modo. ¿No debería odiarlo Matalobos?

—Por eso digo que es siniestro. He crecido cerca de García, y las únicas aficiones que le he visto son la lucha y, sobre todo, los caballos. Adora los caballos, como mi padre. Especialmente a ese blanco que montaba hoy, ¿lo has visto?

—Sí, sí. Qué bonito era.

—Se llama Zidar. Hay quien dice que no hay otro igual de Barcelona a Compostela. Hasta mi padre lo envidia. La reina se lo regaló a García hace años. Solo él puede montarlo, ese animal no acepta a otro jinete. Y a mí siempre me ha parecido que Zidar era el único que lo entendía. Hasta que llegó Matalobos.

Munia bajó la voz.

—En Aruex había un chiquillo que huía de las mozas, pero andaba detrás de los demás muchachos. Ya sabes a qué me refiero.

—Ah, ya. Pero no creo que sea eso. García visita a menudo las cuevas de Malpica, donde están las rameras. Y alguna vez lo he sorprendido pellizcándole el trasero a Felicia.

—¿Quién es Felicia?

—Esa de ahí, ahora la vas a conocer. Es doncella de la reina. Espera. —Ramiro ahuecó las manos en torno a la boca y gritó hacia la caballeriza—. ¡Saltamontes!

Gonzalo, el menor de los príncipes pamploneses, se volvió. Enseguida arrancó a correr con mucho braceo a lo loco y trazas de irse al suelo en cualquier momento. Ramiro prefirió acortarle el riesgo y se apresuró a su encuentro para abrazarlo.

—¡Ramiro, mira el potro! ¡Se ha despertado!

—Vamos a verlo. Pero antes fíjate, saltamontes: esta es Munia.

El chico, aún en brazos de su hermanastro, la observó con descaro infantil.

—Eres muy guapa.

—Tú también, Gonzalo.

El aya dejó su labor, se acercó para saludar con una inclinación y miró a Munia de arriba abajo.

—Esta es Felicia —dijo Ramiro—. Se ocupa de Gonzalo.

Munia asintió. No esperaba que la tal Felicia hiciera una reverencia, pero tampoco que le dedicara aquel gesto hosco y altivo. De todos modos, calló, aunque observando cómo los ojos se le iluminaban a Felicia al mirar de nuevo a Ramiro. Este, ajeno a aquella sutil y agria plática sin palabras entre las dos mujeres, posó a Gonzalo en tierra. Los dos, el bastardo mayor y el menor de los legítimos, caminaron hasta la cerca seguidos por Munia y Felicia, separadas a más no poder y sin mirarse. Al otro lado del vallado de madera, en un establo aparte, el potro negro, titubeante pero decidido, caminaba de extremo a extremo mientras la yegua lo vigilaba.

—Es como yo. —Lo señaló Gonzalo—. Le tiemblan las piernas. Duerme casi todo el día, la madre no se separa de él. Hace como Felicia conmigo.

Ramiro observó al animal, negrísimo y de patas muy largas. Le gustaban los caballos, como a toda la estirpe de su padre, y sabía reconocer la calidad. Se volvió hacia Felicia.

—Tiene muy buena pinta este potro. ¿Lo ha visto ya el rey?

—Sí —contestó el aya—. Y dijo lo mismo. A García también le gusta. Y a tu eitán. El rey dijo que tal vez se lo llevaría a León para regalárselo al niño Bermudo, pero creo que al final escogió otro. Uno al que ha llamado Pelayuelo. Está allí, en el establo del final.

Gonzalo tiró de la túnica a Ramiro.

—Nuestro padre me ha encargado que a este le busque nombre yo, pero no se me ocurre ninguno.

Ramiro se encogió de hombros y consultó a Munia con la mirada. Ella también observaba al potrillo.

—Fosco —dijo—. Es que es muy oscuro. En el valle, a lo negro lo llaman así: fosco.

—Fosco —repitió Gonzalo, e introdujo el brazo entre las tablas, como si le ofreciera algo al potro—. ¡Fosco, ven!

Ni caso, claro. Para Fosco no existía nadie salvo su madre.

—Me gusta el nombre —convino Ramiro, y se dirigió de nuevo al aya—: Corto y apropiado, ¿no crees, Felicia?

—Yo no sé de caballos de buena raza, mi señor. —Y dirigió una mirada de reojo a Munia—. De jacas paticortas más bien.

Ramiro no se dio ni cuenta. Y a Gonzalo se le notaba que seguía soñando con guiar a Fosco al galope por inmensos prados. A pelo, con el viento en la cara y pegando gritos.

—Quiero montarlo. ¡Fosco, ven! ¿A que quieres que salgamos a cabalgar?

Munia acarició el pelo rojo del crío.

—Es muy pequeño aún, Gonzalo. Hay que dejar que crezca un poco. Y tú también tienes que crecer. Seréis los dos muy fuertes: él buen caballo, tú buen jinete. Y si vienes todos los días, seguro que se acostumbra a ti.

Gonzalo le sonrió. No el aya Felicia, que seguía mirando a Munia con cara de haber mordido un limón. Pero el crío iba a la suya.

—Nuestro padre me lo regalará si se lo pido, seguro. Y lo montaré cuando seamos los dos mayores y fuertes. Cabalgaremos muy lejos.

Ramiro no lo vio tan claro. El rey Sancho tendía a reservar para sí los mejores caballos. Y si era verdad que a García también le había gustado el potro, la cosa se ponía más difícil. Fosco, aunque jovencísimo, parecía buen candidato para ser el destrero de un rey. Gonzalo acribilló a Munia a preguntas. Que cuánto tardaría en crecer el potro, y si su madre no se enfadaría si lo sacaba de la cuadra y se lo llevaba a cabalgar. Quiso saber si ella sabía montar, si tenía caballo. Pero Felicia se metió por medio, agarró al crío y señaló a la entrada del castillo.

—Vienen jinetes.

Se volvieron. Al paso entraban varios hombres a caballo, monteros y servidores todos, salvo uno, que abría la marcha. Munia se llevó la mano en la boca al reconocer a Diego Vélaz, Matalobos. Él también los localizó enseguida. Dio un par de órdenes a los hombres y descabalgó. Trajo a su enorme animal por las riendas mientras el resto se dirigía a las caballerizas. A Ramiro le pareció que Matalobos iba directo hacia Munia, así que se interpuso.

—¿Qué quieres, Diego?

El Vélaz se detuvo, pero ni siquiera lo miró. Su vista pasaba sobre el hombro de Ramiro y seguía puesta en Munia.

—Dos cosas que me manda tu padre —contestó—. Una, guardar las monturas. Dos, ordenarte que bajes al palacio. Han llegado noticias de León mientras cazábamos, mañana partimos para allá.

Ramiro entornó los párpados. Matalobos continuaba allí plantado, las riendas en la mano y la vista fija en Munia.

—No la mires así.

El Vélaz sonrió. Con media boca nada más.

—¿Que no la mire cómo? ¿Como si fuera un cervatillo?

Ramiro se adelantó un paso, que era el espacio que separaba a ambos hombres. Matalobos era más alto, y olía como si hubiera desangrado él solo a todo el bosque desde Nájera a Burgos.

—No la mires de ninguna manera.

Por fin Matalobos bajó la vista, pero solo para clavarla como un puñal en los ojos de Ramiro. Lo siguiente lo dijo sin sonido, solo moviendo los labios y alargando las inexistentes vocales, en especial la última. «Bastardo». Se demoró unos instantes y tiró de su animal hacia las caballerizas. Felicia y Gonzalo, como por brujería, habían desaparecido en algún momento y sin hacer ruido. Munia suspiró mientras observaba cómo aquel tipo grande se alejaba.

—Te vas a León y me dejas sola en cuanto llego —le susurró al oído—. No me gusta.

Ramiro, sin volverse hacia ella porque seguía vigilando a Matalobos, también habló en voz baja.

—No tienes nada que temer, te asignaré vigilancia y dejaré recado de que no te falte de nada. Y por Matalobos no te preocupes:

también viene a León.

—Entonces no temeré por mí, pero sí por ti. Ese bestia te odia.

—Matalobos odia a todo el mundo. Creo que se odia a sí mismo también. Anda, vamos al palacio. Hay que preparar un viaje.

†

6. Injusticia

†

AFUERAS DE LA CIUDAD DE LEÓN. UN MES MÁS TARDE

Los pamploneses, junto con algunos señores de Aragón, el Sobrarbe y la Ribagorza, llevaban dos semanas acampados en las afueras de León, a orillas del Torío. Un poco más al sur levantaban sus tiendas los del condado de Urgel; y más allá, cerca de la judería de Puente Castro, se habían aposentado los condes hermanos que gobernaban los dos Pallars. Dentro de la ciudad y a poniente estaban los grandes vasallos de León, incluido el joven Infanz de Castilla. El conde de Besalú llevaba dos días allí, tras montar un pequeño campamento pegado a la muralla. El del Rosellón se había excusado porque andaba a bofetadas con su hermano y vecino, el conde de Ampurias, a quien tampoco se esperaba por las mismas razones. Y en cuanto a Wifredo de Cerdaña, un correo acababa de anunciar que las fiebres lo mantenían postrado, de modo que había mandado en sustitución a sus dos hijos. Por allí andaba incluso Mundhir, primogénito del emir de Zaragoza, que había plantado varias tiendas al sur, en la ribera del Bernesga. Por si acaso, bien separado de cristianos a uno y a otro lado.

Así pues, el único gran cristiano aún ausente y del que todos esperaban la llegada en cualquier momento era el conde de

Barcelona, Berenguer Ramón. Como concuñado de Sancho de Pamplona, se le había reservado sitio cerca de su campamento, en el lugar que los leoneses llamaban Monte Áureo.

Murallas adentro de León se aburrían los prelados venidos de todo el reino. Obispos y abades rodeaban día y noche al ya casi rey, y cada uno intentaba venderle su dosis de incienso, cosa imposible si antes no embaucaba a la madrastra Urraca, que lucía más ínfulas de emperadora que de viuda quejumbrosa. Los preparativos para la coronación estaban, pues, cumplidos, y tanto Bermudo como su hermana, de once y doce años uno y otra, permanecían bien guardados en la corte, apartados de todo lo que no fuera casta dueña o barón tonsurado; que tanto visitante ocioso, cada uno con su séquito y su servidumbre, terminaba por desatar pendencias. La prueba fue lo que ocurrió aquella mañana a orillas del Torío.

Apenas habían terminado de cantar los gallos cuando Ramiro dio cuenta de su desayuno y, viéndose venir otra jornada de tedio, decidió salir a caballo. Quedarse en el campamento mano sobre mano no era bueno para la añoranza de Munia, así que mejor entretenerse, aunque fuera cabalgando de aquí para allá. Y trotaba río abajo cuando, casi al llegar al campamento de los urgelenses y a través de la espesura, vio a Matalobos.

El Vélaz se movía sobre el sitio con giros secos, proyectando la cadera y el hombro con oficio en cada movimiento, descargando puñetazos, aunque a saber contra qué o contra quién. Así que Ramiro tiró de las riendas a su derecha, se inclinó sobre el arzón mientras apartaba una rama de chopo y rebasó la línea de arbustos.

El objetivo de cada guantazo matalobero era el rostro de un hombre al que el príncipe García sujetaba por la espalda, inmovilizándole los brazos mientras sonaba un puñetazo tras otro. Aunque no eran golpes salvajes, sino bien medidos. Como si Matalobos se tomara su tiempo y disfrutara con el negocio. Había dos espadas sobre la hierba.

—¿Qué pasa aquí?

Matalobos detuvo su último puñetazo en el aire. Tanto él como García se volvieron. No así su sangrante víctima, que parecía a punto del desmayo.

—No te importa, bastardo —dijo el Vélaz—. Fuera.

Ramiro, como era natural, no hizo ni caso. Descabalgó y ató las riendas al álamo más cercano. García soltó al desconocido, que cayó de rodillas, apoyó las palmas contra el suelo y escupió un cuajarón negruzco. Matalobos, fiel a su cometido, se adelantó al príncipe pamplonés para encarar a Ramiro.

—Dos contra uno —reprochó este—. Qué ventajosamente escogéis a vuestros enemigos, ¿no? Seso para la guerra tienes, eso no lo negaré.

—Seso es lo que a ti te falta —atajó García—. Por lo menos para cumplir con tu cometido. ¿Cuál es, lo recuerdas? ¿No? Pues ya te lo recuerdo yo: proteger a tu señor contra toda amenaza. —Se tocó con el pulgar en el pecho—. Tu señor soy yo. —Y luego apuntó al desgraciado a punto de desmayarse junto al río—. Y eso es una amenaza.

Ramiro pasó junto a las dos espadas abandonadas y se detuvo a distancia segura.

—Tú no eres aún mi señor, García. Y desde luego, ese pobre —señaló al hombre que trataba de incorporarse— no parece muy peligroso ahora mismo. ¿Quién es, por cierto?

García ladeó la cabeza y sacó aquella media sonrisa tan irritante.

—Tanto da quién sea ese. Importa lo que tú eres: un necio. Ya te digo: se conoce que la inteligencia no la heredaste de mi padre. ¿De quién habrás sacado la necedad? Pensemos.

—Cuidado, hermano.

—No me llames así, bastardo. Y ahora atiende, porque hoy me siento generoso: monta de nuevo y vete. No has visto nada. Eso, o tendré que hablar muy largo con el rey.

—¿Quién es ese hombre? —insistió Ramiro.

—No es nadie. ¡Mira, en eso os parecéis! Y ahora obedece, que no pienso repetirlo: vete de aquí.

Ramiro rodeó a García y a Matalobos, y se dirigió al tipo que, a gatas, dejaba que su nariz sangrara sobre la hierba de la orilla. Primero le posó una mano sobre el hombro para tranquilizarlo, luego lo ayudó a ponerse en pie. Se dio cuenta de que era joven, más o menos de su edad. La sangre le había manchado la túnica, que

parecía de no poco valor. Tuvo que sujetarlo para que no volviera a caer. García siguió con lo suyo:

—¿Es que quieres acabar igual que él? A lo mejor te apetece que te metamos la cabeza en el río un rato. Digamos día y medio o así. Va, te he dicho que te vayas.

Ramiro se volvió hacia su hermanastro.

—También me has dicho que no pensabas repetirlo. Mucho prometer y poco cumplir. Hermano, hablas demasiado.

—Vaya, por una vez te voy a dar la razón. —Y el príncipe pamplonés palmeó la espalda de Matalobos—. Diego, explícate tú, que no necesitas tantas palabras.

Ramiro no tuvo tiempo ni para prepararse. Matalobos, que al parecer solo esperaba la orden, embistió como un toro e impactó con su hombro bajo el brazo de su objetivo. Ramiro salió despedido y cayó con medio cuerpo dentro del río. Un trallazo de dolor le recorrió el costado al incorporarse a medias, sacudió la cabeza para tomar aire, y el puñetazo le estalló en la mejilla izquierda.

Ramiro rodó sobre las piedras del fondo y hundió una mano en el lodo. Tenía que levantarse antes de que Matalobos lo finiquitara. Se irguió un poco, aguantando esa sensación de que una cuchilla se le había clavado entre dos costillas. De reojo vio que el letal Vélaz tomaba carrerilla. Llegaron dos patadas, muy seguidas y bien puestas. La primera para apartarle el brazo de apoyo y la segunda para partirle la boca. Ramiro habría gritado, pero su cara se hundió en el Torío. El sabor de la sangre se deslizó por su pecho y hasta buscó salida por la nariz. Aire. Necesitaba aire. Alguien le agarró del pelo y lo mantuvo un rato allí, tragando agua. La negrura lo invadía todo despacio, y hasta el dolor del costado se había esfumado. Oyó voces confusas, chapoteo, una carcajada. Luego se apagaron los sonidos, su garganta se cerró. La mano que agarraba su cabello dejó de hacerlo, pero la sensación de ahogo crecía. No fue capaz de abrir los ojos ni de ayudarse a sacar la cabeza del río. Las fuerzas se le habían ido, casi también las ganas de luchar. Qué absurdo morir así, en un palmo de agua. Eso se dijo como en un sueño, y luego pensó en Munia. Pobrecita, qué disgusto se iba a llevar cuando se enterara. Munia. Ay, Munia.

†

—Ya está, hombre. Despierta. ¿Mejor?

Ramiro abrió los ojos. Percibía una figura, apenas una sombra. Fue consciente del sonido del agua saltando entre los cantos, y del siseo de las hojas. Tardó un poco en recordar y, al tomar aire, lo asaltó un golpe de tos.

—¿Dónde están? —logró balbucir.

—Se han ido, tranquilo. Eso sí: nos han dado una buena.

Más toses. El desconocido se veía mejor ahora. Sangre seca en la barbilla, un ojo a medio cerrar. Y aun así parecía divertido. Su sonrisa era ancha, los rizos castaños le caían sobre las cejas.

—¿Quién eres?

—Arnau es mi nombre. Arnau Mir. Soy de Tost, vasallo del conde de Urgel. ¿Y tú?

—Ramiro, hijo del rey Sancho.

Arnau abrió mucho el ojo sano.

—¡Hijo de rey nada menos! Pues esos dos mentecatos lo pagarán caro. Habla con tu padre y que los prendan.

Ramiro, ayudado por Arnau, se levantó. Miró a su alrededor. Río arriba, en la orilla de enfrente, se veían algunas jaimas a lo lejos.

—Nadie le dirá nada al rey. El que llevaba la voz cantante es mi hermanastro García, el heredero de Pamplona. Me extraña que no te lo haya dicho, alardea siempre que puede.

—Ah, sí. Me ha parecido que lo llamabas hermano… Será por eso que se ha apiadado.

—¿Te ha parecido piedad lo suyo?

—Bueno, le ha ordenado a esa mala bestia que te sacara la cabeza del agua. Si no, te ahoga aquí mismo. El hijo de perra me ha dado una buena paliza. ¿Quién es?

—Matalobos lo llaman. ¿Por qué te pegaba?

Arnau Mir de Tost le explicó que había sido poco menos que una chiquillada. A él le tocaba el extremo norte de su campamento, y de

buena mañana mandaba a uno de sus criados a coger agua. Pero ese día, el pobre hombre había vuelto de vacío y descalabrado.

—Me dijo que, cuando se disponía a llenar los odres, vio a dos hombres desahogándose en el agua, compitiendo por ver quién lanzaba el chorro más lejos. Chiquillería, ya te digo.

»Mi criado, que no tiene mucha vista, los reprendió. Que qué era eso de orinar río arriba y tan cerca de nosotros, que tuvieran un poco de miramiento y no ensuciaran el agua que nos servía para beber y cocinar. La emprendieron a palos con él y me lo mandaron de vuelta.

»No me lo pensé mucho, los busqué, los encontré. Estaban adiestrándose con espadas. Y por cierto que el tal García podía al más grande.

—Sí. García es buen espadachín. El mejor, dicen.

—Yo no iba armado —continuó Arnau—. Aun así, les dije que se fueran a otro sitio con sus inmundicias, y es verdad que añadí alguna que otra lindeza. Al tal García no le sentó bien y me llamó rufián. En mi tierra eso, lo de rufián, se tiene por grave insulto.

—En la mía también.

—El caso es que yo no me quedé corto con las malas palabras. Si al menos hubiera sabido que hablaba con el príncipe de Pamplona… En fin, soltaron las espadas, por suerte. Me vinieron los dos encima y me defendí como pude, que no fue suficiente. Si hubiera sido contra uno solo, aunque fuera el Matalobos ese… Y menos mal que apareciste, o me quedo yo toda la tunda. —Le tendió la mano—. Gracias, Ramiro. Esta te la debo. Lástima que no podamos ir a buscarlos y darles su merecido, ¿eh? En fin, sangre real es intocable. Y hablando de sangre: ven conmigo, que no está de más que nos vea un físico. Te resientes del costado, lo noto. Apóyate en mí.

Caminaron doloridos río abajo y enseguida llegaron al campamento urgelense. Arnau fue objeto de algunas chanzas cuando lo vieron ensangrentado como cerdo en matanza, y lo de la pelea llegó a oídos de su señor, el conde. Armengol de Urgel, segundo de ese nombre, se unió a las risas, que para eso era poco más que un adolescente y se aburría como el que más, y el percance se quedó ahí.

Arnau Mir de Tost enseguida hizo migas con Ramiro. Así que, tras limpiar y curar heridas, se dedicaron a hablar de lo que se habla a esas edades: caballos, infieles y mujeres. Ramiro le describió a Munia y sus recelos contra la gente, y que hasta ese momento había tirado más bien al monte, pero que ahora parecía deseosa de ampliar su mundo y desenvolverse en la corte. Le explicó lo contento que estaba porque era moza muy buena y cariñosa, y guapa por demás, aunque temía que su cuna humilde supusiera un problema para que la aceptaran en Nájera.

—Pues, aunque te extrañe, te envidio. De mí se espera que me case con Ava, la hija del conde Hugo de Ampurias.

—La hija de un conde, Arnau. ¿Dónde está la causa de tu envidia?

—Será matrimonio ventajoso, no lo niego. Emparentar nada menos que con la casa de Ampurias… —Se encogió de hombros—. Aún no la he visto, debería ir a visitarla y a hablar con su padre. Pero dicen que no es muy agradable de tratar, grande como una mula e igual de peluda.

—Exagerado…

—Veremos. Lo de la mula me recuerda algo: aún no me has dicho por qué me defendiste contra tu hermanastro y el tal Matalobos. Tenías las de perder, como yo.

—Bueno, es que no está bien, ¿no crees?

—Creerlo lo creo. Pero tampoco es buena idea poner la cara para que te la partan en lugar de a un desconocido.

—Depende. ¿Pasarías de largo si ves algo así? ¿Cómo esperar, si no, que alguien te ayude cuando sufres una injusticia?

—Una injusticia, ya. ¿Y cómo sabías que yo no merecía esa tunda?

—Ah, es que conozco a García y a Matalobos. —Se puso la mano en el pecho—. No sé, algo aquí dentro me decía que estaba mal.

—Algo ahí dentro. Sé lo que quieres decir. Pero te cuento lo que he aprendido desde que murió mi padre y me hice cargo del señorío, y lo descubro cada vez que dirimo un pleito, aunque sea una reclamación por tierras o por el precio de una oveja. Oyes a uno, oyes a otro, cada cual pretende tener razón; o disimula bien, que para el caso es lo mismo. ¿Y de quién te fías tú? A veces a mí me pasa como a ti te ha pasado hoy, y prefiero fiarme de algo ahí

dentro. Seguro que fallo a menudo. Soy joven, me han de engañar muchas veces. Y yo mismo me he de engañar por creer a este y desconfiar de aquel. Alguien bueno es capaz de hacer el mal, ¿no te parece? Y al revés.

Ramiro enarcó las cejas, y le vino a la memoria la última conversación con su hermanastro Fernando. Justicias e injusticias. Cómo distinguirlas y cómo actuar frente a ellas.

—Seguro que tienes razón. Hacer justicia es difícil, ¿eh?

Ahora fue Arnau quien asintió.

—A veces es hasta imposible.

†

El conde de Barcelona se presentó por fin, justo a tiempo para la coronación de Bermudo.

Ocurrió en la iglesia de Santa María, y el encargado de ceñirle la diadema dorada al crío fue el obispo de León, Servando. A continuación confluyeron otros cuatro obispos del reino. Dos por Galicia: Vistruario de Compostela y Pedro de Lugo; uno por Asturias: Ponce de Oviedo; y el cuarto por Castilla: Julián de Oca. Entre los cinco ungieron a Bermudo al mismo tiempo, derramando el aceite sagrado sobre su cabeza. Al chico lo habían preparado para la ceremonia, pero los obispos no supieron medir bien la cantidad de óleo y lo pusieron perdido. Había que ver a Bermudo, incapaz de estarse quieto y restregándose la cara para limpiársela de aquel líquido viscoso que lo pringaba entero. Su madrastra Urraca, la hermana del rey Sancho, se mordía la lengua para no reñirle.

Después llegó la solemne procesión a pie por la calle que, desde la Puerta del Obispo hasta la Cauriense, cruzaba León a lo ancho y, entre cercas, herrerías y un par de casonas nobles, llevaba hasta el complejo palatino. El nuevo rey Bermudo fue conducido a su destino bajo palio y rodeado por los grandes prelados del reino y los abades de Sahagún, San Millán, Celanova, Silos, Dueñas, Arlanza, Escalada, Oña, San Martín de Castañeda, Eslonza, Cardeña y Antealtares. Su

hermanita le sostenía el manto, aunque tiraba de él de vez en cuando y hasta le hacía reír, para disgusto de su madrastra. La larga comitiva que lo seguía la encabezaba precisamente ella, tomada del brazo por el cojeante rey Sancho de Pamplona y seguida por los demás condes, vizcondes y grandes señores llegados de toda la península, desde Portugal a Barcelona. Las hermanas del monasterio de San Jacobo, alineadas para formar pasillo, saludaron al joven monarca con cantos al efecto, todos muy bien aparejados y sin un solo gallo. Tras la comitiva real, que se movía a paso lento pese al nerviosismo infantil de Bermudo, venía una escolta de lujo a caballo que incluía a García, montado sobre su impresionante animal blanco, Zidar, muy ricamente enjaezado y con largas trenzas en la crin y en la cola. Y junto al pamplonés iban otros príncipes a caballo, incluido el sarraceno Mundhir. Ramiro lo observaba todo desde cerca, paseando armado tras el público que se congregaba en la calle. Era un poco penoso contemplar la pretendida urbe imperial, que más parecía un despoblado. Razias musulmanas y revueltas cristianas habían dejado León casi vacío, con unos pocos conjuntos de palacios e iglesias separados por huertas y solares. Antiguas casonas que habían sido pasto de las llamas y solo conservaban muros a medio caer, y edificios viejos, apuntalados o mal parcheados, que cada cierto tiempo se venían abajo con gran peligro para los poco menos de mil pobladores.

El evento sufrió una interrupción entre graciosa y turbia. La Princesita leonesa —que así la llamaban todos, Princesita— resbaló sobre el óleo sagrado que goteaba desde su hermano y encharcaba el suelo endurecido. La niña no se vino abajo por poco, y para mantener el equilibrio dio un súbito tirón a la capa de Bermudo, de modo que este sí que acabó con sus reales posaderas en tierra. Las monjas de San Jacobo interrumpieron su cántico para soltar un grito al unísono, y nadie fue capaz de reaccionar. Nadie excepto el rey Sancho de Pamplona, que soltó el brazo de su hermana y, pese a la cojera, se apresuró para recoger al crío y ponerlo en pie, le alisó las vestiduras, enderezó la diadema real en su cabeza y le señaló el camino. Hubo quien sonrió, convencido del gesto paternal. También hubo quien acercó la boca al oído del señor que tenía a su lado y

murmuró algo sobre tutelajes que de ninguna manera se aceptarían en León.

La corta procesión hasta el palacio real terminó con el niño Bermudo entronizado, y acto seguido dio comienzo el banquete. El príncipe musulmán Mundhir, llegado ese momento, deseó larga vida al rey Bermudo y a todos los presentes, y se retiró aduciendo la prohibición de beber que regía en su credo, y que ya era tiempo de volverse a Zaragoza. Nadie se creyó lo de la abstinencia religiosa, claro, pero comprendieron que el vino suelta las lenguas y, en cierto punto, también las espadas, por lo no que convenía tener un sarraceno entre tanto cristiano.

Presidía Bermudo su primer banquete como rey de León, en lo alto de un estrado que se elevaba tres escalones y con mesa propia. La Princesita, naturalmente, se acomodó en un escabel junto a su recién coronado hermano y la madrastra de ambos.

El rey Sancho ocupaba una posición privilegiada muy cerca de Bermudo, y los demás nobles se sentaron con mayor o menor proximidad al estrado según su rango. Ramiro fue de los más alejados, en un extremo del salón. Pero ocurre siempre que, si no estás metido en el ajo, este se huele mejor. Desde su rincón apartado, Ramiro pudo ver cómo Diego Matalobos se apostaba en el extremo opuesto junto a sus dos hermanos, Rodrigo e Íñigo. Los tres Vélaz murmuraban entre sí y apuntaban ahora a este noble, después a aquel obispo, como si analizaran la composición de la nueva corte y las oportunidades que se abrían para un linaje venido a menos como el suyo. No tardó Ramiro en cruzar la mirada con Matalobos, que se señaló burlón el labio inferior. Ramiro, casi por instinto, se tocó la herida que le había dejado aquel bruto junto al Torío.

En poco tiempo se demostró que la marcha del joven príncipe de Zaragoza había sido una buena decisión. En cuanto terminaron los excesos con la carne, empezaron los del vino. Cada conde o señor se ponía en pie, alzaba su copa y, entre salpicones, dedicaba un brindis al nuevo rey. Este respondía como le habían enseñado, inclinando la cabeza en señal de agradecimiento y tratando de mantener un gesto displicente. Cuando todos los nobles vasallos de

León hubieron terminado sus alabanzas, el rey Sancho de Pamplona se levantó. Como se sentía orgulloso de sus cicatrices, jamás disimulaba su cojera, así que anduvo unos pasos hasta llegar al estrado, subió los pocos escalones, rodeó la mesa real para quedar de frente a los invitados y, mientras sostenía un enorme copón de plata con la diestra, apoyó la zurda sobre el hombro del jovencísimo monarca.

—¡León tiene rey! ¡Larga vida a Bermudo!

—¡¡Larga vida a Bermudo!! —se repitió en común, con mayor o menor convicción.

Sancho se dirigió al niño con aquel tono paternal que irritaba a muchos leoneses.

—Querido Bermudo, te he traído un regalo muy especial desde Nájera. Un potro de la mejor sangre al que, cuando seas mayor, conducirás a la batalla y te otorgará gloria. Lo he llamado Pelayuelo. Buen nombre para la montura de un rey leonés, ¿no te parece?

El chico asintió.

—Gracias —dijo con timidez.

Sancho se volvió hacia la multitud:

—¡Atended, señores! Momentos felices hemos vivido hoy, pero no tardará mucho el cielo en cubrirse con nubarrones. Me comenta mi hermana que ya se sufre disputa en las tierras de Bermudo. Que no todos aceptan de grado su coronación y que algunos han retirado la obediencia a la corona. Pues bien, oídme todos, y repetidlo a los cuatro vientos si gustáis: no he venido a León solo a llenarme la barriga de carne, pan y vino. Estoy dispuesto a defender a Bermudo de todo aquel que se le enfrente. Y si entre vosotros, leoneses, hay alguno que no se allane a la obediencia que le debe a su rey, haría bien en decirlo ahora, antes de que se me caliente la sangre de veras.

Hubo vítores entre los vasallos de Pamplona, y también de algunos condes orientales, incluido el de Barcelona. Los nobles leoneses se miraban entre sí, como once apóstoles tratando de descubrir cuál de ellos iba a vender a Cristo. O como el duodécimo en pleno disimulo, que también podía ser. El rey niño algo sabía sobre las dificultades que se avecinaban para su reinado, y

observaba a su madrastra por si le hacía alguna seña. Pero fue el Infanz, conde de Castilla, el que se puso en pie desde su sitio, también muy cercano al trono.

—Dinos, rey Sancho, ¿quién es el traidor? ¿Acaso lo sabes?

El pamplonés contempló a la concurrencia con deliberada lentitud, moviendo los ojos de un lado al otro del salón. Entonces se oyó la voz de Matalobos, potente como un aullido en una noche de invierno.

—No busques muy lejos de ti, Infanz. Aquí mismo veo yo alguno de antigua sangre embustera.

—¡Diego! —le increpó su hermano mediano—. ¡Cierra esa boca!

El Infanz miró de reojo a los Vélaz, como calculando si la insinuación llegaba a ofensa.

—Los traidores, pues más de uno hay, no están aquí —aclaró Sancho de Pamplona, y empuñó el mango de su espada con la zurda, sin desenvainar—. De lo contrario, yo mismo me encargaría de cortar sus cabezas. Pero os conmino a todos, hermanos en Cristo, a traer la paz a León. Mi hermana Urraca reclamó para hoy la presencia del felón Rudesíndez, y en respuesta se ha levantado en Galicia. Declara que no aceptará como rey a Bermudo. Dice que su señor Romániz, a quien tampoco veréis por aquí, tiene más derecho al trono. Majadería. ¿Quién de vosotros tomará las armas para reducir a esos rebeldes?

Hubo murmullos. A nadie le apetecía enfrentarse a otro leonés, aunque fuera rebelde, para defender los intereses de un rey extranjero. A nadie salvo al Infanz, que seguía en pie con el pavoneo que le daban sus dieciocho años.

—Cuñado, yo reduciré a esos alevosos. Saldré mañana mismo para Galicia.

—Estupendo, estupendo. Veamos, porque hay más: el conde Fernán Gutiérrez tampoco ha venido para rendir pleitesía a Bermudo, y a él se han unido varios advenedizos. Mi tío Pedro, conde de Cea, salió a combatirlos hace una semana, pero esos traidores lo han matado. Ayer mismo me enteré. Como sabéis, el conde Cea no contaba con varón que lo sucediera; y su única hija viva, Elvira, ha entrado en religión. Por tanto, su familiar más cercano soy yo. En

consecuencia, me veo obligado a asumir la protección del condado. ¿Quién de entre vosotros, leoneses, me hará la merced de reducir a los rebeldes que asolan Cea?

El conde Flaínez, que era primo del rey Sancho y gobernaba la capital leonesa en nombre del joven Bermudo, se puso en pie. Era un hombre de pequeña estatura, cuerpo rechoncho y frondosa barba oscura. No aceptaba su calvicie, así que se dejaba crecer el pelo sobre la oreja izquierda y lo peinaba sobre su cráneo hasta la derecha. Algunos pensaron que discutiría el derecho del pamplonés al condado de Cea, pues él también era sobrino del difunto conde Pedro, pero no se atrevió a tanto.

—Yo me encargo, y ya escogeré a quien me acompañe. El conde Pedro también era mi tío. Y no hace falta que nadie de fuera venga a ocuparse de nue≠stros asuntos.

Sancho de Pamplona le dedicó una sonrisa fiera mientras apretaba ostensiblemente la empuñadura de su arma. Dejó la copa sobre la mesa del rey.

—¡Bien dicho, primo! Has hablado como buen leonés. —Sancho de Pamplona bajó del estrado y anduvo hasta el centro del salón. Allí, brazos en jarras, siguió hablando—: Os preguntaréis por qué no me encargo yo mismo de pacificar Cea. Pues os lo diré. He tenido amargas noticias. Cerca de Compostela, un bandido llamado Sisnando se dedica a violar, mutilar y matar, y no respeta ni las iglesias ni los monasterios. Pero podéis respirar tranquilos, leoneses. Mañana mismo, yo en persona viajaré hasta allí junto con mis hijos aquí presentes, García y Ramiro. —Se volvió hacia el rey niño—: Bermudo, te traeré los despojos de ese desalmado, lo juro.

Ramiro, que gracias a su posición disponía de una buena perspectiva, vio más gestos de desagrado entre los nobles de León. Y él mismo tampoco pudo evitar uno. Marchar al día siguiente a Compostela, en lo más recóndito de Galicia, y de cara al invierno, significaba una ausencia más larga de lo esperado. Munia seguiría sola en Nájera.

—Como veis, leoneses —continuó Sancho de Pamplona—, son malos tiempos. Os diré algo aprovechando que el príncipe Mundhir de Zaragoza ya no está presente. Temo, y vosotros también

deberíais temerlo, que los infieles se enteren de esto y pretendan sacar partido en un momento en el que debería ocurrir al revés: que nosotros aprovecháramos su desunión. Por eso considero esencial apretar aún más los lazos que nos atan. Querido Infanz, ven aquí.

El conde de Castilla, que aún no se había sentado, corrió junto a su cuñado.

—Di, mi señor.

Se oyó algún que otro gruñido. El más fuerte de todos, el del conde Flaínez. A ningún leonés le gustó cómo había sonado la orden del rey pamplonés, y menos aún ese «mi señor», sobre todo en presencia del verdadero señor del conde castellano, que no era otro que el rey de León. Sancho de Pamplona se permitió una sonrisita sardónica y se señaló el oído.

—¿Qué ha sido eso? ¿Te das cuenta, cuñado? Algunos aquí dudan de tu fidelidad a León.

—Pues quien sea, que hable en alto y lo arreglaremos —dijo el Infanz, y miró hacia los Vélaz.

Sancho de Pamplona ensanchó la sonrisa y lo agarró del brazo con familiaridad.

—No es momento para más discordias, cuñado. Todo lo contrario. Propongo que la hermana del rey Bermudo se despose contigo.

La Princesita, que hasta ese momento no había mostrado mucho interés por lo que se decía, enrojeció.

—¡Qué gran idea! —El conde de Castilla se dirigió al estrado, puso un pie en el primer escalón del estrado, clavó la rodilla en el segundo y miró a la niña por encima de la mesa—. Mi señora, marido y mujer. Tú y yo. ¿Qué te parece?

La cría tartamudeó. Como era de baja estatura y la mesa estaba elevada, tuvo que ponerse en pie y auparse para ver al Infanz en actitud de pedir su mano. La Princesita, ojazos claros y naricilla respingona, miró a su madrastra, luego a su hermano. Pero no acertó a decir nada.

—Le parece bien, por supuesto —remató el rey Sancho de Pamplona—. No hemos de esperar sino a la Pascua, que es tiempo de alegría: yo os convoco aquí mismo para la próxima primavera. Celebraremos la boda en mayo, sí, y también nuestro triunfo sobre

los rebeldes. Y para rubricar tan feliz enlace, propongo otro más. Este, lo confieso, fue idea de mi esposa, y servirá para acercar de manera definitiva a los dos reinos, León y Pamplona. Bermudo, ¿aceptarás como mujer a mi hija Jimena?

El rey niño, igualmente pillado por sorpresa, atendió a la orden susurrada por su madrastra y se levantó del trono. Los ojos muy abiertos, el pelo aún apelmazado por el exceso de aceite.

—Será un… —Se volvió hacia la madrastra, que le repitió lo que debía decir. Y el crío lo dijo—: Será un honor. ¿También el próximo mayo?

Hubo algunas risas. No entre los leoneses.

—Esperemos un poco más, Bermudo —dijo Sancho—. Antes pacificaremos tu reino. Reduciremos a los rebeldes y nos dejaremos ver por tus súbditos, que sepan que no estás desamparado. Y así tendrás tiempo para acostumbrarte a ese trono y a esa corona. Ah, qué día tan venturoso. ¡Una vez más: larga vida al rey de León!

Los alegres y los disgustados corearon el grito, y luego vinieron los vítores. Ramiro, desde su rincón, se unió a los aplausos en los que prorrumpió todo el mundo, incluidos los leoneses. Una ovación más falsa que el amor de Judas, claro. Algo había tenido que ver él, casi seguro, con esa insinuación de casar a la pequeña Jimena con el nuevo rey de León. Era gracioso cómo la idea había salido de su madre y, boca a oído, había tomado forma a través de él mismo, y luego de Fernando, de Mayor y del rey Sancho. Pero, maquinaciones aparte, había que reconocer la astucia de su padre. En un momento había redoblado su influencia sobre el reino de León, especialmente a través de su condado más rico y poderoso militarmente, el de Castilla. Y de paso se había hecho con Cea, otro de sus condados más importantes. Eso sin contar con que, por la dote de su esposa, ya poseía la llamada Castella Vetula, la parte castellana que lindaba con Pamplona y que arrastraba consigo al antiguo condado de Álava. Ramiro miró a su alrededor. Los condes de Barcelona, Urgel y el resto de los territorios orientales lo pasaban bien, como quien asiste a una fiesta de novillos desde la barrera. Los vasallos directos de su padre lo pasaban aún mejor. En cuanto a los leoneses, supuso, casi todos estarían calculando cómo maniobrar para sacar su propia

tajada de todo aquello. Observó al tenente de León, el conde Flaínez. En ese momento hablaba con los hermanos Vélaz, todos muy arrimados.

Suspiró, se llevó la copa de vino a los labios. Bebió un poco y decidió retirarse. Al día siguiente había que partir para Galicia, a poner orden en una tierra ajena. Vislumbró movimiento a su lado. Era Arnau Mir de Tost.

—Me gustaría acompañaros a Compostela para acabar con ese tal Sisnando. Acabo de pedir permiso a mi señor y me lo concede. ¿Aceptará tu padre?

Ramiro sonrió. Nadie con dos dedos de frente dice que no a una espada más.

—Aceptará.

†

7. O lobo de ferro

†

DOS DÍAS MÁS TARDE. CONDADO DE CEA, EN EL REINO DE LEÓN

La victoria más ventajosa no es siempre la que se obtiene sin luchar, pues no puede desdeñarse el beneficio que supone acabar con tus enemigos de hoy. Por muy amigos en que se conviertan mañana, nunca se sabe qué ocurrirá pasado.

Aun así, el conde Flaínez, tenente de León, no quería una masacre. No deseaba una sola muerte siquiera. De modo que, acompañado por Rodrigo e Íñigo Vélaz, se había destacado de su hueste para acercarse al río, bien a la vista desde el cerro coronado por el castillo de Cea. Era de todos sabido que el rebelde Fernán Gutiérrez había tomado posesión de aquel torreón mientras devastaba las tierras del condado, aprovechando para rapiñar todo lo posible antes de firmar la paz. O ¿quién sabía? Tal vez pudiera obtenerse algo más de ese niñato que ahora reinaba en León.

Los tres: el conde Flaínez y los hermanos Vélaz, se encontraban ahora en la orilla occidental del río Cea, esperando. En la otra orilla, el encargado de la barcaza esperaba, desconfiando de aquella tropa que se había presentado a media mañana. El hombre observaba, dispuesto a escapar por tierra o por agua, según conviniera.

—Me aburro —dijo Íñigo, el mediano de los Vélaz—. Obliguemos a ese perro a que nos cruce el río, vayamos ahí arriba y prendamos fuego a todo.

—No seas bruto, Íñigo —le reprochó su hermano mayor.

Los dos eran parecidos entre sí. Pelo cobrizo y correoso, ojos juntos, frente escasa. Rodrigo, el mayor, pasaba también por el más inteligente. Íñigo, mucho más estúpido, solía arreglarlo todo por las bravas. Ambos eran altos y fuertes, pero no tanto como el más joven, Matalobos, que no estaba allí. Los dos hermanos Vélaz imponían bastante con sus lorigas y yelmos puestos, los escudos en la zurda y las lanzas en la diestra. El conde Flaínez, por el contrario, iba sin armas a excepción de su daga, como si en lugar de un señor en guerra fuera un campesino que busca setas.

—No tengo deseos de alargar esto —dijo el conde Flaínez—. ¿Un asedio ahora? Costoso, y nos llevaría semanas como poco. Cuanto antes acabemos con estos motines, antes regresará a Pamplona mi querido tío Sancho.

Había enfatizado lo de «querido» de tal modo que los dos Vélaz se sonrieron.

—No veo por qué no podemos hacer una buena escabechina —insistió Íñigo Vélaz—. Nunca está de más sacar algo de botín.

—He dicho que no. —El conde Flaínez escupió a un lado—. De todos modos, el rey Sancho se ha apropiado de estas tierras, suyo es todo lo que hay en ellas. No pienso perder ni un suspiro de más en la faena.

—Baja alguien —apuntó Rodrigo.

Así era. Seis jinetes descendían desde el castillo al trote. Los perdieron de vista un momento, cuando se acercaron a la arboleda de la ribera, y allí, ya justo enfrente de Flaínez y los dos Vélaz, apareció un solo caballero. Vestido para el combate, pero sin lanza, el yelmo en la mano y el escudo colgado a la espalda. Llamaba mucho la atención su melena, totalmente blanca y peinada hacia atrás. Desmontó, ató las riendas a una rama y habló un momento con el barquero.

—Va a cruzar aquí —dijo Rodrigo—. Los tiene bien puestos el canoso.

El rebelde subió a la barcaza y se colocó justo en medio, de cara a los tres y con las piernas algo abiertas.

—Lo reconozco —dijo el conde Flaínez—. Es Nepociano Osóriz.

—No lo he oído nombrar nunca —repuso Rodrigo Vélaz, que tenía buen conocimiento de la nobleza leonesa.

—Normal. Linaje venido a menos. Se podrá negociar con él.

El barquero se puso a tirar de la cuerda que unía ambas orillas. Tardó muy poco en cruzar el río, y Nepociano Osóriz saltó desde la plataforma de tablas. Como Flaínez y los dos Vélaz seguían a caballo, el rebelde se detuvo a distancia prudencial y se recolocó la melena tras las orejas.

—Mi señor conde, te saludo de mi parte y de parte de don Fernán Gutiérrez.

Flaínez señaló el castillo a espaldas de Nepociano Osóriz.

—¿Está Fernán Gutiérrez ahí arriba?

—Sí, mi señor.

—¿Y por qué no baja él?

Nepociano Osóriz miró con desconfianza a los hermanos Vélaz. Después se inclinó a un lado para contemplar la hueste que se había traído el conde Flaínez. Infantería sobre todo, aunque también formaban allá atrás varios jinetes.

—Mi señor, Fernán Gutiérrez está herido. Peleó contra el conde de Cea y, aunque venció, recibió un tajo muy feo en el hombro.

Flaínez asintió.

—¿Sobrevivirá?

Nepociano Osóriz se encogió de hombros.

—Todo depende.

Rodrigo Vélaz gruñó algo gracioso, porque su hermano se rio por lo bajo.

—Perdón, mi señor conde. —Nepociano Osóriz señaló a Rodrigo e Íñigo—. ¿Quiénes son estos?

—Los hermanos Vélaz somos —contestó Íñigo, sin dejar que el conde Flaínez hablara.

—Ah, sí. Los hermanos Vélaz. He oído hablar de vosotros. Pero creía que erais tres.

El conde hizo un seña a Rodrigo e Íñigo. Quería responder él.

—El pequeño de la familia, Diego, se ha ido con el rey pamplonés. Es muy amigo de su hijo y heredero, García. Como ves, vuestra ridícula rebelión se enfrenta no solo al rey Bermudo y a sus fieles, sino a Sancho de Pamplona. ¿De verdad pensáis que existe alguna oportunidad para vosotros?

Nepociano Osóriz fingió calcular, pero muy poco rato.

—Pues parece que no, que lo tenemos mal. —Señaló con el pulgar por encima de su hombro, al cerro del otro lado del río—. Aunque podríamos aguantar ahí arriba mucho tiempo. Meses. Y sé que hay otros focos de descontento contra el rey Bermudo. De todas formas, es algo que deberá decidir don Fernán Gutiérrez. En caso de que sobreviva, claro.

—Abreviemos —exigió el conde Flaínez—. ¿De qué depende la supervivencia de ese traidor?

—Mi señor… —Nepociano Osóriz avanzó unos pasos y, en gesto de amistoso servicio, agarró un estribo del conde Flaínez—, Fernán Gutiérrez dijo tener una buena causa para alzarse contra el rey Bermudo, y a mí me ofreció tierras y títulos. Yo lo seguí, confiando en su buena fe. Después atacamos al conde de Cea y le quemamos tres aldeas. Ahí empecé a recelar de que esa causa fuera tan buena. Temo haber sido demasiado inocente.

—O demasiado ambicioso —intervino de nuevo Rodrigo Vélaz.

—Cortémosle los huevos al jodido canoso —propuso Íñigo Vélaz—. Veréis como se le pasan las ambiciones.

Nepociano Osóriz, al oír eso, soltó el estribo del conde Flaínez y retrocedió de nuevo hasta la posición anterior.

—Eso no será necesario. Estoy dispuesto a negociar, pero siempre que yo no pierda ninguna parte de mi cuerpo. Y si hay algo que ganar, con más razón aún.

El conde Flaínez, con cierto esfuerzo debido a su obesidad, desmontó y se dejó caer a tierra. Se acercó al rebelde, que le sacaba cabeza y media, pero eso no parecía achantar al noble que gobernaba en la ciudad de León.

—Negociemos, sí. Te haré una propuesta y, si la aceptas, yo te garantizo que te respetaremos la vida y que el rey Bermudo te recompensará por tu gran servicio a la corona.

—¿Mi gran servicio?

—Eso he dicho. Porque ahora mismo volverás a esta torre, te presentarás ante Fernán Gutiérrez y le abreviarás el trance. Baja aquí con su cabeza y con todos los rebeldes, y yo os recibiré como una hueste leal al rey Bermudo. Mandada por alguien que acaba de eliminar un problema para el reino.

Nepociano Osóriz no pareció descontento con la propuesta.

—¿Y qué hay de esa recompensa que recibiré? ¿No podemos concretar algo?

El conde Flaínez soltó un bufido de impaciencia.

—¿Qué pides?

—Pues… —Nepociano Osóriz bajó la cabeza y se miró las puntas de los pies mientras calculaba hasta dónde podía llegar—. ¿Qué tal si el buen rey Bermudo me convierte en su alférez?

El conde Flaínez fue a decir que de ninguna manera, pero no lo hizo. Le dolía la espalda tras cabalgar hasta allí desde León y pasar dos noches al raso, y estaba rabioso porque el condado de Cea se le había escapado de las manos. Quería regresar, sentarse ante un buen guiso y beber vino en cantidad generosa. Se volvió y anduvo hasta situarse frente a los hermanos Vélaz. No se molestó en bajar la voz al consultarlos.

—¿Qué pensáis? Este advenedizo quiere pasar de ser un sucio traidor a mandar los ejércitos leoneses. ¿No os parece excesivo?

Íñigo Vélaz, como de costumbre, tiraba por la vía brutal.

—Es un insolente. Deberíamos caparlo ya y lanzar sus criadillas al río. Los peces se alegrarán.

Pero Rodrigo, el mayor, alzó la mano para pedir calma.

—No digas más estupideces, hermano. —Y se dirigió al conde Flaínez—: Si concedes a este hombre lo que pide, te deberá un grandísimo favor. Y estará en posición de agradecértelo.

Flaínez se frotó los riñones.

—Ya veo por qué dicen que tú eres el más astuto, Rodrigo.

—Gracias, conde. Recuerda también este momento en el futuro, por si necesitáramos tu auxilio.

Flaínez sonrió a medias. Se dio la vuelta y regresó junto al tipo del pelo blanco.

—Nepociano, puedes estar agradecido a los hermanos Vélaz, porque he decidido aceptar tu propuesta. De momento tráeme la cabeza de ese rebelde, y yo conseguiré que Bermudo te rehabilite. Y dentro de un tiempo, si me demuestras que puedo confiar en ti… ¿Quién sabe? Tal vez le proponga al rey que te convierta en su alférez.

†

GALICIA. TRES MESES DESPUÉS

La sangre destacaba sobre la nieve.

No era una nevada copiosa, como las que caían en Aragón o el Sobrarbe, pero había cuajado sobre la hierba y los árboles, y en los techos de paja de las cabañas que, más abajo, salpicaban la ladera. El príncipe García se protegió del sol con una mano, pero la luz se reflejaba en lo blanco y cegaba igualmente. Montaba, como siempre, su hermoso destrero Zidar. Señaló abajo y a lo lejos, al sur. A la columna de humo que se veía en el límite de la aldea.

—¿Distinguís algo?

Los jinetes a las órdenes de García se ocultaban entre los árboles, tratando de localizar movimiento. Pero no. Solo la humareda negra que se alzaba recta en aquel cielo inusualmente despejado.

—Nada. Aunque están allí, seguro —dijo Matalobos.

—Pues vamos allá. Ramiro, tú, con Arnau, rodea las casas por este lado. Diego y yo iremos por el otro. Nos mantendremos a la vista para avisarnos.

Ramiro chasqueó la lengua.

—No es buena idea dejar el manto de nieve a nuestra espalda, y menos con el sol de frente. Nos verán llegar. Sería mejor acercarnos al abrigo de esa loma. Y tú puedes bordear el bosque aquel. Los pillaremos entre dos frentes.

García rechinó los dientes, se apoyó en el pomo del arzón para volverse y consultar con la mirada a Matalobos. Este hizo un solo

movimiento afirmativo con la cabeza. Una vez más, Ramiro tenía razón.

—Está bien —aceptó el príncipe de mala gana—. Que sea así: te daremos tiempo para que te sitúes. Intenta cortarles el paso, nosotros atacaremos y los mandaremos hacia ti. ¿Podrás hacerlo? No es muy difícil.

Ramiro, que no estaba para boberías, dio un último vistazo a la sangre encharcada en la nieve. Tiró de las riendas a su izquierda, y con él se desviaron Arnau Mir de Tost y doce hombres más entre aragoneses, sobrarbenses y urgelitanos. Descendieron del monte por la ladera occidental mientras García, Matalobos y otra docena de pamploneses tomaban hacia el este, al robledal que seguía la línea ondulada hasta el linde de la aldea. Con un poco de suerte y ayuda de Dios, ese día acabarían con el foco final de rebelión contra Bermudo.

Ese último rebelde, Sisnando Galiáriz, había dejado su sello sangriento en lo alto de la montaña. Un poste clavado en la nieve y, atado a él por el cuello y la cintura, un zagal de no más de quince años, con las manos, los pies y la lengua cortados, y luego alineados sobre la nieve en muy buen orden. El chico aún boqueaba cuando lo encontraron, así que Matalobos decidió ahorrarle el trance y le clavó su daga en medio del pecho. Sin dudas ni miramientos. Había que ver el lado bueno: Sisnando no podía estar muy lejos. Ahora el cadáver quedaba atrás hasta que los aldeanos regresaran, si es que regresaban.

Y a saber qué había hecho el zagal aquel para merecer el tormento. Tal vez huir con sus reses para que Sisnando no las esquilmara. O proteger a alguna hermana suya cuando los bandidos del rebelde se presentaron dispuestos a reventarle la virginidad. Ahora eso daba igual.

—Hace demasiado frío para pelear —gruñó Arnau—. Y tengo hambre. Tu padre ha sido listo.

Ramiro asintió con un gruñido. Sancho de Pamplona descansaba en Compostela, en los aposentos del obispo Vistruario. Seguramente ante un buen fuego y servido de carne caliente por solícitas doncellas de dulce acento. Pocas jornadas había empleado el rey en

cabalgar por el invierno gallego en busca de aquel chiflado de Sisnando, tan resbaladizo como cruel. Para eso estaban sus hijos, el príncipe y el bastardo.

—Solo de pensar en comida me rugen las tripas —dijo Ramiro—. Pero vamos a lo nuestro, Arnau. A lo mejor podemos ver por fin a ese hijo de mil perras.

Salvaron un repecho y la aldea volvió a quedar a la vista. Llevaban todo el otoño y las primicias del invierno siguiendo el rastro de Sisnando Galiáriz en las inmediaciones de Compostela. No era difícil, porque ese rastro estaba escrito con sangre. Cosa diferente era alcanzarlo. Sisnando, que contaba con una cuadrilla de unos veinte hombres, asaltaba por sorpresa aldeas como aquella, y lo hacía tras desplazarse grandes distancias desde su anterior fechoría. Cuando Sancho de Pamplona o los suyos acudían a un lugar recién destrozado, el rebelde se encontraba ya lejos, preparando un nuevo ataque a un monasterio o a una granja aislada, o dispuesto a emboscar alguna caravana de mercaderes o a los peregrinos que viajaban para postrarse ante la tumba del apóstol Jacobo. Y llegaban aquellas atrocidades, algo nunca visto entre cristianos, o incluso entre sarracenos. Muchachillas desgarradas tras pasar por el catre de toda la partida, pastores degollados en línea, hasta que los cuchillos perdían su filo. Miembros amputados, familias enteras ahorcadas, o asadas dentro de sus pallozas. Todos pensaban que Sisnando llevaba el demonio dentro. O puede que el propio demonio anduviera asustado y cuanto más lejos de allí, mejor.

Ramiro observó el lugar, arbolado y lleno de desniveles. Ojalá estuviera allí el viejo Gavilán, con su ojo de rapaz. Señaló un desnivel recorrido por arbustos.

—Eh, Arnau, ¿qué te parece si vamos por allí?

—Bien.

Habían hecho buenas migas los dos, como sus hombres. Y eso que aún no habían entrado en combate. Ramiro tenía ganas de ver cómo luchaban Arnau y sus cinco urgelenses. Le llamaban mucho la atención sus sillas de montar, con arzones excepcionalmente altos y rígidos. Arnau, más que sentarse, se encajonaba en aquel artefacto de madera forrada.

El resto de la rebelión contra el joven rey Bermudo, por lo demás, estaba ya aplastada. Se decía que, más al este, el Infanz había sitiado las fortalezas retenidas por el rebelde Romániz en las cercanías de Lugo, y que por fin este había aceptado la autoridad de Bermudo. Y en Cea, la hueste del conde Flaínez, tenente de León, también había reducido a la obediencia a los rebeldes después de que estos traicionaran a su líder, Fernán Gutiérrez. La lucha había sido escasa o nula en ambos casos, se había arreglado todo negociando y los rebeldes serían readmitidos en la curia bajo juramento de no volver a alzarse contra su rey. Lo de Sisnando Galiáriz era distinto. Había que hacer justicia de la buena.

—Por san Pedro… —Arnau Mir de Tost señaló la última choza, aquella de la que salía el humo—. Están ahí. Esta vez sí, Ramiro. Esta vez sí.

Embrazaron los escudos y se pasaron la información en voz baja. Inclinados sobre los arzones, guiaron a sus monturas por la desenfilada, amortiguados los pasos por la nieve blanda. Arnau levantó una mano y señaló a su izquierda, a los esbirros del rebelde Sisnando. Varios de ellos acarreaban fardos, cántaros y pieles desde una palloza cuyo techo estaba medio hundido, y que llameaba en varios puntos. Se metían prisa unos, pero a los otros no se les entendía nada porque hablaban en una jerigonza retorcida que sonaba a madera rajada por un cuchillo sin filo.

—¿De dónde han salido esos? —preguntó en voz baja uno de los urgelitanos.

—Creo que son hombres del norte. Paganos que viven de saquear. Vienen en barco desde un sitio tan pobre y frío que esta nevada parece un caldero hirviente a su lado.

Ramiro se fijó en ellos. Eran grandes, rubios y de largas barbas trenzadas. Y se gritaban en aquella jerga áspera.

—No están sobre aviso. Tienen los caballos atados entre los árboles. Arnau, despliega a los tuyos por ahí, a continuación de los míos. Les cortaremos el paso cuando García cargue, si es que pretenden huir. Y si le hacen frente, los atacaremos por su espalda. Cuidado con esos tipos rubios, ¿de acuerdo? Parecen peligrosos.

—De acuerdo… Fíjate en ese, el de la capa forrada. Es el que da las órdenes. ¿Sisnando?

Ramiro lo miró. Sí que parecía el jefe, desde luego. Dirigía la labor de bandidaje con aspavientos y hablaba con frases cortas y secas. Los gigantones rubios le obedecían sin rechistar.

—Esos no hacen prisioneros, Arnau. Dios te ayude, y no te andes con remilgos.

—No pensaba. —Le estrechó la mano. Ambos sudaban a pesar del frío—. Que san Pedro guíe tu mano.

Ramiro distribuyó a los suyos con gestos y les ordenó esperar a caballo. Los jinetes formaron un abanico tras la desenfilada, un terraplén en el que la nieve se había acumulado un poco más. Ramiro aprestó la lanza y se obligó a respirar profundo, al modo que le había enseñado su eitán. Como si no pasara nada. Como si no hubiera razones para tener miedo. Los paliduchos norteños seguían gritándose unos a otros, se oyó un grito femenino. Ramiro se mordió el labio. ¿Por qué tardaba tanto García? Un caballo piafó nervioso y su jinete, un sobrarbense, trató de calmarlo con palabras cariñosas. Arnau estaba al otro extremo de la línea, con la lanza bajo la axila. ¿Con la lanza bajo la axila? Eso llamó la atención de Ramiro. Vio que los demás urgelenses también se habían colocado el asta de esa guisa, apoyada sobre el antebrazo y bien sujeta entre el codo y el costado. Oyó otro grito de mujer, este más largo y angustioso.

—Vamos, García —susurró—. Ataca ya.

Y desde el otro lado de la aldea, García atacó.

Su línea apareció en tromba desde los robles. Los jinetes de García esquivaron las cabañas, levantando nieve con su galope. Los rebeldes de Sisnando se dieron la voz de alarma, y eso sirvió para que Ramiro y Arnau supieran lo que ocurría. Los hombres del norte se apresuraron a recoger sus escudos y empuñaron hachas y mazas.

—Tranquilos, esperamos a ver qué hacen. Esperamos, esperamos —decía el de Urgel. Y sus hombres exhalaban vaho y tragaban saliva.

Ramiro se adelantó un poco y trepó medio desnivel. Vio a unos cuantos bandidos montando en los caballos que tenían a la espera, pero los rubios del norte formaron en una línea a pie, con los

escudos creando un muro, las hachas y las mazas terciadas. Desde más allá venía la hueste pamplonesa, y el más destacado era Diego Matalobos, que había ganado ventaja enseguida y casi podía oírse su aullido. El Vélaz llegó el primero hasta los norteños y se trabó con dos de ellos, a continuación los alcanzaron los de Pamplona con García, picando desde arriba. Un caballo se vino abajo, destripado por un hachazo, y su jinete corrió la misma suerte. Los gallegos de Sisnando, que ya habían montado, trataron de huir. Directos hacia donde esperaba Ramiro.

—¡Ya! ¡Por el rey Sancho!

Los de Aragón y Sobrarbe arrancaron con un alarido, y los de Urgel hicieron lo mismo. Ahora había dos huestes a caballo en rumbo de choque. Ramiro levantó la lanza sobre su cabeza, buscó un objetivo conforme se aproximaba al grupo enemigo, se inclinó un poco a la derecha y proyectó el arma. Cosió un muslo a una silla y esta a un caballo, que relinchó de dolor. Tirón de riendas mientras desenfundaba la espada, y se abrió para esquivar a otro de los bandidos. Al torcer su cabalgada pudo ver con claridad a Arnau Mir de Tost. Seguía con la lanza bajo el brazo, encogido tras el escudo y lanzado en tiro tenso como un flechazo. El de Urgel no hizo nada por arrojar su arma contra un enemigo, ni por extender el brazo para pincharlo en el cuello o en la cara. Lo que hacía era dirigir a su montura junto con las de sus cinco hombres, todos los animales en línea, muy cerca unos de otros, a modo de muralla móvil. Era como si jinetes, caballos y lanzas se hubieran soldado entre sí y con el resto de la mesnada. Y el momento del choque fue una avalancha de nieve precipitándose desde la montaña. Arnau alcanzó de lleno al que tomaban por Sisnando Galiáriz, impactando en el umbo del escudo. El golpe fue tan brutal que el presunto líder de los rebeldes salió despedido hacia atrás, y hasta su caballo se vino abajo, barrido por el de Arnau, que siguió adelante como si acabara de atravesar un jirón de niebla gallega. Pero el propio Arnau, sin embargo, apenas acusó el golpe, pues su arzón trasero lo mantenía anclado a la silla. Los demás urgelenses también alcanzaban a sus adversarios, bien con la lanza, bien con los pechos de sus caballos. Los bandidos y sus monturas caían bajo los cascos, y los de Urgel los pisoteaban o

saltaban sobre ellos. Cuando la carga pasó de largo, algunos animales derribados se revolvieron y un par de ellos lograron incorporarse y huir a todo galope. Pero ninguno de los bandidos se puso en pie.

Ramiro espoleó a su caballo y llegó hasta donde aún rodaba Sisnando, dejando su huella en la nieve. Bajó de un salto, se obligó a recordar al chaval mutilado de lo alto del monte. Y a las crías violadas y a las madres con el cuello cortado y a los campesinos ahorcados. Se acercó a él. A Sisnando le sangraban la nariz y la boca, gemía como le hubiera caído encima un roble, apenas podía moverse, machacado por el impacto de la lanza y el trote de los animales. Ramiro levantó la espada.

—Eh, hijo de Satanás, mírame.

Sisnando miró, o lo intentó al menos, y Ramiro apuntó al cuello. Metió un tajo firme que cortó piel, carne y huesos, y se hundió en la nieve. Otro espadazo más para rematar el corte y separar cabeza y cuerpo. Limpió la hoja en las ropas del rebelde antes de envainar.

Los urgelenses detenían por fin su carga, sin bajas y como si no se hubieran esforzado siquiera. Desmontaron, dispuestos a rematar a los rebeldes que aún boqueaban. Más allá, Diego Matalobos repartía espadazos desde lo alto de su caballo de guerra, hendiendo cotas de malla y machacando cabezas rubias. Sin mostrar ni una pizca de miedo, como si fuera verdad eso que le había confesado una lamia: que no había hombre capaz de matarlo. Los hombres del norte también se habían batido a gusto, con gran coraje, pero cedían al número y a la ventaja de los pamploneses, que luchaban montados. Ramiro llenó el pecho con el aire frío de Galicia, cogió la cabeza de su víctima por los pelos y, dejando un reguero negruzco sobre la nevada, se dirigió a su amigo:

—¡Arnau, que los tuyos respeten alguna vida! ¡Necesitamos información!

Uno de los urgelenses, al oír la orden de Ramiro, detuvo un tajo en el aire y pateó las costillas del rebelde que vomitaba sangre a sus pies. Pero la rabia era mucha y los demás no supieron contenerse. Uno a uno, los bandidos de Sisnando morían atravesados. Y más allá, los rubios del norte tampoco resistían. La escaramuza

terminaba, y ya solo quedaba Matalobos rematando a enemigos caídos. Para eso había desmontado y, en cuclillas, hundía su cuchillo en los cuellos de los bandidos heridos. Despacio, viviendo el momento.

García vio a Ramiro, desmontó de Zidar y observó el pingajo sanguinolento que llevaba cogido por los pelos. Los ojos aún abiertos de Sisnando Galiáriz, que había sufrido menos de lo que merecía, lo observaban desde la antesala del infierno.

—¿Es su cabeza? —preguntó el príncipe pamplonés.

—Eso creo. Pronto lo sabremos. ¡Traed al prisionero!

Arnau arrastró al único superviviente de la partida, un tipo algo rechoncho, calvo y con el cuello en línea con la barbilla. Parecía bastante entero, aunque la pantorrilla derecha se le había doblado como un junco y tenía rota la nariz. Chillaba con voz muy aguda, como si le hubieran clavado un garfio en el garganchón y lo arrastraran fuera de la pocilga en día de la matanza. Arnau lo arrojó a los pies de Ramiro, y el truhan juntó las manos.

—¡No me matéis, por Dios y su santa madre! ¡Os lo contaré todo! ¡Tenemos botín escondido, y un par de cautivas! ¡No me matéis!

García tomó la iniciativa: le soltó un revés que lo hizo dar con la cara en la nieve.

—Deja de llorar, puerco. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llaman Lupo, mi señor. Lupo de Ferreiros. Ferrolupo me decía Sisnando, porque además fui herrero en mi aldea.

—Qué ingenioso. Pues bien, Ferrolupo. Dinos: ¿es este Sisnando Galiáriz? Miénteme y te haré despellejar.

Ramiro levantó la cabeza cortada para que el bandido la viera bien. El tal Ferrolupo se agarraba la pierna rota y gruñía de dolor, así que García le metió otros dos bofetones. Por fin, el rebelde contestó:

—Sí, mi señor. Es él. Es Sisnando. Lo juro.

—No me lo termino de creer. Ni quiero ir hasta Compostela con la cabeza de cualquiera en un saco, ni tampoco presentarme ante mi padre sin haber cumplido mi misión. —García se volvió—: ¡Diego, ven aquí!

El Vélaz estaba a algo de distancia, saqueando los cadáveres de aquellos grandullones rubios del lejano norte. Había cogido un hacha

extranjera, con un palmo de filo y más de cuatro de mango, tan grande que pocos hombres podrían manejarla con una sola mano.

—Ya voy.

Se acercó con aquella arma impresionante terciada. Lupo de Ferreiros, al verlo tan grande y con cara de masticar caballos para desayunar, se olvidó por un momento de su dolor.

—Por favor, mis señores, piedad… Puedo ser muy útil, lo juro. ¿No necesitas un herrero? Pues soy de los mejores…

—Calla, Ferrolupo —ordenó García—. Parloteas mucho y para nada. —Señaló con el pulgar, por encima de su hombre, a Diego Vélaz—. Oye, hablando de nombres ingeniosos… ¿Sabes cómo llaman algunos a este hombre? Matalobos. ¿Te gusta? Y tu propio nombre, Ferrolupo… ¿No significa lobo de hierro? ¿Te das cuenta de lo gracioso que es todo? —Se volvió hacia Diego Vélaz—: Matalobos, anda: córtale los dedos al lobito mentiroso, a ver si son de hierro.

Matalobos se dispuso a estrenar su hacha recién saqueada. El bandido volvió a rogar y a asegurar que no mentía, que el decapitado era Sisnando Galiáriz.

—Que se muera mi madre si no es verdad, mis señores. Es su cabeza. ¡Lo juro!

Pero no le sirvió de nada. Los pamploneses lo inmovilizaron, aseguraron sus manos sobre un tocón y aguantaron sus forcejeos mientras Matalobos hacía lo suyo. Como el hacha era difícil de manejar, el primer tajo se le fue un poco y le rebanó a Ferrolupo media mano, con el pulgar y el índice derechos. El bandido chilló con los ojos en blanco mientras Matalobos se reía.

García le volvió a preguntar. Entre alaridos, Ferrolupo juró de nuevo, esta vez por su padre y su hermana pequeña, que aquella cabeza era la del líder rebelde. Ahora sí que se dio crédito a sus palabras, pero no por ello detuvo el Vélaz su tratamiento matalobero, ya que García quería dejarlo todo bien cerrado y pacificar Galicia. Con los demás dedos de la mano diestra cortados, el bandido confesó que quedaban un par de norteños rubios en una aldea a medio día de camino hacia el sur, que custodiaban botín y a varias muchachas raptadas de los alrededores, y que pretendían llevarse a su helada tierra en el confín del mundo para venderlas

como esclavas. García decidió que los dedos de la mano izquierda no eran necesarios para que Ferrolupo los guiara a su guarida, así que Matalobos se los rebanó todos seguidos. Después echó una mirada de admiración por su arma nueva, que tenía unos extraños signos grabados en el mango.

Mientras el desgraciado de Ferrolupo sacudía las manos inútiles y lloraba de dolor, García lo agarró por la pechera.

—Ahora sabes cómo las gasto, lobo de hierro. Te dejaremos ir a caballo, ya que no puedes andar. Nos guiarás a ese escondite vuestro y, si lo que dices es cierto, te daremos una muerte rápida y hasta te echaremos tierra encima. Si no, vivirás días con nosotros mientras sembramos pedazos tuyos por aquí y por allá. ¿Sabes eso que dicen los Salmos de que Dios está en todas partes? Pues tú vas a estar por toda Galicia, gorrino. Y al final te colgaré de un muñón para que los cuervos se coman lo poco que quede de ti. —Se volvió hacia Ramiro—. Comprobad si queda alguien vivo en esas pallozas. Quiero acabar con esto cuanto antes y regresar a Compostela. Ah, ya sabéis: si hay algún caballo bueno, reservadlo para mi padre.

Ramiro entregó la cabeza del rebelde a García y se puso a recorrer la aldea asaltada junto con Arnau y los suyos. Mientras, los pamploneses hicieron las primeras curas a sus heridos, reunieron los caballos de los bandidos, arrojaron al estiércol los despojos de Sisnando Galiáriz y dejaron para los cuervos a los demás bandidos muertos. Ferrolupo chilló durante un rato como cerdo en día de matanza, pero acabó por gimotear, cada vez más débil mientras se miraba los muñones y seguía rogando por su vida.

—Arnau, ¿qué manera de pelear es esa? —preguntó Ramiro—. No había visto nunca la lanza así, bajo el brazo.

—Ah, es mucho más útil, te lo aseguro. Pero tienes que afirmarte bien sobre la silla, ¿comprendes? Cabalgar directo contra tu adversario, inclinado hacia delante, y aguantar firme el asta aquí, entre el codo y tu costado. Lo aprendí de un normando. —Señaló el cadáver de uno de los rubios gigantones. Algún navarro le había aplastado el cráneo a mazazos—. Un tipo algo parecido a estos. Roger se llamaba. Roger de Tosny. Lo conocí cuando yo era casi un crío, no tendría ni quince años. Mi padre me llevó con él a

Barcelona. La condesa Ermesinda estaba recién enviudada y los sarracenos aprovecharon para atacarla, así que aceptaba cualquier espada a cambio de buena paga. Por eso estaba también allí el normando aquel. Nos quedamos unos meses y, aunque yo no vi combatir al normando, sí que me fijé en cómo se adiestraba con sus hombres.

»En la primera refriega se ganó el apodo de Comemoros, porque él y su mesnada de normandos los barrían a docenas. Aunque después oí historias tremebundas sobre él. Contaban que volvió de la batalla con muchos prisioneros, y que los encerró sin comida. De vez en cuando aparecía por allí, escogía a uno de ellos y, delante de los otros, lo mataba. Lo cortaba por la mitad, y hacía cocer una parte en una marmita para alimentar a los cautivos que quedaban. Él devoraba la otra parte. Así hasta que solo quedaron unos pocos, desesperados por el miedo y por haberse alimentado de sus camaradas. Tosny los dejó libres con el encargo de contar lo que habían visto… y comido.

—Comemoros, ¿eh? Eso me recuerda a la historia de Matalobos. Difícil de creer.

—Lo sé, aunque es cierto que los infieles no podían con él. Cargaba así, con la lanza cogida entre el brazo y el costado, montado en una silla con arzones altos y cabalgando como si su caballo y él fueran de piedra. Él y sus jinetes, todos muy juntos, igual que una ola del mar.

—No he visto el mar.

—Pues deberías. Si hay temporal, las olas se te vienen encima y no hay manera de esquivarlas. Así mismo se carga a caballo, de modo que el enemigo no puede escapar. Roger de Tosny era tan bueno en aquello que, fuera por su manera de luchar, fuera por su dieta, al final espantó a los moros, y la condesa le ofreció a su propia hija en matrimonio. Mi padre aprendió a cargar así y, a nuestra vuelta, encargó nuevos arzones. Imagina.

—No hace falta imaginar. Ya he visto que funciona.

—Pruébalo alguna vez, Ramiro, y ya no lucharás de otra forma.

—Eres un buen amigo. Oye, Arnau, ¿y sigue en Barcelona ese normando? Me gustaría conocerlo.

—No, no. Regresó a su tierra con su esposa y un cofre repleto de oro. —Palmeó la espalda de Ramiro—. Ahora nosotros también podemos volver, qué ganas.

—Eres afortunado, pronto conocerás a tu prometida. Pero mi Munia tendrá que esperar en Nájera. Sé que mi padre querrá que nos quedemos en Galicia hasta bien entrada la primavera, por si a algún otro necio, con el buen tiempo, se le ocurre levantarse contra el rey Bermudo. Tal vez debería aprovechar para buscar por aquí algo que Munia me pide siempre. Una flor de nieve. ¿Tú has visto alguna vez una flor de nieve, Arnau?

El urgelense se encogió de hombros.

—No sé qué es eso.

—Una prueba de verdadero amor, eso dice Munia. ¿Te lo puedes creer?

—Verdadero amor… Vaya, tal vez sí deberías buscar esa flor de nieve.

—Sí. Aunque, si diera con una, llegaría marchita a Nájera. En mayo tendremos que estar en León para el matrimonio entre el Infanz y la Princesita.

—Ah, claro. Entonces esperaré contigo y luego te acompañaré a León. Tampoco es que tenga muchas ganas de cruzar montañas y bosques con este frío de Satanás, ni de buscar flores de nieve. Y aún son menos las ganas de casarme. —Señaló a Matalobos, que ahora hablaba con García y los miraban desde la distancia—. Además, mejor no dejarte solo con tu hermanastro y esa bestia que tiene por lacayo. Sobre todo después de conseguir su hacha nueva.

†

AL MISMO TIEMPO. NÁJERA

Felicia López de Arboniés se movía a paso rápido por el alcázar, sin acertar a cerrarse el manto con la fíbula de hueso, porque sujetaba su crespina con la misma mano con la que quería

enganchar el pasador. Uno de los guardias acababa de avisar de que don Jimeno Garcés regresaba con el infante Gonzalo, y estaba a punto de llegar al alcázar. El noble se lo había llevado después de comer con permiso de la reina. A cabalgar un poco, había dicho, y llevaban fuera toda la tarde. Pero es lo que tocaba, claro. ¿Qué era eso de que un hijo del rey se limitara a jugar con figuritas y a ver los caballos desde la cerca de los establos?

La muchacha dobló a la derecha y, como ya oscurecía, estuvo a punto de arrollar a una de las esclavas sarracenas de palacio, que acudía con ropa limpia a la cámara de la reina. La infiel escupió un insulto por lo bajo. «Perra malnacida», masculló. Felicia lo oyó, aunque estaba acostumbrada y tampoco era que pudiera hacer nada. Consiguió por fin abrocharse la fíbula y aceleró el paso. Miró atrás para ver cómo la esclava la observaba con aquella cara de rabia. Se caló la crespina, pero sin atársela bajo la barbilla, de modo que la melena castaña le quedó fuera.

—¡He dicho que eres una perra malnacida! —repitió la esclava.

Felicia la ignoró y siguió a lo suyo. En Nájera la habían llamado perra, malnacida y cosas peores. Y lo habían hecho cristianos, judíos y musulmanes. ¿Y por qué? Pues porque podían. Porque Felicia era una criatura solitaria, silenciosa y débil. Marcada desde su nacimiento, pues era la bastarda de Lope de Arboniés, un señor de tercera que, en una noche de cogorza, había preñado a una benedictina del monasterio de Santas Nunilo y Alodia. Ese era el rumor. Nacida Felicia, el padre se la llevó para criarla en casa de su esposa; y en cuanto la niña tuvo edad de trabajar, la puso a servir a sus otras dos hijas, las legítimas, obligándola a tragar sus insultos y, de vez en cuando, una paliza a varazos de parte de la madre. El problema era que Lope de Arboniés murió prematuramente, acribillado a flechazos en una algara fronteriza. El día que le dieron tierra, la viuda le puso las cosas claras a la pobre Felicia, que por aquel entonces tenía diez u once años: contaba con una semana de plazo para abandonar la casa, que aquel no era lugar para rameras ni bastardos. Ah, y con las manos vacías, que aún tenía que estar agradecida por haberla acogido.

Por fortuna, el anterior obispo de Pamplona era primo del muerto y se apiadó de Felicia, de modo que movió hilos para colocarla como doncella de la reina Mayor, que por aquel entonces acababa de parir a su tercer varón. Así que Felicia se presentó con la mirada baja, como un cachorro recién apaleado. La piel pegada a los huesos, solo con lo puesto y luciendo modales de criada. La reina, que no quería hacerle un feo al obispo, encargó a la muchacha que fuera el aya del recién nacido Gonzalo.

El único valedor de Felicia, el obispo, murió cinco años después, así que a ella le cayó encima el polvo del desprecio. Se convirtió en una sombra que siempre acompañaba al pequeño Gonzalo. Alguien cuyo nombre pocos recordaban a fuerza de no pronunciarlo. Aprendió a odiar mientras se convertía en una adolescente, y descubrió que eso ayudaba. Ayudaba tanto odiar, que hasta se odiaba a sí misma. Además, recrearse en su miseria le tejía una invisible cota de malla contra la hostilidad de la reina, que la trataba con gestos ariscos y la reñía cada vez que Gonzalo se caía. Una coraza que también la protegía de la indiferencia del rey, que apenas se dignaba mirarla cuando pasaba a su lado. La ignoraba igualmente García, tan soberbio como la reina. Y los otros nobles que frecuentaban la corte, e incluso los criados y algún que otro esclavo. A veces, muy de cuando en cuando, Felicia sentía que no podía más y se retiraba a un rincón para llorar. En esos momentos de debilidad se preguntaba cómo sería recibir cariño, o al menos alguna palabra amable. Sentirse amada. Bah, jamás lo sabría. Los años pasarían, el pequeño Gonzalo crecería y entonces ella, tal vez, se convertiría en alguien hosco, destinada al servicio de la reina, casi otro mueble en el palacio najerense. Invisible para todos, cada vez más.

O tal vez no para todos. Conforme Gonzalo crecía, ella también. De repente era una mujer y, pese a que no irradiaba gran belleza, adquiría conciencia del efecto que causaba en algunos hombres. Fernando, que casi había dejado de ser un niño, hasta le sonreía de vez en cuando. Y otro que se portaba cortésmente con ella era don Jimeno Garcés, el eitán de Ramiro. Aunque ese era cortés con todas las mujeres, claro. Cortés y, según adivinaba Felicia, algo más. A ella no le extrañaba: Jimeno Garcés era como una fogata en medio de

una nevada, o como un castillo de fuertes muros en lo alto de la colina. Alguien en quien resguardarse en caso de peligro. Y luego estaba Ramiro. Tal vez por ser bastardo, como ella, Ramiro parecía ajeno a ese orgullo de sangre que tenían los demás miembros de la familia real. La llamaba por su nombre, y la miraba a los ojos cuando le preguntaba algo. Tal vez detalles como esos fueron los que adelgazaron su coraza de desconfianza. Lo que llevó a Felicia a concebir un amago de ilusión. Se empeñó en agradar a Ramiro, en sonreírle, incluso hablarle con la voz lo más dulce posible. Si sabía que iba a aparecer, se cepillaba bien el pelo. Además percibía el odio que la reina Mayor guardaba hacia el bastardo, y eso acrecía aún más su comprensión, su simpatía por él. La sensación de que compartían una carga y tal vez incluso un destino. Ramiro y ella eran iguales. Casi hechos el uno para la otra… Parecía absurdo pensarlo, por supuesto. Felicia era la hija resentida de un muerto y Ramiro llevaba sangre real. Pero a menudo el seso y la pasión discurren por caminos divergentes.

Entonces tuvo que aparecer Munia. Con su carita de buena muchacha, sus ojos tristes, la larga trenza rubia y esa luz bobalicona que cegaba a Ramiro. En realidad era casi una villana, hija de un señor desconocido, pero con más suerte que ella. Qué injusticia. ¿Por qué Munia sí y Felicia no?

Los cascos resonaron en el irregular empedrado de acceso al alcázar najerense. Felicia se remetió los mechones bajo la crespina, pero uno le quedó fuera, estorbándole el ojo derecho. Daba igual, no había margen para más. Salió justo a tiempo de ver cómo Jimeno Garcés, sonriente, refrenaba al caballo. Sentado delante de él llevaba a Gonzalo, con los carrillos rojos y el pelo más desastrado que nunca. El crío se reía por todo lo alto, contento porque, por fin, le habían dejado montar. Cuando el noble vio a la doncella, levantó al crío por las axilas con tan poco esfuerzo como si cargara con un pollito.

—Toma, Felicia. Lo he cansado a conciencia pero está nervioso, no sé si querrá dormir.

Ella también se alegró: así que no era solo Ramiro quien conocía su nombre. Recibió a Gonzalo y lo apretó contra su pecho. El crío

temblaba de excitación. Ella notó lo fría que estaba su piel.

—Te vas a enfermar.

—¡Da igual! ¡Hemos cabalgado muy deprisa! ¡El viento no me dejaba respirar!

Jimeno Garcés desmontó y entregó las riendas a uno de los guardias.

—Que le den de beber. Y forraje. Se lo ha ganado.

—Sí, mi señor.

Dedicó a Felicia una de sus sonrisas de galán y pellizcó la mejilla de Gonzalo.

—Y este gran jinete, mejor que coma algo caliente. La noche cae deprisa y hará mucho frío.

—Sí, mi señor.

Y entonces el noble hizo algo como por instinto: retiró a un lado el mechón de pelo que le tapaba el ojo a Felicia. Lo hizo con suavidad y desvió la vista un instante, como rebuscando en un arcón de su memoria.

—Ah, sí. Retírense las nubes en la noche oscura, que anhelo contemplar la belleza de la luna.

Y, para rematar el arrumaco, le guiñó un ojo a la chica. Después entró en el enorme edificio mientras se quitaba los guantes. Jimeno Garcés ejercía como sustituto del rey Sancho mientras este se hallaba fuera, así que seguramente tendría algún documento que confirmar o un pleito que dirimir. Eso pensó ella, sorprendida por la delicadeza del noble. Flotando sobre algo parecido a una nube. Tardó algo en reaccionar, y por fin caminó en pos de Jimeno Garcés, tratando de que el inquieto Gonzalo no saltara a tierra para correr en busca de su madre, a la que pretendía contar sus aventuras a caballo.

—Quieto ya —le decía Felicia, y le acariciaba el pelo rojo. En el pasillo, un par de criados se dedicaban a encender algunos hachones colocados a tramos en las paredes. Vio que Jimeno Garcés se desviaba hacia los aposentos reales—. Mañana ya se lo contarás a la reina, ¿eh, Gonzalo? Lo bien que has montado. Ahora cenarás algo y a la cama.

Se lo llevó a las cocinas, donde pidió que le sirvieran un caldo. Felicia se dejó caer en un taburete y apoyó la espalda en el muro a medio desconchar, disfrutando de aquella extraña sensación de ligereza. ¿Cómo decía el verso? ¿Nubes en la noche? ¿Nubes oscuras?

«Nubes en la noche oscura».

Gonzalo siguió alborotado un rato, pero fue entrarle el líquido caliente en el gaznate y empezó a cabecear. Un rato después, mientras se le cerraban los ojos, Jimeno Garcés pasó por allí, cortó una porción de hogaza y se sirvió agua de la jarra con la que cenaban las criadas. Estas, acostumbradas al buen talante del noble, insistieron en servirle algo de la carne que aún quedaba en el puchero. Y una de ellas, en un santiamén, le preparó un buen cuenco de vino caliente con miel y mucha pimienta, como a él le gustaba.

—No, no, dejadlo —contestó él—. He de contestar unas cartas, no hay tiempo. ¿Habéis visto a Fernando?

—Se ha retirado a dormir hace un rato —le informó la propia Felicia, que no podía quitarle ojo de encima. A esa mandíbula cuadrada, la ojos oscuros y penetrantes, la firmeza con la que tiraba del pan en cada bocado.

«Anhelo contemplar la belleza de la luna».

Jimeno Garcés asintió antes de marcharse. A Gonzalo se le doblaba el cuello y ya dormía, apoyado contra el respaldo de la silla. Las criadas cotillearon un poco, como si Felicia no estuviera allí.

—Es guapo el condenado. —Una de ellas señaló la copa de vino—. Se ha dejado eso sin beber. Y la carne sin comer, ya me entendéis.

—Te entiendo, te entiendo —dijo otra, y se agarró los pechos a través de la saya—. Sé qué carne le serviría yo para que se la comiera toda.

Rieron. A Felicia no le molestó lo que decían, y tampoco que la mantuvieran ajena a sus chanzas. Era lo usual. Miró por la ventana y vio que nevaba de nuevo. Las criadas siguieron a lo suyo, subiendo de tono las obscenidades y fantaseando con lo que cada una de ellas le haría a Jimeno Garcés. Gritaban cada vez más, y Felicia temió que despertaran a Gonzalo, así que lo tomó entre sus brazos y, muy

cuidadosamente, se lo llevó. Las criadas callaron entonces, y solo reanudaron sus picardías cuando Felicia se alejaba.

Acostó a Gonzalo, que se removía inquieto entre sueños. Lo arropó bien y le puso una manta más, pues esa noche iba a pegar fuerte el frío. Se notaba. Felicia se frotó los brazos. Ahora debería acostarse junto a Gonzalo y caer en el duermevela de siempre, atenta a que el crío se sacudiera en alguna de sus habituales pesadillas, o dispuesta a buscarle agua si despertaba sediento. Pero Felicia no tenía sueño, estaba algo agitada y la imaginación se le había desbocado.

Dejó un velón encendido, porque Gonzalo gritaba si se daba cuenta de que estaba a oscuras. Se descalzó y salió del aposento, la puerta quedó entornada. Fue curioso el placer que le causó el frío del suelo. Cómo subía desde los pies hasta las rodillas y por los muslos. Se entretenía un poco en su vientre y después trepaba de nuevo. Se removió en un escalofrío intenso y vio la luz parpadeante que se colaba bajo una puerta a medio corredor. Aquella era la cámara en la que el rey Sancho dictaba sus cartas y documentos a los escribanos del alcázar. El lugar donde, a la luz de las velas, trasnochaba planeando pactos y acomodaba bodas. Más que en los campos de batalla, era en esa pequeña habitación donde se había cocido el poderoso reino de Pamplona. Se acercó sigilosa y aplicó el oído a la puerta. No se oía nada, luego el noble Jimeno Garcés estaría solo, enfrascado en su labor de sustituir al rey. Leyendo algún correo de un señor fronterizo, tal vez. ¿No tendría frío ahí dentro? No, claro. ¿Cómo iba a tener frío el señor más poderoso del reino por detrás del propio rey? Un hombre que se había forjado una reputación matando sarracenos y ayudando a Sancho de Pamplona a erigir un reino al que todos temían. Jimeno Garcés, que habría trasnochado en innumerables llanos y colinas, y dormido en decenas, en cientos de lechos. Lo imaginó tumbado en una de esas camas, cubierto con una manta forrada de piel. Y a su lado, abrazada a sus hombros y con la cabeza descasando sobre su pecho, ella. Por fin amada y satisfecha. Felicia movió la cabeza a los lados, como sacudiéndose aquella idea absurda.

—Soy estúpida.

Volvió a las cocinas pensando en que tal vez podría tomarse el vino caliente que había rechazado el noble. Sin saber por qué, recordó a su padre, o a esa imagen nebulosa que tenía de él. La de alguien con cierto parecido a Jimeno Garcés. Un hombre grande, de espalda ancha, brazos fuertes y barba poblada. Lo imaginó el día de su muerte, cabalgando hacia la morisma, agitando su lanza y gritando mientras las flechas zurcían el aire a su alrededor. Qué curioso que se le hubiera olvidado lo demás. Las frecuentes borracheras, o la forma de desaparecer cuando la esposa la tomaba con Felicia y la deslomaba a cintarazos.

Al llegar a la cocina descubrió que las criadas no estaban. Habían dejado platos sobre la mesa, restos de comida y harina esparcida. Y en la esquina, la copa de vino especiado que había dejado de humear. Felicia la tomó con ambas manos, se la acercó a los labios e inspiró aquel aroma dulce. Tomó un solo sorbo, pero arrugó la nariz. Casi había perdido su calor. Y además, ¿a quién podía gustarle semejante mejunje? Picaba en la garganta y tenía demasiada pimienta. Recordó lo que a veces había escuchado sobre eso. Que la pimienta excitaba el ánimo de fornicar, se decía, y que por eso había que espolvorearla en pequeñas cantidades. Ahora recordaba: el rey y Jimeno Garcés bromeaban a veces sobre ello. Menudos tenían que haber sido los dos cuando se hallaban lejos de la corte, vestidos de cuero y metal. El rey sin la celosísima reina Mayor, y Jimeno Garcés sin su propia esposa, que vivía en su castillo de Atarés y jamás venía por Nájera. Felicia tomó un sorbo más, que ahora entró algo mejor. Sonrió.

Anduvo de nuevo descalza. Fuera había oscurecido del todo ya hacía rato; y dentro, las antorchas eran insuficientes para alumbrar el pasillo. Aquello daba un aspecto lóbrego y aún más frío al alcázar najerense, así que se concentró en no derramar el vino. Se detuvo ante la puerta y pensó si debería llamar. En lugar de ello, sostuvo el vino con la zurda, se despojó de la crespina, sacudió la cabeza y dejó que su pelo castaño le cayera suelto. Tomó aire antes de empujar el batiente con la derecha. Los goznes chirriaron un poco y la luz brotó, dándole de lleno en la cara. Vio la espalda de Jimeno Garcés, sentado a la mesa, ante un par de rollos atados con cintas y

un tercero abierto ante sí. El noble volvió la cabeza a medias, no lo suficiente para verla. Felicia percibió que al noble se le iluminaba la cara. Jimeno Garcés habló con voz susurrante:

—Se me hace muy duro esperarte.

A Felicia le gustó mucho aquel tono, así que terminó de abrir y dio un paso.

—Yo también he esperado mucho, pero ya estoy aquí —dijo. Y extendió la mano que sostenía la copa.

El noble se envaró como si lo hubiera alcanzado un flechazo. Echó atrás la silla y se puso en pie para volverse. Ahora sí la miró, de frente y no con gesto dulce. Tampoco enojado. Parecía más bien confundido.

—¿Pero qué haces tú aquí, muchacha? —Observó la copa—. No he pedido nada. ¿Has dejado solo a Gonzalo?

Felicia no supo qué decir. ¿Por qué ese cambio de actitud?

—Gonzalo duerme, no notará mi ausencia. —Cerró la puerta y bajó un poco la copa—. ¿No has dicho que me esperabas?

—¿Qué? No, no, yo pensaba… —El noble entornó los ojos y la miró de arriba abajo. Y la copa. Y el rubor en las mejillas de Felicia. Chasqueó la lengua—. ¿Pero cómo se te ocurre? Anda, vete antes de que alguien se entere.

Jimeno Garcés la rodeó, abrió la puerta y se asomó fuera. Miró en ambas direcciones. Ella enrojecía todavía más.

—Mi señor —balbuceó—. Yo solo…

—Vete ya, por Dios bendito.

Ella no obedecía, así que Jimeno Garcés torció la boca, volvió a asegurarse de que no había nadie y le hizo gestos perentorios. Ella acertó por fin a moverse, pero lo hizo con torpeza y derramó un poco de vino.

—Ay, lo siento. Lo limpiaré enseguida.

Jimeno Garcés, impaciente, se llevó el índice a los labios. Una vez más examinó el pasillo a un lado y al otro. Le quitó a Felicia la copa, ahora mediada de líquido, y tiró de su brazo con suavidad para sacarla de la cámara.

—Ya lo limpio yo. Tú ve con Gonzalo, que es donde deberías… — Se interrumpió. De nuevo los ojos entrecerrados, atento a algo que

sonaba en la oscuridad de los corredores. Lo siguiente lo dijo entre dientes, tan bajo que casi no se oyó—. Vete ya. Ya, ya, ya.

Felicia, más confusa que nunca, corrió descalza hacia el aposento de Gonzalo. Notó cómo mordía la decepción en el pecho. Y la vergüenza. La tristeza, la frustración. Jimeno Garcés no era diferente de los demás. ¿Cómo había podido pensar en…? Ah, ojalá se abriera el suelo, eso deseó. Y que se la tragara el infierno, y que nunca jamás la mirara nadie más a la cara. Que se olvidaran de ella. Aunque eso no sería muy difícil, ¿verdad? Quería llorar, y golpear los muros con los puños, y arañarse la cara. Soltó un gemido de puro dolor.

—Sangre de Cristo…

Y el frío de las losas no era ya tan placentero como antes. Llegó hasta la puerta del aposento que compartía con Gonzalo y, antes de entrar, se volvió para comprobar que Jimeno Garcés ya había cerrado. Al fondo, vibrante por la llama de un hachón, crecía una sombra. No se quedó para comprobar quién venía.

†

DÍA SIGUIENTE. COMPOSTELA

En el nombre de Dios. Ego Oliba, gratia Dei episcopus et abbas, *a Sancho, señor y venerable* rex ibericus.

Te sé empeñado en pacificar el regnum legionensis, *labor que te honra. Ante la incógnita de tu paradero y del tiempo que emplearás en tu alta misión, envío la presente a Nájera en la confianza de que se te haga llegar allá donde te encuentres.*

Te doy primeramente las gracias por tu generosidad para dotar la iglesia de Ripoll, que consagraremos en no más de tres años Deo volente, *y de Montserrat, donde se dirán misas por ti cada viernes. Te haré llegar ejemplares de los manuscritos que me pides para su copia en tu monasterio de Leire. La* Regularis Concordia *duplica el que a su vez me envió un querido hermano de Fleury, y se cumplen*

dos meses de su préstamo a San Cugat, pero te lo mandaré no bien se devuelva. Te hago llegar también los Excerpta *de san Agustín, que tenemos en gran estima. Considera tú la posibilidad de que por tu hermana Urraca,* legionensis regina*, se nos envíe un* Beato Magus, *pues me han hecho saber que obra una copia en el monasterio* sancti Michaelis de Scalada*.*

Te hago llegar en pliegos aparte las constitutiones pacis *que he dispuesto para mi episcopado, y espero que tú mismo repartas entre tus obispos y las apliques en tus tierras, de modo que entre todos alcancemos la paz que precisamos para emplearnos en la* delectio paganorum*. Esta es cuestión que traté en mis dos viajes a Roma y en los últimos concilios con mis hermanos de ministerio. Tengo intención de convocar otro en la sede de mi episcopado, y continuar con la lucha por la* Pax Dei et Tregua Dei *hasta que ofrezca el fruto esperado. A ti te convoco, Sancho, para que me auxilies, y en virtud de ello te envío igualmente un fragmento de sandalia de la Virgen María y una astilla de la cruz* sancti Petri, *al que sé que se profesa sincera fe* in terra aragonensis*. Acerca de esta* Pax Dei, *te informo de que el rey Roberto de Francia ya obligó a jurarla a todos sus vasallos por encima de los quince años.*

Por último te recomiendo que consideres a las dos hijas del comes Fuxensis, *que residen junto a mi* dilectrix comitissa Ermessindis *en Barcelona, para tus queridos hijos* Garseas et Fredenandus*.*

Facta ista carta kalendis octobris, anno XXXII regnante Rodberto rex francorum

El joven Cresconio levantó la vista de la carta y la cruzó con el rey Sancho de Pamplona.

—Vaya. Oliba te tiene gran respeto, no hay duda.

—Es mutuo —reconoció el rey, y se dio una palmada en la pierna mala—. Estoy contento. ¿Os dais cuenta? De un confín al otro, por primera vez en Dios sabe cuánto tiempo, remamos todos a la par. Quedaron atrás los tiempos en los que los infieles venían aquí con su soberbia, lo arrasaban todo, cortaban nuestros cuellos, esclavizaban a nuestras hijas y robaban las campanas de nuestras iglesias. Ahora nos toca a nosotros. *Delectio paganorum*.

Cresconio escuchaba con atención, sentado junto al anciano obispo de Iria Flavia y Compostela, Vistruario. Vistruario había regresado de León muy fatigado, aunque satisfecho de ver que se coronaba al niño Bermudo sin más incidentes y se contaba con la valiosa ayuda pamplonesa. Pero el obispo apenas podía tenerse en pie, así que su fiel ayudante Cresconio, canónigo del cabildo compostelano, era quien ejercía en la práctica. Todos estaban seguros de que sucedería al viejo Vistruario.

—A Oliba lo precede su prestigio, bendito sea. Y esas constituciones de Paz y Tregua me parecen un gran avance. Vaya, pensar que la casa de Dios pueda convertirse en el refugio de todo buen cristiano… Pero me cuesta imaginar que, por ejemplo, alguien como Sisnando Galiáriz fuera a contener su violencia por el decreto de un obispo que ejerce su ministerio a semanas de aquí. Una cosa son los buenos deseos —Cresconio sacudió la carta de Oliba—, y otra cosa es que se cumplan.

El rey Sancho, sentado enfrente de los dos clérigos y con el plato de carne ya vacío, lo reconoció con un gesto.

—Por mí no quedará. Por de pronto, estoy seguro de que mis hijos habrán dado ya con ese Sisnando Galiáriz y le habrán dedicado buenas atenciones, pues parece claro que, tal como dices, es de esos que no se atienen a edictos eclesiásticos. Sea como fuere, con Sisnando o sin él, la paz está más cerca que nunca en Galicia y en todo el reino de León. Por lo demás, haré mías esas constituciones de Paz y Tregua del abad Oliba. En mis reinos no se abusará de nadie ni se violará la paz de una iglesia, porque me encargaré de procurar al culpable un mal terrenal. Y que Dios se ocupe de castigarlo cuando lo reciba en su presencia.

Y, para darse algo de confianza, acarició el saquito en el que el abad Oliba le había hecho llegar las reliquias de la Virgen y san Pedro. El paquete con la carta, las constituciones de Paz y Tregua y los dos fragmentos sagrados había viajado desde Ripoll hasta Nájera, de allí a León y, por fin, de León a Compostela, siguiendo las huellas de un Sancho de Pamplona empeñado en pacificar el reino del que pronto sería su yerno. Aunque, tras un par de semanas dirigiendo las operaciones, él había preferido resguardarse en la

ciudad del santo Jacobo y disfrutar de la hospitalidad del obispo Vistruario y su joven auxiliar, Cresconio. Más que nada era porque la pierna coja de Sancho soportaba mal la lluvia, y en aquella tierra llovía incluso aunque no lo pareciera. El palacio episcopal, muro con muro con la basílica del Apóstol, era caliente y acogedor, y estaba muy bien servido.

El rey se puso en pie sin soltar el saquito con el fragmento de sandalia mariana y la astilla de la cruz de san Pedro. Anduvo hasta el muro para asomarse fuera. Daba igual que fuera invierno y la nieve se acumulara en los tejados y en los adarves. Compostela bullía, especialmente de clérigos. La ciudad no dejaba de crecer, en parte gracias a la labor de Sancho en el camino de los peregrinos. Pronto habría que edificar una segunda muralla, tantas eran las casas, los establos y los huertos que los recién llegados construían. Porque no eran pocos los peregrinos, incluso francos venidos del norte del Pirineo, que, una vez concluido su viaje, preferían establecerse allí, dedicarse al comercio, cultivar la tierra, apacentar ganados o cocer aquella cerámica gris que se vendía en todas las esquinas.

—*Delectio paganorum* —repitió el anciano Vistruario, elevando un poco la voz, como solían hacer los de oído duro—. Ojalá pudiera verlo igual que vi a ese demonio de al-Mansur, cuando fuimos nosotros los que sentimos muy cerca el riesgo del exterminio.

Sancho se volvió.

—¿Tú viste a al-Mansur, Vistruario?

—Oh, sí. Que no te engañe mi aspecto, rey Sancho. Puedo aparentar ochenta años, pero en realidad paso de los ochenta y uno.

Cresconio sonrió.

—El obispo mantiene viva la memoria, gracias a Dios. Y no ha perdido el humor.

—Pero entonces no era cosa de risa —siguió Vistruario, y adoptó un aire didáctico—. Vi también alguna vez a esos paganos del norte, altos como torres, que llegaban a nuestra tierra con sus barcos. Los nietos de los que destruyeron Iria Flavia y obligaron a mis antecesores a venirse a Compostela. Era terrible, parecía que Satanás hubiera soltado a su prole para saciarse de sangre.

»Pero aún fue peor lo de al-Mansur. Uf, ya hace… —El obispo se interrumpió para pensarlo—. ¿Treinta años? Tal vez treinta y uno. Ese verano hacía mucho calor, sí. Incluso aquí. Yo andaría por los cincuenta y ocupaba el cargo que ahora tiene el buen Cresconio, faltaba tiempo para convertirme en obispo. Cuánto rezaba por aquel entonces. Cada verano, ese infiel del averno salía de Córdoba y arrasaba una, dos o tres ciudades cristianas. No había manera de hacerle frente.

Sancho volvió a depositar las reliquias en la mesa, junto a los documentos del abad Oliba, y se sentó de nuevo.

—No hay que confiarse, es cierto. ¿Pero tú lo viste, Vistruario? ¿Viste a al-Mansur ese verano de tanto calor?

—En persona, sí. Un par de semanas antes nos llegaron avisos, porque al-Mansur se tomó su tiempo y recorrió el condado de Portugal, saqueando ciudades y monasterios. Al principio no cundió la alarma, se pensó que ese infiel haría como otros veranos y torcería para atacar Zamora, Salamanca o tal vez Astorga. Pero llegaron noticias de que una flotilla sarracena entraba por las rías, y se supo que la caballería infiel se veía ya desde Iria Flavia. Compostela se vació en dos padrenuestros, y el primero en huir fue el obispo Pedro, aunque luego se dijo que fue él quien se quedó, y no creas que lo desmintió… En fin, lo último que quiero es ensuciar su nombre. —Vistruario se santiguó—. Como él decía siempre, *Salve, Regina, Mater misericordiæ*. Pero lo cierto es que aquí nos quedamos unos pocos canónigos, los que habíamos jurado custodiar el sepulcro del Apóstol.

—¿No temías morir? —preguntó el rey de Pamplona.

—Te diré algo, rey Sancho: si sigo vivo aún, siquiera por poco tiempo, fue porque ese día temí a la muerte más que nadie.

»Por supuesto, todos temíamos. Algunos no pudieron resistirlo y salieron corriendo. Fue peor, porque los infieles los cazaron fuera, por las calles, y ya imaginarás cómo acabaron. Los demás prefirieron quedarse junto al sepulcro y defenderlo por las armas. Yo no me moví, ¿y sabes por qué? Porque estaba horrorizado y no me respondía el cuerpo. No fui capaz de dar un paso, ni de coger una espada.

»Entraron con sus caballos y masacraron a todos. Y ahí estaba yo, temblando como un junco bajo la tormenta. No acertaba ni a pedir clemencia. Y esos jinetes se apartaron para dar paso a otro. Uno que traía su caballo por las riendas y que lo acercó a la pila bautismal. Allí abrevó a esa bestia parda, así ardan los dos por siempre en las llamas del infierno.

»Fuera sí que ardía todo. La morisma saqueaba las casas y, si se encontraba a alguien escondido, moría degollado o se le ceñía el cuello con cadenas, según interesara. La guardia de al-Mansur también destrozó cuanto pudo. Tomaron lo que quisieron de la iglesia, todo el mundo sabe que hasta se llevaron las campanas a Córdoba. Y mientras sus hombres rapiñaban, él se acercó al sepulcro. Yo esperaba que me matara, claro, y que ordenara a sus hombres que picaran la piedra, sacaran los huesos del Apóstol y los molieran, o algo peor.

»Pero no hizo nada de eso. Al-Mansur me miró un rato, miró también el sepulcro. «Eres valiente», me dijo. ¡Valiente yo, ya ves! Dio un paso, tocó la piedra y, como su caballo había terminado de beber, ordenó a sus hombres que se retiraran. Yo no me moví de allí mientras Compostela ardía. Estuve rezando todo el tiempo, dando gracias a Dios. Aún no sé qué pasó por la cabeza de ese demonio, rey Sancho. Tal vez, en el último momento, fue él quien temió. ¿Puede ser?

—Puede ser, supongo. También puede ser que no quisiera molestar a los cristianos que lo servían. Porque, como ahora, algunos no tienen clara su misión y ya ves: aprovechan cualquier circunstancia para rebelarse contra su rey o ganarle cuatro tierras al vecino. De ahí la importancia de lo que me dice el abad Oliba. Pero dime, Vistruario… ¿Cómo era él?

—¿Al-Mansur? Bueno. —Hizo un gesto de indiferencia—. Era un hombre normal. Un guerrero, claro. Dos ojos, dos brazos, dos piernas, ya sabes. Si lo volviera a ver ahora, tal vez no lo reconocería. ¿Sabes, rey Sancho? En realidad puede que tú te parezcas bastante a él.

Sancho asintió satisfecho. Al joven Cresconio no le pasó inadvertido e intervino.

—Hay diferencias, diría. Aparte, naturalmente, de que uno profesara una falsa fe y tú estés en la verdad, rey Sancho. Verás: al-Mansur dirigía un inmenso ejército en nombre de su califa. Esa era siempre su ventaja, ¿no es cierto? Mantenía unida a la gente de su credo, borraba las rencillas, aplacaba a los descontentos, o bien los eliminaba. Supongo que para llegar a cosechar esos frutos que pretende el buen abad Oliba hará falta algo similar en la parte de Cristo. ¿No lo piensas tú así, rey Sancho?

—Debemos unirnos, sí. Eso es lo que pienso. Es también lo que piensa Oliba, ya veis que me recomienda casar a mis hijos García y Fernando con las dos sobrinas de la condesa Ermesinda. Es posible que lo haga, igual que he prometido a mi hija Jimena con el rey Bermudo, o he procurado que mi sobrino, el conde de Castilla, case la próxima primavera con la Princesita en León. Y tengo más hijos, amigo Cresconio. Todo lo que he hecho hasta ahora, todo lo que haré hasta el día de mi muerte, estará encaminado a procurar esa unión.

—Engrandeciendo tu reino —completó el canónigo—. No te fías de los demás, ¿verdad? Supongo que haces bien.

—¿Hago bien?

—Poniéndote al frente en persona, como aquel demonio de al-Mansur. Aunque al-Mansur era un infiel y recibió justo pago a su infamia. No tardó mucho en morir tras devastar esta ciudad. ¿Estoy en lo cierto, padre Vistruario?

—Así es, Cresconio. Cinco años duró tras llevarse las campanas. —Señaló al rey de Pamplona—. Tal vez tú, Sancho, podrías traerlas de vuelta.

—Hm. Todos hemos de morir en la fecha señalada por Dios, seamos fieles o infieles. Por mi parte, lo dejaré todo bien atado y, si no soy yo, alguno de mis hijos, o de mis nietos, o de mis bisnietos… Alguno de ellos os devolverá esas campanas. —Apoyó la mano en el saquito de reliquias—. Eso lo juro.

†

8. El día en que corrió la sangre

†

LEÓN. MAYO DEL AÑO 1029

Llovía en león el día en que corrió la sangre. Sangre que fluiría entre el barro, se filtraría en la tierra y cambiaría el destino de todos tras mezclarse con esa lluvia fina y persistente. Agua y sangre. Agua para apagar la sed de una vieja venganza, sangre para alumbrar una venganza nueva. Y Diego Vélaz, apoyado en un muro, observaba la iglesia de San Juan Bautista. Llevaba el manto bien cerrado. Por la lluvia y porque así ocultaba mejor su enorme hacha labrada con caracteres extraños, tal vez conjuros que un hechicero había formulado en su lengua áspera en un nebuloso bosque de los confines del mundo.

Era menester ocultarla, pues se había prohibido exhibir armas ese día. Solo el rey Bermudo y los miembros de su guardia personal cargarían hierro al cinto. Así lo había decidido la regente, doña Urraca de Pamplona, tras ver que los ánimos seguían encendidos. Porque, aunque se habían aplastado los focos de rebelión lejanos, los cercanos se enquistaban. Nobles leoneses que se sentían apartados unos por otros, o recelaban de la influencia pamplonesa, murmuraban su frustración por los rincones, y señalaban con el dedo a este de aquí, que halagaba demasiado para algo ganar, o al

otro de allá, que apenas se significaba para nada perder; y esos rumores llegaban a oídos de la regencia. No solo se decía que Sancho de Pamplona señoreaba demasiado en reino ajeno. Además se temía la creciente influencia del Infanz. Si ya antes el condado de Castilla ostentaba el mayor poder en el reino, solo por detrás del propio monarca, ahora se alzaría hasta el cielo, tanto más cuanto que la corona descansaba sobre la cabeza de un niño tutelado por pamploneses.

Diego Matalobos no solo ocultaba un arma. El capuchón del manto, bien calado, le tapaba la cara, de sobra conocida en León. Así debía ser. Llegaron ecos lejanos de vítores y cantos. De nuevo las hermanas de San Jacobo amenizaban el desfile, que ahora saldría del palacio real, al sur. Matalobos vigiló a un lado y a otro. Estaba rodeado por algunos curiosos; no muchos, tal vez medio centenar. Gente llana a la que nada importaban los ánimos encendidos de los nobles. Chusma más bien venida de los alrededores que de la propia ciudad, casi despoblada desde que los moros la habían arruinado tres décadas antes. La escasa plebe campesina ignoraba la llovizna y se amontonaba para ver lo que pudiera, y así tener algo que contar a la familia, o por si algún gran señor se ponía a repartir lo que fuera. Toda una boda de alcurnia entre el conde de Castilla y la hermana del rey, oficiada por Servando, el obispo de León. Casi nada. Un par de guardias reales, con las lanzas al hombro y los escudos sujetos a la espalda, paseaban descuidadamente, cruzando la plazoleta al sur del monasterio y de su iglesia, comprobando alternativamente las tres calles embarradas que desembocaban en el lugar: la más estrecha, que venía desde el palacio, y las dos que llevaban al centro y al norte de la ciudad. No tenían mucho que hacer porque la afluencia era poca, en parte gracias a la lluvia, en parte por ese desinterés de la plebe, harta de bodas, funerales, coronaciones, nombramientos de obispos y procesiones, alharacas que se pagaban con su esfuerzo y que solo sumaban bocas de nobles que alimentar, ropajes de seda que coser y palacetes que construir. De modo que la única preocupación de los soldados era mantener vacío el centro de la plaza, por donde la comitiva debía cruzar para su entrada solemne

en San Juan Bautista. Los dos tipos, que también estaban hartos de jolgorios aristocráticos, se restregaban el agua que les chorreaba desde el yelmo, o se acercaban para chismear, o pegaban un grito para que la plebe dejara de ganar terreno con disimulo. En el exterior de la iglesia, algunas monjas terminaban de colgar banderolas para disimular el mal aspecto del tapial y el ladrillo ennegrecidos por la humedad. Materiales pobres con los que el difunto rey Alfonso había reconstruido el templo profanado por la morisma. Y dentro, desde hacía ya un rato, se hallaban los prelados encargados de la ceremonia y sus ayudantes. Ahora mismo, en el interior de la iglesia, acólitos vestidos con albas blancas se pasearían con los turíbulos encendidos, repartiendo humo de incienso, y alguien habría tendido una larga alfombra por donde desfilarían los novios. Frente al altar, los sitiales de honor estarían preparados para recibir al rey de León y a su madrastra, y también a los invitados más ilustres, entre los que se incluía el rey de Pamplona. El resto de los señores, por muchas ínfulas que gastasen, tendrían que atender a la boda en pie.

La lluvia arreció por un momento y, mientras el gentío miraba al cielo, Matalobos se movió con desgana, pisando lodo y descontando el tiempo. Masticaba rabia acumulada durante años, endurecida por la amargura que crea más amargura. La heredada de sus padres, y la que estos heredaron de sus abuelos. La injusticia de Dios, la Virgen y todos los santos, y el desprecio de los nobles que tenían a los Vélaz por advenedizos. Y, sobre todo, los pinchazos crueles de sus hermanos, que lo habían tratado a coces desde la cuna, porque siempre ha de haber alguien en quien descargar la furia, y es más fácil si se elige al débil. Diego Matalobos regurgitaba odio, y el odio le dejaba mal sabor de boca porque se había cocinado desde la infancia con recuerdos podridos. Imágenes del pasado, en las que el niño Diego se quedaba atrás, o tenía que contentarse con las sobras, y a veces ni con eso, mientras sus hermanos se burlaban de él por ser el más pequeño, por rezagarse, por cepillar mal los caballos o incumplir los recados o avergonzar a los Vélaz ante los señores de alcurnia. Y le obligaban a darse prisa y competían por humillarlo. «Pégale otra patada, que parece que le gusta». «Si llegas

el último, hoy no comerás». O lo metían de cara en el abrevadero, aunque fuera una mañana de invierno y su frente rompiera la capa de hielo. O le sacudían con el cinto, turnándose Rodrigo e Íñigo, Íñigo y Rodrigo. Rodrigo, el mayor, era también el más inteligente, el que pensaba antes de actuar. Íñigo era diferente, usaba la cabeza para embestir, más que nada. Y en suma, fuera a lo bestia, fuera con maña, los dos hermanos competían por martirizar al pequeño, «ahora me toca a mí, no abuses», «no vale: tú le has dado dos más que yo», o lo arrojaban al estiércol de las caballerizas y luego lo sacaban a empellones, tapándose la nariz. «Lávate, cerdo, que hueles a mierda de caballo». Y conforme Matalobos crecía, y se hacía insólitamente grande y fuerte y aprendía a no cometer errores, sus hermanos se las arreglaron para seguir con aquel juego. Como el día en que Íñigo, siguiendo un plan del mayor, lo engañó para que bebiera orines de vaca en lugar de leche, «mira cómo escupe, el muy imbécil»; o cuando Rodrigo se las arregló para mancharle las sayas con brea y, mientras Diego se cambiaba de ropa, hizo entrar a las criadas, «¿habéis visto qué pequeña la tiene?». Diego dientesrotos. Diego comerratas. Diego culosucio. Todo ese tiempo, Diego Vélaz rezaba por las noches y lloraba cuando se quedaba solo, desesperado por ganarse el respeto, incluso el amor de sus hermanos. De todo el mundo.

Hasta que pasó lo de la lobera, claro. La última degradación. La broma definitiva. Ese día dejó de ser un crío y se hizo amigo de la rabia. Y supo que cambiaban las tornas cuando sus hermanos contemplaron al lobo muerto a sus pies, y a él mismo y su mirada enloquecida, los arañazos en el rostro, y en los brazos, y la boca manchada de sangre seca, y temblor de furia desatada, de demonio escapado de las mazmorras de Belcebú. La gente lo tomaba por una fábula, pero solo él sabía lo que había ocurrido en aquel agujero, aunque a veces no se lo explicara. Porque cuando todo es feo y agrio y tienes poco que perder, y no esperas nada y no temes fracasar porque ya eres un fracasado…, entonces eres capaz de todo. Y Diego Matalobos se abrió paso hacia donde desembocaba la calle que venía desde el barrio palatino, dispuesto a dar salida a la rabia.

El día anterior, en la corte, la madrastra regente había explicado el protocolo a seguir. Y no podía ser más adecuado para los planes de los Vélaz. En primer lugar llegaría el novio, acompañado de una escolta de honor, más de adorno que otra cosa por la prohibición de portar armas. El Infanz entraría en San Juan Bautista y esperaría al principio de la alfombra, que solo pisaría acompañado por su jovencísima prometida. Poco tiempo después aparecerían por allí los invitados, entre los que estaban el rey Sancho de Pamplona y sus dos hijos mayores, el heredero y el bastardo. Hacía una semana que también se hallaba en León la hermana del novio, la reina Mayor de Pamplona. Tras los pamploneses desfilaría la larga lista de condes y señores vasallos de León, que irían ocupando sus lugares en el templo. Y por último el joven rey Bermudo, llevando de la mano a su hermana, la Princesita, para entregarla al conde de Castilla en presencia de la nobleza del reino. Era presumible que la madrastra regente los siguiera de cerca, cerrando el desfile y dándoles instrucciones para que todo saliera bien. Y rodeando a este grupo debía llegar la única escolta armada. Todo ello en lenta procesión desde el palacio real, por aquella calleja en donde apenas cabían dos caballos juntos.

Matalobos se acercó a la tapia que le quedaba enfrente, justo en la desembocadura de la calle. Como en tantos otros sitios de León, aquello era simple ruina. Los restos de una casona arrasada por los moros de al-Mansur en los tiempos duros. Sobre el murete, el doble de alto que el propio Matalobos, plagado de grietas y algo abombado, habían crecido las malas hierbas, y ahora salpicaban los goterones de mayo. El remedo de pared se alargaba unas cuantas varas por la calle, y en algunos puntos se había desprendido el material, macerado por los años, las heladas y el abandono. Varias vigas de madera quemada asomaban por el borde, ejerciendo más presión sobre el endeble murete, sucio de polvo, telarañas mojadas y chorretones de hollín. El Vélaz se asomó a la calleja que los dos soldados habían mantenido despejada. Alguien a pie, no muy alto, venía con paso firme a lo lejos, entre las casas desvencijadas. El Infanz. La cortina de agua apenas permitía vislumbrar que por detrás, en columna de a dos, varios hombres caminaban a la par: la

escolta de honor del joven conde, apenas unos cuantos mozalbetes castellanos desprovistos de armas. Y bastante más atrás empezaba la fila de invitados. Todos a pie. Matalobos dio un par de palmadas muy seguidas sobre el tapial, y solo con eso tembló como si fuera a caerse. Una pequeña pausa y otra palmada más. Y otra.

—Ya vienen. Atento a mi señal.

Lo había dicho al aire, pero los plebeyos de alrededor lo oyeron. Uno incluso se permitió una sonrisilla.

—¿Hablas a la pared, buen señor?

Matalobos lo miró como si se lo fuera a zampar crudo y rosigar sus huesos después.

—Métete en tus asuntos. Vivirás más.

El labriego cerró la boca y se fue a perder el tiempo a otra parte. Matalobos se separó del muro para regresar a su posición inicial frente a la iglesia.

—¡Abrid paso! ¡Paso al conde de Castilla!

Los dos guardias de la plaza repartieron algunos palos con las conteras, y el vulgo se retiró para dejar libre el espacio a la entrada de la plazuela. Matalobos buscó un hueco en segunda fila y se encogió lo que pudo. Parecía mentira, pero la lluvia aún cayó más fuerte.

El Infanz no tardó en aparecer, la barbilla alta y la mirada desdeñosa, con un collarón de oro sobre el manto forrado. Iba vestido de rojo por entero, y al parecer cargaba con todas las joyas de la familia. Tras él, su escolta castellana, igualmente engalanada, aunque la estampa resultaba un poco cómica porque estaban empapados, y se habían manchado de barro el calzado y los bordes de las caras túnicas.

«Ahí estás, perro», pensó Matalobos. El conde de Castilla. Sucesor de quienes habían expoliado a su familia. Lo de Infanz estaba muy bien traído, eso no se podía negar. El flequillo húmedo se le escapaba de la diadema condal y le caía sobre los ojos, dándole aspecto de niño. Y esa nariz puntiaguda enfatizaba más aún la pinta infantil. Llegó a la puerta de la iglesia y se detuvo, dispuesto a esperar a que el obispo Servando saliera a recibirlo, tal como había planeado la madrastra regente. Estaba inquieto, se le notaba. Tal vez

incluso ansioso por entrar en el templo para librarse del chaparrón que arruinaba la ceremonia. Miraba a uno y otro lado, repartiendo órdenes para que la desarmada escolta formara una línea perfecta a su espalda. Algunos villanos rompieron a aplaudir sin pensarlo, como era tradición desde hacía siglos y lo seguiría siendo a título perpetuo, acostumbrados como estaban a admirar a quienes los consideraban chusma inmunda. Productiva, pero inmunda.

Matalobos volvió a moverse hacia la calleja. Aún faltaba un poco para que, a paso lentísimo y con su habitual renqueo, llegara a la plaza el rey Sancho de Pamplona. A su diestra se veía a la reina Mayor. Y detrás de la pareja, el heredero García y el bastardo, Ramiro. Matalobos golpeó de nuevo el muro de tapial. Dos veces seguidas, otras dos espaciadas.

—Ahora.

Se apartó con rapidez, empujando a unos cuantos campesinos. Una mujer resbaló en el lodo y se fue al suelo, y otra protestó porque la pisaban. Se oyó un impacto sordo en la tapia y algo crujió. Otro más. Desde lo alto del muro cayeron piedrecitas y terrones. Un tercer impacto.

—¡Cuidado! —gritó alguien, justo antes del cuarto golpe.

El muro se vino abajo despacio, como si solo se estuviera inclinando un poco, y luego un poquito más. Un trozo grande se desprendió de lo más alto e impactó contra el barro, salpicando por doquier. La suerte fue que, como había que mantener el lugar despejado, a nadie le cayó encima aquel desbarajuste. El siguiente cacho de tapia se derrumbó con estrépito; enseguida otra sección del muro se vio arrastrada por la primera, y después se vino abajo la siguiente, y tras ella las vigas carbonizadas. Terrones chapoteando por media calle, rodando y amontonándose hasta taponarla. No a mucha altura, pero la suficiente para que la gente se diera al griterío. Del otro lado de la ahora inexistente tapia apareció otro tipo encapuchado. Empuñaba la maza con la que había creado todo aquel estropicio. Esquivó la montonera, entró en la plaza y lo gritó bien fuerte:

—¡Sálvese quien pueda! ¡Esa casa también se cae!

Un par de ancianas chillaron, los leoneses miraron a los tejados de las construcciones contiguas, temerosos de que el derrumbe continuara por allí y desde el cielo, aparte de agua, cayera todo lo demás; la estampida movió al gentío a través de la plaza para huir por las calles que llevaban al este y al norte. Los dos guardias titubeaban, y el Infanz tardó demasiado en tomar una decisión. Se separó de la puerta de San Juan Bautista y anduvo unos cuantos pasos vacilantes hacia el derrumbe, justo hasta darse cuenta de que la chusma entraba en pánico y corría en todas direcciones. Algunos resbalaban y caían de bruces en el barro, y al tratar de levantarse volvían a resbalar, y gritaban aún más fuerte. Cuando el Infanz ordenó a su escolta que contuviera a la plebe, ya estaba claro que no había manera de frenarlos.

—¡Entra en la iglesia, mi señor! —le sugirió alguien. El Infanz ni siquiera se lo pensó. Se dio la vuelta y corrió para meterse en el templo. Y esa misma voz fue la que dio la siguiente orden a los dos soldados indecisos—: ¡Andad a socorrer al rey Bermudo! ¡Deprisa, que puede ser una trampa!

Era verosímil. Cualquiera de los rebeldes contra el rey Bermudo, devueltos a la fidelidad por las bravas, podía haber planeado aquello; o tal vez algún conspirador inesperado ambicionaba el trono ocupado por un niño. O a lo mejor era verdad que se derrumbaba la calle y pillaba debajo a toda aquella ristra de nobles. Los dos guardias, aliviados ahora que alguien les decía qué hacer, saltaron sobre los escombros y se perdieron en la calleja al mismo tiempo que el Infanz llegaba a la puerta de San Juan Bautista.

Se frenó en seco cuando vio frente a él una figura vestida de blanco. Era el turiferario, el acólito que sostenía el incensario y que acababa de cerrar el portón. El Infanz se quedó mirando aquel globo metálico, perforado y humeante, que colgaba de cadenillas. Su portador lo balanceaba. Pero no era un balanceo normal, destinado a purificar la ceremonia religiosa y a camuflar los olores de los fieles. Más bien parecía que aquel tipo lo volteara como una honda. El conde de Castilla iba a ordenarle que se quitara de en medio, pero no le dio tiempo porque el turiferario estiró el brazo y la esfera metálica impactó en su pecho. El incensario se abrió, cayeron las

brasas, que sisearon al contacto con el lodo. Se esparcieron los granos de incienso, saltaron algunas chispas, y el muchacho trastabilló hasta derrumbarse de espaldas, ahogando un grito de dolor. Desde el suelo, apoyado en los codos, miró sorprendido al turiferario, que se despojaba del alba blanca. Reconoció al mediano de los Vélaz, Íñigo. El que pasaba por más brutal. Uno de los escoltas se acercó a su señor con las manos vacías, dispuesto a defenderlo, pero se frenó al ver que el turiferario había soltado el incensario humeante para empuñar un cuchillo de dos palmos.

El resto fue rápido. Matalobos, a poca distancia, desembarazó el manto y terció su hacha gigante. Al lado, el otro encapuchado separó las piernas, la maza bien aferrada y la sonrisa de rapaz adivinada entre las sombras de la cara. La chusma ya había abandonado el lugar. En la calleja del derrumbe, sin vista directa de lo que ocurría frente a la iglesia, se oían órdenes contradictorias y, en la plaza, los escoltas castellanos quedaron frente a aquellos dos hombres que ocultaban sus rostros pero exhibían sus armas. Se miraron confusos entre la lluvia. Un par de ellos se echaron mano a la ausente espada, y un tercero decidió que no valía la pena quedarse. Los dos encapuchados cargaron contra la escolta de honor. Diego repartiendo tajos de través, el otro machacando huesos con la maza. Hendió cabezas y clavículas, y Matalobos cortó carne castellana como si talara arbolitos. Dos escoltas más se dieron a la fuga, y entre el resto nadie pudo hacer otra cosa que sangrar, lanzar gemidos de terror y caer bajo el ataque fulgurante. Solo quedaron vivas en la plaza cuatro personas, y una de ellas era el Infanz, aún en tierra.

—Esperad… —rogó, comprendiendo ya lo que estaba pasando allí. Se puso en pie a pesar del dolor en el pecho y miró hacia la calle del derrumbe, pero allí no había más que escombro y ecos de confusión —. Esperad, podemos hablarlo.

—Está todo hablado —dijo el de la maza, y se echó atrás la capucha para descubrir que era el Vélaz que faltaba. Rodrigo, el mayor del clan. El más listo—. Terminó el tiempo de las palabras, chico. Ahora toca morir.

Al joven conde de Castilla se le desencajó la mandíbula, aunque no fue capaz de gritar. Sí que lo fue de mirar alrededor, buscando escapatoria. Pero Matalobos, a su espalda, no le dio opción. El tajo fue vertiginoso, pasante y a baja altura. El filo del hacha le segó las corvas de derecha a izquierda, cortando lo justo, y el chico cayó de rodillas con un grito apagado. Trató de arrastrarse hacia la puerta de la iglesia, y Rodrigo descargó el mazazo sin emplear mucha fuerza, porque tampoco era necesaria. Algo se quebró en la espalda del Infanz. El grito resonó contra las paredes de San Juan Bautista y en el resto de la plaza.

—Ahora paga tu estirpe todo lo que nos hizo. ¿Oyes?

—Por… favor…

Rodrigo Vélaz se apartó para dejar sitio a los otros. Matalobos se volvió. Vio una figura menuda que trataba de superar la barricada accidental, saltando entre los escombros y el lodo.

—Hay que terminarlo ya. Íñigo, haz lo tuyo.

—No me des órdenes, Diego.

—Virgen santa… —intervino Rodrigo—. Acabad de una vez. ¿Sois estúpidos? Hay que irse rápido o nos verán.

Íñigo Vélaz gruñó un juramento. Dio un par de pasos, porque el Infanz seguía arrastrándose para llegar a la iglesia, e incluso alcanzó el escalón de piedra, compuesto por cuatro baldosas cuadradas. El joven conde metió los dedos en los resquicios para darse impulso, las piernas inútiles como las patas de un vencejo caído. El mediano de los Vélaz se agachó, le sujetó la nuca con la zurda y le clavó el puñal en el costado una, dos y tres veces. Con la cuarta empezó a chillar el Infanz, y a la séptima cuchillada, el arma encontró hueso y se partió. Medio palmo de hierro quedó dentro, atascado entre las costillas.

—La Virgen… —Íñigo Vélaz observó su arma rota, se irguió y miró a la figura que se acercaba desde la calleja. Silueta pequeña, difuminada por el aguacero y vestida de largo. ¿Una niña?—. Viene alguien. Diego, remátalo ya. —Se volvió hacia Rodrigo—: ¿Nos vamos?

A Matalobos no le hacían falta ánimos. Mientras los otros dos asesinos corrían hacia el norte para salir de la plaza, puso un pie a

cada lado del cuerpo tembloroso del Infanz, cuyo grito se ahogaba poco a poco. Oyó los pasos ligeros que se detenían tras él. Una respiración entrecortada, el timbre suave, agudo, infantil:

—Por favor, no lo mates.

Matalobos reconoció la voz de la Princesita. Casi pareció que dudaba. O tal vez se recreó un rato en la sangre que brotaba de las heridas abiertas al Infanz. Este ya solo se limitaba a gimotear sobre el charco creciente de sangre, la boca pegada a la tierra mojada, las uñas clavadas en el escalón de piedra. Matalobos no se volvió para responder a la niña, ni mostró una piedad que él mismo no había conocido jamás. Empuñando su hacha con ambas manos, la levantó en vertical hasta muy arriba.

—Contigo acaba la estirpe maldita de los condes de Castilla.

—Por favor, no —rogó de nuevo la Princesita.

El arma bajó como un castigo divino, cortando ropas y tendones, machacando huesos, separando la carne, y atravesó el cuerpo hasta chocar con el suelo. La Princesita gritó como si acabaran de traspasarla a ella, y Matalobos elevó la vista hacia la lluvia cada vez más copiosa que descargaba aquel cielo oscuro. Estaba cumplido lo que su linaje llevaba generaciones soñando. La justicia que los hombres les habían negado a los Vélaz, amparándose en leyes hechas por débiles y para débiles. Leyes… Bah. No hay mejor ley que la que uno mismo se da, eso pensó Diego Matalobos. Pisó la espalda del cadáver y desclavó el hacha de un tirón, gozando del sonido de la carne en su roce con el acero.

—¡Traición! ¡Han matado al Infanz!

Ahora sí se volvió. Y ahí estaba, apenas a cuatro varas. La Princesita. Se distinguía el azul limpio de sus ojos enormes, las lágrimas a punto de desbordarse, se le había deslizado el velo de novia. El cabello rubio, empapado, se le pegaba al rostro.

—Te he hecho un favor, niña —dijo Matalobos—. Algún día me lo agradecerás.

Distinguió sombras entre el chaparrón. Gente que por fin terminaba de salvar la montonera de escombros en el acceso sur de la plaza. Matalobos se caló el capuchón y, hacha presta por si se topaba con estorbos, corrió sobre las huellas que sus hermanos

habían dejado en el lodo. En tierra, con la diestra casi alcanzando la puerta de San Juan Bautista, quedaba destrozado el Infanz, último conde de Castilla, a los pies de la Princesita, viuda antes de casada.

†

9. Un conde para Castilla

†

UNA SEMANA MÁS TARDE. NÁJERA

Desde el mismo día en que ramiro partió hacia León para la coronación de Bermudo, Munia se sintió sola y creció su tristeza.

De poco había servido que al principio la gente de Nájera la rondara para ver si necesitaba algo. Más que nada era esfuerzo baldío porque, lo mismo que los campesinos aragoneses, estos la trataban con esa simpatía blanda y huidiza que da la distancia de sangre y de título: mi señora por aquí, mi señora por allá. Y al mismo tiempo se les notaba que lo decían con la boca chica, porque en realidad no tenían claro que Munia fuera noble. O al menos no tan noble como para merecer sus atenciones más allá de lo justito. Esto pasó también con los criados que cada día bajaban desde el palacio para atenderla, tal como había ordenado Ramiro antes de marcharse. Sí que venían por la mañana, y sí que se aplicaban en sus tareas, pero siempre salían pronto con alguna otra faena que tenían pendiente en el alcázar o en el castillo. Era como si supieran que Munia no iba a protestar; o a lo mejor era verdad, y alguien se empeñaba en no incluirla en el círculo regio. ¿Tal vez la reina Mayor?

Así que Munia hizo como había hecho toda la vida, y quiso juntarse con las doncellas en los lavaderos, frecuentó el mercado, se

interesó por las fiestas y, sobre todo, se ofreció por si alguien necesitaba hierbas para el vientre o para el dolor de muelas. Pero en Nájera tenían sus propios remedios y a alguien que los administraba. Había una tal tía Sorgina que vivía junto al Molinar, un canalillo que los najerenses habían excavado para desviar agua desde el río y mover molinos. La tía Sorgina era la que se ganaba el pan poniendo las manos para calmar dolores a los viejos, y también amasaba emplastos y arreglaba males a las reses y a las preñadas. Y a veces tiraba en una escudilla unas piedras de colores que tenía para descubrir la ventura según la forma en que cayeran. En cuanto se enteró de que había una moza rubia de buena sangre ofreciéndose para repartir hierbas sin pedir nada a cambio, se puso a coser bolsitas de tela, las llenó de cenizas, laurel y romero, y se las hizo colgar del cuello a todos los zagales de Nájera porque venían bien para protegerse de los paganos que tenían trato con los demonios. Munia se dio cuenta del detalle entre la chavalería, y además observó que las muchachas la evitaban en el lavadero y los hombres se cruzaban al otro lado de la calle para no pasar cerca de ella. Y el primer día de primavera, al volver a casa, vio que le habían clavado en la puerta una cruz hecha con ramitas de fresno. Esa se la sabía, porque en Aragón también se estilaba cuando la gente simple tomaba a alguien por enemigo de Dios. Era una forma de decirle que allá ella con sus cosas de Satanás; que en Nájera se creía en Jesucristo y en la santa Virgen, amén.

Así comprendió que a la tía Sorgina se le había soltado la lengua, de seguro porque pensaba que la nueva le iba a chafar el negocio de curar y adivinar el futuro. Y de nada sirvió a Munia que se dejara ver por la iglesia de San Jacobo o la de San Miguel, y que se santiguara muy a la vista; porque a la tercera vez, uno de los clérigos se la llevó aparte y le dijo —con muy buenas formas, eso sí— que tenía que entender lo que pasaba, mi señora. Que la pobre tía Sorgina, vieja y sin parientes, vivía de sus emplastos y auspicios; y si llegaba una curandera de fuera y hacía gratis lo que la otra cobraba, siendo Munia además de cierto linaje, de tan buen ver y de dulce trato, no tardaría la vieja en sentarse a la puerta de la iglesia a pedir limosna y a arañarse la cara. Eso lo entendió muy bien Munia, y se aguantó

lo que en realidad tenía ganas de hacerle a la vieja. Y entonces se fue a casa de la tía Sorgina a pedirle perdón, y a ofrecerse para suministrarle las hierbas que ella recolectaba, y a ayudarla con sus cocimientos e incluso llevando recados cuando hubiera que andar mucho, todo a cambio de nada. Pero la ojeriza ya estaba bien arraigada, y la tía Sorgina, sin mirarla a los ojos, le dijo que no necesitaba a nadie, y que no iba a tener a una señora de buena sangre como criada, que se sabe bien cómo funciona eso y que acabarían las tornas al contrario: Sorgina sirviendo a Munia. Y que para eso, por vieja que estuviera, muy bien podía subirse al alcázar a vaciar cada mañana el orinal de la reina Mayor. Y adiós.

Y entonces Munia sí que pensó que no había sido gran idea irse a vivir a Nájera, que aquello pareció bonito cuando se lo propuso Ramiro, pero que ahora resultaba más bien feo. Y que tal vez no estaría mal regresar a Aruex. Hasta llegó a pensar en instalarse en medio del bosque o en aquella gruta aragonesa del gigante dormido. Porque era de mucho admirar —aunque para mal— que, con todas las desgracias que no pueden evitarse, uno se incline por vivir amargado a posta, incluso cuando es libre de estar a gusto y reírse, y prefiera corroerse por el bien ajeno y nunca esté satisfecho con el propio.

Pero luego se le pasaban las ganas de apartarse, porque entonces ¿dónde quedaban sus sueños de ver mundo y vestir sedas y coser con hilo de oro? Y sobre todo por el pobre Ramiro, que mostraba tanto deseo de vivir con ella. Se le notaba mucho en los correos que le mandaba desde que se tuvo que ir de Nájera a León. El mismo jinete que traía las noticias para la corte pamplonesa por orden del rey Sancho bajaba después hasta Munia y le entregaba un pequeño billete con las letras rápidas y mal trazadas de Ramiro. Ahí se le notaba cómo crecía la frustración porque, pese a la esperanza de regresar en unas semanas, se había tenido que quedar para ayudar al joven rey leonés a pacificar su reino. Y peor aún, porque en las siguientes cartas que le había escrito, cortas y tristes, le decía él que aún se retrasaría más, pues había viajado a acabar con banderías y revueltas, allá lejos, donde reposaban los huesos del santo Jacobo,

que es el final del camino. Y luego vino el anuncio de boda del conde de Castilla con la Princesita de León.

Munia no se había acercado mucho por el alcázar. No quería que la reina Mayor la viera porque quien tiene malquerencia al novio igual se la coge a la novia, y además cabía la posibilidad de que los rumores de la tía Sorgina hubieran llegado hasta el salón del trono.

Y hablando de rumores, uno muy feo que Munia había escuchado cuando se esforzaba en trabar conocimiento con las mozas najerenses versaba sobre la reina Mayor. Nunca era nada explícito, más bien medias bromas que juntaban en una misma frase a la reina con el eitán de Ramiro, el noble Jimeno Garcés. Para más inri, don Jimeno había quedado como gobernante en tanto el rey Sancho se hallaba en tierras leonesas, y eso excitaba mucho la imaginación de las muchachas.

Habladurías aparte, adonde sí había subido de cuando en cuando era al castillo, pues sabía que allí iba mucho el pequeño Gonzalo. A regañadientes, porque su aya Felicia seguía con aquella mala mirada, invocaba la sangre de Cristo y hasta escupía en el suelo cuando la veía venir. Munia la ignoraba, se juntaba con el joven príncipe pamplonés y jugaban a correr la una tras el otro o al revés, y a esconderse y encontrarse, o iban a ver a Fosco, que cada vez estaba más espabilado y, en esos pocos meses, casi alcanzaba a la madre en altura. Eso era que se convertiría en un caballo grande y fuerte, le decía Munia a Gonzalo.

El invierno había sido lo peor, porque el aya de Gonzalo encontraba buena excusa para no subir con el crío al castillo, y Munia tenía que dedicarse a recorrer la ribera bien abrigada, y luego encerrarse en cuanto caía la oscuridad, sin gran cosa que hacer porque había nevado bastante. Así que en cuanto subió la temperatura y afloró la hierba, se pasó días enteros fuera, y volvía ya de noche con acopio de muserolas y pan de culebra, hasta que en una de esas mañanas, los criados del alcázar le dijeron que la reina Mayor se marchaba a León, a asistir al casamiento de su hermano con la Princesita. Y muy poco después, también de boca de los criados, se enteró de que al conde de Castilla lo habían matado el día de su boda y en la puerta de la iglesia; y delante de su casi

esposa, que a más penar era una cría. Supo que el entierro se celebraría en Oña, más o menos a medio camino entre Burgos y Nájera, y que el hermanastro de Ramiro, Fernando, saldría esa misma tarde hacia allí para asistir a las exequias y encontrarse con el resto de la familia. Y que después todos juntos completarían el viaje de vuelta hacia Nájera. Así que, con noticias luctuosas y todo, a Munia se le alegró un poquito el corazón porque en poco tiempo iba a ver a Ramiro.

—Mi Ramiro.

†

TRES DÍAS DESPUÉS. OÑA, CONDADO DE CASTILLA

Los padres del difunto Infanz habían fundado un monasterio dúplice a poco de venir este al mundo. Habían elegido un lugar agreste, entre tres viejas ermitas. Mayor, que por aquel entonces estaba recién casada con Sancho de Pamplona y se acababa de convertir en reina, fue testigo de la fundación, sosteniendo la mano de su hermana Tigridia y observando al recién nacido Infanz, que lloraba pidiendo teta en brazos de una nodriza. Entre esos llantos, el conde y la condesa de Castilla declararon que Tigridia sería la primera abadesa, y que en aquel santo lugar se harían enterrar ellos mismos, y también sus hijos cuando Dios tuviera a bien llevárselos al reino celestial. Habían pasado dieciocho años desde entonces, una pequeña y próspera aldea crecía alrededor del monasterio de Oña. Y hasta allí llegaban las rentas de decenas de lugares e iglesias, montes, salinas, mercados, con un territorio que crecía año a año. Un lugar ideal para descansar eternamente.

Pero ni en sus peores pesadillas los viejos condes, difuntos el marido y la mujer desde más de diez años atrás, podrían haberse figurado que su único hijo varón, garantía del linaje condal castellano, fuera a terminar tan prematuramente en Oña, ocupando un nuevo sepulcro.

El oficio había terminado, los ecos de las oraciones y de los lamentos se apagaban, y el rey Sancho de Pamplona decidió que todos debían salir de la iglesia. Llevaba del brazo a su esposa, que aún no se creía que lo que había ocurrido en León. Sobre el matrimonio real, lo mismo que ocurría al resto de los presentes, pesaba el hecho de que al Infanz lo hubieran asesinado a tan poca distancia de ellos, sin percatarse hasta que fue demasiado tarde.

El rey Sancho traspasó el muro que rodeaba el monasterio y se detuvo en el prado, a medio camino del río Vesica, junto a cuyas riberas se alzaban algunas casas con huertos y un pequeño molino. Hizo saber a su familia que quería hablarles.

El día, más triste imposible, era también hermoso, de calor moderado, trinos de ave y susurro de corriente, que a poca distancia se encajonaba entre montes para discurrir en dirección al Ebro. El obispo de Oca, Julián, había oficiado el funeral y también llegó hasta el prado. Entrelazó los dedos bajo la oronda panza y, negando en silencio, observó con tristeza a la pobre Princesita. Cerca de la orilla deambulaban Arnau Mir de Tost y sus hombres, que habían acompañado al cadáver desde León y acudido al funeral, y los mesnaderos de Pamplona, Sobrarbe y Ribagorza que habían luchado ese invierno en Galicia. Unos pocos hombres de armas castellanos se habían acogido a las casas de Oña, y descansaban antes de emprender camino de vuelta a Burgos.

La mirada de la reina Mayor se perdía entre los cercanos chopos, donde algunos urgelitanos observaban la magna reunión. García y Fernando, codo con codo, buscaron su posición frente a sus padres, flanqueando uno y otro a su tía, la abadesa Tigridia, que sobrellevaba el duelo con templanza. Ramiro, apartado a propósito de sus hermanastros, procuraba estar cerca de la Princesita, atento para consolarla si, como le pasaba cada poco, rompía a llorar. Gonzalo no había venido desde Nájera porque no se consideraba que aquel fuera trago aconsejable para él. Tampoco el rey Bermudo ni ningún otro noble de la corte leonesa se hallaban presentes, salvo las doncellas de la Princesita, que aun así se mantenían alejadas, en silencio y tan plañideras como su dueña. Unos cuantos hombres de armas se distribuyeron alrededor de la improvisada reunión. Y

completado el círculo, el rey Sancho se movió hasta el centro. Pero justo cuando abrió la boca para hablar, la Princesita lanzó uno de aquellos largos gemidos que precedían al llanto. Ramiro la tomó de la mano y los demás la miraron con lástima.

—Viuda antes de casada —hipó la cría. Llevaba diciéndolo desde que se había manchado las manos con la sangre de su prometido. Y durante los nueve días de viaje que vinieron después, atravesando medio reino de León y entre el silencio de todos los demás.

—Qué pena —dijo el obispo de Oca.

—Es muy lamentable, sí —se arrancó por fin Sancho de Pamplona —. Pero hemos de reponernos.

—No antes de vengar a mi hermano —siseó la reina Mayor.

—¿En quién?

La Princesita interrumpió su llanto. Una vez más lanzó una mirada de impotencia infantil al rey de Pamplona.

—¡En los Vélaz! ¡Fueron los Vélaz! ¿Por qué nadie me cree?

Se hizo un corto silencio. La acusación también la había repetido la niña durante el viaje, aunque todos fingieron que no la oían. La reina se volvió hacia su hijo García. Este, cabizbajo, apretaba los dientes hasta hacer que la mandíbula se le marcara con fuerza.

—Mi hermano está enterrado —dijo la reina—, es hora de hacer preguntas y buscar respuestas. ¿Dónde está Diego Vélaz? Dinos, García. ¿Por qué no te acompaña, como hace siempre? Soy tu madre, no me lo ocultes.

Nuevo silencio, algo más largo que el anterior. El obispo de Oca se sintió azorado y, con una excusa que nadie acertó a oír, regresó a paso rápido hacia la iglesia del monasterio. El rey volvió a hablar:

—Esposa, no puedes creer que hayan sido ellos. No así, sin más. ¿Solo porque lo dice una niña? Fueron tres los asesinos, sí. Pero iban encapuchados. Y recuérdalo, mujer: llovía como si se hubieran roto todos los sellos.

—¡Fueron los Vélaz! —repitió la Princesita—. Diego, ese al que llaman Matalobos, se bajó la capucha y le vi la cara. Tenía un hacha así de grande. Me habló. ¿Pero por qué no me creéis?

—Yo sí te creo.

Lo había dicho Ramiro, sobre quien cayeron todas las miradas. También la de la reina Mayor, aunque no con el desprecio habitual.

—Cuidado, bastardo —avisó García—. Ella es una niña, hija de rey y de reina, se le perdona lo que diga y lo que haga, pero tú respondes de tus palabras y de tus hechos. —Se volvió hacia su madre—: Los Vélaz no se llevaban bien con tu hermano, es cierto. Pero había mucha otra gente que lo odiaba. Este mismo invierno, mientras nosotros perseguíamos a ese puerco de Sisnando, el Infanz también se buscó enemigos cuando obligó a varios felones a rendir vasallaje a Bermudo. —Se dirigió al rey—: Recuerda, mi señor padre, que él mismo se ofreció cuando tú reclamaste que alguien lo hiciera.

—Basta —cortó el rey Sancho—. El Infanz está muerto y enterrado, es verdad. —Anduvo con lentitud hasta la Princesita y le acarició la mejilla húmeda—. Tú, dulce niña, entrarás en religión. Serás la abadesa en el monasterio de San Pelayo, en tu querido León. Tu hermano está de acuerdo. —Se volvió hacia su cuñada—: Querida Tigridia, ¿te ocuparás de instruirla? Tal vez ella quiera quedarse aquí unos días, rezando ante el sepulcro de… En fin. —Manos atrás, caminó de nuevo al centro del círculo—. Todas estas injusticias están más cerca de su fin. En cuanto llegue a Nájera, decretaré vigentes las constituciones de Paz y Tregua de mi buen amigo Oliba. Basta de violencias, de crímenes impunes, de asaltar iglesias y monasterios. No somos salvajes ni infieles, nos guiamos por la lealtad y la justicia, por el recto conocimiento y la verdadera fe. Por eso ahora toca llorar al Infanz y solucionar el problema de su sucesión. Eso es lo más importante: el condado de Castilla. Lo de acusar a unos o a otros no es más que hablar sin razón.

—Razones es lo que sobraban a Matalobos y a sus hermanos —insistió Ramiro, y movió la cabeza hacia la Princesita—. Y ella puede ser niña, pero no estúpida. ¿Acusa a los Vélaz por capricho?

—¡Basta, he dicho! —repitió Sancho de Pamplona—. El Infanz era conde de Castilla, ha muerto sin descendencia y no le quedan más que hermanas. Sabéis que los señores leoneses se miran unos a otros como cuervos, que los carcome la codicia y que apenas son capaces de obedecer a su rey. Y ahora Castilla es carroña lista para que la devore el más hambriento.

La abadesa Tigridia carraspeó.

—Discúlpame, mi rey. Disculpadme los demás. No quiero oír nada más, solo llorar en silencio a mi hermano. Me ocuparé de enseñar a esta pobre niña para que sea una buena abadesa, pero ahora necesito retirarme. Estaré en mi aposento.

Y se fue de vuelta al monasterio. Ahora ya solo quedaban laicos en la reunión.

—Por Dios y todos los santos —murmuró la reina Mayor—. Mi hermano aún está caliente en su tumba, mi hermana se rompe de dolor, esa pobre niña se manchó el vestido de novia con la sangre de su prometido, y ahora pasará la vida en un monasterio. Y nosotros hablamos de política.

—Es necesario, esposa. Sé que duele, sé que todos necesitamos cerrar esta herida. Pero será mucho peor si algún advenedizo se apodera de Castilla o convence a Bermudo para que se la entregue. Eres la siguiente en la línea de sucesión. Tú, Mayor.

La reina cerró los ojos y agarró con ambas manos su crucifijo de coloridos esmaltes. Nadie se había atrevido a decirlo hasta ahora, pero el momento debía llegar.

—Soy mujer, no puedo gobernar. Y tú, mi señor esposo, ya mandas en la Castella Vetula y en Cea; y hasta Nájera nos han llegado las noticias de que llevas meses moviéndote por León igual que si fuera tan tuyo como el Sobrarbe o la Ribagorza. Si te apoyas en tu derecho marital y te eriges en conde de Castilla, los leoneses recelarán de ti. Más aún de lo que ahora recelan.

—Tenemos hijos. La sangre de tu linaje corre por sus venas.

García se envaró. ¿Habría pensado en ello, o fingía sorpresa? Hasta la Princesita retuvo el llanto para observar al príncipe pamplonés. Mayor se separó del esposo y se puso frente a su primogénito. La reina tenía los ojos hinchados de tanto llorar, y el cabello rojo se le escapaba de la toca.

—Di, hijo mío. ¿Dónde está Diego Vélaz?

—Ah, madre. Por favor…

Sancho de Pamplona tomó a su mujer por el brazo, pero ella se sacudió del agarre e insistió:

—Si el Vélaz es inocente, nada pierdes con darme su paradero. Y si no sabes dónde está, búscalo y manda que comparezca en Nájera, a ti no te lo negará. Deja que hable con él y con sus hermanos. Deja que los mire como ahora te miro a ti, y que les pregunte si sus manos están manchadas con la sangre de mi familia. La sangre que corre por tus venas, García. ¿No has oído a tu padre? Esa sangre que podría convertirte en conde de Castilla.

El príncipe pamplonés levantó la barbilla.

—Madre, deja de acusar a mi amigo. Bastante han sufrido los Vélaz por culpa de tu… —Se interrumpió.

—Por culpa de mi padre, de mi abuelo y de toda mi parentela —completó la reina—. Dilo, hijo mío. Di que se ha hecho justicia. Justicia, una de las dos palabras labradas en el trono de tu padre. Justicia. ¿Es la única razón por la que encubres a tu amigo Matalobos? ¿Crees que lo que hizo fue justo?

El príncipe pamplonés enseñó los dientes.

—Dios es quien reparte justicia, madre. Tal vez ha sido cosa suya que tu hermano se pudra ahora ahí al lado.

El bofetón restalló en el prado, hasta los pájaros callaron. La cara de García se sacudió a un lado y enseguida creció la marca carmesí. Se tocó la mejilla, incrédulo.

—Ya veo —dijo la reina—. Bien, por lo menos eres sincero. ¿Y qué harás cuando seas conde de Castilla? ¿Y cuando seas rey? ¿Restituirás Álava a los Vélaz? Tal vez hasta lo hayáis hablado alguna vez. ¿Qué hará Matalobos? ¿Matará a sus hermanos mayores para convertirse en conde de Álava? No creo que los Vélaz se sientan muy atraídos por esas ansias de paz del abad Oliba.

El rey volvió a agarrar el brazo de la esposa y ahora tiró con fuerza para alejarla del príncipe abofeteado.

—Mujer, calla. Y tú también, García.

Ramiro observó, lo mismo que los demás. A la reina, al príncipe. A cómo madre e hijo se retaban en silencio. Fernando, junto a su hermano, solo podía mirarse las puntas de los pies. Hasta la Princesita parecía avergonzada. Pero la reina Mayor no había acabado, y ahora se enfrentaba a su esposo.

—El derecho sobre Castilla es mío. Mía es la decisión de traspasárselo a mi hijo. Pero decido que García no será conde. —Se soltó de nuevo del rey, pasó junto a García sin detenerse y frenó frente a Fernando—. Mi segundo hijo recibirá el condado de Castilla. Y no hay más que hablar.

García abrió mucho los ojos. Dejó de frotarse la cara y cerró los puños con fuerza.

—No puedo creerlo. Padre, haz algo.

El rey, que habría preferido nadar desnudo en el Arga en una madrugada de enero, se encogió de hombros. La reina posó las manos sobre los hombros de su hijo mediano.

—Fernando, ¿me has oído? Tú serás conde de Castilla. En cuanto lleguemos a Nájera escribiré al rey Bermudo y… No, espera. Escribiré ahora mismo. —Anduvo hacia la Princesita y la tomó de la mano—. Ven conmigo, niña, tú serás testigo y firmarás para que tu hermano tenga garantía.

El rey Sancho de Pamplona y los príncipes García y Fernando quedaron atrás, en el prado. García dejó de observar a su madre y miró a Fernando. Este se excusó.

—No tengo la culpa. No he hecho nada.

Mientras la reina guiaba a la Princesita hacia el monasterio, algunos monjes, hombres y mujeres, salieron a recibirla. Tal vez habían espiado la curiosa reunión desde los muros, y puede que hasta hubieran visto la bofetada.

La bofetada.

Ramiro volvió a observar el gesto de García, y no supo si era frío como un ibón congelado o ardiente como las brasas de una hoguera. Lo que sí sabía era que aquello no se le iba a borrar de la memoria, seguro. El rey Sancho suspiró y decidió que el teatro había acabado.

—Basta de estupideces, no quiero repetirlo. Vamos, hay que preparar la marcha a Nájera.

—Espera, padre —dijo García—. Eres el rey. ¿Vas a permitir que esto suceda?

—Ya ha sucedido.

—Pues cámbialo, porque es injusto. —García se volvió un momento hacia Fernando—: Soy el mayor. —Y de nuevo a su padre

—: Sabes que Fernando es el favorito de mi madre, siempre lo ha querido más. ¡Pero soy el mayor! ¿Te imaginas que te hubiera pasado a ti?

Sancho de Pamplona volvió a suspirar.

—Yo fui el único hijo varón de mi padre, yo recibí todo lo suyo cuando murió. Pero tú tienes hermanos. Vamos, García, no es tan grave. ¿Pensabas que Fernando y Gonzalo no recibirían nada? Esto solo cambia los planes de reparto.

—¿Reparto? ¿Vas a repartir mi herencia? —Señaló a Ramiro—. ¿Con él también?

—García, serás rey de Pamplona y tus hermanos te deberán vasallaje. Estarás siempre por encima de ellos y ellos tendrán sus tierras por ti. ¿No te basta eso?

—¡No!

Sancho también habría abofeteado a García, pero se contuvo.

—Llevo toda la vida trabajando por ti y por tus hermanos. Cuando muera, y a poco que nos sonría la fortuna, serás el rey más poderoso desde los Pirineos hasta Córdoba. Quien no te deba vasallaje, te temerá.

—¿Me temerán? ¿Como ahora te temen a ti? No veo que mi madre te tema mucho.

—¡Cuidado, hijo! —El rey levantó la mano, dispuesto a cruzarle la cara, pero se retuvo. Masculló algo entre dientes, se dio la vuelta y empezó a caminar para irse. Pero se detuvo a los dos pasos y se volvió—. No vuelvas a desafiarme. Tendrás lo que te corresponde cuando llegue el momento, no antes. Hasta entonces, rumia aquí tu resentimiento. Fernando, Ramiro, venid conmigo. Hay que preparar el viaje a Nájera.

Ahora sí que se fue el rey, más cojo que nunca y seguido de cerca por su hijo segundo. Fernando miró al bastardo al pasar, incapaz de decidir si debía alegrarse o no. García se volvió hacia el río y estuvo a punto de patalear. Ramiro permaneció un rato allí en lugar de obedecer a su padre. Cuando calculó que nadie lo oiría, se acercó a su hermanastro. Y, por si acaso, habló en voz baja.

—Yo creo que los Vélaz mataron al Infanz. Ya has oído lo del hacha. Tú y yo sabemos de dónde la sacó.

—Hachas las hay a cientos en León. Y lo que tú creas, bastardo, me importa una boñiga de cabra.

Lo había dicho sin volverse y hablando entre dientes.

—Pero a mí sí me importa lo que tú creas. García, solo una vez te lo voy a preguntar. ¿Sabías que iba a ocurrir?

Ahora sí se dio la vuelta el príncipe. Ramiro temió por un instante que echara mano a la daga. García exhalaba tanto odio que podía marchitar las flores. Su labio inferior temblaba, sus ojos claros estaban húmedos. No de pena, sino de rabia.

—No lo sabía, bastardo. Y no lo sabía porque mi amigo no ha hecho nada, ¿entiendes?

—¿Y por qué ha huido entonces? ¿Por qué nadie ha visto a los Vélaz desde la muerte del Infanz?

—No solo eres el hijo de una furcia arrastrada de lupanar en lupanar. Además eres necio como un buey. ¿En quién pensó todo el mundo cuando tres encapuchados mataron al Infanz? ¿Querías que se quedaran allí para que todos los acusaran? Yo también me habría marchado. Y más con esa princesita estúpida diciendo sandeces. Fuera de mi vista ahora, bastardo. —Rozó el puño de la daga que colgaba a su diestra—. Y da gracias a que acabamos de enterrar a mi tío y estamos de luto, porque te juro por la santa Virgen que me apetece buscarte un hueco junto a él.

†

10. Clamar venganza

†

CUATRO DÍAS DESPUÉS. NÁJERA

A tres leguas de Nájera, Ramiro apretó la marcha sin dar excusa ni despedirse. Como la comitiva iba aún dolida por lo ocurrido y reinaba el silencio, casi todos se limitaron a ver cómo se alejaba a caballo, sin preguntarse el porqué. La reina Mayor y su hijo primogénito, que no se dirigían la palabra desde Oña, hicieron sendos gestos de alivio, porque la indiferencia no era suficiente para mostrar el desprecio que sentían por el bastardo. Solo el rey Sancho se permitió una media sonrisa comprensiva. Y Arnau Mir de Tost, que sabía a qué venía la repentina prisa, miró de reojo a sus hombres y lo dijo:

—Ocho meses lleva sin verla.

Ramiro espoleó un poco más a su montura en cuanto la ciudad quedó a la vista, y se detuvo junto al río a tomar un bocado y a remojarse un poco. Casi sintió cómo el agua fría siseaba al contacto con su piel, y sin saber por qué, le entraron ganas de reír. Así, desnudo y metido hasta la cintura en el agua, de cara a la corriente, con las manos abiertas para sentir la fuerza cortante, cargada con el deshielo de las sierras. Cualquier otro día, aquello habría bastado para calmar su ansia, pero hoy no. Hoy le parecía olerla, oír su

respiración. Sentir su caminar ligero, y su cabello agitado por rachas del viento montañés. Por eso, rendido a la naturaleza, saltó fuera del agua y montó. Ocho meses.

Cabalgó a espuela viva por las calles y apenas se entretuvo en atar las riendas a la argolla. La puerta estaba cerrada, y de ella pendían aún los restos del amuleto con el que los najerenses malmetidos la habían adornado. No prestó atención a aquella cruz de palo a medio desarmar y aporreó la madera. Se oyeron los pasos dentro. Rápidos y sordos, de pies descalzos e impacientes. Munia no tardó en abrir, vestida con camisa de lino, y en la cara llevaba escrito que lo esperaba. Ocho meses.

—Mi Ramiro.

Actuaron tal que si uno contara veintidós años, la otra veintiuno, y los dos llevaran tragándose el deseo un otoño, un invierno y casi toda una primavera. Munia retrocedió empujada por él, tanteando al paso para no derribar el mobiliario, tirando al suelo el estragón y un cuenco con malva triturada. Se dejó aplastar contra la pared. Los dedos se entrelazaron a la derecha, también a la izquierda, manos en cruz, también contra la pared. Pecho con pecho, los labios muy cerca, las pupilas dilatadas sobre los ojos de miel para clavarse en los azules de ella.

—Ocho meses, Munia.

Ocho meses son ocho siglos cuando el corazón bombea tan fuerte la sangre, y calienta y humedece, y agita la imaginación, alimenta el deseo. Munia gemía al notar la pujanza de Ramiro pulsando en su vientre. Impaciencia. Mordió sus labios más que besarlo, y al sentir su lengua ávida entró en ese estado a medias entre el sueño y la inconsciencia, el que hace que el mundo deje de girar y se detenga el tiempo. Ocho meses puede durar un beso, incluso aunque se reciba en diez o quince latidos de corazón, si es que ese corazón está asalvajado por la pasión. ¿Cómo habían girado por toda la estancia hasta acabar encima de la mesa? Pues por eso: la pasión.

Pasión es arrancarse la ropa sin quererlo, ¿verdad, Ramiro? porque las manos se mueven solas y quieren estar en todas partes. Entre los mechones dorados que ahora se desparramaban sobre la mesa. Alrededor de su cuello, sobre sus pechos desnudos. Bajando

la cintura y torciendo por esa curva doble que marcaba las caderas. Y el olor de la malva que lo inundaba todo, y el calor de ella subiéndole hasta la cara, tensando tus músculos y obligándote a apretar más, porque Munia así lo exigía, lo exige así la pasión. Aprieta más, Ramiro. Que son ocho meses.

Pasión es eso, pues. No soportar ni un momento más, y penetrarla mientras pegas tu oído a su boca y te ensordece ese grito que es de dolor pero no lo es. Y notar sus dientes clavándose en tu cuello cada vez que empujas, más y más fuerte porque necesitas hundirte en ella y ella quiere que la traspases. Hacer realidad lo que has imaginado de mil formas diferentes, lo que ha acumulado astillas bajo tu corazón y ahora arde, y te domina cuando la tomas de nuevo desde la mesa y la llevas al suelo, entre hierbas machacadas y la ropa de los dos. Llamaradas eran lo que le brotaba a Ramiro y llenaban a Munia. La incendiaban una y otra vez, porque ya descansarían más tarde, mucho más. En la tumba.

—Otra vez, Ramiro. Que son ocho meses.

Y otra vez, Munia. Furia de guerrero que se ha alimentado de sangre ajena y de apetito insatisfecho. La pasión de nuevo, que la levanta y la empuja contra la puerta, le da la vuelta y captura su cabello. Y Munia que araña la madera, la cabeza forzada para atrás, la lengua fuera en busca de frescor, que esta es una sed que no se calma por mucho que se beba; arqueada como un álamo del Pirineo cuando pega duro el Ausín en las cumbres, y levanta la nieve en turbisca. Pero no es fría esta tormenta, no, ni arrastra una niebla helada, como allá en lo alto. Esta viene de lo más animal de Ramiro, calienta el aire hasta que quema el empellón primero, y crece con el siguiente, se pone al rojo y entra cada vez más fuerte, más violento, más rápido. Le funde el cuerpo a Munia, la zarandea, y ella no sabe ya dónde agarrarse mientras sus uñas abren zanjas humeantes en la puerta. Sigue así, Ramiro, hasta que arda toda Nájera, y la ribera, el valle entero, el reino este y los demás, sean moros o cristianos. Que son ocho meses. Tal vez decía eso Munia al gritar, como si la clavaran de verdad, y luego, temblorosa, resbaló hasta caer de rodillas, la frente apoyada en la madera, el pelo alborotado, los muslos húmedos. A recuperar el resuello, las manos de Ramiro

suaves ahora, acariciando la nuca sudorosa, y la barbilla, y los pómulos.

—¿Estás llorando?

Ella se volvió, jadeante, extenuada, hasta sentarse. Sí que lloraba, aunque sonreía a la vez.

—La gente aquí no me quiere. Y Felicia, el aya de Gonzalo, me odia, y eso que no le he hecho nada. He pasado frío mientras no estabas. Yo sola, de acá para allá, esperándote. ¿Por qué no volvemos a casa?

—Estamos en casa.

—Esta no es mi casa. Ni la tuya.

Ramiro se sentó junto a ella y le cogió la mano. Se la llevó a los labios para besarla.

—No, no. —Miró alrededor, abarcando toda la habitación y el desorden que su deseo había causado—. Esto no. Tú, estés donde estés. —Volvió a besar la mano—. Tú eres mi casa.

Ella asintió, pero no las tenía todas consigo.

—Te volverás a marchar. Sé lo que ha pasado, cómo se ha complicado. Ese pobre muchacho, el Infanz… Y el otro crío, el rey de León.

—No, Munia, por favor. Han sido ocho meses de pobres muchachos, de reyes, condes, intrigantes, rebeldes y traiciones. Ocho meses sin ti. Ahora estamos juntos.

†

Después de medio día encerrados y un bocado para recuperar fuerzas, Munia montó tras Ramiro y, juntos a caballo, subieron la cuesta hasta el castillo. Ella bien abrazada, con la cabeza contra su espalda. Los najerenses, al reconocer al bastardo, se inclinaban con una sonrisa y le daban la bienvenida. Munia ni siquiera prestaba atención.

—¿Por qué dices que no te quieren? —preguntaba él—. Míralos, son acogedores. ¿Alguien te ha hecho algo?

Munia pensó en contarle toda la historia de la vieja ensalmera, la tía Sorgina. La fría cordialidad de los criados, la falsedad de los villanos. Pero aún temblaba por el rato que habían pasado juntos y lo que les quedaba en los próximos días. ¿A qué estropearlo?

—Nadie me ha hecho nada. Mejor no hablar de eso ahora, y tampoco me cuentes lo que pasó en León. Quiero que veas a Gonzalo y a Fosco. Que estés feliz.

—Lo estoy, Munia —dijo justo al atravesar las puertas abiertas del castillo, y pensó en lo que era la verdadera desgracia. Lo que les había pasado a aquellos pobres gallegos arrasados por el azote del rebelde Sisnando, o la angustia de la Princesita mientras se miraba las manos manchadas con la sangre del Infanz—. ¡Ahí va Gonzalo!

El pequeño corrió a saludar a Ramiro en cuanto lo vio desmontar, y su aya Felicia pareció también deseosa de arrojarse en sus brazos, aunque se le agrió el gesto al reparar en que Munia subía acompañándolo. Gonzalo no dejó de contar sus progresos: que ya era capaz de trepar solo el cercado de la caballeriza, o que al bajar las escaleras del alcázar saltaba de una los tres últimos escalones.

Fosco estaba destetado, y bastante más alto de lo normal para su tiempo. Y aunque muchos caballos se aclaraban al crecer, a este casi le ocurría lo contrario, pues parecía más negro aún que de recién nacido. Lo vieron en su nuevo corral, separado de la madre.

—Es precioso, ¿verdad, Ramiro?

—Y será muy grande. Tanto como el caballo de García.

No tardaron mucho en aparecer los criados con los caballos del rey, la reina y el resto de la comitiva, así como con los animales capturados en las correrías gallegas. También llegaron los hombres de Urgel comandados por Arnau, que asintió muy contento al ver a Munia.

—Ahora lo entiendo.

Saltó a tierra y besó la mano de Munia. Luego no pudo evitar la risa al fijarse más en el pelo un poco revuelto de ella y en el buen color en las mejillas de ambos. Después se admiró del buen aspecto de Fosco, y echó alguna que otra mirada a Felicia, que tampoco estaba mal la moza, y en ese momento llevaba de la mano a Gonzalo para curiosear entre los recién llegados.

—Así que el rey os cede el castillo para alojaros —dijo Ramiro.

—Será solo esta noche. Quiere que descansemos algunos días, pero ya llevamos demasiado fuera de casa. Partimos mañana. Tú ya has llegado a casa, ¿eh? —Sonrió a Munia—. A nosotros aún nos queda un trecho y yo tengo cosas que hacer allí. Además, aquí huele mucho a caballo y yo soy de olfato fino. No, en serio: antes de irme quiero darte algo. —Arnau anduvo hasta el carruaje con los fardos de su partida, tomó un bulto y cargó con él de vuelta hasta Ramiro —. Tengo mi silla de viaje, así que no necesito esta. Es tuya.

Ramiro recibió la silla de montar de batalla, con esos altos arzones que encajonaban a Arnau para su carga a la normanda.

—Ah, es demasiado…

—Calla, hombre. Y encarga a algún buen sillero que la copie para los tuyos. —Señaló a Fosco—. Algún día podrías ponérsela a ese potro. Acuérdate también de alargar cada ación, que los estribos te queden lo más abajo posible. Te dará firmeza.

—Gracias. Aunque ese potro negro será para mi padre, seguro.

—Pues pídeselo. Haces mucho por el rey y recibes poco a cambio, creo.

—No eres tú solo el que lo cree —añadió Munia—. Pero el rey Sancho renunciaría a su corona antes que a un buen caballo.

—Hablando de reyes y renuncias… —Ramiro palmó el hombro de Arnau—. Pasa por Aibar y saluda a mi madre. Luego te entregaré parte del botín que le hicimos a Sisnando. Le he escrito, sabe quién eres. Te tratará como a un hijo, ya verás. Dile que iré a verla en cuanto pueda.

—Yo también te daré algo, Arnau —dijo Munia, y aflojó los cordeles de su escarcela para sacar una piedrecita oscura—. Me contó Ramiro que pronto irás a conocer a tu futura esposa, ¿verdad? Pues toma. Es una calamita, te será muy útil si haces lo que te voy a explicar. Ha de ser un viernes, recuérdalo. Le atarás una cinta en la que habrás escrito el nombre de Ava. Se llama Ava la hija del conde del Ampurias, ¿verdad? La mujer con la que te casarás.

—Eso parece.

—Pues con su nombre escrito en la cinta, te colgarás esta calamita del cuello o del ceñidor, y así os unirá un amor muy fuerte, ya lo

verás.

Arnau Mir de Tost sopesó la piedrecita.

—Gracias, Munia. Creo que es el regalo más útil que me han dado en la vida. Y ahora, Ramiro, he de decirte algo. Hace un rato, cuando ya teníamos Nájera a la vista, hemos visto a un tipo en medio del camino. Grande y algo desastrado. De lejos pensábamos que era un peregrino con un cayado, pero no. Al acercarnos más, lo hemos reconocido. Era un proscrito, llamémoslo así. Llevaba un hacha enorme y ha pedido asilo a tu padre.

—Matalobos.

Arnau Mir de Tost asintió, y notó el escalofrío que asaltaba a Munia.

—La reina se ha puesto hecha una furia, pero Matalobos jura y perjura que no mató al Infanz, y desafía a juicio de Dios a cualquiera que se atreva a acusarlo. García lo ha acompañado hasta la iglesia del santo Jacobo, donde se acoge a sagrado en virtud de esas nuevas constituciones de Paz y Tregua.

—Vaya. Pronto se ha enterado de cómo burlar su castigo.

—Lo sé. No habrá leyes perfectas mientras quede maldad en el corazón del hombre. Y en el corazón de Matalobos hay mucha maldad, diría yo. En fin, permanecerá refugiado en la iglesia hasta la decisión de tu padre.

†

Dos días estuvo Matalobos acogido a sagrado, con su hacha norteña en la puerta del templo como símbolo de que defendería su inocencia por las armas. Al tercero, y en vista de que nadie aceptaba el reto, el rey Sancho de Pamplona adoptó la decisión de tomarlo de nuevo como huésped en el palacio. Lo hizo a pesar de que la reina Mayor se empeñaba en lo contrario; y como razón lógica, el rey adujo que un culpable jamás se habría entregado a la justicia. Eso y que García insistía en que tanto Diego Vélaz como sus hermanos eran inocentes. Y bueno, que si cualquiera se empeñaba en

desmentirlo, ahí estaba el hierro para dirimir la cuestión. ¿Se atrevería alguien a batirse con el mejor espadachín del reino? Al final, el rey Sancho decidió que amparar a Matalobos sería un gesto que lo reconciliaría con su hijo primogénito.

Desde ese día, a la reina Mayor se le agrió el alma más de lo que ya estaba. Las malas lenguas decían que se negaba a compartir el lecho con el rey, y que prefería pasar los días tejiendo, en el oratorio o leyendo su libro de horas. Como mucho, se permitía salir a caballo de vez en cuando con la escolta de algún noble de la casa, normalmente el eitán de Ramiro, Jimeno Garcés.

Sancho de Pamplona, por su parte, se negó a implicarse en la amargura y, con ánimo de pasar página, se propuso celebrar su regreso a Nájera como el monarca más poderoso desde que los cristianos se habían levantado contra la ocupación sarracena. Para congraciarse con la reina y devolver la normalidad a la corte, quiso también conmemorar la nueva condición de Fernando como conde de Castilla, así que impuso una semana entera de festejos para el pueblo, con profusión de danzarines y contadores de historias, una partida de caza de dos días y un suntuoso banquete para cerrar el evento. Reunió a los nobles y a sus esposas en palacio, hizo colocar largas tarimas sobre caballetes para formar mesas a lo largo de tres de las paredes del gran salón, y ordenó que se distribuyera a dolor carne de cordero, ciervo, faisanes, queso, miel y pera confitada, y que corriera en abundancia el buen vino de la tierra. Don Jimeno Garcés aportó un enorme jabalí muerto a lanza la tarde anterior, durante la montería. El animal era grande como un caballo y habían hecho falta siete hombres para rematarlo tras el primer pinchazo del Eitán. Chorreando aceite sobre la madera —pues no había bandejas que lo abarcaran— parecía el cadáver de un dragón asado en sus propias llamas.

El rey aprovechó para contar una de sus historias más famosas y repetidas: la de cómo se había quedado cojo. Había sido en una partida de caza que salió de Pamplona, Arga abajo. Dieron con el rastro de un jabalí muy parecido a aquel que ahora devoraban. Todos en la corte conocían la anécdota, pero también sabían lo que le gustaba relatarla.

—Tendríais que haber visto cómo se defendía aquel bicho. Buscó el monte cerrado, hubo que desmontar. Nos destripó dos perros antes de quedar atrapado y darse la vuelta para hacernos frente. Una roca enorme a su espalda, y todos nosotros por delante. Las lanzas apuntadas hacia él, los perros acosándole, cuatro flechas ya clavadas en el lomo. Esos colmillos manchados de sangre, las cerdas erizadas, los ojos le echaban fuego. Nos acercamos a pie, cerrándole la salida. Él se fue atrás lo justo para arrimarse a la roca.

—Y entonces tú nos ordenaste esperar —intervino el Eitán—. Que querías matarlo tú.

—Sí, sí. —El rey se echó un largo trago de vino—. Fui un necio. O el maldito puerco tenía más seso que yo, que también es posible por aquel tiempo. Se ve que no había hembras que le tuvieran sorbida la mollera.

Los comensales forzaron la risa, aunque el rey siempre hacía el mismo chiste. La reina Mayor no reía. Ni siquiera variaba su gesto de indiferencia.

—Era un bicho valiente —opinó el Eitán.

—¡Mucho! —confirmó el rey—. Por eso se me vino de frente, sin importarle mi lanza, ni los perros ni mis amigos, ni la suerte ni Dios ni el diablo. —Se frotó la pierna—. Me levantó en el aire como si fuera una hoja en otoño. Se llevó por delante a otro montero, ese no tuvo tanta suerte como yo. Jimeno, ¿cómo se llamaba aquel hombre?

—Garuzo. Era de Lizarra.

—Eso, Garuzo… Aquel jabalí no se rindió nunca, ¿lo veis? Luchó hasta su muerte. Incluso cuando ya tenía ocho o diez lanzas hundidas, seguía revolviéndose. Yo lo miraba desde el suelo, con la pierna hecha un Cristo… No consentí que lo despellejaran ni comimos su carne. Le dimos tierra allí mismo. Era lo justo.

El Eitán se puso en pie y propuso el decimoséptimo brindis de la jornada.

—¡Por aquel jabalí que nos dejó cojo al rey!

Bebieron y alguien se arrancó con otro lance de caza, y después llegó uno más. Siempre con las exageraciones de rigor. Sancho de Pamplona tenía que inclinarse a un lado para ver a sus vasallos,

pues el cadáver del jabalí le estorbaba la visión. Así que ordenó que las esclavas moritas, todas ellas de muy buen porte y resignadas ante los pellizcos en las nalgas, llenaran plato tras plato para servir a la élite pamplonesa. Y cuando las tajadas de carne rebajaban por fin la masa del bicho, el rey, algo ebrio, se puso en pie con la copa a rebosar.

—¡Por el nuevo conde de Castilla! —Y se volvió a la izquierda, al lugar que junto a él ocupaba hoy el príncipe—. ¡Larga vida a Fernando!

No hubo quien quedara sentado, claro. Casi todos brindaron, incluida la reina Mayor y el propio Fernando. A García seguía sin hacerle gracia que le hubieran escamoteado el título, evitaba hablar con su madre, y con su padre se comunicaba lo justo y menos. Aun así, subió a lo alto su bebida. También Matalobos estaba allí, en un extremo y muy sobrio. Él se levantó, pero dejó la copa en la mesa y se limitó a torcer el morro.

Fernando, principal protagonista de aquel teatrillo, tomó un sorbo e hizo una breve inclinación para agradecer el homenaje, a lo que siguió un largo aplauso y todos volvieron a sentarse. Las esclavas se dedicaron a rellenar copas y a culebrear una vez más para evitar que les metieran mano. Más de una esposa enojada palmeó a su marido para reprenderlo, pero no con gran fuerza. Al fin y al cabo, Sancho de Pamplona había ordenado que las chiquillas moras sirvieran el banquete precisamente por eso.

Munia, que por primera vez asistía a un acto de la corte, estaba entusiasmada. Observaba cada detalle e imitaba en todo momento a Ramiro. Ambos ocupaban un espacio en un extremo.

—Atenta a García —susurró él—. Se le va a agriar el vino.

Pero ella no se fijaba en ese momento en el príncipe heredero, sino en el sujeto que tenía enfrente.

—Matalobos no me quita ojo. No me había dado cuenta hasta ahora.

Ramiro comprobó que, efectivamente, Diego Vélaz miraba con descaro a la chica. Y al darse cuenta este de que su desfachatez no pasaba desapercibida, retó al bastardo con una sonrisilla lobuna.

—Tranquila, Munia. En cuanto empiecen a tirarse huesos de pollo, aprovecharemos para salir de aquí. ¿Te gustaría pasear por el río? Seguro que hace muy buena noche. ¿Munia? ¿Qué miras ahora?

Lo que miraba Munia era lo mismo que en ese momento acalló todas las risas, los vítores a Fernando y los gritos exigiendo más vino a las esclavas. Ramiro se volvió hacia la puerta, al parecer centro de atención.

—Por san Pedro bendito…

Era la Princesita. Estaba allí, plantada bajo el arco de entrada, con un par de soldados pamploneses a cada lado. Uno de ellos se adelantó, la cara roja como una baya de madreselva.

—Mi rey, la doncella dice ser la hermana del rey de León. Exigía verte enseguida.

Sancho de Pamplona, con los labios apretados, asintió.

—Es quien dice ser. Pasa, niña, y toma asiento. Estarás agotada. Ven aquí, junto a la reina Mayor.

—No —contestó ella con su vocecilla, algo más ronca que de costumbre. Avanzó unos pocos pasos, justo hasta el centro del salón. Ramiro reparó en algo y se lo dijo al oído a Munia.

—Lleva el vestido de su boda. Fíjate en las manchas de sangre.

Ella se tapó la boca. Había oído tres o cuatro veces aquella trágica historia de boca de Ramiro, y ahora veía por fin a una de sus protagonistas. La Princesita se había parado y miraba alrededor, como indignada por aquel festejo mientras ella penaba aún por ser viuda antes de casarse. O tal vez buscaba algo. O a alguien. Reparó en la presencia de Diego Matalobos, y todos pudieron ver que la respiración se le aceleraba y las pupilas se le dilataban hasta que el azul desapareció de sus iris. Después volvió a dirigirse a Sancho de Pamplona, los puños apretados y las lágrimas a punto de saltar.

—Llevo semanas en Oña, la abadesa Tigridia me enseña mi oficio antes de que me vuelva a León. Y rezo en la tumba de mi esp… —Negó muy rápido—. Ay, siempre me equivoco. No llegó a ser mi esposo, soy viuda antes de casada.

—¿Y? —preguntó el rey.

—Es que hace unos días me dijeron que Diego Vélaz estaba aquí. —Lo señaló—. Y sí que está.

El rey Sancho vio que tanto su esposa como el joven Fernando estaban cabizbajos, y que el resto de los invitados al banquete preferirían largarse a presenciar aquello. Solo García parecía intrigado.

—Querida niña —dijo el rey—, Diego Vélaz es mi huésped. Yo te aseguro que cuando crezcas lo entenderás todo, lo verás de otra manera…

—Pedí auxilio en León, antes de enterrarlo. Tú lo sabes, rey Sancho. Mi hermano no me escuchó, o alguien le aconsejó que no me escuchara. Perdón, se me ha ido la voz y me duele todo de tanto llorar. Pero es que nadie me ampara y yo necesito ayuda.

La reina Mayor observaba de reojo a Sancho de Pamplona, que suspiró hastiado antes de preguntarlo:

—¿Ayuda para qué?

—Para vengar al Infanz.

El único que permanecía impasible, incluso cómodo, era Matalobos, con su mirada fija en la Princesita. Sancho de Pamplona se masajeó las sienes. Y como seguía sin tomar una decisión, fue la reina Mayor la que se levantó. Empujó hacia atrás su sitial y desfiló alrededor de la mesa principal y de la lateral en cuyo extremo estaba Matalobos. Pasó por su espalda sin mirarlo siquiera, y se reunió con la Princesita. Todos albergaron la esperanza de que hiciera de madre amorosa con ella, de que la consolara y, cogida de la mano, la sacara del salón. En lugar de eso adoptó la misma pose de desafío junto a ella. Y se dirigió a su esposo.

—La niña ha pedido merced. ¿Nadie se la va a dar?

Sancho de Pamplona volvió a resoplar.

—Por Dios, mujer…

—¿Qué, mi rey?

—Si se supiera quién mató al Infanz, colgaría de un árbol desde hace tiempo. Ya hemos hablado de esto. Lo hablamos en Oña, lo hablamos durante el camino, lo hemos hablado desde que Diego se entregó a mi justicia.

—Justicia, dices… —dijo la reina—. Bonita palabra, la usas mucho. En algo tienes razón: hemos hablado mucho. Más palabras. Bien, si el rey de Pamplona no está dispuesto a vengar a mi hermano, os

preguntaré a vosotros, bravos señores. —Y, con la barbilla bien alta, recorrió con la vista las tres largas mesas repletas de hombres acostumbrados a ceñir espada—. ¿Quién de entre vosotros, valerosos guerreros, valdrá a esta niña? ¿Quién me valdrá a mí, y me traerá la cabeza de los que acabaron con el conde de Castilla el día de su boda? Vamos, mis señores. ¿No hay un paladín siquiera? ¿Ni uno? García, hijo mío, ¿qué dices tú?

El príncipe esquivó la mirada de su madre y volvió la cabeza.

—Mujer… —insistió el rey, y apoyó ambas manos en los reposabrazos—. Basta ya.

Pero no bastaba. No para la reina Mayor.

—Don Jimeno Garcés, ¿y tú, uno de los guerreros más afamados del reino? ¿Nos desamparas también?

El Eitán se levantó como una centella y se llevó la mano al pecho, dispuesto a jurar que arrasaría ejércitos enteros si era necesario, pero Sancho de Pamplona no le dio tiempo a hablar.

—¡Jimeno, quieto ahí! ¡Tu rey te ordena que te sientes! ¿No ves que esto es necedad? —Y se volvió hacia su mujer—. ¡Sangre de Cristo! ¿Por qué me desafías, Mayor? ¿Por qué me desafiáis todos? —Metió las manos bajo el tablón y lo levantó al tiempo que se incorporaba.

Jarras, escudillas, hogazas de pan y pedazos de carne volaron por la sala. Cayeron varios caballetes y más de un noble tuvo que apartarse para no acabar salpicado de aceite. El ruido de metal y madera contra el suelo de piedra hizo respingar a la Princesita, que pese a todo siguió en el sitio, cada vez más pegada a la que casi se convierte en su cuñada. Hasta que la reina, por fin, la tomó de la mano.

—¿Tú qué crees, esposo, que se murmurará en la corte leonesa? ¿No te lo imaginas? Pues ya te lo digo yo. Tu hermana, que es muy juiciosa, hablará con su hijastro, el joven Bermudo, y un día tras otro le dirá que olvide lo del Infanz, que mejor es dejarlo todo como está. El condado de Castilla tiene nuevo dueño, se favorece la paz y se favorece la concordia. Y sobre todo se favorece el poder de Pamplona. Los señores leoneses, en voz muy baja, hablarán también entre sí y al oído de Bermudo. ¿Quién ha salido ganando con la

muerte del Infanz?, le preguntarán con lengua de víbora. Sancho de Pamplona y su estirpe, será la respuesta, aunque nadie se atreva a decirla. ¿Y cómo podéis pensar eso?, les preguntaría yo. ¿Y qué me responderán? Pues, mi señora, me dirán, porque el rey de Pamplona se niega a castigar a los culpables. ¿Será porque algo les debe?

—¡Basta, por la sangre del Redentor! —tronó el rey Sancho.

—¡Yo también lo digo, esposo! ¡Basta! ¡Basta de dar cobijo a quien derramó la sangre de mi estirpe! —Señaló a Matalobos—. Basta de tenerlo delante día tras día, basta de aguantar esa cara, esa sonrisa. Basta de retozar aquí entre capones y vino, sin buscar a los hermanos de ese demonio. ¡Cumple con tu propio código y haz justicia, Sancho! ¡Castiga a los Vélaz por su alevosía!

Diego Matalobos, sin pronunciar aún palabra, fue el siguiente en ponerse en pie. Sus labios se retrajeron para mostrar los dientes, y bajó la cabeza lo suficiente para mirar a la reina como un depredador observaría a su presa. Después hubo quien juró que lo oyeron gruñir hasta que el sonido que emitía su garganta se convirtió en palabras:

—Pelearé con cualquiera que se atreva a señalarme a mí o a mis hermanos, pero no quiero acusaciones de niñas ni de mujeres, y menos aún de mi señora, la reina, que a eso no puedo responder. ¿Quién es tan hombre de aceptar el reto? ¿Quién se atreve a llamarme felón? ¿Quién me dirá a la cara que los Vélaz matamos al conde de Castilla?

—A mi hermano no le disteis la oportunidad de batirse —respondió la reina—. ¿Por qué ibais a merecerla vosotros, traidores?

Sancho de Pamplona gritó por enésima vez:

—¡Basta ya! ¡Diego Vélaz, siéntate! ¡Y tú, Mayor, ven aquí!

—Yo vengaré al Infanz.

Hasta Matalobos respingó. Todos se volvieron hacia Ramiro, y Munia fue la primera sorprendida. La Princesita dejó atrás los gimoteos y rompió por fin a llorar como si llevara siglos aguantando. La reina Mayor dejó caer la mandíbula, y las pocas esclavas moras que habían aguantado el tipo salieron corriendo de la sala.

—¿Has dicho algo, Ramiro? —preguntó el rey.

Ramiro, muy despacio, se levantó. Y para rubricar su propósito, se llevó la mano al pecho.

—Digo que yo vengaré al Infanz. Se lo juro a esa niña, se lo juro a la reina y os lo juro aquí a todos.

Sancho de Pamplona, a punto de estallar, anduvo a largos pasos, arrastrando tras de sí la pierna destrozada por aquel episodio de caza. Pasó sobre las tablas, la vajilla y la comida derribadas, trastabilló por culpa del vino y de su cojera, y cruzó en diagonal el salón. Todos pensaron que se dirigía a abofetear a su bastardo, y puede que su primera intención fuera esa, pero algo debió de ver en los ojos de Ramiro. Algo que, aun medio borracho, lo detuvo frente a él. Ambos se aguantaron la mirada.

—Eres hijo mío, Ramiro, y me debes lealtad. Me respetarás y me obedecerás mientras viva. —Se volvió hacia García, y habló a todos y a nadie—. ¡Estoy harto de rebeldías! ¡Soy el rey, no permitiré ni una protesta más! ¡Y quien me desobedezca, caiga junto a Abirón, a Datán, y a Judas el traidor, y que sea ajeno a la santa comunión y segregado de la fe católica! ¡Incurra en la ira de Dios omnipotente, herido por la espada del Espíritu Santo! ¡Sea por siempre maldito, carezcan de luz sus ojos! —Y de nuevo a su hijo bastardo—: No tocarás un pelo a ninguno de los Vélaz. ¡Júralo!

El escalofrío fue colectivo. El rey Sancho había usado la peor maldición posible, la que conocía de memoria porque con ella remataba sus mandatos más sagrados. Todos esperaban que Ramiro cambiara el sentido de su juramento. Y aun así, hubo un pequeño e inútil conato de resistencia.

—Mi señor padre, ya he jurado una vez. Y el mismo Matalobos se ha ofrecido a batirse.

—¡Pues haz un nuevo juramento o abandona mis tierras por siempre, vive repudiado y sin derechos, y púdrete en tierra de infieles o en la morada de Satanás!

Ramiro, avergonzado, miró a Munia de reojo. Y sobre el hombro del rey, a su madrastra, que ya no le dedicaba el odio acostumbrado. A la pobre niña que había caído de rodillas y se derretía en lágrimas. Y más allá, la cara sonriente de Matalobos.

—Júralo, Ramiro —pidió Munia en un susurro.

—Te obedeceré mientras vivas, mi señor padre. Lo juro.

†

11. Dona d’aigua

†

MES Y MEDIO DESPUÉS, VERANO DE 1029. CONDADO DE BESALÚ

El camino desde Ampurias se llamaba Mercader, por razones más que claras. Lo frecuentaba mucho comerciante que iba o venía hacia la costa, desde la capital del condado de Besalú hasta la del condado de Ampurias. Seguía el curso del río Fluviá, lo abandonaba en uno de sus bruscos giros y lo reencontraba más adelante para cruzarlo por un puente de tablas en un lugar llamado Viladert. Había allí piedras muy antiguas, viñas, un hermoso molino y una iglesia dedicada a la Virgen.

Arnau Mir de Tost avistó el campanario desde la senda. Llevaba todo el día de camino tras salir de buena mañana desde Ampurias, donde el encuentro con la doncella Ava no había ido todo lo bien que debería. Tiró de las riendas de su caballo de viaje, y uno de los criados se adelantó para pagar el pontazgo a uno de los hombres armados del abad de Bañolas, que ejercía jurisdicción sobre aquel lugar.

—¡Espera! —le ordenó Arnau a su sirviente—. Vamos a parar un momento.

Arnau desmontó, se enjugó el sudor y se acercó a la orilla del Fluviá. Se remojó la frente y la nuca, y sin querer tocó la cinta de la

que colgaba la calamita regalada por Munia en Nájera. Se protegió del sol con la mano, buscó un rincón sombreado. Señaló una pequeña vaguada junto al río, rodeada de fresnos y con un viejo tronco quemado que podría servir de mesa.

—Comed algo, aprovechad para llenar los odres y que descansen los animales. No hagáis fuego, quiero seguir camino un rato más, antes de que anochezca.

Mientras los criados acercaban a las mulas al Fluviá para abrevar, Arnau abrió el zurrón que colgaba de la silla y sacó un poco de pan negro y queso. Llevaba buena cantidad de pescado seco e higos de Ampurias, pero los dejó para otra ocasión. Aunque tal vez se deshiciera de los higos. Incluso cabía la posibilidad de que nunca más los comiera.

Tres semanas enteras había sido huésped del conde Hugo. Tres semanas recibiendo lisonjas, hartándose de pescado y de vino, y subiendo al adarve en cuanto podía, a ponerse de cara a la brisa marina para que le despejara. Y cada viernes, en el aposento que le había asignado el conde, Arnau se descolgaba la calamita, apoyaba la cinta en la mesa y mojaba el cálamo en tinta. Eran tres simples letras para formar una palabra corta. Ava.

—Tengo que escribirlo. Va, tengo que escribirlo.

Y acercaba la punta entintada a la superficie de tela. Pero no podía. Y, antes de dejarse caer en el lecho, pensaba que aún quedaban más viernes para llamar a su destino. Tres letras se escriben enseguida, ¿verdad?

Ojalá no fuera necesario, eso lo había pensado también. Ojalá se hubiera prendado de la hija del conde nada más verla, o incluso luego, a fuerza de tratarse con ella. Desde luego, en su primer encuentro con Ava no había surgido el amor. La muchacha no era tan fea como se decía, eso era verdad. Nada de pelambres excesivos ni semejanza con mula alguna. De hecho, cuando la doncella se presentó a la llamada de su padre y Arnau la vio por primera vez, le pareció guapetona y bien criada. Con cabello suave, agraciado y muy negro, todo él en la cabeza, en ningún sitio más. Ojos también negros, pómulos marcados, labios gordezuelos. A ella sí se le notó el alegrón al contemplar a su futuro esposo. Tanto que hasta se le

humedecieron los ojos y sonrió. Lo de sonreír fue el arranque de la decepción: a Ava le faltaban todos los dientes en la parte de arriba, de colmillo a colmillo. Y los que le quedaban tenían un aspecto horrible.

Desde ese momento, Arnau no pudo evitarlo y su mirada se iba directa a los dientes o, mejor dicho, a su ausencia. Y lo malo era que la muchacha no cerraba la boca. Su conversación era constante, acelerada y aburrida, y lo peor era su voz, chillona hasta crispar. Repetía una y otra vez las mismas anécdotas, y su problema dental le daba problemas al articular algunas palabras. Además comía higos en todo momento y, como no paraba de parlotear, escupía las semillitas. La gula llegaba a un extremo tal que una de las criadas del conde tenía la exclusiva misión de seguir a la doncella por todo el castillo con una bandeja de higos. La misma Ava le confesó a Arnau —en tres o cuatro ocasiones y casi con las mismas palabras— que aquella pasión por los higos la tenía desde bien pequeñita. Cuando llegaba la primavera se pasaba el día visitando las muchas higueras que los vasallos de su padre cuidaban con esmero, esperanzada por ver cuándo brotaban las primeras brevas. Y en el otoño, al acabarse los higos frescos, comenzaba la temporada de los secos, que los vasallos del conde habían preparado a conciencia. Ava incluso disponía de una esclava andalusí experta en mezclar esos higos secos con miel y preparar dulces pociones. Así pues, no era de extrañar que los dientes de la muchacha hubieran pasado a mejor vida.

Arnau podría haber fingido que no veía los problemas dentales de Ava. También, quizá, que no le dolía la cabeza de tanto escuchar aquella voz de rata atrapada en un cepo. Pero lo de escupir las semillas le desesperaba. Ella incluso le había dado algún semillazo involuntario un par de veces, mientras comentaba el fastidio de que en verano hiciera tanto calor y en invierno tanto frío. Arnau cerraba los ojos, respiraba profundamente unas cuantas veces y se obligaba a pensar en su obligación como heredero del señorío de Tost. Tenía que tomar esposa, y Ava de Ampurias era la ideal. Por eso no quedaba otra opción que escribir su nombre en la cinta de la calamita.

Pero Arnau no pudo hacerlo en los dos primeros viernes. Así que el último de ellos madrugó y, tras el tercer intento fallido de escribir en la cinta, se disculpó porque tenía que volver a Tost. Mientras sus criados preparaban los fardos a toda prisa, aseguró que esperaba visitar de nuevo Ampurias al siguiente verano. La pobre Ava se quedó llorando en lo alto de la muralla, comiendo higos mientras Arnau y sus criados se alejaban sin haber acordado esponsales.

En fin, los planes de matrimonio quedaban atrás: mejor pensar en otra cosa. Además, el conde Hugo de Ampurias estaba muy empeñado en pleitear por tierras con los señores vecinos, tanto laicos como seglares, pero todos cristianos; y a Arnau lo que le interesaba era ganar tierras al sur, a los sarracenos. Se levantó tras el último bocado al queso, cuando el sol ya casi se ocultaba tras la fresneda. Se sacó la cinta de la cabeza y caminó con ella hasta la orilla del Fluviá, la calamita balanceándose en el extremo. La pobre Munia le había dado aquello con buena intención, pero, al fin y al cabo, ¿quién creía que el amor se convocaba escribiendo palabrejas en una tira de tela?

—¿Qué se oye?

Arnau se lo había preguntado a uno de los criados, que masticaba pescado seco. Negó con la cabeza, ya que tenía la boca llena. Otro sirviente se acercó a la espesura.

—Yo no oigo nada, mi señor —dijo por fin el que mascaba pescado.

—Ni yo —remató el otro.

—¿Cómo que no? —Arnau señaló río arriba—. Alguien canta.

Y cantaba bien, apreció Arnau. Ordenó a los criados que se prepararan para pagar el pontazgo, cruzar a la otra orilla y seguir ruta hasta la cercana torre de Esponellá, donde harían noche. Mientras, él se olvidó de la calamita por un momento y, descuidadamente, recorrió la ribera plagada de espesura. Se había levantado un poco de viento que anunciaba la anochecida y removía las hojas, y el Fluviá se ponía saltarín por allí cerca, pero la voz sonaba cada vez más próxima. Dejó atrás la mole de la iglesia al otro lado del río, entrevió unos islotes plagados de espesura. Allí la voz se oía clara y cercana, pero no potente, sino a modo de suspiro

que flotara sobre el río o se arrastrara con él entre los guijarros, y luego se colara entre las hojas y acariciara los oídos. Avanzó un poco más. Era una melodía desconocida en el romance fluido de la tierra, que hablaba de un cazador, de sus perros, de una cueva y de una diosa muy bella. El canto se volvió agudo entonces, más triste, y justo al otro lado del follaje. Arnau retiró una rama para asomarse y se le olvidaron Ampurias, la doncella desdentada, los acuerdos matrimoniales y su responsabilidad como señor de Tost.

Declinaba ya la tarde, el cielo se apagaba hasta un azul profundo, las sombras de los álamos se cernían sobre el Fluviá y casi alcanzaban a la corriente de tan lenta que se movía. Ella estaba de espaldas a la ribera, en una piedra plana que le servía como asiento, casi una losa rodeada por el agua que rompía contra ella y discurría por sus bordes. Se acomodaba sobre sus piernas, sosteniendo un bonito espejo con la zurda. La diestra manejaba con suave habilidad un peine de marfil. Ladeaba la cabeza lo justo, a un lado primero, luego al otro, para dejar que colgara un mechón de cabello largo, rojizo y húmedo, que repasaba despacito antes de pasar al siguiente. El peine dejaba surcos en la melena y empujaba gotas de agua que caían sobre la piel y resbalaban libres en reguero, contorneando cada vez por un sitio, porque ella estaba desnuda.

Entonces el canto cesó, y Arnau pudo ver el rostro de la mujer reflejado en el espejo. Ella había dejado de peinarse y lo miraba también con sus ojos de un verde oscuro. Volvió la cabeza y lo miró de forma directa, sin espejos de por medio. Arnau esquivó esa mirada para contemplar los labios, que se abrían en una sonrisa peculiar y revelaban unos dientes perfectos, blancos y largos. De nuevo la voz llegó hasta él como arrastrada por el agua, pero el timbre era diferente, y su tono también. Ya no el sonido brillante y agudo de la melodía, sino otro más grave. Algo ronco, incluso áspero, aunque de igual modo penetrante:

—¿Me espías?

Arnau se echó atrás, con lo que la rama volvió a su sitio con sacudir de hojas.

—¡Perdón! ¡Perdón, mi señora! ¡Perdón, perdón, perdón!

—Ya he oído el primer perdón. Va, te perdono. ¿Me das mi ropa?

—¿Cómo? ¿Qué ropa?

—Mi ropa está ahí, a tu lado.

Arnau no tuvo que buscar mucho porque sí: ahí estaba. A sus pies, casi rozándolos. ¿Cómo era posible que no la hubiera visto antes? Una camisa larga, limpia y doblada junto a una bolsita de piel oscura, también colocada con mucho cuidado.

—Toma, mi señora. —Recogió la camisa y, para mostrársela, volvió a retirar la rama. La muchacha se había puesto en pie y esperaba, medio vuelta hacia él. Preciosa.

—¿Puedes acercármela? —Ella no se preocupaba por cubrirse. Seguía sonriente, algo burlona—. Holaaa. ¿Entiendes lo que te digo?

—¡Sí! Perdón de nuevo, mi señora. Es que…

—¿Me acercas la ropa o voy yo a por ella?

—Sí. O no… Bueno, ya voy.

Arnau, sin saber muy bien qué hacía, se movió con torpeza a través de la espesura y metió los pies en el agua hasta los tobillos. Extendió la camisa hacia ella, pero no lo suficientemente cerca. La muchacha, que no dejaba de sonreír, puso los ojos en blanco, como exasperándose por la timidez de Arnau. Bajó de la losa sin salpicar siquiera, y le alargó el peine.

—Sujétame esto, anda. Y el espejo. Cuidado, no lo rompas. Es muy valioso.

—Claro.

En cuanto él recogió los dos objetos, la muchacha tomó la camisa y, sin prisa alguna, se la puso. Con tanta facilidad y tanta gracia que el lino parecía agua discurriendo por su piel. La tela la tapó por fin, los faldones cayeron hasta que el borde se mojó. Arnau retrocedió un paso, le tendió la mano para ayudarla a salir del río. Ella aceptó. Su piel estaba fría. Ahora se miraban desde muy cerca. Arnau fascinado, con sensación de flotar y sin darse cuenta de que seguían en el agua. La muchacha lo examinó con detenimiento, siempre risueña.

—¿Quién eres? No te había visto antes.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿O hay alguien más? ¿Has traído a tus amigos? —Miró a los lados—. No me estarán espiando también…

—No, no. Vengo con mis criados, están allí, donde el puente, y… Soy Arnau Mir de Tost, mi señora.

—De Tost. ¿Dónde está eso?

—A poniente. En el condado de Urgel, mi señora.

—Ah. ¿Y qué haces por aquí, aparte de espiar a las mujeres en el río?

—¡No, no! No estaba espiando. Vengo de Ampurias, de… —Se cortó. No le apetecía contarle el motivo de su viaje. Además, se acababa de acordar de los dientes de Ava y de su voz irritante—. Bueno, pues eso: vengo de Ampurias, vuelvo a casa. Solo es que te he oído cantar y sentía curiosidad.

—Ya. —Ella cogió su bolsa y se la colgó en bandolera—. ¿Me devuelves mis cosas?

Él ya había olvidado que sostenía sus pertenencias. Se las entregó.

—Es verdad que el espejo parece valioso. ¿Es sarraceno?

—Sí. Y mágico, dicen algunos. Qué tontería, ¿no?

—Claro.

—Bueno, Arnau Mir de Tost… —Ella lo volvió a mirar. No había dejado de sonreír en ningún momento. Una sonrisa muy ancha, muy fresca y muy sincera—. Me marcho, que es tarde. A lo mejor nos vemos otro día. Sí, creo que nos veremos. Nos veremos, lo sé.

Pero no se iba. Seguía allí plantada mientras su camisa se le pegaba a la piel húmeda. Arnau tampoco podía dejar de mirarla.

—El puente está allí atrás, mi señora. ¿Te acompaño a tu casa?

—No voy al puente.

—Ah. ¿No vives en Viladert?

—No.

—¿En Esponellá?

—Tampoco.

—¿Pues dónde?

Movió la cabeza hacia el río.

—Por ahí. Adiós.

—Adiós.

Y siguieron un rato allí, sin moverse y sin quitarse ojo.

—¿No te vas, Arnau Mir de Tost?

—Sí, claro. Tengo que irme.

—Bien.

—¿Qué era eso que cantabas, mi señora?

—Cosas mías.

—Tienes la voz muy bonita.

—Ya lo sé.

—El pelo también.

—Sí.

—Y los dientes.

—¿Vas a seguir así mucho rato, Arnau Mir de Tost? Los ojos, la nariz, las orejas…

—Sí, claro. O sea, no. Bueno…

—¿Por qué viajas? ¿Eres mercader?

—Ah, pues no… Viajaba para conocer a mi futura esposa, pero ya voy de regreso.

Arnau apretó los puños. Se había arrepentido de decir lo de la esposa un instante después de cerrar la boca.

—Vaya. Así que has conocido a tu futura esposa.

—Bueno, en realidad no lo sé. Creo que no.

—Yo creo que sí.

—¿Ah, sí? ¿Te lo ha dicho tu espejo mágico?

—Exacto. Adiós, Arnau Mir de Tost. Y no espíes a las mujeres cuando se bañan.

Y se dio la vuelta. Él la observó mientras se metía por un camino que un momento antes no se veía. Y, cosa curiosa, sus pies descalzos no hacían ruido alguno al aplastar la hierba. El blanco de su camisa mojada ya casi había desaparecido entre el ramaje cuando él reparó en algo.

—¡No me has dicho tu nombre, mi señora!

De pronto parecía que ella jamás hubiera estado allí. No quedaba ni rastro, ni se oía ruido alguno. Arnau observó la alfombra de hierba intacta. Apartó la rama para mirar de nuevo la losa sobre la que ella cantaba. ¿Lo había imaginado nada más?

—¡Arsenda!

Era su voz ronca, que surgía de no se sabía dónde.

—¿Arsenda? —repitió él.

Sin respuesta. «Arsenda», repitió Arnau. Volvió adonde lo esperaban sus criados, y solo entonces fue consciente de que se había mojado los pies y de que refrescaba. De hecho, la luz había bajado mucho, como si hiciera ya tiempo que el sol se hubiera escondido. Encontró a su cortejo con todo recogido y las caballerías a punto para seguir viaje.

—¿Dónde estabas, mi señor?

—Ahí al lado.

—¿Partimos?

—Enseguida. Hoy es viernes, ¿verdad?

—Sí, mi señor.

Arnau tiró de la cinta que colgaba de su cuello y movió la calamita entre los dedos. «Arsenda». Siete letras.

—Esperad un poco. Antes quiero escribir algo.

†

DÍA SIGUIENTE. BURGOS, CONDADO DE CASTILLA

La anciana Óneca era tía paterna de la reina Mayor, y desde hacía tiempo, también abadesa de San Juan de Cillaperlata. Además, era dueña de unas cuantas villas y derechos en el condado de Castilla, aunque poco le aprovechaban a ella, retirada a la vida espiritual. Doña Óneca llevaba tiempo aquejada de unas fiebres que le habían impedido acudir al funeral del Infanz, pero, en cuanto se vio recuperada, decidió que legaría todo lo suyo a sus sobrinos, el rey Sancho y la reina Mayor. Los citó en Burgos y allí, ante la curia pamplonesa y la familia real, dotó aún más al que ya era el reino más poderoso de la Península: al momento de su muerte, y dado que no tenía hijos, las villas de Madrigal, Ribadeivas y Hontoria pasarían al patrimonio real pamplonés, lo mismo que partes suyas de otras plazas por todo el condado de Castilla. Doña Óneca, que no por vieja padecía pérdida de seso, concluyó el documento de donación con un contundente «regnante gratia Dei, príncipe nostro

domno Sanctio». Es decir, que una vasalla de Castilla reconocía como rey suyo a Sancho de Pamplona.

Aparte de todo eso, la anciana hizo saber a sus sobrinos que doña Goto, una prima suya que regía el monasterio de San Miguel de Pedroso, pensaba hacerles otra donación aún mayor: casi cuarenta villas castellanas.

—Por hecho o por derecho, Castilla escapa poco a poco de las garras del león —dijo el Eitán.

—Para caer en las de Pamplona —completó Ramiro.

Caía la tarde. En el castillo de Burgos, la familia real y el resto del séquito alargaban la sobremesa tras la donación de la tía Óneca, pero Ramiro y su eitán habían bajado a la ribera del Arlanzón junto con Gonzalo y su aya, Felicia. El Eitán insistía en que el más pequeño de la familia debía aprender ya el oficio de las armas, y aquel era un día tan bueno como otro cualquiera para empezar. Así que le entregó una espada de madera al chaval, que se puso a mirarla como si no supiera qué era aquello.

—Mi señor, por favor —rogó Felicia—. Con cuidado. Si le pasa algo a Gonzalo, la reina Mayor me matará.

Jimeno Garcés empuñó otra espada falsa y fijó su vista en el aya.

—No temas, muchacha. Yo hablaré con la reina. —Alargó la espada hacia el niño—. No se aprende a luchar sin lucir algún que otro moratón. ¡Vamos, Gonzalo!

El crío se lo tomó a risa y arrancó a correr contra Jimeno Garcés, pero este le arrancó la espadita de la mano con un solo golpe, lo dejó pasar a su lado y le soltó un palo en el trasero. Felicia se tapó la boca con ambas manos.

—¡Sangre de Cristo!

Gonzalo rio con ganas, se apresuró a recoger su arma del suelo y arremetió otra vez con el noble. Esta vez el correctivo fue algo más duro, así que el infante pamplonés se quejó antes de frotarse la nalga.

—¡Oye, que me haces daño!

Ramiro sonrió. Cuántos palos de esos había recibido él. Su eitán y su hermanastro pequeño siguieron con aquel juego que no era tal, hasta que Gonzalo recibió el enésimo golpe y se le humedecieron los

ojos. Felicia, más inquieta que nunca, dio un paso adelante, pero Ramiro la detuvo.

—Tranquila, mujer. Ha de ser así. —Y se dirigió a su hermanito—: ¡Va, saltamontes! ¡Devuélvele los golpes!

Felicia se puso de espaldas para no mirar. Jimeno Garcés repitió la primera lección de Gonzalo. Una vez más, y otra, y otra. El crío lloró, se dolió, cayó sobre la hierba, se levantó y volvió a caer, hasta que no pudo más y se puso a patalear. Jimeno Garcés recogió la espada de madera.

—Quieta ahí, Felicia. Deja que llore.

El aya estaba a punto de morderse los puños.

—Mi señor, te lo ruego…

—Yo te lo ruego a ti. Aguanta, ya se le pasará el berrinche. —El Eitán se acercó a Ramiro—. ¿Sabes qué me ha dicho tu padre? Que quiere que Fernando se haga cargo de Castilla por sí mismo cuanto antes.

Gonzalo, al ver que nadie lo recogía, se revolcó por la hierba mientras lloraba a moco tendido.

—Me parece bien —dijo Ramiro.

—A mí también me lo parece —continuó el Eitán—. Pero, claro: antes de echar a volar, Fernando debe aprender a andar. Lo mismo que ese pequeño guerrero. —Señaló al inconsolable Gonzalo, que arrancaba puñados de hierba muy trágicamente—. Fernando aún no ha combatido, necesita que alguien con experiencia lo guíe. Y el rey te ha escogido a ti para eso.

Ramiro arrugó la nariz.

—¿A mí?

—Le he felicitado por la idea. Llévate a tu hermano a Aragón o al Sobrarbe. Tú conoces bien aquello, has cruzado la frontera y sabes cómo moverte. Búscale a Fernando una buena mesnada, por aquí hay estupendos luchadores de familias castellanas. Que sean jóvenes, como tú o como él. Que pasen miedo y que sangren juntos. No hay nada mejor.

—Es peligroso, Eitán. Yo soy el bastardo y eso me vuelve prescindible, pero la reina jamás aceptará que Fernando arriesgue la vida.

—Claro que lo aceptará. Sufrirá, como cualquier madre, pero ella conoce bien el destino de sus hijos. Lo que se espera de ellos. ¿Peligroso? Lo es. También podríamos protegerlos toda la vida, ¿no crees? —Señaló a Gonzalo, que poco a poco dejaba de llorar, aunque seguía tendido en tierra—. Apartarlos de las armas, rodearlos de otros que mueran por ellos. O convencerlos de que todo el mundo es bueno, que vivimos en concordia, que reinan la justicia y la sinceridad, que no engañamos a nadie, que jamás derramamos sangre. Entonces llega el día de tu boda, acudes a la iglesia y, en la puerta, un puñado de rufianes te arranca la vida para vengar una ofensa que ni siquiera cometiste tú. ¿Tú? Tú te vas para la tumba, tierra encima. Mientras los rufianes campan por ahí, tan contentos. Claro que es peligroso. Es peligroso luchar y es peligroso no hacerlo. Porque existe el mal, y existen la injusticia y la deslealtad. —Se volvió hacia Felicia, que lo miraba con la boca un poco abierta—: ¿No estás de acuerdo, preciosidad?

Ella sonrió.

—Sí, mi señor.

Ramiro también se mostró de acuerdo. Rodearía a su hermano Fernando de fieles compañeros y se lo llevaría a bautizar a la frontera. Sangre, cuero, sudor, metal y más sangre.

—Iré a hablar con mi padre para prepararlo todo. El verano es joven, podemos empezar cuanto antes.

Jimeno Garcés, con la familiaridad de siempre, soltó un golpecito en el hombro de Ramiro.

—Así me gusta. Anochece, la reina se preguntará dónde está su hijo pequeño. Ve al castillo y llévate a Gonzalo. Por el camino, explícale que caerá muchas veces antes de tirar a los demás, y que las espadas no siempre serán de madera.

Ramiro obedeció. El crío ya no lloraba, y atendió a las explicaciones de su hermano mayor mientras caminaban hacia las murallas de Burgos. Jimeno Garcés se acercó a la orilla del Arlanzón, dejó sobre la hierba las espadas de madera y se echó agua en la cara y en el cuello antes de volverse. Aquella muchacha, el aya de Gonzalo, seguía sin quitarle ojo. Pero al sentirse también observada, reaccionó.

—Perdón, mi señor. Ya me voy.

—No, espera. Felicia, ¿verdad?

—Felicia López de Arboniés.

—Sí, claro. La hija de Lope de Arboniés. Lo recuerdo.

Ella titubeó un poco.

—¿Conociste a mi padre, mi señor?

—Ya lo creo. Estaba allí el día en que cayó, fue en la Ribagorza. En el castillo de Buil. El rey Sancho lo había tomado no hacía mucho y los moros querían recuperarlo. Ocurrió un domingo, creo. Esos infieles querrían pillarnos en misa, me imagino. —Recogió las espadas de madera y las hizo entrechocar—. Debes estar orgullosa de tu padre.

—Gracias, mi señor. Lo estoy. Nunca hago caso de las habladurías.

—¿Las habladurías? —Jimeno Garcés asintió—. Bien, supongo que a la gente le gusta hablar, sí. Hablan cuando hay motivos, también cuando no los hay. —Extendió la mano para apretar cariñosamente el brazo de Felicia—. Por eso es mejor ser cuidadosos.

Ella entrecerró los ojos.

—No sé si lo entiendo, mi señor.

—Mejor entonces. —Jimeno Garcés suspiró. Era ese momento entre la tarde y la noche, cuando queda un rastro de claridad gris en el cielo que no sirve para iluminar la tierra. Cuando las distancias se confunden y las siluetas cambian con cada parpadeo. El noble aún sostenía el brazo de la muchacha, pero su mirada se fue hacia las murallas de Burgos y más allá, a lo alto del cerro donde se aposentaba el castillo—. Fui brusco aquella noche, ¿verdad? No era mi intención y te hice sentir mal. Los infieles dicen que el amor es como una llama, y nosotros mariposas que volamos en torno a ella. Cada vez más cerca, y más cerca. Hasta que nos quemamos.

—Nos quemamos.

Y, antes de darse cuenta, Jimeno Garcés tenía a Felicia colgada del cuello y besándolo en los labios. En un primer momento, el noble no supo cómo reaccionar. La agarró por ambos brazos y vaciló un poco, temeroso de volver a herirla en su orgullo. Por fin echó la cabeza atrás mientras la empujaba con suavidad.

—Muchacha, no… Espera. —Ojeada en torno para asegurarse de que nadie los había visto, pero la penumbra se adueñaba de todo. Y en esa media luz, otra vez la mirada de ella, calcada de la un perrillo apaleado por quien esperaba que lo alimentara.

—Mi señor… ¿No dices que el amor es como una llama?

—Sí, sí lo es. Felicia, no me refería a… No hablaba de nosotros, no de ti. Ah, lo he vuelto a hacer. —Dio un paso atrás y se frotó la cara con ambas manos—. Es culpa mía. Tantas palabras disponibles y ahora no sé qué decirte…

—Sangre de Cristo —murmuró ella, incapaz de mirarlo a los ojos —. Soy una necia. —Y se sacudió un manotazo en la sien—. Necia, necia, necia… Qué vergüenza…

—Ya basta, Felicia. Por favor. Debo irme ahora.

Y Jimeno Garcés se alejó hacia las murallas a largas zancadas. Pronto su figura fue una mancha oscura que se desvanecía. Felicia seguía murmurándolo. Necia, necia, necia. Cerró los ojos, y los dos lagrimones cayeron sobre la hierba húmeda. Se volvió hacia el río. Ojalá tuviera valor para andar hasta el centro de la corriente y dejarse arrastrar. ¿Cómo había sido tan estúpida? ¿Cómo se le ocurría pensar que ella, una bastarda repudiada…? Y nada menos que con el noble predilecto del rey. Su mejor amigo, una de las mejores espadas del reino. Malditos versos sarracenos. Maldita mirada, maldita pasión, maldito anochecer.

—Malditos seáis todos.

—Dilo más alto, muchacha. Grítalo. No, mejor: aúllalo.

Felicia se volvió, y allí estaba la figura alta, bien plantada, apenas a unos pasos. Casi no quedaba luz, pero ella reconocía aquella voz. El acento fuerte del norte, el matiz salvaje. Matalobos.

—Mi señor, no me refería a…

—No soy tu señor, muchacha. No soy como ellos. En realidad soy como tú.

Felicia trató de rodear a Matalobos para marcharse, pero él la aferró con mucha fuerza. De repente ella estaba clavada allí, sin posibilidad de moverse.

—Por favor…

—Deja de rogar, muchacha. Deja de humillarte. ¿Quieres que te suelte? No me lo pidas. Haz lo que tengas que hacer.

—No puedo, mi señor. Soy débil.

—Porque tú quieres.

Y la soltó. Ella se frotó los brazos y observó cómo refulgían las pupilas de aquel hombre. Se le antojó que tal vez era cierto lo que se decía. Que un lobo poseía el espíritu de Diego Vélaz.

—No entiendo lo que dices, mi señor. Y tengo miedo.

—¿De mí?

—Sí.

Matalobos subió la mano hasta el cuello de Felicia, aunque sin apretar. Rozándola apenas. Después deslizó los dedos hacia arriba y le acarició el rostro. Notó cómo temblaba, y también que cerraba los ojos. Dejó de tocarla y dio dos pasos atrás.

—Yo era débil, como tú. Y también tenía miedo. Me acobardaban los que tenían nombres más sonoros, o mejores linajes, cargos principales. ¿Sabes por qué los temía? Porque me habían enseñado a hacerlo. ¿No te has fijado en quién dicta la Ley? ¿Y has visto a quién defiende esa misma ley? Ahora imagina que la oveja dictara una ley para que el lobo no se la comiera. ¿De verdad piensas que el lobo obedecería esa ley?

—Mi señor, yo no sé…

—Sí que lo sabes. Sabes que el lobo mata a la oveja. La mata, diga lo que diga la ley, porque posee el poder real, el poder de verdad… —Diego Vélaz apretó el puño y lo levantó a la altura del rostro de Felicia—. Un poder que no llega con los títulos, ni con el nombre, ni con una corona, ni con treguas ni paces, ni tierras aquí o derechos allá. Descubre tu poder, Felicia, y dejarás de tener miedo.

—¿Puedo irme, mi señor? La reina me echará en falta.

—La reina, claro. Debes irte para que no se enoje. No queremos que te humille de nuevo, ¿eh? Que te escupa o te insulte. Que te trate a patadas o te haga azotar. ¡Corre!

Y Felicia obedeció. Tan deprisa que cayó dos veces antes de perderse en la oscuridad, temerosa como una oveja a la que el lobo quiere devorar.

†

12. El oficio del metal

†

UN AÑO MÁS TARDE, VERANO DE 1030. CERCA DE LUESIA, REINO DE PAMPLONA

El sitio no tenía nombre aún, o bien no lo conocía nadie, porque era como muchos otros. Una buena parte de aquellos asentamientos no prosperaban más de cinco o diez años. Algunos incluso ardían o se abandonaban antes de que las piedras criaran musgo. Así pues, ¿por qué molestarse en aprender su nombre? Este era de los que había durado casi nada, algo al norte de Luesia, a orillas del río Arba y sobre una colina en ligera pendiente.

Al principio eran solo un puñado de monjes y una iglesia; y al poco, a su alrededor se habían asentado algunas familias. Así ocurría con frecuencia a lo largo de la frontera desde que el rey Sancho había concedido franquicias para poblar la tierra nueva. Los de aquel sitio, entre ingenuos, valerosos y necesitados, confiaban en que la cercanía de Luesia les proporcionaría seguridad. Pero una partida sarracena les había chafado la ilusión al internarse en rápida cabalgada nocturna, y ahora, tras el fulminante ataque al amanecer, las casas ardían y a los pobladores les había alcanzado la muerte o la certeza de esclavitud.

—Mira allí. —Ramiro, aplastado contra el suelo, señalaba a un grupo de infieles que salía de la iglesia—. ¿Sabes quién es ese, el más pequeño?

—No —respondió Fernando, cuerpo a tierra igual que su hermanastro—. Parece más joven que yo, ¿verdad?

—Creo que tiene tu edad, pero está menos crecido. Es Mundhir, el príncipe de Zaragoza.

A Fernando se le abrieron mucho los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

—Estuvo en León, en la coronación de Bermudo.

—¿Y qué hace aquí?

—Lo mismo que tú, supongo. Mundhir viene de un linaje de soldados, su abuelo empezó en lo más bajo y llegó a reinar en Zaragoza. Y a este lo están educando para su oficio. Aunque enemigos, sois compañeros de aprendizaje, podría decirse.

—Un príncipe… Esa sí es una buena presa.

Ramiro negó con vehemencia.

—Ni lo pienses. Nuestro padre nos azotaría hasta despellejarnos si le tocáramos un pelo a ese crío. Recuérdalo para el futuro, Fernando.

—Pero fíjate en lo que ha hecho.

Ramiro se fijó, aunque no tenía necesidad, pues la partida sarracena había repetido lo ya visto decenas de veces a lo largo de la frontera sur de Aragón, Sobrarbe y la Ribagorza. Los hombres, monjes o no, degollados. Las casas quemadas, la cruz derribada y las mujeres atadas en un corro, dispuestas para ser arrastradas a tierra infiel junto con los animales, y a convertirse en género de venta en algún zoco zaragozano; y de ahí a servir a algún gerifalte musulmán, a barrer el suelo que pisaban sus esposas o a calentar su cama en días alternos con las demás concubinas.

—Ya veo lo que ha hecho, Fernando, y lo pagará. Pero no con su sangre. Eso sí, todos los demás infieles, si puedes… —Y se pasó dos dedos en horizontal por el gaznate—. Volvamos atrás.

Ramiro y Fernando se reunieron con los suyos al abrigo de los árboles. Los caballos estaban atados a las ramas, pero la media docena de escuderos tenía las armas ya listas para los treinta jinetes

castellanos, hijos de los señores del condado que habían viajado a Nájera para unirse en torno a su nuevo conde. Solo que antes de tomar posesión de Castilla, Fernando necesitaba adiestramiento, y Ramiro era el encargado de dárselo por orden del rey Sancho. La noticia de una nueva algarada zaragozana en tierras de Luesia había sido la excusa para cabalgar hasta allí a toda prisa.

Ramiro se acuclilló en un calvero y trazó líneas en tierra con un palo. Fernando y sus castellanos formaron círculo.

—Bien, aquí estamos nosotros, aquí ellos. Aquí abajo, el río. Nos superan en número, tenemos que dividirlos.

—¿Vamos a atacarlos? —preguntó un castellano—. ¿Y si le pasa algo a Fernando?

El joven conde no se dio por aludido ni separó la vista del burdo plano trazado en tierra. Dejó que contestara Ramiro.

—Esa pregunta sobra para nosotros, que somos cristianos. Si uno va a la batalla, fácil es que le pase algo, sea su padre quien sea. Cristo era hijo de Dios y no se hizo atrás cuando supo la muerte cerca. ¿Es así?

—Así es —respondió el joven castellano.

—Con los infieles también está el hijo del emir de Zaragoza. Y ellos, a diferencia de nosotros, idolatran a un profeta que murió anciano. No correrán riesgos. Fernando, tomarás a veinte hombres y aguardarás aquí, preparado pero sin que te vean. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Yo, con el resto, daré un rodeo por el sur y bajaré al río. Fingiremos un ataque desde allí con bastante ruido. Tal vez piensen que venimos de Luesia y que somos muchos. Entonces huirán para salvar la vida de su príncipe, y nosotros se lo permitiremos. O tal vez los moros se dividan, que es lo que más nos interesa, y entonces habrán caído en la trampa. ¿Entiendes lo que te digo, Fernando?

—Sí. Quieres que los moros se partan en dos grupos débiles en lugar de quedarse en uno fuerte.

Ramiro sonrió satisfecho.

—¡Exacto! Uno de esos grupos bajará a hacernos frente y el otro grupo se quedará aquí arriba, protegiendo a Mundhir. Yo me retiraré, lo lógico es que el primer grupo de moros me siga. Si es así,

Fernando, carga sin piedad contra los que se hayan quedado, mata a los que puedas excepto al príncipe. Todo el que escape podría volver para hacernos frente.

—Vale. ¿Qué pasa si no caen en la trampa?

—Si su grupo no se divide, no te muevas y espera a mi vuelta. Y si tras de mí vienen pocos infieles, tampoco. Ataca solo si tienes seguridad de victoria.

—Pero si no ataco, se llevarán a las mujeres. Tú lo has dicho: somos cristianos, no tememos a la muerte.

—Cristianos somos, Fernando. Tontos no. Esos infieles no te conocen, no saben quién eres y no te respetarán. Si atacas en minoría, morirás tú, morirán tus hombres y se llevarán a las mujeres igualmente. —Le dio un ligero toque con el dedo en la sien—. Recuerda lo que te dije. Que la decisión no te agrade no significa que no sea la mejor. En caso de que nuestro plan resulte, acaba con todos los enemigos que puedas y protege a las mujeres. Pero te lo repito: no se te ocurra tocar a Mundhir. Que tus hombres lo tengan claro también. ¿Estamos?

—Sí, Ramiro.

—Recuerda también que, aunque la muerte no sea el final, tú no debes caer. No es cobardía: es prudencia. Tus hombres te guardarán, pero tú también debes guardarte. Eres el conde de Castilla. Repítelo.

—Soy el conde de Castilla.

Ramiro le subió el almófar y se lo ajustó bien sobre los caracoles negros.

—¿Tienes miedo?

—No.

Ligero palmetazo sobre el almófar para corregirlo.

—Fernando, ¿tienes miedo?

—Un poco. Me gustaría ser tan bueno con la espada como García. Así no tendría miedo.

—Eso no sirve de mucho en este tipo de negocio. Vale más un buen compañero a tu derecha, otro a tu izquierda. Además es cabal que tengas miedo, pero no dejes que te domine. Este es nuestro oficio, hermano. Dios te guarde.

Eligieron los dos grupos y fueron hacia los caballos. En aquel año, Ramiro había convencido a un par de silleros de Nájera para construir sillas como la que Arnau Mir de Tost le había regalado, y ahora toda la hueste llevaba aquellos arzones altos y los estribos colgando de aciones más largos. Desde la entrada de la primavera, la mesnada de Fernando se había adiestrado para cargar al modo de los urgelitanos, siempre siguiendo las instrucciones de Ramiro y a imitación de lo que este había visto en Galicia a Arnau Mir de Tost. Y en Nájera, contra sacos de paja clavados en estacas, la táctica resultaba. Habría que ver si pasaba igual cuando el enemigo se defendía y contraatacaba.

Fernando tomó aire. Desde que su padre había ordenado que Ramiro lo tomara bajo su cuidado, era la primera vez que se disponía a entrar en combate real con alguien armado y capaz de defender su vida. Bajó la cabeza y rezó en voz baja, pero muy rápido, casi sin pensar en lo que pedía a Dios. Miedo, claro que sí. Se santiguó antes de abrocharse el barboquejo. Alrededor, los jóvenes castellanos de su hueste particular lo imitaban. Ramiro y los suyos se alejaron hacia el sur con sigilo. Fernando carraspeó para dirigirse a los que quedaban. Veinte castellanos, la mayor parte de ellos tan bisoños como él, aunque todos rozando la veintena. Con barbas que apenas disimulaban su mocedad. Respiraciones profundas, manos inquietas, demasiados tientos a los odres de agua. Miedo.

—Aguardad aquí, montados. Esperad mi orden. Distinguiréis enseguida al príncipe infiel, es un crío y lleva loriga rematada en oro. En caso de que ataquemos, recordad: es intocable. Todos los demás han de morir.

La voz le había salido un poco temblorosa y sonó más infantil que nunca, o eso le pareció. Pero también le tranquilizó un poco ver que sus hombres asentían, se encajaban entre los arzones y recibían las lanzas de manos de los escuderos. Él no montó. Volvió sobre sus pasos, hasta el lugar desde donde habían espiado el lugar saqueado. Se echó a tierra y observó. Sobre todo a Mundhir, con su loriga ribeteada de anillas doradas, el yelmo con nasal decorado bajo el brazo, la lujosa vaina para la espada casi rozando el suelo. Los

demás sarracenos lo rodeaban y competían por hablar con él, tal vez dándole consejos. Estaban a la puerta de la iglesia, junto al botín que habían sacado del templo y de las casas antes de pegarles fuego. La cerca que protegía el sitio estaba caída en varios puntos, aquellos por donde los moros habían atacado de madrugada. Las mujeres sollozaban de rodillas, reunidas en el corral anexo a una de las cabañas humeantes, rodeadas por cabras, ovejas y gallinas. Había varias niñas entre ellas, también un par de críos. En cuanto a los hombres a partir de doce o catorce años, sus cadáveres seguían tirados donde los habían alcanzado los infieles, con charcos de sangre bajo sus gargantas cortadas. Lo mismo que los cerdos, que no servían de nada a los algareadores.

Hacía calor y las voces de los musulmanes le llegaban ahogadas, así que volvió a desabrocharse el barboquejo, se quitó el yelmo y lo dejó en tierra. Se dedicó a contar a los enemigos. Mundhir incluido, pasaban del medio centenar. Lo mismo que los cristianos, todos ellos eran jinetes, y algunos tenían pinta de veteranos. Se fijó en los arcos, en las lanzas, en los escudos. En los caballos atados a los tramos de cerca que aún quedaban en pie. Se repitió las instrucciones de Ramiro. Y la más importante: no tocar al príncipe. Eso le causaba cierto desasosiego: o él había ordenado el degüello de los villanos, o bien no lo había evitado. Estaba invadiendo el reino de su padre, llevándose a cristianas como cautivas, profanando una iglesia. Por mucha sangre noble que tuviera, ¿por qué había de merecer mejor suerte que los demás sarracenos? ¿Acaso el mismo miramiento lo disfrutaría él, hijo del rey Sancho, de caer en manos del enemigo? Eso le trajo a la cabeza la muerte del Infanz. A un conde de Castilla lo podía matar otro cristiano en la puerta de la iglesia, y todos a mirar para otro lado. A un príncipe musulmán no se le podía tocar un pelo, o la ira del rey Sancho caería sobre ellos. Extraños mandatos los del código que su padre les inculcaba. Eso lo llevó a la siguiente duda: ¿quién escribía esos códigos? Seguro que no habían sido los que ahora se pudrían en las puertas de sus casas mientras las viudas y huérfanas se disponían a partir hacia la esclavitud.

El griterío llegó desde el otro lado de la aldeúcha, pendiente abajo. Los sarracenos dieron voces de alerta, corrieron a por sus caballos, y unos cuantos se apretaron en derredor del príncipe Mundhir para formar una muralla. Las espadas fuera, vigilando el entorno. A Fernando se le desbocó el corazón, pero se obligó a aguantar. Más gritos en árabe, las cautivas también chillaron. El momento de confusión pasó, y más de la mitad de la hueste infiel se reunió a caballo y partió a espuela viva hacia el Arba.

—Han picado —se dijo Fernando.

Fue a incorporarse, pero en el último momento permaneció tumbado. El príncipe y sus escoltas se movían hacia el resto de los caballos. Se aprestaban a huir si era necesario, claro. Abajo, donde el río, se oyeron gritos de carga. Allahú Akhbar por aquí, Allahú Akhbar por allá.

Se puso en pie y corrió sin acordarse de su yelmo. El aire parecía volverse denso, el propio cuerpo de Fernando pesaba más, o la tierra se le pegaba a los pies, como en una pesadilla, mientras se apresuraba entre los árboles. Apenas fue consciente de que daba la orden de atacar cuando se vio subido a caballo, tratando de buscar la posición entre aquellas dos piezas altas de madera forrada de cuero, desembarazando el escudo. Ni siquiera se percató de que llevaba el almófar al aire, ni de que algunos de sus hombres le avisaban de ello. Fernando ya no escuchaba nada, salvo un rugido constante atemperado por los mazazos de su corazón, que resonaban en sus oídos. Uno de los escuderos le dio la lanza.

Una ronca invocación a Dios y a Pamplona se extendió por la arboleda, y la hueste del joven conde de Castilla, que no había pisado aún su corte, salió al galope. Relinchos y gritos, dejaron atrás las encinas y los pinos, cargando como habían practicado en Nájera, por entre los cultivos que ahora quedarían abandonados. Bajaron los jinetes al unísono sus lanzas, sin necesidad de orden. Fernando localizó enseguida a Mundhir. El crío apenas podía mantenerse sobre su caballo blanco ricamente enjaezado, que pataleaba sin control. El vocerío creció por ambos bandos, los jinetes andalusíes, lejos de formar una línea o de coordinarse, se aupaban sobre los estribos y preparaban sus jabalinas. Unos pocos, armados con arcos,

dispararon una andanada corta que cruzó el cielo veraniego. Uno de los castellanos cayó, alcanzado por un proyectil en un ojo. Fernando no lo vio. Fernando no veía nada a su derecha ni a su izquierda, ni sobre él, ni a sus pies. Él solo veía al frente, un corto espacio sacado de un sueño y al que rodeaba la oscuridad. Clavó espuelas, se inclinó sobre el arzón delantero, el escudo alto y la lanza enristrada, bien sujeta entre el codo y el costado. Apretó los dientes. Debería haber mirado a los lados para mantener la línea. O bien haberse retrasado un poco para cumplir lo que Ramiro le había aconsejado. Pero Fernando no podía pensar, y su sangre se movía rauda en las venas. ¿Era posible que ahora ya no tuviera miedo, sino ganas de acabar? Las azagayas salieron disparadas desde la línea sarracena, tres castellanos más fueron derribados. Pero ya llegaban a muy buena marcha, con el frente uniforme y erizado de puntas de lanza, los caballos pegados entre sí, sin dejar espacio. Adivinaron el gesto de perplejidad en los rostros de los andalusíes, que jamás habían visto un ataque semejante. Subieron los escudos, como si eso les fuera a servir de algo.

El choque fue atroz, mucho más de lo que esperaban. Aquello no tenía nada que ver con cargar contra sacos de paja. Los zaragozanos y sus monturas sufrieron el impacto y salieron arrojados hacia atrás, hubo adargas perforadas, lorigas desmalladas y caballos ensartados. Todos los jinetes castellanos penetraron en la débil formación infiel sin más bajas, la rompieron por la mitad y pusieron en fuga a los que aún quedaban en pie. El príncipe Mundhir perdió las riendas, pero pudo mantenerse sobre la silla; su animal se encabritó para salir a un galope enloquecido que, por suerte para él, lo alejó de la masacre cuesta abajo.

Fernando frenó a su caballo, resuelto a no perseguir al príncipe zaragozano. Ya no quedaba ni rastro de miedo, ahora lo movía otra cosa. Algo distinto, más rojo que negro, más dulce que amargo. Al volverse para seguir luchando descubrió que se le había roto la lanza, ahora solo sostenía una estaca astillada. La dejó caer y desenvainó la espada. Frente a él, un infiel trataba de ponerse en pie, la cara anegada en sangre y el escudo convertido en tablas inservibles. El joven conde soltó un tajo desde arriba que cortó entre

la cabeza y la clavícula, y lo hizo gritando como si estuviera matando al propio Satanás. No había dejado de gritar cuando mató al segundo infiel. Y luego al tercero, y al cuarto…

†

UNA SEMANA DESPUÉS. NÁJERA

Munia estaba de pie, las manos unidas por delante y la mirada baja. Frente a ella, el trono del rey Sancho, vacío, con aquella águila orgullosa y oscura de alas extendidas, luciendo las dos palabras en latín. *Fidelitas, Iustitia*. No había nadie más en el salón alargado, ni siquiera los guardias la acompañaban, ni había mesas, ni sillas, ni escabeles ni nada más que alfombras, tapices y soledad. Oyó pasos a su espalda. O más bien el eco. Alguien caminaba hacia allí. Tal vez fuera el rey. Munia se aclaró la garganta y alisó su brial a los lados. Se recolocó la trenza por delante del hombro izquierdo. La doble puerta se abrió, los pasos sonaron claros ahora. Firmes y rápidos.

La reina Mayor pasó a su lado, subió los escalones del estrado y se quedó de pie a un lado del trono, la mano apoyada en una de las alas del águila, la que correspondía a la lealtad. Munia hizo una reverencia.

—Mi reina…

Ella no respondió al saludo. Solo la miró con severidad.

Más pasos, estos irregulares y más lentos. Ahora sí se volvió Munia para ver cómo entraba el rey de Pamplona. Venía con la mano en un costado, un poco inclinado hacia ese lado. Entre la forzada postura y su habitual cojera, ofrecía una poco digna estampa.

—Ah, ya estáis aquí —dijo. Llegó hasta el trono y se dejó caer con pesadez—. Las tripas me vuelven a doler. Si ese físico no da con la cura, lo voy a echar a los perros.

—¿Dónde te habías metido, esposo? No daba contigo.

—En el castillo, con mis caballos. Hay uno negro, tendrías que verlo. Cada día me gusta más. ¿Sabes cuál te digo, mujer?

—Ya sabes que a mí los caballos me importan poco.

El rey fingió que no oía aquella irreverencia.

—Este que te digo es fuerte y rápido. Y precioso como una jovencita. Y hablando de jovencitas…, hola, muchacha.

Munia se inclinó.

—Mi rey, para servirte. Es cierto: el potro que dices es Fosco, creo. Bonito, aunque parece rebelde. A Gonzalo también le gusta mucho, él soñaba con montarlo algún día.

—De eso nada. Y ya veremos si a mí se me rebela. ¿Sabes si han vuelto Ramiro y Fernando? En el castillo no estaban. —Se presionó a un lado del ombligo—. Este dichoso dolor… Qué mala noche he pasado. En fin, eso: ¿han regresado ya mis hijos?

—No, mi rey.

—Bien. Llevan tres semanas fuera. Otra más y empezaré a preocuparme. ¿A ti no te preocupa que Ramiro pase tanto tiempo lejos, Munia?

—Mucho, mi rey. Pero es su deber.

—Exacto. Su deber. Para hablar de eso te he mandado llamar.

—¿Hablar yo del deber de Ramiro?

—Sí, y dejémonos de revueltas. Ramiro es hijo mío, su deber no es como el de cualquier otro hombre. Eso lo entiendes, claro.

—Claro, mi rey.

—No se trata solo de salir a perseguir moros o de proteger a sus hermanos. Bien, hay deberes que se cumplen espada en mano. Otras veces, lo que agarras con la mano es… En fin…

Y se echó a reír. Pero ni la reina ni Munia lo imitaron. Ambas se miraron sin reflejar emociones. Cuando Sancho de Pamplona terminó de carcajearse, lanzó un gemido y se agarró el costado.

—No comprendo, mi rey —dijo Munia.

—Yo tampoco, muchacha. No comprendo vuestras intenciones. Ramiro me ha pedido permiso para casaros. No quiero que te sientas mal, aunque has de saber que esto no es cuestión de simpatías personales. Y tú me eres simpática, eso también has de saberlo.

—Gracias, mi rey.

—Pero no eres mujer para casarte con Ramiro.

Munia entrecerró los ojos.

—¿No soy mujer?

—No la adecuada, eso quiero decir.

La reina Mayor, por fin, se decidió a intervenir:

—Yo sí la veo adecuada.

—Gracias, mi reina —dijo Munia.

—No me las des. Te veo adecuada porque no eres nadie, y eso te hace ideal para casarte con el bastardo, que tampoco es nadie.

El rey bufó.

—Esposa…

Munia, que seguía entornando la mirada, fingió que no acusaba el golpe.

—¿Qué debo hacer, mi reina?

Mayor se encogió de hombros.

—Por mí, tomar de la mano al bastardo y volver a dondequiera que os conocisteis. Sed felices allí, a mí tanto me da. —Señaló al rey —. Pero aquí el que manda es él y le importa mucho la lealtad. —Y con el puño cerrado, dio dos golpecitos sobre el ala de madera que contenía aquella palabra, *Fidelitas*—. En fin, que el rey decidirá.

A Munia le subió el calor desde el estómago. Un calor que le pasó por el pecho y le hizo hervir la sangre en la cabeza. Apretó los puños, pero se contuvo y sonrió.

—Mi reina, ¿de tan poco sirve que Ramiro sea el único que quiso valeros contra los Vélaz a ti y a la Princesita?

Mayor también sonrió. Con una rabia parecida a la que ahora sentía Munia.

—Madura, chiquilla. El bastardo alardea porque sabe que la cosa no pasa de las palabras. Y el juramento ese al que le obligó el rey le ha venido más que bien. Si supiera que tiene que enfrentarse cara a cara con Matalobos, se callaría sus bravatas, como hacen el resto de los cobardes de esta corte.

El rey volvió a bufar.

—Mujer, no la he hecho venir para hablar de eso otra vez. Munia, estás aquí porque no quiero que sufras. No te hagas ilusiones, ¿entiendes? Supongo que no será de tu agrado seguir por aquí sabiendo que no puedes casarte con Ramiro. ¿Qué diría tu padre? No recuerdo quién es, por cierto. El señor de no sé dónde…

—De Barbenuta es señor. Humilde, pero leal tuyo. Eso es importante, ¿no? Mi rey, yo amo a Ramiro, me case o no me case con él. O por decir de modo que más te gustará: también le soy leal a tu hijo.

La reina Mayor bajó los escalones y se acercó a Munia. Le puso muy cerca la cara. El rey Sancho lanzó un suspiro de fatiga, pero no se metió entre ellas. Mayor hizo la pregunta en voz baja, aunque no lo suficiente para que no pudiera oírla el rey:

—¿Tú conoces a la madre del bastardo, chiquilla?

—No, mi reina. Pero sé de ella.

—Y crees que soy una arpía o poco menos, ¿verdad?

—Pues claro que no, mi reina.

—No tengo nada contra ti. ¿Me crees?

No sabía por qué, pero Munia la creía.

—Sí, mi reina.

—Te arrimas a árbol podrido, eso es cierto, pero allá tú cómo malgastes tu vida, que cosa mía no es. Si el rey insiste en casar a sus hijos con quien él diga, y si además tú insistes en… amar al bastardo… Bueno, pues vas a sufrir mucho. Y harás sufrir a otra gente que no lo merece. Gente de mejor sangre que tú. Ahora piensas que quiero herirte, pero es todo lo contrario. Aléjate de aquí, olvida al bastardo, que mal que me pese, lleva sangre de rey. Busca a uno de tu jaez. No faltará quien te pretenda, eres joven y bella. Sé también lista.

—Gracias por los consejos, mi reina, pero si el rey no me ordena lo contrario, aquí me quedo.

Al rey Sancho pareció divertirlo aquello.

—No sé qué os pasa a los jóvenes. ¿Por qué no prestáis oídos a vuestros mayores?

Munia se encogió de hombros.

—Supongo que pasa siempre. ¿Algo más?

Mayor, por un instante, aflojó la rabia. Aunque a lo mejor fue solo la imaginación de Munia. O a lo mejor nunca había rabiado, y lo único que hacía era fingir. Para confundirla más, la reina le cogió la trenza con delicadeza y se la recolocó sobre el hombro.

—Sí, muchacha. Algo más. Y este consejo te conviene seguirlo, aunque te arañe el orgullo. Cierra las piernas, o además de sufrir tú y de calentarle la sangre a la desgraciada que tenga que casarse con él, habrás traído al mundo a otro bastardo.

Munia enrojeció. Mucho.

—Mi reina…, ¿lo sabes?

Mayor ladeó la cabeza.

—¿Si sé qué? ¿De qué estas habl…? Oh, por Dios y todos los santos.

El rey Sancho se puso en pie y, ahora sí, se interpuso entre la reina y Munia. Acercó la mano al vientre de la muchacha.

—¿Estás embarazada?

Ella apretó los labios antes de asentir, porque se le escapaba la sonrisa. La reina también dejó caer un suspiro y, olvidada ya de todo ceremonial, se sentó en el primer escalón del estrado.

—Tan feliz como estúpida… Estúpidos los dos.

—Bueno, no es para tanto. —El rey se agarró de nuevo el costado y agrió el gesto—. Ni es la primera vez que pasa ni será la última. ¿Lo sabe ya Ramiro?

—No, mi rey. Yo misma no lo sabía hasta hace unos días.

—Ya… Ah, es normal. El chico ha salido a su padre.

—Dios no lo quiera —dijo entre dientes la reina Mayor. Aunque después se levantó y se sacudió el brial, como si el estrado no estuviera brillante de tanto que lo limpiaba la servidumbre—. En fin, esto no es de mi incumbencia. —Alargó la mano y tocó la trenza de Munia—. Y tampoco cambia lo que te he dicho antes.

—No, mi reina.

Pero Munia detectaba algo en Mayor. Pese a toda su dureza y a esa forma de usar las palabras. ¿Era ternura? La reina le pasó el dorso de los dedos por la mejilla, y casi se diría que estaba a punto de sonreír. Y no con rabia esta vez.

—Anda, chiquilla. Vuelve a tus quehaceres, si es que los tienes. Y disfruta mientras puedas, que nunca será tanto como tú piensas.

†

Munia regresaba al hogar tras la extraña conversación con la pareja real. La reina la confundía más que nunca. A veces parecía que era odio puro, y otras veces que se esforzaba por mantener una imagen que no correspondía. En cuanto a las palabras del rey, resonaban en algún rincón escondido, como muy lejanas. Le anunciaban algo que no concebía, y por eso prefería mantenerlas así. Un eco que se apagaba, que ya casi no oía, que nunca había existido. Lo que importaba era que el amor entre Ramiro y ella había cobrado más vida que nunca, y crecía en su vientre. Aún no sentía nada, pero lo veía en su mente, pequeño como una semilla de hierba topera. Y jugaba a imaginársela si era niña, con una trenza larga y rubia como ella. O con el pelo rebelde y más oscuro si le salía varón. Desembocó en la calle de los Peregrinos, que entraba en Nájera desde el norte, justo enfrente de las cuevas de Malpica. Tan fuera de este mundo que hasta el penúltimo paso no vio que delante de ella estaba Diego Vélaz. La sorpresa le salió en una sola palabra.

—¡Matalobos!

—Así me llaman. Y a lo mejor no me gusta, ¿lo has pensado?

Munia retrocedió hacia el camino, pero en esas llegaba un carro con forraje y su cochero le lanzó un grito. La muchacha lo esquivó para caer en brazos de Matalobos, que la aferró con fuerza.

—Suéltame —pidió.

—¿Yo? Si eres tú quien me abraza. ¿O crees que no me doy cuenta de que no me quitas ojo?

—Que me sueltes, por favor.

Pero él la retenía. Sin gran esfuerzo. Y la miraba desde muy cerca, con aquel gesto de ir a comérsela cruda. Solo le faltaba relamerse. A ella le vinieron a la cabeza esas historias truculentas que se contaban sobre él. Y el oscuro vaticinio de que no había hombre capaz de matarlo.

—¿Por qué pones esa cara, mujer? Sabía yo que ese bastardo no te tiene contenta. ¿Seguro que quieres que te suelte? Si es así, lo

haré. Pero sé cómo sois las mujeres. Cuando queréis decir que sí, decís que no. Y al revés. ¿No es cierto?

—No.

—¿Lo ves? Te derrites de deseo.

—Que me sueltes, te lo ruego.

Y entonces sonó una tercera voz.

—Déjala, Diego.

Matalobos y Munia se volvieron al otro lado del camino. Era García, que venía desde las cuevas. Rumor muy extendido había —Munia lo había oído incluso de lejos— de que el príncipe frecuentaba últimamente una de aquellas grutas, de las que abundaban en Nájera, y bien sabido de todos era que en aquella ladera del monte Malpica vivían y trabajaban unas cuantas putas. La cueva que acostumbraba García, en concreto, era la de una de muy buen ver y mejor hacer, en tiempos la más cara del lugar, y a la que el príncipe tenía ahora retirada para su gozo personal. María Narbona se llamaba, aunque todos la conocían como María Tetona, no se sabía bien por qué.

Matalobos soltó a su presa y se volvió sonriente hacia el príncipe.

—¿Terminada la faena?

—Terminada. Ya te he dicho antes que, si gustas, te puedo invitar a alguna ramera de ahí detrás. Las hay muy buenas, créeme.

—No, gracias. —Volvió a mirar a Munia—. La que yo quiero es otra. Y me da que ella también me quiere a mí.

El príncipe García tomó a Munia del brazo y la llevó unos cuantos pasos hacia abajo, separándola del Vélaz.

—Ve a casa, anda.

Ella se lo agradeció en voz baja y se lanzó camino adelante, hasta torcer a la derecha, ya en paralelo con el río, y perderlos de vista. No quiso oír de qué hablaban ni mirar atrás por si la seguían. No creía que fuera así, porque García siempre retenía a Matalobos.

No era la primera vez que aquel hijo de la amargura se metía con ella desde que Ramiro y Fernando habían partido hacia el sur. Aunque Munia procuraba no acercarse por el alcázar, sí que se lo había cruzado en el castillo, cuando ella jugaba con Gonzalo y el Vélaz aparecía por allí para llevar o traer caballos. Matalobos la

miraba siempre con aquella cara de hambre, y hasta le había dicho alguna que otra lindeza entre dientes, pero era la primera vez que la tocaba. También era verdad que casi habían chocado por accidente, pero eso no la consolaba.

Cuando Munia llegaba a casa, con el campanario de San Jacobo enfrente, vislumbró agitación. Muchos caballos y jinetes ocupaban la ruta sacra, junto a un par de carromatos bien cargados, mulas y gente a pie. También había una reata de monturas con jaeces sarracenos. Los najerenses vitoreaban a los recién llegados, y algunos de estos exhibían gallardetes moros como trofeo. El joven Fernando, que recibía los parabienes sin desmontar, la saludó y señaló la casa que Ramiro compartía con Munia.

—Está dentro.

Corrió a reunirse con él y se lo topó cuando salía. Se abrazaron, y a ella se la comían las ganas de contarle que estaba preñada. Pero Ramiro no la dejaba hablar. Primero besándola, y luego repitiéndole lo valiente y buen guerrero que había sido Fernando. Que cerca de Luesia, en plena frontera, habían acabado con una hueste zaragozana que los pasaba en número. Que habían liberado a muchas cautivas y puesto en fuga a un príncipe sarraceno. Y que venga: había que subir al alcázar a acompañar al joven conde de Castilla, a contarle al rey lo bien que se había bautizado con hierro y sangre.

Así que la buena noticia de Munia tenía que esperar. Ramiro la montó con él a caballo y, en compañía de la mesnada castellana de Fernando, subieron al castillo, donde se repitió la bienvenida de abajo. Mientras el rey Sancho se agarraba la barriga, azotado por el dolor, la reina Mayor abrazó a su hijo mediano y le dijo lo orgullosa que estaba de él. Incluso llegó a mirar a Ramiro a los ojos cuando Fernando le contó a su madre cómo había logrado su primera victoria por seguir las instrucciones del bastardo. Aunque Munia no supo interpretar el modo en que la reina miraba a Ramiro. Si era con agradecimiento por guiar a Fernando, o con resentimiento por ponerlo en riesgo contra infieles, pues de todos era sabido cuánto sufría la señora por sus hijos.

El rey Sancho luchó por sobreponerse a sus dolores, se alegró mucho al saber que los incursores volvían con buena recua de caballos y arreos sarracenos, y mandó a por vino para brindar. Hizo pasar a todos, incluida la mesnada castellana de Fernando, al salón del trono, y allí se repartieron copas. Conforme se alzaban las primeras y se repetía el relato de la escaramuza, llegaron otros miembros de la corte, como el Eitán, algunos clérigos, Gonzalo con su aya Felicia y, por último, García y Matalobos.

Y quiso la mala fortuna que, mientras Ramiro y su eitán se abrazaban, Munia se quedara un momento sola, casi zarandeada por los movimientos de unos y otros que corrían a saludarse o se inventaban una nueva razón para brindar. Pronto le llegaron los primeros salpicones de vino, y entonces sintió una presencia a su espalda.

—Tenemos que dejar de vernos así.

No le hizo falta volverse. Reconoció la voz y se mordió el labio.

—Por favor, basta. Ramiro está ahí al lado.

—No quieres que se entere, lo entiendo. Pronto volverá a irse, entonces te buscaré.

Ahora sí que se volvió Munia, y habría escupido a la cara de Matalobos si no le quedara tan alta.

—Puerco. No te atrevas a acercarte.

Él se le pegó aún más, hasta que Munia sintió contra su cuerpo el cuerpo del Vélaz. Ella aguantó una arcada y se hizo atrás, solo para chocar con otro. De nuevo se volvió, y ahí estaba Ramiro, mirando fijamente a Matalobos.

—¿Qué pasa aquí?

Diego Vélaz no dejaba de sonreír. Y parecía que sus dientes fueran a estallar de tanto que se apretaban.

—¿Tú que crees, bastardo? Pasa que a una mujer así no se la puede dejar sin cumplir. Otro podría cumplir por ti.

Ramiro apartó a Munia con delicadeza.

—Eres tan bravo porque sabes que me ata el juramento de no tocarte. Pero no tientes a la suerte, que no me tengo por tan templado.

Matalobos asentía.

—Buena excusa. Aunque algún día dejará de servirte, que tu padre no es eterno. Ya te veré correr entonces.

—Vámonos, Munia.

—Eso, llévatela. Que hoy me tiene muy ocupado, es la segunda vez que se me echa encima. ¿No se lo has contado, muchacha?

Salieron del tumulto mientras los vítores a Fernando crecían. En la puerta, al pasar, vieron a García, que observaba la celebración con brazos cruzados y un punto de envidia en su mirada. Tal vez porque habría deseado que la reina se hubiera alegrado tanto cuando supo lo que él había hecho en Galicia. O a lo mejor solo se fijaba en su hermano y le mordían los celos. Ni siquiera miró a Ramiro y a Munia.

La pareja bajaba en silencio hasta su casa, hasta que él lo rompió.

—Venía feliz, pero ese animal me ha amargado el día.

—Pues yo te quitaré amarguras. —Se tocó el vientre—. Tengo una noticia que darte.

Pero Ramiro no reparó en lo que Munia insinuaba.

—¿Se ha propasado contigo estos días?

—¿Qué? No, no. Bueno, siempre me mira, ya sabes… No tiene importancia, no se atrevería…

—No te fíes, Munia. Si fue capaz de matar al Infanz, sería capaz de cualquier cosa. Oye, ¿y si te llevo a Aibar, con mi madre? Allí estarías segura. Mi padre volverá a mandarme con Fernando a Dios sabe dónde, y yo no podría vivir tranquilo sabiéndote aquí, al alcance de Matalobos.

—¿Quieres apartarme de la corte? ¿Para eso me sacaste de Aruex? Allí también estaba segura.

—No es eso, ya lo sabes.

—No quiero irme de Nájera. Este es tu sitio, de modo que también es el mío. Creo que la reina terminará por aceptarme. Me parece que algo me aprecia.

—No digas locuras, Munia. Esa mujer no aprecia a nadie.

—No es cierto. ¿Has visto cómo abrazaba a Fernando?

—No cuenta. Las madres aman a sus hijos.

—Pues con García ni cruza palabra.

—Ya. García casi no habla con nadie que no sea Matalobos. Da igual, se les pasará. La reina quiere a García casi tanto como me

odia a mí.

—Sí, seguramente tienes razón. —Llegaron a su casa, pero Munia lo detuvo y lo tomó de las manos ante la puerta—. Y hablando de madres y sus hijos…

†

Hacía calor aquella tarde. Un calor húmedo que llegaba con el viento, que se pegaba a la piel y obligaba a los mirlos y a los pinzones a rasear. Arnau Mir de Tost, que sabía de las súbitas, cortas y copiosas lluvias veraniegas en aquella tierra, apretaba la marcha para llegar a Besalú antes de que se desatara la tempestad. Porque seguro que se iba a desatar. Una de esas tronadas de verano con gotas pesadas y frías, que descargaría de repente y se iría con las mismas, tras limpiar el aire y dejar tras de sí un petricor persistente hasta la noche.

Arnau miró al cielo, cada vez más encapotado a la izquierda. A su derecha, al otro lado de los árboles ribereños, el río Fluviá seguía su curso tranquilo, como si la inminente tormenta no fuera con él. Descolgó el odre del arzón y bebió un trago tan largo que acabó con el agua. Aquel bochorno daba mucha sed.

Esta vez Arnau viajaba solo, con un corcel de marcha y otro de repuesto, provisiones cortas y un ansia que no lo dejaba dormir. Por vigesimoquinta vez ese día, segundo de su viaje, rebuscó bajo el cuello de su túnica y sacó la calamita para asegurarse de que seguía allí. En la cinta de la que colgaba, siete letras escritas para formar un nombre de mujer. Los dedos de Arnau acariciaron la palabra, como si así pudiera acariciar también a su dueña. Arsenda.

Solo la había visto una vez, y habían cruzado tan pocas palabras que las recordaba todas. Y aun así era como si llevara esperándola la vida entera, o incluso desde antes. Apretó fuerte la calamita. Tenía que funcionar, Munia se lo había garantizado, ¿o solo lo había soñado? Él lo había hecho bien, creía. Había escrito su nombre el mismo viernes en que la conoció, en las cercanías de Viladert.

Después de eso, de algún modo, esperaba saber de Arsenda, ya que la había conjurado con aquel hechizo o lo que fuera. A su paso por Esponellá había preguntado por ella y la había descrito. Doncella joven, hermosa, de pelo cobrizo, ojos verdes y voz imposible. Pero nadie la conocía. Así que ahora, en lo más ardiente del verano, se había decidido a buscarla, y esta vez no dejaría que se evaporara en el bosque.

Un relámpago iluminó el gris de las nubes sobre el condado de Besalú. A lo lejos, hacia las montañas del norte, crecía el rumor sostenido de la tormenta. Arnau clavó los talones en los ijares del animal.

—Va, que ya llegamos.

Tendría que hacer noche en la capital de aquellas tierras, donde el conde Guillermo gobernaba con bastante mala sangre. Le cobrarían un cuarto de modio de trigo candeal por atravesar el puente viejo para entrar en Besalú, un pago descabellado. Sobre todo teniendo en cuenta que el conde Guillermo, a quien llamaban el Gordo, se gastaba todas esas ganancias en aumentar el tamaño de su barriga en lugar de arreglar el viejo puente de piedra de Besalú, que llevaba en pie desde tiempo de los romanos y estaba cada vez más estropeado por las avenidas del río. Algún día, suponía Arnau, tendrían que construir un nuevo puente.

Estas naderías ocupaban su mente cuando otro relámpago surcó el cielo. Seis latidos de corazón tardó en llegar el trueno. Tomó de nuevo el odre, su ligereza le recordó que acababa de vaciarlo. Ah, qué sed tenía. Y el murmullo del Fluviá solo la empeoraba. Ahí abajo, muy cerca, saltando entre las piedras. Susurro de hojas sacudidas por el viento y, ¿qué más se oía?

Tirón de riendas, desmontó. Se dijo que era por aquel calor pegajoso y por la sed. No le costaría mucho rellenar el odre antes de seguir. Estaba justo en el lugar en el que el Fluviá torcía al norte para crear la amplia curva que rodeaba Besalú. Ató los caballos a un chopo que se inclinaba sobre la senda e, impaciente, se abrió paso entre el ramaje. Los sonidos se apagaron un momento. La cercana tormenta, el siseo de los fresnos, la corriente, todo menos la voz flotante y cristalina. No podía ser. Pero tenía que ser.

Llegó a la orilla. Un grupo de zampullines se atusaban las plumas tras bucear en busca de comida. Se impulsaron a toda prisa hacia el centro del Fluviá, elegantes, dejando una estela plateada. Arnau recorrió la ribera, cuya vegetación se inclinaba hacia el agua y dificultaba la visión. Sin percatarse de que se había dejado el odre arriba, y de que sus pies se hundían en el barro.

Apareció de pronto, como si llevara allí toda la vida y formara parte del paisaje. En un entrante que quebraba la línea de la ribera, un recodo en el que el río se remansaba, rodeado de arbustos, y con una pequeña playa pedregosa. Un viejo álamo se había vencido, hundiendo su copa en el Fluviá, pero parte de su tronco, ancho y blanco, estaba al aire y servía a Arsenda como asiento. Los pies descalzos le colgaban hasta casi tocar el agua. Esta vez vestía su túnica blanca y tenía el pelo seco. Le mostró a Arnau sus perfectos dientes al sonreír.

—Arnau Mir de Tost. ¿Otra vez de viaje para ver a tu futura esposa?

—Yo diría que no, mi señora.

—Pues yo diría que sí.

Se acercó. La bolsita de piel oscura también colgaba de una rama, pero el espejo estaba fuera y reflejaba la negrura del cielo.

—¿Cómo puede ser, mi señora?

—¿Cómo no iba a ser? Bien que te has esforzado en que fuera.

Arnau no podía apartar la vista de ella. El siguiente relámpago creó la ilusión de que los ojos de Arsenda pasaban del verde al dorado, y el trueno llegó enseguida.

—¿Tú sabías que iba a venir, mi señora?

—Claro. —Y dio dos toques con el índice sobre su espejo.

—Ah, ya. Como es mágico…

—Eso dicen.

—Pero no lo entiendo, mi señora. Pregunté por ti, y no encontré nadie que te conociera o que te hubiera visto jamás.

—Qué cosa tan rara. —Arsenda alargó la mano y, con dos dedos, le tocó el cuello. Estaba tan fría como la primera vez, y eso alivió un poco el calor. Tomó el cordel y tiró de él hasta que la calamita quedó fuera—. Vaya, si has escrito mi nombre.

—Ya sabías que lo escribiría, ¿no? Seguro que lo viste en tu espejo.

—Para eso no hacía falta espejo, se te notaba mucho.

—Y habrás visto más cosas, ¿eh, mi señora? Por ejemplo: ¿qué va a pasar ahora?

Arsenda se inclinó hacia el espejo, que seguía reflejando el cielo.

—Pues que va a llover. Tormenta de verano, qué bien. Hace tanto calor…

Arnau sonrió, fascinado por Arsenda. Por el contraste entre el cabello canela y esa piel tan blanca. Apoyó las manos en el tronco del álamo, una a cada lado de la mujer.

—¿Eso va a pasar, mi señora? ¿Nada más?

—Sí que va a pasar algo más, sí. Aunque tampoco me hace falta espejo para saberlo. —Volvió a agarrar la calamita—. Porque esto no lo habrás escrito a lo bobo, claro.

Tiró hacia sí, y la calamita arrastró la cinta escrita, y con la cinta vino el cuello, de modo que el rostro de uno se acercó al de la otra. Se detuvieron a pulgadas, se miraron desde muy cerca al principio, y luego cerraron los ojos al mismo tiempo que se unían sus labios, justo cuando las primeras gotas caían con sordo impacto sobre el río Fluviá. Se besaron con suavidad en la boca, y en el cuello, y en los párpados, y ella le cogió las manos, que seguían apoyadas en el álamo, y las guio hasta sus pechos.

Cuando la tormenta ya estaba desatada, el río se llevaba la túnica blanca de Arsenda, y los dedos de Arnau le recorrían la piel desnuda; y sus labios, la curva del cuello. Sus hombros, su vientre, la cara interna de sus muslos. Arsenda lo atrajo aún más contra sí, sin importar que les cayera encima toda el agua del verano, como si cada pequeño fragmento de piel seca significara placer perdido. Arnau trepó al álamo, ella se dejó caer sobre el tronco muerto. Dejaron de oír el tableteo de la lluvia contra las hojas y la superficie, ni los truenos, que ahora venían mano a mano con los relámpagos y rasgaban el aire caliente a su alrededor. Solo se oían entre ellos, suspirando, gimiendo y exigiéndose más y más. Pronto, ni Arnau ni Arsenda sabían si aún yacían sobre el álamo vencido o si flotaban en el río, o si el Fluviá los arrastraba con sus aguas violentas, que los

mecía un momento y, al momento siguiente, los arrojaba contra las rocas del fondo. Entre relámpago y relámpago, él abrió los ojos y sí que seguían los dos sobre el tronco, desnudos y empapados, y el cielo se derramaba por todas partes, igual que se derramó Arnau dentro de Arsenda, lo mismo que se derramaba la melena bermeja sobre la madera y caía en cascada hasta el agua. En ese instante, la voz ronca de ella se afiló, como cuando cantaba, y hasta el Fluviá aceleró su curso, y las hojas de los chopos y los alisos crecieron en su siseo, y solo entonces amainó la tormenta.

†

Segunda parte

(1035-1037)

«¿No ves esa angosta vereda
cubierta de espinos y zarzas?
Esa es la vereda del Bien,
aunque pocos vengan por ella».

J. R. R. Tolkien,
Sobre los cuentos de hadas

13. Vasallaje

†

CUATRO AÑOS DESPUÉS. PRIMAVERA DE 1035. BURGOS, CONDADO DE CASTILLA

El camino del apóstol Jacobo era una de las obsesiones del rey Sancho. No solo porque asegurar la ruta de los peregrinos hacia Compostela acrecía los beneficios económicos en el propio reino de Pamplona, sino por su empeño en extender el rito sagrado romano. Sancho, que creía con firmeza en que la mano de Dios lo guiaba, estaba convencido de que los viejos usos hispanos, arraigados desde tiempo de los godos, tenían que ceder ante la corriente que, desde Roma, llegaba a los reinos de Pamplona y León a través del camino sacro y de las cartas de su gran amigo en la distancia, el abad Oliba.

Ese día el rey Sancho visitaba la iglesia de Santa María, y luego tenía pensado pasarse por San Pedro, en el barrio de Eras. No solo para influir en los clérigos castellanos con su charla amigable no exenta de cierta intimidación, sino para rezar por sí mismo. En los últimos años, sus dolores de vientre se habían vuelto insufribles. Apenas le dejaban dormir, y casi no comía. Sancho de Pamplona adelgazaba tan rápido que la ropa nueva le quedaba holgada a los pocos meses de tejida, y ya no soportaba ni el peso de la cota de mallas. Además de las náuseas y de la falta de apetito, cada poco

vomitaba sangre, y la piel y los ojos le habían cobrado un tono amarillento. Como los físicos del rey no eran capaces de calmar sus males, se buscó a sabios en todo el reino, y también en las tierras vecinas. Al final se requirió a Yusuf as-Sansí al-Wanas, un reputado físico musulmán, pupilo del mismísimo Abú l-Qasim az-Zahrawí. Yusuf as-Sansí se había refugiado en Toledo tras el hundimiento final de la corte cordobesa, lo que había sucedido cuatro años antes, y allí se había convertido en médico de cámara del rey toledano, Ismail az-Záfir. A cambio de buena paga, se invitó al sabio as-Sansí a acudir a Nájera, y allí examinó al rey ante la respetuosa mirada de los médicos cristianos y judíos. El modo en que el andalusí chascaba la lengua cuando presionaba el vientre del rey desalentó a todos, y más aún cuando descubrió el color ambarino que cobraban sus ojos. Le recetó algunos brebajes que le rebajarían el dolor sin hacerlo desaparecer, y aseguró que la bilis negra y la sangre espesa del rey le habían alimentado un tumor llamado Saratán, tan agarrado a la carne que parecía un cangrejo que lo destrozara con sus pinzas. Y que más le valía encomendarse a Dios para ayudar en la empresa. Dicho esto, cobró su estipendio y regresó a Toledo.

Tal vez otro se habría hundido, pero Sancho de Pamplona no lo hizo. Más bien pareció que le entraba la prisa. Dio orden de que no trascendiera la gravedad de su dolencia, y se dedicó a cortar flecos políticos y a obedecer al sabio as-Sansí en cuanto a lo de encomendarse a Dios. Eso sí: malhumorado como un oso herido y cada vez más débil, aumentó la frecuencia de sus viajes. Y a este de Burgos pidió a Ramiro que lo acompañara.

Ese mediodía, mientras el rey ultimaba sus asuntos en las iglesias burgalesas, Ramiro comía con su hermanastro Fernando, ya establecido en el castillo como conde, y con su flamante nueva esposa, nada menos que la Princesita.

La sala del trono condal no era grande, pero sus muros impresionaban. Las armas y estandartes ganados a los sarracenos los cubrían casi por entero, dando fe de que Castilla y paz no eran términos que casaran bien. Allí lucían trofeos conseguidos en poco más de un siglo por los sucesivos condes castellanos en las escaramuzas de conquista hacia el Duero y más allá, en lugares

como Gormaz o Sepúlveda; en cabalgadas de largo alcance que llegaban hasta ciudades aún sarracenas, como Madrid, Almazán, Atienza o Molina; o en batallas en campo abierto como Osma o Simancas. A todos estos despojos se unían los ganados por Fernando en sus refriegas contra los infieles zaragozanos, en su aprendizaje del oficio de la guerra de mano de su hermanastro Ramiro. Y había algo más colgado en aquel muro, expuesto no como trofeo de guerra, sino como marca de infamia. Un brial de mujer, sucio de barro y sangre secos desde el pecho a los faldones.

El olor a carne asada se extendía por la estancia, y los criados, demasiados para los tres únicos comensales, montaban guardia en los rincones, atentos a cualquier orden de la Princesita, verdadera señora del castillo. Sancha de León contaba ya diecisiete años y, tal como prometía desde niña, se había convertido en una bella muchacha, aunque no lograba desprenderse de dos cargas: una era su apodo, y otra su permanente gesto de tristeza. Siguiendo lo planeado por el rey Sancho tras la tragedia de la frustrada boda, la Princesita había ingresado en el monasterio de San Pelayo de León en calidad de abadesa, no se sabía si para olvidar el mundo o para ser olvidada por él. Allí, orando y dirigiendo la vida monacal, se prepararía para recibir los votos y consagrar así su definitiva separación del siglo; penaría por siempre la que era viuda antes que casada, la que había visto morir al prometido a sus pies, aquella a la que nadie podía vengar. Sin embargo, Sancho de Pamplona cambió de parecer, por lo visto a instancias de la reina Mayor. A esta, que tenía un intenso cariño por la muchacha, se le ocurrió la oportuna idea de rescatarla del convento antes de que tomara la orden religiosa, para a continuación casarla con su hijo Fernando. Ya que la Princesita no había llegado a convertirse en su cuñada, se convirtió en su nuera, lo que en teoría aseguraba los lazos de Pamplona con León, desde donde todavía se miraba con recelo al nuevo conde de Castilla, y se consideraba una intromisión imperdonable que el condado basculara hacia una corte que no fuera la leonesa.

Así pues, Fernando y la Princesita se habían casado en Burgos tres años antes, esta vez sin percances. Ella aportó como dote las tierras entre el condado de Cea y el río Pisuerga, sobre las que ya Sancho

de Pamplona había extendido su influencia durante los primeros años de reinado de Bermudo. Una vez más, el rey pamplonés maniobraba entre cortes para asegurarse la preeminencia hispana. Solo había un problema.

—Mi cuñado Bermudo exige que acuda a León a rendirle vasallaje.

Lo había dicho Fernando, sentado en la cabecera de la mesa. Ramiro, en la cabecera opuesta, dejó en el plato el pan pringado en salsa. La Princesita se puso en pie.

—Voy a azuzar en la cocina para que traigan fruta. Seguid hablando.

Con una palmada indicó a los criados que la siguieran, y solo los dos hermanastros quedaron en la sala del castillo burgalés.

—El rey de León te reclama —repitió Ramiro—. Bien, ¿y qué vas a hacer?

Fernando desvió la mirada al techo. El joven segundón, que contaba ya diecinueve años, se había convertido en un muchacho fuerte, de espalda ancha y pecho recio. Fortalecido en la guerra fronteriza e intermitente a la que le había guiado su hermanastro.

—Debería ir, arrodillarme, besar su mano y jurarle fidelidad. ¿No es lo justo? El Infanz era vasallo de Bermudo. Todos los condes de Castilla lo han sido de los reyes leoneses, de mejor o peor grado.

—Ve, pues.

—No es tan fácil. —Fernando tomó la copa plateada, pero no para beber, sino para mirar en su interior y remover el vino—. No me gusta cómo me lo ha exigido Bermudo, tendrías que leer su carta. Me repite demasiado que los castellanos son sus súbditos, que las tierras de Castilla pertenecen a León, que mi título solo es lícito si lo tengo a él por rey.

—Bueno, no deja de ser cierto todo eso. Pero seguramente no será cosa suya, sino de sus consejeros.

—Es posible. He oído que hace poco nombró a un nuevo alférez, un tipo llamado Nepociano… —Fernando hizo memoria—. Ah, sí: Nepociano Osóriz. Y luego está el tenente de León, el conde Flaínez, que tampoco nos tiene en mucha estima. Ojalá nuestra tía Urraca siguiera viva.

Ramiro asintió. La hermana del rey Sancho, la que fuera madrastra de Bermudo y lo tutelara en su minoría, había muerto cuatro años atrás, de un mal que se parecía sospechosamente al que ahora padecía el propio rey de Pamplona. Y en un intento por compensar la ausencia pamplonesa en la corte de León, Sancho había impulsado el proyecto de boda de su hija pequeña, Jimena, con el rey leonés. Más lazos políticos, más miradas de reojo.

—¿Y qué dice tu esposa? Ella es leonesa, conocerá a su hermano.

Fernando siguió observando el vino en su copa.

—No se le va de la cabeza lo que sucedió el día de su boda sangrienta con el Infanz. —Señaló al brial de boda expuesto en el muro—. Es como si llevara un gran peso colgado del cuello con una cadena, y necesita que alguien la libere. No será su hermano el que lo haga, por mucha corona que ciña, por mucho que me exija postrarme y besar su mano. —Volvió la vista hasta Ramiro—. Mi mujer no le perdona que mire hacia otro lado, que nunca la haya creído y que no castigue a los Vélaz. Por eso creo que a ella no le irrita que me muestre… desobediente con León.

—De todos modos, el único Vélaz del que se conoce paradero es Matalobos, y nadie puede tocarlo. No solo eso: cuando nuestro padre falte, Dios quiera que dentro de muchos años, García lo seguirá protegiendo. Tal vez nadie vengue al Infanz.

La Princesita regresaba en ese momento, seguida por un par de criados con bandejas de fruta. Por el modo en que miró a los dos hermanastros, era evidente que los había oído. Venía con el manto abierto para que se apreciara su incipiente embarazo, del que parecía muy orgullosa. Tomó asiento y se llevó a los labios un sorbito de vino rebajado con agua y miel, despidió a los dos criados, movió la cabeza lentamente hacia Ramiro.

—Óyeme: alguien vengará al Infanz, de eso estoy segura. Alguien que juró hacerlo. Alguien que tiene cara de cumplir sus juramentos. Y entonces descolgaré de ahí ese vestido sucio.

Ramiro quiso sonreír, transmitir simpatía a su medio cuñada, pero no pudo. Como no podía aguantar aquella mirada de tristeza que siempre se le clavaba en el corazón.

—Estás guapa, mi señora. Mi hermano tiene mucha suerte. Munia te envía recuerdos, te felicita por tu embarazo. Me pidió que te diera esto.

Ramiro se puso en pie, anduvo por un lado de la larga mesa y dejó un objeto junto al plato de la Princesita. Una bolsa de piel negra atada con un cordel.

—¿Qué es?

—Hojas de orcaneta. Coronita de rey, lo llama ella. Debes disolverlas en vino cuando se acerque el parto. Hay muy pocas, porque sería peligroso si las tomaras en cantidad. Recuerda eso, cuñada. Munia desea que traigas al mundo una niña fuerte, como tú.

La Princesita tomó la bolsa y se la enseñó a su esposo.

—Una niña, Fernando.

—¿Cómo lo sabe Munia? —preguntó este—. ¿Y si es un niño?

Ramiro se encogió de hombros.

—Ya conocéis a Munia. En realidad Munia no sabe si será niño o niña, creo yo, pero le haría feliz tener una sobrina, ya que tal vez nosotros no podamos… —Se interrumpió. La Princesita dejó la bolsa con las hierbas sobre la mesa y tomó la mano de su cuñado.

—Tendréis hijos, ya lo verás. Y jugarán con los nuestros.

Ramiro agradeció el consuelo de la Princesita, pero volvió a su sitio. Tanto el primer embarazo de Munia como los dos siguientes habían acabado en súbitos e inexplicables abortos a los pocos meses. Las malas lenguas de Nájera decían que eso ocurría por engendrar criaturas en pecado, ya que el rey Sancho no daba su brazo a torcer e impedía el matrimonio entre Ramiro y Munia. La Princesita se sintió obligada a cambiar de tema.

—Ramiro, como te habrá dicho mi esposo, no sabe si acudir a León para rendir vasallaje a mi hermano. No es que a mí me moleste, pero por allí aletea mucho cuervo que nos picotearía si pudiera, así que es mejor que no pueda. Fernando debe ir, contentar a Bermudo, escuchar con atención sus instrucciones, y luego volver aquí y hacer lo que le venga en gana. Convéncelo. A ti siempre te escucha.

—Mujer, déjalo —pidió Fernando—. Ahora es mal momento para…

—Es un momento tan bueno como cualquier otro —insistió ella—. Bermudo respeta mucho a vuestro padre. Bueno, lo respeta o… tal vez le tiene miedo. Supongo que renovar el vasallaje de Castilla a León le calmaría los nervios.

—Si solo son nervios, asunto arreglado —dijo Fernando—. Un poco de nerviosismo no mata a nadie. Y no me asustan los cuervos, por cierto.

—No, claro, tampoco son tan malos los nervios —reconoció ella—. Aunque los tiempos cambian, y no siempre como esperamos. Yo lo sé muy bien. En fin, he visto muy desmejorado a vuestro padre, perdonad la crudeza. Dios quiera que se recupere y que viva mucho tiempo, pero ha de llegarle el mismo día que nos llegará a todos. ¿Qué hará entonces mi hermano? ¿Aguantará tanto sus nervios? ¿Dejará volar a los cuervos?

Fue Ramiro el que contestó.

—A nuestro padre le sucederá García. Y si Bermudo respeta a uno, respetará al otro. Respetarlo o, como tú dices, tenerle miedo. ¿Seguirá nervioso y rodeado de cuervos? Mala suerte. Nuestro padre ha sido siempre muy claro con eso: todos le deberemos pleitesía a García por encima y por delante de todo. —Señaló a su hermanastro —. Incluso por delante de Bermudo de León, en el caso de Fernando.

La Princesita tomó un albaricoque.

—Vale, puede que García se convierta en rey de Pamplona, pero García no es vuestro padre. Me parece más inclinado que él a desenvainar la espada que a arreglar bodas. Sobre todo si sigue tan amigado con el puerco de Matalobos. No creo que los actuales lazos familiares lo detengan. Temo que, si vuestro padre muere y Bermudo insiste en lo del vasallaje, lleguemos a una guerra. Mi esposo y mi hermano enemistados. ¿Os imagináis? Es lo único que me faltaba.

—Eso no pasará, mujer. —Fernando posó la copa en la mesa, se levantó y anduvo hacia una de las paredes, donde acarició un escudo musulmán, adornado con versículos coránicos y capturado por algún difunto conde de Castilla en Dios sabe qué escaramuza en

tiempos de los califas Omeya—. Nuestros enemigos son los infieles, no pelearemos entre nosotros. Yo al menos no pienso hacerlo.

—Entonces, pese a todo y para no correr riesgos, irás a prestar vasallaje a Bermudo —aventuró Ramiro.

Fernando volvió a andar hacia la mesa. Cogió la bolsita de hierbas que Munia le regalaba a la Princesita.

—Coronita de rey, ¿eh? Así se llama esto.

—Eso es. Creo que es por la forma de las flores.

—¿Sabes, Ramiro, cómo está firmando nuestro padre sus documentos?

—Pues con su signo y su nombre, supongo. No me paro a leer esas cosas, son muy aburridas.

—*Imperator totius Hispaniae,* así firma —dijo Fernando—. Y hace unos meses, en una carta a la iglesia de Palencia que me tocó confirmar, se refirió a sí mismo como *regnante in Castella*.

Ramiro sacudió una mano para quitar importancia a aquello.

—Ya sabes lo fanfarrón que es. Además, es rey, ¿no? Pues los reyes reinan.

—Lo sé, lo sé. Es rey, sí, como lo será García. Reinante en Castilla. Porque es él quien gobierna aquí, claro, aunque me haya conseguido el condado. Y yo también deseo que viva muchos años, aunque es cierto: algún día morirá. Y entonces ¿quién será el que reine en Castilla?

—Jugáis con las palabras —intervino la Princesita, y dejó el albaricoque en la bandeja sin probarlo—. Castilla no tiene rey, sino conde.

Fernando levantó la bolsita de cuero. Qué nombre tan curioso el de aquella hierba.

—Castilla no tiene rey —repitió—. Espero que todo se quede en eso. En un juego.

†

AL MISMO TIEMPO. NÁJERA

Felicia recorría los pasillos del palacio a la carrera, los faldones de la saya recogidos y asomándose a cada rincón. Cuando veía a algún sirviente, se lo preguntaba.

—¿Has visto a la reina?

—No desde anoche.

Preguntó a tres o cuatro criados más, pero no supieron decirle, así que retomaba la carrera. Se asomó al salón principal, donde doña Mayor solía comer sola esos días, mientras el rey Sancho estaba fuera. Pero allí no había nadie.

—Sangre de Cristo…

Tal vez la reina estaba cansada y se había retirado a descansar, pensó Felicia. Llegó ante el aposento real y se detuvo. Alisó la ropa, se enjugó el sudor de la frente, recolocó las trenzas, carraspeó. Cerró el puño y se dispuso a golpear la madera, cuando oyó algo indefinible al otro lado. Arrugó el ceño. ¿Y si se enojaba por molestarla? La reina Mayor era severa, daba miedo cuando te miraba, mucho más cuando se dirigía a ti. Aunque eso no lo había experimentado mucho Felicia, porque cumplía con su labor de forma correcta, eso creía. En fin, la noticia que traía era grave, o eso pensaba ella, así que se armó de valor y golpeó la madera con los nudillos.

—¡Mi reina! ¡Soy yo! ¡Felicia!

Silencio en la cámara real. Y luego, de repente, roce de ropas y pasos apresurados. El aya se hizo un paso atrás y trató de recuperar el resuello. La puerta se abrió un palmo, asomó el rostro de la reina Mayor.

—¿Qué pasa?

—Mi reina, es tu hijo García, Está en el castillo, ha ocurrido una desgracia.

Mayor abrió un poco más, Felicia pudo ver que se cubría solo con una manta y llevaba el pelo revuelto.

—¿De qué hablas? ¿Está bien García?

—Sí, sí, él está bien. Nadie ha sufrido daño.

—Muchacha, aclárate, porque no te entiendo.

—Perdón por molestarte, mi reina. García te llama, quiere que vayas.

A la reina se le iluminaron los ojos como si un relámpago hubiera cruzado ante ellos.

—¿Mi hijo me llama, dices?

—No hace más que repetirlo, quiere ver a su madre. Me lo ha ordenado. Está… Él, bueno…

—¿Qué? ¡Habla, por Dios!

—Está llorando, mi reina.

Mayor no salía de su asombro. García llorando.

—¿Y Gonzalo?

—Lo he dejado arriba, mi reina. En el castillo.

—¿Solo?

—Solo no. Con don Diego Vélaz, mi señora.

La reina sacó la mano libre y cogió a Felicia del cuello, aunque sin apretar.

—¿Has dejado a mi Gonzalo con Matalobos?

—Mi reina, por favor… Es que García lloraba mucho, ¿qué podía hacer? Sangre de Cristo…

La reina rechinó un poco más los dientes, pero soltó al aya.

—Enseguida subo. Tú vete con Gonzalo, anda. Y mantenlo alejado de Matalobos.

Felicia se masajeó la garganta en cuanto Mayor cerró la puerta. Luego anduvo sin prisa para salir del palacio najerense, maldiciendo para sí a toda la familia real. Después se lo pensó y apretó la marcha, no fuera a vestirse rápido la reina y a adelantarla de camino al castillo. Cuando llegó, encontró a García tal como lo había dejado, casi tumbado sobre su caballo blanco y lloriqueando. El animal, vencido de lado en tierra, apenas se movía. Al lado, Diego Vélaz Matalobos también mantenía la misma impavidez. Plantado a poca distancia, las piernas algo abiertas, apoyado en su enorme hacha como si fuera un báculo. Tanto García como Matalobos vestían ropaje guerrero e iban cubiertos de polvo y barro seco. Gonzalo, algo más apartado, estaba confundido. El más joven de los hijos del rey ya tenía casi quince años, pero no había crecido tanto como sus hermanos, y hasta los criados de su edad le sacaban medio palmo.

Además, no era raro que enfermara y se mostraba tímido con todo el mundo. A excepción de Ramiro y Munia, y de su propia madre. El parecido de Gonzalo con la reina se había incrementado tanto que a veces, cuando el chico se ponía la ropa de dormir, era fácil confundirlo con una muchacha. Formando un círculo amplio, muy separados de la extraña escena pero aún en el patio del castillo, callaban una veintena de guerreros igual de sucios y extenuados que García y Matalobos, y casi toda la servidumbre de las caballerizas.

La reina llegó en poco rato, con el cabello rojo descubierto y el brial mal enlazado. Se le notó el alivio al ver a Gonzalo, ni siquiera miró a Matalobos y se precipitó sobre García, al que abrazó por la espalda.

—¿Qué ha pasado, hijo mío?

García levantó la cabeza. Señaló el vientre de Zidar y el enorme charco negruzco en tierra. Quiso decir algo, pero gimoteó hasta casi encanarse, como si en lugar de un hombre de veintinueve años fuera tan crío como Gonzalo. Tenía enrojecidos e hinchados los ojos claros, el flequillo rubio sudoroso, pegado a la frente. Fue Matalobos el que habló.

—Una emboscada sarracena en la frontera, cerca de Calahorra.

La reina ni siquiera miró al Vélaz. Sacudió a García por los hombros.

—¿Tú estás bien, hijo?

Pero García seguía sin articular palabra. Se dejó caer de nuevo sobre el costado de Zidar, que respiraba ya casi imperceptiblemente.

—El caballo se llevó una lanzada —explicó Matalobos—. Rechazamos a los moros y volvimos, pero ha perdido mucha sangre.

La reina Mayor soltó por un momento a García, se levantó y por fin miró al Vélaz a los ojos.

—No te he preguntado a ti. —Señaló la puerta del castillo—. Fuera de mi vista.

Matalobos amagó una reverencia y obedeció. Gonzalo anduvo lentamente hasta el caballo agonizante. García le acariciaba el pelaje. Mayor volvió a inclinarse junto a él y le acercó la boca al oído.

—García, hijo mío, te están mirando tus hombres y los criados. Y tu hermano pequeño. Deja de llorar.

—No quiero que se muera. No quiero.

A Mayor le recordó cuando era un crío aún más joven que Gonzalo. Cuando ella también era una madre primeriza, orgullosa de su primogénito. Era la propia reina Mayor la que había regalado ese caballo a García, solo un potrillo por aquel tiempo. Un animal procedente de Tarbes, comprado al vizconde Céntulo de Bearne a través de un mercader de Bayona, por una fortuna equivalente a cien ovejas, veinte modios de trigo y diez medidas de vino. Mayor sabía que su hijo, lo mismo que el rey Sancho, amaba a los caballos. Casi por encima de los títulos, las tierras y las mujeres. O sin casi. Rodeó al animal moribundo y observó la herida en el vientre. Apenas goteaba ya. El costado subía muy poco con cada respiración, y la mirada de Zidar estaba fija, ollares y belfos inmóviles. Ni siquiera agitaba las patas. No era necesario saber de albeitería para ver lo que venía ahora. Le acarició el hocico. Pero más que la agonía del animal o la estampa de un príncipe que gimoteaba en público, a la reina le apenaba el sufrimiento de su hijo. Había que acabar con aquello.

—Vamos, García. Que no padezca más. —Se volvió hacia los guerreros que asistían al penoso espectáculo—. Uno de vosotros, traed un hacha aquí. Ya.

—¡No, madre!

Mayor rodeó de nuevo a Zidar y abrazó a García. Le acarició el pelo y las mejillas, besó su frente, poco a poco consiguió separarlo. Le obligó a dar la espalda al animal mientras un par de hombres se disponían a acabar con su sufrimiento. Gonzalo, incapaz de apartar la mirada, vio cómo lo sacrificaban. Zidar no emitió ni un sonido, pero García supo en qué momento abandonaba el mundo, así de unido estaba a él. Hundió la cabeza en la cabellera rojiza de la reina. Cogidos de la cintura, anduvieron hacia las caballerizas.

—Ya está, hijo. Ya está. Zidar fue buen compañero, ¿eh? Ha acabado con honor. Debes estar orgulloso.

Se detuvieron junto a la cerca. Enseguida se vino también Gonzalo, que se detuvo a unos pasos, sin atreverse a consolar a su

hermano. Felicia se apoyó en los maderos, mordiéndose el labio. La reina seguía dedicándole a García palabras de consuelo y evitaba que volviera la vista hacia donde los criados despojaban al caballo muerto de sus arneses.

—No montaré otro como él, madre. Fue tu regalo.

A Mayor se le rasgaba el alma. Porque su hijo sufría, por todo el tiempo que había pasado sin dirigirle ni una mirada, y más aún porque era la primera vez en mucho tiempo en que veía a García como el niño que había sido en ocasiones, muchos años atrás. Frágil, angustiado, buscando su abrigo. A ella también se le humedecieron los ojos.

—Te regalaré otra montura. La mejor que exista. Una digna de un rey.

Apoyó la cabeza contra el pelo rubio de su hijo. Al otro lado de la cerca destacaban los caballos del rey. Todos estupendos, aunque a la reina le parecían poco para su hijo.

—¿Me lo juras, madre?

—¿Qué?

—Me regalarás el mejor caballo que exista, eso has dicho. —García besó a la reina en la mejilla—. Madre, siento tanto lo que has sufrido… Nunca fue mi intención.

—Deja eso ahora. Hemos de buscarte otra montura, ¿eh?

—¿Me quieres, madre?

Ella lo miró a los ojos, muy de cerca. Era más niño que nunca en ese momento, con la cara sucia, los chorretones de las lágrimas marcados hasta la barbilla, el mirar desangelado.

—Te quiero más que a nadie, García. Busca un caballo aquí, en Aragón, en Castilla, en Pallars, o al norte, donde tú quieras. Búscalo entre los infieles si lo deseas. No importa cuánto cueste, ¿oyes? Como si he de pagar una villa entera, o dos. Un reino pagaría si así dejas de sufrir, pero tendrás el caballo que quieras. Sí, hijo: lo juro.

†

14. El regalo de la reina

†

UNA SEMANA DESPUÉS. NÁJERA

La reina estaba inquieta. Sentía algo que la mordisqueaba por dentro, a la altura del corazón. Le había ocurrido algo similar dos años atrás, un poco antes de saber que su hermana Tigridia, la abadesa de Oña, había muerto repentinamente. Y puede que también lo notara cuando faltaban pocos días para aquella boda sangrienta en León. O tal vez no, y solo lo hubiera soñado. Fuera como fuese, el aire estaba denso en el alcázar najerense y la sangre le bombeaba a la reina más rápido que de costumbre.

Un jinete había llegado para anunciar el inminente regreso del rey Sancho desde Castilla, adonde había viajado para cuidar de sus intereses espirituales y dinásticos. No bien supo que su esposo iba a presentarse, Mayor ordenó llamar a los nobles y prelados que no habían acompañado al rey en su viaje y que se encontraban en Nájera. Mandó también que se montara en el salón del trono una bienvenida digna de una coronación. Hizo engalanar los muros, y ella misma vistió su mejor brial de lino verde, ceñido a la cintura y con pespuntes en las mangas, que hacía destacar los mechones rojos que escapaban de su toca. Mayor se colgó su cruz de esmaltes coloridos y se colocó a la diestra del trono, eligiendo de nuevo el ala

de la Fidelitas. Junto a ella estaba Gonzalo, con un alquicel moruno abrochado sobre el hombro, de corte redondo y tan pesado que le hacía sudar. Formando pasillo, algunos de los nobles del reino que disfrutaban de las principales honores, concedidas por el rey a cambio de auxilio y consejo: los señores de Funes, Cacabiello, Caparroso, Uncastillo y la propia Nájera, el mayordomo Gome Sánchez, y los obispos de Pamplona y Aragón. Y alrededor, pegados a los muros y cubriendo el espacio, los nobles de menor rango, las esposas e hijos de unos y otros, los altos funcionarios del alcázar. Fuera sonaron las campanas de San Sebastián, y en poco rato les contestaron las de San Pelayo, Santa Gadea y San Jacobo. Eso era que la comitiva real ya se atisbaba a lo lejos.

Mientras esperaban, el obispo de Pamplona subió a hablar con la reina. El prelado, tocayo del rey y uno de sus principales consejeros, era pequeño, redondo y muy dado a los aspavientos. Uno de esos hombres que rompía a sudar en cualquier situación, aunque fuera invierno y la nevada le llegara a la cintura. Le largó a la reina todo un panegírico del monarca, a quien tanto le debía. Pero al poco de charla intrascendente, un hombre de armas entró en el salón, corrió por el pasillo que debía pisar el rey y reclamó la atención de doña Mayor. El obispo, con mucho manoteo para bendecir a unos y otros, regresó a su lugar. La reina bajó un par de escalones y atendió al guardia.

—¿Llega ya el rey? —le preguntó.

—No, mi señora. Se ha presentado la muchacha aragonesa que vive con don Ramiro. Pide licencia para esperar dentro.

La reina miró al fondo, a las puertas. Se adivinaba a Munia al otro lado, las manos ocultas en las largas mangas de su saya y la trenza colgando sobre el hombro derecho. Aquella muchacha pasaba tanto tiempo sin Ramiro como la propia reina sin el rey. Y ella era joven, se la veía enamorada. Y había sufrido ya tres abortos.

—Que entre y se ponga por ahí.

—Sí, mi señora.

—Una cosa más. ¿No has visto a don Jimeno Garcés? Debería estar aquí, al pie del estrado.

—No sé nada de él, mi señora. ¿Quieres que lo busque?

La reina se sintió atraída por algo. Miró de nuevo a la puerta.

—No, no. Veo que ya viene. Retírate, soldado.

El hombre de armas se cruzó con el Eitán. El noble llevaba el manto prendido por una fíbula de plata y traía cara de preocupación. En la sala, la gente charlaba en algarabía cada vez más ruidosa. Pese a ello, don Jimeno habló en voz baja.

—García está a caballo abajo, en la ruta sacra, esperando al rey.

—Sí, yo le he dicho que se dejara ver allí. Avisará al rey de que lo esperamos y lo acompañará. Quiero que todo salga bien. Mi hijo y yo nos hemos reconciliado, y ahora deseo que haga las paces con su padre.

—Lo sé, lo sé. El problema es el caballo que monta.

La reina ni siquiera había pensado en ello. Antes de la muerte de Zidar, García habría escogido a este sin duda, y más para una ocasión tan solemne.

—¿Qué caballo monta?

—El negro, hijo de la torda de Dax. Fosco, así lo llamó Gonzalo, me parece. Mi reina, el rey se fijó en ese caballo hace tiempo, lo quiere para él. Se lo he dicho a García y me ha contestado que es un regalo tuyo. Que le juraste que tendría el caballo que él escogiera.

—Es cierto, Jimeno. Se lo juré. Los moros le habían matado a Zidar, el caballo que le regalé siendo casi un crío.

El Eitán negó, los labios muy apretados.

—Créeme, al rey no le va a gustar que al caballo negro lo monte García, sobre todo tal y como están las cosas entre ellos. Y aún le gustará menos enterarse de que se lo has regalado tú. Sabes cómo es.

La reina puso los ojos en blanco. Había muchos aspectos que le irritaban de su marido, y el menor no era la absurda obsesión con los caballos. Y lo malo era que García parecía haberla heredado.

—No puede ser tan importante, yo se lo explicaré a mi esposo.

—Mayor… Mi reina, poco conozco al rey si no le ofende ver a García con su caballo favorito. Precisamente ahora. Solía decirlo cuando cabalgábamos juntos. «Jimeno, lo que hayas de montar, ni se te ocurra prestar». ¿Sabes a qué se refería? A las mujeres y a los caballos.

La reina y el Eitán se miraron con fijeza.

—Es solo una forma de hablar —dijo ella.

—No es solo eso, ni aquí ni en ningún otro sitio. ¿Sabes lo que dijo un infiel? Que las mujeres no son sino monturas, y la montura es tuya en tanto no te bajas del caballo.

—¿Eso dijo?

—Dijo eso. Y yo te digo que el rey nunca ha sabido de nadie que montara algo de su propiedad.

Ahora fue la reina la que apretó los labios. Echó un vistazo alrededor.

—Esta conversación me crispa. Y nos mira todo el mundo. Yo quería que lo de hoy fuera una ocasión especial para mi familia, que dejáramos atrás nuestras diferencias. No sé cuánto le queda al rey, Jimeno.

—No mucho, me temo. Por eso has de dejar que salga y le diga a García que se olvide de ese caballo negro.

—Ah, por Dios…

El Eitán comprobó que el gentío había dejado de parlotear, y ahora todos atendían a la conversación en voz baja entre la reina y el principal noble de la corte. No podían oír nada, pero eso era aún peor.

—Mi reina, desde que García tuvo aquel enfrentamiento con el rey por darle Castilla a Fernando, está que muerde. El chico te culpa a ti y culpa a su padre. Y para rematar la mala estrella, a tu esposo tampoco hay quien le tosa desde que ese mal del demonio le corroe las entrañas. Si García y él tienen un encontronazo ahora, cualquiera sabe cómo acabará. García podrá disfrutar de ese caballo… pronto. Pero no ahora.

La reina bajó la cabeza. Aquello era una estupidez, casi chiquillería, pero ella conocía a su esposo y también a su primogénito. A cuál más obstinado, incluso con las naderías. El Eitán también los conocía y tenía razón: al rey no le quedaba mucho. Sus dolores habían aumentado en el último año, perdía peso al mismo ritmo que los robles perdían sus hojas en otoño, y cada semana parecía envejecer seis meses. Y por más que se revelara inquietante la idea de que muriera pronto, por más que a la reina la indignara

siquiera pensarlo, debía hacerlo. Tal vez no fuera tan difícil después de todo. El rey Sancho no daría su brazo a torcer, seguro, pero García se había mostrado amoroso el día de la muerte de Zidar. Se había abrazado a ella, había llorado sobre su cabellera roja, como cuando era un crío. Él, su querido hijo, aceptaría sus razones. Podría esperar un poco, a la muerte de su padre. Un año, tal vez dos. Y entonces gozaría del trono, de la primacía entre sus hermanos y de ese maldito caballo negro.

—Está bien, Jimeno. Baja y dile a García que no le puedo regalar ese caballo. Que desmonte y se busque otro, el que sea, antes de que llegue el rey.

†

Munia pidió paso entre la nobleza de segunda fila, disculpándose e ignorando los gestos de desprecio. Incluso al soldado se le había notado displicencia al pasarle el mensaje de la reina: «Entra y ponte por ahí».

Por ahí. Con cada uno de aquellos desprecios, a Munia se le iba una pizca de alma. Había costado, pero ya se notaba la fatiga de haber cambiado las montañas y los ríos por la ciudad y la corte; era como esos escalones bien aparejados que, con los miles de pisotones para arriba y para abajo, acababan por combarse y se vuelven resbaladizos, arqueados. Masticó y se tragó el desprecio que sentía por la masa cortesana. Pidió disculpas a la mujer de alguien, tal vez un señor que malvivía en un torreón de argamasa perdido en un rincón del reino, cobrando los derechos de horno y molienda a sus siete u ocho vasallos. La señora la miró como si no la viera, y Munia se fijó en su abultada barriga. Preñada de, por lo menos, ocho meses. Sintió otro de los mordiscos recurrentes en los últimos tiempos, la típica punzada, mezcla de dolor y envidia. Desde su segundo aborto no hacía más que ver mujeres embarazadas. Y con el tercero había empezado a odiarlas. Y, por más que achacara a la ciudad sus males, ella no quería odiar a nadie. En ese momento se pidió silencio. Munia se aupó. La reina Mayor destacaba en el

extremo del salón, junto al trono, gracias al estrado que la mantenía elevada y a su llamativo pelo rojo, que la toca blanca no conseguía ocultar del todo. Estaba allí, digna, serena, luminosa, vestida con lo mejor para dar la bienvenida al rey, con su flamante cruz lanzando destellos entre los pechos. Poco a poco se apagaron los murmullos, la gente se volvió hacia la puerta. Se oyeron los pasos y algún guardia lo gritó fuera:

—¡Paso a Sancho, rey en Pamplona y en Nájera, en Aragón, en Sobrarbe y en Ribagorza, en Castilla, en Álava y en Cea!

A Munia, que de política quería saber poco, le sonó aquello muy lleno de títulos. Demasiados para la figura que a continuación hizo su entrada en el salón del trono. Sancho de Pamplona había menguado como un cuervo a medio desplumar, y cojeaba encorvado bajo el peso de su manto forrado de piel. Sus cuarenta y tres años cumplidos parecían más bien sesenta y seis, y las canas llenaban su barba en cercos desafortunados, de modo que hasta parecía tiñoso. En la cabeza su pelo seguía tan negro como siempre, pero había perdido mucho en la frente. La que antaño fuera orgullosa melena le caía lacia y escasa sobre los hombros, y sus ojos empequeñecían con cada parpadeo. La sensación de inquietud flotó sobre las filas más cercanas al pasillo y se extendió por el salón con un murmullo de sorpresa. Intercambio de miradas, desconcierto. Munia oyó cuchicheos a su espalda. «Parece un muerto viviente», dijo alguien. Y más. Féretro andante, una sombra de lo que fue, casi ve ya al Creador. La propia reina mantuvo a duras penas la compostura. ¿Cómo era posible que en apenas unas semanas la enfermedad hubiera consumido así a quien gobernaba la mayor parte de la cristiandad ibérica e imponía temor al resto?

Ramiro venía unos pasos por detrás de su padre, muy acusado el contraste por su vitalidad. Firme, la barbilla alta, caminando a pasos seguros, la mano posada en el puño de la espada. Miró a los lados en busca de Munia hasta que la encontró, y uno y otra se dedicaron sendas sonrisas. Tras el rey y su bastardo llegaban los nobles que los habían acompañado en su viaje a Castilla, y que fueron situándose junto a sus iguales en el corredor abierto para la recepción. El obispo de Pamplona, tan vehemente y sudoroso como

de costumbre, repartía bendiciones y trazaba amplias cruces en el vacío.

El rey se arrastró más que anduvo hasta el estrado, trepó con notorio esfuerzo los tres escalones para recibir la reverencia de su esposa y, a cambio, besar su mano. El joven Gonzalo, que nunca había destacado por su envergadura, ahora parecía más voluminoso que su padre. No sabía ocultar lo turbado que estaba al verlo tan demacrado, así que vaciló un poco antes de inclinarse. Sancho se volvió hacia la multitud, subió la diestra como si pesara un cahíz y se dejó caer en el trono. Cualquiera habría dicho que acababa de batirse con mil sarracenos él solo, y de cada uno había recibido heridas. Todos esperaban unas palabras de saludo, de agradecimiento por la recepción, de triunfo por las ventajas diplomáticas conseguidas en su viaje… Solo dijo una cosa, y con un hilo de voz.

—Vino.

La reina no lo tenía previsto, así que palmeó tres veces y miró a todas partes. Nadie se movió.

—¡Que alguien traiga vino para el rey! —rugió, un trueno comparado con el ligero soplo que había sido la voz de su marido.

Hubo movimiento fuera, tal vez los criados se daban cuenta e improvisaban. La reina recuperó la compostura, sonrió con muy mal disimulo y volvió a apoyar la zurda en el respaldo alado del trono.

—Esposo mío, Nájera te da la bienvenida a tus posesiones. ¡Najerenses, larga vida al rey Sancho!

Lo de «larga vida» brotó al unísono de las gargantas de todos, aunque ninguno lo creyó. Munia se volvió a aupar, y localizó a Ramiro al pie del estrado. Sonreía de nuevo, aunque no a ella. Era porque su eitán, Jimeno Garcés, entraba ahora en el salón y caminaba por un lado del pasillo, sin darse a entender. La reina Mayor empezó entonces con una diatriba muy bien modulada para loar los esfuerzos del rey en defensa de la fe: lo que trabajaba por allanar la ruta sacra hasta Compostela, por cumplir los dictados de Roma, por unir a los cristianos para dirigirse contra los infieles… Ramiro y su eitán se abrazaron, pero Munia pudo ver que el gesto

de Jimeno Garcés no era de alegría. También el de Ramiro se agrió al escuchar lo que el noble le cuchicheaba al oído.

El siguiente en entrar fue Matalobos. A Munia la sorprendió que fuera acompañado de Felicia, la que fuera aya de Gonzalo y ahora se había convertido en poco más que una doncella de compañía de la reina.

—Y esos dos… ¿Juntos?

La preñada se volvió hacia Munia y hasta chistó.

—La reina está hablando —susurró entre dientes.

Munia se disculpó juntando las manos y fingió que escuchaba el panegírico de Mayor.

—Tienes bien ganado el cielo, mi rey y esposo —continuaba la reina, un poco inoportuna porque parecía verdad que lo de ir al cielo fuera inminente—. Nuestro fiel obispo de Pamplona me contaba hace un rato lo mucho que se te quiere en San Millán desde que decidiste nombrarlo a él como abad. También por tu feliz idea de cambiarles la regla, como manda Roma. Y por lo largamente que has favorecido al monasterio, que no son pocos los monjes que recuerdan los destrozos que les hicieron los moros en tiempos de tu padre, mi rey, que en gloria esté aunque tan poca fortuna tuviera al defender la cruz…

Mientras estas palabras de la reina recibían el beneplácito del muy gesticulante obispo de Pamplona, que además de abad de San Millán era tocayo del rey, Munia no quitaba ojo a la extraña pareja de Matalobos y Felicia, que se metían muy juntos por entre la gente para colocarse en el lateral opuesto. Vio que el Vélaz escuchaba con mucha atención lo que ella le decía, y que asentía repetidamente. Miró de nuevo a Ramiro y al Eitán, que compartían aquel gesto de preocupación y observaban muy atentos las puertas. La vista de Munia también se dirigió allí, y por eso fue testigo de cómo se abrían a la vez ambos batientes, y García, príncipe de Pamplona, irrumpía en el salón como debió de irrumpir al-Mansur en la iglesia del santo Jacobo el día aquel en el que descolgó las campanas para llevárselas de Compostela a Córdoba.

García se detuvo en el centro mismo de la estancia, concitando todas las miradas y mientras la reina seguía hablando. El príncipe

extendió el brazo derecho y lo remató con un índice acusador.

—¡Tú!

Ahora sí se interrumpió la reina. El rey, que tenía la cabeza apoyada en la mano, también se envaró. Un silencio de camposanto invadió el salón, y el eco de aquel pronombre rebotó contra las piedras najerenses. La reina miró a un lado y a otro, incapaz de creer que su hijo la señalara de esa manera.

—¿Sí, García?

—¡Tú, madre! —repitió el príncipe—. ¡Tú eres una adúltera!

Y a la reina Mayor, cuya piel era blanca como la nieve recién caída, se la vio palidecer. El rey Sancho encontró fuerzas para levantarse de un salto, los ojos muy abiertos.

—¿Qué dices?

—¡Lo que oyes, padre! —García reanudó la marcha y, de manera instintiva, los nobles que formaban pasillo retrocedieron un poco, empujando con sus espaldas a la multitud—. ¡Tu esposa, mi madre, la reina de los pamploneses! —Y la volvió a señalar, aunque sin apartar la vista de su padre—. ¡Ha cometido adulterio!

Lo que siguió a aquello fue el caos. La reina bajó dos de los escalones, pero se detuvo antes de pisar el tercero. El rey tuvo que apoyarse en el trono porque no soportaba seguir de pie y se negaba a sentarse. El rechoncho obispo de Pamplona corrió hacia García y le obligó a bajar aquel dedo que acusaba a su propia madre. El obispo de Aragón, Mancio de nombre, el doble de esbelto que el de Pamplona pero con la mitad de temple, dejó caer la mandíbula y se mantuvo así, con cara de lelo, hasta que decidió que aquello no iba con él, se retiró a un rincón y se puso a mover los labios a toda marcha y sin emitir sonidos, *Pater noster qui es in caelis* y todo eso. Nobles y prelados de todas las categorías se miraban, preguntándose si el príncipe se había vuelto loco, o acaso era la reina quien había perdido la razón. El pasillo humano que había servido como camino de honor para la comitiva se disolvió en la masa. Munia consiguió llegar hasta Ramiro, y vio de cerca cómo el Eitán estaba congelado, apretando tanto los puños que sus nudillos tornaban al blanco. Más de uno pedía silencio a grandes voces, y

otros se indignaban de rincón a rincón. «¡Infamia!», gritaban, y cambiaban de sitio por si alguien se fijaba en ellos.

—Quiero salir de aquí —rogó Munia a Ramiro. Este no la oyó la primera vez, y se negó a sacarla cuando por fin entendió qué reclamaba.

—Espera, esto es grave. Muy grave.

El obispo de Pamplona se las arregló para dominar la situación. De alguna manera se situó frente al estrado y, con los brazos en cruz y los ojos cerrados, consiguió que las voces se acallaran poco a poco. Munia se volvió y distinguió con claridad el temblor de la reina. El rey no podía más, dos de sus nobles lo sostenían. Por fin, el silencio se adueñó del salón najerense.

—En el nombre de Dios, de Jesucristo, su hijo. Y del Espíritu Santo. —El obispo, todavía de ojos cerrados, movió con rapidez la diestra, dándose golpecitos con los dedos al persignarse y proyectando al aire gotitas de sudor, y luego unió ambas manos de modo que los índices casi tocaban su nariz—. Se ha planteado una acusación.

—¡Esto no tiene sentido! —se defendió la reina.

El obispo abrió por fin los ojos. Miró con gran severidad a doña Mayor, luego al rey. Tal vez esperaba permiso de este. Fuera como fuese, no lo recibió, de modo que actuó por su cuenta. Se volvió para dirigirse a García.

—¿Te das cuenta, príncipe, de lo que significan tus palabras? ¿Te das cuenta? ¿Tanto si son ciertas como falsas?

García respiraba deprisa, soltando el aire por la nariz. ¿Dudaba?

—Me doy cuenta.

—No, hijo —intervino de nuevo el rey, más débil que nunca—. No te das cuenta de lo que haces. —Se volvió a la derecha, hacia su esposa—: ¿Qué pasa aquí, mujer?

La reina se retorcía los dedos, soltando lagrimones pero sin gimotear y sin atreverse a mirar a su marido. Aunque, incluso humillada públicamente, mantenía la entereza. Ni siquiera se le quebró la voz al dirigirse al príncipe.

—Es solo un caballo, García. Yo soy tu madre.

Nuevo silencio. Toda la corte expectante. El rey, dolorido como si lo estuvieran flagelando. La reina hacía equilibrio sobre un fino cordel, a punto de caer en un lago de fuego en lo más profundo del infierno. García, una vez más, acusó a su madre de la manera más infamante, señalándola con el dedo.

—Has cometido adulterio con don Jimeno Garcés, se te ha visto. En ausencia del rey has yacido con ese hombre. Tú no mereces que yo te llame madre, ni que los pamploneses te llamen reina. Que Dios me perdone.

Hubo una nueva marea de murmullos al conocerse quién era el presunto amante de la reina, y las duras palabras que empleaba el príncipe. El Eitán echó la cabeza atrás al oír su nombre, pero no dijo nada. Solo miró al techo, los labios apretados. Ramiro le apretó el brazo.

—¿Qué es esto?

No contestó. Muy despacio, se volvió hacia el estrado, y lo mismo hicieron todos los presentes. La reina también, y el obispo de Pamplona. Hasta Gonzalo, que parecía no entender lo que ocurría allí. El rey se masajeaba las sienes, casi arañándose la frente.

—Ya basta —rogó con aquella media voz—. ¿Dices, García, que tienes testigos?

—Sí, padre. ¿Quieres oír su testimonio?

El obispo de Pamplona volvió a entrometerse.

—Esto no es forma de hacerlo. No somos paganos ni animales. Ley tenemos. Y la reina, derecho a defenderse.

El rey dirigió la vista a su esposa, que aún no se atrevía a mirarlo.

—El obispo tiene razón. Llevad a la reina… Llevad a esta mujer al castillo, a lo más alto de la torre. Quiero guardia de día y de noche. Que no salga y que no hable con nadie. —Movió la cabeza hacia el Eitán—. A este metedlo en la mazmorra.

—Mi rey… —empezó a decir el noble.

—¡Cumplid mis órdenes! —pudo gritar Sancho de Pamplona tras reunir el poco aliento que le quedaba, y después cayó en un trance de agotamiento.

Fueron los nobles del reino los que se encargaron de desarmar al Eitán, que no opuso resistencia. En cuanto a la reina, se dejó tomar

del brazo por los obispos de Pamplona y Aragón. Hubo gente que prefirió salir de allí cuanto antes, y otros ni se movieron del sitio, vencidos por el morbo o por simple curiosidad. Ramiro vio cómo se llevaban de su lado al hombre que lo había educado, y del que había escuchado una y otra vez requiebros andalusíes para seducir a las damas, pero también máximas de honor y de lealtad. Ese día, Jimeno Garcés no había negado en ningún momento la acusación. A decir verdad, tampoco lo había hecho la reina. Conforme se despejaba el salón, Ramiro, ojos entornados, observó que García no se dirigía a consolar a su padre, sino que discurría hacia un lateral para reunirse con Matalobos y Felicia.

—Ramiro —susurró Munia—. ¿Qué te decía tu eitán hace un momento, antes de que entrara García? Te ha cambiado la cara al escucharlo.

—García se ha enfrentado con él ahí fuera por causa de Fosco.

—¿Por Fosco? ¿El caballo?

—Sí. —Ramiro observó el movimiento a su alrededor. El rey se apoyaba en Gonzalo para levantarse y bajar del estrado, mientras los demás dignatarios lo rodeaban, articulando palabras de consuelo. Los obispos salían en ese momento con la reina, mientras que don Jimeno Garcés ya debía de ir a rastras camino del castillo—. Cuando llegábamos mi padre y yo, García y mi eitán discutían junto a la puerta, Matalobos tenía a Fosco por las riendas, y a su lado estaba esa mujer, Felicia. Mi padre ni siquiera los ha visto, te habrás dado cuenta de lo débil que está. García y mi eitán se han apartado al vernos, seguían discutiendo. No han dado la bienvenida a mi padre. En fin, no he prestado más atención. Discutían, sí, ¿y qué importancia tenía eso? He seguido camino para acompañar a mi padre hasta el trono. Luego mi eitán ha entrado y me lo ha dicho: que se enfrentaba con García porque la reina le había regalado a Fosco sin permiso de mi padre. Que García se ha enojado mucho, que le ha jurado que aquello no iba a acabar bien. ¿Tú sabes algo? ¿Qué ha pasado en nuestra ausencia?

—A mí no me dicen nada, Ramiro. —Munia bajó la voz aún más—. ¿Tú crees que es cierto? ¿La reina y tu eitán…?

—No —respondió él. Sin dudas. Ni una sola fisura en su confianza —. Es burdo, el típico rumor que encanta a la plebe cuando se aburre. Indigno incluso de García. Es una infamia. Una injusticia. Acusar a su propia madre… Yo no le tengo aprecio a la reina, sabes que ella me odia. Pero esto no es manera. El rey podría decretar su muerte, ¿sabes? Y la de mi eitán. Milagro será que por lo menos no acaben desterrados. Ahora habrá un juicio, será humillante. Mi padre está muy mal, acabe como acabe esto, el disgusto lo matará. Ah, García, García… ¿Por qué?

Munia señaló al lateral del salón, donde el príncipe, Matalobos y Felicia seguían en apretado corro.

—Dice tu hermano que tiene testigos.

Ramiro los miró. Unidos los tres en triangular conciliábulo, inclinados hacia el centro, como cuervos que picotearan una presa muerta.

—Ya veremos qué pasa. Vámonos de aquí, Munia. Necesito descansar, que esto no se ha terminado. Y no pienso quedarme de brazos cruzados.

†

15. Por la sangre de Cristo

†

UN MES MÁS TARDE. CASTILLO DE GRAÑÓN, REINO DE PAMPLONA

La cosecha iba a ser abundante ese año. Lo barruntaban los labriegos porque mayo aguantaba frío, y se adivinaba también desde las almenas del torreón. El cereal, verde hasta un par de semanas antes, amarilleaba los campos hasta perderse de vista. Otra cosa que se veía era que, con la primavera aposentada, el camino a Compostela se llenaba como nunca. Un camino bien trazado, que traía riqueza y devoción, no solo al reino pamplonés.

—El legado de nuestro padre. ¿Se lo recordará por esto? ¿Un camino para peregrinos?

Ramiro dudó ante la pregunta de su hermanastro Fernando. La obra del rey Sancho de Pamplona no era el simple trazado de un camino nuevo, más seguro y transitable desde que los peregrinos habían empezado a acudir a visitar la tumba del apóstol, hacía ya dos siglos. Asomado entre dos merlones, observaba lo que unas décadas antes no eran sino malas hierbas, pedruscos, campos incultos y barro removido por el azote de las algaradas sarracenas. Ahora se veía florecer el cercano monasterio de San Martín, rodeado de huertas, y los campos de cebada y trigo bien ordenados y uniformes, ganados para la prosperidad humana. La aldea al pie de

la colina, cruzada por el camino a Compostela, y el trazado de los riachuelos marcado por las alamedas. Los numerosos grupos de viandantes que recorrían la ruta sacra se abastecían en los mercados protegidos por el rey. Lo que se ahorraban por la exención piadosa del peaje lo gastaban al usar los molinos, dormir en las fondas, comer en las posadas, dejar sus donativos en las iglesias de la tierra. La ruta no era solo un estallido de devoción. Era un negocio rentable que anunciaba un verano más boyante aún. Y esto serviría para dotar a más monasterios, atraer más reliquias, construir más puentes, erigir más albergues para peregrinos. Los arrabales se poblaban con gentes que venían de más allá de los Pirineos, que trabajaban la tierra o apacentaban el ganado, que pagaban sus tributos y servían en las guerras para ganar más tierra a los infieles. Y esto se repetía por todos aquellos lugares bendecidos con el paso de la ruta. En Pamplona, en Castilla, en León y hasta el *finis terrae*.

—Al rey se lo recordará por el camino y por mucho más.

—Pues espero que entre ese mucho más no figure el condenar a muerte a su propia esposa.

Fernando se apartó del merlón. Acababa de llegar a Grañón, casi en la frontera entre el reino de Pamplona y la Castella Vetula, acompañado por su esposa, la Princesita, y un corto séquito de criados. Iban camino de Nájera para asistir al juicio, fijado para dos días después. Antes de salir de Burgos había mandado recado a Ramiro para reunirse allí y hablar sin molestias ni oídos indiscretos. Fernando quería saber cómo había sido. De qué manera García, ante toda la corte, había acusado a su madre de adúltera. Y ahora, después de aquella charla en lo alto del torreón, ya lo sabía.

—¿Crees que nuestro padre me dejará verla? —preguntó el joven conde de Castilla.

—Ha prohibido que nadie hable con ella, salvo el obispo de Pamplona, que estará en el tribunal. Tu madre está bajo custodia día y noche, no podrás pasar ni una carta. Gonzalo ya lo ha intentado y no hay manera. De tu hermana Jimena no sé nada. Le mandé un correo a León para contárselo, pero no he recibido respuesta. Supongo que no vendrá.

—¿Y tu eitán?

—Puesto en cadenas y en ese agujero infecto que hay junto a la torre. Mandé recado a su esposa, pero no ha querido salir de Atarés. Sus hijos tampoco vendrán. Creo que se avergüenzan.

—¿Y tú, Ramiro? Jimeno Garcés ha sido casi como un padre para ti.

—Mi eitán es inocente, tu madre también lo es. Los dos son leales, bajaría al infierno a escupírselo a la cara al mismo diablo.

Un agradable aroma subió al adarve. Fernando lo aspiró, llenándose los pulmones.

—¿Qué tal si bajamos? Las mujeres nos esperan.

Descendieron por la empinada escalera adosada al interior del torreón y hasta la segunda planta, situada justo encima de las cocinas. La Princesita y Munia conversaban allí, esta contándole a aquella lo mismo que Ramiro le había contado a Fernando en las almenas. La temperatura era agradable, pero el fuego estaba encendido porque en una marmita se cocían hierbas para la embarazada. Munia había insistido en prepararle una infusión de tremoncillo. Mientras removía con una cuchara de madera, echaba vistazos a la barriga de la Princesita. ¿Por qué últimamente no veía sino mujeres preñadas? Los hermanastros se sentaron junto a la condesa de Castilla, que tamborileaba con los dedos sobre la mesa cuadrada.

—¿No deberías contárselo ya, Fernando? Lo del reparto.

El conde de Castilla asintió. Como habían prescindido de servidumbre, él mismo sirvió el vino de moras en cuencos irregulares. Olió el suyo antes de beber y mientras Munia, que ya retiraba el cocimiento del fuego para dejarlo reposar, tomaba asiento en aquel pequeño conciliábulo familiar.

—El reparto —repitió Fernando—. No sé hasta qué punto ese reparto es causa de lo que le está pasando a mi madre.

—¿Porque García sale perjudicado, dices? —preguntó Ramiro.

—Tal vez. Aunque no veo cómo este lío podría mejorar su parte en la herencia. Si nuestro padre repudia a mi madre, ¿qué pasará con sus derechos? ¿Qué pasará con Castilla, por ejemplo?

Ramiro se encogió de hombros. Consultó a la Princesita con la mirada.

—Las leyes no son mi fuerte —dijo ella—. Lo que está pasando es tan insólito que me cuesta imaginar las consecuencias de una condena. Y para complicarlo más, esposo, no has acudido a León a rendir vasallaje por Castilla. Mi hermano podría basarse en eso y reclamar el condado. ¿Y quién sería el máximo juez en ese pleito, sino él mismo? Castilla volvería al seno de León, Bermudo nombraría a un nuevo conde. ¿Qué ganaría García con eso? ¿Prefiere ver a un leonés a la cabeza del condado en lugar de a su propio hermano? La familia es lo primero, ¿no?

—No para García, como acabamos de ver —contestó Ramiro—. Por lo que decís, nuestro padre te confirma como conde de Castilla, ¿no, Fernando? ¿Y cómo reparte lo demás?

—Lo que él recibió de su padre, lo lega a García, que será rey de Pamplona y de Aragón. García también retendrá la Castella Vetula, porque nuestro padre la recibió en dote al casarse con mi madre. Para Gonzalo quedarán Sobrarbe y Ribagorza. A unos y otros nos lega plazas en tierras de los demás, supongo que para garantizar nuestra unión.

Munia carraspeó.

—¿Y Ramiro?

—Ramiro recibirá varios castillos —se apresuró a aclarar Fernando —. Aquí y allá, en tierras de García y Gonzalo, también en Castilla. Y lo más importante es que los tres, Ramiro, Gonzalo y yo, le deberemos vasallaje a García, que estará siempre por encima de nosotros.

—¿Se ha puesto por escrito? —preguntó Munia.

—No —dijo la Princesita—. El rey se lo contó al obispo de Oca como confidencia. Pero Oca está en Castella Vetula y, con ese reparto, quedará en manos de García. Resulta que el obispo Julián es castellano y no está conforme. No sería el único. Y no creo que mi hermano Bermudo esté de acuerdo en que García sea el señor de Fernando por Castilla. Castilla es leonesa.

—Ni siquiera García está conforme con esas condiciones —remató Fernando.

—Quiere más, claro —aventuró Ramiro.

—Ya viste cómo reaccionó en Oña cuando mi madre me concedió el condado de Castilla. García considera que él debe heredar todos los territorios, y después nos repartirá honores a Gonzalo y a mí. Dice, y tal vez tenga razón, que dividir los Estados nos vuelve débiles, como les pasa ahora a los infieles.

»De todos modos, la ambición de García no es el gran problema —siguió Fernando—. El gran problema es que si mi madre resulta condenada y pierde sus derechos, el condado de Castilla, la Castella Vetula, Cea y Ribagorza quedarán en el aire. Conocemos a nuestro padre; sabemos que, pase lo que pase, no se resignará a perder lo que con tanta industria ha amasado a lo largo de los años. La acusación de García no es solo una infamia, porque mi madre no es ninguna adúltera. La acusación de García es echarse tierra en los ojos y echárnosla a nosotros. Y a toda la cristiandad.

—Si condenan a la reina —completó Munia—, habrá guerra.

Ramiro, que no había tocado su vino de moras, negaba despacio.

—Corren malos tiempos, los peores para que ocurra una cosa así. Es como si el cielo se hubiera puesto en contra nuestra. El conde de Barcelona murió hace unas semanas, ha repartido lo suyo entre sus tres hijos, que son unos críos y están bajo la tutela de su abuela. Los nobles no lo aceptan, se oyen rumores de rebelión. —Miró a la Princesita—. Y perdóname, mi señora, pero se dice que tu hermano Bermudo también se deja influir mucho por sus vasallos. Esa insistencia en que Fernando le rinda pleitesía puede esconder otra cosa. Una especie de inquina. Yo estuve en León, tú eras una niña entonces, fue cuando te prometieron con el Infanz, mi padre se empeñaba en pacificar el reino. Sentí el recelo de aquella gente.

—Entiendo lo que dices —aseguró la Princesita—. Ese día, mira tú por dónde, se fraguó lo que ocurrió después en León aquel día de lluvia. Lo de entonces fue cosa de Matalobos, y esto de ahora también lo es, estoy segura. Quiere que Álava vuelva a ser de su familia. Dios sabe si no ambiciona algo más. La acusación de García, además, le permite librarse de la reina Mayor, a la que considera su mayor enemiga desde que mató al Infanz. Yo, más que nadie, sé de lo que es capaz Matalobos.

Ahora fue Munia la que tomó su cuenco, pero sin beber.

—Yo vi a Matalobos, a García y a esa mujer tan malcarada, Felicia, murmurando aquel día, tras la acusación. ¿Una rabieta por un caballo que se regala y se quita? No me parece suficiente. Algo se traían entre manos.

—Una conspiración —remató Fernando—. Pero no llegarán muy lejos. Nadie podrá probar que mi madre es adúltera.

—García dice que tiene pruebas, que hay testigos.

—Pruebas falsas —dijo entre dientes Fernando—. Testigos perjuros. Lo repito: es una conspiración. ¿Qué, si no?

Un silencio embarazoso sobrevoló la reunión. Nadie lo diría en voz alta, todos se negaron incluso a pensar en ello de manera consciente, pero la imaginación de los cuatro fue traspasada por una incómoda posibilidad. Fue como un relámpago que, en lugar de iluminar la oscuridad, oscureciera la luz. Ramiro tomó aire, levantó su cuenco y, como distraído, lo examinó al brillo de la fogata que ardía a su espalda.

—El juicio es pasado mañana. El rey encargó a los obispos de Pamplona y Aragón que ejercieran como jueces. El de Pamplona es diligente, lleva semanas entrevistándose con unos y otros. Es el único que ha podido hablar con la reina y con mi eitán. También ha hablado con García y… —Arqueó las cejas un par de veces—. Y con Felicia.

»Felicia es doncella de la reina, lo sabe todo sobre ella. Fue el aya de Gonzalo, recorre los aposentos del palacio, lleva años viendo todo lo que sucede en la corte. Siempre jura por la sangre de Cristo, y pasado mañana volverá a hacerlo. Por eso pedí al obispo de Aragón que me trajera cierto objeto desde la iglesia de Bailo. —Ramiro levantó un poco su cuenco y lo hizo girar. Por fin, se bebió su contenido—. Felicia siempre ha sido tímida, inocente como una oveja. No me creo que de repente se haya convertido en una loba. Así que no será capaz de mentir pasado mañana, y todo se arreglará.

Por fin bebieron, los cuatro a la vez. El aroma del tremoncillo, que humeaba desde el pote, ejercía de bálsamo. La Princesita se recostó contra el respaldo y acarició el abultado vientre. Allí crecía una niña, según Munia.

—Dime, Ramiro, ¿no te parece injusto el reparto que quiere hacer tu padre? ¿Y eso de jurar vasallaje a García? Estar siempre debajo de él.

—A mí sí me parece injusto —dijo Munia—. ¿Solo porque García nació antes? Es absurdo.

Fernando sonrió al recordar las palabras que el propio Ramiro le había dirigido unos cuantos años atrás.

—Imagina que todos tuviéramos derecho a reinar. ¿No fue eso lo que me dijiste, Ramiro? Ser iguales que García, ni por encima ni por debajo. Eso sería más justo, pero ¿qué pasaría entonces?

Ramiro también lo recordaba.

—Pelearíamos como una jauría de perros. Eso pasaría. Pero no somos perros, somos hombres y tenemos un código. De algo han de servir los juramentos.

Fernando ensanchó más la sonrisa.

—Mira para lo que sirven nuestros códigos de hombres y nuestros juramentos. Dime, Ramiro, ¿has visto alguna vez a un perro mordiendo a su madre?

—No, Fernando.

—Entonces tal vez haya que pelear.

El bastardo volvió a mirar su cuenco, lo dejó en la mesa y asintió.

—Tal vez haya que pelear.

†

DOS DÍAS DESPUÉS. NÁJERA

El día del juicio, las altas personalidades del reino se dirigieron al salón del trono, el mismo lugar donde había estallado el escándalo.

Y como aquel día, se preparó el estrado con el trono en lo alto. Por algún extraño proceso que nadie sabía explicar, el águila de madera tallada en el respaldo había ennegrecido con los años, casi al mismo tiempo que la salud del rey se marchitaba. Así que Sancho de Pamplona había mandado que las dos palabras de las alas,

Fidelitas y Iustitia, se tiñeran de plata. Y allí estaba aquella águila negra, como un símbolo del rey.

A los pies, una mesa con dos únicos asientos reservados para los obispos de Pamplona y Aragón. Se habilitaron bancos a los lados de la estancia para los nobles de mayor rango, los prelados y los abades. Se obligó al resto a permanecer fuera, apelotonados contra las puertas del alcázar y reunidos en la cuesta que subía desde Nájera. Y, picados por la curiosidad y un afán oculto de ver cómo de vez en cuando eran los muy nobles los que padecían en la vida, no solo los najerenses acudieron. De toda la contornada llegaron familias enteras a gozar del espectáculo, aunque se pudiera ver mal y oír peor. Desde Tricio, Azofra, Torrecilla, Huércanos, e incluso de Gimileo vinieron, y de Trascollado, de Castronuevo, Baños, Piedra Cidadera y Ginestazo. Así pues, una crecida muchedumbre vería llegar a los dos acusados desde el castillo, y podrían recibirlos con lanzamiento de verduras podridas y una buena retahíla de insultos, al menos hasta que la guardia repartiera algunos sopapos para poner orden, que tampoco era cuestión de excederse.

Dentro, el rey presidiría el juicio desde el trono, solitario en lo alto del estrado. El resto de la familia real —a excepción de la reina, claro — tomó asiento abajo y a un lado, en escabeles. García, Fernando, Gonzalo y Ramiro. Había un quinto escabel reservado para la Princesita, pero no un sexto para Munia. Ella era una extraña, así lo consideraba el rey, y por tanto esperaría fuera, junto a la chusma.

Era sábado, hacía calor y la humedad subía desde el río. Lo primero que se hizo fue oír misa en San Jacobo. Desde allí, en larga y silenciosa fila, subieron todos al alcázar mientras un destacamento de la guardia se llegaba hasta el castillo para excarcelar a los dos acusados, y los demás soldados cubrían carrera con las lanzas en vertical, sin dejar que el gentío se acercara mucho a los nobles. Aquel desfile se hizo en silencio, pues el rey inducía a compasión al verse tan desmejorado en cabeza de la comitiva. Antes de que la reina y el Eitán llegaran, en el salón del trono se constituyó el tribunal, y tomó protagonismo el obispo de Pamplona, quien en todo momento llevaba la delantera a su homónimo aragonés. Se restregó el sudor con la manga.

—En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, que son tres personas y un Dios verdadero, que vive y reina por siempre jamás; y a honra y juicio de santa María su madre, que tenemos por abogada en todos nuestros hechos, roguemos para obrar hoy con rectitud, sabiduría y buen tino.

El rey, que se postraba más que sentarse sobre su aguileño trono, declaró abierta la sesión, y un criado acarreó dos pesados volúmenes para entregárselos a los obispos.

No tardó ni medio padrenuestro en oírse el escándalo a las puertas. Abucheos e insultos indicaban que los acusados llegaban por fin. Era el momento, ahora sí, de empezar. El obispo de Pamplona depositó su enorme códice sobre su lado de la mesa mientras el de Aragón hacía lo propio en el suyo. Los dos libracos cayeron al unísono con un golpe que resonó en el salón. Un texto religioso y otro jurídico para hacer frente al juicio más complicado de sus existencias. Se santiguaron los obispos, también al mismo tiempo, y el de Aragón, con un notorio tembleque en el labio inferior, tomó asiento. El de Pamplona, por el contrario, llevó su chaparra y sudorosa figura hasta el centro de la sala y, gustoso como era de hacerse notar, elevó la voz.

—Mi señor don Sancho —inclinó la cabeza hacia el rey, que pareció no escucharlo—, mis queridos amigos, criados en propia casa del rey. Ilustres varones, hijos de hombres buenos, los que disfrutáis de honores. Conforme al uso de la tierra, que rige desde tiempos de nuestros antepasados… Yo os conmino a traer hasta aquí a doña Mayor, reina de Pamplona, y a don Jimeno Garcés, señor de Uncastillo, Sos y Atarés. Que comparezcan ante la justicia del rey.

Se abrieron las puertas, con lo que el bullicio de fuera llenó el aire solemne del salón. Sonaron los pasos de los soldados que escoltaban a los acusados, y estos hicieron entrada con tintineo metálico de malla, conteras, hebillas y cadenas. El Eitán con la cabeza gacha y las manos engrilletadas. La reina altiva, sin maniatar, con la melena roja descubierta como una virgen. Caminaron a la par, flanquearon al obispo de Pamplona y siguieron hasta situarse a muy poca distancia de la mesa del tribunal. El Eitán hizo una inclinación hacia el rey, que parecía ajeno a cuanto ocurriera. Doña Mayor,

simplemente, se plantó allí, firme y orgullosa, el cabello serpentino como el de una deidad pagana, la cruz de su pecho lanzando destellos dorados, azules y granates.

El obispo de Pamplona, que ahora se encontraba a espaldas de los acusados, entrelazó los dedos bajo la panza.

—La Ley prohíbe condenar a nadie en juicio sin que se presente legítimo acusador. ¿Quién de entre vosotros denuncia a este hombre y a esta mujer?

García no dudó ni un instante. Se puso en pie y anduvo para situarse junto a su madre, de cara al rey. Sus hermanos lo siguieron con la mirada, sorprendidos aún de que aquello fuera a ocurrir.

—Yo, García, hijo del rey Sancho, denuncio a esta mujer aquí presente, doña Mayor, esposa del rey, y a este hombre aquí presente, don Jimeno, vasallo del rey, por ayuntarse deslealmente y cometer adulterio.

Ya estaba. El obispo de Aragón apoyó los codos en la mesa y hundió la cabeza entre las manos, y el de Pamplona anduvo hasta situarse ante los acusados.

—Mi señora doña Mayor, ¿reconoces el delito que se denuncia?

La reina ni siquiera miró al prelado. Su vista seguía fija en el rey. Agarró con ambas manos su cruz de cobre dorado.

—Nunca reconoceré tal delito. Lo niego, y maldigo a mi hijo por lo que está haciendo.

El obispo hizo un solo asentimiento firme y preguntó al Eitán.

—¿Y tú, don Jimeno? ¿Reconoces el delito que se denuncia?

—No.

Nuevo gesto afirmativo del obispo, que se dio la vuelta para apoyar su mano en el texto legal.

—Hecha pues la denuncia, rechazada por los acusados, nos corresponde determinar si hay culpa o no la hay. Mi rey, te informo de que ni mi hermano en Cristo, Mancio, ni yo mismo hemos hallado precedente que nos valga para un caso similar, porque nunca nada semejante ocurrió a un rey cristiano. —Giró a medias el rechoncho cuerpo y señaló a doña Mayor—. No hablamos de una simple, sino de una reina. Es claro, así lo dice la Ley, que si la mujer casada comete adulterio y no la apresan con el adúltero, el esposo puede

acusarla por señales y presunciones. Y si fuera demostrado el adulterio, la adúltera y el adulterador han de ser puestos en poder del esposo, y haga de ellos lo que quisiere. Entendemos que no hay límites al derecho, puesto que el marido que mata a la mujer adúltera y al adulterador no ha de pechar nada por homicidio. Dice también la Ley que si el hombre hace adulterio con mujer ajena por la fuerza, sea puesto en poder del marido legítimo para que se vengue como él quisiere. En este punto me veo obligado a preguntarlo. —Y se acercó de frente a doña Mayor—. Di, mi reina: ¿fuiste forzada por el acusado, aquí presente?

—Don Jimeno jamás me ha tocado. Ni lo ha intentado siquiera.

—Bien. —Y de nuevo el obispo se volvió hacia el rey—: Dice la Ley que si el marido no pudiera o no quisiera acusar por adulterio, pueden hacerlo los hijos legítimos. De nuevo tengo que preguntar. Di, mi rey: ¿quieres acusar a esta mujer y a este hombre, aquí presentes?

Sancho de Pamplona, como si mover la cabeza le costara cinco años de vida, negó en silencio.

—Bien. —El obispo anduvo ahora hasta colocarse frente al príncipe —. Entonces pesa sobre ti la obligación, mi señor don García, como hijo legítimo de mayor edad. Y si la deniegas, se lo preguntaré a mi señor don Fernando. Y si este la denegare, se lo preguntaré a mi señor don Gonzalo. Pero permite antes que te advierta. —Y se acercó a la mesa, aunque esta vez dejó caer la mano sobre la Biblia —. Son palabras del Levítico que *si maechatus quis fuerit cum uxore alterius, et adulterium perpetraverit cum coniuge proximi sui, morte moriantur et maechus et adultera*.

Un murmullo se extendió por el salón. El obispo de Pamplona volvió a secarse el sudor y gesticuló para acallar a la gente. Y mientras tanto, Ramiro acercó la boca al oído de Fernando y habló. El conde de Castilla asintió unas cuantas veces, y de nuevo regresó el silencio al salón.

—Lo que quiero decir —seguía el obispo de Pamplona— es que, según las Santas Escrituras, si el hombre cometiere adulterio con la mujer de su prójimo, adúltero y adúltera sean muertos sin remedio.

¿Entiendes y aceptas estas palabras, mi señor don García? Si tu madre es encontrada culpable y tu padre así lo desea…

—No es mi deseo —habló por fin el rey.

García apretó los labios y cerró los ojos. ¿Aliviado? El rey no había dicho nada de ahorrarles cualquier otra pena, incluidos el destierro o el encarcelamiento perpetuo.

—Entiendo y acepto esas palabras —El príncipe pamplonés se palmeó el pecho—. Yo cargo con la acusación.

—Bien —dijo de nuevo el obispo—. Presenta tus pruebas y a tus testigos.

—Reclamo el testimonio de doña Felicia López de Arboniés, doncella de la reina.

Nadie se sorprendió de que la llamara. Las puertas volvieron a abrirse, esta vez sin escándalo. Felicia, pálida y encogida, caminó acompañada por dos guardias armados por lanzas, que la condujeron hasta el lugar donde debía prestar testimonio, justo al lado de García. Hizo una reverencia hacia el rey y se mordió el labio.

—Felicia López —empezó el obispo de Pamplona—. Se te requiere como testigo por la acusación contra este hombre y esta mujer, aquí presentes. Míralos y dinos: ¿los viste ayuntarse y cometer adulterio?

Felicia volvió la cabeza a su izquierda, se inclinó y miró los perfiles de los acusados. El del noble cabizbajo y el de la reina altanera.

—Sí, mi señor obispo. Yo los vi ayuntarse y cometer adulterio.

Esta vez la reina no pudo resistirse. Dio un paso adelante.

—Esta malnacida miente. Es una zorra bastarda y embustera.

—Mi señora, por favor… —pidió el obispo.

Ramiro dio un codazo a Fernando, que se puso en pie en ese momento.

—¡Que juren!

El obispo se volvió hacia él:

—¿Ahora tú, mi señor don Fernando? No es el procedimiento.

—Tú lo has dicho antes, mi señor obispo: no hay precedentes para esto. Felicia afirma que son adúlteros, ellos lo niegan. O bien Felicia miente o bien mienten ellos. Es mi madre la que está ahí, de pie, humillada y a punto de perderlo todo. Que juren.

El obispo de Pamplona, cuyo sudor chorreaba como si aquel hombre contuviera el océano en su cuerpo, consultó con la mirada al de Aragón, que pareció de acuerdo. Y, aunque no era lo adecuado, también esperó la autorización del rey. Pero el rey estaba de nuevo muy lejos de allí, perdido tal vez en algún rincón de su memoria.

—Sea —dijo el obispo—. Mi señora doña Mayor, mi señor don Jimeno, y tú, Felicia López de Arboniés. Caminad hasta la mesa y, con la diestra sobre las Santas Escrituras, jurad que decís verdad.

—Un momento —intervino una vez más Fernando—. Deja, mi querido obispo, que aporte una garantía extraordinaria. —Y levantó un cuenco rojizo que, hasta ese momento, sostenía con una mano y cubría con la otra. Caminó hasta la mesa y, con suma precaución, lo depositó junto a la Biblia.

—¿Qué es eso? —preguntó el obispo de Pamplona.

Y el otro obispo, el de Aragón, que parecía que iba a morirse de la ansiedad en cualquier momento, se puso en pie y dibujó una cruz en el aire.

—Es una reliquia, hermano en Cristo. El cáliz de la Última Cena. Lo he traído de Bailo, donde se custodia desde hace tiempo.

Hubo otro murmullo de sorpresa. La reina y don Jimeno Garcés se miraron extrañados, y Felicia palideció un punto más.

—¿Qué jugarreta es esta? —preguntó García.

—No hay jugarreta, hermano —dijo Fernando—. Ya lo has oído. Es la copa que nombran las Escrituras.

Y, haciendo gala de lo preparado que estaba aquello, el obispo de Aragón tomó la Biblia, la abrió por una marca y movió el dedo de arriba abajo, hasta encontrar la línea que buscaba.

—*Et accipiens calicem gratias egit; et dedit illis, dicens: Bibite ex hoc omnes, hic est enim sanguis meus novi testamenti*.

—Y tomando el cáliz —tradujo el obispo de Pamplona—, dio gracias, y se lo dio, y dijo: Bebed de este todos, pues esta es mi sangre de la nueva alianza.

García bufó, impaciente.

—Basta de latinajos. —Puso su mano en la espalda de Felicia y la empujó hacia la mesa—. Jura, mujer.

—Jura, sí —confirmó Fernando—. Jura por la sangre de Cristo.

Por la sangre de Cristo. A la doncella se le desencajó el rostro.

—¿Por la sangre de Cristo?

—Y ante el cáliz que la contuvo, sí —contestó el obispo Mancio—. Jura pues, mujer.

Felicia, que parecía arrastrar sillares desde las invisibles cadenas que le ataban los pies, se plantó junto a la mesa. Extendió la mano derecha sobre el libro, pero la desvió hacia el cuenco, que acarició con suavidad. Lo hizo durante un largo rato. Fernando miró a Ramiro, ambos se sonrieron. La partida estaba ganada. El obispo de Aragón susurró un latinajo más. Uno corto, que casi no hacía falta traducir:

—*Unus vestrum me traditurus est.*

Pero, por si acaso, Fernando lo repitió en la lengua romance que Felicia podía entender.

—Uno de vosotros me traicionará.

—Mi señor… —pareció rogar la doncella.

—Sangre de Cristo, mujer —Y Fernando la cogió con suavidad de la barbilla—. Jura o márchate.

Ramiro estaba a punto de saltar, satisfecho porque su plan había salido a pedir de boca. Ahora todo se arreglaría, aquel infamante juicio quedaría en nada, su eitán recobraría la libertad, y él y Munia podrían…

—Lo juro —dijo por fin Felicia—. Por la sangre de Cristo. Juro que la reina es adúltera. Juro que se ayuntó con don Jimeno Garcés.

Y desaparecieron las sonrisas. Ramiro casi se puso de pie, y Fernando agarró por el hombro a Felicia.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—La testigo ha jurado, mi señor Fernando —dijo el obispo de Pamplona—. Faltan los acusados por hacerlo, si es que se atreven.

La reina no se hizo esperar. Abandonó su posición, apartó al obispo de un empujón, tomó el cuenco y lo besó. Miró fijamente a Felicia.

—Yo también juro. Por Dios, por Cristo, por su sangre, por su santa madre, por todos los apóstoles menos por uno, que lo traicionó como tú me traicionas ahora. ¡Juro que soy inocente!

—El castigo por perjurio es de cien azotes —avisó el obispo de Aragón. Pero no se lo había dicho a la reina, sino a Felicia. El prelado se aseguró de que la doncella lo había entendido, y volvió a sentarse.

—¿Aguantarás cien azotes, Felicia? —preguntó la reina.

Pero Felicia, en lugar de contestar a su señora, señaló al Eitán.

—Él no ha jurado.

La reina apartó de un golpe la mano de su doncella. Después miró a don Jimeno Garcés. Lo vio con la vista clavada en el suelo, los hombros caídos. Nada parecía quedar del bravo guerrero que había luchado junto al rey, que se había cobrado las piezas más peligrosas y ganado el mejor puesto en la corte.

—Basta ya de farsas —siseó la reina—. Basta de fórmulas y de juramentos. —Dirigió la vista a su hijo—. ¡Reclamo un combate judicial! ¡Que Dios muestre quién dice la verdad y quién miente!

Aquello rompió el finísimo hilo que lo mantenía todo en tensión. La Princesita, que sentía un nudo enorme en el pecho, suspiró como el día en que vio morir al Infanz, dejó caer los hombros y tuvo que apoyarse en Ramiro y en Gonzalo. Felicia no encontró a nadie que la sostuviera y se derrumbó hasta quedar sentada. Fernando se llevó las manos a la cabeza, lo mismo que el obispo de Aragón. La reina pareció inflamarse cuando el sol la hirió desde uno de los ventanales del alcázar y arrancó destellos de su pelo rojo. En el trono, el rey se llevó la mano a la garganta, como si le costase respirar. El obispo de Pamplona, anegado en sudor, movió su oronda figura hasta las puertas y las abrió de par en par, tras lo que proyectó su voz con potencia suficiente para que se oyera incluso fuera del palacio.

—¡Se reclama combate judicial! —Y, mientras en el exterior se desataba de nuevo la algarabía, se volvió hacia los presentes en la sala—: Que Dios decida si la reina es inocente y, con ella, el señor don Jimeno Garcés. O si ambos son culpables, y cierta la acusación. —Se acercó al príncipe García—. ¿Aceptas, mi señor?

García permanecía impávido, fija su mirada en la madre escarnecida y convertida en una furia carmesí, convencida al parecer de que así lo frenaba. ¿En serio la reina creía que él se detendría? Miró también al obispo, que no dejaba de sudar. Y a Fernando, aún

asombrado por el juramento de Felicia y la salida desesperada de su madre. Al rey, que con cada palabra de aquel juicio consumía un año de su vida. Estaba seguro de que el trono del águila negra iba a quedar libre en poco tiempo, y él tendría que sentarse. Ocupar el sitio de quien había llevado a la grandeza al reino de Pamplona. ¿Cómo sucederlo con dignidad si ahora se echaba atrás?

—Acepto el combate judicial. Escoge, madre, a quien se batirá por ti.

Un soplo de turbación recorrió la sala, e incluso la reina se vino abajo. Ramiro, que vio claro lo que iba a ocurrir a continuación, se levantó por fin y corrió a reunirse con su hermanastro Fernando, al que tomó del brazo para arrastrarlo unos pasos.

—Ni se te ocurra —le susurró.

—Debo hacerlo, Ramiro. No puedo desamparar a mi madre.

—García es mucho más diestro que tú, te destrozará, y eso para tu madre será peor que la condena. Mírala. Su primogénito la ha vendido al mejor postor, no puede ver cómo su segundo hijo muere.

Fernando se soltó del agarre de Ramiro. Subió los dos primeros escalones del estrado real.

—Padre, detén esto.

Pero el rey negó.

—Es la Ley. Mayor, necesitas un paladín. Uno que sea capaz de defenderte a costa de la sangre de nuestro primogénito. —Y fijó la vista, por primera vez desde que se desatara el escándalo, en el Eitán—. ¿Lo harás tú, Jimeno? ¿Lucharás contra mi hijo?

El noble no dudó ni un momento.

—No derramaré la sangre de quien un día será mi rey.

Fernando fue a arrancarse, a ofrecerse él como defensor de su madre, pero una vez más lo retuvo Ramiro y le dirigió el rapapolvo entre dientes.

—Basta, no te enfrentarás con García. No puedes vencer.

—Es igual, déjame.

—Si García vence, tu madre pierde su honra y te pierde a ti. Pero es que aunque ganaras, tu madre también perdería. ¿Quieres eso?

La reina, desencajada, volvió a gritar.

—¿Es que no hay hombres en Pamplona? ¿Nadie va a amparar a su reina?

Ramiro apartó a Fernando de un fuerte empujón y se adelantó hasta ponerse junto a la mujer que lo odiaba. Que lo había odiado desde niño y que tal vez siguiera odiándolo hasta la tumba. Pero eso a él no le importaba ahora. No le importaban las veces que lo había ignorado, o que lo había llamado bastardo.

—¡Yo me batiré por mi reina!

†

16. Ordalía

†

DOS SEMANAS MÁS TARDE. NÁJERA

La explanada se encontraba fuera de la ciudad, al sudeste. Hasta un siglo antes, aquel sitio despejado en la orilla derecha del río había servido como lugar de reunión festiva para los musulmanes, con un oratorio del que ya no quedaba ni rastro desde su conquista por el tatarabuelo del rey Sancho. Ahora acogía el mercado de ganado, porque en el de los jueves, intramuros, no es que cupiera mucho rebaño. También era donde se reunía la hueste en caso de cabalgada y, en pocas ocasiones como la de ese día, para mancharlo de sangre.

La noticia del combate judicial se había extendido por el reino, y esta vez no se trataba solo del morbo de ver cautiva a una reina acusada de adulterio, sino de dos hombres de armas, hijos del mismo padre, que pensaban destrozarse el uno al otro en presencia de todo el mundo. Así que se aprovechó la cerca del ganado para delimitar la liza, y los mesnaderos del rey procuraron que la muchísima plebe se mantuviera al otro lado. Como además era ocasión solemne, los dos jueces del pleito por adulterio, los obispos de Pamplona y Aragón, habían ordenado que se guardara silencio. Nada de vitorear, ni de insultar ni de distraer. Aquello era un juicio

de Dios entre contendientes dignos, no una partida de tabas entre rufianes.

Se instalaron tres estrados con cubierta de madera, no muy grandes, pero cubiertos por toldos que se apoyaban en pilares. Uno en el lateral oeste, con silla de respaldo alto para el rey y sendos escabeles para los jueces. Otro en el extremo norte, donde se aposentaría la testigo jurada de la acusación, Felicia. La doncella, apabullada al sentirse objeto de todas las miradas, estaba allí, sentada y con las manos unidas en el regazo, la pierna derecha presa de un irrefrenable temblor. Había un tercer estrado con dosel en el extremo sur, reservado para los acusados, la reina y el Eitán. Los asistentes de alta cuna compartían puesto en el estrado central, de pie y a espaldas del trono. Los nobles del reino y sus esposas, lo mismo que los burgueses y los simples, incluso criados, judíos, moros de paz y esclavos, se acodaban en primera fila alrededor del campo, pegados a la valla de madera.

Cuando se acercaba la hora tercia, momento decretado para iniciar el duelo, el público abarrotaba ya la explanada. Se habían preparado dos corredores bien protegidos para los contendientes, que llegarían por separado. García desde el norte, Ramiro desde el sur. Tal y como habían establecido los jueces, los duelistas debían presentarse ya listos, a pie y sin armas. Frente a cada estrado, clavadas en tierra, dos espadas; y apoyado en cada una de ellas, un pesado escudo en forma de lágrima. Si uno de los guerreros se quedaba sin el primer escudo, lo pactado era detener la lucha para que tomara el segundo. Si también rompía este, mala suerte. Lo mismo pasaba con las dos espadas de que disponía cada uno. Aparte de eso, la lid se daría sin descansos, y solo cesaría si el rey declaraba vencedor a uno de ellos, o bien con la muerte del derrotado, o con su imposibilidad reconocida para seguir luchando, lo que exigía súplica de misericordia. Fuera como fuese, uno de los dos tendría que acabar vencedor, y a ese se le consideraría poseedor de la razón, otorgada por Dios.

Munia se encontraba junto al lugar por el que Ramiro pasaría. Quería darle un beso para desearle suerte, eso nada más. No podía ni pensar en que aquel contacto fuera el último. Esa noche no había

pegado ojo, la había pasado acostada junto a él, mirándolo y, a ratos, acariciando muy suave su pelo. Había colgado flores de majuelo en el techo para que su Ramiro pudiera dormir, porque ya se había encargado ella de velar y de despedir los negros augurios, eso que todo el mundo decía por Nájera: que no había mejor guerrero que García. A caballo o a pie, nadie podía superarlo con la espada. Algunos incluso aseguraban que sería capaz de vencer al mismísimo Matalobos y su hacha pagana. En las dos semanas previas al duelo, el rumor había crecido por rincones, tabernas, por las cuevas de las rameras, a la salida de cualquier misa, en el mercado intramuros. García iba a matar a su hermanastro.

Munia preparó algo de comer a Ramiro antes de que despertara, y lo distrajo mientras tragaba con dificultad su desayuno, hablándole de naderías para aligerar su mente; luego lo acompañó hasta la puerta de la iglesia de San Jacobo y allí se separó de él. Ahora trataba de contener las lágrimas, y de acallar los zambombazos del corazón. Tenía la boca seca y se dejaba las uñas en la madera de la cerca. De vez en cuando se fijaba en la reina, tan altiva y serena como de costumbre, una estatua de mármol. Sentada en el corto banco junto al Eitán, este de barba crecida y pelo desordenado, cabeza gacha, hombros vencidos, ni una sombra del imponente guerrero que siempre había sido. No se miraban entre ellos ni miraban al rey. Solo se fijaban en la tierra suelta de la explanada, el lugar donde Dios emitiría su juicio.

Una conversación entre villanos, justo al lado de Munia, sirvió para sacarla aún más de quicio. El najerense más joven le decía al otro que aquella era la primera lid que veía, y el viejo le contó que él si había visto otra allí mismo, hacía como veinticinco años o más. En aquellas fue el señor pamplonés don Fortún Sánchez quien se batió con un franco recién instalado en Nájera, por razón de un caballo de guerra que le había comprado aquel a este por a saber cuántas tierras, un número similar de viñas y algo así como cincuenta ovejas con sus corderillos. Hubo desencuentro al comprobar don Fortún que el animal era un jamelgo de mala muerte. Y tras acalorarse ambos por la discusión, el franco, crecido en palabras, se había atrevido a preguntarle al pamplonés si no sería hijo de algún judío con el que

se había encamado su madre en ausencia del padre. Previo pago, claro, aunque no muy cuantioso porque, según el franco dijo saber, la madre de don Fortún no pasaba de puta barata. Con la cosa enredada sin remedio, llegaron a las manos los dos y, reprendidos por el aún joven rey Sancho, acabaron en aquella explanada, armados y dispuestos a dirimir el pleito por el camino rápido. Don Fortún, que era más diestro y tenía experiencia luchando contra la morisma, le despanzurró el escudo al franco y le metió hasta tres tajos que lo dejaron con las tripas fuera y un brazo colgando desde el codo. Le abrevió el apuro cortándole el cuello y se fue tan tranquilo, con el pago recuperado, el jamelgo en manos del matarife y la honra de la madre a salvo.

—¿Y quién crees tú que ganará hoy? —preguntó el más joven—. Dicen que el bastardo tiene más experiencia.

—Contra moros o contra bandidos, en algara o emboscado, lanzando venablos y metiendo puñaladas, que no es lo mismo que luchar cara a cara con un príncipe cristiano. Ya lo verás: García lo despachará en un padrenuestro. Si Dios quiere, claro.

Munia temió desplomarse solo de oír semejantes salvajadas, pero en esas cesaron los murmullos y alguien avisó de que llegaban los luchadores. Sintió deseos de saltar la cerca, correr hacia el rey y rogarle que detuviera aquello. Recordarle que, bastardo o no, Ramiro también era hijo suyo. Pero aquello habría sido inútil, claro. Además, Sancho de Pamplona se veía ausente en la distancia, como un viejo árbol seco o herido por el rayo.

Ramiro llegó. De pronto todos lo contemplaban sin ocultar su admiración, como ocurría siempre que veían a alguien vestido para el combate. O tal vez era ese insensato aprecio por las causas perdidas que a veces asalta a todo hijo de Dios. Ramiro había escogido su atuendo habitual, el que gastaba para las incursiones con sus queridos montañeses en la frontera aragonesa con la taifa de Zaragoza. Cota de cuero por encima del velmez ligero, cubriéndole hasta las rodillas, enlazada al pecho y ceñida a la cintura por una banda. El casco claveteado, media esfera con bandas de refuerzo, ya puesto y abrochado. Todo muy liviano, a propósito para

desenvolverse con azagayas y cuchillos, no con pesados escudos y cotas de malla.

Al otro lado tintineó el hierro. García aparecía al mismo tiempo, y a Munia le pareció un gigante que se materializara desde la nada, casi tan grande como Matalobos, que lo había acompañado hasta la valla y se quedaba allí, dispuesto a disfrutar del espectáculo. Si Ramiro era una mancha parda, el príncipe deslumbraba con su cota de malla provista de almófar, que ya llevaba subido de modo que solo se le veía la cara. Y no entera, ya que se calaba un yelmo con largo nasal que le partía en dos aquella sonrisa. Porque García estaba seguro de su triunfo. Munia lo entendió, de nuevo le entraron unas ganas locas de saltar la valla y abrazarse a las rodillas del rey para suplicarle.

El obispo de Pamplona, que llevaba un rato largo goteando sudor, dio la bienvenida a los lidiadores en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Se santiguaron Ramiro y García, tomaron posición frente a sus armas, aún sin empuñarlas, y entonces llegó una pausa angustiosa mientras se esperaba a que las iglesias de Nájera marcaran la hora tercia. Munia observó a la reina, aún impasible. Y al Eitán, que por fin parecía reaccionar al ver a su pupilo llamando a las puertas de la muerte. Enfrente, García estaba tranquilo, de brazos cruzados y con gesto casi de aburrimiento. Y entonces repicaron las campanas.

Ramiro embrazó su primer escudo y desclavó del suelo su primera espada. Anduvo hacia el centro del campo. García hizo lo mismo, y ambos se frenaron solo cuando estaban cara a cara. Se volvieron hacia el entronizado Sancho de Pamplona. Los dos obispos también. La reina, el Eitán, Felicia. Y todos los demás presentes. El rey hizo un solo y leve asentimiento, y el obispo de Pamplona llevó su redonda y sofocada humanidad hasta donde se hallaban los duelistas. Era un poco cómico verlo allí, entre dos hombres más grandes que él, revestidos de hierro y cuero, que ni siquiera parecían advertir su presencia.

—Bajo la divina clemencia y su gracia, bajo el nombre de la santa e indivisible Trinidad, nos hemos reunido aquí para asistir a combate

judicial. Dicte sentencia el supremo juez. García, Ramiro. Él os observa ahora.

Y se retiró.

García fue el primero en adoptar una guardia. Atrasó el pie derecho para ponerse de perfil, subió el escudo hasta tapar la barbilla y sobre el borde superior apoyó la hoja de la espada. Ramiro se separó dos pasos. García aún sonreía a medias, la cabeza ladeada. Avanzó sin abandonar la pose, desplazando primero el pie izquierdo, luego el derecho. Rozando la arena y sin perder el gesto de concentración. Y Ramiro retrocedió al mismo ritmo, la espada y el escudo aún abajo, sin guardia alguna.

—¡Pelea, bastardo! —se oyó la voz de García.

Eso animó a un par de campesinos, que repitieron el insulto. Nadie los mandó callar.

El príncipe siguió presionando a distancia, empujando al bastardo hacia el lado sur del cercado, pero se movía con lentitud, asegurando cada paso. Y Ramiro se echaba atrás, manteniendo siempre la misma marcha, también segura para él. A espaldas de Munia sonó un resoplido de aburrimiento. Ella no se volvió. Estaba pendiente de cada movimiento, de la manera en la que García trataba de acercarse a su Ramiro sin conseguirlo. Solo que el campo de liza se terminaba, el bastardo estaba a punto de dar con el estrado de la reina. Entonces torció la dirección de su retroceso, ofreciendo la espalda al sol. García lo siguió, ahora con el tablado a su derecha. Tan cerca de su madre que pudo oír el reproche susurrado.

—Solo por un caballo.

García estiró aún más la sonrisa que no había perdido desde el principio, pero no contestó. En ese momento, Ramiro dejó de moverse. García dio un paso más largo que los anteriores y entró en el alcance de la espada, luego proyectó el hombro derecho y descargó el primer tajo. En vertical, de arriba abajo para evitar el poste del estrado, que ahora le quedaba muy cerca. La hoja descendió como un relámpago, pero el movimiento era amplio, predecible. Ramiro no tuvo que esforzarse mucho para salir de su trayectoria, el metal pasó sin peligro frente a él. No se hizo ilusiones:

aquello no había sido un error, sino un tanteo. García pareció adivinar sus pensamientos.

—Eres inferior, bastardo. Y tus tretas son inútiles.

Y, para demostrar que no era estúpido, que sabía perfectamente que aquella posición limitaba sus posibilidades, se separó del poste que le estorbaba.

—Qué listo —reconoció Ramiro.

—Mucho más que tú. ¿De verdad esperabas que cayera en una trampa para críos? ¿Que me cegara el sol? ¿O piensas cansarme para atacar cuando ya no pueda tenerme en pie?

Y remató la última pregunta con un asalto fulminante. Nada de movimientos calculados ahora, sino furia desencadenada. García lanzó espadazos desde arriba y desde los lados, trazando parábolas con su arma y sin repetir dirección. Ramiro retrocedía, desplazándose a su derecha al mismo tiempo para buscar el lado del escudo de su enemigo. En siete tajos al aire, el príncipe había vuelto las tornas y era Ramiro quien tenía el sol mañanero de frente. Entornó los ojos, subió el escudo. El siguiente ataque de García fue oblicuo y desde el exterior, con el brazo estirado y la cadera proyectada, en una perfecta pose de matador. Un golpe dirigido al hombro izquierdo de su hermanastro. Silbó frente a él, arañó la superficie del escudo y rozó la bloca metálica antes de seguir su camino. García acortaba distancia, un poquito con cada golpe.

Nuevo asalto, más duro ahora. García se lanzó sobre Ramiro con el escudo por delante, la espada atrás, dispuesta para cortar desde cualquier ángulo, fintando sin atacar primero, encadenando dos tajos después, nueva finta inofensiva, otros dos espadazos seguidos. Finta y ataque, finta sin ataque, tres ataques seguidos. Ramiro vigilaba cada movimiento, cada cambio en la mirada de su enemigo, pero era incapaz de anticiparse, porque García usaba su escudo para estorbarle la vista. Ramiro trató de salir de nuevo del alcance mortal de su hermanastro. Saltó a los lados al tiempo que se echaba atrás, sin estarse quieto ni un momento, tanto cuando el ataque era real como cuando solo era un amago. Eso lo cansaba pese a lo ligero de su vestimenta. Las anillas en la cota de García tintineaban, su respiración sonaba fuerte con cada tajo, pero se dosificaba. Llegaron

al extremo oeste, cerca del estrado del rey. Ahí, con la valla a la espalda de Ramiro, García vio su ocasión y descargó un espadazo salvaje desde arriba. Lo hizo mientras gritaba, soltando toda su furia. Ramiro opuso el escudo, que recibió el golpe con un estruendoso crujir de tablas. La hoja cortó la piel de la cubierta, destrozó la madera y pasó muy cerca de donde su puño aferraba la última embrazadura. Munia soltó un chillido, la Princesita también, y el resto del público contuvo la respiración.

Tal como se había pactado, García se detuvo. En ningún momento había dejado de sonreír, y con su único golpe de lleno le había quebrado el escudo a Ramiro. Este soltó el aire por la nariz, dejó caer su defensa astillada, dio la espalda a su adversario y anduvo hacia donde esperaban el resto de sus armas. Lo hizo agitando el brazo izquierdo, dolorido por el golpe. Notaba un sabor metálico en la garganta, le zumbaban los oídos. Al llegar al segundo escudo, junto al estrado de los acusados, miró a los ojos de la reina. Por primera vez en su vida, ella no tenía ese brillo de odio. Incluso había otra cosa, y no era miedo por la derrota y la condena. ¿Algo parecido a la simpatía? También se fijó en su eitán, que le habló en voz baja.

—No entiendo tu plan, Ramiro. García se cansa, pero tú también.

—Eso me sirve.

Tomó el segundo escudo, lo embrazó y apretó el puño. El dolor sordo le daba latigazos desde el hombro hasta el codo. Carraspeó y fue hacia donde había dejado a García. Este seguía plantado junto al estrado real, pero, en cuanto consideró que Ramiro se había acercado lo suficiente, reanudó su ataque, como si de pronto le hubiera entrado prisa. Nueva tormenta de tajos, ahora en tandas de cuatro o cinco. Describiendo arcos muy amplios. Ramiro esquivaba uno, también el segundo, pero el tercero tenía que frenarlo con el escudo. Esta vez lo logró sin que se rompiera.

—No aguantarás mucho más, bastardo.

Ramiro dio un paso atrás, frenó en vacío un golpe inexistente, se recuperó de la finta y detuvo un nuevo tajo. El siguiente llegó de través y Ramiro no podía detenerlo, así que echó atrás la cabeza, pero la punta de la espada impactó contra el refuerzo horizontal del

casco. No fue un golpe definitivo, ni siquiera abolló el metal, pero Ramiro perdió el equilibro durante un instante. Se escuchó cómo el público aguantaba la respiración, y hasta el rey clavó los dedos en la madera de su trono. Pero Ramiro se recuperó antes de caer y detuvo el siguiente tajo. Y el siguiente, y el siguiente. Parecía mentira tal contumacia. Esa especie de obstinación en resistirse a algo que, todos lo veían, solo podía acabar de una manera.

García lanzó otro chillido ronco. No estaba dispuesto a dejar que su hermanastro se recuperara. Siguió presionando, aumentando la cadencia. En cuanto Ramiro detenía un tajo, García preparaba el siguiente. Los jadeos de ambos crecían, sus movimientos se ralentizaban, los espadazos eran cada vez más débiles. Un hilo de sangre surgió bajo el casco de Ramiro, justo donde había recibido el golpe, y resbaló por la sien hasta chorrear sobre la cota de cuero. Un par de campesinos lo vieron.

—¡El bastardo sangra!

El príncipe dejó de amagar, el bastardo tampoco esquivaba ya. Cada espadazo se encontraba con el escudo y hacía saltar astillas. Un paso atrás de Ramiro, un tajo que casi lo mataba. Y otro paso más, de nuevo el tajo. El combate se convirtió en algo repetitivo, como el repique de campanas llamando a unas vísperas eternas.

De nuevo llegaron a un lado del campo, muy cerca de donde Munia asistía a aquella agonía. La espalda de Ramiro tropezó contra el tronco colocado en horizontal, su cuerpo se dobló hacia atrás, bajó el escudo para sujetarse, y alrededor los najerenses se separaron de la valla. García apretó los dientes, lanzo un alarido de triunfo y golpeó de nuevo. Un tajo sin contemplaciones, dirigido a la cabeza de su hermanastro. Si hubiera sido al principio del duelo, semejante ataque le habría hundido a Ramiro el casco, partido su cráneo y desparramado los sesos, pero ahora el príncipe acusaba el esfuerzo de machacar sin pausa, de sostener su arma, de mover el brazo derecho en todas direcciones, de absorber cada golpe de su hoja contra el escudo. Ramiro se apartó a la derecha, la espada de García cayó a su izquierda, el filo rozó la manga a la altura del hombro, resbaló por el cuero de su cota y se clavó en la madera hasta la hendidura central. Fue solo un momento, apenas algo más

que un pestañeo, García forcejeó para desclavar, pero Ramiro, por fin, usó su arma.

El filo golpeó las anillas que recubrían la muñeca diestra de García. El metal detuvo el primer y único espadazo de Ramiro en aquel duelo, pero todos oyeron con claridad cómo los huesos se partían, y hasta vieron doblarse el brazo de forma antinatural. El príncipe gritó de dolor y soltó su arma, que quedó atascada en la cerca. Dejó caer el escudo y se agarró la muñeca rota con la zurda. Sus ojos se desorbitaron, miró a su hermanastro, seguro de que iba a morir. Ramiro levantó de nuevo su hoja. Ahora solo era cuestión de un golpe. Uno seco y certero. Se había hecho un silencio de funeral, así que todos oyeron cómo la reina gritaba:

—¡Nooo!

García se mordía el labio, retrocedió dos pasos, desarmado, sujetándose el brazo roto. Ramiro miró al estrado del rey. Fernando y Gonzalo estaban en el borde, a punto de saltar a la arena. La reina, en pie, se agarraba a uno de los postes para impedirse a sí misma salir corriendo hacia el hijo vencido, y el Eitán la sujetaba por si acaso. Alguien de entre la chusma, tal vez alguno de los que antes habían animado al príncipe, lo hizo ahora con el bastardo.

—¡Mátalo!

El obispo de Pamplona se movió deprisa, cruzando el campo mientras García caía de rodillas. La espada de Ramiro seguía en lo alto, dispuesta para rematar al derrotado. Al vencedor la sangre le goteaba desde la cara, mezclándose con el sudor; sus hombros subían y bajaban rápido, al ritmo de sus resoplidos. Tosió un par de veces, soltó el escudo, tan astillado que parecía imposible que sus tablas siguieran unidas.

—No lo mates, Ramiro —le rogó Munia—. Es tu hermano.

El obispo llegó hasta los duelistas más empapado que nunca. Apoyó las manos en las rodillas.

—Mi señor García, has de suplicar misericordia.

El príncipe no miró al prelado. Su vista, ojos muy abiertos y enrojecidos de dolor, seguía fija en Ramiro. Suplicar misericordia. Al Bastardo.

—Eso, o morir —dijo entre dientes.

Ramiro bajó su arma. Despacio, hasta que la punta quedó a un dedo de distancia de la nariz de su hermano.

—Dios ha juzgado, García. No mueras.

El príncipe ahogó un quejido. Miró al estrado que le había correspondido, donde seguía sentada Felicia. La muchacha lloraba con la cabeza enterrada entre las manos. García no podía entenderlo.

—Dios no se equivoca.

—Jamás —refrendó el obispo—. Suplica misericordia, mi señor. Tu honor está a salvo.

El príncipe miró ahora a su madre, desesperada bajo el dosel de los acusados. Solo que ahora quedaría libre de toda culpa. La reina lloraba a moco suelto, repitiendo su nombre. García, García, García.

—Por favor —pidió Ramiro.

—Por favor —pidió también Munia.

—Por favor —remató el obispo.

García cerró los ojos. Dejó caer la cabeza, soltó su muñeca rota y se echó atrás el almófar.

—Suplico misericordia.

†

OCHO DÍAS DESPUÉS. PAMPLONA

Se podía decir —muchos lo hicieron— que el rey Sancho huyó de Nájera. Avergonzado por lo que había ocurrido, pero, sobre todo, por no haber creído ciegamente en la inocencia de su esposa y de su mejor amigo. La excusa oficial fue acudir a la vieja Pamplona, a la fiesta de la Cruz, celebrada desde tiempos antiguos por los antepasados del rey. Los campesinos de la contornada, y algunos de más lejos, componían crucecitas con espinos y acudían a la iglesia para que se las bendijeran. Así se protegían de chaparrones a destiempo, de pedregadas y de cualquier otro mal con el que

Satanás, el que nunca descansaba, quisiera emponzoñar sus campos.

Parecía mentira, viendo Pamplona, que aquella antigua ruina diera nombre al reino más poderoso de la Península. La última destrucción a manos de los sarracenos la había convertido en un esqueleto del que aún se apreciaban los huesos mondos, esparcidos sobre el altar que era aquella meseta elevada sobre el río Arga. Muchos habían sido los esfuerzos del rey Sancho por devolverle la vida, y se diría que empezaban a apreciarse los resultados. Pero muy poco a poco. La iglesia de Santa María era el corazón de la ciudad y la sede de su poder. Lo primero que se había reconstruido tras la devastación andalusí, como un símbolo de resurrección. A su alrededor los labriegos habían erigido algunas casas para ellos y para los eclesiásticos. Entre medias menudeaban los huertecillos comprimidos contra la vieja muralla, una y otra vez reparada y de un trazado regular muy parecido a la de León. Lo que ahora pretendía el rey Sancho, con la inestimable ayuda de su tocayo, el orondo obispo de Pamplona, era instalar a gente extramuros. Ampliar la urbe, crear nuevos burgos que atrajeran a más campesinos para trabajar las tierras circundantes, pero también a constructores, artesanos, peleteros, comerciantes, herreros, y hasta judíos y gente de más allá de los Pirineos. Por supuesto, la ciudad también se había visto favorecida por la maniobra estrella del rey: el cambio en la ruta de los peregrinos que marchaban a Compostela, y que ahora se dirigía desde Pamplona hacia Estella, Logroño, Nájera y Burgos, y además entroncaba con el ramal que llegaba desde Aragón.

Pamplona no tenía palacio, así que el rey se alojaba en la casa del obispo, que además era quien realmente dirigía la ciudad, y no solo espiritualmente. Sancho, tan renqueante como en los últimos meses, llevaba un par de días allí, asistido por los criados del obispo, aborreciendo las cocciones de lampazo y sal que Munia le había aconsejado. «O puedes masticar la raíz, mi rey, cuando estés harto de beber».

Al rey le caía bien aquella muchacha de aspecto frágil y melancólico. No era de muy alto linaje, pero la pobre había sufrido con sus abortos y con la prohibición de que Ramiro y ella se casaran.

¿Debía cambiar su dictamen, concederles el permiso? Sancho pensaba que no. Y menos aún desde el combate judicial de la semana anterior. Aunque el rey solo había hablado con su mujer para despedirse antes de viajar a Pamplona —y eso con media docena contada de palabras—, sospechaba que la reina había dejado de odiar al bastardo. Era natural, puesto que solo él se atrevió a defenderla contra su propio hijo. Qué curioso había sido aquello, eso se decía el rey cada vez que lo pensaba. Una historia tan inverosímil que casi parecía leyenda.

Por eso, por lo asombroso del incidente, ahora podía esperarse cualquier cosa. En los planes anteriores del monarca, refrendados por la reina Mayor, la herencia de Ramiro se limitaría a unas pocas tenencias repartidas por los Estados de sus hermanastros. Sin embargo, ahora Ramiro debería recibir más. Mucho más. O poco conocía él a su esposa si no oía de ella misma una propuesta semejante.

—Hay que ver cómo cambian los tiempos —se dijo, y a continuación oyó una voz conocida que pedía permiso para entrar—. ¡Adelante! ¡Es tu casa, amigo mío!

La puerta se abrió y apareció el obispo de Pamplona con un rollo de pergamino. Hizo una inclinación mientras, desde fuera, los guardias armados cerraban.

—Mi rey, buen día. Te has levantado pronto.

—Qué remedio.

—Cierto. ¿Cómo van hoy esos dolores?

—Algo mejor. —El rey empujó con el índice el cuenco con el cocimiento de lampazo—. Este mejunje sabe a barro de porqueriza, pero a lo mejor sirve de algo.

El obispo asintió. Venía sudoroso, como de costumbre, tras repartir bendiciones a las cruces de espino por decenas, tal vez cientos. Tomó asiento enfrente del rey, exigió agua a la servidumbre y dejó el rollo sobre la mesa, con el sello de cera roto. Lo señaló.

—Carta de mi hermano en Cristo. Servando, el obispo de León.

—Lo conozco. Un tipo listo, de los que sabe decirte lo que quieres oír.

—Bien, pues lo que dice ahí te alegrará, espero. El heredero de León está en camino de nacer.

—Ah. ¿Jimena embarazada? Bien. La Princesita parirá antes, supongo. Mala fortuna será que una de ellas no dé a luz un varón. Aunque no sé yo si llegaré a conocer a mi nietos.

—O nietas, mi rey.

—Dios no lo quiera. Las mujeres no me han dado más que problemas. Y hoy no va a ser diferente.

El obispo apretó los labios. Lo que él y el rey tenían que hacer ese día no era plato de buen gusto, pero la Ley es la Ley. Un criado llegó con la jarra y una vasija, sirvió al obispo y este bebió para dar tiempo a quedarse de nuevo a solas con Sancho de Pamplona.

—Servando me dice algo más, mi rey, y me hace una petición para ti. Tu hijo Fernando sigue rebelde contra Bermudo. Que procures convencerlo, dice, para que vaya a León y preste vasallaje.

—Ah, qué dramático es mi yerno. ¿«Rebelde», dice? Rebelde era Sisnando Galiáriz, que troceaba gallegos como quien trocea una gallina antes de echarla al guiso. Rebeldes eran Rodrigo Romániz o el conde Fernán Gutiérrez, que querían echarlo del trono. ¿Y qué hizo contra ellos? Nada. Tuve que ir yo a poner orden en lo suyo. —Sancho se interrumpió, doblándose un poquito por el dolor—. ¿Pero qué le vamos a hacer? Fernando es hijo de rey. Y no de cualquiera: es hijo mío. ¿Sabes qué, obispo? No me hace gracia que ninguno de mis hijos se arrodille ante nadie que no sea yo. Y cuando yo no esté, ante García. —Un nuevo trallazo en las tripas. El obispo se levantó con esfuerzo y, en lugar de llamar a la servidumbre, sirvió un poco más de cocción en el cuenco del rey.

—Bebe, te aliviará. Hoy debes estar entero, mi rey. La gente no puede verte así.

Sancho obedeció y arrugó la nariz. Qué horror de potingue.

—¿Han venido muchos?

—Sí, mi rey. Esperan ahí, con sus crucecitas de espino recién bendecidas. Durante las rogativas de san Marcos se corrió la voz, así que habrá público. Les gustan estos… espectáculos, ya sabes.

—Es macabro. Es…

—¿Injusto? No lo vuelvas a decir, mi rey. Es lo contrario. Justicia con todas las letras. Divina, para más señas. Míralo por el lado bueno: si la cosa hubiera salido de otra manera, ahora vestiríamos luto. En fin, Mancio nos esperaba abajo, me muero de hambre y quisiera estar de vuelta antes de la hora sexta. Pero antes de irnos quería pedirte algo. No tiene que ver con Servando ni con su carta.

—Claro, claro. ¿Qué es ahora? ¿Las rentas de algún monasterio? ¿Derechos de pasto? Me has servido bien en este asunto del juicio, mereces recompensa.

—Gracias, mi rey. Lo que pido es que me cedas el cuenco.

Sancho de Pamplona enarcó las cejas. Empujó su cocción de hierbas con el dorso de dos dedos para acercarla al obispo.

—Ahí tienes. Eres fácil de contentar.

—Ah, no. —El obispo de Pamplona se enjugó la frente con la manga—. Me refiero al cáliz ese que trajeron de Bailo para que jurara la muchacha. El de la sangre de Cristo. Ni siquiera sabía que existiera.

—Ya, ya. El cáliz. No lo creerás, ¿no? Que sea ese el que usó Cristo.

—Bueno, mi rey, he de creerlo. Imagina el desastre si yo no creyera en la eucaristía, o si no creyeras tú. Imagina no creer en los juramentos. O no creer en que un combate judicial acaba siempre según la voluntad de Dios. Eso no puede ser, ¿verdad?

—No puede ser.

—Además, mi rey, lo que yo crea o no crea es lo de menos. Lo que importa es lo que puede llegar a creer cada fiel. Ah, si se supiera que una reliquia así está aquí, en Pamplona… La verdad es que no entiendo que hasta hoy ese cuenco se encontrara en una miserable iglesia perdida en las montañas. Cualquiera podría habérselo llevado.

—Es que se lo llevaron, amigo mío. Hace como siete u ocho años, una partida sarracena asaltó Bailo y robó el cáliz. Seguramente no sabían ni lo que era. Mi hijo Ramiro lo recuperó, a Dios gracias.

—Vaya. Pues sí, demos gracias a Dios —repitió el obispo de Pamplona—. ¿Me lo cederás entonces, mi rey?

—Bueno, verás… Precisamente Ramiro me ha pedido que se lleve a Sasabe, donde ejerce su ministerio tu hermano en Cristo, Mancio. Bailo es de su diócesis, ya sabes. Según cuentan, el cuenco lleva tanto tiempo en esas montañas que ya se ha perdido la memoria de donde estuvo antes.

—¿Mancio lo sabe?

—Y lo acepta de mil amores. El cuenco descansará allí, al menos hasta que le encontremos un sitio más digno. Pero ha de ser en Aragón. Lo comprendes, ¿verdad, amigo mío?

—Lo comprendo, mi rey. ¿Se lo llevarán ya?

—No aún. Quiero conservarlo unas semanas en Nájera, cerca de mí. O tal vez unos meses. —Se palmeó la barriga—. Toda ayuda es poca.

—Claro, mi rey. ¿Vamos?

—Vamos, sí. Y acabemos de una vez.

El rey y el obispo se movieron con las dificultades que cada uno cargaba. Salieron y, protegidos por las lanzas de los guardias, bajaron hacia poniente, por la rúa de tierra apisonada entre los huertos y las casitas de madera. Los pocos chiquillos, apostados a la espera, echaron a correr mientras gritaban:

—¡Ya viene el rey!

Empezaron a ver al gentío reunido en cuanto atravesaron los muros y torcieron a la izquierda. El sitio, antiguo cementerio sarraceno, se parecía en cierto modo a aquella explanada najerense en la que García y Ramiro se habían batido bajo la atenta mirada del juez supremo. Un juez implacable.

Algo distinto era el otro juez que aguardaba allí, junto al poste grueso clavado en tierra. Mancio, obispo de Aragón. Pálido y meditabundo, como de costumbre. Sostenía bajo el brazo el grueso volumen de la Ley. Había llegado desde Nájera acompañando a su colega en religión, el obispo de Pamplona, y al rey Sancho. Y con ellos había venido una cuarta persona que enseguida se uniría a la reunión.

El gentío formaba semicírculo frente al poste. Hombres de todas las edades, mujeres, muchas abuelas y niños. La mayoría con sus cruces de espino colgadas al cuello. Amontonados, haciéndose sitio

a codazos. Por detrás de la masa se veía un carromato cubierto por una lona y custodiado por cuatro soldados. Los villanos aplaudieron al ver que llegaba el rey, le dedicaron vivas que no iban a servir de mucho a juzgar por su muy enfermizo aspecto, y se dedicaron a mordisquear los panes de San Marcos, tortas de tres puntas que el único horno de Pamplona cocía para celebrar la fiesta de la Cruz. Al rey le vino a la boca una sonrisa agria y se volvió hacia el lugar donde se iba a hacer justicia. Observó el poste, alto como dos hombres y cruzado a media altura por un travesaño horizontal. A los pies, como tirado en la hierba, había otro palo, una estaca de fresno de dos dedos de grosor, basta y larga como un brazo.

—Bonita cruz para la fiesta.

Los dos obispos intercambiaron una mirada en silencio, lamentándose por lo inoportuno del comentario. Mancio abrió el libro, que tenía marcado por el lugar preciso. Su pregunta sonó a súplica.

—¿Podemos cumplir ya?

Asentimiento del rey. El obispo de Pamplona hizo una seña a los guardias, y dos de ellos se metieron por entre el público. Algunos de los lugareños dieron muestras de excitación. No todos los días se presenciaba algo así en la aburrida Pamplona. Algún escarnio público por naderías, eso sí. Pero ¿un castigo por perjurio en juicio contra la reina?

Los guardias regresaron enseguida. Traían a Felicia de los brazos. En volandas, porque ella no acertaba a caminar. Venía desencajada, mirando a cada desconocido, el pelo sucio y revuelto, enormes ojeras y llagas en los labios. Al ver al rey, empezó a balbucear.

—¡Mi señor! ¡Dije la verdad! ¡Siempre he dicho la verdad! ¡Lo juro!

Sancho de Pamplona evitó su mirada. Caminó distraído, cojeando más que nunca; aguantaba el dolor en la barriga y se daba pellizcos en la barbilla, como si aquello fuera simple rutina. La oyó jurar siete u ocho veces más, hasta que la obligaron a ponerse cara al poste, con las manos atadas en cruz a los extremos del travesaño. Uno de los soldados tuvo que taparle la boca para que el obispo Mancio pudiera leer el mandato del viejo código. Se ordenó silencio a la multitud.

—Está escrito en la Ley que aquel que fuere perjuro, luego que el juez lo supiera, préndasele y hágansele dar cien azotes, y nunca más sea recibido en testimonio, y sea infamado. —Cerró el libro con un golpe seco y, con un gesto, ordenó al soldado que dejase libre la boca de la mujer—. Felicia López de Arboniés, se te encuentra culpable de perjurio. Ante la sangre de Cristo juraste que tu reina era adúltera, y has insistido en ello hasta hoy mismo, mientras te confesaba. Desmiente ahora tu acusación, hija mía. Encuentra la paz del espíritu antes de que procuremos justicia.

Ella volvió la cabeza, imposibilitada como estaba para hacerlo con todo el cuerpo. Se debatía contra las sogas que la mantenían pegada al palo.

—¡Es que yo la vi! ¡Es una adúltera, lo juro otra vez! ¡Lo juraré cien veces más! ¡Traedme el cáliz! ¡Sangre de Cristo! ¡Sangre de Cristo!

Mientras Felicia se desgañitaba, el obispo de Pamplona se volvió hacia el rey:

—¿Ya, mi señor?

—Ya. Y que sea rápido, por todos los santos te lo suplico.

El obispo asintió al guardia que había tapado a Felicia. El hombre, haciendo de tripas corazón, desenfundó su cuchillo. Rasgó la saya y la camisa de la mujer por la espalda y tiró de la prenda, descubriendo la piel hasta la cintura. Una piel blanca, tersa, a la que poquísimas veces había dado el sol. Que casi nunca se había curvado, si no era para levantar a Gonzalo de su cuna cuando era un crío. Que jamás había recibido un solo golpe. Tal vez tampoco caricias. El soldado clavó el cuchillo con fuerza en el poste, junto a la cara de la condenada, porque con esa misma hoja habría que cortar parte de su cuero cabelludo, como consagraba la vieja ley goda para infamar al perjuro. Si Felicia sobrevivía, el resto de su vida pasearía por el mundo con aquella marca en la cabeza.

Aunque no iba a sobrevivir. Felicia no había perjurado en un pleito por las lindes de una viña o por la propiedad de diez ovejas. Y el castigo debía ser acorde con la falta. El soldado recogió el palo del suelo. No un manojo de ramas, como los que se usaban para flagelar a las rameras; ni una vara como las que servían para azotar

a los ladrones. Sopesó la estaca, la volteó en el aire un par de veces, se puso a un lado de Felicia, dispuesto a abreviar el trance. Ella gritaba, pero el primer golpe llegó fuerte y cruzado bajo los omoplatos, y cortó su voz. Los que miraban, niños, mujeres, ancianos, hombres curtidos… Ellos también ahogaron sus propios gritos de excitación. Por eso el segundo estacazo, igual de inhumano, llegó en silencio y pudo oírse el crujido de las costillas. Con el tercero sonó un estertor y, entre el cuarto y el séptimo, ella fue presa de convulsiones. Cuando había recibido doce, sus rodillas fallaron, y a partir del decimosexto palazo Felicia ya no se movía. Un poco después, el soldado detuvo la brutal paliza y consultó al obispo de Pamplona con la mirada. Este, que se derretía en sudor, lo preguntó:

—¿Cuántos llevas, hijo mío?

—Treinta, mi señor obispo.

—Pues quedan setenta.

—Es que creo que ya está muerta.

—La sentencia es de cien azotes, hijo mío. Recuerda decalvarla cuando acabes.

No hubo más gritos de emoción entre el público. Más de uno vomitó sobre la hierba allí mismo, un par de mujeres se echaron a llorar. Una niña pidió a su madre que se la llevara de allí. Cuando el soldado contaba cincuenta y cinco estacazos, el antiguo cementerio musulmán se había vaciado de curiosos. El rey no había visto ni un solo palo, porque su vista estaba fija en tierra desde el primero. Los dos obispos se reunieron junto a él. Con aquel siniestro soniquete de fondo. Huesos triturados, músculos aplastados.

—Es la Ley, mi señor —dijo el de Aragón.

—Me lo habéis dicho los dos no sé cuántas veces. Es la Ley, es la Ley. ¿Por qué Felicia ha insistido hasta el final?

—Obcecación. Maldad. Qué sé yo. Esa muchacha cometió un delito terrible, mi rey. Doy gracias a Dios por desvelarnos la verdad, y también la falsedad. Cualquier otro, en tu lugar, la habría sometido a padecimientos sin fin, pero tú tienes recto corazón. Apenas ha sufrido, si era lo que te preocupaba. Por eso escogiste un palo tan duro, ¿no?

El rey levantó la vista.

—¿Sabéis? Me lo pidió la reina cuando nos despedimos en Nájera. Solo fueron siete palabras. «Que no sufra», me dijo.

—La reina también tiene gran corazón —dijo el obispo de Pamplona—. Pero a esa frase le faltan palabras para llegar a siete, mi rey.

—Así es, faltan cuatro. Es lo segundo que me pidió la reina. «Que no vuelva viva».

†

17. Arrano Beltza

†

DOS MESES MÁS TARDE, VERANO DE 1035. MONASTERIO DE LEIRE, REINO DE PAMPLONA

Aquello no era una curia normal. Ni siquiera se había convocado a los oficiales de palacio, ni a los escribanos, ni a los principales señores. Una sucinta guardia se encargaba de dar seguridad a la familia real, repartidos los hombres en parejas alrededor del monasterio; y algunos criados, los de más confianza, cuidaban de bagajes y caballerías, y servían a los pocos privilegiados que se reunían allí aquellas calendas de julio.

Acudieron de buena mañana a la misa ofrecida por el abad del monasterio, que no era otro que el obispo de Pamplona. Los monjes asistieron carcomidos por la curiosidad, y tomaron sitio tras la familia real, poco atentos al oficio y haciéndose señas unos a otros. En fin, no era raro que el rey pasara por allí, pues entre aquellas piedras se le había educado, ¿pero a qué venía un concilio familiar al completo y con tanta discreción?

—*Dominus sit semper vobiscum* —remataba en ese momento el obispo.

—*Et cum spiritu* —contestaron al unísono los asistentes.

—*Solemnia completa sunt in nomine Domini nostri Iesu Christi. Votum nostrum sit acceptum cum pace*.

El rey Sancho se persignó mientras el obispo besaba el altar. En su mente repetía aquellas últimas palabras con fuerza. Que fueran algo más que la conclusión del viejo rito, destinado a desaparecer con la llegada del nuevo desde Roma. «Jesucristo acepte nuestras plegarias en paz».

La esposa del rey y sus cuatro hijos varones, los tres legítimos y el bastardo, también se santiguaron. Los monjes, que habían recibido instrucciones para no molestar más de lo necesario, salieron del viejo templo. Debían caminar en silencio, aprovechando que llevaban el alma recién limpia. Pero era difícil resistirse.

—El rey está fatal, ¿os habéis fijado? Los hijos lo sostenían. Si no, igual hasta se cae.

—Pues a la reina la he visto muy bien.

—Lo que no sé es qué hacen todos aquí. Algo se avecina.

—Un funeral, diría yo.

El rumor se había extendido por todo el reino. Y lo peor era que al rey se le había perdido de vista desde hacía un par de meses, cuando ocurrió todo aquel desagradable incidente del juicio. Algunos dijeron que su mal empeoraba, que no se levantaba de la cama y no quería ver a nadie; e incluso hubo quien aseguró que Sancho de Pamplona ya estaba muerto, y que en la corte callaban mientras los hijos discutían por la herencia. Otros pensaron que el rey aún vivía, pero se sentía culpable por haber desconfiado de su esposa y de su mejor amigo, y que pasaba el tiempo entre rezos y penitencia. Los más llegaron a la conclusión de que había una mezcla de enfermedad y remordimiento, sobre todo desde que se vio de nuevo en la corte a aquel famoso médico andalusí, Yusuf as-Sansí. La excusa oficial era que había venido desde tierras sarracenas para recomponerle el brazo roto al príncipe García. Pero todos sospecharon que el paciente principal era el rey. Los rumores solo terminaron cuando se vio al rey salir del alcázar najerense hacia su monasterio predilecto, en aquella exigua excursión familiar.

Ahora Sancho de Pamplona, apoyado en Ramiro, pasaba de la vieja iglesia de Leire hasta el solar de la nueva, a la que le faltaba aún remate de muros y columnas, y todo el techado que unos y otras sostendrían. A los obreros los habían librado de trabajo ese

miércoles, claro, pero la amplia nave estaba atestada de herramientas y material, sucia de polvo y pisadas. No parecía el lugar indicado para lo que el rey pretendía. O sí. Al fin y al cabo, lo que él había creado era un reino nuevo y poderoso, surgido de las cenizas del viejo y apocado. Un águila oscura y poderosa que remontaba el vuelo sobre las alimañas de la tierra. La resurrección de una cristiandad antaño sometida por un poderoso califato. Califato que, por fin, había dejado de existir para fragmentarse en débiles taifas enfrentadas entre sí. El viejo mundo cedía al nuevo, como siempre había ocurrido y siempre ocurriría. En la triple cabecera del templo a medio hacer, el rey tomó asiento sobre un enorme sillar. Lo hizo con un resoplido, como si acabara de cubrir una enorme distancia. El obispo de Pamplona, única persona ajena a la familia con autorización para asistir, se puso a su lado, aún vestido con la casulla y la mitra de las ocasiones especiales.

—Sentaos por ahí —ordenó el rey a los suyos—. Estamos solos.

A la reina le pareció aquello muy irregular, así que prefirió quedarse de pie, las manos ocultas en las amplias mangas de su brial. García tampoco se sentó, sino que se apoyó en uno de los gruesos pilares que iban a delimitar las cabeceras. Llevaba el antebrazo derecho recubierto por una férula de harina y clara de huevo endurecidos, técnica de inmovilización del médico Yusuf as-Sansí aprendida de su sapientísimo y ya difunto maestro, Abú l-Qasim az-Zahrawí. Ramiro y Fernando tomaron asiento en otros dos sillares, y Gonzalo se dedicó a pasear de un lado a otro, tan nervioso y fuera de lugar como de costumbre. El rey se encogió, las dos manos agarrándose las tripas. Uno de aquellos accesos de dolor que eran cada vez más frecuentes. El obispo le puso una mano sobre el hombro.

—¿Estás bien, mi rey?

—Un momento. Será solo un momento.

Dientes apretados, respiración contenida. Observó a sus hijos bajo la intensa luz que caía desde el inexistente techo. A la última que miró fue a su mujer, que llevaba aquel gesto oscuro desde el feo episodio del juicio. Él lo achacaba sobre todo a la decepción. Ella se dio cuenta.

—¿Se te pasa, esposo?

Sancho de Pamplona dejó escapar un resoplido. Cuando pensaba que se había acostumbrado al dolor, uno de aquellos trallazos le atravesaba la barriga, ya muy hinchada, y le metía la prisa en el cuerpo.

—Os he hecho venir aquí porque Leire es el corazón y el centro de mi reino. Más que Nájera, y más incluso que Pamplona. Cada vez tengo menos dudas: de poco sirven el oro y el hierro, y todos esos castillos, los condados, los vasallos… —Miró a su alrededor—. Esto es lo que cuenta. No sé, es como si aquí me sintiera más cerca de…

—¿De Dios? —preguntó García.

—De la muerte. Pero no os alarméis. Yo no lo hago. El momento llegará, eso nadie lo duda, más pronto que tarde. Tenedlo presente para valorar lo que os voy a decir ahora, que ordenaré poner por escrito en cuanto regresemos a Nájera. Aunque yo no me quedaré allí, partiré enseguida. Quiero recorrer por última vez la ruta que con tanto mimo he construido. Lo necesito para descargarme de este peso que me dobla, que me hará caer.

—No digas eso, padre —intervino Gonzalo.

—¿Crees que si me callo no ocurrirá? Todos hemos de morir, vosotros también lo haréis, espero que dentro de mucho tiempo. En fin, mi último deseo es visitar la tumba del apóstol en Compostela. Una vez hecho esto, podré marchar tranquilo en busca del juicio divino. Fernando.

El joven conde de Castilla se puso en pie.

—Sí, padre.

—Vendrás conmigo hasta Burgos, pero tú te quedarás allí, con tu esposa. Cuida de ella, que dé a luz un varón para asegurar tu linaje. Yo seguiré camino hacia León y hablaré con Bermudo. Le diré que no tiene nada que temer de ti, pero que tus vasallajes han de estar claros. Tu señor soy yo, por encima de todo.

—Por supuesto, padre —respondió Fernando.

—Eres hijo de rey, igual que Bermudo. No más que él, tampoco menos. Tenlo presente, sobre todo cuando yo ya no esté.

—Sí, padre.

—Muerto yo, tu señor será tu hermano García. Le serás leal, eso también debes tenerlo presente.

Fernando no contestó tan rápido esta vez. Observó a García, apoyado en la columna cruciforme, con el brazo derecho cubierto por aquel yeso. García, al ver que su hermano no respondía, también lo miró.

—¿Has entendido a nuestro padre, Fernando?

—Lo he entendido. Y te seré leal… mientras lo merezcas.

Se hizo un breve silencio. El obispo de Pamplona miró al cielo. ¿Eran buitres aquellas manchas que flotaban en lo alto, a mucha distancia?

—Hay algo muy importante que ahora sabréis —siguió el rey—, y que acataréis sin discusión. Lo he hablado con la reina, con nadie más. Ahora quedará entre nosotros, los que estamos aquí, hasta mi muerte, y después lo cumpliréis. Tendréis que jurarlo. Es sobre el reparto de las tierras.

García se separó de la columna, Gonzalo detuvo su paseo.

—¿Has cambiado de parecer, mi rey? —preguntó el obispo.

—Así es. Ante todo, la lealtad. García es el heredero legítimo de mi poder, de mi autoridad. A él deberéis pleitesía por siempre. Cuando yo haya abandonado este mundo, lo tomaréis por señor. Y si no lo cumplís, quedaréis desposeídos. ¿Está claro?

—Muy claro —contestó Fernando.

—Clarísimo, padre —dijo también Gonzalo.

Nuevo silencio. La reina se volvió hacia Ramiro, que asistía como mero testigo en aquel acto.

—¿Lo has entendido tú también, Ramiro?

El bastardo respingó. Era la primera vez que la reina Mayor se dirigía a él como si fuera una persona cercana. Y además lo había hecho sin odio. Y sin insultarlo. Sin saber por qué, aquello le sentó como un trago de agua fresca tras una jornada agotadora. Descubrió que el gesto de ella era dulce ahora. ¿Soñaba?

—Sí, mi reina. Lo he entendido.

—Bien. —El rey volvió a tomar aire—. Lealtad asegurada, así que vayamos a por la justicia. García, hay una condición que deberás cumplir; y empezarás enseguida, en cuanto ese médico sarraceno

considere que tu brazo está curado. No has obrado bien, hijo. No es porque yo lo afirme: lo afirma Dios.

García bajó la mirada.

—Lo sé, padre.

—Harás tu propio viaje para pedir perdón, porque no puedes ceñir la corona con el espíritu impuro.

—¿A Compostela, padre? ¿Contigo?

—No. A Compostela iré solo, ya os lo he dicho. Tú, García, irás a Roma. Expiarás tu pecado ante la tumba de san Pedro. Es deseo de tu madre, lo necesita para perdonarte.

—Padre, me engañaron. Fue esa…

—Basta —lo cortó el rey—. Ven aquí y arrodíllate.

García anduvo, aún cabizbajo, e hizo lo que su padre le ordenaba. El rey posó la mano sobre su cabeza, un patriarca bendiciendo a su heredero.

—García, engañado o no, acusaste a tu madre e hiciste que yo desconfiara de ella y de mi mejor amigo, mi vasallo más honorable. Ambos, tú y yo, somos culpables, ambos peregrinaremos para purgar nuestro crimen. Una vez limpios los dos, yo podré reunirme con el Creador y tú podrás recibir el reino de Pamplona, con la tierra de Nájera y la dote de tu madre: la Castella Vetula, incluida Álava. Serás rey por la gracia de Dios, y señor de tus hermanos, que te deberán su consejo y su auxilio. Tú también los auxiliarás cuando lo necesiten.

—Se te olvida Aragón, padre.

—No se me olvida nada, García. Por cierto, ese caballo negro…

—Fosco, padre —le aclaró García—. Se llama Fosco.

—Sí. La causa de todos nuestros recientes males. Sabed todos que, desde ahora, Fosco es propiedad de la reina Mayor para que haga de él lo que desee. Regalarlo, venderlo a un moro de paz, soltarlo en el campo o matarlo en cuanto lleguemos a Nájera. ¿Está eso claro también, García?

—Sí, padre.

—Pues jura que así lo cumplirás. Con lealtad y justicia, ese es el código.

Larga inspiración, suspiro igual de largo.

—Con lealtad y justicia, padre. Lo juro.

—Bien. Fernando, ahora tú. Ven aquí.

García se levantó y regresó junto a la columna. Fernando se movió hasta quedar ante su padre, la rodilla izquierda en tierra. El rey enredó un poco el flequillo de su segundo hijo legítimo.

—Castilla es tuya hasta el Pisuerga y el Cea, salvo lo de la Castella Vetula con Álava, que tu madre aportó como dote y que es para tu hermano García, a quien tendrás como señor. Le jurarás obediencia y lo ayudarás cuanto te lo ordene. Sé justo, hijo. Sé leal.

Fernando asintió.

—Así seré, padre. Lo juro.

—Gonzalo, ven aquí.

Turno del menor. Un poco encorvado, como de costumbre. Él posó ambas rodillas sobre el suelo polvoriento de la iglesia a medio hacer, entrelazó los dedos como si rezara y dobló la cerviz para que el rey pudiera imponer su mano.

—Dime, padre.

—El Sobrarbe y la Ribagorza son para ti. Jurarás obediencia a García, lo ayudarás siempre que te lo ordene. Y te apoyarás en tus hermanos, que no te dejarán desamparado.

—Sí, padre.

—Jura. Lealtad y justicia.

—Lo juro, padre. Lealtad y justicia.

—Bien. Arriba. Y ponte recto, hombre. Ramiro, ven aquí.

Ramiro, aún sorprendido por las palabras de la reina, encadenó esta nueva sorpresa. Para recibir cuatro o cinco tenencias no era necesaria tanta pompa, eso pensó. ¿O había algo más? Miró de nuevo a Mayor, y pudo ver la sonrisa en sus labios. No una sonrisa de rabia o de burla. Subió la vista al cielo. ¿Por qué no dejaban las iglesias así, descubiertas para siempre? De reojo a Fernando, que también sonreía. Y a García, que seguía con la vista puesta en tierra. Llegó ante el rey, posó la rodilla en el suelo y recibió la mano suave en la cabeza.

—Ramiro, a ti te corresponden las tierras que van desde Matidero a Vadoluengo. Aragón es tuyo.

El joven levantó la cabeza. El rey asentía. Ramiro, pues, tomaba parte en la herencia, como un hijo más. Volvió la cabeza hacia la reina.

—¿Aragón es mío?

—Aragón es tuyo —confirmó doña Mayor.

El rey continuó:

—Cuando yo muera, Ramiro, jurarás obediencia y auxilio a García, al que tendrás como señor, y ayudarás a Fernando y a Gonzalo contra todo y contra todos. Tu primera labor será llevarte el cáliz de Bailo para que lo custodie en Sasabe el obispo Mancio. Que no le ocurra nada a esa reliquia, hijo. Gracias a ella estamos todos aquí, enteros y avenidos.

—¿Pero es verdad todo esto?

La reina se adelantó hasta situarse junto a Ramiro. El faldón rozando su rodilla. La mano de ella se posó sobre la del rey, que a su vez descansaba en su hijo ilegítimo.

—Todo esto es verdad —dijo la reina—. Y además, Ramiro, te tomo por hijo mío y te doy el caballo negro al que llaman Fosco, para que sea tuyo y te recuerde lo mucho que te amo.

Eso los dejó helados a todos, incluido Ramiro. No pudo evitarlo, se fijó en García. Aquella declaración, se quisiera o no, iba tan dirigida a favor de Ramiro como contra el príncipe pamplonés. Este había dejado de observar las puntas de sus pies, ahora cerraba los ojos. Párpados tan apretados como los puños, incluso el del brazo roto. Ramiro casi podía oír los truenos que cruzaban la mente de su hermanastro, una tormenta de odio y resentimiento por resultar privado de parte de su herencia. Pues según la vieja costumbre, tanto Pamplona como Aragón, recibidas juntas por el rey Sancho de su padre, debían mantenerse así, unidas, y pasar al primogénito legítimo. Y para colmo estaba lo del caballo negro, símbolo de la discordia. Halago para uno, humillación para el otro. Ramiro supo que aquello mordería el corazón de su hermanastro y le arrancaría un buen cacho. Que tal vez la reina hubiera trocado el odio por amor; pero García, ahora, lo detestaba más que nunca.

—Mi rey —intervino el obispo—, recapacita, que no solo despedazas las tierras. Estás despedazando el reino. Piensa en los

males que aquejan a los sarracenos y de dónde vienen, por voluntad de Dios. Los moros se pelean entre ellos, se debilitan unos a otros. Casi te diría que no tenemos más que sentarnos a esperar, y en poco tiempo se habrán destrozado tanto entre sí que podremos tomar sus despojos sin esfuerzo. A eso lleva la división. ¿Quieres que nos ocurra igual?

Sancho movió despacio la cabeza, en una negativa que quería ser tan firme para sí mismo como para el obispo.

—Mis herederos están unidos por su sangre y por la obediencia a García. Cada uno de vosotros, hijos míos, recibiréis castillos en las tierras de los demás. De este modo me aseguro de que os ampararéis entre vosotros, y de que cumpliréis nuestro fin común: el triunfo de la cruz y la destrucción de los paganos. Eso es más importante que las tierras, los castillos, los caballos y las coronas. El bien de uno será el bien de todos. El bien de todos, el bien de uno. No somos infieles, no nos pueden la envidia ni la codicia. —Señaló al techo sin construir—. Estamos aquí, en presencia de Dios, expuestos a su vista desde el cielo, y hacemos juramentos a los que nuestra fe cristiana nos liga. No permitáis que los hombres malos prevalezcan sobre la ley divina y sobre los santos, defended a los niños y a las viudas. Sed generosos con vuestros tenentes, escuchad sus consejos y pedidles auxilio. No los desamparéis cuando os necesiten. Elegid bien a vuestros aliados y a vuestras esposas, y tened hijos que sigan con vuestra tarea, así como vosotros seguís ahora con la mía. Apoyaos en los monasterios, pues vuestros vasallos disputarán en todo menos en honrar a Dios, y esto vale tanto para los simples como para los señores de linaje. No reñiréis entre vosotros y os defenderéis de cualquier otro. Da igual si es contra los moros de Zaragoza, contra los de Toledo, contra el rey de León, o como si suben los demonios del infierno con Coré, Datán, Abirón y Judas, traidor y pendenciero. Y ahora, Ramiro, haz como tus hermanos y jura que cumplirás lo que he dispuesto. Justicia y lealtad.

Ramiro cerró los ojos un momento. Cuando se convenció de que no soñaba, los abrió.

—Lo juro. Justicia y lealtad.

†

UN MES DESPUÉS. LEÓN.

El médico andalusí Yusuf as-Sansí, al conocer las intenciones del rey de viajar a Compostela, lo examinó una vez más, reflexionó unos días y le dio su visto bueno. Le deseó que llegara vivo a la tumba del apóstol, pero no dijo nada del regreso. Tras recibir el pago por sus servicios, el sarraceno liberó a García de la férula de inmovilización, confirmó que la muñeca se le había curado y le aconsejó que aguardara unas pocas semanas mientras su brazo recobraba las fuerzas. Después podría iniciar su peregrinación a Roma. Dicho esto, Yusuf as-Sansí volvió a Toledo.

El rey Sancho partió, pues, hacia Compostela. Pensó en llevar consigo el cáliz rojo de Bailo, pero era someterlo a un riesgo inútil y desistió. De todos modos, ya no confiaba en atajar el mal, sino en purificar su alma para el inminente encuentro con el Creador.

Hizo el viaje en etapas largas, deseoso de no perder ni un solo día, con una escolta más bien exigua y sin acompañantes de alta cuna, salvo el tramo hasta Burgos, que hizo del brazo de Fernando. Pero le podía el ansia de no morirse antes de llegar a Compostela, y por eso se marchó sin esperar a que la Princesita diera a luz a una niña de buen tamaño, cara graciosa parecida a la de su madre y pelo muy rubio, a la que iban a bautizar como Urraca. La abuela de la Princesita se había llamado así, y también su madrastra, que al mismo tiempo era tía de Fernando, de modo que aquel parecía un buen nombre. El nombre de una mujer fuerte, sin duda. Capaz de guiar bien a los hermanos que pronto llegarían.

Cuando el rey Sancho se aproximaba a León, había tenido que acortar las etapas, pues se fatigaba enseguida y se veía obligado a desmontar. Aunque de poco le servía, porque a pie no era capaz de dar más de cien pasos seguidos. Solo su recia voluntad lo mantuvo en pie, convencido de que debía seguir, llegar hasta Compostela o, al menos, evitar que su último momento lo sorprendiera quieto. Era

algo que se le había metido en la cabeza. Si lo conseguía, si se arrodillaba ante la tumba del apóstol, si recorría ese camino para peregrinos al que había dedicado su vida, se le perdonarían todos los pecados, todos los errores.

En Mansilla, a un día de camino de León, recibió la noticia de que otro embarazo de alta alcurnia había llegado a término, aunque no de igual manera que el de la Princesita en Burgos. En el palacio leonés, su hija Jimena, reina consorte, había dado a luz a un niño prematuro que no vivió ni un solo día. Hacía tres de aquello cuando Sancho de Pamplona llegó por fin a la ciudad, y se dedicó antes de nada a consolar a su hija, que seguía postrada por el larguísimo parto. Le aseguró que pronto volvería a quedar preñada y que rezaría por ello en cuanto se plantara en Compostela. Jimena, que había cumplido ya diecisiete años, recibió los besos de su padre, al que llevaba tiempo sin ver. Para ella supuso un segundo disgusto comprobar lo demacrado que estaba, así que no pudo dejar de llorar. Todo esto ante Bermudo, que solo tenía una año más que su jovencísima y triste esposa. El chico, impasible a pesar de haber perdido a su sucesor, se hallaba de pie a los pies del lecho. El pelo pulcramente peinado hacia la nuca, vestido todo de púrpura, y cubierto de recargado manto con fibras doradas que sostenían piedras preciosas. Tanto lujo destacaba sobre la simple túnica de lana del pamplonés.

—Rey Sancho, tenemos que hablar.

—Sí, sí. Claro, yerno. Hablemos.

Sancho de Pamplona, que hacía grandes esfuerzos por no dejarse caer, habría preferido quedarse con su hija pequeña, confortarla un poco más, hablarle de su madre y sus hermanos, esperar a que se quedara dormida. Pero salió de la cámara y, apretándose la barriga, siguió a Bermudo de León por el corredor del palacio hasta un aposento cercano, una pieza de oscura piedra sin adornos, con una mesa y una sola silla. Sobre la mesa, un pergamino firmado, pero aún abierto. Para sorpresa del pamplonés, allí se hallaban ya, de pie, el obispo de la ciudad, Servando, y varios de los principales nobles leoneses. Solo uno de ellos le era desconocido a Sancho de Pamplona. Un hombre de larga melena cana, peinada hacia atrás

desde la frente. Los otros eran el conde Flaínez, primo de Sancho y tenente de León. El mayordomo real, Favila Pérez, y el obispo de la ciudad, Servando. Los tres saludaron al pamplonés con gestos de respeto.

—Rey Sancho. —Bermudo alargó la mano hacia el tipo del pelo blanco—. Te presento a mi alférez, Nepociano Osóriz. Creo que no os habíais visto nunca.

El tal Nepociano se inclinó.

—Mis respetos, rey Sancho.

—Os saludo a todos, señores —dijo el rey.

Entonces hizo ademán de sentarse porque pensaba que su yerno le ofrecería la única silla. En lugar de eso, Bermudo se recogió el manto con una mano, fue él el que tomó asiento y, con su suegro en pie delante de él, se dedicó a manosear el pergamino.

—Rey Sancho, sé que tienes prisa por cruzar mi reino hasta Compostela. He visto que llevas poco acompañamiento, y no me parece adecuado. Las tierras se vuelven peligrosas, sobre todo conforme te acerques a Galicia. He encargado al conde Flaínez que te escolte con su mesnada.

Sancho de Pamplona carraspeó. No solo le dolían las tripas. También la espalda, y la pierna mala.

—Gracias, Bermudo, pero no será necesario. Comprende que, en mis circunstancias, poco miedo le tengo a que me asalte una piara de bandidos.

—Como quieras. —Bermudo dejó de juguetear con el pergamino y se lo extendió—. Esta es una carta para tu hijo, mi queridísimo cuñado por partida doble, Fernando. Te ruego que se la entregues a la vuelta, cuando pases por Burgos. Está escrita por mi fiel Servando, aquí presente, y la firmamos tanto tu hija como yo. Te la ofrezco abierta porque pienso que es de tu interés. En cuanto la leas, la mandaré sellar.

Sancho de Pamplona tomó el documento, pero no se molestó en leerlo.

—Supongo que vuelves a ordenar a mi hijo que se presente aquí para rendirte vasallaje.

Bermudo consultó con la mirada a su alférez Nepociano, que asintió levemente. El joven rey leonés se dirigió de nuevo a su suegro.

—Es su deber. ¿No estás de acuerdo?

—Ay, deberes, deberes. Qué duros se hacen a veces, ¿verdad, Bermudo? Pero hay que cumplirlos.

—Así es.

Sancho de Pamplona estuvo a punto de apoyarse en la pared. Necesitaba sentarse, y ver a su joven yerno tan acomodado en aquella silla era como escuchar una torrentera de agua fresca en medio del desierto.

—Por ejemplo —siguió el pamplonés—, cuando a un rey se le rebelan sus vasallos, tiene el deber de reconducirlos, ¿no? De someterlos. Por la fuerza incluso.

—Bueno, nadie ha hablado de eso.

—Nadie ha hablado de eso… —repitió el alférez de León— aún. Pero si hay que hablarlo, se habla.

Sancho reunió fuerzas para sonreír. Se acercó a Nepociano Osóriz, hombre de su edad y tamaño, aunque totalmente sano. Le inspiraba cierto rechazo aquella frente despejada y la larguísima melena blanca peinada hacia atrás. Lo mismo que el gesto entre retador y burlón. El alférez le sostenía la mirada, la barbilla alta, los brazos cruzados, como estableciendo un escudo. El rey Sancho se volvió un instante hacia su yerno y, por la manera en que este callaba, supo que el tal Nepociano se había convertido en alguien muy influyente en León. Capaz de actuar sin permiso de su rey. Eso siempre era peligroso, y aún más cuando se trataba de alguien que, hasta poco antes, era desconocido. Así que le habló directamente.

—No recuerdo, alférez, que estuvieras aquí hace siete años, cuando coronaron a mi yerno. Ni en los meses siguientes, cuando sometimos a los levantiscos para asegurarle el trono. No te vi cuando vine a León con la cabeza de Sisnando Galiáriz; o cuando Bermudo, por fin, pudo respirar tranquilo porque ningún conde rebelde iba a disputarle más la corona.

El alférez sacó pecho.

—No me viste porque me hallaba en el bando equivocado. Pero me redimí, ya ves. Hasta el punto de que yo también le entregué al rey Bermudo la cabeza de un rebelde. Tampoco me faltan méritos de armas: la primavera pasada conduje las tropas leonesas para defendernos del emir de Sevilla, y lo pusimos en fuga.

—Ya veo. Un hombre de fiar.

Bermudo se puso nervioso. Se notaba en la manera de tamborilear con los dedos sobre la mesa. El obispo Servando se colocó entre el rey de Pamplona y el alférez leonés.

—Lo que importa ahora, mis señores, es llegar a un acuerdo. Rey Sancho, tu labor de ayuda contra los rebeldes fue notoria, pero no es la cuestión ahora mismo. Precisamente por esa ayuda, porque devolviste las aguas a su cauce, se te tiene por hombre recto. ¿Cómo es eso que se predica de ti? Lealtad y justicia, sí. ¿No piensas que tu hijo Fernando, como todo conde castellano, debe lealtad al rey de León? ¿No te parece justo, acaso?

—Obispo, nadie duda de que Castilla, la gobierne quien la gobierne, pertenece al rey de León. —Se volvió hacia Bermudo—: Nadie lo duda, digo. ¿Tú lo dudas, yerno?

—Por supuesto que no.

—¿A qué viene esa insistencia entonces? Siempre te hemos apoyado. —Señaló al alférez Nepociano—. Eso es algo que no todos pueden decir. —Apoyó ambas manos en la mesa. Fingió que para tomar cercanía con Bermudo, pero en realidad era porque casi no se tenía en pie—. Tú reinas desde hace siete años, yerno. Yo llevo más de treinta. No lo entiendas mal, no me pongo por encima de ti; pero yo, a tu edad, aún tenía mucho que aprender. No me daba cuenta entonces, lo hice después. Ahora sé que en aquellos tiempos de juventud cometí muchas estupideces. Aunque tuve buena fortuna, lo reconozco: dispuse de buenos maestros que me guiaron cuando estaba a punto de extraviarme. ¿Quién te guía a ti? ¿Este alférez tuyo que Dios sabe de dónde ha salido?

—Rey Sancho, solo quiero la paz.

—Paz tienes, yerno. Gracias a mí, entre otros. De Fernando no debes temer nada, al contrario. Sabes que las armas de Castilla son las mejores de tu reino, así que, de ocurrirte algo, contarás con

ayuda militar. Y si no fuera bastante, están mis otros hijos. Te voy a pedir algo: haz un esfuerzo e imagina los ejércitos de Pamplona, de Aragón, del Sobrarbe y la Ribagorza. Todos unidos al de Castilla… para defenderte.

—Para defendernos —repitió el alférez Nepociano—. O para atacarnos.

A Bermudo le había subido el color a la cara. El obispo Servando se retiró a un rincón, El conde Flaínez y Favila Pérez guardaban silencio. El rey Sancho reunió fuerzas imposibles y se encaró de nuevo con el alférez.

—Dime una cosa, hombre. ¿Por qué te rebelaste contra Bermudo cuando llegó al trono?

Nepociano Osóriz, sin ocultar el hastío, se acomodó la melena plateada detrás de las orejas.

—Me equivoqué. Y me corregí.

—¿Te equivocaste entonces o te equivocas ahora?

Bermudo se levantó.

—¿Qué quiere decir eso, rey Sancho?

—Quiere decir, yerno, que a veces uno no sabe si ha hecho lo correcto hasta que encara las consecuencias. ¿Hice yo lo correcto cuando te ayudé a conservar la corona? ¿O me equivocaba? —Sancho de Pamplona apoyó el índice en el pecho del alférez, pero siguió hablando a Bermudo—: Este hombre se corrigió cuando descubrió que se había equivocado, eso dice. Pues, querido yerno, no me hagas pensar que me equivoqué al sentarte en ese trono que tienes. Porque si es así, estoy a tiempo de corregirme.

—Rey Sancho…

—Ya estamos bien —cortó el rey pamplonés—. Ahora debo seguir camino. Tú quédate aquí, disfruta del verano y de tu reino, y de estos buenos amigos que te rodean y tan bien te aconsejan. Alégrate por tener paz y por la amistad de mis hijos, que te ayudarán a defenderte de los sarracenos. Cuida de Jimena, consuélala y hazle otro niño. Quiero un nieto fuerte, valiente y listo, que sepa lo que le interesa. —Levantó la carta destinada a Fernando y, con muy estudiada lentitud, la rasgó a lo largo y por la mitad. Se

volvió hacia el alférez Nepociano y, ante sus narices, dejó caer los dos pedazos—. Y sobre todo, Bermudo, no te equivoques.

†

AL MISMO TIEMPO. NÁJERA

La comitiva no era larga. Apenas una docena de jinetes y cinco criados que acompañarían a García hasta el confín del condado de Ampurias. A partir de allí, el viaje seguiría por mar con destino a Roma, pero solo para el propio príncipe pamplonés y su amigo de mayor confianza, Diego Vélaz. Los corceles de viaje y los de refresco, así como la recua de quince mulas, ya con las alforjas casi repletas, aguardaban en hilera junto a la puerta del alcázar najerense, y los viajeros se despedían de sus esposas, hijos, padres y madres.

La reina Mayor también esperaba. En el patio empedrado, en lo alto del tramo de escalones y con la vista enfocada al norte, solemne como un campanario, el cabello rojo oculto por la toca y los dedos entrelazados. Junto a ella, Gonzalo, que echaba continuas miradas a su madre y atrás, a la puerta del palacio. El joven estaba más inquieto que nunca, seguía con la vista a los criados que bajaban con fardos y regresaban a por más. Algunos de ellos apenas habían cumplido los doce, pero ya lo aventajaban en altura y fuerza. Y eso que él contaba quince años.

—Gonzalo, estate quieto ya, por Dios —rogó la reina.

—Sí, madre.

Pero el chico no podía parar. Sorbía los mocos, porque era habitual que se resfriara en pleno verano. Y cada poco se apartaba el flequillo rojo que le caía ante los ojos. Mayor se inclinó un poco para decírselo al oído.

—Si no dejas de moverte, te mando para dentro.

—Sí, madre.

Y la reina regresaba a su pose hierática, pero sin dejar de mirar de reojo a su hijo menor. Cerró los ojos, apretó su lujosa cruz y se encomendó a Cristo. ¿Cómo iba Gonzalo a ponerse al frente del Sobrarbe y la Ribagorza? Aquellos eran los territorios más salvajes de cuantos poseía el rey Sancho. Pero el rey Sancho era el rey Sancho. Y Gonzalo… Ah, Gonzalo. Lo imaginó al frente de los montañeses, en la frontera con la taifa sarracena de Zaragoza. Pasando las noches al raso, cruzando desfiladeros y bosques, vadeando ríos alimentados por la nieve del Pirineo. Mayor no temía por su primogénito, y casi tampoco por Fernando. Pero el pequeño…

—No te hurgues la nariz, Gonzalo.

—No, madre.

Ramiro. Le encargaría a él que se hiciera cargo del Sobrarbe y la Ribagorza hasta que Gonzalo creciera un poco más. Necesitaba fortalecerse, o al menos dejarse la barba. Si no, ¿cómo iban a respetarlo aquellos rudos serranos a los que debía gobernar?

El obispo de Nájera salió del palacio en ese momento. Se había puesto una dalmática negra que le quedaba ancha. A Mayor se le asemejó a un cuervo que se posara tras planear sobre ellos. Pensó en el rey. ¿Seguiría vivo? El obispo tomó su lugar a la izquierda de la reina, se recolocó la estola blanca, juntó las manos y movió los labios en una rápida oración. Esa misma mañana había presidido una misa en la iglesia del santo Jacobo, pero sin la asistencia de la reina Mayor, porque a ella aún la avergonzaba salir del alcázar, dejarse ver y someterse a aquellas miradas furtivas. No soportaba que los villanos cuchichearan, o apartaran la vista para disimular.

Por fin el obispo se envaró. Se escuchó el tintinear de hierro y Matalobos salió del recio edificio con sus arreos a la espalda. Ni siquiera miró a la reina al pasar. Cargaba con el talabarte, la funda y la espada. No con su ciclópea hacha pagana, que seguramente no consideraba necesaria para una peregrinación. Bajó pesadamente la escalinata y lo colgó todo del arzón de su imponente caballo tordo. Y desde abajo sí que se volvió y fijó su vista en Mayor. Lo hizo con aquella sonrisa fiera en la boca. Gonzalo bajó la cabeza y el obispo siguió fingiendo que rezaba. La reina hizo rechinar los dientes.

—Ya te llegará, ya.

—¿Qué dices, madre?

—Nada, Gonzalo. Sácate el dedo de la nariz, por misericordia.

Por fin apareció García. Él no llevaba carga alguna, sino un pedazo de pan que masticaba con desgana. Se plantó ante el obispo, que trazó una cruz en el aire. El príncipe no se santiguó, sino que arrancó otro pedazo de pan y escupió algunas migas al triturarlo entre los dientes. Miró a Gonzalo y pareció que iba a decirle algo. Pero se lo pensó mejor. Entonces llegó el turno de despedirse de la reina.

—Madre…

—Hijo…

García terminó de deglutir. Quieto, con la vista fija en los ojos claros de la mujer a la que había acusado de adúltera. Ella le sostuvo la mirada sin moverse ni una pulgada.

—Madre, pensaré en ti todo el viaje.

—Yo también pensaré en ti, hijo. Ve con Dios y vuelve con el alma limpia.

Eso hizo sonreír a García. Iba a darle el último mordisco al pan, pero lo arrojó a un lado.

—Hay algo que quería decirte, pero lo he olvidado.

—No tiene importancia, hijo. Nada la tiene ya.

—Claro. ¿Me das un beso, madre?

—Por supuesto.

García se inclinó, y la reina se aupó para tocar su frente con los labios.

—Gracias, madre. Adiós. —Se dio la vuelta y bajó el tramo de escalones, aunque se detuvo a mitad y se volvió—. Ahora recuerdo lo que quería decirte. O tal vez ya lo sabes. Me lo contó el obispo de Pamplona. ¿A ti no te lo contó nadie?

La reina, cogida por sorpresa, abrió mucho los ojos.

—¿Si me contaron qué?

—Lo último que Felicia dijo antes de morir.

Gonzalo dejó de hurgarse la nariz. La reina llenó de aire su pecho.

—¿Qué dijo esa perra, hijo mío?

—Juró de nuevo, madre. Que eras una adúltera.

El obispo de Nájera dio un paso tímido adelante.

—Mi señor García, por caridad…

—No pasa nada, solo quería asegurarme. Tú no estabas allí, buen obispo. No puedes saber si es cierto.

El prelado se aclaró la garganta.

—Yo también he hablado con mi hermano en Cristo, el obispo de Pamplona, y sé lo que pasó. Las mentiras llevaron a la tumba a Felicia y ella misma rechazó ponerse a bien con Dios. Tú ahora tienes la oportunidad de redimirte.

García asintió despacio. Abajo, Matalobos se asomó impaciente.

—¿Vamos ya?

Ahora fue la reina la que se adelantó. Incluso bajó un par de escalones, lo que la acercó de nuevo a su hijo.

—¿Por qué me atormentas, García? Dios dictó sentencia.

—Así fue. De modo que no sé por qué te sientes atormentada, madre. —El príncipe alargó la mano hasta tocar la barbilla de la reina—. No sufras más. A mi vuelta, toda la infamia estará castigada y los pecados perdonados.

La reina hizo un gesto hacia Matalobos, que seguía abajo.

—Aún quedarán infamias sin castigar, hijo. Hay pecados que no merecen perdón.

García retiró la mano.

—Se acercan nuevos tiempos, madre. Y te prometo que también traerán cambios para ti.

†

18. Una tumba nueva

†

DOS MESES Y MEDIO MÁS TARDE, OCTUBRE DE 1035

El rey Sancho de Pamplona murió el día del evangelista san Lucas.

Fue en el viaje de regreso a Nájera, a poca distancia de Burgos y tras penosas jornadas en las que el rey apenas podía recorrer unos pasos. Como la simple agitación del caballo al paso le causaba dolores terribles, a partir de Carrión hubo que cargarlo en parihuelas la mayor parte del tiempo. En Castrojeriz, un médico judío se prestó a examinarlo y, llegados a ese punto, el mismo rey fue el primero en aceptar cualquier cosa, lo que fuera. El médico le dio a beber un brebaje y, poco después, Sancho de Pamplona era cadáver. En realidad, el bebedizo era inofensivo, lo que ocurría era que al rey Sancho le había llamado a consultas el Creador. Pero los cristianos de Castrojeriz montaron en cólera igualmente, o a lo mejor solo aprovecharon el suceso para ajustar cuentas o rapiñar los muchos bienes de los judíos. El caso fue que en un par de días mataron a más de cincuenta; los restantes tuvieron que huir a un cerro y se rodearon de una barricada. Los cristianos de la villa, conformes con la sangre ya derramada y habiéndose repartido lo de los judíos, los dejaron en paz allá arriba, y hasta los felicitaron por la ocurrencia y los invitaron a quedarse a vivir en el cerro, cosa que al final hicieron.

La muerte del rey la conoció primero el conde de Castilla, que salió a recoger a su padre y mandó aviso a Nájera. Y a continuación, para cumplir los deseos del difunto, llevó su cadáver al monasterio de Oña, donde esperó al resto de la familia.

La misa, cómo no, la dio el obispo de Pamplona, que se interrumpía cada rato para llorar y contagiaba sus lágrimas a las mujeres que asistían. Los hombres aguantaron a excepción de Gonzalo, al que tuvieron que sacar de la iglesia porque gimoteaba sin medida. Otra que interrumpía cada poco era la pequeña Urraca, la hija de Fernando y la Princesita, que berreaba con voz potente, muy obstinada en agarrarse a la teta de la nodriza. La reina Mayor, sin embargo, se mantuvo tan digna como siempre, sin flojear ni un momento mientras el eco del sermón rebotaba contra las piedras del templo. Sobre todos flotaba, esta vez sí, la certeza de la muerte para la que se preparaban con cierta alegría, soltando donaciones y concediendo rentas mientras aún quedaba vida; y el miedo al infierno, la angustia por la salvación y por ver a Dios eran algo lejano, que tardaría mucho en llegar. Solo que siempre llegaba.

Al obispo de Pamplona le pareció oportuno recitar el evangelio de san Lucas, nada estaba de más para salvar el alma del rey recién muerto. Y en esas andaba cuando entró en el templo una mujer a la que nadie esperaba. Sancha de Aibar, antigua amante del difunto rey y madre del bastardo. Alguien avisó a la reina con un susurro, y esta se volvió.

Ramiro, que tampoco sabía que su madre iba a presentarse, se dio cuenta de la situación y caminó entre los fieles de sangre noble que despedían al rey Sancho. Llegó a la portada, donde doña Sancha se había quedado petrificada al ver el féretro en la cabecera, elevado sobre trípodes. Cerrado, porque el monarca llevaba ya días cadáver, pero no por ello menos impresionante. En lugar de la espada del rey, sobre la tapa habían puesto un enorme crucifijo de mármol, la talla de Cristo muy detallada y rodeada de detalles del cielo y del infierno.

—Madre —susurró Ramiro.

Ella tomó la mano que el hijo le ofrecía. Seguía hermosa, mucho más que la reina. Y alta como pocos de los hombres que se reunían

en la iglesia. Ya eran bastantes las cabezas vueltas hacia ella, como si hubieran perdido interés en el oficio. La reina también observaba a doña Sancha.

—*Nolite iudicare* —decía en ese momento el obispo—, *et non iudicabimini*.

—No juzguéis, y no seréis juzgados —dijo doña Sancha. Ella no lloraba. Ramiro lo atribuyó al mucho tiempo separada de la corte. Sin embargo, notaba cómo le temblaba la mano.

Nolite condemnare, así continuaba el evangelio, *et non condemnabimini*. No condenéis y no seréis condenados. ¿Condenaba la reina Mayor mientras, aún vuelta la cabeza, contemplaba a quien había parido al bastardo? ¿Cambiaría eso la insólita corriente de simpatía hacia Ramiro?

—Vamos fuera, madre.

Salieron mientras, dentro, el obispo aconsejaba perdonar para ser perdonados.

—He tenido que enterarme por los rumores de los campesinos —dijo ella.

—Había pensado en ir a Aibar para contártelo —se excusó Ramiro —. Esto y alguna otra cosa.

Caminaron por entre los corrales, tierras de pan, huertos y viñedos. Los campesinos, atareados con lo suyo, los observaban desde los campos con una mezcla de curiosidad y temor. En un par de años se les había muerto la abadesa Tigridia, que los trataba con suavidad. El siguiente abad, no tan complaciente, solo había durado unos meses. Y a pocas semanas de su funeral, ya tenían otro encima. El del rey nada menos. El óbito de una persona principal siempre traía consecuencias, más aún la de alguien que ceñía corona. Nunca se sabía qué iba a pasar tras la muerte de un monarca, por muy atado que lo dejara todo. Doña Sancha se detuvo para fijarse en una muchacha que daba de comer a las gallinas, y esta, al notarlo, bajó la cabeza y fingió concentrarse en repartir bien el grano.

—¿Y tu Munia? —preguntó doña Sancha—. Esperaba conocerla.

—No ha venido. Solo la familia, nobles y prelados. Está acostumbrada a quedarse fuera.

—Cuánto me suena todo eso, hijo.

—Por poco tiempo, ven.

Tomó del brazo a su madre y la llevó hacia el río, al mismo lugar donde la reina había abofeteado a García aquel día ya lejano.

—Se esperan cambios, ¿eh? —decía ella—. Fíjate, pensaba que me apenaría ver su ataúd. Pero no ha sido así. O no tanto como yo creía. Y ahora me dices que él y esa rancia de la reina tenían apartada a tu Munia. Ellos son así. Muy de aprovecharse de la gente, pero guardando las formas. ¿Sabes cuántas veces ha venido a verme tu padre desde que me dejó tirada en esa torre?

—¿Nunca?

—Ja. Hasta que cayó enfermo, y salvo por esa larga temporada que pasasteis en Galicia, no era raro que recibiera su visita cada dos o tres semanas. Venía de incógnito, tendrías que haberlo visto. Vestido de mercader o de fraile. Menudo era. ¿Y sabes todas esas veces que se iba de caza? Pues no era para cobrar jabalíes o corzos. A veces no lo dejaba subir. Eso me encantaba. Él no podía montar un escándalo, claro, porque ¿qué hacía el rey visitando a esa fulana con la que había tenido a su bastardo? Pero otras veces… En fin, hijo. Estoy muy sola allí.

—Eso se ha acabado, madre. Se ha acabado tanto para Munia como para ti.

—¿Qué quieres decir?

—Que el rey ha muerto, y ahora todo el mundo sabrá lo que dispuso en el monasterio de Leire. Yo estaba allí. Madre, Aragón es para mí.

Doña Sancha se detuvo. Ceño arrugado.

—¿Aragón?

—Sí, madre. Fue cosa de la reina, ¿puedes creerlo?

Ella enarcó las cejas.

—¿Por defenderla en aquel juicio? —Acarició la mejilla de Ramiro —. Claro que sí, que puedo creerlo. A la reina le interesa tener a hombres de verdad de su lado, sobre todo ahora que se ha roto su lazo con el nuevo rey. De lo del juicio y el duelo también me enteré por lo que cuchicheaban los labriegos, por cierto. No por ti.

—Ocurrió todo muy deprisa. Y además, no me habría hecho gracia saberte entre la gente en aquella explanada, mientras García y yo… En fin, ya fue angustioso que Munia tuviera que verlo.

—Lo entiendo. Ah, mi hijo defendiendo a su odiosa madrastra…

—¿Te parece mal?

—Claro que no. Aunque yo te lo habría impedido de haberlo sabido a tiempo. Y ahora resulta que, como premio, recibes parte del reino. De todos modos no me gusta enterarme de estas cosas si no es de tu boca.

—Es que has de perdonarme, madre. En los últimos meses he tenido mucha ocupación, pero ya te lo he dicho: iba a verte enseguida. Despídete de Aibar, vendrás conmigo a Aragón.

—Aragón…

—Tengo planes. ¿Qué te parece Jaca? Haremos una bonita ciudad de ella. Ya no tendrás que vivir separada del mundo.

—No creas que se está tan mal, hijo. Para lo que hay que ver… ¿Pero qué hay de García? ¿Acepta quedarse sin Aragón, así, sin más? Le corresponde a él según la costumbre.

—Mi padre lo dejó muy claro y él lo aceptó. Todos juramos aquel día.

—¿Y sigue dispuesto a cumplir?

—Eso espero. Parece que la lealtad lo va a obsesionar tanto o más que a mi padre. García está de viaje en Roma. Penitencia por lo que le hizo a su madre, podríamos decir.

—Merecido. Entiéndeme: sigo espantada de esa mala pécora, que aún es fea como un demonio. ¿Has visto cómo me ha mirado? Pero lo que le hizo García… Eso no se hace con una madre. Espera. —Doña Sancha señaló hacia la iglesia—. El oficio ha terminado. Tu eitán viene.

Ramiro comprobó que era cierto. No solo Jimeno Garcés: todos los demás asistentes brotaban del templo en silencio mientras algunos siervos preparaban el lugar donde el rey reposaría junto a los padres de su esposa y el Infanz. El lugar en el que en el futuro se enterraría también a la reina Mayor. El eitán de Ramiro se separó del resto y caminó hacia él. Aunque no con la vitalidad de antaño, la que había perdido con aquel célebre juicio, pues desde entonces don Jimeno

Garcés parecía haber envejecido. Besó la mano de doña Sancha y le dedicó un amago de sonrisa.

—Verte aplaca el dolor, mi señora. Parece imposible, pero estás más bella conforme pasa el tiempo. —Se volvió hacia su antiguo pupilo—. Ramiro, quería decírtelo a ti el primero: me voy de Nájera. No es aconsejable que me quede allí ahora que la reina está… Bueno, ya me entiendes. Además, no estaría cómodo viendo a García a diario. Te ruego que se lo digas cuando regrese de Roma. ¿Crees que lo dejará correr?

—Los juramentos son importantes para García, ya sabes. Pero por si acaso, ¿adónde irás?

—A Uncastillo. Mi esposa está allí ahora. Espero que García me permita conservarlo. Eso y el resto de mis tenencias.

—Uncastillo y Sos quedan para García —le reveló Ramiro—, pero Atarés no.

El noble hizo un gesto de extrañeza.

—No te entiendo, muchacho. García es ya rey de Pamplona y de Aragón. Todas mis tenencias quedan en sus dominios.

—Te equivocas. García acaba de convertirse en rey de Pamplona, pero no de Aragón. Aragón es para mí, así lo dispuso mi padre. Ya puede saberse. Supongo que la reina y el obispo de Pamplona abrirán el testamento en cuanto a mi padre le haya caído tierra encima.

Al Eitán se le descolgó la mandíbula.

—¿Aragón es tuyo?

—No está mal para un bastardo, ¿eh? —dijo doña Sancha—. ¿De verdad que tú tampoco sabías nada? ¿No te lo ha dicho la reina?

—No hablo con la reina desde… —El noble se encogió de hombros —. Bueno, no hablo con la reina. Ah, pero tú, Ramiro. —Lo cogió por los hombros—. Al frente de Aragón. ¡Aragón! Estupendo.

—¿Te alegras, Eitán?

—Pues claro.

Aunque Ramiro no lo terminaba de creer.

—No pareces muy contento, la verdad. Pero no importa. Recoge a tu esposa y llévala a Atarés, ese señorío es de Aragón y lo mantendrás. Por tus tenencias pamplonesas no puedo hablar, pero si

a García se le ocurre desposeerte de Sos y Uncastillo, yo te compensaré. Te quiero a mi lado, Eitán. No creo que yo solo pueda regir todo Aragón.

Doña Sancha carraspeó.

—Virgen santa. Viene la reina.

Los dos hombres se volvieron. Mayor, reina viuda de Pamplona, caminaba con su habitual suficiencia hacia ellos. Había ordenado con un gesto que la dejaran sola, y atrás quedaban Fernando y la Princesita, y también la nueva doncella que la reina se había procurado en sustitución de Felicia. Ramiro y Jimeno Garcés se inclinaron, doña Sancha se mantuvo derecha. Las dos mujeres se miraron a la cara, labios apretados. Las campanas tañeron una, dos, tres veces. La madre de Ramiro habló por fin.

—Dios lo acoja en su seno, mi reina. Cuentas con mi pena y con mis oraciones.

La propia Sancha de Aibar, Jimeno Garcés y Ramiro aguardaron a la reacción de la reina. Temiendo, más que nada, que volviera a escupir su odio sobre la antigua amante del rey, a señalarle el levante para mandarla de vuelta a su encierro. Pero no.

—El obispo ha oficiado el funeral con un sermón sobre san Lucas —dijo. Voz serena—. Ha dicho algo que me gusta. Mi madre me contaba que la abuela Ava lo decía también. De mi abuela Ava heredé los derechos de la Ribagorza, pero eso ya lo sabíais, claro.

Doña Sancha, que no adivinaba por dónde iba a salir la reina, asintió.

—Claro que lo sabemos, mi señora —confirmó también el Eitán—. ¿Y qué decía tu abuela?

—*Non est enim arbor bona quae facit fructus malos; neque arbor mala faciens fructum bonum*.

Al Eitán no le costó mucho traducirlo:

—No hay árbol bueno que dé frutos malos, ni árbol malo que dé fruto bueno.

Mientras sus interlocutores interpretaban estas palabras, la reina posó la mano sobre el hombro de Ramiro y, sin dejar de dirigirse a Sancha de Aibar, añadió:

—Tal vez seamos como los árboles, ¿no creéis?

Don Jimeno Garcés volvió a inclinarse en una rápida reverencia.

—O tal vez seamos más complejos que los árboles, mi reina. Buenos y malos al mismo tiempo. Puede que a todos nos crezcan ramas buenas y ramas malas, y cada una dé su fruto. Te ruego que me disculpes ahora. Debo prepararme para partir. —Dedicó otra de aquellas sonrisas amargas a Sancha de Aibar y palmeó la espalda de su pupilo—. Nos veremos.

Se marchó. La reina lo siguió con la vista, impasible su gesto. Su mano seguía posada sobre el hombro de Ramiro. La retiró para extenderla hacia Sancha de Aibar. Rozó su mejilla con los dedos.

—Ve con Dios, mujer. Y perdóname si puedes. —Se volvió hacia Ramiro—. Ahora abriremos el testamento de tu padre y cada cual viajará hacia donde le corresponde. Ven a verme antes de partir, hijo mío. He de decirte algo a solas.

También se fue. Sancha de Aibar aún notaba aquel roce, apenas una brisilla que casi no podía ni adivinarse.

—¿Te ha llamado «hijo mío»?

Ramiro besó a su madre en la mejilla, justo donde la reina había posado sus dedos.

—¿Y a ti te ha pedido perdón?

—No sé si es un sueño o una pesadilla. No me fío de esa mujer. Creo que solo quiere tu protección por si García sigue resentido.

—Es posible —dijo Ramiro—, pero hay más que eso. Sé lo que me va a pedir la reina. Y es algo que tengo que darle. Es más: quiero dárselo.

†

19. Y una vieja reliquia

†

DICIEMBRE DE 1035

El monasterio de San Juan de la Peña no estaba en un lugar fácil. Los bosques de abeto alfombraban las laderas, como púas verdes y afiladas en su trepada hasta el monte Pano. A medio día de marcha desde Jaca para los lugareños hechos a subir y bajar, un día entero para los foranos que preferían la caminata descansada, dejándose turbar por aquella naturaleza feroz y conmovedora, incluso excesiva, capaz de enardecer el alma y convencer a cualquiera de que semejante belleza solo era posible si procedía de una mano divina.

Por eso no era extraño que se hubiera desafiado a la montaña en el lugar más inverosímil, clavando en plena pared vertical un lugar para la fe. Se podía decir que aquel era el cuarto gran monasterio favorecido por el difunto rey Sancho, si es que los otros tres eran Leire, Oña y San Millán. Y como en esos tres, a San Juan de la Peña lo había regado la monarquía con donativos, rentas y derechos. Tanto que los abades —incluso los que no compartían su cargo abacial con otro episcopal— se habían convertido en poderosos sujetos que dirigían prósperos territorios y que se sentían muy integrados en la política del reino, comprometidos con la adhesión al rito romano y la consiguiente anulación del otro rito, el antiguo, que

tanto se resistían a abandonar las iglesias de los reinos cristianos. Concentrar en los abades semejante poder también los volvía agradecidos, y Ramiro pensaba aprovecharlo.

El monasterio se apoyaba en una cueva orientada al nordeste, casi cubierta por una roca pavorosa, rojiza y abombada que parecía a punto de desplomarse en cualquier momento, de aplastarlo todo y borrarlo del mundo. El sitio, en tiempos de los antiguos condes de Aragón, había sido una simple gruta escondida en la que se refugiaban ascetas medio locos o tocados por la mano de Dios, renegados de la vida en el valle y de la extraña fe de los sarracenos. Incluso se contaba que San Juan de la Peña era el lugar en el que había nacido Aragón.

—Bah, se dicen tantas cosas. A saber cuáles son ciertas.

Eso opinaba Ramiro mientras, una vez más, examinaba el cuenco carmesí que ya nunca más se guardaría en la iglesia de Bailo.

—Por Dios, mi señor… —Mancio, el obispo de Aragón, negaba con un punto de disgusto, como reprendiendo a Ramiro—. No es cuestión de saber, sino de creer.

—Claro, claro. —Imaginó la escena, mil años atrás. El hombre elevando aquella vieja reliquia en presencia de sus seguidores más leales. ¿De verdad sus manos habían tocado esa misma materia que ahora tocaba Ramiro?—. Cuestión de fe, ¿verdad? En fin, toma el cuenco, amigo Mancio. Llévalo a Sasabe y custódialo como merece.

—Así se hará.

El obispo lo recogió con gran cuidado, lo envolvió con paño blanco y lo depositó en una de las alforjas. La tercera mula de la reata, inconsciente del tesoro con el que cargaba, sacudió las orejas sobre las que caían los primeros copos.

—Una cosa más, Mancio… —Ramiro se separó un poco de Munia y bajó la voz—. ¿Tú has oído hablar de las flores de nieve?

Al obispo le sorprendió la pregunta.

—Sí, he oído que crecen en las montañas más altas, que asoman unos pocos días y luego desaparecen. No creo que existan, mi señor.

—¿No? Bueno, supongo que será más bien una cuestión de fe. Ten buen viaje, amigo mío.

Mancio se despidió de Ramiro, de Munia y del Eitán. También se volvió hacia la entrada del monasterio, en la que aguardaba el abad Blasco. Blasco aún era joven, y había sucedido al viejo abad Paterno un par de años antes, a la muerte de este. Se le veía encantado con que el nuevo poder de Aragón se concentrara allí, en su monasterio montañés.

Ramiro saludó con la mano al obispo Mancio y le dio la orden de partir. Los criados tiraron de las riendas de las mulas y, junto con el obispo, emprendieron la marcha. Allí, alineados en el borde de la senda, bien sujetos por los ateridos criados, quedaban los caballos de los señores aragoneses, convocados en San Juan de la Peña para reunirse con su nuevo señor. Ramiro, hijo del rey Sancho. Entre esos caballos estaba también Fosco, espléndido, negro como la fosa más profunda en la noche más oscura. No era la montura ideal para viajar, pero Ramiro quería que sus nuevos vasallos lo vieran, que lo relacionaran con él y asumieran que, a partir de ese momento, no era tranquilidad ni molicie lo que podían esperar. Por esa misma razón vestía al uso de la tierra. Cuero, pieles sin curtir, cordeles trenzados en tobillos y muñecas, la espada bien visible al cinto. Munia se frotó los brazos.

—Hace frío.

—Vamos dentro —dijo Ramiro. Cuando iba a pasar el murete del monasterio apoyado en la montaña, se dio cuenta de que Jimeno Garcés no quitaba ojo de la mula que, camino abajo, transportaba el cáliz hacia su nuevo destino—. ¿Vienes, Eitán?

—Sí, sí.

El abad Blasco les dio la bienvenida antes de guiarlos. Pasado el muro los recibieron los monjes, hombres y mujeres, con miradas de curiosidad hacia el joven que iba a gobernar Aragón y hacia la muchacha que él tomaba del brazo. Hasta San Juan de la Peña, cómo no, habían llegado los rumores del vergonzoso juicio por adulterio en Nájera, el combate judicial y la exculpación de la reina Mayor. Por eso miraban a Ramiro con un brillo especial en los ojos. ¿Aquel era el instrumento de Dios para hacer justicia en la tierra?

El abad los guio hasta una sala en el lateral de la iglesia, con arcos que se curvaban casi desde su arranque en el suelo. Ventanas a un

lado, la roca pura al otro. Allí esperaban los hombres convocados por Ramiro. Nobles que poseían sus tenencias en Aragón y que ahora, con el rey Sancho ya difunto, se preguntaban si algo cambiaría. Ramiro avanzó entre ellos, mirándolos con gesto amistoso, y ocupó el centro de uno de los cuadrados formados por tres arcos y el muro, con la luz invernal iluminando su espalda. Los hombres se aproximaron hasta rodearlo. Munia se apartó hasta la pared, el abad se retiró de la sala y el Eitán se colocó junto a su pupilo, en medio del círculo formado por aquellos nobles. Hombres de mediana edad, de brazos fuertes y barbas recias. Diestros con la lanza y la espada, hechos a regir aquellas tierras abruptas, conocedores de las sendas, de los vericuetos escondidos en los bosques, de ramblas y precipicios. Vestidos con menos lujo que los cortesanos de Nájera, con mantos atados sobre el hombro derecho, forrados con piel de conejo o de cabrito.

—Mis queridos amigos —dijo Ramiro—, casi todos me conocéis. He pasado no poco tiempo aquí, en Aragón, y con algunos incluso he compartido noches al raso, persiguiendo partidas moras o cruzando la muga para hacerles destrozo. El rey Sancho, que Dios tenga en su gloria, me encargó antes de morir que gobernara estas tierras, y que para ello contara con vosotros, del mismo modo que vosotros contaréis conmigo. Espero auxilio, consejo y fidelidad, y os aseguro que los devolveré crecidos.

»La reina madre Mayor también me ha encargado que vaya al Sobrarbe y a la Ribagorza, que ahora son de mi hermano Gonzalo. En su nombre debo confirmar a los tenentes del Sobrarbe. Ellos nos apoyarán si lo necesitamos, y lo mismo haremos con ellos desde Aragón. Y protegeremos si es preciso a la gente de la Ribagorza hasta que mi hermano se haga cargo y decida crear tenencias. No descuidéis las armas, cuidad a vuestra gente, guiadlos contra el infiel, haced justicia entre ellos, recaudad el tributo y recordad que Dios nos observa. Fortificaremos la frontera. No con piedras, sino con los hombres que da esta tierra. Vosotros seréis el escudo y la espada de Aragón. —Extendió la mano a su derecha y tocó el hombro de Jimeno Garcés—. A mi buen eitán le encomiendo Agüero para que se cuide de las algaras que llegan desde Ayerbe, las que

más nos han dañado en los últimos años. Que sean los moros de allí los que nos teman ahora. Y los de Bolea, y a lo largo de los ríos que fluyen hacia el sur, a la capital de nuestros enemigos. En mi eitán deposito confianza completa, tratad con él como trataríais conmigo.

Jimeno Garcés se llevó la mano al pecho.

—Así se hará, mi señor.

Ramiro siguió repartiendo honores. Colocando a los que serían sus vasallos a partir de ahora en Senegüé, Nocito, Javierrelatre, Cacabiello… Lope Sánchez, Aznar Galíndez, Fortún Jiménez… Uno a uno, los señores aragoneses aceptaban aquellos castros y torres situados en altura, y las aldeas que de ellos dependían, con sus iglesias, sus murallas, sus granjas, campos, molinos, rebaños. Lo mismo que, en unos pocos días, haría en el Sobrarbe. Abizanda, Boltaña, Buil, Monclús… Posiciones fuertes enfrente de las que, del otro lado de la frontera, guardaban la enorme taifa zaragozana y protegían sus ricas ciudades: Graus, Barbastro, Huesca, Monzón, Lérida, Zaragoza. Plazas enormes y bien defendidas a cuyo alrededor se extendían amplios terrenos de cultivo e inmensos pastos. Cada uno de aquellos hombres era consciente de su pequeñez frente a un reino musulmán tan grande que extendía sus fronteras frente a Pamplona, Aragón, Sobrarbe, Ribagorza, Pallars, Urgel, Berga y Barcelona. Cada uno de ellos sabía también que era su deber descender de las montañas y apoderarse del llano que el infiel usurpaba desde siglos atrás.

Los nobles aragoneses abandonaron el salón conforme terminaban de aceptar el vasallaje a Ramiro. Este hinchó el pecho de aire.

—Eitán, Munia y yo partiremos enseguida hacia el Sobrarbe. Te encargo que vayas a Jaca, quiero establecer allí mi corte. Que haya sitio para mi madre. También quiero que lo organices todo para que se aceleren las obras en Loarre. El sitio es de Gonzalo, pero a todos nos interesa que esté preparado cuanto antes.

—Tardaremos años.

—Lo sé. Haz saber que se pagará bien a las cuadrillas que vengan a ayudar. Reclama maestros lombardos, mi padre siempre dijo que eran los mejores. Regresaremos a Jaca a tiempo de celebrar la Navidad contigo, espero. —Observó la nevada, que arreciaba al otro

lado de las ventanas—. Con este tiempo no hay miedo a que la morisma nos ataque. Además, el emir de Zaragoza tiene sus propios problemas en la frontera con Urgel. Creo que Arnau Mir de Tost le está pegando fuerte allí.

—Deberíamos aprovecharlo.

—Sin duda. Empezaremos a hostigarlos en cuanto estemos listos. Les plantaremos un frente desde Aragón, y tal vez otro desde la Ribagorza, hacia Barbastro. Poco conozco a García si él no hace lo mismo en la parte de Calahorra. Que los infieles no crean que la muerte de mi padre les abre una oportunidad.

El Eitán hizo una reverencia muy formal, aunque luego abrazó a su antiguo pupilo como si fuera su hijo.

—Estoy orgulloso de ti, Ramiro. —Besó la mano de Munia—. Os buscaré un sitio digno en Jaca. Un palacio digno de un rey. Y de una reina.

El Eitán abandonó la sala, Ramiro y Munia quedaron solos.

—¿Has oído lo que ha dicho? —preguntó ella—. Un palacio digno de un rey. Y una reina…

—No soy rey, Munia. Mi padre era rey. García es rey. Pero da igual, estamos juntos, todo ha salido bien.

—Hablas como si esto hubiera acabado.

Él notó la incomodidad de ella en la manera de torcer la boca.

—¿Qué ocurre? ¿No estás contenta? Es lo que querías, nuestra propia corte. Ahora podremos casarnos.

—Si García te da su permiso. Le debes lealtad.

Ramiro asintió. Le tomó la cara con ambas manos.

—No hay problema en eso. En cuanto regrese de su viaje a Roma, iré a verlo y cumpliré la voluntad de mi padre. Él también debe cumplir. Tenemos que apoyarnos el uno en el otro.

—García te odia, y aún tiene de su lado a Matalobos.

Al oír el apodo de Diego Vélaz, Ramiro retiró las manos, se las cruzó a la espalda y anduvo hacia la ventana más próxima. La claridad blanquecina atravesaba el vidrio mientras los copos dejaban marcas efímeras en su superficie. En poco tiempo, las montañas y los valles estarían cubiertos de nieve y las noches se harían aún más

largas y frías. Esa pequeña muerte que cesaba con la primavera, cuando la tierra revivía.

—Matalobos es cuestión distinta. Munia, es momento de que lo sepas ya.

—¿Qué debo saber?

—La reina Mayor me citó aparte en Oña, tras el entierro. Ella y yo solos. Me encargó que preparara la herencia de Gonzalo, que confirmara por él a los tenentes del Sobrarbe, porque lo retenía a su lado en Nájera. Aún es demasiado tierno, solo tiene quince años. Eso me dijo. Ya sabes cómo es la reina: tiene miedo de que el pequeño sufra algún daño, no lo ve capaz de dominar a los señores o de defenderse de los infieles. No aún. Por eso hemos de marchar ahora a la Ribagorza. Y luego me recordó lo que yo ya sabía: un juramento se alza sobre las cenizas de otro.

—No te entiendo.

—El día en que la Princesita apareció en Nájera con su vestido de boda sucio de sangre. ¿Recuerdas? Le juré que vengaría al Infanz. Pero también juré a mi padre que, mientras viviera, no le tocaría un pelo a ninguno de los Vélaz.

Munia se mordió el labio.

—Es eso entonces. Lo que me corroe por aquí dentro como un gusano y no me deja disfrutar de ti, de nosotros, de nuestro futuro. Aragón es lo que ha de ocupar tu mente ahora. ¡Aragón! Estoy harta de juramentos, Ramiro. Los juramentos causan muertes, tú mismo has estado a punto de morir por uno. ¿Y ahora han de morir los Vélaz? ¿Por otro juramento? ¿Y si eres tú el que cae? ¿No podemos olvidar todo eso?

Él tocó el vidrio con el índice. Qué frío estaba.

—¿Sabes cuál es la única forma de olvidar un juramento, Munia?

Ella dejó caer los hombros.

—Sí, Ramiro. Cumplirlo.

†

20. Venganza

†

CUATRO MESES MÁS TARDE, PRIMAVERA DE 1036. NÁJERA

García regresó de Roma. Lo hizo abrigado por el consiguiente halo de espiritualidad, convencido de que su peregrinaje le había limpiado el alma. Y es que allí, postrado ante la tumba de san Pedro, confesó sus pecados y reconoció que un bastardo lo había vencido en combate justamente. ¿La causa? Dejarse engañar por Satanás, dueño de la voluntad de la doncella Felicia. Y entre otros muchos peregrinos llegados de todos los rincones de Europa, con el rostro pegado al frío suelo de la basílica de Constantino, recibió la noticia de que su padre había muerto. No sintió pena. Solo se puso en pie y vio la lógica de aquello, toda una señal divina: el que se había humillado siendo un pecador vulgar, se levantaba siendo rey por la gracia de Dios. Estaba preparado para su sacra misión.

Pasó las fiestas navideñas en la capital de la cristiandad, dejó que la estación fría terminara e inició el viaje de regreso. Nada más llegar a Nájera, mandó llamar a sus hermanos Ramiro y Fernando para que, junto con el pequeño Gonzalo, que aún estaba allí, lo reconocieran como rey de Pamplona y le rindieran el vasallaje dispuesto por el difunto padre.

Preparó la ceremonia con toda la pompa que fue capaz de reunir. La reina madre no ocupó su lugar junto al trono alado, como solía en vida de su esposo. Ahora se quedó abajo, discretamente apartada y con las manos unidas en ademán beatífico, con su cruz de esmaltes entre ellas. Los ojos cerrados mientras sus labios se movían en silencio. En línea frente al estrado, comparecieron Ramiro, Fernando y Gonzalo. Descubiertos y desarmados, de rodillas y con las manos en la misma actitud orante que la reina madre. García había dispuesto que los tres llevaran largos mantos, que ahora se extendían hacia atrás, ocupando gran parte del corredor entre los nobles y prelados del reino. El obispo de Pamplona, como de costumbre, se hallaba presente, sosteniendo las Sagradas Escrituras. También se encontraba allí Diego Vélaz, que estrenaba puesto liderando la mesnada real y que acababa de localizar a Munia entre los invitados al acto, junto a la Princesita y al aya de la jovencísima Urraca.

García se levantó del trono de su padre y descendió con parsimonia, apoyando bien cada pie en los escalones del estrado. En Roma se había dejado crecer la barba, no muy abundante y casi rubia, como su cabello. Sonreía a medias según su costumbre, ladeaba la cabeza.

Empezó por Fernando, cuyas manos tomó entre las suyas. El obispo se acercó y expuso el Libro Sagrado para enaltecer el juramento. Fernando se comprometió libremente a ser leal a su hermano mayor, el rey García. A obedecerlo, auxiliarlo en la guerra y darle consejo. El rey, como pago, aseguró a su hermano que lo defendería de sus enemigos y que le permitiría tener el condado de Castilla pacíficamente. Este punto hizo que la reina madre abriera los ojos e interrumpiera su callada oración, y no fueron pocos los nobles que se fijaron en ella, por si protestaba. Castilla pertenecía a Fernando por vía y decisión materna, no por legado del difunto rey Sancho, así que García carecía de autoridad feudal sobre el condado. Esa prerrogativa pertenecía al rey de León. Pero Mayor prefirió callar.

A continuación, García repitió la ceremonia con Gonzalo por los condados del Sobrarbe y la Ribagorza, y dejó a propósito a Ramiro

para el final. Con él enfatizó aún más la fórmula al rematar el feudo que le concedía.

—Mientras me seas leal, me obedezcas y me prestes auxilio y consejo, Aragón, tierra que pertenece al reino, queda en tus manos, a excepción de Ruesta y Petilla, que son mías, y de Loarre y Samitier, que son de Gonzalo. —Y García enumeró, además, las villas que dentro de Pamplona y de Castella Vetula quedaban en poder de Ramiro, entre las que estaba Aibar.

Ramiro, de rodillas y obligado a alzar la cabeza para mirar a los ojos a su medio hermano, se daba cuenta de que este había reconocido la dignidad condal a Fernando y a Ramiro, pero no a él. «Tierra que pertenece al reino», había dicho. Y solo había un rey allí, podría haber añadido.

—Yo, Ramiro, hijo del rey Sancho, juro ante ti, mi hermano y mi señor García, por Dios, padre omnipotente, y por santa María Virgen, y por los ángeles y arcángeles, y por los doce apóstoles y por los mártires… —Y añadió, casi reproduciéndolas de memoria, las palabras que su padre había dejado por escrito. Que no reclamaría más tierras, y que sería leal a García y lo ayudaría contra todo enemigo, cristiano o infiel. *Fidelitas et Iustitia*.

Después llegó el banquete, a la altura de los que solía celebrar el difunto rey Sancho. Menudearon los jabalíes, los ciervos, los corzos, gansos, patos y corderos. Corrió el vino escanciado por las esclavas morunas heredadas por García, ya acostumbradas a aguantar pellizcos y más aún. Fernando, sentado junto a Gonzalo, le explicaba cómo debía regir los condados a los que aún no había viajado en toda su vida, apoyándose en hombres de armas que nunca había visto y cuidando unas fronteras que desconocía. Ramiro se acercaba entre plato y plato a su hermano pequeño y le hacía reír, le indizcaba o fingía ponerse serio para añadir sus consejos a los de Fernando. Munia, la Princesita y algunas otras mujeres se retiraron antes de que empezaran a derribarse las mesas y a derramarse las copas. Ese fue también el momento en el que la reina madre pasó tras Ramiro y le rozó el hombro con un dedo.

—Acompáñame.

García, que sobaba como el que más a una de las muchachas andalusíes, no se dio ni cuenta de que su hermanastro abandonaba el salón del trono najerense en compañía de su madre. Ramiro anduvo tras ella, salió de entre los recios muros y pronto se vio en el camino de subida. Mayor apretó la marcha, mirando a todos lados y poniéndose cada vez más furtiva, hasta que se detuvo entre unos pinos y se volvió, con la silueta del castillo recortada contra el sur, y la ciudad de Nájera abajo, a su derecha. Se aseguró de que nadie los veía.

—Este es buen sitio. Lo que digamos aquí, aquí se queda.

—Entendido. ¿Y bien, mi señora?

—Grañón, a una jornada de aquí, camino de Burgos. ¿Lo conoces?

—Sí, mi señora. He estado allí.

—Pues ya sabes que son tierras de mi hijo García. Antes estaba al frente Oveco Muñoz, un leonés malquistado con su rey Bermudo. Pero hace unos días, a poco de llegar de Roma, García lo depuso para poner a Nuño Cítiz, otro leonés. La mujer de Oveco, Marina, me ha escrito para contarme por qué García los ha desposeído: es por negarse a acoger al mediano de los hermanos Vélaz, el que se llama Íñigo. Íñigo Vélaz es uno de los asesinos de mi hermano.

—Lo sé, mi señora.

—Tú no juras en falso, Ramiro. Tú cumples tus juramentos. Lo sé mejor que nadie.

Se oyó bulla un poco más abajo, donde el alcázar. Algunos de los nobles salían entre risas y tropezones de beodo, vivas al rey García y tragos de vino. Uno de ellos era Matalobos. La reina madre se movió para no dejarse ver. Ramiro le hizo un gesto de entendimiento.

—No es necesario que digas más, mi señora. Separémonos.

Mayor dedicó una de aquellas raras sonrisas a Ramiro y, para no cruzarse con aquellos hombres, continuó la subida al castillo. Él sí que volvió sobre sus pasos, compartió algunas carcajadas con los nobles pamploneses, evitó a Matalobos y siguió hasta entrar de nuevo en el alcázar. En el salón, García besuqueaba a una de las esclavas, a la que no parecía molestarle mucho. Estaba en el trono del águila, más oscurecida que nunca, con la chica sentada sobre él y apoyando un brazo con indolencia sobre el ala de la justicia. El

obispo de Pamplona se disculpaba por marchar ya, pero es que se le hacía tarde. Fernando seguía instruyendo a Gonzalo, y otros nobles dormitaban ya sobre las mesas, entre huesos a medio roer y copas vacías. Ramiro se lo pensó un rato. Por mucho que hubiera fingido, seguro que García no podía olvidar su humillación en el juicio y, sobre todo, aquel combate judicial que había perdido ante toda Nájera. Pero tampoco se podía dejar que pasara el tiempo sin más, así que el bastardo anduvo hasta el estrado, apoyó el pie izquierdo en el primer escalón y la rodilla derecha en el segundo.

—Mi rey, quisiera que me escucharas. Tengo una petición.

García dejó de mordisquearle el cuello a la muchacha.

—¿Y qué pides?

—A Munia.

García se tomó su tiempo. Ordenó a la esclava que se marchara y, en cuanto ella se levantó, la despidió con un palmetazo en el trasero.

—A Munia, ¿eh? Quieres una esposa.

—Así es. Como Fernando.

—Fernando está casado con la hermana de un rey. Mi padre le buscó ese enlace.

A Ramiro no se le pasó por alto que, como de costumbre, el difunto rey era «mi padre» para García. No «nuestro padre».

—Es cierto.

—Curioso que me hables de eso ahora. Ya me ves a mí, soltero todavía. Todo un rey de Pamplona. ¿Puedes creerlo? No es que me queje, ¿eh? Bueno, disfruto de las mujeres, como esa morita. Y de las rameras de las cuevas, ya sabes. Pero eso estaba bien antes, ahora debería buscar a una reina.

Los ojos de García brillaban por el vino. Ramiro fingía interés por aquella cháchara, pero no quería que su hermanastro se desviara del tema.

—Un rey ha de tener una reina que le dé herederos, es cierto.

—Pero tú, Ramiro, no creerás que yo no había pensado en esto, ¿verdad? —García se restregó la barba húmeda de vino—. En mi matrimonio, incluso en el tuyo. Recuerda lo que nos mandó mi padre

en Leire el día que repartió lo suyo. Que buscáramos buenas esposas, dijo.

—Eso dijo él. ¿Y tú dices que habías pensado en mi matrimonio?

—También habría de buscar esposa a Gonzalo. La hija de un conde, supongo. ¿Sabes de alguna casadera? Guillermo de Besalú tiene una chica, creo que se llama Adelaida. Tal vez debería buscar más lejos. Un enlace interesante, que fortalezca mi linaje. Aunque Gonzalo puede esperar, sigue siendo un crío.

Ramiro se volvió. Fernando y Gonzalo habían dejado de hablar y observaban el estrado, aunque desde esa distancia no podían oír la conversación. Preguntó de nuevo a García:

—Bueno, entonces, ¿qué me dices de Munia, mi rey?

García arrugó la nariz. Se dejó caer hacia un lado, y el brazo que Ramiro le había roto, curado por Yusuf as-Sansí, le colgó inerme desde el trono.

—Munia, sí, sí, sí… Parece siempre tan desvalida… Recuérdame de quién es hija, anda.

—Del señor de Barbenuta.

—Barbenuta… No he oído hablar jamás de ese sitio. Ni de ese señor. ¿Qué beneficios nos reportaría el enlace?

—García, yo no soy rey. Ni conde siquiera.

—Claro que no. —García parecía a punto de reír—. ¿Has visto a mi madre? No sé dónde se ha metido. Ella es buena para estas componendas, quizá podrías preguntarle a ella. Ahora os lleváis muy bien, ¿no? Te regala caballos y todo.

—García…

—Basta. Pensaré en lo que me has dicho y tomaré una decisión. Y ahora puedes retirarte.

Ramiro se alzó, efectuó una ligerísima reverencia y dio media vuelta. Bueno: aquello era mejor que una negativa. Saludó a Fernando y a Gonzalo antes de salir del alcázar najerense. Sí: sería mejor dejar el tema del casamiento para más tarde. Ahora tenía un trabajo que hacer en Grañón.

Al asomar fuera del alcázar, el grupo de borrachos encabezados por Matalobos ya no estaba allí, pero sonaban cercanas las risas. Seguramente se dirigían a las cuevas de Malpica, a buscar rameras

con las que rematar la tarde. Caminaba de nuevo Ramiro hacia el castillo cuando oyó a la espalda la voz de Fernando.

—Ramiro, espera.

Se detuvo. Aquel era el día de las entrevistas reservadas, pensó. El conde de Castilla, seguido por Gonzalo, lo alcanzó.

—Tú dirás, hermano.

—¿De qué hablabas con García?

—Matrimonio.

Gonzalo dio un paso adelante.

—¿Me ha buscado esposa?

Ramiro le removió el pelo, como siempre.

—No seas impaciente, saltamontes. —Y a Fernando—: Solo le he pedido permiso para casarme con Munia. Se lo tiene que pensar.

—Te dirá que no —aseguró Fernando—. Quiere dejarlo todo bien atado, ha aprovechado su viaje a Roma para buscar alianzas. Me lo ha dicho.

—Pues a mí no me ha dicho nada de eso.

—Te voy a contar algo, Ramiro. Gonzalo ya lo sabe, mi madre también, y se lo he explicado a García esta misma mañana. Es lo que nuestro padre quería, ¿no? Que actuáramos de común acuerdo. Pues bien, el rey de León me ha vuelto a escribir.

—Para que le rindas vasallaje como conde de Castilla. Te escribe una vez al mes para lo mismo, ¿no?

—Desde hace un tiempo también me exige que le rinda vasallaje por las tierras de Cea. Eso lo puedo entender, los condes de Castilla y de Cea han sido vasallos del rey de León desde siempre, pero es que ahora ha ido más allá. Mucho más allá. Dice que la dote de mi madre, la Castella Vetula, también es tierra del rey de León. Quiere que García se presente ante él y le rinda vasallaje por eso.

Ramiro se permitió una carcajada.

—García jamás haría tal cosa.

—Lo sé, tú lo sabes y Bermudo lo sabe.

Gonzalo, que quería formar parte de la conversación, tomó a cada uno de sus hermanos por un hombro y compuso el gesto más serio que podía permitirse.

—Bermudo no pasará de ahí. Nosotros somos cuatro.

Ramiro sonrió a su hermanastro pequeño.

—Somos cuatro donde antes solo había uno, saltamontes. Cuatro voluntades en lugar de una sola. Bermudo confía en que no estemos unidos. Si no, no apretaría tanto. Es eso lo que está haciendo: ver hasta dónde puede llegar.

—No se atreverá a… —Fernando lo dejó en el aire, y miró a Ramiro con aire de interrogación.

—¿A atacarte? Bueno, quién sabe. ¿Qué dice tu madre?

—Ella no cree que ocurra nada. Bermudo es mi cuñado. Doblemente. ¿Cómo va a atacar al esposo de su hermana, al hermano de su esposa?

—Hm. Tu madre siempre ha confiado a ciegas en los lazos de sangre, la vida debería haberla desengañado. Puede que tenga razón, sí, pero mi eitán te diría que te prepararas para lo peor. Guarda tus fronteras, favorece a tus tenentes. Que tengan listas sus mesnadas. Si Bermudo hace algo más que escribir cartas, no estarás solo. Y si no son más que bravatas, nos reiremos todos juntos. Ahora me voy, hermanos. Tengo trabajo que hacer.

†

21. De sangre

†

TRES DÍAS DESPUÉS

Ramiro partió esa misma noche hacia Grañón. Lo hizo así porque la fiesta de Nájera y sus consecuencias mantendrían ocupado a Matalobos, y porque después García tendría que ponerse al trabajo de rey: organizar la corte, adaptar el alcázar a sus caprichos y necesidades, decidir qué hacía con su madre… De este modo Ramiro se aseguraba de que nadie lo molestaría. Así que dejó a Munia al cuidado de Fernando y la Princesita y, sin decir adónde iba, se aprovisionó y armó a la ligera, ensilló a Fosco y cabalgó en solitario hacia occidente por la ruta de los peregrinos, sin apretar mucho pero asegurándose de llegar a Grañón antes del amanecer.

Se aposentó junto al Háchigo, un arroyo a poniente de la colina sobre la que se alzaba la torre y en cuya falda había crecido la villa. Su escondite era un sitio discreto, invisible desde la ruta a Compostela y desde la aldea de Grañón. Protegido por la arboleda, Ramiro vio amanecer y observó cómo los campesinos limpiaban de mala hierba los campos de trigo. Los grupos de viajeros salían de la villa con destino a Compostela y, tras el mediodía, otros llegaban desde el este.

Descabezaba sueños cortos, como cuando era adolescente y acompañaba a los montañeses en Aragón y el Sobrarbe. Vigiló los movimientos en la torre, pero no era posible verlo todo por la cerca que protegía el conjunto. Para asegurarse, el segundo día dejó a Fosco con las armas, caminó río arriba en camisa y, sin acercarse a Grañón, entabló conversación con algunos labradores. Así supo que el tal Nuño Cítiz, el nuevo tenente nombrado por García, contaba con la ayuda de un hombre de armas algo violento, pelo cobrizo y ojos pequeños, que se hacía llamar el Alavés y al que alojaba en la última planta del torreón. Que el Alavés bajaba a diario para recaudar el portazgo y subírselo al tenente. Esa descripción cuadraba con la de Íñigo Vélaz. Según los labriegos, el Alavés había llegado con una partida de hombres a poco de irse el antiguo señor, Oveco Muñoz, y de llegar el nuevo, Nuño Cítiz. El caso es que aquellos hombres se habían puesto a cobrar el tributo en la entrada oriental de la cerca que rodeaba la aldea, y de pagar no se libraban ni los peregrinos. Todos los campesinos con los que habló Ramiro coincidían en que el Alavés y sus hombres les estaban amargando la vida. Montaban pendencias diarias en la única posada de Grañón, molestaban a las casadas, y las jovencitas no salían a la calle por si acaso. Además, de vez en cuando volaba un cochinillo de un corral, o un huerto aparecía patas arriba. En un predio llamado Zahal, no lejos de allí, habían perdido a una niña muy resultona de trece años, y los padres anduvieron locos buscándola por la contornada hasta que un peregrino la encontró flotando en el Háchigo boca abajo, sin ropa y con la cabeza abierta.

—Esperemos que el rey García se haga cargo y ponga orden —les dijo Ramiro—. Pasa por hombre justo.

Los campesinos no las tenían todas consigo. De todas formas, Ramiro no reveló su nombre ni añadió que él mismo pensaba solucionar parte del problema, pero sí les preguntó por las costumbres del Alavés. Le informaron de que comía en la posada de Grañón con sus hombres, y que regresaba solo a la torre, mediada la tarde, pasando por entre los hortelanos a cara descubierta. La gente lo temía, y al parecer eso gustaba al nuevo tenente, Nuño Cítiz. Al fin y al cabo, un señor vivía de lo que sacaba a sus vasallos,

y un vasallo atemorizado siempre está dispuesto a dar más y a guardarse menos.

Ramiro calculó posibilidades. Se sintió tentado de hacer un escarmiento con toda la partida del Alavés, pero eso añadía dificultades y, sobre todo, el riesgo de que alguien lo reconociera. Aunque, bien pensado, él había jurado en público matar a los Vélaz. Sea como fuere, mejor buscar la manera fácil. Tampoco era bueno esperar, de modo que cuando aún faltaba un rato para amanecer el tercer día, aprovechó la luna llena, limpió su escondrijo y aprestó los bártulos. Daga y jabalina, no se requería más. Esta vez siguió la orilla hacia el norte, al abrigo de los chopos, rodeó Grañón desde buena distancia y se incorporó al camino sacro como si fuera un viajero más que venía desde Nájera. Cuando se aproximaba a la empalizada, desmontó para tomar a Fosco de las riendas, que siempre era menos llamativo. Aún no clareaba a espaldas de Ramiro, y el primer gallo avisó en algún lugar de la aldea. Entre medias luces distinguió el portón de levante abierto, y la figura apoyada en los postes, a la izquierda de la ruta. Ramiro se caló la crespina hasta cubrir casi los ojos. Caminaba con la azagaya en la diestra, oculta a la espalda. Conforme se acercaba, apreció que el desconocido era grandón, como los Vélaz, pero mucho más grueso y desgarbado. Llevaba una espada roñosa de un solo filo al cinto, y se había puesto un balandre encima de la saya para combatir el frío de la madrugada. Unos pasos más y Ramiro distinguió sus rasgos. Pelo escaso, piel reseca, cara picada. Se detuvo a distancia suficiente para que aquel matón no lo viera con claridad contra el gris que anunciaba el amanecer y recortaba su silueta. Pese a ello, el portazguero ocupó el hueco de la entrada y alzó la mano.

—Alto, peregrino.

—Buen día nos dé Dios —dijo—. Vengo de Jaca, voy a Compostela.

—Pues has madrugado. Tendrás ganas de verte con el apóstol, ¿no? Eso es que has pecado mucho.

—Ni te lo imaginas, buen hombre. Y lo que me queda.

—Pues no le hagas esperar: aún te queda buen trecho. Venga, suelta algo para el portazgo.

Un segundo gallo cantó por allí cerca, y un tercero le dio la réplica al otro lado de la aldea. El portazguero bostezó. Ramiro sonreía, aunque el otro no podía ver su gesto.

—No te voy a pagar, buen hombre.

—¿Cómo?

—Está prohibido cobrar portazgos a los peregrinos.

—No me digas. —El matón echó mano a la espada—. Me lo vas a poner difícil, ¿verdad?

—En realidad es muy fácil. Observa.

El portazguero no vio venir la jabalina. Solo distinguió que el presunto peregrino se movía con rapidez, como soltando un latigazo, y oyó el silbido que rasgaba la madrugada. Lo siguiente fue el impacto en el pecho y el palmo de hierro clavado en su balandre. Al matón se le cortó el aire, soltó su espada, aferró el asta con ambas manos y trató de desclavarla. Ramiro, que había arrancado a correr nada más lanzar, desenfundó la daga por el camino y le metió la primera puñalada en la barriga, justo bajo el nudo del cinto. La segunda se hundió en la axila izquierda, conforme rodeaba al portazguero para buscarle la espalda. La siguiente herida fue la más profunda, en el costado y retorciendo hoja. Ramiro aprovechó que el matón se vencía de rodillas para perforarle el cuello tres veces seguidas y muy rápidas. Todo sin un grito. Fosco se removió, una bandada de pájaros levantó el vuelo. Cuando el cuarto gallo anunciaba el nuevo día, Ramiro ya arrastraba el cadáver del portazguero para ocultarlo tras una zarza.

†

El huérfano no tendría ni diecisiete años y se llamaba Domingo; había nacido en Villaoria, a menos de una jornada de Grañón. Llevaba un hábito remendado cien veces, y se había tonsurado de manera tan exagerada que apenas le quedaba pelusa sobre las orejas y en la nuca, pero no había recibido orden religiosa alguna. Vivía a lo largo de la ruta y se dedicaba a ayudar a los peregrinos,

porque le nacía del alma y porque le encantaba aquel camino que llegaba hasta Compostela; y el trajín de gente, y la fe con la que viajaban desde tan lejos con el ánimo de purgar pecados. A Domingo le habían negado el ingreso en un par de monasterios, pero no se daba por vencido, pues bien sabía que de un solo hachazo no cae ningún roble y que más bien alcanza quien no cansa. No pedía nada a cambio de su ayuda, pero siempre recibía algo. Un pedazo de carne seca, medio pan negro, tajadas de cerdo. Las dueñas de las aldeas le zurcían el hábito o le regalaban el calzado viejo, así que Domingo era bien conocido en el tramo de la calzada que atravesaba desde el reino de Pamplona a la Castella Vetula. Como el afán por ser monje le venía desde muy pequeño y sus padres no fueron pobres, había aprendido a escribir, así que no era raro que le dictaran cartas. Sobre todo los peregrinos que venían desde más lejos, los que llevaban más tiempo sin ver a la familia y querían contarle que estaban vivos aún. La última carta era la que Domingo sacudía para que secara la tinta. Estaba sentado a una mesa pequeña en la última planta de la torre de Grañón, a la que había subido de muy buena mañana, tras reclamarlo el ilustre huésped del tenente, un hombre grande y de pelo rojizo al que llamaban Alavés. El Alavés estaba al otro lado de la estancia, apoyado en uno de los dos arcos que sustentaban el techo de madera a cuatro aguas.

—¿Ya está, pues?

—Ya está, mi señor —respondió Domingo.

—A ver, léela.

El muchacho se aclaró la garganta. El Alavés le había dado miedo nada más verlo, y el miedo se había convertido en terror al escuchar lo que le dictaba. Le ponía nervioso darle la espalda, pero se acercó a uno de los vanos que servían de ventanas y desde los que se dominaban los campos circundantes.

—*Querido hermano* —empezó el muchacho, procurando que no le temblara la voz—, *salud. Te escribo desde Grañón, donde me acoge el señor Nuño Cítiz; pero no creo que por mucho tiempo, pues el nuevo rey de Pamplona está ordenando su corte y hemos de pensar que pronto nos reuniremos allá. En estos afanes anda Diego con*

buena mano desde que García heredó el trono. Has de saber que a nuestro hermano le han encomendado la mesnada que defiende al rey, y sigue en buen trato y amistad con él.

»Otrosí debes saber: García retiene Álava y la Castella Vetula, y a su hermano Fernando lo ha confirmado como conde de Castilla, aunque no le barrunto que sea en paz. Por levante, por el pleito que surgió en Nájera a cuenta de la reina Mayor, que el diablo confunda. No te supongo enterado de aquello, o a lo mejor sí, pero los hermanos andan divididos desde entonces. Por poniente, porque el rey de León le exige a Fernando que rinda obediencia por Castilla, a lo que se niega. De aquí viene que algunos señores del reino están tomando partido por él, y otros están con el rey Bermudo.

»Quedo a la espera de lo que dispongas. Yo pienso que hemos de seguir como hasta ahora, pues no podemos saber qué decidirá el rey García en caso de desmán. Lo importante es que tú no vuelvas a tierra cristiana mientras exista riesgo, y de que existe ya te mando yo cumplida noticia, como te mandaré cuando sea seguro que regreses. Que nuestro mejor partido es el rey García, eso me lo jura nuestro hermano. También me garantiza que, a poco que se lo suplique, el rey García me dará la tenencia de alguna plaza en la Castella Vetula, desde donde vigilaré más cerca a nuestros enemigos, en especial a la condesa de Castilla y a la reina Mayor, no menos raposa por más que viuda. Hay que seguir trabajando por nuestra honra y provecho y para recuperar lo que nos quitaron, no está lejos el día en que tengas lo que como cabeza de nuestra casa te pertenece.

»Te mando la presente por medio de don Nepociano Osóriz, alférez en León. Sigue tú la misma vía si has de responder o avisarme de algo, que él verá la manera de encontrarme donde me halle. Ese hombre nos debe mucho.

»Escrita en Grañón, en sábado, séptimo de las calendas de mayo.

Íñigo asentía conforme el joven muchacho terminaba de traducir, pues había escrito la carta en latín. Cruzó la sala, le quitó el pergamino de las manos, lo enrolló y ató con cinta, y lo dejó sobre la mesa.

—Bien está. —Se acercó hacia la hornacina del muro sur y tomó un rollo de queso envuelto en un trapo aceitoso. Lo destapó, sacó su enorme puñal de dos palmos, igualito al que se le había quebrado en León, alojado entre las costillas del Infanz. Cortó en dos partes el queso, envolvió una de las mitades y se la entregó al chico, que observaba el arma con ojos muy abiertos.

—Gracias, mi señor.

—Mira por la ventana. —A través del vano apuntó con el cuchillaco a la campiña, interrumpida por la chopera en la orilla del río—. ¿Ves la curva del Háchigo? —Agitó la punta del arma—. La que hace allá, un poco más al norte.

—Sí que la veo, mi señor.

—Baja y, sin hablar con nadie, vete allá, bajo los árboles, que yo llegaré enseguida y te llevaré la otra mitad del queso. —Enfundó el cuchillo, se acercó de nuevo a la hornacina y tomó un odre de cuero —. Ten, vino de la tierra para que te entretengas mientras esperas en el río. Con esto pasará bien el queso. No te quejarás, ¿eh?

—No, mi señor. Amén y gracias.

El muchacho se lanzó escaleras abajo, demasiado rápido para lo altos e irregulares que eran los peldaños de madera. Íñigo Vélaz fantaseó durante un instante con que se descalabrara. Eso le ahorraría trabajo. Aunque también podía ser que solo se rompiera algo, que Nuño Cítiz tomara cartas y pretendiera curarlo. Así que el mediano de los Vélaz se asomó a la puerta.

—¡Domingo, no corras, que te vas a matar!

Los pasos se ralentizaron, llegó apagada la voz desde la segunda planta del torreón.

—¡Sí, mi señor!

Íñigo Vélaz regresó a la mesa, tomó el pergamino enrollado, lo metió en su zurrón y se lo puso en bandolera. También aseguró el cuchillo en su funda. Esa mañana, antes del mediodía, le daría uso junto a un meandro del río Háchigo, porque no podían quedar testigos.

Lo pensó todo lo bien que podía y le entró la duda. ¿Seguro que era un buen plan? Ojalá estuviera con él Rodrigo, que era quien se manejaba mejor con el seso.

Movió la cabeza a los lados. Qué tontería. ¿Quién iba a echar de menos a un huérfano sin hogar y con mil oficios, expuesto a los bandidos que merodeaban por la ruta sacra y a las alimañas que bajaban del monte? Por eso, porque no podía cargar con un cadáver desde su alojamiento en lo alto de la torre ni enterrarlo a la vista de todos, había planeado lo de citarse junto al río. Sería clavar seis o siete veces, degollar como remate y dejar que el cuerpo flotase rumbo al Ebro. Es lo que habría hecho Rodrigo, ¿no?

Descendió a la segunda planta por la escalera adosada al muro, y se asomó al salón diáfano en el que hacía vida el tenente del torreón, Nuño Cítiz. Un noble leonés que no había recibido suficientes prebendas del rey Bermudo, y que por eso se había venido al reino de Pamplona, a dar servicio a su recién coronado monarca. Cítiz estaba repasando cuentas con uno de sus escribanos mientras la esposa se afanaba en un telar. Aquella estancia estaba mucho mejor amueblada que la del Vélaz, contaba con alfombras y tapices, y en lugar de vanos estrechos había un bonito ventanal geminado que iluminaba la labor de la dueña. Cítiz levantó la vista de los documentos y sonrió a su huésped.

—¿Y ese guaje que casi se desbarata bajando? —preguntó—. ¿No era Domingo, el eremita de la calzada?

Íñigo Vélaz se alegró una vez más de no haberle cortado el cuello allá arriba.

—Le he dictado una carta para mi hermano Diego. Ese mozo va como loco, acabará matándose. —Palmeó el zurrón—. Bajo a encargarle a uno de los míos que se lleve la carta a Nájera, y de paso recaudaré el portazgo.

—Bien. Recuerda que hoy has de cobrar también la lezda, que ayer hubo mercado.

—Así se hará. Hasta la tarde.

El tenente siguió a lo suyo, e Íñigo Vélaz bajó al piso primero, donde estaban las cocinas justo sobre el almacén. Hacía calor allí por el pote puesto al fuego, y varias mujeres sudaban entre harina, toneles y carne recién despellejada y colgada de garfios. Todas se apartaron del camino del Vélaz, al que solo conocían como Alavés y

que las miró sin verlas. Abrió la puerta en altura y, ya en el exterior, descendió por la escala de madera hasta que tocó tierra.

El sol estaba en la vertical, los campos llenos de labriegos, y un par de rebaños de ovejas se movían hacia el río. Por el camino de Nájera se veían llegar grupos de peregrinos, y algunos otros se alejaban ya de Grañón hacia la raya de la Castella Vetula, muy cercana ya. El mediano de los Vélaz caminó resuelto monte abajo, entre las caballerizas y las primeras cabañas de madera. El camino estaba herido por rodadas de carro y huellas de animales, barro seco y piedras. Se volvió un momento hacia el torreón. Tal vez el rey García pudiera hacerlo a él tenente y dejar que viviera en aquella sala tan lujosa. Quizás incluso podría denunciar a Nuño Cítiz por cobrar portazgo a los peregrinos, y comprometerse a no hacer lo mismo si el rey le daba Grañón. El lugar era ideal para sacar información de los viajeros que iban y venían. Reanudó el camino y se metió en un callejón a la derecha. Un poco más abajo cruzaba ya el camino sacro y, muy cerca, estaba la posada. Le apetecía echarse un trago y comer algo antes de acercarse al portón de levante y recaudar el impuesto del día. Luego encargaría a uno de sus hombres que partiera hacia León con la carta, y que la entregara solamente al alférez real, don Nepociano Osóriz, con encargo de que la hiciera llegar a Lérida, en la taifa de Zaragoza, donde se encontraba refugiado el mayor de los Vélaz, Rodrigo. Se felicitó por ser más astuto de lo habitual y compartir la información solo a pedazos. Pocos eran los que sabían que su hermano estaba entre moros, y esos mismos ignoraban que él vivía como huésped en Grañón. De este modo podía seguirse el plan de Rodrigo y jugar con varias tabas, manera segura de no perder nunca. A veces se encorajinaba con eso. Que Rodrigo decidiera siempre. Que se creyera que siempre sabía qué hacer y cómo hacerlo. Pero luego Íñigo lo pensaba mejor y reconocía que lo suyo no era pensar. Lo del Infanz en León había salido bien, ¿y por qué? Pues porque lo había planeado Rodrigo al dedillo. Y si habían escapado y seguían vivos los tres, era también por la idea del mayor: separarse y convertirse en humo antes de preparar una reaparición segura. Una que les permitiera perseguir sus sueños, a pesar de todo y de todos.

Y así tal vez algún día Rodrigo recuperaría el condado de Álava, e incluso puede que acabara siendo conde de Castilla, que era lo que el linaje de los Vélaz merecía. Y de eso se beneficiarían los tres.

Íñigo chascó la lengua y se centró en lo suyo de aquel día. Tras entregar la misiva para llevarla a León, tenía que salir de la aldea, acudir al río y terminar el trabajo con el joven Domingo. Palmeó el mango de su enorme cuchillo y vio la sombra que cruzaba por delante, justo en un cruce estrecho y de lado a lado.

Se detuvo con un escalofrío. ¿Qué había sido eso? Miró atrás, nada. Cerró la mano en torno al mango de su arma y tiró de ella unas pulgadas.

—¡Mi señor!

Uno de sus hombres subía por la cuesta a largos pasos.

—¿Qué hay, Galindo?

El tal Galindo, con la misma pinta de matón que el resto de su partida, se detuvo en el cruce de callejones.

—Llevamos un rato esperándote en la posada. Como tardabas en bajar…

—Tenía que dictar una carta. ¿Ocurre algo?

—Puede. Tello, el de Orduña. Que no está en su puesto.

—¿Y eso?

—No sabemos. Ha relevado a Enardo antes del amanecer para abrir el portón, pero no se sabe nada de él desde entonces. Se ve que los peregrinos llevan entrando sin pagar toda la mañana.

A Íñigo Vélaz se le fue de golpe el susto de antes.

—Hijo de mil padres… A Tello lo voy a azotar hasta dejarle el sebo al aire. Seguro que se ha vuelto a emborrachar. —Puso los brazos en jarras, dio la espalda a Galindo y volvió a fijar la vista en la torre, que se distinguía a medias entre las paredes de la estrecha calleja. A Nuño Cítiz no iba a hacerle nada de gracia que se hubiera perdido un día de portazgos—. Búscalo bien y me lo traes. ¿Entendido?

—Entendido, mi s…

Íñigo Vélaz se extrañó de que su hombre no terminara la frase, así que dejó de mirar el torreón. De pronto, a Galindo le atravesaba el cuello una azagaya. El Vélaz mediano retrocedió mientras

desenvainaba su arma. Movimientos rápidos de cabeza para mantener a la vista cada recodo. Oyó pasos rápidos por delante.

—¿Quién va? ¡No sabes con quién te metes, desgraciado!

Galindo se apoyó en uno de los muros y se derrumbó despacio, dejando el rastro de sangre con cada dedo. Íñigo seguía retrocediendo, la respiración agitada y un zumbido irritante en los oídos. Un chillido le sobresaltó desde lo alto, vislumbró varios borrones negros cruzando de norte a sur. Golondrinas, o tal vez vencejos tempraneros.

—¿Y tus hermanos? —preguntó una voz que venía de ningún sitio, de todos a la vez.

—¿Qué? ¡Da la cara, cobarde!

Nuevos pasos rápidos resonaron entre las paredes de la calleja. Íñigo se volvía de golpe, el cuchillaco por delante. Pegó la espalda a uno de los muros.

—¿Y el Infanz, dónde está? —El eco de aquella voz parecía diluirse en una burla.

Íñigo Vélaz se movió de lado, tanteando en el muro a cada paso, con un sabor a metal en la garganta. Ojalá Rodrigo y Diego estuvieran con él. ¿Y sus hombres, dónde se metían?

—¡Socorro!

Una puerta se abrió. Íñigo estiró el brazo hacia ella, el cuchillo temblando. Asomó la cabeza de una mujer mayor, de cara tostada y llena de profundas arrugas. Echó un vistazo y cerró de golpe.

—El Infanz te llama, Alavés. Quiere que vayas con él.

—¡Calla y da la cara! ¿Quién eres?

Y otra vez esos pasos rápidos, y su eco que rebotaba entre las piedras. Las rodillas le fallaron a Íñigo, tuvo que apoyarse con los codos en la pared. Le vino a la mente su niñez, cuando Rodrigo lo perseguía para zurrarle, y era imposible escapar o esconderse. La sensación de que iba a destapar el tonel, o a abrir la puerta de la pocilga, o a remover el montón de paja, y la lluvia de patadas que le caía encima. De nuevo en el aire los pájaros, fugaces y burlones. Se le cerraba la garganta, necesitaba agua. Echó a correr hacia el torreón. Tal vez si lograba salir de la estrechez y huir colina arriba, todo pasaría. Deprisa, Íñigo, deprisa. Ya casi estaba, lo iba a lograr.

Se encerraría en su aposento, en lo más alto, donde nadie podía alcanzarlo. Dos pasos más, uno, y el hierro que escocía al cortar la piel. Íñigo lanzó un tajo desesperado a la derecha, pero solo rajó el aire. Otro a la izquierda mientras sentía cómo se le rompía la carne. En la espalda, en el cuello, en los hombros. Su cuchillo cayó a tierra, él trató de seguir corriendo, pero la sangre le chorreaba desde la frente. Oyó el chirrido cuando el metal rozó hueso, la sensación de que sus pies pesaban hasta hundirse, cada paso le costaba una edad entera, y aquel demonio al que no veía seguía agujereándole el cuerpo. El dolor se extendía en trallazos que le recorrían la espalda y el cuello, hasta crisparle la mandíbula y cortarle la respiración. Lanzó palmetazos a su alrededor, como si quisiera espantar un enjambre de mosquitos, tropezó y se vino abajo, unos dedos se deslizaron por su cuero cabelludo, tiraron del pelo, notó el frío en la garganta, de izquierda a derecha, y la humedad tibia que se vaciaba desde la brecha. Clavó las uñas en la tierra seca, quiso arrastrarse, el charco crecía bajo su cuerpo, todo se volvía blando y tibio, la voz se lo susurraba al oído, «¿Dónde está el Infanz?».

†

22. Imaginación

†

AL MISMO TIEMPO, PRIMAVERA DE 1036. TIERRAS DE LÉRIDA, TAIFA DE ZARAGOZA

Rodrigo Vélaz encabezó la carga contra la hueste cristiana. Tras él cabalgaban la treintena de hombres de armas a sueldo del *walí* de Lérida y Tudela, una mezcla de alaveses, montañeses rebeldes huidos del Pallars, de Urgel y de la Ribagorza, y algún que otro franco de pasado oscuro y bajos instintos. Gente con cuentas pendientes en sus lugares de origen, sobre todo deudas sin pagar y penas sin cumplir. El *walí,* Sulaymán ibn Hud, los acogía sin preguntas y ofrecía una buena soldada con auténticas monedas de plata sarracenas. Junto a los cristianos renegados cabalgaban una decena de musulmanes de Lérida, que casi les tenían más miedo a sus aliados que a los enemigos.

El ataque era poco menos que una parodia, un intento ridículo para acabar con el asedio a Oroners. Ibn Hud llevaba tres años tratando de rechazar la campaña cristiana que le estaba arrebatando una plaza tras otra al norte de la taifa, en la frontera con el condado de Urgel, pero siempre fracasaba. Pese a ello, Rodrigo Vélaz no podía volver a Lérida sin fingir al menos que se ganaba la soldada. Por eso agitaba la lanza mientras le clavaba las espuelas a su

montura en aquel terreno irregular y arbolado, el menos conveniente del mundo para un encuentro de caballerías. Enfrente, los hombres de Arnau Mir de Tost aguardaban a pie, protegidos tras sus escudos. Y sus arqueros aprovechaban los pinos para disparar. Las flechas silbaron entre las ramas, arrancando hojas y rebotando contra los troncos. Rodrigo Vélaz, enorme sobre su destrero ultramontano, tiró de las riendas a la izquierda antes de penetrar en la espesura. Varios de sus hombres lo siguieron y otros se desviaron hacia el río, pero un par de ellos cayeron abatidos por los proyectiles urgelenses.

—Esto es inútil —gruñó el mayor de los Vélaz—. ¡Atrás! ¡Retirada!

La hueste leridana volvió grupas, y los urgelenses de Arnau Mir de Tost prorrumpieron en vítores desde la arboleda mientras los despedían a flechazo limpio. Un poco más atrás, sobre la ladera que caía sobre el río, la exigua guarnición del castillo de Oroners vio cómo se desvanecía su última esperanza. Ahora el castillo, apenas una torre encaramada a las rocas, caería en manos de aquel señor joven y audaz que contaba cada campaña por triunfos. La frontera norte del reino musulmán de Zaragoza cedía ante su furia, nada parecía capaz de detenerlo. Se suponía que Arnau Mir de Tost solo era una parte más de la ofensiva, liderada por los condes de Urgel y Barcelona; pero al que se veía siempre en acción era a aquel tipo. Incluso se decía que lo acompañaba una extraña mujer, una hechicera que le hacía saber por dónde atacar y en qué momento, de modo que las guarniciones andalusíes se veían siempre sorprendidas, y se rendían tras cortos asedios sin que nadie los auxiliara desde Lérida. O, como en este caso, a pesar de una expedición de rescate fracasada. En suma, Arnau Mir de Tost se estaba haciendo con todas las tierras fronterizas entre la taifa de Zaragoza y los condados de Urgel y Pallars. A este paso la plaza infiel más importante del extremo norte, Áger, caería pronto en sus manos.

—Arnau Mir de Tost —repetía Rodrigo Vélaz mientras reagrupaba a la hueste a distancia segura. Le había sonado aquel nombre cuando el *walí* Ibn Hud le habló de él, unos meses antes. ¿Acaso Arnau Mir de Tost no era uno de los urgelenses que estuvo en León para la coronación de Bermudo? ¿Y no se encontraba también allí

cuando lo del Infanz? Arrancó una flecha que se le había clavado en el escudo y cuya punta asomaba por el envés. La arrojó a tierra con desprecio.

Lo del Infanz. A veces Rodrigo pensaba que no había sido tan bueno su plan, y que a lo mejor se tenía por más listo de lo que era. Matar al conde de Castilla en plena procesión previa a la boda había sido muy arriesgado, y ahora los Vélaz se veían obligados a esconderse o a buscar asilo sin saber hasta cuándo. En fin, lo importante era que el Infanz había muerto, la línea sucesoria de los condes de Castilla estaba agotada, y el nuevo conde no contaba con la amistad del rey de León. Valía como revancha, y también para aspirar a la recuperación de Álava, ¿y quién sabía para qué más?

—Mi señor, los del castillo se rinden —le dijo uno de los jinetes andalusíes, que venía a informarle del resultado del ataque—. Nosotros tenemos dos heridos. Uno no llegará lejos, el otro se puede salvar.

Rodrigo Vélaz se volvió sobre la silla. En la torre de Oroners se veían manos que se agitaban y se deshacían de objetos. Lanzas, espadas, arcos, escudos. Abajo, los gritos de triunfo de los urgelenses hallaban ecos en los cerros circundantes.

Ahora Rodrigo tendría que inventarse una excusa para convencer al *walí* Ibn Hud de que no había podido librar Oroners del asedio. Y no sabía que contarle. Desde luego, no podía decir que se había limitado a amagar una cabalgada y, tras dos bajas, la cosa se había terminado. Observó a sus hombres, siempre divididos por credo y desconfiando unos de otros. Los cristianos poco preocupados, porque cobraban lo mismo tanto si triunfaban como si no. Los musulmanes más afligidos, pues las dos bajas eran suyas y, además, se veían impotentes para defender sus tierras ante el empuje norteño.

—Conduce a los tuyos a la orilla —le dijo Rodrigo Vélaz al andalusí —. Que beban los caballos y llenad los odres. Aprovechad para comer algo también, descansad y haced lo que podáis con los heridos. Avisaré a los demás, enseguida regresaremos a Lérida.

Después se acercó a los cristianos, les ordenó agruparse y les dio instrucciones sin alzar mucho la voz.

—Tenemos la plata en la bolsa y hemos salido con bien. —Señaló a los musulmanes de la hueste, que desmontaban en la ribera del Nogaria, el río que cruzaba el condado de Pallars antes de desaguar en el Segre—. Pero cuando lleguemos a Lérida, esos de ahí podrían decir que no nos hemos esforzado lo suficiente. Cosa cierta, para qué nos vamos a engañar.

Hubo un par de risas. Los renegados cristianos observaron a sus compañeros andalusíes, que se ayudaban a despojarse de las cotas y acercaban a los caballos al agua o llenaban sus propios odres.

—¿Acabamos con ellos? —preguntó un alavés.

Rodrigo Vélaz asintió.

—Ni un testigo, ¿está claro?

†

ESA NOCHE. BURGOS, CONDADO DE CASTILLA

Yo, Bermudo, hijo de Alfonso, rey por la gracia de Dios, al conde de Castilla.

Incierto es el tiempo de vida de los hombres, pero sabemos que sus buenas obras son garantía de salvación, y de condenación la maldad y la contumacia. Así, en el nombre de Dios y del Hijo y del Espíritu Santo, yo, Bermudo, rey de los leoneses, te convoco a ti, Fernando, hijo del rey Sancho, para comparecer en mi presencia como vasallo mío que eres por todas tus heredades. Y si así no lo hicieses, sobre ti caigan la ira de Dios y la mía.

Escrita en XIII kalendas *de julio, año de la Encarnación del Señor de 1036.*

La Princesita se separó del fuego y miró atrás, a su esposo. Fernando la había escuchado mientras leía en alto la corta misiva de Bermudo. Sin interrumpirla, sin carraspear siquiera. Atento a cada palabra porque ya sabía que, en esas cartas, hasta la última letra era

importante. Pasó el índice sobre el borde de su copa, llena de un vino que no había probado.

—¿Qué opinas, mujer?

La Princesita dejó la carta sobre la mesa. Observó con aprensión la enmarañada firma de su hermano, con las tres primeras letras de su nombre agarradas a los trazos curvos. Sin saber por qué, le entró frío, y pese a ello volvió a acercarse al ventanal para que el aire fresco del anochecer le diera en la cara. Su pelo trigueño, suelto y ya muy largo, se meció con gracia.

—Mi hermano está mal aconsejado. Es ese Nepociano Osóriz. O tal vez el conde Flaínez. Bah, podría ser culpa de cualquiera. Yo era una niña cuando viví allí, y algunos de esos ni siquiera formaban parte de la curia. Nepociano Osóriz, sin ir más lejos, fue de los que se rebeló para seguir a otro señor, y luego traicionó a ese señor para redimirse. ¿Cómo puede Bermudo fiarse de alguien que muda tanto de fidelidad?

El conde de Castilla seguía acariciando el borde de su copa. Fija la mirada en la espalda de su mujer.

—Puestos a decir verdad, Bermudo tiene sus razones para reclamar: no he ido a rendirle vasallaje, y mira que me lo ha pedido veces.

—Entonces es fácil. Ve.

—Mujer, sabes que García me lo ha prohibido, mi padre no lo habría aceptado y lo peor es que a mí tampoco me apetece. ¿Por qué habría de humillarme ante él? ¿Acaso no es verdad que conserva su trono gracias a que mi linaje lo sostuvo y lo defendió? Soy tan hijo de rey como lo fue él.

La Princesita soltó una risita amarga.

—Eres orgulloso, y no negaré que eso me gusta. Pero mi hermano también lo es. O le obligan a serlo, que para el caso es lo mismo. Si uno de los dos no cede, habrá guerra. Hace un par de años no lo habría creído, ahora estoy convencida.

—Ah, no, eso es una tontería. Es ridículo incluso. No creo que…

—Habrá guerra —insistió ella, y volvió el rostro a medias—. Porque así empiezan estas cosas, con tonterías ridículas. Tú eres más que aquel, y aquel se cree más que tú. Por la sangre que corre

por vuestras venas, por las deudas que uno u otro contrajo, por los pactos que se firmaron. Y entonces vienen las miradas de desafío, y los gestos de ira. —Se apartó de la ventana, recogió de nuevo la carta y la blandió un par de veces—. Y las amenazas, como esta. Y luego alguien se mete donde no debería, o tiene mala suerte, y fíjate: se ha derramado la primera sangre. —La Princesita perdió la vista en el artesonado del salón, oscurecido por años de humo—. Y ya no hay vuelta atrás. Mueren hombres a decenas, a cientos, tal vez a miles. Bosques talados, cosechas que arden, casas que se hunden, viudas que lloran, huérfanos que pasan hambre…

La Princesita dejó de hablar cuando vio que el aya de Urraca entraba en el salón con la niña de la mano. La única hija de los condes de Castilla bostezaba, y se restregó los ojos antes de soltarse de su cuidadora y correr hasta su madre, que la cogió en brazos y la levantó para besarla.

—¿A dormir, Urraca?

La cría asintió y bostezó de nuevo.

Fernando, ahora sí, bebió parte de su copa de vino. Después se levantó, se acercó a su esposa y besó la frente de su hija.

—María —le dijo al aya, una mujer madura y muy entrada en carnes—, acuéstala ya. Y que se tape aunque no quiera, que luego refrescará.

—Sí, mi señor.

Esperaron hasta que los pasos de las dos se perdieron en los corredores del palacio burgalés.

—Bermudo no tiene hijos —apuntó la Princesita—. Y yo solo te he dado a una hembra. No quiero ni pensar en el desastre si uno de vosotros muriera.

—Los dos viviremos, mujer. Y con tiempo, ambos tendremos hijos varones que nos sucederán. No soy un loco ni me gusta la sangre. No quiero muertes, ni hambre ni destrucción. Lo evitaré tanto como pueda. Pero eso no incluye arrastrarme en el palacio leonés y besar la mano de tu hermano.

—Entonces déjame ir a mí, Fernando. Yo no soy un hombre, no me dejo dominar por el orgullo. Y os quiero a los dos. Bermudo me escuchará. Le diré que tiene poder suficiente para sojuzgarte, pero

no para venceros a García, a Ramiro y a ti juntos. Ha de entrar en razón, y si no lo hace… Entonces que Dios o el diablo decidan.

El conde de Castilla tomó las manos de su esposa. La recordó el día en que se plantó en el salón del trono najerense, con su viejo vestido de boda manchado de sangre seca.

—Si hay alguien capaz de parar esto, eres tú. Pero García no debe saber nada. Él no permitiría que acudieras a León, lo consideraría una humillación. A mí tampoco me hace ninguna gracia.

—García no sabrá nada. No a tiempo de impedirlo. Y en cuanto a ti, ¿qué temes? Bermudo jamás me faltaría al respeto. Yo, desde luego, no tengo miedo. León fue mi hogar, incluso antes que Burgos. Crecí entre las paredes de aquel palacio.

Fernando besó la mejilla de la Princesita. La observó así, de muy cerca. Casi podía ver el fuego que refulgía en sus ojos. O tal vez era el anuncio de los incendios en las villas de frontera, o los bosques ardiendo tras el paso de las huestes leonesas. Se volvió para mirar una vez más la misiva de Bermudo. Las duras palabras sobre su ira, unida a la del mismísimo Dios.

—Sé que eres valiente, mujer. Pero, digas lo que digas, tu hermano no será capaz de cumplir sus amenazas. Mira, mejor no vayas a León. No aún.

Ella suspiró. Maldita obstinación masculina. Aunque a ella, la verdad, también le costaba imaginarse a Bermudo montando en cólera y convocando a sus nobles para la guerra.

—Como desees, Fernando. No iré. —Y levantó el índice derecho—. Por el momento.

—Gracias. —Le acarició el rostro con ambas manos—. Querida mía, hay algo que necesito saber.

—¿Sí? —preguntó la Princesita.

—Ya te he dicho que nada ocurrirá. Bermudo tendrá a su heredero, yo tendré al mío. Pero si, pese a todo fuéramos a la guerra… Si tu hermano y yo nos enfrentamos y, Dios no lo permita…

Ella acercó sus labios para darle un corto beso.

—Te conozco, Fernando. Tienes buen corazón, sé que jamás le harías daño a mi hermano. Pero pase lo que pase, estaré a tu lado y compartiré tu suerte.

†

Dos días más tarde, Rodrigo Vélaz llegó a Lérida. Lo hizo con la hueste reducida: veinticinco hombres montados, todos cristianos, y media docena de caballos sin jinete en los que cargaban las armas de los caídos. En columna, subieron la cuesta para entrar en la zuda del *walí* Ibn Hud. Los leridanos los observaban con cara de pocos amigos, mientras algunas mujeres, madres o esposas de los que no regresaban, se echaban a llorar y se arrancaban los velos. El Vélaz había aleccionado a los suyos, así que estos enfatizaban sus muecas de pena. Uno de ellos incluso desmontó para consolar a una señora de bastante edad. Rodrigo frenó a su montura y se aupó sobre los estribos mientras mostraba a la multitud su maza manchada con sangre seca.

—¡Lo pagaron muy caro! ¡Que eso os sirva de consuelo!

Y continuaron hasta atravesar la puerta de la zuda. Los criados acudieron a hacerse cargo de los caballos mientras Rodrigo desmontaba. Dejó la maza colgada en la silla, se sacudió las manos y anduvo hasta el macizo edificio del palacio. Las anillas de la cota polvorientas, el pelo sucio y pegado a la frente. Los guardias del *walí* se retiraban a su paso, y él les lanzaba miradas de desprecio.

Se presentó en el aposento del *walí* y empujó las puertas. Dentro, Sulaymán ibn Hud lo esperaba en pie, de espaldas, porque observaba el Segre desde la celosía. El *walí,* un aristócrata de origen yemení, vestía carísima túnica de seda cruda y calzaba babuchas de piel fina, pero a Rodrigo no lo engañaba su refinamiento. Ibn Hud se había curtido en la Marca Superior, así que dominaba la lengua romance. Y se había batido desde muy joven, cuando la sola mención del califato atemorizaba los oídos de los cristianos. Un veterano era Ibn Hud, el mejor de los viejos tiempos entre los que quedaban vivos, aunque tal vez demasiado mayor para dirigir tropas y enfrentarse al enemigo. Solo tal vez. Habló sin volver la cabeza.

—Rodrigo, pasa. La paz contigo.

Al Vélaz no le hacía falta permiso, así que ya se había plantado en medio de la estancia, junto a la mesa con manjares que Ibn Hud acostumbraba a tener bien surtida. Tampoco pidió licencia para tomar un vaso de arrope y apurarlo entero. Después se echó a la boca un albaricoque, sin importarle que el jugo se le escurriera por la barbilla y le dejara chorretones. Masticó un poco antes de hablar.

—La paz sea también contigo, Ibn Hud.

—Os he visto llegar. Malas noticias, ¿no?

—Nos esperaban. Ese Arnau Mir de Tost y su gente. Dividí en dos mi hueste para pillarlo en medio: los cristianos por la parte de la montaña y los musulmanes por la parte del río. El plan era atacar a la vez, pero tus hombres se adelantaron. Cuando llegué, los de Urgel los habían masacrado. Intenté ayudarlos y entonces me hicieron varias bajas. No me quedó más remedio que retirarme, o ahora mi cabeza estaría clavada en una estaca.

Rodrigo Vélaz esperó a ver si el *walí* tragaba con la mentira. Las únicas bajas cristianas en su hueste eran las causadas por los andalusíes cuando se vieron traicionados. Pero daba igual, los cuerpos habían desaparecido. Unos y otros.

—Así que también he perdido Oroners y a su guarnición. Y a… ¿cuántos hombres en tu mesnada?

—Diez de los tuyos y cinco míos. A ese Arnau Mir de Tost le maté al doble de gente, pero eran demasiados. Ibn Hud, Necesito más guerreros.

—No puedo darte más guerreros porque no tengo de dónde sacarlos. Desde Urgel me hostigan más que nunca, ya lo has visto. De Tudela no puedo distraer a nadie: los pamploneses cruzaron hace una semana por la parte de Calahorra y me mataron a una docena también. Y nada de contratar a más renegados, me quedo sin dinero.

—Pues pídeselo a tu emir.

Ibn Hud se volvió por fin y observó a Rodrigo Vélaz muy circunspecto. Nunca se sabía qué pensaba aquel sarraceno de piel oscura, barba encanecida y ojos penetrantes, un viejo guerrero que se había estrenado en combate a las órdenes del mismísimo al-

Mansur y que conocía todas las tretas posibles y también algunas de las imposibles.

—Hay problemas en otros lugares, cristiano, y más mesnadas que mantener. Y fíjate: no se pueden garantizar los resultados. Cada fracaso es dinero en soldadas que no sirvió para nada, y cada castillo perdido es una merma en mis arcas. Si seguimos así, tendré que prescindir de tus servicios porque no podré pagarlos.

Rodrigo Vélaz no se dio por aludido. Él se consideraba justamente compensado porque, aunque prefería no arriesgar contra contingentes armados, sí que había cruzado la frontera varias veces para asaltar aldeúchas de frontera y algún que otro monasterio, y había traído botín en ganado y esclavos cristianos. Sin embargo, no le había gustado esa insinuación.

—Sabes lo que ocurrirá si los cristianos te saben débil. ¿Verdad, Ibn Hud?

—Lo sé. —Y el musulmán se frotó el cuello—. Claro que lo sé.

—Por no hablar de lo que pensarán en Zaragoza.

—Bueno, tampoco es que desde allí se pueda hacer gran cosa. Salvo que el nuevo rey salga de su aposento y venga a luchar por sí mismo.

Rodrigo, que tenía una rara habilidad para calar a las personas, sabía que el *walí* Ibn Hud meditaba mucho respecto de la capital de la taifa zaragozana y de su recién estrenado emir. No hacía siquiera un mes que el anterior había muerto, y ahora ocupaba el trono su hijo, un muchacho de veinte años llamado Mundhir. El joven Mundhir, por el momento, continuaba la política de su padre. O más bien dejaba que su consejo de gobierno, compuesto por unos cuantos cadíes y visires, siguiera como hasta entonces. Lo primero que había hecho ese consejo, por cierto, era confirmar la medida de mantener en Zaragoza a los cinco hijos de Sulaymán ibn Hud. Rehenes para asegurarse la lealtad de su mejor soldado.

Rodrigo tomó otro albaricoque y lo hizo saltar en su mano.

—El nuevo emir es demasiado joven.

—Bah. Yo, a su edad, ya guerreaba contra los leoneses.

—Eran otros tiempos, Ibn Hud. Ahora los hombres no lo son tanto.

—Me sé esa canción, Rodrigo. Es lo que toda generación predica de la siguiente. ¿No te has dado cuenta?

—Yo me limito a decirte lo que veo. Pero algo sé: el nuevo emir de Zaragoza llega al trono en el momento menos indicado. A ese chico lo vi en León hace tiempo, cuando coronaron a Bermudo. Habría pasado por una muchacha. Y no muy lozana, por cierto.

Ibn Hud seguía mirando al cristiano con gesto neutro.

—¿Y qué? Ya madurará.

—O a lo mejor no da tiempo. Es demasiada presión, ¿no crees? Mucha frontera para cubrir al norte. Tú lo has dicho: te quedas sin dinero. Y por si fuera poco, el emir de Toledo podría aprovechar el cambio en el trono de Zaragoza. Y eso de que mantengan a tus hijos como rehenes… ¿No te preocupa, Ibn Hud?

—No me gusta que mis hijos estén allí, pero no sé adónde quieres ir a parar. ¿Por qué dices todo eso?

Rodrigo no mordió el albaricoque esta vez. Detectó el interés en aquel sarraceno, que añoraba los buenos tiempos en los que el islam dominaba al cristianismo. Anduvo por la lujosa estancia hacia el *walí* y bajó un poco la voz.

—Ibn Hud, tú deberías ser emir.

El musulmán se permitió sonreír esta vez.

—¿Yo, emir?

—Tú. Un hombre de verdad, con cicatrices de guerra. ¿Es cierto eso que se dice? Lo de que hace unos pocos años, a Mundhir lo pusieron en fuga dos de los hijos del difunto rey Sancho de Pamplona. Se lo he oído contar a la gente en el zoco. Que Mundhir tuvo que regresar solo y aterrado desde Aragón porque los cristianos le habían matado a toda su partida.

—Yo también lo he oído contar. Dicen que fueron el bastardo y uno de sus hermanastros, el que ahora es conde de Castilla. Pero ya sabes cómo es el populacho: se traga las mentiras y desecha las verdades según le plazca. Y al pueblo siempre le place reírse del que manda.

Rodrigo se dio otro paseo por la estancia, lo más lujoso que había visto en su vida. Trató de imaginar cómo habría sido la corte del califa en Córdoba, en aquellos tiempos no tan lejanos. O esa otra

ciudad palatina que había a no mucha distancia del palacio cordobés, y de la que se hablaban maravillas. Madinat az-Zahra. A veces se preguntaba cómo un poder semejante había caído en la debilidad ante los pequeños reinos cristianos del norte. El Vélaz volvió a señalar al *walí*.

—Tú, Ibn Hud, eres conocido por todos los de tu fe. Un hombre respetado. Di: cuando el último califa tuvo que huir de Córdoba, ¿a quién acudió?

—A mí.

—¿Y por qué no al emir de Toledo, o al de Zaragoza, o al de Valencia? ¿Por qué a ti?

—Podrías preguntárselo tú mismo.

Rodrigo hizo un gesto de desprecio. El viejo Hisham, último califa Omeya, vivía en lo más alto del palacio leridano, en una estancia aún más lujosa que la del *walí,* pero se le había ido la cabeza y no reconocía a nadie. En ocasiones incluso creía que el califato existía aún, que todavía estaba en Córdoba y que todos le temían; así que, entre babeo y babeo, se dedicaba a dar órdenes a un inexistente ejército de eunucos.

—No me hace falta preguntarle nada —dijo el cristiano—. Ese anciano vino a ti cuando aún estaba cuerdo porque eras quien mejor podía protegerlo. Y lo mismo que él piensan los demás por toda la taifa de Zaragoza, seguro.

—Rodrigo, cualquiera diría que estás conspirando. En mis tiempos, a los que hacían esas insinuaciones los crucificaban junto a una de las puertas de Córdoba.

El Vélaz mostró su aprobación.

—Buen método. Pero no te lo tomes a pecho, Ibn Hud. Solo son imaginaciones.

—Ya. ¿Y has imaginado algo más?

—Pues sí. Imagino que tú, un auténtico guerrero, eres el emir de Zaragoza, y que eso le mete el miedo en el cuerpo al de Toledo. Imagino que, como yo estoy a tu lado, me pongo de acuerdo con mi hermano pequeño, Diego, que es amigo íntimo de García, el rey de Pamplona. Imagino que llegáis a un pacto García y tú, y que dejáis de ser enemigos, como lo sois ahora. Imagino que él te ayuda

contra esos advenedizos del norte que tanto te molestan, como Arnau Mir de Tost, y da órdenes a su hermanastro, el bastardo Ramiro, para que no te ataque desde Aragón; y a su otro hermano, Gonzalo, para que no lo haga desde el Sobrarbe.

—No está mal para tratarse solo de imaginaciones. ¿Y qué imaginas que ganas tú con eso, Rodrigo?

—Ah, pues imagino que yo seguiría a tu lado, tal vez como adalid de tus tropas en Zaragoza, o como gobernador aquí, en Lérida. O en Tudela, imagino. Imagino que eso me granjearía una buena fama con el rey García, y también con Bermudo, el rey de León. Imagino que un pacto así sería mérito de mi linaje, y que debería premiarse a los Vélaz de una forma adecuada. Tal vez con un condado, imagino. Imagino que tú ganas, Ibn Hud, pero yo también.

—Todos ganamos, eso imaginas.

—Todos ganamos.

—¿Sabes, Rodrigo, que la imaginación es como una espada de madera? Inútil cuando choca contra el escudo de la realidad. Tú mismo lo has dicho: mis cinco hijos viven en Zaragoza, junto al rey Mundhir, como antes vivían junto a su padre.

—Tus hijos son rehenes porque el padre de Mundhir te temía, lo mismo que ahora te teme él. Yo sé qué es eso, a mí me han temido mucho. Entre otras cosas porque sería capaz de descalabrar a cualquiera, incluso con una espada de madera.

El *walí* de Lérida y Tudela cambió el gesto por fin. La comisura izquierda se le había movido un poco, como si se le escapara una sonrisa. Se volvió de nuevo para mirar a través de la celosía.

—Me gusta cómo imaginas, Rodrigo. Sigue así.

—Como ordenes, Ibn Hud. Dime, ¿conoces a alguien en ese consejo que gobierna la taifa en nombre del joven Mundhir?

—Los conozco a todos. El gran visir es un judío, Yequtiel ben Yishaq. Pero el que lo puso al frente, el que lleva las riendas en la sombra, es un primo de Mundhir. Se llama Ibn al-Hakam.

—Ibn al-Hakam… ¿Se puede hablar con él?

—Se puede, aunque es hábil como una serpiente.

Rodrigo Vélaz asentía.

—Estoy acostumbrado a tratar con alimañas. Dime, Ibn Hud, ¿quieres por igual a todos tus hijos? Si solo pudieras hacer que uno regresara, ¿quién sería?

El musulmán contestó sin pensarlo.

—Lubb, el más joven. Es también el que más se parece a su madre. Mi esposa murió al poco de parirlo, y lo vio tan débil que me hizo prometer que lo cuidaría a él sobre todo. Sus hermanos tal vez podrían valerse solos. Lubb es distinto.

—Ya veo. Hagamos algo: escribe a ese tal Ibn al-Hakam y ruégale que permita regresar a tu hijo pequeño. Dile, no sé…, que quieres poner a Lubb al frente de tu fortaleza más importante. Que necesitas a alguien de confianza allí, y que aún te restarán cuatro hijos en Zaragoza. Si Ibn al-Hakam accede, sabremos que efectivamente se puede negociar con ese hombre.

—Hm. Lubb es inexperto. Y débil, ya te lo he dicho. No podría enfrentarse a Arnau Mir de Tost.

—Yo lo protegeré —dijo Rodrigo—. Y llegado el momento, también me encargaré de negociar con Ibn al-Hakam. —Adelantó un paso y se atrevió a poner una mano sobre el hombro del andalusí—. Ibn Hud, lucharé cuanto sea necesario, para eso me pagas, pero mal podrás pagarme si lo pierdes todo. Lo tenemos muy mal aquí porque quienes debían cuidarte te han abandonado. Deja que busque una salida para ti.

†

23. Causas perdidas

†

UNOS DÍAS DESPUÉS, VERANO DE 1036. JACA

Ramiro quería que Jaca fuera el centro de Aragón. Que en ella, con el tiempo, se estableciera la sede del obispo Mancio, y que prosperara como lo hacían otras villas de la ruta a Compostela, al estilo de Nájera y Burgos. Que se enriquecieran las iglesias y creciera el mercado, y la rodearan buenas murallas y acudieran pobladores. Pero había que empezar por el principio, y el principio estaba en su residencia. El lugar donde fundar una corte y dirigir Aragón.

Ese lugar estaba en el palacio que el Eitán había adecentado para la familia de Ramiro. Sancha de Aibar y Munia estaban ya instaladas en la casona, donde desde antiguo se cruzaban perpendicularmente las dos calles principales. Con la primavera, tras asentar las honores en el Sobrarbe en nombre de su hermano Gonzalo, presentarse al obispo Arnulfo en Roda y después de visitar el torreón de Abizanda en la frontera con los infieles, Ramiro había llevado a Munia a Jaca, donde ya esperaba doña Sancha de Aibar. Y entonces era cuando había llegado la noticia de que García estaba de regreso desde Roma y reclamaba a sus hermanos en Nájera. Y la promesa de Ramiro al partir: la de conseguir permiso del rey para casarse con Munia.

Y mientras Ramiro estaba fuera, el Eitán hizo lo que tantas veces había hecho en vida del rey Sancho: gobernar en nombre de su señor. Puso diligencia en saber qué se cocinaba en la frontera con la taifa de Zaragoza, y así supo que el emir Yahya al-Muzaffar acababa de morir, y que le había sucedido su hijo Mundhir, tierno joven de carácter apocado. También se enteró el Eitán de que en el condado de Urgel querían aprovechar esa muerte para reforzar sus ataques y ganar territorio a los infieles, y ya se estaban haciendo con algunos castillos en el camino a Lérida. Lérida era una de las principales ciudades zaragozanas en el norte, y por lo tanto base militar musulmana cercana a las fronteras con los condados cristianos. El eitán Jimeno Garcés, que quería ayudar a su pupilo a hacerse un nombre, estaba deseando entrar en campaña también desde Aragón. Eso, además, le ayudaría a olvidar los turbios sucesos de los últimos tiempos en Nájera. Por eso no dejaba de visitar Agüero y prepararlo para concentrar tropas y bastimentos. Y de acercarse a Loarre, en la misma frontera, para vigilar que las obras avanzaran. Aquel castillo estaba situado en el lugar ideal, y dentro de pocos años se convertiría en la mayor amenaza cristiana para la taifa zaragozana.

En cuanto a Sancha de Aibar y Munia, se dejaban ver por Jaca para acudir a misa, o salían hacia poniente, a pasear por las orillas del río Aragón. Munia seguía recogiendo prímulas o, como las llamaban allí, hierbas de san Pedro. Y lenguas de perro, muserolas y cuajaleches; aunque ya no se afanaba mucho en elaborar remedios ni talismanes. Era una pena que, pasada la primavera, no encontrara coronillas de fraile, pues a doña Sancha le habían gustado mucho nada más llegar.

—Cada época tiene su flor —decía la madre de Ramiro—. Yo tuve la mía, ahora te toca a ti.

Y Munia se ponía muy contenta, porque ya soñaba con lo bonito que iba a ser su palacio, casi tanto como el de Nájera. Y supuso que dispondría de buen ajuar, y vestidos largos y de seda, como los de la reina Mayor; y de vez en cuando habría banquetes y fiestas, y a lo mejor el Eitán, que sabía muchos versos morunos, le enseñaría algunos. Casi no echaba de menos sus montañas y sus cuevas llenas

de misterios, y hasta parecía que —ahora sí— se acostumbraba a vivir rodeada de gente y de casas, y de ruidos del mercado, repiques de campana, gritos de chiquillos. Chiquillos. Eso era lo único que faltaba. Doña Sancha de Aibar lo adivinaba, y le decía que las miasmas del odio y la rabia, abundantes en la corte de Nájera, le habían impedido ser madre. Pero ahora, en Jaca, se quedaría preñada enseguida, ella misma la cuidaría y daría a luz a un chico. Un heredero para Aragón con sangre de reyes en las venas.

Entonces llegó Ramiro. Él solo, montando a Fosco y con un corcel de refresco por las riendas; vestido a la ligera, con la espada y las azagayas envueltas en un hato y atadas a la grupa del caballo. Sin hacerse anunciar, como si fuera un hombre de armas que pasaba por allí. Pero alguien lo reconoció, corrió la voz y los jacetanos lo vitorearon por las calles. Munia y Sancha de Aibar escucharon el escándalo, e incluso que algunas voces gritaban que había llegado el rey.

—¿El rey?

Salieron del palacio, aún a medio acondicionar, y lo vieron acercarse, alargando las manos para saludar a los villanos a uno y otro lado de la calle.

—¡Viva el rey Ramiro! —gritó una señora—. ¡Nuestro rey!

Ramiro, muy serio, negó.

—No soy rey —dijo, aunque nadie lo oía con tanto jaleo.

Vio primero a su madre, que era más alta. Desmontó y caminó hacia ella, recibiendo palmadas en los hombros y en los brazos, y mientras le caían encima algunos pétalos y los caballerizos se ocupaban de los dos animales. Algún villano incluso se interponía en su camino, echaba rodilla al suelo e insistía en besarle la mano. Sancha de Aibar esperaba, y supo que algo malo había sucedido. Atrajo a Munia hacia sí para advertírselo.

—No trae buena cara.

Entonces Ramiro reparó en Munia, y durante un momento vaciló casi hasta detenerse, lo que acarreó que más gente lo rodeara para tocar sus ropas o mirarlo de cerca. Cuando se libró de tanto estorbo y llegó hasta las mujeres, las abrazó al mismo tiempo, con fuerza, y

enterró la cabeza entre el pelo negro de una y rubio de la otra. El gentío redobló su escándalo, emocionado por el reencuentro.

—¿Qué pasa, Ramiro? —preguntó Munia.

Él no contestó, había demasiado ruido. Les indicó que entraran en su palacio, ignorando los deseos de larga vida y los aplausos de la gente. Los criados también notaron que ocurría algo malo, así que cerraron las puertas tras Sancha, Ramiro y Munia. Él no consintió agasajos, ni quiso beber ni comer, ni descansar.

—He de hablaros.

El palacio no contaba con salón del trono, como Nájera. La pieza principal tampoco era tan grande, ni impresionaba por su altura ni por la solidez de sus muros. Pero era más acogedora, y las palabras no resonaban como si las hubiera dicho Dios desde las alturas. Había una mesa alargada, con sillas en cada extremo. Ramiro pidió a Munia que se sentara en una de esas cabeceras, y él se quedó de pie en la otra. Sancha de Aibar preguntó si debía marcharse.

—No, madre. Quédate aquí, muy cerca de Munia.

Munia juntó las rodillas y dejó que las manos descansaran sobre su regazo. La asaltó una sensación de desastre inminente, muy parecida a la de aquel día en el descampado de Nájera, cuando se iba a celebrar el combate judicial entre Ramiro y García.

—Dilo ya, por favor.

Ramiro se rascó la barba, crecida de varios días. Munia se fijó en la ropa sucia de barro y polvo, en los pómulos más marcados que de costumbre y en las bolsas bajo los ojos. Supuso que había hecho el viaje desde Nájera sin apenas detenerse. Lo justo para echar un bocado y refrescar montura. Él se desabrochó el cinto con la daga en su vaina, y lo puso sobre la mesa, en su extremo. La vista de las dos mujeres se fue hacia la empuñadura del arma.

—En Nájera —empezó Ramiro— cumplí con la última voluntad de mi padre. Junto a mis hermanos. —Miró a Sancha de Aibar—. Tal como siempre has querido, como tú y mi eitán me enseñasteis. Lealtad.

—Bien, hijo.

—Hubo algo que mi padre dijo antes de morir, cuando repartió las tierras en Leire. Nos ordenó que impidiéramos a los hombres malos

salirse con la suya. Justicia. —Y dirigiéndose de nuevo a Munia—. Esta vez, en Nájera, la reina Mayor me llamó aparte e invocó de nuevo mi juramento de hace unos años. He empezado a cumplirlo en Grañón, en la Castella Vetula. El mediano de los Vélaz ha pagado la parte que le tocaba por lo del Infanz.

Las dos mujeres, a un tiempo, se llevaron las manos a la cabeza.

—Hijo mío, por Dios… —murmuró Sancha de Aibar.

—Os pido que me entendáis.

—Yo te entiendo —dijo Munia—. Pero has empezado a andar un camino difícil de completar. Tal vez no lo acabes.

—Así es —aceptó él—. Lo mismo les ocurre a los peregrinos, ¿no crees? Saben adónde se dirigen, aunque nadie puede asegurar que llegarán. Aun así caminan, Munia. Eso es lo que cuenta.

—Quien no camina, no tropieza —completó Sancha de Aibar—. Pero tampoco llega jamás a lugar alguno. Y sin embargo, hijo mío, no hay por qué escoger el camino más tortuoso.

—Escoger un camino fácil… —Ramiro, por fin, tiró de su silla para separarla de la mesa y tomó asiento. Alargó la mano para rozar la funda de su daga—. Vivir tranquilo, rezar en la iglesia, cavar la tierra, amar a tu esposa. Sin muertes, sin sangre, sin enemigos. Debe de ser agradable. Pero mírame, madre. Soy el bastardo de un rey, eso no me deja muchas opciones.

Sancha de Aibar asintió.

—Mataste al mediano de los Vélaz. ¿Y bien?

—Cabalgué a espuela picada de vuelta a Nájera, no quería que García se enterara, y mucho menos Matalobos. Y hubo suerte, aún no lo sabían cuando llegué. Pero mi hermano me tenía preparada una sorpresa. Lo siento, Munia. Lo siento tanto…

A Munia se le desencajó el rostro. Sancha de Aibar, aún en pie, se apretó más a ella y le apoyó la mano en el hombro.

—Dime lo que sea, Ramiro.

Él no fue capaz de sostenerle la mirada. Apoyó los codos en la mesa y se cubrió la cabeza con las manos.

—Parece que es un asunto antiguo, que surgió ya en las cartas que se enviaban mi padre y el abad Oliba. Ahora se ha madurado. Mientras estuvo en Roma, García entró en negociaciones con el

conde de Foix, que también acaba de heredar. Y esas negociaciones se cerraron cuando, de regreso, mi hermano desembarcó en Barcelona y se vio con la Abuela. La condesa Ermesinda, ya sabéis. Ella y el actual conde de Foix son tía y sobrino. A lo que voy: dos de las hermanas del conde son gemelas: Estefanía y Ermesinda.

Doña Sancha de Aibar se santiguó.

—Parto doble, mala cosa. Una de las chicas será pan de Dios, y la otra un demonio.

Ramiro no hizo mucho caso del comentario. Aún no levantaba la cabeza.

—Ambas se han educado en Barcelona, a la sombra de la Abuela. García se casará con Estefanía. Pamplona tendrá reina.

Munia cerró los ojos y completó la noticia:

—Y tú te casarás con la otra. Ermesinda, ¿no?

Ramiro, por fin, levantó la vista.

—He de darle carta de arras, me lo ordena García. Tengo que obedecer.

Sancha de Aibar se separó. Incluso dio la espalda a la pareja.

—Hijo de su madre, no se puede negar —murmuró.

Munia lloraba sin gimotear, sin emitir un sonido. Ramiro sentía la necesidad de levantarse, llegar hasta ella y abrazarla, secarle las lágrimas. Pero algo lo retenía en aquella silla, en el extremo opuesto de la mesa sobre la que descansaba su daga. Como si aquel obstáculo fuera insalvable.

—García entiende que la doble alianza refuerza nuestros lazos con Foix y con Barcelona. La Abuela gobierna de nuevo tras la muerte de su hijo Berenguer, pues sus nietos son aún unos críos. Las dos gemelas viven allí, las ha educado ella. Le rogué a García que me eximiera. Si él se casa con Estefanía, los lazos entre linajes ya estarán garantizados. Pero de esta manera, dice, él y yo también estaremos doblemente unidos. Además… —Miró a Munia mientras negaba muy despacio.

—¿Además qué?

—García dice que necesito un heredero. Te nombró a ti, Munia. Dice que te respeta, que siempre lo ha hecho.

—Es verdad —aceptó ella.

—Pero también dijo que tú no podrás darme ese hijo.

Munia se puso en pie y se sacudió las manos.

—Eso también es verdad, toda Nájera vio cómo mi vientre crecía. Tres veces. Y las tres veces se marchitó.

—Esto no significa nada, Munia. Te quiero a ti, no a ella.

Pero Munia alargó la boca en la sonrisa más amarga de su vida y, para pesar de Ramiro, siguió mirándolo fijamente. Aquella burla silenciosa era peor aún que todos los insultos y provocaciones que él había recibido a lo largo de su vida de bastardo. Y lo peor era la certeza de que algo se rompía. De que ese camino tortuoso elegido por Ramiro lo separaba de Munia. Casi podía ver cómo la distancia crecía, cómo la figura de ella se perdía poco a poco en la distancia.

—No seré un estorbo, no es necesario que me apartes —dijo ella, y fue peor que si García hubiera acertado con aquel último tajo en el duelo de Nájera. Munia se puso en pie y abandonó la sala. Los ecos de sus pasos rebotaron un momento, y luego no se oyó nada. Como si jamás hubiera estado allí. Como esos sueños intensos y apasionados que se olvidan a poco de despertar.

Sancha de Aibar se dio la vuelta para encarar de nuevo a su hijo.

—Le has hecho a Munia lo que tu padre me hizo a mí.

—Madre, por favor…

—Envejecerá mientras tu gentil Ermesinda vive en este palacio y te da esos hijos que tanto necesitas. Ah, hijos. —Doña Sancha chascó la lengua—. Al menos yo te tenía a ti. La pobre Munia, ni eso.

—Madre, no puedo hacer otra cosa. «Elegid bien a vuestros aliados y a vuestras esposas», eso también nos lo mandó mi padre en Leire.

—Pues qué bien. —Sancha de Aibar señaló a la puerta—. Díselo a Munia, aún puedes alcanzarla. Aclárale que lo único que haces es elegir bien.

—Sabes que no es elección mía. Yo la elegí a ella, eso no ha cambiado ni cambiará. Le rogué a García que me permitiera casarme con Munia. Varias veces. Pero tenía tomada la decisión. Y aunque así no fuera, él jamás accedería a nada que me hiciera feliz. Seguro que

disfruta con esto. Da igual, García es mi señor, he de ser leal en lo que me agrade y en lo que no. ¿Entiendes, madre? No hay opción.

Sancha de Aibar anduvo hasta su hijo. Le acarició la mejilla.

—No hay opción más fácil, quieres decir.

—Madre, ¿crees que no me duele?

—Imagino que sí, que te duele. Como un parto más o menos. Bueno, todo no está perdido. Háblale a Munia de lealtad, a lo mejor consigues que deje de llorar y se eche a reír. —Retiró la mano y emprendió el camino para salir.

—Madre, espera. ¿Cuánto tiempo pasó hasta que perdonaste a mi padre?

Ella se volvió a medias.

—Yo jamás perdoné a tu padre.

†

MES Y MEDIO MÁS TARDE. CONDADO DEL BAJO PALLARS

El camino discurría jalonado por bosques de hayas, robles y encinas. Viñedos y pequeños campos encajonados entre las rocas, y a los que los labriegos bajaban con pequeños carros, siempre a riesgo de despeñarse en una curva. Aldeíllas, iglesias y torres salpicaban las alturas, como muestra de que no tantos años antes, los cristianos solo se atrevían a habitar lo escabroso y ni pensaban con descender al valle.

Ramiro había escogido un séquito de honor encabezado por su eitán, Jimeno Garcés, y compuesto por otros señores de plazas principales en Aragón: Nocito, Agüero, Cacabiello, Senegüé… También viajaban en el grupo el obispo Mancio y tres abades, incluido Blasco, el de San Juan de la Peña. Cada uno con su grupo de sirvientes y sus caballerías, más escribanos y una delegación de comerciantes jacetanos que buscaban negocio en Barcelona. En larga columna venían desde la Ribagorza, y ya habían cruzado el

primer río Nogaria, gemelo de otro del mismo nombre que recorría el condado del bajo Pallars. Aunque el verano estaba ya avanzado, no era raro encontrarse con peregrinos que transitaban la ruta desde los condados orientales, y tampoco era raro adelantar a algún grupo que regresaba de Compostela. Ramiro se entretenía comparando los aspectos de unos y otros. Los que iban hacia Galicia llevaban animales de carga, caminaban animosos y, por lo general, tenían buen aspecto. Los que venían de regreso arrastraban los pies, parecían ermitaños y los huesos se les recortaban contra la piel. Si acaso, la única mejora de estos sobre aquellos era la mirada beatífica. La evidente convicción de haber cumplido, de estar a bien con Dios.

Ramiro alargaba las etapas, deseoso de acabar cuanto antes. La última noche en la Ribagorza, en el monasterio de Tolva, le habían advertido de que la frontera estaba muy movida, y que pequeñas partidas cristianas formadas por montañeses entraban y salían de la taifa de Zaragoza en busca de quienes huían de las plazas acosadas por Arnau Mir de Tost. Ya en el bajo Pallars, en la iglesia de Tremp, le pidieron que aguardara la venida del conde Ramón, que se había enterado de que Ramiro atravesaba sus tierras y quería saludarlo. El conde se acercó desde su palacio en Talarn para compartir una comida con él y los nobles aragoneses. Aquel era un hombre extraño, muy activo a pesar de que se acercaba a los sesenta años. Había tenido por esposa a una castellana, tía de la reina Mayor, pero el matrimonio se anuló tras la tercera hija. De eso hacía treinta años, y desde entonces se había dedicado a rivalizar con sus hermanos por la herencia del padre, lo que había devenido en la división del condado en dos: el bajo Pallars y el alto Pallars.

—No es bueno eso de dividir las tierras, amigo Ramiro —le dijo el conde cuando aún estaba sobrio.

Tras dar cuenta de una pierna de cordero y beber demasiado vino de la tierra, el conde Ramón le confesó a Ramiro que sus días de desvelos habían pasado, que no quería saber nada más de política y que ponía toda su energía en satisfacer a su nueva esposa, mucho más joven que él, con la que llevaba seis meses casado. Según repitió con voz pastosa mientras guiñaba el ojo izquierdo, aquella

muchacha le había devuelto la juventud. El problema era que tanta lujuria lo desviaba de sus deberes militares, así que se había encomendado a la buena labor de su vecino oriental, el conde de Urgel, y a la de su valioso vasallo, Arnau Mir de Tost.

—Arnau no descansa —le dijo el conde—. Toma una plaza tras otra a los infieles. Dicen que lo acompaña una hechicera muy hermosa salida de no sé dónde, con un espejo mágico. ¿Se podrán creer semejantes tonterías? Si tienes una de esas cerca, sé mejores cosas que hacer que ponerte a conquistar castillos sarracenos. —Y le guiñó el ojo izquierdo.

—¿Sabes dónde podría encontrar a Arnau?

—He oído decir que pasa unos días en el castillo de Llordá. Se lo compró hace tres años al conde de Urgel con el botín que sacó de sus correrías contra los moros. Arnau prepara una nueva campaña, creo que quiere tomar Áger. Si lo consigue, dejará casi abierto el camino de Lérida.

—Eso también te quita a los sarracenos de encima —intervino el Eitán—, ¿no, mi señor conde?

—Así es: una preocupación menos. Pero Arnau debería tener cuidado, por muy hechicera que sea su esposa. El *walí* de Lérida es Ibn Hud, un veterano de cuando al-Mansur. Ese tipo sabe defenderse, seguro que habrá guarnecido Áger a conciencia.

—¿Y tú, conde? —preguntó Ramiro—. ¿No te gustaría extender tus tierras hacia el sur? Si Arnau sigue así, dentro de poco quedarás encajonado entre cristianos. O al menos podrías ayudarlo.

—Bah. —Vació su copa—. Para Arnau las tierras de infieles, para mí la cama de mi jovencísima esposa. —Nuevo guiño—. Prefiero hacer el amor que la guerra.

«Buena frase», pensó Ramiro, y se despidió del conde Ramón del bajo Pallars.

Así que, al día siguiente, Ramiro encargó a su eitán que, junto con los demás nobles aragoneses, se adelantara hasta Barcelona para preparar el encuentro entre los futuros esposos y la carta de arras.

—Yo me acercaré a Llordá, que han pasado años y tengo ganas de ver a Arnau. Además, siento curiosidad por esa esposa hechicera que tiene.

—Sabes que no existen las hechiceras, ¿no, Ramiro?

—No estoy tan seguro, Eitán.

—Y sabes que, por más que lo retrases, al final tendrás que reunirte con Ermesinda de Foix y casarte con ella.

A eso no contestó Ramiro. Se despidió de sus vasallos para desviarse por el ramal que corría hacia el sur hasta que, pasada Isona, descubrió Llordá. La fortaleza era imponente, alta y maciza, enriscada de tal manera que dominaba la comarca y tenía a la vista unas cuantas torres. En la cuesta de subida, un poco antes de llegar, había una pequeña iglesia en obras, y adosadas a los muros varias chozas de madera y una gran caballeriza. Ramiro sonrió al reconocer las sillas de arzones altos, e imaginó a las huestes de Arnau cargando a su estilo contra las tropas de Ibn Hud. No era de extrañar que el *walí* de Lérida perdiera plaza tras plaza. Algunos de los hombres de Arnau, veteranos de la pacificación de los rebeldes gallegos, corrieron a saludarlo en cuanto lo reconocieron. La noticia voló y, en poco tiempo, Arnau Mir de Tost abrazaba a Ramiro y tiraba de él para llevarlo ante su esposa.

Arsenda se sentaba ante una mesa cuadrada, observando una jugada de ajedrez a media partida con su marido. Tablero de madera y plata, trebejos de cristal y marfil. Ella se levantó cuando vio entrar a Ramiro y, para él, fue como si la conociera de toda la vida. O más bien como si reconociera algo en aquellos ojos verdes que parecían remolinos en una corriente profunda. Lo que le había dicho a su eitán tenía algo de cierto: tal vez no existieran las hechiceras, pero sí que había mujeres capaces de hechizar. Enseguida comprendió por qué Arnau había declinado emparejarse con la hija de un conde. Y lo envidió por eso. Ramiro reparó entonces en el colgante de Arsenda. Una calamita oscura colgada del cuello por una tira de tela en la que figuraba escrito su nombre. Ella se dio cuenta y tomó la piedra en su mano.

—¿La reconoces?

—Claro. Me alegro de que funcionara. Por cierto, mi señora, bonito ajedrez.

Arsenda le señaló el escabel al otro lado de la mesa.

—¿Sabes jugar?

«Qué voz», pensó Ramiro. Casi sonaba dentro de su cabeza antes de que sus labios pronunciaran las palabras. Y las palabras mismas… Era como si cobraran vida al decirlas. A lo mejor era así como habían nacido todas las cosas en algún momento del pasado. Una mujer capaz de hechizar había empezado a hablar, y eso daba forma a la realidad. Apartó el pensamiento de su cabeza cuando se dio cuenta de que Arsenda esperaba. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Ese era otro de sus poderes de hechicera, supuso. Tomó asiento.

—Sé jugar, sí. Mi eitán aprendió cuando estuvo en tierra de moros, y luego me enseñó.

—Pues prueba. A Arnau no le importará, le gano siempre.

—Me gana siempre —confirmó el esposo—. ¿Qué haces por aquí, Ramiro?

—Voy a Barcelona, Ramón de Pallars me dijo que estabas aquí. Precioso lugar.

—Dos mil sueldos me costó. Lo necesito para ir a por Áger. Es Ramón de Pallars quien debería hacerlo, pero está obsesionado con su nueva esposa. Mejor así.

Ramiro asintió mientras, inclinado sobre el tablero, examinaba la partida. Los trebejos de Arsenda habían cobrado una ventaja clara sobre los de Arnau. Iba a ser difícil salir de aquella situación.

—Mi señora —dijo Ramiro—, tienes las de ganar.

Arsenda sonrió. Era como si la primavera llegara de nuevo.

—¿Desprecias una causa perdida, héroe?

—No, no. Nunca negaré que son mis favoritas. —Y volviéndose hacia Arnau—: Eres mucho mejor a caballo que con el ajedrez, eso está claro. —Y movió una de sus piezas para proteger al rey—. ¿Por qué Áger?

—Porque domina el camino a Lérida —contestó Arnau—. Sé que desde hace poco está allí Lubb, uno de los hijos de Ibn Hud. Una forma desesperada de guarnecer Áger, sé que no cuentan con gran tropa.

—Arnau lleva tres años empeñado en tomar Áger —intervino Arsenda antes de avanzar otra de sus piezas por el flanco—. Todo este tiempo, toda la lucha, todo lo que ha hecho hasta ahora ha sido para acercarse a Áger. Si Áger cae, a Lérida le pasará como a tu rey

en el tablero: quedará desprotegido. Observa, Ramiro. En tres movimientos te ganaré.

—¿Cómo lo sabes?

Arnau Mir de Tost sonreía.

—Siempre lo sabe con tres o cuatro movimientos de antelación. Ve el futuro, ¿puedes creerlo?

—Todos podemos ver el futuro —dijo ella—. Solo hay que mirar donde toca.

Ramiro adelantó uno de sus trebejos para oponerse al ataque de Arsenda, y ella lo tomó enseguida. A él no le costó tanto ver que era imposible ganar.

—Vaya.

—Te ha vencido. —Arnau se alegró de no ser el único que caía siempre derrotado ante Arsenda—. ¿Lo ves?

Ella le dedicó una sonrisa a su rival.

—No te aflijas. Has jugado con la partida empezada por otro, no has gozado de libertad para mover los trebejos como tú quieres. Así no es justo, ¿verdad? Ni en el ajedrez ni en lo demás.

Ramiro entornó los ojos.

—Tengo la sensación, mi señora, de que tratas de decirme algo todo el rato.

—Así es cuando alguien habla, de lo contrario es mejor callar. Y lo que digo, Ramiro, es que hemos de vivir nuestras vidas, no las vidas de otros.

—Bueno. —Arnau dio un par de palmadas—. Cenemos. Te quedarás aquí unos días. ¿A qué vas a Barcelona, por cierto?

—A entregar arras a mi futura esposa, Ermesinda de Foix.

Arsenda borró su sonrisa. Dejó la partida tal como estaba y se levantó. Durante un momento acarició su calamita.

—Voy a ordenar que nos preparen algo.

Anduvo como si flotara, ingrávida la tela de su brial. Los dos hombres la vieron marchar en silencio, Arnau con las cejas levantadas y la boca medio abierta. Solo habló cuando el influjo de Arsenda había desaparecido.

—¿Qué pasa con Munia?

Ramiro señaló el tablero de ajedrez.

—Me tocó una partida empezada por otro. Una causa perdida. Y es como si Arsenda lo supiera.

—Ella es así, no logro acostumbrarme. La gente dice que es una encantadora o algo parecido, y a ella eso le gusta.

—¿Dónde la conociste?

—En el agua, es largo de explicar. Quiero que me cuentes lo del duelo con García. Fue duro, dicen.

—Otra causa perdida, eso parecía. García es mejor que yo con la espada, pero Dios estaba de mi lado. No hay otra explicación.

—Espero que Dios aún siga ahí. Se me acaba de ocurrir algo para aprovecharlo.

La ocurrencia de Arnau era una propuesta militar. Él y su señor, el conde Armengol de Urgel, eran buenos amigos y colaboraban en la campaña contra la taifa de Zaragoza. Habían conseguido varios triunfos, pero cada castillo conquistado a los andalusíes significaba una guarnición cristiana dedicada a protegerlo y controlar el entorno. Menos hombres para seguir avanzando. Además, Áger era una pieza dura. Y el *walí* de Lérida, Sulaymán ibn Hud, un experto líder que sin duda pondría buenos guerreros a las órdenes de su hijo Lubb. Lo que Arnau quería era que Ramiro ayudara cuando terminara su negocio en Barcelona. A cambio, él haría lo mismo cuando Aragón quisiera empujar las fronteras aragonesas contra el islam.

—Además —siguió Arnau—, Ibn Hud no solo ha mandado a su hijo Lubb a Áger: cuenta con cristianos a sueldo entre los suyos. Hace poco me enterado de quién los dirige. Esto te va a gustar.

†

TARDE SIGUIENTE. NÁJERA

Mientras caminaba hacia el salón del trono, a Mayor le pareció que volvía a un pasado no muy lejano, cuando la arrastraron hasta aquel

mismo lugar acusada de adulterio, y tras un paseo infamante en el que recibió miradas de desprecio e insultos, procedentes de los mismos que ahora se inclinaban a su paso y le dedicaban palabras de sumisión. Una sumisión que de todas formas era falsa, pues aunque la siguieran llamando reina, ella ya no era tal.

De todos modos, un criado aguardaba junto a la entrada, y al menos tuvo el detalle de abrir las puertas e incluso dedicarle una larga reverencia cuando se hizo a un lado y señaló al interior.

—Mi señora, el rey te espera.

Ella se detuvo, las manos juntas, la barbilla alta, el pelo rojo invisible bajo la toca bien ceñida por una guirnalda y sujeta con alfileres bajo la barbilla; el brial azul oscuro, mangas estrechas, su cruz de cobre dorado al cuello, alquicel celeste echado sobre el hombro izquierdo, rostro convertido en máscara de altivez. Pero con cercos bajo los ojos, arrugas alrededor de la boca, fatiga acumulada en su corazón. Cuarenta y cuatro años, uno solo como viuda del hombre con quien se había casado a los diecisiete. Alguien a quien nunca llegó a conocer del todo, que se sirvió de ella como madre para sus herederos, como fuente de títulos y figura de moderación cristiana en la corte. Un rey que apenas le dedicaba sus atenciones. Que había engendrado un bastardo conocido y Dios sabía cuántos desconocidos. Un esposo que casi al final de su vida llegó a desconfiar de ella, que miró para otro lado mientras la humillaban. Un hombre que jamás la hizo feliz. A ella, Mayor, que había aportado al linaje pamplonés mucho más que nadie.

Mayor apretó los labios. Al fondo se veía el estrado de siempre, hollado mil veces por los pasos de su difunto marido. El ya casi negro trono con el águila en el respaldo, las alas abiertas para anunciar aquellas dos palabras tan pesadas que se hundían en tierra, tan ligeras que se las llevaba el viento. *Fidelitas, Iustitia*. Y sobre el trono descansaba García, vencido hacia la izquierda y con un brazo indolente colgando a un lado. Pero lo que había congelado a la reina viuda no era la presencia de su hijo, sino la otra figura que, de pie, aguardaba a un lado del trono, tras el ala de la lealtad.

—Matalobos.

Diego Vélaz también la miraba. No con gesto de burla, sino de indiferencia, y eso era tal vez peor. Mayor tomó aire y reanudó la marcha. Ahora, siempre que entraba en el salón del trono, lo recordaba como el día de su juicio. Entonces también se sintió observada y, como en aquella ocasión, el corazón le latía deprisa, retumbándole en las sienes. Llegó ante el estrado, y solo entonces se dio cuenta de que debía quedarse allí, abajo. Que Matalobos era quien ocupaba su lugar junto al trono.

—Hijo mío, ¿me has llamado?

—Sí, madre. Tengo noticias que serán de tu interés.

—Y de su agrado —remató Matalobos. A Mayor no se le escapó la tercera persona.

—¿Qué noticias, hijo?

—Íñigo Vélaz, el hermano de Diego —y estiró la mano a su derecha, por más que no fuera necesario, hasta rozar el brazo de Matalobos—, ha muerto.

Ni se canteó la reina viuda. Ni desvió la vista hacia Matalobos ni le temblaron las pestañas. Solo arqueó un poco las cejas, como sorprendida de que se la hubiera molestado para eso.

—¿Algo más, hijo? He dejado la labor a medias.

García entornó los ojos en un inútil intento de penetrar en la mente de la viuda.

—Nunca he sabido cómo lo haces, madre.

—¿Cómo hago qué?

—Disimular así, para lo bueno y para lo malo. Es imposible saber cuándo dices la verdad y cuándo mientes.

—Yo no miento, hijo. No he mentido nunca.

García estiró los labios en algo que podía ser una sonrisa, pero también un gesto de enojo. Ladeó la cabeza, hábito heredado de la mujer que ahora tenía enfrente.

—El mediano de los Vélaz estaba de incógnito en Grañón, pocos conocían su paradero. Alguien lo agujereó a conciencia. En un callejón, como si fuera un perro.

—Entonces vivió como murió, en el filo de la espada. En un rincón, olvidado por todos.

—Suena a canción, madre.

—¿Sí? Tal vez alguien la escriba en el futuro y vaya cantándola por ahí. De todos modos no descubro nada. Recuerda, hijo, lo que dice el evangelista: *Omnes enim qui acceperint gladium, gladio peribunt*.

Matalobos se movió. Rodeó el ala del águila negra y descendió un solo escalón. Se inclinó desde allí arriba.

—Que muera a hierro quien a hierro mate, pero mi hermano no derramó jamás sangre cristiana.

La reina viuda siguió sin mirarlo, aunque ahora dejó caer la cabeza en un movimiento simétrico del de su hijo.

—¿Has visto, García? A este sí que se le nota cuando miente.

García se recostó contra el respaldo aguileño.

—¿Afirmas, madre, que no has tenido nada que ver con la muerte de Íñigo Vélaz?

—Vaya. —La reina enarcó de nuevo las cejas—. ¿Me harás jurar sobre las Santas Escrituras, como aquel día? ¿O te has traído el cuenco rojo ese de Aragón? Llama a los obispos y formula una acusación. Abramos el libro con la antigua ley, oigamos a los testigos.

—Solo soy un hijo preguntándole a su madre, esto no es un juicio y nadie te acusa. ¿Acaso sabes quién mató a Íñigo? ¿Tal vez lo sospechas? Responde, hazme esa merced.

Ahora sí, la reina desvió la vista un ápice. Lo justo para dirigirla a Matalobos.

—Todas las noches desde hace… ¿Cuánto ya? ¿Ocho años? Todas las noches, digo, rezo por el alma de mi hermano pequeño, al que asesinaron en León en el día de su boda. —Mayor se persignó con lentitud—. No he tenido nada que ver con la muerte de Íñigo Vélaz ni sé quién lo mató. Pero a partir de hoy incluiré en mis oraciones a quien nos ha librado de tan mala bestia. Así perezca el resto de ese clan de alimañas. Que alguien los encuentre rajados y vacíos de sangre, abandonados en un callejón y rodeados de estiércol. Amén.

Matalobos no se inmutó. García se pasó dos dedos por la frente, de sien a sien.

—Madre, te dije antes de irme a Roma que a mi vuelta habría cambios, ¿lo recuerdas?

—Sí, hijo mío.

García se puso en pie, bajó los tres escalones y rozó el alquicel de la reina viuda. Lanzó un grito al criado que aguardaba con las puertas abiertas.

—¡Ve a buscar a Gonzalo! ¡Rápido!

Mayor no se volvió. Miraba al frente, al trono ahora vacío, con el águila labrada. La cabeza del ave poderosa, vuelta a su derecha y rematada por aquel pico curvado. Esas alas abarcaban la cristiandad, se diría. No pudo evitarlo, sus ojos se desviaron de nuevo hasta coincidir con los de Matalobos, que sonreía satisfecho. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de la reina viuda.

—¿Para qué llamas a Gonzalo, hijo?

García se puso al lado de la viuda. Ella notaba la mirada del rey clavada en su cara.

—Sabes cómo es Gonzalo, madre. Está muy apegado a ti. En realidad, si lo pienso bien, es el que menos se me parece. Fernando, y Jimena, y hasta Ramiro tienen más en común conmigo, ¿te has fijado? Gonzalo es como un niño pequeño que se niega a crecer. Creo que es culpa tuya. Oh, no te lo tomes a mal, seguro que lo amas mucho y temes que le ocurra algo. Pero eso, madre, lo ha convertido en alguien débil. Incluso Jimena, allá en León, ha aprendido a vivir lejos de ti y ha pasado por la pérdida de un hijo. Eso tiene que endurecer, seguro. Pero Gonzalo… Ay, Gonzalo.

Mayor se estrujó los dedos. Y enfrente, Matalobos sonrió un poco más. García subió por fin y volvió a sentarse. Palmeó rítmicamente sobre los reposabrazos. Despacio primero, más deprisa después. Pronto se oyeron pasos fuera. Precipitados e irregulares, como siempre que Gonzalo corría. Resonaron al aproximarse y se acercaron a la espalda de la reina. El muchacho jadeaba a pesar de que no podía haber cubierto una gran distancia. Se situó junto a Mayor, los brazos en jarras. Expectante. No cruzó la mirada con Matalobos, nunca lo hacía.

—¿Me has llamado, García?

—Sí, Gonzalo. Iba a decirle algo importante a nuestra madre y quiero que lo oigas. Madre, escoge un monasterio. El que más te agrade. En tierras de Pamplona, en Aragón si te place, o el que tú elijas en el Sobrarbe. ¿En Álava? ¿O en la Ribagorza? Supongo que

preferirás Castilla. No nos ciñamos a mis dominios. ¿Qué tal León? ¿Y Portugal? ¿El Pallars? Ya sé: ¡el condado de Besalú! ¿No es por allí donde tiene Oliba su abadía de Ripoll? Varón notable, te lo digo yo. Lo conocí al recalar en Barcelona, cuando volvía de Roma. Qué gran amigo era de mi padre. *Rex ibericus,* como él lo llamaba. ¿Y bien, madre?

—¿Por qué he de escoger, hijo? No querrás que haga una donación por el alma de Íñigo Vélaz, ¿verdad?

—No, madre. Lo que quiero es que escojas un nuevo hogar, porque te vas de aquí.

—¿Qué? —Gonzalo se estremeció—. García, no puedes hacer eso.

El rey sonrió de nuevo.

—Claro que puedo, si hasta es lo más adecuado. Nuestra madre está viuda, Gonzalo. Es muy honorable que dedique el resto de su vida a la oración y que prepare el tránsito a la vida eterna. Y allá donde vaya, una congregación de religiosas se verá favorecida. Nos ganamos el amor de Dios, damos tranquilidad a quien nos trajo al mundo, le garantizamos la salvación. —García gesticulaba como quien otorga con gran generosidad—. Madre, si lo deseas, te haré abadesa del lugar que elijas. Qué menos, alguien que fue reina.

—No deseo ser abadesa, hijo.

—¡Bravo, madre! —García aplaudió tres veces—. Humildad, virtud muy propia de ti. Cristo nos mira ahora mismo, estoy seguro. Las potestades divinas tocan sus trompetas, todos celebran tu sinceridad, tu alma limpia, tu rectitud. Mirad ahí abajo, se dicen unos a otros. Ved a Mayor, limpia de toda impureza, incapaz de mentir o de albergar maldad en su alma. Felicitémonos, porque desde ahora dedicará su existencia a Dios. ¿Adónde pues, madre?

Mayor pugnaba por seguir respirando despacio, sin delatar el temblor de sus manos. Bajó la vista hasta el primer escalón.

—Dame tiempo para pensarlo, hijo. Llevo muchos años viviendo aquí.

—Por supuesto, madre. ¿Quieres tiempo? Lo tendrás. Solo hazme el favor de darme una respuesta, digamos… ¿Mañana?

Mayor asintió con un golpe de cabeza.

—Claro, hijo. Gracias.

Gonzalo dio un paso, aunque sin empezar a subir al estrado.

—García, por favor. Nuestra madre no quiere irse.

Pero la reina posó la mano en el hombro de su hijo mejor.

—Gonzalo, el rey manda y nosotros obedecemos. No importa si nos agrada o no, o si nuestra misión es fácil o difícil. Lee esa palabra tallada en el ala del águila. Lealtad. Recuerda que lo juraste ante tu padre.

El muchacho se mordió la lengua.

—Sí, madre. Lealtad.

—Bien. —García volvió a palmear el trono—. Ahora solo queda un detalle. Gonzalo, eres el señor del Sobrarbe y la Ribagorza. Ha llegado el momento de que viajes a tus condados y te hagas cargo de ellos, como Fernando hizo con Castilla, Ramiro con Aragón y yo mismo con el reino de nuestro padre.

Gonzalo, aterrado, pidió ayuda a su madre con la mirada. La reina viuda, que seguía con la mano sobre el hombro del muchacho, lo atrajo hacia sí y le dio refugio a su costado.

—García, tu hermano aún no está preparado.

—Bah, claro que lo está. Y si no es así, floja excusa tenemos. Pero no soy un bruto sin sentimientos. —El rey volvió a enfatizar su esplendidez y ofreció las manos con las palmas hacia arriba—. Gonzalo, ahora te toca a ti elegir. Si lo deseas, y esto es lo que más me agradaría, asume tu responsabilidad y gobierna mis tierras del Sobrarbe y la Ribagorza. Pero si no te ves capaz, te permito que acompañes a nuestra madre a su retiro religioso. —García dejó de hablar un instante y se pellizcó la barbilla—. O mejor aún: quédate aquí. Ahora que Jimeno Garcés no está, yo me ocuparé de adiestrarte. De convertirte en un buen señor. —Se volvió hacia Matalobos—. Me ayudarás, ¿verdad, Diego?

—Dalo por hecho, mi rey.

Mayor se encogió por fin. Y ahora sí que miró fijamente a Matalobos. Lo vio allí subido, más fiero y amenazante que nunca, recortado contra el muro de piedra que, por obra del miedo, se disolvía hasta tornarse en un bosque húmedo y atravesado por jirones de niebla. Casi vislumbraba a su espalda la línea de las colinas en la oscuridad, y la luna llena discurriendo entre nubes.

—Gonzalo vendrá conmigo —dijo la reina viuda—. Solo hasta que esté preparado para hacerse cargo de su señorío. Por favor.

García sonrió con más amplitud que nunca.

—Así sea, madre.

†

Cuando Ramiro supo que a los cristianos a sueldo de Ibn Hud los lideraba Rodrigo Vélaz, no le cupo duda: ayudaría a Arnau a conquistar Áger. Por si fuera poco, Arsenda consultó su espejo y aseguró que la plaza caería, aunque no sin gran derramamiento de sangre.

Ramiro, que había oído hablar del espejo de Arsenda, sintió curiosidad. El objeto era precioso, desde luego. Un disco de metal no muy grande, recubierto de plata y con detalles dorados; el reverso labrado con figuras de bestias y frases enteras en árabe, y un mango que ella no podía sujetar sin recolocarse el pelo cobrizo. *Mirall,* así lo llamaba Arsenda, pero decía que de mágico no tenía nada. El día en que Ramiro reanudaba su viaje a Barcelona, antes de montar y con su séquito a la espera, tuvo una corta conversación con ella, que junto a Arnau había bajado a despedirlo. Mientras sostenía la mano de Arsenda para besarla, Ramiro le preguntó qué era lo que veía realmente en el espejo.

—Imágenes —contestó ella.

—Ah. Pensaba que había algo más. La gente también lo cree.

—La gente no tiene mucha idea, por eso habla. Te habrás dado cuenta: cuanto más sabe uno, menos le da a la lengua. Con lo importantes que son las palabras… —Pasó dos dedos sobre la cinta que sostenía su calamita—. Los nombres, por ejemplo. La verdad es que en mi espejo suelo verme a mí misma, pero también lo uso para ver a los demás. La primera vez que vi a Arnau fue a través del espejo, igual que él a mí. Antes de mirarnos de frente y a los ojos, este espejo sirvió para vernos.

Arnau Mir de Tost lo confirmó. Él tampoco entendía cómo Arsenda lograba anticiparse a todo, pero confesó que ya había dejado de preguntar. Solamente confiaba en ella, y ya estaba.

—Bueno —dijo entonces Ramiro—, entonces yo también confiaré. Aunque me gustaría ver portentos en ese espejo.

—Y a mí —respondió Arsenda—. ¿Te has fijado, Ramiro? A veces, si te asomas a un río manso, te ves reflejado, y también los árboles y el cielo encima de ti; pero igualmente ves a través del agua en la que te reflejas. Ves los peces que nadan por debajo, y las plantas que se mecen en el sentido de la corriente, y las piedras. Son cosas diferentes.

—Es verdad.

—Otras veces el agua corre veloz, o forma remolinos o baja sucia. Entonces una no puede ver ni una cosa ni otra. Dime, Ramiro, ¿tú ves a Munia ahora?

—Mi señora, ella no está aquí.

—¿Seguro? —Arsenda se tocó la frente—. ¿No la ves aquí dentro si te esfuerzas? O incluso sin esfuerzo.

—Ah, eso sí.

—¿Y Ermesinda de Foix? ¿Imaginas cómo será tu futura esposa?

—No, mi señora. Prefiero no imaginar nada. Es por Munia, no sé si me entiendes. Me siento mal si pienso en Ermesinda.

—Ahí lo tienes. Hay distintas formas de ver y de no ver. A veces ves lo que quieres y otras veces ves lo que temes; o prefieres no mirar, que eso se hace mucho cuando algo da miedo. O aunque se esfuerce uno, no logra ver en su imaginación a la persona que añora. Puede que ni los deseos ni los temores lleguen a cumplirse. O sí. ¿Nunca te ha pasado que soñabas, pero te parecía que ocurría de verdad?

—Muchas veces.

—Ramiro, ¿por qué no vuelves atrás y buscas a Munia?

Eso lo sorprendió. Aunque Arsenda siempre sorprendía, él lo había aprendido rápido.

—No puedo volver atrás, mi señora. Debo lealtad a mi hermano García, él ha dispuesto mi boda con Ermesinda de Foix.

—¿No te ha ocurrido nunca, Ramiro, que has soñado algo que te parecía cierto, pero al despertar lo has olvidado del todo?

—También me ha ocurrido, pero no sé qué tiene que ver…

—¿Imaginas, Ramiro, que ahora mismo estuvieras soñando? ¿Serías capaz de distinguir el sueño de la realidad?

—Supongo que no.

—Qué curioso es todo esto, ¿verdad? No puedes fiarte de lo que ves porque tal vez no sea verdad. Y a veces tenemos la verdad a nuestro lado, pero no somos capaces de verla. Poniente es levante y la diestra es la siniestra, porque en un espejo se ve del revés la verdad. O la verdad se deforma si el espejo está mal pulido, o rayado o roto. En ocasiones recuerdas pesadillas que no quieres ver, y en otras olvidas sueños maravillosos. Tal vez nosotros mismos no seamos más que el sueño de un niño que dormita al otro lado del mundo, y desapareceremos cuando despierte. Un sueño en el que tú no debes lealtad a nadie, por ejemplo.

—Es bonito imaginar eso.

—Claro. Imagina más, Ramiro. Imagina que no eres menos que tu hermano García. Imagina que Munia se convierte en madre de tu hijo y que, dentro de mucho tiempo, vuestra sangre corre por las venas de reyes y reinas.

—Mi señora, eso es imposible. Soy un bastardo.

—Imaginar no es imposible, Ramiro, ni siquiera para los bastardos. Puedes imaginarlo, y puedes imaginar que tus descendientes reinan en Pamplona, si quieres. Y en Aragón, y en Castilla, y en León, y en estas tierras, e incluso en al-Ándalus, por generaciones, y más allá, al otro lado de los mares que rodean la tierra.

—¿Has visto eso en tu espejo, mi señora?

Arsenda elevó la vista.

—Es difícil distinguir el sueño de la realidad, este lado del espejo y el otro, porque mira: se acerca una tormenta.

Los dos hombres observaron el cielo despejado, limpio de nubes de horizonte a horizonte.

—Mi señora, ¿qué tormenta?

—Una que lo oscurece todo. Sopla desde el oeste y trae nubes muy negras. Sal ya para Barcelona y ten buen viaje, Ramiro. Y no

temas: Ermesinda de Foix es una mujer hermosa y de muy buen linaje. Su sangre también es digna de correr por las venas de un rey.

—Vaya, gracias, mi señora. Es un alivio. —Y montó a caballo.

—Pero no es Munia —remató Arsenda.

†

24. Las gemelas de Foix

†

AL CABO DE UNA SEMANA

El ambiente no era bueno en Barcelona. Y no por la tremenda granizada que se había desatado tras aquella mañana de calor intenso y pegajoso seguido de una larga tronada. Ni por ese fresco repentino que se colaba por los ventanales del palacio, azotaba las cortinas y hacía que el único tapiz de la estancia, grande y de hermosa factura, gualdrapeara sobre el muro.

Aquella sensación tan densa y oscura se debía a la precariedad que se respiraba en la corte condal. La certeza de que todo pendía de un finísimo cordel, incapaz de aguantar el peso de acontecimientos que se aceleraban para pillar a todos por sorpresa. El último conde, Berenguer, había muerto cuando sus hijos aún eran demasiado jóvenes, así que el condado lo dirigía de nuevo la madre del difunto. Que allí estaba, presidiendo el acto con la actitud de una emperatriz, aunque vestida como si fuera una simple vendedora de nabos en el mercado, junto al Portal de Levante.

La señora, claro, era Ermesinda, tocaya de la futura esposa de Ramiro. Natural de Carcasona, esposa, madre y abuela de condes de Barcelona. Simplemente la Abuela, que así era como se la conocía. Con sesenta y cuatro años ya, apariencia frágil como un carámbano

puesto al sol. Se notaba que había sido bella, eso sí. Y también conservaba la altivez al mirar, e impresionaba mucho cómo la gente obedecía incluso sus gestos más discretos.

Era la segunda vez que la Abuela tomaba en solitario las riendas de Barcelona. La primera había sido al quedarse viuda, pues su primogénito, Berenguer, tenía solo doce años en aquel momento. Ese periodo curtió a la señora en el poder, la volvió astuta y moderada, y casi siempre logró lo que quería con hábiles maniobras, pequeñas cesiones y dobles juegos; y tanto gusto le tomó a mandar que, cuando el niño —retraído y sin aptitudes de mando— llegó a la mayoría de edad, ella dijo que no se retiraba. La relación se deterioró poco a poco a cuenta de los desencuentros en el gobierno. Así, madre e hijo se cogían de la mano y se hablaban con respeto en público, mientras en privado se escupían mil insultos; y, en cuanto uno se daba la vuelta, la otra recurría a la difamación; y si era ella quien se descuidaba, él se ponía traicionero. En cualquier caso y entre tanto lío, Berenguer no tenía suficiente valor para apartar a su madre, y la madre era demasiado audaz para dejarse apartar.

Entonces, el tiempo se impuso, la Abuela se mostró fatigada y empezó a descuidar el ejercicio del poder. Pero cuando todos pensaban que la señora se retiraba por fin del escenario, el conde Berenguer murió con la treintena recién cumplida, justo tras haber testado que repartía sus dominios entre la prole: tres críos de doce, siete y dos años. Así que a la Abuela le tocó desempolvar su carácter, su picardía y su mano dura. Y allí estaba una vez más, vestida de un negro descolorido de los zapatos a la toca, de modo que la única piel visible era la de las manos y la cara. Sin adornos, ni un crucifijo siquiera. Dirigiendo en nombre de sus nietos los condados de Barcelona, Gerona y Osona.

Tiempo atrás se había traído a Barcelona a sus dos sobrinas gemelas, hijas de su hermano, el conde de Foix y Bigorra. Las niñas se habían educado a la sombra de la señora y una de ellas, de nombre bautismal Gisberga, se lo había cambiado por el de su tía Ermesinda, tal era su devoción, o eso se decía. Esta era la destinada a casarse con Ramiro. La otra, Estefanía, sería la esposa de García cuando las familias tuvieran a bien cerrar el negocio.

Las dos gemelas contaban ahora veintiún años, y cada una flanqueaba a la Abuela en el trono condal. Sentadas sobre cojines, con las piernas gentilmente dobladas bajo los faldones, en posiciones tan simétricas que era imposible que fueran fruto de la casualidad. Ramiro las observaba, tratando de dilucidar quién era Ermesinda y quién Estefanía, y las dos le devolvían las miradas. Una algo tímida, la otra descarada y sin dejar de sonreír, como si le hiciera constante gracia la situación. Iguales en todo, salvo en que una vestía brial azul, rojo la otra; ambas gemelas con capas blancas por encima. Las dos muy ceñidas, con cintas apretadas y sendas cruces al cuello; ojos de un gris ambarino que tornaba al bronce, melenas negras, larguísimas y sueltas. Arsenda no se había equivocado: las hermanas lucían gran hermosura. Era difícil decirlo aún, pero parecía que aventajaban en altura a Munia, llegados a comparar. Tal vez más delgadas, menos voluptuosas. Ramiro se avergonzó al tomar conciencia de lo que pensaba: en si la una o las otras tenían las caderas más marcadas, el busto mejor puesto o la cintura menos estrecha.

En cuanto a los tres niños que debían gobernar en Barcelona, correteaban por el salón, persiguiéndose unos a otros, armando bulla y estorbando a los señores y prelados aragoneses, que permanecían de pie, en línea y un paso por detrás de Ramiro. Junto a este, el hombre que le había dado la bienvenida y guiado a presencia de la Abuela: Oliba, obispo de Vich, abad de Ripoll y Cuixá. Gran amigo epistolar del difunto rey Sancho y respetado por todos los cristianos y gran parte de los sarracenos. Oliba era igual de viejo que la Abuela, aunque no lo parecía tanto. Se movía con soltura y derrochaba energía. Incluso le sobraba el báculo episcopal, que solía olvidar en cualquier rincón.

Los demás testigos barceloneses se apretaban contra las paredes en compañía de sus esposas y algunos de sus hijos. No había más que observar cómo cambiaban el peso de uno a otro pie, o la forma en que se alisaban la ropa o toqueteaban sus anillos, para saber que muchos de ellos no sentían el menor interés por aquella ceremonia. Pero seguro que la Abuela los obligaba a estar allí, calladitos y con buena cara. Algunos, eso sí, se distraían para observar el enorme

tapiz que cubría el muro sur. Una labor minuciosa que representaba la ciudad de Barcelona, con sus murallas y sus torres, las cruces en lo alto de los campanarios. Los campos circundantes, y los campesinos y pastores que salían con sus aperos y rebaños. Al fondo, el mar salpicado de olas, con embarcaciones que desplegaban sus velas cerca del horizonte.

Oliba, por fin, se adelantó para entregar la carta de arras a la Abuela, pero a ella le fallaba la vista desde hacía tiempo, así que no se molestó en leerla. En su lugar, hizo un gesto para que la recogiera uno de sus escribanos. El hombre se acercó a la carrera, tomó el documento y lo desenrolló. Entornó un poco los ojos, se aclaró la voz y empezó a traducir en voz alta, del latín al romance cantarín, líquido y de finales perezosos que hablaban los barceloneses:

—«En el nombre de nuestro señor Jesucristo, en el año de su encarnación milésimo trigésimo sexto, en el mes de agosto, vigesimosegundo día, vigesimoquinta luna. Yo, Ramiro, por gracia de Dios de la prole del rey Sancho…».

El funcionario condal se interrumpió cuando la Abuela levantó la mano y habló con voz débil, un poco cascada.

—De modo que tú eres el bastardo.

Así era ella. A esa edad y tras todo lo vivido, no se andaba con medias palabras. El obispo y abad Oliba carraspeó, algo divertido. Ramiro no se mostró ofendido.

—Eso es lo que soy, mi señora condesa.

La Abuela lo miraba con aquellos ojos de un gris claro, tan inquietante como el ámbar cristalino de las dos gemelas. Fuera, el granizo castigaba los alféizares y rebotaba contra los muros de piedra.

—Dice mucho que, siendo bastardo, estés donde estás. Oí contar lo que hiciste en Nájera, pero ya sabes: de largas tierras, largas mentiras. ¿Es cierto? Me refiero a lo de pelearte con tu hermanastro en juicio de Dios.

—Es cierto.

—Eso es cosa de bárbaros. ¿Verdad, Oliba?

—Verdad. ¿Para qué tenemos la Ley Antigua? *Homo sensatus* no aborrece *mandata et iustitias,* ni se estrella como navío en la

tempestad.

—Estoy de acuerdo —dijo Ramiro—. A mí tampoco me gusta el desorden, pero no tuve más remedio que batirme. Fue por amparar a la reina.

Asintió la señora, con el labio inferior un poco proyectado, como admirando la gesta pese a todo.

—¿Sabes por qué pasan estas cosas? Lo de incumplir la ley, desamparar a las damas, y eso de que hermanos se peleen contra hermanos. Pasa porque los cristianos no tenemos a nadie a quien temer. Cuando yo era una cría y vivía al norte de los Pirineos, oía hablar todos los años de las algaras de los sarracenos, y también me enteré de cuando ese al-Mansur, hijo del demonio, vino hasta aquí y quemó Barcelona, y degolló y cautivó a placer. Recuerdo bien el día en que llegué. Aún quedaban escombro y ceniza, madres que lloraban a sus hijos esclavizados en Córdoba, hombres que se culpaban de haber huido mientras sus esposas caían en manos del enemigo para convertirse en concubinas. Ese desastre unió a todos y los hizo cruzar a tierra de moros, a tomar venganza. Ay, mi difunto esposo… Ese sí que era un hombre. Dirigía sus tropas, cabalgaba días y días, despreciaba el miedo, luchaba el primero, regresaba con botín. Todos lo respetaban y obedecían. Y ahora fíjate. Al-Mansur murió, su hijo también, los infieles cayeron en desgracia y en división, y nosotros dejamos de temerlos. Es como si nos hubiéramos olvidado de algo, ¿verdad, Oliba?

—Verdad, Ermesinda. *Delectio paganorum*. El difunto rey Sancho siempre creyó en eso.

Ramiro siguió callado, pues la Abuela hizo ademán de continuar con su charla.

—Vienes aquí en son de paz, con todos esos guerreros imponentes que están en pie a tu espalda, porque puedes permitirte que desguarnezcan sus castillos, ¿qué peligro hay? Yo también cuento con algunos de esos a mi lado, y con muchos más en contra, descuidados de los infieles, y dispuestos a levantarse contra mi autoridad aprovechando que mis nietos son unos mocosos.

Para rubricar lo que decía la Abuela, los tres chiquillos pasaron zumbando entre ella y Ramiro. La señora los observó con afabilidad,

sin reconvenirlos aún.

—Tienes razón, mi señora condesa —dijo Ramiro.

—Claro que la tengo. Nos vemos en el brete de todas las épocas de paz. ¿Cómo contener el ansia guerrera de quien nació para la guerra? Hombres de armas que no pueden usar sus armas, eso va en contra de la ley de Dios. Tal vez pienses que peleaste con tu hermanastro por proteger a una reina, vencer un pleito o desvelar la verdad. Yo te digo que os peleasteis porque la paz destruye a los hombres más aún que la guerra. —Estiró la diestra y el escribano le entregó la carta de arras—. Seguro que aquí entregas a mi sobrina muchos y preciosos castillos, pero lo que yo quiero saber es si estás dispuesto a llevar la guerra a los infieles y hacerte con sus tierras. Ya has oído al abad Oliba. *Delectio paganorum*.

—¿Eso es lo que más te interesa, mi señora?

—Desde luego. Mi hermano me ha dado autoridad para conceder o denegar la mano de mis sobrinas, y quiero juzgar si sus futuros esposos las merecerán. No acepto en mi familia a pusilánimes.

Asentimiento único y firme de Ramiro. Le caía bien aquella mujer, aunque la edad la mantuviera cabalgando sobre una nube y a él lo hubiera llamado bastardo.

—Puedo hablar de mi hermano, el rey García. Es el mejor guerrero que conozco, ha cruzado la frontera varias veces, incluso a riesgo de la propia vida. Luchamos juntos en Galicia, cuando las rebeliones contra Bermudo de León. No teme a nada. Sé que quiere ensanchar el reino, se batirá con los infieles. Yo también he cruzado a tierra de moros muchas veces, mi señora condesa. Y otras tantas llegarán, lo juro.

—Me gusta lo que dices, y también cómo lo dices. Olvida ahora al abad Oliba, que es tan viejo como yo. ¿Ves a todos los demás? —Abarcó con un gesto a los cortesanos que abarrotaban el salón—. Son demasiado jóvenes para recordar el terror. Yo tengo ventaja, viví aquellos años. Eran más simples. Se conformaba uno con menos: algo de vino, poco de pan, rezar para que los musulmanes no volvieran a destruir la ciudad y, sobre todo, tener de tu lado a hombres de verdad con espadas de buen metal. ¿Has visto ese tapiz de ahí?

Ramiro se volvió hacia la pared sur.

—Por supuesto, mi señora. Es excelente.

—Lo tejió la que será tu esposa. Tiene magia en las manos, ya ves. Observa la ciudad, bella e impoluta. Reluciente bajo el sol. Quiero que Barcelona se conserve así siempre. Que no vuelva a ser una ruina humeante, con las cruces rotas y los campanarios derribados. Y quien dice Barcelona, dice Pamplona. Burgos, León, Compostela. ¿Ha quedado suficientemente claro?

—Desde luego, mi señora.

La Abuela se apoyó en los reposabrazos para levantarse. El escribano se apresuró a ayudarla, pero Ramiro fue más rápido y ofreció su mano. La señora la aceptó con una sonrisa.

—Cuando tu hermano, el rey García, venga a por mi sobrina Estefanía, con gusto se la daré. Ahora es tu turno.

Ramiro retrocedió un par de pasos, ansioso por saber qué gemela le había tocado en suerte. ¿Y a qué vendría tanta ansia, si las dos eran iguales?

La Abuela se volvió a medias hacia su izquierda, y así supo Ramiro que Ermesinda era la que vestía de rojo, la descarada, que se puso en pie de un salto. La otra, Estefanía, seguía con la vista puesta en el suelo y juntaba las manos sin saber qué hacer con los dedos. Los tres críos, que por fortuna ya prestaban atención a algo que no fuera su juego, se abalanzaron sobre la joven Ermesinda para abrazarla, y la muchacha los cubrió de besos.

—Ermesinda —le decían—. Te echaremos de menos.

A Ramiro le alegró ver esas muestras de cariño. Algo querrían decir, ¿no? Su prometida alzó la vista y, por fin, pudieron mirarse a los ojos. Ella, rodeada por niños, estiró los labios en una sonrisa tan turbadora como sumisa, y él notó el pinchazo de la culpa. Una sola palabra le cruzaba de lado a lado en la mente, rebotando con un sonido que cada vez se parecía más al granizo que castigaba Barcelona.

†

AL MISMO TIEMPO. FRONTERA OCCIDENTAL DEL CONDADO DE CASTILLA

Bermudo, rey de León, aspiraba con fuerza el aire aún húmedo y cargado de electricidad. Había dejado de llover antes de la comida, y el viento había arrastrado las nubes hacia levante. La tormenta había durado tres días con sus noches, y había dejado la campiña embarrada. Ahora las nubes de mosquitos flotaban sobre los charcos.

Los peregrinos se habían detenido a ambos lados del camino y observaban, mezcla de expectación —porque allí había todo un rey, y bien que se notaba— y miedo —porque hueste armada no reparte pan—. El lugar era junto al Pisuerga, en la cabecera del puente de tablas, entre Fromista y Castrojeriz.

Bermudo divisó el grupo a caballo que se acercaba al río desde el otro lado. Apenas una docena de hombres que ralentizaban la marcha al ver lo que tenían plantado en la orilla opuesta. El rey de León tiró de las riendas a la derecha para moverse frente a las filas de sus nobles más cercanos. Con diecinueve años, las pecas aún muy marcadas. El gesto algo enfurruñado, como si fuera todavía un crío al que le han negado un capricho. La cota de malla le quedaba algo grande, y tendía a recolocarse la espada de continuo, porque pesaba demasiado. Montaba un precioso animal color ceniza, regalado en el día de su coronación por el difunto rey Sancho. Pelayuelo se llamaba. Rápido e impetuoso.

—No hemos venido aquí solo para mirar, ¿verdad?

—Verdad, mi rey —respondió el alférez, Nepociano Osóriz.

El joven monarca asintió y adelantó a Pelayuelo hasta superar la mesnada de su alférez. Allí estaban también los hombres del obispo de León, y él mismo. Servando era quien más reparos había puesto a aquella operación, porque insistía en que las guerras se sabe cómo empiezan. El resto es incógnita.

—¿Contamos con el visto bueno de Dios, señor obispo?

El clérigo, tan vestido para la batalla como el rey, suspiró antes de salir de entre las filas y colocarse a la vista de las tropas. Alzó el

báculo para trazar una cruz en el aire. Los hombres de a pie, un centenar largo, clavaron las rodillas en el barro; los jinetes, que llegaban a cincuenta, se santiguaron sin desmontar.

—En el nombre de la Santísima Trinidad, cuya gloria resplandece sobre nosotros, y en el nombre del santo y beatísimo apóstol Jacobo. Dios, creador y señor de los cielos, cuida ahora de tus siervos…

Bermudo se dio por satisfecho, ¿para qué terminar la oración, cuando la cosa estaba fácil? Desenfundó la espada con algo de dificultad y, sin dar orden alguna y sin esperar que sus sirvientes le entregaran la lanza y el escudo, se lanzó al galope.

—Santa madre… —murmuró el obispo Servando.

El alférez ya daba orden de arrancar para proteger al rey. Los jinetes leoneses reclamaron las lanzas y los escudos a sus criados, se calaron los yelmos y se apresuraron, haciendo que las tablas del puente vibraran. Los peones, tan sorprendidos como el que más, decidieron esperar.

Del lado castellano, la docena de jinetes no se lo pensó mucho y volvió grupas. Esa decisión, tomada por todos al tiempo y sin necesidad de que nadie la propusiera, seguramente salvó la vida del rey Bermudo, lanzado al ataque como si quisiera tajar por la mitad al mismo demonio. Los leoneses se estiraron en larga columna por la ruta sacra, obligando a los carros a apartarse para quedar atascados en el lodo. Algunos peregrinos corrían despavoridos, alejándose de la senda. Otros se lanzaban al suelo y se cubrían la cabeza.

Pelayuelo corría como un demonio, así que Bermudo no tardó mucho en alcanzar al jinete castellano más rezagado, que no se dio ni cuenta. El joven rey levantó la espada, dispuesta a golpear la espalda de su perseguido; pero falló el tajo y el hierro impactó contra la grupa del caballo, que se asustó y dejó de obedecer a su amo. El castellano terminó por tierra, salpicando barro mientras su animal daba saltos y repartía coces al aire. Bermudo refrenó al suyo y, muy ufano, saltó desde la silla. Enseguida llegaron los nobles leoneses y sus mesnaderos, que rodearon al castellano caído. Este trató de levantarse un par de veces, pero resbalaba en la hierba manchada de lodo. A la tercera lo consiguió. Había perdido la lanza y

el escudo, y no intentó desenfundar la espada. Extendió los brazos a los lados.

—No entiendo esto. ¿Quiénes sois?

Bermudo, que ahora era el único leonés a pie, se desenlazó el barboquejo con la zurda y se quitó el casco. Estiró la diestra para colocar la punta de su arma a poquísima distancia del cuello castellano.

—Necio. ¿No conoces a tu señor? Mírame bien. ¿Ves? ¿No? De perfil mejor. —Y volvió la cara a un lado—. ¿Me reconoces ahora?

El obispo Servando llegó en ese momento. Desmontó con mucho más esfuerzo que Bermudo y chapoteó por la tierra empapada hasta acercarse. Puso dos dedos sobre la espada del rey y la bajó un poquito, lo justo para apartarla del cuello del castellano.

—No será necesario, lo arreglaremos hablando.

Pero el castellano no se achantaba.

—¿Arreglar el qué? —Y movió la barbilla hacia aquel muchacho algo enclenque que lo amenazaba con su ferruza—. No sé quién eres, zagal. Y para que lo sepas, mi señor es el conde Fernando, hijo del difunto rey Sancho. Y a ese sí que lo conozco. ¿De dónde sales tú?

Al rey de León le temblaba el labio inferior. Un temblor que pronto se transmitió a sus hombros e hizo oscilar la hoja de su espada. El obispo apartó la mano del hierro y se dio cuenta de que el ánimo de Bermudo estaba a punto de romperse. O dejaba caer el arma o atravesaba al castellano. Y lo malo es que los nobles y sus mesnaderos se daban cuenta. Así que se interpuso entre ambos.

—Déjame a mí, mi rey. Te lo ruego. —Se volvió hacia el jinete desmontado—: No seas estúpido, hombre. Que Burgos queda lejos de aquí.

El castellano arrugó el entrecejo.

—¿Has llamado rey a ese crío?

No hubo tiempo para más palabras. El alférez Nepociano Osóriz, aún a caballo, se acercó por la espalda del castellano, tiró del codo hacia atrás y lo proyectó con fuerza. La lanza entró limpia por entre los omoplatos. Al tipo se le cortó la respiración, el obispo dio un salto y cayó de nalgas en el barro, y hasta el rey se hizo atrás

sobresaltado. Nepociano sacudió el asta. Un cuarto de giro para romper costillas y abrir camino de salida, y recuperó la lanza ensangrentada. Su víctima se desplomó sin emitir ni un quejido.

—Hale, asunto arreglado. Tú lo has dicho, ¿no, mi rey? Que no habíamos venido aquí a mirar nada más.

El alférez no aguardó respuesta. Hizo que su caballo pasara por entre los otros mesnaderos y se quedó mirando al cerro por el que habían huido los demás castellanos. Estos se habían detenido en lo alto, sin salirse de la ruta, y acababan de verlo todo. Los peregrinos también atendían a aquella escena, aunque unos pocos más habían echado a correr al ver cómo el alférez de León rejoneaba al castellano indefenso.

—No me gusta eso de matar por la espalda —se quejó Bermudo, la espada aún temblorosa en la mano.

Pero su alférez no lo escuchó, o hizo como que no oía. Se adelantó un poco por el camino sagrado y levantó la lanza para que se viera bien la punta ensangrentada. Los castellanos, en el alto del cerro, lo observaban y, en el silencio de la campiña, pudieron oír muy bien lo que decía Nepociano.

—¡Atentos, perros! ¡El rey de León ha venido a tomar lo que es suyo! ¡Id a Burgos y contadle a ese usurpador de Fernando lo que habéis visto! ¡Él sabe lo que tiene que hacer!

El obispo Servando cerró los ojos. Arriba, los castellanos cambiaron unas palabras, arrancaron para irse. Cabalgaron hasta rebasar el cerro y desaparecieron al otro lado. Nepociano Osóriz, muy satisfecho por lo visto, volvió a acercarse al grupo de leoneses. Los peones llegaban ya, con las armas prestas para darse a entender entre los peregrinos, a los que miraban con petulancia.

—Esto no era necesario —decía el obispo Servando, incómodo en su ropaje militar. Se acuclilló junto al castellano muerto y musitó unas palabras en latín mientras trazaba otra cruz en el aire.

—Mal no nos viene —se defendió el alférez, y se volvió hacia el joven rey—. Ahora tu cuñado sabe que vas en serio, mi señor, y lo mismo todos esos tornadizos que tan pronto te son fieles a ti como a él.

Bermudo miró a su alférez sin atreverse a decir lo que le pedía el cuerpo, que era que él también le había retirado la fidelidad cuando niño.

—¿Qué crees que pasará ahora, Nepociano?

—Mal se nos ha de dar si Fernando no hace él el próximo movimiento. Mi apuesta es que enviará a tu hermana para fijar la conciliación. Entonces, cuando hayamos evitado una guerra, no te parecerá tan mal la muerte de un solo hombre.

Algunos de los nobles leoneses se mostraron de acuerdo. Visto así… Otros seguían observando lo alto del cerro por el que habían desaparecido los castellanos, con ganas aún de dar uso a sus lanzas. El obispo Servando, acabada la oración por el muerto, se incorporó.

—Tu alférez tiene razón, mi rey. Mal que me pese, porque insisto en que podríamos haberlo arreglado sin sangre. Creo que ahora tu cuñado Fernando se atendrá a razones.

—Entonces nos volvemos a León—. Bermudo dejó caer los hombros mientras aguantaba la náusea. No le gustaba la muerte, y menos en esas condiciones. Enfundó la espada y se dispuso a montar en Pelayuelo—. Por si está de Dios que con esto se acabe el pleito.

Nepociano Osóriz se le acercó, aprovechando que ambos estaban ya a caballo. Se despojó del casco y echó atrás el capuchón del almófar y la crespina, con lo que dejó su melena blanca al aire. Sacudió la cabeza y se inclinó un poco hacia Bermudo.

—Mi rey, perdóname. Pero no vuelvas a hacer eso, te lo ruego.

—¿De qué hablas?

—Lo de lanzarte adelante en solitario. Eres el rey. Si tú mueres, el reino queda desamparado. Te recuerdo que no tienes hijos. Te ruego otra vez que me perdones, mi señor: es mi deber aconsejarte.

Bermudo miró de arriba abajo a su alférez. Luego al castellano muerto sobre el barro.

—Agradezco el consejo que me debes por fe, Nepociano. Pero soy el rey, tú lo has dicho. ¿Qué pensarán mis vasallos si ven que me quedo atrás?

El noble ya no replicó. Permaneció allí, junto al cadáver, mientras Bermudo reorganizaba la columna de marcha para volver a León. El

obispo Servando, que también acababa de aposentarse sobre su caballo de guerra, se acercó al alférez.

—El rey es impulsivo. Defecto que se cura con el tiempo.

—Lo sé, obispo. —Y señaló al muerto—. Salvo que a uno se le corte de golpe el paso de los años y se vaya al infierno bien jovencito, a enseñarle sus defectos a Datán, a Caín y a Lucifer.

†

25. Amor verdadero

†

DOS MESES DESPUÉS

La boda se celebró en Jaca, en la iglesia de San Pedro. Un templo pequeño y pobre que Ramiro se había propuesto engrandecer, o incluso con el tiempo, derribar para construir otro nuevo. Uno que sirviera como digna sede del obispo de Aragón.

Ese obispo, Mancio, oficiaba ahora la ceremonia, aún con el rito antiguo porque estaba viejo para nuevas modas. El prelado no se encontraba bien, se le notaba mucho. Había adelgazado aún más, y eso que ya era flaco antes. Las vestiduras episcopales eran las mismas de siempre, pero le quedaban holgadas, lo que le daba un aspecto de cadáver recién metido en el ataúd, y a menudo suspiraba como si estuviera fatigado de vivir. La cruz pectoral, revestida de plata y demasiado grande para él, tiraba de su cabeza hacia el suelo, como reclamando la tumba, y lo encorvaba. Más de un asistente se dedicó a murmurar que al obispo Mancio le quedaban cuatro días en la tierra. Y qué poco se equivocaba.

A la boda habían venido los tres medio hermanos de Ramiro, que ocupaban la primera fila, única con asientos. La Princesita no estaba allí porque se hallaba de viaje diplomático en León, para hablar con su hermano. El sitio de honor, en una silla elevada sobre el resto, era la de García, por supuesto. La reina madre, Mayor, no había venido,

así que Sancha de Aibar ejercía de dama principal. Los señores de Aragón, los clérigos y abades se hallaban tras la familia, en pie y admirando la elegante belleza de la novia.

—¿Declaráis que procedéis libre y espontáneamente a celebrar este matrimonio? —preguntó el obispo con voz frágil.

Ramiro y Ermesinda se miraron. Decidido parecía él, algo más retraída ella. Y sin embargo fue esta la que adelantó la contestación, y Ramiro tuvo que apresurarse para que, tal como dictaba el rito, la respuesta fuera simultánea. Con las voces de hombre y mujer a la par, armonizadas para que en forma y fondo agradaran al Creador.

—Lo declaramos.

—¿Os prometéis fidelidad, y permanecer unidos hasta que la muerte os separe?

Fidelidad. El impacto de la palabra y lo que contenía volvió a retrasar a Ramiro, y provocó una nueva respuesta poco simultánea.

—Lo prometemos.

A Ermesinda no parecían afectarle esas vacilaciones. Refulgía con su brial inmaculado, el pelo negro por debajo de la cintura, liso y abundante, como un alarde para que, antes de cubrirlo con el velo de casada, todos pudieran contemplarlo. Mancio siguió con la racha de preguntas, y se dirigió por fin a ella en particular.

—Ermesinda, ¿quieres a Ramiro por tu esposo y marido?

—Sí, lo quiero.

—¿Y te entregas como su esposa y mujer?

—Sí, me entrego.

Todo lo contestaba con la mirada baja, rezumando inocencia y sumisión. García, en su lugar de honor, se relamía al observar a la novia y anticipar su propia boda. Le encantaba que su futura esposa fuera exactamente igual a Ermesinda. Tal vez —pensaba— dejaría de visitar las cuevas de Malpica y a su ramera predilecta, María Tetona. Para calcular qué podía perderse, se inclinaba en todo momento, tratando de calibrar el busto de la novia. El obispo Mancio seguía a lo suyo.

—Y tú, Ramiro, ¿quieres a Ermesinda por tu esposa y mujer?

Él apretó los labios con fuerza, como si así pudiera evitar la respuesta. En algún lugar, no lejos de allí, estaba Munia. Rogó que

no se encontrara en la puerta del templo, escuchando lo que iba a decir. Ah, ojalá hubiera buscado con más afán esa flor de nieve. Una prueba de verdadero amor… Notó las miradas clavadas en su nuca. El obispo también pareció revivir para apremiarlo con un gesto. Debía responder ya.

—Sí, la quiero.

Le pareció que aquella afirmación resonaba con un eco más fuerte que las demás. O a lo mejor solo sucedía en su cabeza. ¿Son más ruidosas las mentiras que la verdad? El resto del interrogatorio transcurrió sin que fuera consciente de lo que contestaba al obispo, hasta que llegó el momento de la máxima suciedad.

—Que se amen, Señor —deseaba el obispo mientras, con enorme esfuerzo, alzaba la vista al techo de madera—. Y que nunca se aparten de ti.

—Amén —replicó Ermesinda. Ramiro solo movió los labios, sin emitir sonido.

—Que mutuamente se entreguen el debido amor del cuerpo —continuaba el obispo Mancio— y del corazón.

Lo que recordó a Ramiro que esa noche tendría que consumar el matrimonio. Meterse en el lecho con aquella muchacha, despojarla de sus vestiduras, acariciar su piel. Lo mismo que hacía con Munia, quemándose ambos en el calor del deseo. ¿Sería capaz? Se volvió un momento para mirar a su hermano y señor, el rey García. Él, que observaba a Ermesinda con una rara mezcla de lujuria y e impaciencia, había dispuesto aquella farsa. Tal vez debería ser él también quien se acostara con la recién casada.

—Dales, Señor, abundancia de bienes y una generosa descendencia.

Por eso era, claro. Hijos para perpetuar el linaje. Hijos que reforzarían los lazos entre señoríos, condados y reinos al casarse con los hijos de otros señores, condes y reyes. Hijos. Aquello que la pobre Munia no había podido darle hasta el momento pese a toda su ilusión. A Ramiro le asaltó una náusea. Decepción tras decepción, promesas convertidas en humo. ¿Cómo iba Dios a bendecir aquella unión? Se obligó a mirar a su esposa, a convencerse de que, efectivamente, era muy bella, deseable. Toda una dama educada

para cumplir en la alcoba y en el salón del trono. Una virgen que fingía timidez y aseguraba el futuro.

—Y así, con amor verdadero y sirviéndote a ti, Señor, que conozcan a los hijos de sus hijos. Y tras una larga vida en la tierra, lleguen al fin al reino de los cielos.

«Amor verdadero», repitió Ramiro en silencio, vocalizándolo en lugar del último Amén. Esta vez Ermesinda sí lo miraba, y supo leer sus labios. Le sonrió, acercó un poco la boca a su oído y se lo susurró.

—Yo también te amaré de verdad.

Incluso el rey García se puso en pie para formar pasillo en la estrecha nave, mientras los dos esposos, de la mano, hacían su desfile nupcial hacia la salida. Al llegar a la puerta, Sancha de Aibar les cerró el paso y cubrió la cabeza de Ermesinda con un velo largo y tan blanco como su brial. A ella le dedicó una sonrisa, a su hijo no.

—Que Dios bendiga esta alianza. Que os dé muchos hijos. Que os conceda amor. —Y en cada frase enfatizó las palabras «alianza», «hijos» y «amor»—. Rezaré por ello.

—Gracias, señora madre —contestó ella, en voz baja y dulce.

Ramiro no dijo nada. Cuando de nuevo dispuso de vía libre, salió de la iglesia. Los jacetanos esperaban fuera, cargados con pétalos de flor que arrojaron sobre los recién casados. Aquella lluvia de bendiciones no cesó en el camino hasta el palacio. Los críos corrían para adelantarse una y otra vez a la comitiva y repetir los vítores y largavidas a Ramiro y a Ermesinda. Las calles de Jaca, engalanadas y con hombres de armas en los cruces, estaban a reventar. Los aragoneses habían llegado desde el campo y las aldeas, y observaban curiosos a sus nuevos soberanos, que sin embargo no eran reyes. Varias ancianas, saltándose el cordón de la escolta, alcanzaban a Ermesinda una cesta con frutas o pañitos, y esta siempre lo agradecía antes de pasarle el regalo a alguna de sus doncellas, hijas solteras de los señores aragoneses que desde ese día se dedicarían a su servicio. Algún campesino llegó a dar un viva al rey de Aragón, y hasta se oyeron tres o cuatro réplicas. Cada vez que eso ocurría, Ramiro miraba atrás por si venía cerca su

hermanastro. El único y verdadero rey que había en Jaca aquel día. A Ermesinda le hacía gracia.

—Creen que somos reyes.

—No lo somos.

Ella fingía no escuchar y recogía otro regalo. Una bolsita de piel con cordel para colgarla del ceñidor. O una fíbula envejecida que a saber cuántas generaciones llevaría en alguna familia montañesa. Entonces, cuando estaban a punto de llegar a la casona habilitada como palacio, Ramiro advirtió algo por encima de las cabezas. Apretó el paso con su flamante esposa de la mano, y ella se dejó arrastrar, divertida.

—No tengas prisa, Ramiro. Que aún nos queda el banquete nupcial.

—Ya. Vamos.

—¿Es que quieres consumar antes? Qué impaciencia, por Dios…

Ramiro se detuvo y observó a su esposa, que había dejado en la iglesia toda aquella puesta en escena tímida y virginal. ¿Es que todo era como una fiesta para ella? Ermesinda también lo miró con aquellos ojos que parecían encerrar mucho más que frivolidad, y a él le recorrió el cuerpo un escalofrío.

—Debo hacer algo, mi señora. Enseguida estaré contigo para el banquete.

La dejó sola en cuanto se abrieron las puertas, y Ermesinda aprovechó para recibir más regalos de los aragoneses. Ramiro atravesó el palacio hasta una de las poternas laterales, la que daba al sur. Salió de nuevo a la calle, esta vez por detrás del gentío que vitoreaba a su nueva esposa y a la familia real pamplonesa. Allí estaba Munia, montada sobre una yegua que el Eitán sostenía por las riendas. Se las entregó a su antiguo pupilo en silencio, con gesto apesadumbrado, y se retiró para que pudieran hablar a solas.

—Te he visto, Munia.

Ella, mirándolo desde arriba, se mordía el labio. Tenía los ojos enrojecidos, la trenza rubia algo deshecha, como deshilachada. La yegua pareció percibirlo y dio un par de pisotones nerviosos.

—Es lo que quería —dijo Munia—. Que me vieras, para despedirme de ti.

Él observó la mula enganchada a la yegua, con un par de alforjas no muy abultadas. Sin criados. Como si Munia se dispusiera a viajar a la aldea más cercana. Allí no estaban los vestidos que él le había mandado tejer, ni las joyas compradas a los mercaderes, ni las sedas traídas desde tierra de infieles.

—¿Volverás pronto? —preguntó él.

—No.

Ramiro tocó su pantorrilla a través del faldón. Quiso pedirle que desmontara para abrazarla, pero tuvo miedo de que lo vieran, aunque la gente seguía muy atenta al desfile nupcial.

—No tengo más remedio que casarme con ella, Munia. Tú lo sabes. Pero es a ti a quien quiero.

Un sonoro viva al rey García recorrió la muchedumbre en ese momento, y nuevos pétalos flotaron sobre la comitiva a poca distancia. El viento arrastró unos pocos, que pasaron junto a Munia.

—Yo también te quiero, Ramiro. Por eso me voy.

—Es absurdo. No te faltará de nada, lo juro. Y además, podremos vernos si te quedas. Esto es solo un arreglo, una obligación, yo…

—Basta. Aprecio a tu madre, admiro lo que ha hecho, pero no soy como ella. No podría vivir de tu caridad, dispuesta a recibirte cuando finjas que sales de caza, como hacía tu padre. Sabiendo que es tu esposa quien ocupa tu lecho, se sienta a tu lado, comparte tus preocupaciones, se alegra con tus triunfos, da a luz a tus hijos…

A Munia se le escapaba una lágrima. Extendió la mano, que Ramiro tomó enseguida. Le acarició los dedos, el dorso, la palma, como si retener ese contacto le salvara la vida.

—No te pasará como a mi madre porque yo no soy mi padre. Te necesito cerca, ¿no lo entiendes?

—Claro que sí, y yo también te necesito. No quiero renunciar a ti, Ramiro, pero tampoco puedo hacer que tú renuncies a lo que eres. Te lo repito: por eso me voy. Tienes un deber, una misión. —Señaló al jolgorio que se desarrollaba a pocos pasos—. Tú ahora has de mandar sobre tus vasallos, tomar decisiones, juzgar pleitos, contentar a tus tenentes, luchar contra tus enemigos, hacerle hijos a tu esposa… Lo has dicho bien: no tenías más remedio. Pues yo no puedo convertirme en un escollo, así que a mí tampoco me queda

más remedio que apartarme. Si me quedo, jamás seremos felices. Seré un estorbo, una molestia. Y cuando tu esposa sepa que existo…

—No parece mala persona, no hay nada que temer. Dejemos que pase un poco de tiempo, nuestra voluntad prevalecerá.

—Yo tampoco me tenía por mala persona, pero he visto cómo una estación seguía a otra, Ramiro, y cómo las voluntades fracasaban. He visto cómo mis hijos morían antes de nacer, y cómo el correr de los años nos cambiaba a nosotros, y a la gente a nuestro alrededor. Tú también has visto injusticias que quedaban sin reparar; personas que ayer te odiaban y hoy te aman. Algunos vitorean como rey a quien no hace tanto solo era un bastardo. Lo que pensabas que iba a ocurrir se te antoja ahora imposible, y vives una vida que jamás pensaste vivir. El tiempo desvela la verdad, eso te lo acepto. Pero lo que nos descubre no depende siempre de la voluntad. Ermesinda no parece mala, dices. No: no lo parece. Pero si estuviera en mi mano, la haría hundirse en el infierno. Ermesinda. Bonito nombre. Ella también es bonita, la he visto. Mucho más que yo. Y el pueblo ya la ama. Serás feliz, seguro. Cada palabra que digo me parte el corazón. Vuestros hijos serán sanos y hermosos. Ojalá no la vea más. Esta noche os acostaréis. ¿Pensarás en mí?

—Siempre pensaré en ti.

Munia soltó la mano de Ramiro.

—Y yo. Así estaremos juntos. Dame las riendas.

—¿Adónde irás?

—Cerca. Lejos. Al bosque. No quiero hablar con nadie. Regresa ya, nos han visto.

Ramiro se volvió. Un par de plebeyos los señalaban y avisaban a otros. Entregó las riendas a Munia, que arreó un poco a su yegua. El animal tiró de la mula y empezó a alejarse. Ella no miró atrás, pero sus hombros se sacudían. El rumor entre la gente se extendió, y pronto Ramiro se vio rodeado de jacetanos que querían besar su mano y felicitarlo. Se dejó felicitar dócilmente, echó un último vistazo, antes de que Munia doblara la esquina, devolvió algunos saludos y regresó al palacio.

Los nobles ya estaban ocupando sus lugares en el salón, que por su tamaño no permitía grandes banquetes. Las mesas, montadas

sobre caballetes, estaban muy juntas y se abarrotaban de caballeros y sus esposas. Los criados ya corrían por entre las sillas, esquivando a la gente y repartiendo grandes hogazas. Ermesinda había ocupado su lugar. García también estaba allí, y parloteaba con ella por encima del sillón que debía acoger a Ramiro. El Eitán se había sentado junto a Fernando, y Gonzalo los escuchaba hablar del peligro que se cernía sobre Castilla. Alguien ayudaba al obispo Mancio a encontrar su lugar, y fuera se repartían regalos entre la plebe. Pastelitos de miel y almendra, al estilo andalusí, y lazos de colores para atar las melenas de las doncellas.

Empezaron los brindis a pesar de que aún no habían llegado todos los invitados. Sancha de Aibar, en una esquina de la mesa principal, observó a su hijo. Este tenía que pasar tras ella, así que se detuvo un instante.

—Madre, Munia se ha ido.

Lo dijo en voz baja, muy pegada la boca al oído de doña Sancha, porque la algarabía ya se recrudecía. Amenazaba con ser una fiesta muy ruidosa.

—Recuerdo el día en que tu padre se casó —le respondió ella—. El más triste de mi vida. El sacerdote también dijo eso del amor verdadero, ¿te has dado cuenta? Amor verdadero. Dura solo hasta la primera mentira, supongo.

—Madre, no necesito eso ahora. Si tú no me animas…

—Oh, pobrecito. ¿Que necesitas ánimo? De todas formas no fue lo mismo, yo tenía un hijo y, cuando tu padre se casó con Mayor, no se me permitió desaparecer, aunque muy a gusto lo habría hecho. Lo que ha pasado con tu vida tampoco se parece a lo que pasó con tu padre. Eso me hace preguntarme…

—¿Qué, madre?

—¿Qué buscas, Ramiro? ¿Qué pretendes? Porque tú ya no lo recordarás, tienes demasiadas preocupaciones y ahora mismo tu cabeza estará en otro sitio. Pero hace años, en Aibar, me aseguraste algo: que no dejarías que a Munia se la despreciara. Que sembrabas para el futuro, ¿era así? Y que en ese futuro estaba ella.

Ramiro bajó la mirada. ¿Acaso no era eso mismo lo que acababa de decirle Munia? Claro que recordaba aquellas palabras. Las

recordaba porque no se basaban en ninguna mentira. Ciertamente, era eso lo que deseaba para Munia. Por desgracia, el tiempo desvela lo falsas que son algunas verdades.

—Madre, no busco nada ni sé lo que pretendo. Yo no pedí Aragón, nunca pensé en verme así, convertido en…

—¿En rey?

—No soy rey.

—¿Te gustaría serlo?

Ramiro calló. En ese momento, desde el sitial de honor, Ermesinda lo llamó y le hizo señas para que se acercara.

—Madre…, debo ir.

—No niegas que quieras ser rey. Así que se trata de ambición. —Le tocó con el índice en el pecho—. Ahí debajo, cubierta por toda esa lealtad, primero a tu padre, luego a tu hermano, también a Munia. Revestida de coraje para enfrentarte a la muerte, claro que sí. No dejan de ser virtudes propias de un rey, ahora que lo pienso. Y la ambición también es necesaria. Sí, sí. Ambición, hijo mío. No te culpo: de ese pecado no estamos libres ninguno. Ojalá hubiera sido yo la reina, pero me tocaba otro papel. Y a Munia. Ahora ve junto a tu esposa, que esto no haya sido en vano.

García y Ermesinda estaban enfrascados en una alegre conversación cuando Ramiro se sentó entre ellos, sacudido por las palabras de su madre. En ese momento se empezó a repartir la carne y se oyó el entrechocar de copas.

—Preguntaba a tu esposa por su gemela Estefanía —dijo el rey de Pamplona.

—Lo suponía —contestó Ramiro—. Estaba en Barcelona, la vi.

A García se le abrieron mucho los ojos.

—¿Es verdad que son iguales?

Ramiro asintió. Recordó que, en el palacio condal barcelonés, Ermesinda le había parecido la más descarada de las dos gemelas. Supuso que la timidez de Estefanía sería del agrado de su medio hermano.

—Te gustará mucho. No entiendo que aún no te cases con ella.

—Ah, algo me enseñaste aquella mañana en Nájera, cuando nos batimos a muerte. Nada de precipitarme, veremos qué tal te va a ti.

Y espero que te vaya muy bien.

El rey siguió de un humor inmejorable durante todo el banquete. Se dirigió a Ramiro por su nombre o como «hermano», alabó a los cocineros, se embutió de carne y bromeó con los nobles más cercanos. Entre plato y plato, Gonzalo se acercó y, a espaldas de Ramiro, se inclinó para murmurar.

—¿Dónde está Munia?

Ramiro se volvió a medias. El pequeño de la familia parecía más débil que nunca. En lugar de dieciséis, cualquiera le habría echado trece años.

—Se ha ido.

Gonzalo enarcó las cejas. A él siempre le había gustado Munia, Ramiro lo sabía. Tal vez incluso estuviera enamorado de ella. Si se ponía a recordar, solo con Munia se había llevado bien Gonzalo, aparte de con la reina Mayor. Ni siquiera con la difunta Felicia alcanzó gran intimidad, y lo único que parecía apasionarle eran los caballos. Especialmente Fosco.

—Tu esposa es muy guapa, hermano. Enhorabuena.

—Gracias, Gonzalo. ¿Te quedarás tras el banquete? Deberías pasar unos días aquí. Te llevaré a conocer tus tierras. Dentro de poco gobernarás sobre el Sobrarbe y la Ribagorza. He mandado que refuercen las torres y…

Gonzalo levantó ambas manos abiertas para detener la charla de Ramiro.

—Hay algo que debes saber. —Acercó la cara a la de su hermanastro y habló en susurros—. García ha ordenado a mi madre que se recluya en un monasterio.

—¿Pero qué dices, hombre?

—Llevamos unos meses en San Miguel de Pedroso, cerca de Belorado. Es el sitio que eligió mi madre. Y me llevó a mí con ella.

Ramiro se volvió para observar a García, que desprendía felicidad. Y parecía sincera su alegría. Encaró de nuevo a Gonzalo.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Uno de los hermanos Vélaz murió en Grañón hace poco. Asesinado.

Ramiro no fingió sorpresa.

—¿Y?

—García cree que mi madre lo ordenó, aunque no está seguro de quién lo hizo. Yo tampoco lo estoy, y mi madre jura que no sabe nada. Mi madre no juraría en falso, ¿verdad?

—Claro que no.

Gonzalo entornó los párpados, como si examinara minuciosamente el rostro de Ramiro.

—¿Tuviste algo que ver? —preguntó.

—Y si así fuera…, ¿qué pasaría?

Gonzalo no tuvo ocasión de contestar, porque en ese momento se oyó un grito alborozado que atronó la sala.

—¡Por Ramiro y Ermesinda!

Era García, que levantaba su copa una vez más. Los invitados lo imitaron y brindaron por la pareja. Gonzalo, algo apabullado, se retiró discretamente para volver junto a su otro hermano, Fernando. Ramiro bebió, observando a su esposa de reojo. Ermesinda disfrutaba como una niña, bebiendo poco, comiendo bastante y extendiendo la mano para que unos y otros la besaran. ¿Por dónde iría ya Munia? ¿Se dirigía al norte, hacia alguna de las escasas tierras que su padre conservaba? Sí, seguro que se instalaría entre montañas y ríos. Algunos nobles bromeaban arrojándose huesos de pollo, y un par de mujeres rompieron a reír. El obispo Mancio, ajeno a todo, pringaba pan en salsa muy espesa que luego le chorreaba un poco por la comisura de la boca. Una criada tropezó y dejó caer su bandeja, repleta de fruta, lo que ocasionó una considerable algarabía. Ramiro terminó con su vino y advirtió que Fernando y Gonzalo no se habían unido al brindis. En ese momento, repartiendo sonrisas, se levantaban para retirarse. Parecía mentira que el tiempo pasara tan deprisa. Fuera oscurecía, y Ermesinda le pidió a Ramiro que le contara historias de aquella tierra.

—¿Ahora, mi señora?

Ella le rodeó el brazo con ambas manos y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Por qué no? Me gustan las historias.

Ramiro suspiró. Pero ella insistía, ajena a los cánticos obscenos de los invitados y al desfile de más y más bandejas repletas de carne

humeante. Así que le relató unas cuantas historias de aquellas con las que las abuelas hacían dormir a los críos. La del titán peludo Bonjarau, que defendía a los pastores y los rebaños cuando los lobos bajaban del monte para devorarlos. La de la hermosa doncella vestida de blanco que se aparecía una sola noche al año en un ibón perdido del Pirineo, la de los seres diminutos que pululaban por los bosques y gastaban bromas pesadas a los caminantes. Ramiro perdía el hilo, dejaba una fábula a mitad y empezaba con otra. Los invitados lo interrumpían de vez en cuando para brindar de nuevo, para desear larga vida y abundante prole a los recién casados, para animarlos a encamarse de una vez. Pero Ramiro, sin darse cuenta, retrasaba el momento.

—Hay otra historia… Es sobre un gigante que se quedó dormido.

—Cuéntamela, Ramiro. Si me gusta, la tejeré en un tapiz.

Así que le relató dónde estaba el sitio, al norte de Jaca. Muy cerca del camino que llevaba a Compostela, junto al río Aragón. Una cueva que se hundía en la tierra, vueltas y revueltas en la oscuridad hasta llegar al bostezo del gigante dormilón, que un día tal vez despertaría para atronar todo Aragón con sus gritos.

—Ramiro, ¿nos vamos ya? —preguntó entonces Ermesinda, los ojos brillantes de deseo—. He ordenado que preparen mi aposento, debe de estar listo.

Esa noche, mientras la juerga se alargaba por los salones del palacio y las calles de Jaca, Ramiro y Ermesinda fueron hacia la cámara reservada para ella en el palacio jacetano. Ramiro encontró la habitación sembrada de pétalos e iluminada con velas de aroma dulzón. El ventanal abierto dejaba paso al frescor otoñal, pero el lecho estaba cubierto por pieles y cojines. Ermesinda se metió bajo las mantas y, muy juguetona, se desvistió sin que él lo viera. Las prendas volaban por la cámara, y ella asomaba la cabeza de vez en cuando. Cuando estuvo desnuda, extendió la mano hacia Ramiro.

—Imagina que soy la doncella que vive en el ibón, la de esa historia que me has contado. Es la única noche que me dejo ver, pero solo por ti. Ven conmigo, hace mucho frío en esta montaña.

Ramiro sintió pena por ella. Ojalá la quisiera, un poco nada más. Ermesinda lo recibió bajo las mantas y las pieles igual que si hubiera

recorrido todo el camino sacro sin beber ni una gota, y por fin llegara hasta un manantial en Compostela. Se restregó contra él como si no fuera una virgen, olvidada ya aquella timidez de la iglesia. Ramiro quiso cumplir con su deber, y se dejó besar hasta que su cuerpo empezó a reaccionar; incluso acarició los pechos de Ermesinda, y besó su cuello. Ella era suave, su aroma también. Los labios estaban frescos, los ojos le brillaban en la oscuridad rota por las llamitas de las velas. Ramiro sintió cómo Ermesinda se erizaba, la oyó gemir, detectó el ansia, el deseo imposible de contener. Un sobresalto al vencer la débil resistencia, apenas una mohín de dolor, y Ramiro se deslizó en su interior, caliente y muy húmedo. Ermesinda se retorció mientras alargaba un quejido entre dientes, lo apretó contra su pecho, mordió su hombro con suavidad, lo rodeó con sus piernas. Fue lento y delicado. Nada de la furia incontenible de los encuentros con Munia, de las marcas de uñas en la espalda o de dientes en el cuello, ni embestidas salvajes ni gritos desaforados. Nada de muñecas agarradas o tirones de pelo. Amar a Ermesinda era más como dejarse llevar por la corriente de un río templado y pacífico. Incluso cuando ella se sacudió y dejó que su lengua asomara entre los labios, y su espalda se arqueó y los dedos se clavaron en las sábanas.

Ramiro se detuvo por fin, vacío y jadeante. Recibiendo los besos de Ermesinda, cortos y repetidos, en los labios y en la frente, en el cuello, en los hombros.

—Me has hecho muy feliz —dijo ella entre beso y beso—. Será siempre así, y te daré muchos hijos.

Ramiro permitió que ella hablara un poco más a media voz, un poco ronroneante. Fuera, el jolgorio continuaba. ¿Y dónde estaría Munia? Munia. Miró a la mujer que tenía debajo, a aquellos ojos grises que fulguraban al recibir la luz de las velas. Supuso que debía decirle algo. Un cumplido, o algunas palabras de amor. Aunque fuesen falsas.

Arrojó las mantas a un lado y se puso en pie. Al retirar el cortinaje, la luz de la luna le reveló entre penumbra el cuerpo de su esposa. Ermesinda se sentó sobre el lecho, un poco manchado de sangre. Esbelta, bien formada, brillante su piel por el reciente

ajetreo, con el pelo negro revuelto y extendido sobre los hombros. Lo miraba sin comprender. El frío se adueñaba del aposento, la brisa barría los pétalos hasta un rincón.

—¿He hecho algo mal, Ramiro?

—No. Tú no.

—¿Acaso no te gusto?

Ramiro no contestó a eso. Se cubrió con una gran piel y, más triste que avergonzado, abandonó la cámara con un portazo.

†

DÍA SIGUIENTE

En León también sabían montar banquetes, aunque el rey Bermudo no solía emborracharse. Solo bebía vino caliente aromatizado con tres o cuatro tipos de hierbas, y lo hacía despacio, comiendo mucho entre sorbo y sorbo.

Pero a su alrededor, los nobles leoneses ocupaban las mesas, acababan con jarras enteras, gritaban, se desafiaban a empujones, y alardeaban de los castellanos que iban a matar, las aldeas que pensaban quemar y el botín que rapiñarían en breve. El obispo Servando trataba de calmarlos, pero su voz era suave y no se hacía oír. Además, al alférez Nepociano Osóriz se le había ocurrido traer a media docena de esclavas andalusíes. Una de ellas trataba de repiquetear con los dedos sobre un pandero, y las demás danzaban, pero los nobles las agarraban para sentarlas en sus rodillas y magrearlas sin pudor. El conde Flaínez, tenente de la ciudad, había limpiado una de las mesas de un golpe, tirando copas y platos, y una de las danzarinas, asustada, bailaba sobre ella, dando golpes de cadera que arrancaban gritos de lujuria entre los leoneses.

La Princesita, sentada junto a su hermano, observó el panorama. Ella era la única mujer presente, aparte de las esclavas sarracenas.

—No estoy para fiestas, supongo que lo sabes. Y no entiendo esto. No recuerdo que sucediera en tiempos de nuestro padre. Tus

nobles parecen rufianes.

Bermudo se tomó otro trago de vino. Cerró los ojos mientras lo saboreaba. Llevaba toda la tarde haciendo eso cada vez que ella le dirigía la palabra.

—Mi rey —intervino el obispo—. Tu hermana tiene razón. Tal vez deberíamos ir a otro sitio. Aquí no se puede hablar.

—Hay poco que hablar —dijo por fin el rey—. Y estoy seguro de que en los banquetes de mi padre pasaba lo mismo que en este, solo que nosotros éramos muy pequeños, no nos permitían asistir. Pero no tiene importancia. —Señaló a sus nobles—. Son hombres apasionados, sangre caliente. ¿Creéis que este reino se forjó con melindres y delicadeza? Son leoneses, gallegos, asturianos… Les gustan los caballos, las mujeres, el vino, las armas. —Se palmeó el pecho—. Me siento orgulloso de ellos. Hermanita, tú eres leonesa también, ¿no estás de mi lado?

—No hay lados, Bermudo. Estamos todos juntos en esto. Tú, mi esposo, yo. ¿Verdad, señor obispo?

—Verdad, verdad. Pero es cierto, mi señora, que tu esposo se ha enemistado con nuestro rey.

Ella, tan descarada como siempre, levantó el índice para moverlo a los lados.

—¿Quién ha derramado sangre aquí? Juraría que habéis sido vosotros.

Bermudo soltó un palmetazo en la mesa, aunque no tan fuerte como para interrumpir la juerga.

—¿Ves, hermanita? «Vosotros», dices. Hay un «nosotros» y un «vosotros». Así que no digas que estamos todos juntos en esto.

—Vaya. ¿Tan importantes son las palabras?

—Mucho. Pero no tanto, si así gustas. Fíjate en que eso es lo único que reclamo: palabras. Que tu esposo venga aquí y hable. Que diga que me reconoce como su rey, que recite la fórmula de pleitesía. Son solo palabras. Yo lo acogeré con palabras, también. Palabras dulces, le prometeré protección a cambio de su auxilio y su consejo. Palabras de lealtad, eso pido. No, no pido. Las palabras pueden ser poca cosa, pero ya te digo: tienen su importancia. Así que, en lugar de pedir, ordeno.

—Bermudo, por favor. —La Princesita se volvió sobre la silla y le puso una mano en el hombro a su hermano—. Soy yo, no guardo dobleces y conmigo puedes hablar sin problema. Fernando no ha querido nunca desafiarte, te lo aseguro. Pero debes ponerte en su lugar: a quien debe pleitesía, como todos sus hermanos, es a García de Pamplona. Eso no quiere decir que no se reconozca que Castilla es tuya, que mi esposo la tiene por ti. Y por supuesto que será leal. Su difunto padre se lo hizo grabar a fuego, a él y a sus hermanos. Justicia y lealtad, eso hay tallado en cada ala del águila en el trono pamplonés.

—A mí ni me va ni me viene lo que debe tu esposo o lo que reclame García de Pamplona, ni sé nada de águilas. Aquí no hay águilas. Observa. —Y señaló a sus embriagados nobles—. Leones, eso es lo que hay. Los condes de Castilla han sido siempre vasallos del rey de León. Y cuando se han rebelado, se les ha devuelto a la sumisión por las armas de ser preciso, porque los leones tenemos garras y sabemos usarlas. Tu esposo, sábelo bien, es un rebelde ahora mismo, que quiere volar por sí mismo como el águila que cree ser. Y te voy a decir más: García de Pamplona, como señor de Castella Vetula, también debería rendirme vasallaje por esa tierra.

—¿Cómo? ¿Vas a exigir a un rey que venga a postrarse ante otro rey?

—Por el momento me conformo con recibir la sumisión de tu esposo. Soy el rey de León, lo digo una vez más y exijo el respeto que se me debe. Y si no lo obtengo, lo tomaré.

La Princesita suspiró. Pidió ayuda con la mirada al obispo Servando.

—Al rey no le falta razón —dijo el prelado—. Mira a esos hombres, mi señora. Están deseando cruzar de nuevo a Castilla, y esta vez la cosa no se saldará con una sola muerte. Tú eres gentil y de genio vivo, habla con tu esposo, convéncelo de que no vale la pena que se derrame más sangre. Lo que tu hermano pide… Lo que tu hermano ordena, ya ves, es tan fácil… Solo palabras. Que venga aquí Fernando, disfrute de nuestra hospitalidad, beba nuestro vino y reciba nuestra protección. ¿En qué le afectaría eso? Puede seguir obedeciendo a García de Pamplona, si es que así le place. Siempre

que no perjudique a León, claro. Vamos, mi señora, piénsalo: es cuestión de justicia. Esa palabra también era importante para el difunto Sancho, ¿no?

Una de las esclavas dio un grito cuando el alférez leonés le agarró las nalgas con ambas manos y se las apretó hasta hacerle daño. Los demás se reían a largas carcajadas. La Princesita negó lentamente.

—La verdad, hermano, no siento que este sea un lugar seguro. Recuerda lo que pasó aquel día de lluvia, justo delante de mí, cuando me iba a casar con el Infanz. ¿Acaso no era él el anterior conde de Castilla? El señor obispo habla de justicia y de la protección que recibirá Fernando aquí. ¿Y la que recibió el Infanz? ¿Cómo sé que no volverá a pasar algo así?

—Me ofendes, hermanita.

—Pues lo siento, pero con ofensas o sin ellas, los huesos del Infanz reposan en Oña. —Se volvió hacia el obispo—: No gozó de defensa ni obtuvo venganza. Yo aún espero justicia por ello. Justicia, sí. Qué palabra tan importante.

Bermudo rio quedamente antes de largarse otro trago de vino especiado.

—A propósito, he oído decir que el mediano de los Véláz murió en Grañón. Lo cosieron a puñaladas, ¿no es cierto?

—A Íñigo Véláz lo mataron en una trifulca de callejón. Andaba metido en bribonadas, cobrando portazgos a los peregrinos con permiso de un señor desleal. Supongo que al final dio con una víctima que le venía grande. Nada tuvo que ver eso con la muerte del Infanz.

—Ay, hermanita. Siempre has sido convincente, en parte por tu dulzura, esa la heredaste de nuestra madre; en parte, perdóname, por lo bien que mientes, a saber de quién sacaste la habilidad. —Dejó la copa sobre la mesa—. Todo el mundo malicia que a Íñigo Véláz lo mataron como venganza por lo del Infanz. ¿Por qué estaba escondido en Grañón, si no temía precisamente eso? ¿Y por qué nadie conoce el paradero de Rodrigo Véláz? ¿Acaso no se acogió el pequeño, Matalobos, a la seguridad de Pamplona? Y di, ¿quién juró ¡delante de toda la corte pamplonesa! matarlos a los tres? ¿Crees

que vivo metido en una caja? Ya ves, hermanita: mucho te quejas, pero el caso es que alguien está haciendo justicia para ti.

—Entonces reconoces que al Infanz lo mataron los Vélaz.

—Yo de eso no sé nada. —Bermudo tuvo que levantar la voz, porque la juerga arreciaba—. Lo que está claro es que todo lo que rodea a Castilla acaba encharcado de sangre; y me molesta, porque necesito paz en mi reino. Sin paz en casa, ¿cómo puedo ganar tierras a los infieles?

—Te diré cómo puedes garantizar esa paz, Bermudo. No mates a más castellanos.

—Ah, me cansa esta conversación —intervino el obispo Servando —. Y esa gente no deja de alborotar.

Se puso en pie. Rodeó la mesa y fue hacia el escándalo, tres nobles leoneses habían tumbado a una esclava en el suelo e intentaban inmovilizarla antes las risas de los demás y los chillidos de temor de las otras mujeres. La del pandero lo había arrojado y trataba de escapar, pero el alférez se interponía entre ella y la puerta. La Princesita aprovechó para acercar la cara a la de su hermano.

—Bermudo, habrá guerra si sigues así, y las guerras entre cristianos no nos benefician. —Señaló a los nobles borrachos con un movimiento de cabeza—. Tal vez a alguno de esos sí, porque seguro que ansían lo que pueden ganar por las armas. Pero cuando la guerra se acabe, la tierra estará regada con sangre, los campos sin cultivar, las casas humeando. Dios no quiere eso, estoy segura. Recuerda cuando eras más joven y tuviste problemas para gobernar. ¿Acaso el rey Sancho no vino para ayudarte? Pues esa misma concordia deberías cultivar ahora.

El obispo, en ese momento, soltó una sonora bronca a los nobles beodos. Nepociano Osóriz reía a grandes carcajadas, sacudiendo su larguísimo pelo blanco. El conde Flaínez trato de justificarse, pero acabó por darle la razón al prelado. Las esclavas sarracenas pudieron escapar intactas, y los demás se vieron obligados a seguir la juerga fuera del salón. Cuando el ambiente quedó en calma, Bermudo también se puso en pie. Anduvo junto a la pared, cubierta con tapices para suavizar el frío que los muros de piedra retenían en

el largo invierno leonés. Señaló uno de ellos, con un bordado que había perdido el color. Casi ni se adivinaba la figura de un antiguo rey que sostenía una espada y un orbe.

—Mira, hermanita: uno de nuestros antepasados. Tú llevas su sangre. Reinaban en Asturias cuando en Pamplona todos rezaban al falso dios de los infieles, con el trasero en pompa y mirando hacia oriente. Pero esa dinastía de águilas a la que estás unida… Advenedizos, medio moros y medio judíos, mercachifles, asaltadores de caminos. Eso son los pamploneses. Tu difunto suegro, el rey Sancho, demostró mucho tino al colocar a su hermana como madrastra nuestra. Entonces yo era demasiado joven, ahora lo veo claro. Y cuando vino aquí a ayudarme, como tú dices, el rey Sancho se ayudaba a sí mismo. Rapiñó cuando pudo, porque no estaba contento con la dote de su esposa y quería más, y más y más.

—Vaya. —La Princesita también se levantó, las cejas arqueadas—. Yo no lo recuerdo así. Nuestra madrastra siempre fue buena con nosotros, y gracias a ella esos mismos borrachos de ahí no te despellejaron. ¿Ahora ves claro? ¿Qué es lo que ves claro? ¿Lo que tu alférez y sus amiguitos te cuentan? Lo que recuerdo yo es que el rey Sancho estuvo casi un año pacificando tus tierras, asegurando tu trono, reduciendo a los rebeldes, alguno de los cuales se encuentra ahora en tu curia, y aconsejándote muy mal, por lo que veo. Somos familia. Olvida ahora viejas glorias y no te ufanes tanto de la sangre que corre por nuestras venas, sino de la que se nos puede escapar si nos herimos unos a otros. Somos cristianos, atados por lazos que se cruzan. Estás casado con una hija del rey Sancho y yo estoy casada con otro de sus hijos. Imagina que pudieras contar con la alianza de Pamplona, con García y con su ejército. Y con Ramiro, y las huestes de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza. ¿Te das cuenta de cuánto poder militar?

—Eso me suena a amenaza, hermanita. ¿Debo temer los ejércitos de tus cuñados?

—¡También son tus cuñados, y no te estoy amenazando!

—¡Pues que Fernando venga aquí y me demuestre que quiere la paz!

Bermudo y la Princesita, los dos con los puños apretados, guardaron silencio un momento, mientras se miraban con furia, casi como si fueran león y leona. Él junto al tapiz de un viejo rey asturiano, ella apoyada en la mesa. El obispo Servando se colocó entre ambos.

—Sois hermanos, por Dios. Mi rey, calma. Ella tiene razón: la guerra traerá desgracia y arreglará más bien poco. Mi señora, tu hermano también está en lo cierto: el deber de Fernando de Castilla es comparecer aquí, demostrar obediencia a León, garantizar la integridad del reino. Te ruego que vuelvas y lo convenzas. Dale garantías de que nada le ocurrirá, y de que su lealtad a Bermudo en nada ha de perjudicar sus deberes para con García de Pamplona.

Bermudo dio dos pasos y apuntó con el índice a la Princesita.

—Y dile que mi paciencia se agota, hermanita. Que si no viene a darme lo que es mío, lo recuperaré por propia mano. Eso lo juro.

†

26. Se mata y se muere

†

VÍSPERAS DE NAVIDAD DE 1036. NÁJERA

La cueva de María Narbona no era la más grande de Malpica, y ni siquiera era suya. La compartía con otras cinco rameras, todas ellas a las órdenes de un rufián de Viguera llamado Cornelio, que se había especializado en rescatar cautivas cristianas a cambio de merced. Cuando las pobres tenían familiares a los que acogerse, eran ellos los que pagaban. Pero a veces las chicas esclavizadas en al-Ándalus no tenían quien se interesara por ellas, bien porque habían perdido a la familia al caer en cautiverio, bien porque no había interés en pagar. Entonces Cornelio era quien se hacía cargo, y explicaba a las muchachas que habían contraído una deuda. Una deuda con él.

Cornelio no rescataba a cualquiera en este caso, por eso se había hecho con una colección de buenas mozas y vivía a cuerpo de emir en su casita junto al río. Mientras tanto, sus rameras ejercían en la cueva, tres por turno y a razón de dos turnos por día. Salvo María Narbona, claro. María Narbona estaba reservada por el rey García desde sus tiempos de príncipe, y solo él podía visitarla, aunque esa exclusividad no era recíproca, claro.

Esa tarde, aparte de María Narbona —O María Tetona, que era como la llamaba García—, había por allí otras dos meretrices. Era el turno de Dacolina y de Quixilo, más conocida por *la Manca* porque

había perdido la diestra desde la muñeca en tierra de infieles. Cada una contaba con un apartado de la cueva, separado por una manta que colgaba de una cortina. Pero cuando era el rey García el cliente, era frecuente que las mantas se descolgaran y hubiera fiesta comunal. Las prostitutas se habían encargado de alimentar el fuego, hábilmente encendido bajo el hueco que hacía de chimenea, así que la cueva estaba muy templada. Tanto que las rameras sudaron satisfaciendo al rey, y hasta fingieron que se agotaban para hacerle sentir muy hombre. Primero la Manca, que hacía virtud de la necesidad y se las arreglaba muy bien con la boca. Dacolina y María Narbona seguían el ritmo con palmas, y le daban de beber vino a García mientras la Manca hacía su trabajo. Cuando el rey se acercaba al momento culminante, las palmas se aceleraron, los gritos de ánimo y las risas también. Desataron tanto escándalo que un par de vecinos se acercaron para protestar, pero Matalobos, que montaba guardia en la entrada de la gruta, los despidió con un bofetón a cada uno y la amenaza de cortarles la garganta si se les iba la lengua. Dentro, Quixilo acabó con lo suyo, se retiró restregándose los labios con su única mano y entró en acción Dacolina, de dedos hábiles y voz sugerente, capaz de revitalizar al rey con sus caricias y dejarlo listo para el plato final: María Narbona, con los dulces y grandes pechos que justificaban su apodo. Con ella el rey García se recreaba, también porque se había desgastado previamente con la manca y ahora, tras recuperar fuerzas pero con el ansia domada, podía tomarse su tiempo. Le gustaba poner a María Narbona de cara a la pared de la cueva, pegar el pecho contra su espalda y penetrarla despacio, aunque muy a fondo, mientras le agarraba los pechos y los apretaba con ambas manos, o recogía su cabellera y tiraba hacia atrás para obligarla a arquearse. Ella, apoyada en la roca, gritaba como si la atravesaran, exagerando cuanto podía y estremeciéndose como si la empalaran con el poste de una cerca, y aseguraba entre jadeos que el rey la estaba matando de gusto. García sabía que no era cierto, pero le agradecía el gesto y la jalaba un poco más fuerte de la melena.

Cuando acabó la faena, García pagó muy generosamente a las tres prostitutas y les ordenó ir a dar un paseo, a lo que accedieron

gustosas porque, con semejante negocio, no iban a necesitar más clientes en toda la tarde. Mientras ellas se vestían, el rey se sirvió vino y se dejó caer en la cama, sobre las mantas revueltas y el rastro húmedo de la lujuria.

—¡Diego, entra!

—Voy.

Matalobos apartaba la gruesa tela para permitir que las tres rameras abandonaran la cueva. Se habían echado por encima sus mantos a medio remendar y aún sudaban, así que empezaron a temblar. Cuando bajaron de Malpica hacia las casas de Nájera, caían la noche y la temperatura. El rey señaló la jarra.

—Sírvete un poco, Diego, que no quiero beber solo. Y a ver si me echas una mano de vez en cuando. Aquí había hembras de sobra y lo tienes pagado, ya lo sabes.

Matalobos se sirvió vino, luego se acercó a las brasas con el cuenco en la mano.

—No me gustan las rameras, mi rey, te lo he dicho muchas veces. ¿Has jodido con las tres?

—Podría decirse. A lo mejor vengo mañana otra vez. Ya me conoces: no me dejo cazar con las tentaciones si puedo cazarlas yo a ellas. Dice Dacolina que Cornelio ha comprado una nueva en Toledo, una jovencita muy rubia y muy descarada. Debería descansar, ya lo sé. Pero desde que conocí a mi cuñada Ermesinda, estoy que no me aguanto. Qué ganas de encamarme con su gemela. Uf, si la vieras…

—No sé a qué esperas, la verdad.

—Pues espero a que mi cuñada muestre su verdadera cara al bastardo. ¿O crees que las mujeres no son como nosotros? ¿Has oído cómo grita María Tetona cuando se la meto hasta el fondo? Más falsa que un dinar de madera, pero sabe que me gusta. Pues eso. Yo vi en mi casa lo que es una mujer que se desmanda, Diego. A veces pienso que a mi padre no lo mató una enfermedad del demonio, sino los disgustos que le daba mi madre. Ah, menos mal que me he librado de ella, que la aguanten las monjas. No quiero una esposa así. En fin, no te he hecho pasar para hablar de eso, sino de mi hermano Fernando.

—Pues tú dirás, mi rey.

García, que empezaba a enfriarse tras el ardor triple de la tarde, se levantó para acercarse al fuego y a Diego Matalobos. Así, además, pudo bajar la voz.

—La Princesita, que tan bien te quiere, se ha entrevistado con su hermano en León. Bermudo le ha dado su última palabra para ofrecérsela a Fernando: o se somete o tendrá guerra. Fernando me ha desvelado ahora que hubo un primer ataque: hace unos meses, Bermudo entró con gente suya en el condado de Castilla y le mataron a un hombre de armas.

—¿Solo uno? Valiente ataque.

—Un aviso. Así sabemos que Bermudo va en serio.

Matalobos removió el cuenco, como si observara sangre en lugar de vino.

—Haré lo que me mandes, como siempre. Pero sabes que no guardo simpatía hacia tu hermano Fernando, y mucho menos hacia la Princesita. Algo tendría que ver tu madre, sí, pero seguro que fueron ellos quienes averiguaron que Íñigo se escondía en Grañón.

—Tú y yo sabemos quién mató a tu hermano. Fernando no tiene nada que ver. Y a saber quién averiguó lo de Grañón. ¿Mi madre? Puede, sí. La veo capaz. Mi hermano Fernando no.

—Pero la Princesita sí. Entre ella y tu madre arrancaron el juramento al bastardo.

—Pues atiende, Diego, porque esto puede compensaros de largo a los Vélaz que quedáis. He prohibido a Fernando que vaya a León y se arrodille ante Bermudo. Fernando es y será siempre mi vasallo. Solo mío. Puede que mi madre le diera a él el condado, pero soy yo, ¡yo!, quien reina desde Castilla hasta la Ribagorza. Si todo sale según planeo, tú serás uno de los que más se beneficie.

—¿Yo, mi rey?

—Tú. ¿No es eso lo que os ha movido siempre a los Vélaz? Recuperar la posición que perdió vuestro linaje. Pues ahora hay una oportunidad, no ya de recuperar aquello, sino de ganar más aún. Mucho más de lo que pudieron soñar vuestros abuelos. Esta vez ni mi madre podrá negarse. Pero has de servirme bien.

Diego Matalobos gruñó un asentimiento. ¿Debía confesarle a García que él supo en todo momento dónde se escondía Íñigo? ¿Y que el propio alférez leonés, Nepociano Osóriz, les servía de enlace a ellos dos y al hermano mayor, Rodrigo? No. Mejor no darle al rey razones para desconfiar, y fijar en su mente el objetivo que siempre lo había guiado. El que estaba por encima de todo.

—Siempre te he servido bien, mi rey, y volveré a hacerlo si vamos a la guerra.

—Vamos a la guerra. Bermudo de León es un necio. Ni siquiera tiene un heredero y pretende luchar por una simple ceremonia de vasallaje. Supongo que se deja aconsejar por resentidos o por gente demasiado ansiosa. Pero es cierto que Castilla sola no puede enfrentarse a Bermudo y a sus nobles asturianos, gallegos, portugueses…, así que ayudaremos a Fernando. Tengo ya a gente recorriendo el camino desde León, vigilando las fronteras. En cuanto sepa que Bermudo concentra tropas en cualquier lugar, nos prepararemos. También llamaré a Ramiro para que acuda con su gente. Pero todo será en el último momento, no quiero que nadie sepa lo que planeo, ni qué responderemos a Bermudo, ni cuántos seremos. Que eso te quede claro.

—Claro está. Me vas a poner en batalla, con mi hacha en la mano, cerca del bastardo que acabó con mi hermano.

—Así será. —García acercó su cuenco al de Matalobos—. En la guerra se ganan y se pierden reinos. En la guerra se mata y se muere.

Diego Vélaz entrechocó su cuenco con el del rey de Pamplona.

—Se mata y se muere.

†

UN MES MÁS TARDE. INVIERNO DE 1037

Ramiro corría contra una lluvia de flechas. Con el escudo arriba, un par de jabalinas en la diestra. Encogía la cabeza entre los

hombros cada vez que uno de aquellos dardos siseaba cerca, y cuando se clavaba en el tronco de un pino el asta se quedaba vibrando.

Cada vez costaba más avanzar, y la cosa se puso peor cuando empezaron a volar piedras. Él se había reservado la pendiente oriental, un barranco difícil y empinado, de desnivel irregular y plagado de rocas entre las que crecían pinos de tronco retorcido. Unos pocos musulmanes de los que defendían Áger habían salido de la fortaleza para apostarse en la cumbre y hacerse fuertes allí, para mantenerlo a raya con arcos y a pedradas. Pero Ramiro debía cumplir con su maniobra de distracción. En ese momento, las fuerzas de Urgel, infantería y caballería, estarían acercándose al castillo desde el oeste y el norte, por las pendientes más ligeras y desarboladas que llegaban hasta el pie de las murallas. El lugar lógico para intentar un asalto.

Ramiro se detuvo tras un árbol y aprovechó para descansar el brazo. Hacía frío aquella mañana, el vaho delataba las posiciones, lo mismo que los jadeos por la fatiga. Sus hombres subían muy dispersos, turnándose en cortas carreras cuesta arriba, entre parapeto y parapeto. Desembarazados de pieles y lorigas, armados a la ligera, al estilo de la montaña. De momento solo uno había quedado muerto, y otro se había retirado con un flechazo en el muslo. Ramiro asomó la cabeza un momento. No quedaba mucho para llegar arriba, pero era un tramo de roca viva, mucho arbusto y pocos árboles. Distinguía bien a los arqueros sarracenos de la cúspide, rodilla en tierra y medio ocultos por el ramaje. Los oía llamarse en su lengua, marcarse blancos, pedir más flechas. Se movían de cuando en cuando, buscando ángulo para disparar. Ramiro tomó aire profundamente. Una, dos, tres veces. La sangre golpeaba en sus sienes como campanas llamando a misa. Pensó en Munia. La vio montada en su yegua, mirándolo por última vez antes de arrancar para alejarse de Jaca. ¿Y Ermesinda? ¿Dónde quedaba el recuerdo de su esposa? Una nueva flecha se hundió en el tronco que lo protegía, oyó cómo vibraba un momento antes de detenerse. Volvió a inspeccionar a su hueste. Para aquella campaña había prescindido de su eitán, y también de los demás nobles y sus

mesnadas. Se había traído de Aragón a los montañeses con los que tantas veces había cruzado la frontera, porque estimaba que de nada servían allí jinetes a caballo, con lanza y espada. Lo decidió en cuanto, pasado el día de Navidad, Arnau Mir de Tost le describió Ager en su carta para pedirle ayuda. A Ramiro le sobraron voluntarios para ganar botín, e incluso el viejo Gavilán había pedido unirse a la expedición. «Un último servicio», había dicho. Ahora el veterano se refugiaba a poca distancia, jadeante, las mejillas con el color subido. Un par de toses y notó que su señor lo miraba, señaló arriba.

—Queda lo peor, es al descubierto y nos harán media escabechina. Eso sí: de esta les caemos encima.

Ramiro asintió. Siempre había admirado a aquel viejo, dispuesto a jugarse la vida si había posibilidad de rebanarle la garganta a un infiel. Aun así no comprendía que se hubiera unido a aquella locura.

—Igual deberías quedarte ahí, Gavilán. El resto es cosa nuestra. Faena de jóvenes. Tienes tu parte ganada de sobra, eso lo sabes.

El veterano dejó ver aquellos dientes grises al sonreír.

—Claro, mi señor. —Y desenfundó su puñal—. Tú tranquilo, que de aquí no me muevo.

—Bien. ¿Vamos ya los demás?

Gavilán alzó la mano libre, pidiendo calma.

—Un momento, oigo algo.

Ramiro también guardó silencio. Un griterío creciente llegaba desde la distancia, aunque era imposible distinguir el origen.

—Será Arnau desde poniente, seguro. Es el momento. ¿Vamos ya?

Notaron inquietud arriba. Los sarracenos comentaban el asunto. Ese fue el momento en el que Gavilán lo vio más claro.

—¡Ahora!

Ramiro no se lo pensó. Confiaba lo suficiente en el criterio de aquel viejo, así que abandonó su abrigo y trepó cuesta arriba, ayudándose de las jabalinas y con el escudo en lo alto. Los arqueros infieles tardaron un poco en reaccionar, pero la andanada llegó. Una flecha se clavó justo delante de Ramiro, su asta se enterró hasta la mitad en la tierra. La quebró al pisarla y siguió adelante. Más zumbidos letales, puntas metálicas rebotando sobre madera y roca,

un par de gritos detrás, los moros de arriba gritándose para turnarse al disparar, o pidiendo más proyectiles. Ramiro retiró el escudo un instante, lo justo para ver. Paso lateral, la maniobra para clavar una jabalina en tierra y disponerse para usar la otra jabalina, brazo atrás y lanzamiento. Los guerreros aragoneses subían por todo el barranco, una trepada agónica. Uno de ellos cayó, el cuello atravesado por una flecha, había que llegar cuanto antes, cada suspiro amenazaba con ser el último.

—¡Arriba! —gritó. Como si fuera necesario. Rodilla en tierra, el escudo por delante. Recuperó la segunda jabalina, miró atrás, al fondo del barranco. Allí aguardaban los hombres de las escalas. Les hizo una seña y empezaron a subir, de dos en dos, sin tenerlas todas consigo. Ahora había que terminar aquel asalto, asegurar la altura. Al otro lado del monte, el ataque de Arnau debían de estar en lo más salvaje.

Un último esfuerzo y eso: a por ellos. Silbidos por los lados, por encima de él, una flecha clavada en su escudo, la punta asomando por el reverso. Manchas oscuras se movían por todas partes monte arriba, gemidos de esfuerzo, el mundo disuelto en la nada, ralentizado y al mismo tiempo veloz como el granizo que cae, voces enemigas justo delante. Ramiro afirmó los pies, atrás la diestra, la muerte rondando, fuera el escudo, los ojos del enemigo delante, el terror y la súplica en ellos, corrección en el último suspiro y lanzamiento. El sarraceno estaba tensando cuerda, pero la punta de la jabalina le entró por la boca y asomó por el cogote. La flecha, ahora libre, voló a dos pulgadas de Ramiro. Más aragoneses culminaban su escalada, los moros en fuga.

—¡Huyen!

Ramiro llegó a lo alto del barranco. Una docena de sarracenos corrían hacia la poterna de poniente, soltando arco y flechas y colándose entre las casas adosadas a la muralla. Sus hombres alcanzaron la cima, uno tras otro, algunos corrieron para tratar de alcanzar a los moros antes de que se refugiaran, pero era imposible. Demasiada fatiga.

—¡Alto! —Ramiro, el escudo alto por si acaso, repasó el panorama. Las casas bajas con sus corrales, sembradas caóticamente desde el

borde del barranco hasta el castillo. Y para proteger este, el muro de tapial a la altura de tres hombres, sin torres de defensa. El adarve vacío. En los huertos que llenaban el espacio desde las construcciones hasta el margen, cinco moros muertos y dos heridos. Sonrió con media boca. En cuanto las escalas llegaran arriba, sería fácil negocio—. ¡Tomad aire, poneos a cubierto! ¡Atentos a esas casas, podrían emboscarnos! ¿Tenemos heridos?

Los montañeses se ayudaban unos a otros mientras vigilaban recelosos la muralla de Áger. En la cuesta quedaban cadáveres, seis o siete lo menos, y también cuerpos que aún se movían.

—¡Gavilán ha caído! ¡Aquí, mi señor!

Ramiro corrió. Gavilán, el viejo guerrero, veterano de los años duros. Lo encontró a dos codos de la cima, boca arriba y con la vista fija en la nada. Dientes apretados para aguantar el sufrimiento. Tres flechas en el pecho. Respiración lenta. Se arrodilló junto a él.

—Gavilán… Te dije que no subieras.

—Qué le vamos a hacer. A tal vida, tal muerte.

Ramiro le cogió la mano. Sudorosa, áspera. El viejo lo miró a los ojos y el agarre de su mano se aflojó.

—Buen rey serás, me voy tranquilo. —Y alargó la última vocal en un mugido de dolor—. La puta que parió al que forjó los clavos de Cristo…

Y adiós. Al estilo de la montaña.

†

Rodrigo Vélaz dirigía la defensa desde lo alto de la muralla. El yelmo calado, el gran escudo a la espalda, colgado del tiracol, y una maza en la diestra. Recorría el adarve, comprobando las posiciones de los arqueros sarracenos. Estos disparaban a un ritmo frenético, malgastando flechas y cansándose a lo tonto. Gritó en la lengua de los infieles, que ya empezaba a dominar:

—¡Más despacio! ¡Asegurad el tiro!

Pero la mayor parte de ellos no lo oían, y los que lo hacían tenían demasiado miedo. Estos no eran los guerreros curtidos que habían atemorizado a los reinos y condados cristianos treinta años antes, bajo el dominio de los grandes califas y del demonio al-Mansur. Estos eran carpinteros, pastores y labriegos que habían tomado las armas para proteger a sus familias. Y en cuanto a las defensas del castillo, aquello era un desastre. Se había dejado que los lugareños edificaran casas apoyadas en la muralla, y los huertos menudeaban entre ellas y las callejas retorcidas. El único espacio libre ahí fuera era un llano ovalado frente a la puerta occidental. De ese claro a las arboledas, tierras de siembra y más alquerías aisladas. Allí, lejos del alcance de las flechas, estaba plantada la caballería cristiana, a la espera y con las lanzas en vertical. Rodrigo observó aquella mesnada bien crecida, que triplicaba a la suya. Gente de Urgel, seguramente bajo el mando de Arnau Mir de Tost, el tipo que conquistaba una plaza tras otra sin apenas oposición.

Abajo, entre las casas y al pie de la muralla, la infantería cristiana se había hecho fuerte en varios puntos y pugnaban por enderezar las escalas. Y lo peor era que había empezado un segundo asalto por el norte, y los arqueros de Áger no eran suficientes. Rodrigo localizó una escala que por fin se apoyaba en un merlón, y corrió hacia allí, apartando a los infieles a empujones. Llegó justo cuando el primer cristiano pretendía coronar la trepada, y le soltó un mazazo que le hundió el casco sobre la cabeza. El cadáver cayó a plomo, rebotando desde los travesaños de madera, y quedó desmadejado sobre las tejas de la casucha más cercana. Luego Rodrigo empujó hasta hacer que la escala cayera. Pero a su izquierda, a lo largo del muro oeste, otras dos llegaban ya a su objetivo, y guerreros cristianos trepaban con los escudos en lo alto.

—¡Mi señor, mi señor! —Un arquero venía a la carrera, con la aljaba vacía y sin arco, la cara desencajada. Se expresó en aquella jerga fronteriza que mezclaba el romance y el árabe andalusí—. Los del barranco han cedido. Nos van a copar por levante. ¿Tus órdenes?

Negó con la cabeza, chasqueó la lengua. Ya sabía que iba a ocurrir algo así. Señaló un puesto en las almenas.

—Busca flechas y defiende la muralla allí. —Le dio un manotazo en el hombro—. ¡Sé hombre!

Y bajó al patio abierto frente a la puerta occidental. El torreón estaba ya vacío, los enseres amontonados en carros y sobre mulas. Los pobladores de Áger, acogidos al castillo, se agrupaban en un rincón. Viejos, mujeres y críos, porque Rodrigo Vélaz había puesto a combatir a todo hombre de doce a sesenta años. La hueste ya formada, con sus veinticinco hombres de a pie y una decena a caballo, todos sarracenos, más los pocos cristianos renegados que quedaban a sueldo, jinetes a órdenes de Rodrigo. Entre ellos también montaba Lubb, uno de los hijos de Sulaymán ibn Hud. Rodrigo se dirigió a él:

—Tenemos pocos arqueros para tanta gente como viene. La muralla oriental está cayendo en este momento, es posible que el enemigo ya esté dentro de Áger. Por el norte y el oeste no falta mucho para que nos copen. Hay que irse. Dejamos aquí el bagaje, nos estorbaría para salir.

Lubb, en lo alto de su caballo, lo miraba como si no entendiera. Era joven, algo rechoncho, y aunque quería dejarse barba, le salía muy poca y rizada. Llevaba años recluido junto a sus hermanos en su alojamiento dorado de Zaragoza, primero como rehén del emir al-Muzzafar, luego de su hijo Mundhir. Una garantía para que su padre Sulaymán cumpliera fielmente como guardián del distrito de Lérida. Y ahora que le habían permitido viajar al norte, era para caer en el más vergonzoso de los ridículos.

—No puedo entregar Áger. El emir Mundhir accedió a que viniera para defenderla, y mi padre puso su confianza en mí.

—Tu padre no confía en ti, necio. Por eso me mandó a tu lado para protegerte y evitar que Arnau Mir de Tost te capture. Despierta, chico: el emir de Zaragoza dejó que vinieras para que tu padre contara con un poderoso acicate. Para que se esforzara en conservar Áger. Misión imposible, por cierto.

—¡No! Tú eres cristiano. Y aunque hables mi lengua, tu boca no escupe más que mentiras. Haremos una salida. Una espolonada. Yo iré primero y tú…

—¡Silencio! ¿Una espolonada! Eres un crío, no me dejaré matar por tus tonterías. Harás lo que yo te diga. ¡Mi caballo!

—Pero… —Lubb movió la cabeza hacia los aldeanos que los observaban—. ¿Y esta gente?

—Mala suerte. ¿Quieres correrla tú también? ¡He pedido mi caballo!

Lubb no se atrevió a insistir. Le daba demasiado miedo aquel cristiano de frente estrecha, ojos hundidos, pelo pajizo y corto como cerdas de jabalí; de espalda cuadrada y hombros anchos, siempre con aquella maza cerca y una cota de placas sucia como un estercolero. Vio cómo le acercaban por las riendas un caballo de batalla, y Rodrigo Vélaz lo montó casi de un salto. Rechazó la lanza. Lubb miró alrededor, a las últimas familias de la villa, las pocas que no habían huido desde dos años antes, cuando las conquistas de Arnau Mir de Tost indicaron que Áger era su objetivo principal. Ahora quedarían desamparadas. Un par de viejos empuñaban lanzas con punta de madera, y ordenaban a sus hijas y esposas que se encerraran en la torre con los críos. Rodrigo sabía que eso sería inútil, que se rendirían en cuanto Arnau Mir de Tost y los suyos entraran en el castillo. En lo alto de la muralla arreciaron los avisos de alarma. Los primeros cristianos habían llegado arriba y luchaban por dominar el adarve. Rodrigo Vélaz hizo que su montura caracoleara y se acercó al hijo del *walí*.

—Lubb, a mi lado. Escudo arriba, cabeza gacha. Saldremos en dos haces. Una para romper sus filas, otra para ponerte a salvo. No te quedes a luchar o te las tendrás que arreglar solo. Si no me obedeces, a tu padre le diré la verdad: que fuiste un mentecato. Di a tus hombres que abran las puertas. Tus jinetes saldrán los primeros.

—¿Mis hombres?

—¡Sí, tus hombres!

Lubb respingó en la montura. Dio las órdenes, y un par de servidores abrieron de par en par las dos puertas occidentales. Al otro lado había cristianos de Arnau Mir de Tost, que de repente vieron el camino franco. Se precipitaron dentro de Áger a la carrera y berreando, pero tuvieron que echarse a los lados cuando los diez jinetes sarracenos salieron en rápida cabalgada. Rodrigo Vélaz

esperó un poco mientras repartía órdenes a los suyos. Nada de luchar, les dijo. Aquello era una salida para escapar, y el que se quedara atrás se las valdría solo. Algunos urgelenses se descolgaban ya desde el adarve, se escucharon gritos por las callejas. Rodrigo se fijó en que al patio desembocaban más enemigos desde el este. Vestidos con túnicas pardas, abarcas enlazadas a las pantorrillas, con escudos pequeños y jabalinas. Le pareció reconocer al que los precedía. ¿No era aquel el bastardo del difunto Sancho de Pamplona? Los villanos, viendo que nada podía hacerse, arrojaron las lanzas y se arrodillaron para pedir clemencia.

—¿Salimos ya? —preguntó Lubb, a punto de echarse a llorar.

Rodrigo Vélaz levantó su maza y dio la orden.

La hueste renegada de Rodrigo Vélaz cabalgó hacia la salida justo cuando los aragoneses lanzaban una andanada de jabalinas que no causó baja alguna. Los caballos barrieron a un par de hombres de Urgel que corrían imprudentemente hacia ellos, otros se lanzaron a tierra para evitar que los atropellara aquella mesnada a la fuga. Al salir del castillo se vio que la infantería estaba apelotonada contra la muralla y las casas, esperando su turno para entrar por la puerta o para trepar por las cuatro escalas apoyadas en el muro oriental. Un poco más allá, la caballería de Urgel había frenado a la de Lubb, y todos los jinetes musulmanes yacían derribados. Rodrigo Vélaz blandió la maza y picó espuelas. Enfrente, Arnau Mir de Tost ordenó a sus caballeros rehacer la línea, aunque no les dio tiempo. Pese a todo amagaron una carga a media carrera.

Lubb obedecía al pie de la letra a Rodrigo Vélaz. Había subido su escudo y escondía la cabeza detrás, sin preocuparse de lo que tenía delante. Clavaba los talones en los ijares de su caballo, sofocaba sus gemidos de pánico, cabalgando entre los jinetes cristianos. Pero de pronto se vio sacudido por un choque brutal que le cortó el aire, su escudo quedó desportillado y él salió despedido. Un pie se le quedó enganchado al estribo, y eso lo salvó. Cayó a un lado de su caballo, rebotó en tierra y rodó. A su alrededor crecieron los relinchos y los gritos de guerra. Oyó cascos que pisaban junto a su cabeza, impactos metálicos. Gateó con los ojos cerrados, sin saber que más caballos caían arrollados, sus jinetes morían atravesados por las

lanzas urgelitanas. Entonces notó que alguien lo agarraba por el cuello de su cota, justo en la nuca, y lo levantaba del suelo. Se agarró como pudo y, en la grupa de un caballo desconocido, se alejó a toda velocidad.

Cuando abrió los ojos, vio que era Rodrigo Vélaz quien lo había rescatado de la matanza. Se encaramó como pudo, sujeto a su cintura. El alavés gruñó:

—Has estado a punto de quedarte. Estúpido crío…

Lubb se fijó en que Rodrigo ya no tenía su maza, y que lo rodeaban seis más, todos de su hueste mercenaria. Supuso que los demás habían muerto en la escaramuza. Miró atrás, pero ya ni siquiera se veían las murallas, ni los huertos ni las casas. Descendían la ladera esquivando los árboles para huir de Ager. La principal fortaleza de la frontera, perdida para la taifa de Zaragoza. Su padre iba a enojarse mucho.

†

27. Nubes de tormenta

†

SEIS MESES MÁS TARDE, VERANO DE 1037. ÁGER

Con la conquista de Áger, Arnau Mir de Tost se adueñaba de la frontera y abría el camino para atacar Balaguer y la propia Lérida. El conde de Urgel lo felicitó por su hazaña, le encomendó la tenencia de la plaza y le mandó que dirigiera la defensa de la nueva marca creada a costa de la taifa zaragozana. Arnau y Arsenda decidieron que se trasladarían desde Llordá para residir en Áger y administrar las nuevas tierras.

Nada más conocerse la conquista de Áger, una ristra de labriegos del Pallars y de Urgel habían viajado para instalarse en la nueva villa de frontera y en las tierras circundantes, bajo promesa de que pronto se les concederían franquicias. Unos pocos musulmanes decidieron quedarse, y al lugar afluyeron desde el sur cristianos mozárabes que empezaban a confiar en que los avances norteños no se perderían. Arnau y Arsenda se enfrentaron a la tarea de repartir responsabilidades y planificar nuevas iglesias. Y de completar la conquista de las pequeñas plazas circundantes.

Ramiro licenció a su tropa montañesa, que regresó a Aragón con un crecido botín y tras enterrar a sus muertos, Gavilán entre ellos.

Pero él permaneció en Ager hasta el verano, solo con Fosco, como huésped de Arnau y Arsenda. Junto a él recorría la contornada para asegurarla, aunque no hubiera ni un encontronazo con fuerzas enemigas. El *walí* Ibn Hud parecía darse por vencido y renunciaba al valle de Ager. Con Arsenda solía jugar una partida todas las tardes, y todas las tardes era derrotado. Escribía cartas a su esposa. Más bien cortas, frías. Me encuentro bien, espero que tú también lo estés. Reza por mí, yo haré lo mismo. Ermesinda le contestaba en largas misivas y le explicaba que, para entretenerse, tejía mucho, iba a misa y se ocupaba de embellecer el palacio jacetano. Supuso Ramiro que ella no había quedado preñada de aquella su primera noche juntos, la única hasta el momento; pero solo lo supuso porque ella no lo dijo en ningún momento. Para asegurarse se lo preguntó por carta a su madre, que se lo confirmó: nada de embarazos por el momento. También escribía a su eitán. Supo que el obispo Mancio había muerto, y encargó que le ofrecieran candidatos para sustituirle en la sede aragonesa. El más apropiado era un joven clérigo, tocayo del rey García, muy comprometido con el rito romano y con el proyecto de una nueva y gran iglesia en Jaca. También estuvo al tanto Ramiro de que las obras en Loarre y Abizanda avanzaban a buen ritmo, y que no había peligro en la frontera. Aquello se achacaba a las derrotas sufridas por Ibn Hud en la parte de Lérida. Con el tiempo, sería Arnau Mir de Tost quien debería acudir a Aragón para colaborar con Ramiro en ganar tierra a los infieles.

—Tal vez Ibn Hud se da por vencido —aventuró Ramiro un día de mucho calor, mientras, asomado a una de las ventanas de la torre, observaba cómo los nuevos pobladores trabajaban en las tierras circundantes—. No ha intentado retomar nada de lo perdido. Es posible que Rodrigo Vélaz se haya marchado a quién sabe dónde.

Arsenda, que se había traído su ajedrez desde Llordá, planeaba su siguiente jugada para vencer una vez más a Ramiro.

—O tal vez Ibn Hud tiene otros planes.

Arnau levantó la vista de la carta de donación que escribía en ese momento. Arsenda y él habían prometido donar al monasterio de Cuixá varias huertas de Ager y ahora, con la plaza ya conquistada, había que confirmarlo.

—¿Barruntas algo?

—Nada claro —dijo Arsenda, que acercaba la mano a uno de los trebejos—. Está todo turbio, las nubes negras siguen acercándose desde el oeste. Se amontonan, hace tiempo que amenaza tormenta.

Ramiro dejó de mirar los huertos y levantó la vista.

—Mi señora, el cielo está despejado una vez más. Nada de tormenta.

Arsenda sonrió triunfante. Deslizó su trebejo por fin.

—Dos movimientos más y un rey habrá muerto.

—Ganas tú, como siempre.

—Esta vez es diferente.

Los dos hombres anduvieron hasta la mesa y observaron la jugada. El rey enemigo no tenía escapatoria, lo único que podía hacer era retroceder para retrasar el momento fatal, pero la suerte estaba echada. Ramiro estiró la mano y tumbó la figura sobre el tablero para aceptar la derrota. Arnau, sin embargo, sospechaba que había algo más.

—¿Ahora hablas de ajedrez, mujer, o de lo que ha de suceder?

—Ya os digo que no hay nada claro, es más una sensación. Como asomarte a un precipicio con los ojos vendados. Notas el viento en tu cara y el vacío a tus pies. Un nudo que se forma en el estómago, el vértigo de después…

Los dos hombres se miraron. Ramiro tomó el rey derrotado y lo hizo girar entre sus dedos.

—Dos movimientos más y un rey habrá muerto. Eso has dicho. ¿Se trata del emir de Zaragoza, mi señora? Es muy joven, tiene vida por delante.

—Como todos los jóvenes que murieron antes de hora. Pero ya os digo que no veo más que nubes negras. Tú, Ramiro, deberías aprovechar que el cielo está aún claro. Regresa a tu hogar. ¿O acaso estás retrasando tu marcha?

Se lo preguntaba todos los días a pesar de conocer la respuesta. Ramiro le había explicado a Arsenda que se había acostado una sola vez con Ermesinda. Que después, durante las semanas siguientes a su boda, se había ausentado con frecuencia de Jaca para visitar estas o aquellas obras de fortificación, o donar rentas a uno u otro

monasterio, o instruir a sus tenentes sobre la forma de guarnecer la frontera, o recabar noticias de los señores sobrarbenses y del obispo de Ribagorza en nombre de su hermano Gonzalo. Y en los pocos días que había pasado en el palacio de Jaca, no se atrevió a mirar a Ermesinda a los ojos, ni a responder a sus preguntas. Evitaba compartir con ella incluso la comida; se excusaba siempre para retirarse pronto, aprovechando que dormían en cámaras separadas, e inventaba excusas cuando ella lo invitaba a visitarla o pedía permiso para meterse en su aposento. Y que por eso había partido hacia Urgel en cuanto tuvo oportunidad. Arsenda asentía y, pese a todo, se lo repetía.

—Algún día tendrás que regresar. Aunque creo que te entiendo.

Cuando se acercaba el atardecer, Ramiro se asomaba a aquella ventana de la torre que daba a occidente y observaba la distancia hasta que el sol tocaba las montañas, los pastores regresaban para guardar los rebaños y los críos jugaban entre los huertos. Arnau le preguntaba si no deseaba volver ya, puesto que su esposa lo esperaba en Jaca. Y entonces Arsenda intervenía para decir que no había prisa.

Pasaron dos meses más. Una de esas tardes, Arnau Mir de Tost salió para explorar las inmediaciones. Quería construir una serie de torres para destacar centinelas y dar aviso temprano en caso de que Ibn Hud enviara tropas a algarear por Áger. El sol acababa de desaparecer, y Ramiro se apartó de la ventana para descubrir que Arsenda estaba allí, sentada en el escabel en el que solía jugar al ajedrez. Pero esta vez sostenía su famoso espejo ante el rostro y se peinaba despacio, estirando cada pasada hasta el extremo de su melena rojiza.

—Sé a quién buscas a lo lejos.

—¿La ves en el espejo, mi señora?

—No hace falta. Deberías estar en Aragón hace tiempo y sigues aquí.

—Eres muy lista. ¿Deseas que me vaya?

—Claro que no. Pero sabes que este no es tu sitio.

—¿Y siguen ahí las nubes de tormenta?

Ella movió el espejo hacia la ventana.

—Aquí siguen.

Ramiro se volvió. Cielo despejado mientras caía la tarde. Sonrió. Sabía que si se asomaba a aquel espejo, lo único que vería sería su propio rostro.

—No sé dónde está Munia.

—Sí lo sabes —repuso ella—. Sabes dónde encontrarla, pero no te atreves a buscarla.

—Dime, mi señora, ¿es verdad que un rey morirá?

—Todos los reyes morirán. Incluso tú.

Ramiro entornó los ojos.

—Yo no soy rey.

Ella bajó el espejo y el cepillo, y lo miró a los ojos.

—Ya te dije, Ramiro, que hay distintas formas de ver y de no ver. Que en ocasiones ves lo que quieres y en otras ves lo que temes; o prefieres no mirar.

—Eso pasa cuando uno tiene mucho miedo, mi señora. También lo dijiste.

—Dime, Ramiro: ¿tienes miedo de ser rey?

—Creo que no. Nunca me lo he preguntado. Pero da igual: no lo soy.

Arsenda le tendió el espejo.

—Mírate, Ramiro.

Lo tomó. El mango era suave, nada pesado. El reverso brillante, el cristal muy bien pulido. Lo sostuvo a la altura de la cara, se vio reflejado.

—Soy yo. No hay más.

—No hace falta más, Ramiro. ¿Sabes dónde reside el poder de un rey?

—No lo sé. En la sangre, supongo.

—Podría ser. Tu hermano García es rey porque lleva la sangre de su padre.

—Así es, mi señora.

—Sangre de rey. Sangre que también corre por tus venas.

Ramiro negó.

—Soy hijo del rey Sancho, pero no se trata solo de eso. García es rey por derecho propio. Voluntad de Dios.

—Ah. ¿Tú conoces la voluntad de Dios?

—A veces Dios nos deja conocerla, sí. Como cuando vencí en aquel combate judicial contra García. Si estoy vivo, es por voluntad de Dios.

—Parece fácil, desde luego. —Arsenda pidió el espejo con un gesto. Ramiro se lo entregó, ella lo dejó sobre la mesa—. ¿Y si descubrieras que Dios no tuvo nada que ver en aquel combate judicial?

—Eso no tiene sentido, mi señora. Todo ocurre por voluntad de Dios. —Ramiro apuntó su índice hacia el espejo de Arsenda—. Sin duda es él quien te muestra el futuro cuando lo ves ahí, igual que decide quién ha de reinar y quién no.

—No se lo digas a nadie, Ramiro, pero creo que al poder de los reyes le ocurre como al futuro que yo veo en ese espejo. La gente piensa que hay algo más que mi propio reflejo, pero no lo hay, ¿entiendes?

—No estoy seguro. Tiene que haber algo más.

—Ramiro, te lo repito: no hace falta más. Mañana partirás hacia el oeste, la tormenta está ya muy cerca y no puedes retrasar tu destino, ni el destino de los que te rodean, de los que te aman y los que te odian.

†

AL MISMO TIEMPO. ZARAGOZA

La fractura del califato tras la Fitna, por extraño que pareciera, había dado lustre a Zaragoza.

El antiguo y poderoso reino Omeya lo había concitado todo en Córdoba: lo bueno y lo malo. Ahora, cada taifa se empeñaba en superar a las demás en poder, en esplendor, en riqueza. Cada uno de aquellos emires musulmanes —el de Sevilla, el de Badajoz, el de Valencia, el de Toledo…— competía por convertir su corte en una

réplica de la Córdoba luminosa, el sueño perdido antes de la división.

Desde dos décadas antes, Zaragoza se había convertido en lugar privilegiado. Hasta allí acudían desde las demás taifas lo más granado de cada ciudad. Poetas, médicos, astrólogos, filósofos, teólogos… Alejados del peligroso norte, donde Ibn Hud cumplía como escudo del reino, los emires de la primera dinastía taifal, los tuyibíes, se habían vuelto engreídos. Cada uno más que el anterior. Y el tercero de ellos, el joven Mundhir, llegaba a extremos ridículos.

Mundhir habitaba la Zuda en un rincón de la ciudad amurallada, muy cerca del Ebro, un edificio no muy grande pero dotado de un inmenso jardín y un muro de sillares, y rematado por un torreón alto y sólido. Se decía que soñaba con construirse extramuros un palacio que emulara el de los califas cordobeses, y pasaba día y noche embebido en los proyectos que le presentaban sus alarifes, sin decidirse por ninguno. Mientras tanto, el gobierno corría a cargo de una asamblea de notables, algunos de ellos parientes del emir, que también recibían en su nombre a los embajadores extranjeros.

Anochecía sobre Zaragoza cuando, por fin, Rodrigo Vélaz recibió licencia para entrar al consejo privado del emir. Estaba cansado de esperar desde la mañana en la sala aneja decorada por azulejos azules y verdes, sentado en solitario en un largo banco corrido y mal atendido por un criado fofo y más alto que él, seguramente un eunuco, que no conocía su idioma y no entendía sus peticiones. Le había traído salchichas de cordero cuando le pidió agua, y jarabe de limón cuando le explicó que estaba hambriento. El tipo se puso a gritar cuando lo vio orinar contra un rincón, pero calló al recibir media bofetada. Los guardias con lanzas y largas capas blancas que vigilaban la puerta del consejo se percataron de ello, pero se limitaban a reír y a mirar en otra dirección. Hasta que por fin se hicieron cada uno a un lado y tiraron de los dos batientes de madera claveteada de plata. Rodrigo entendió que por fin lo recibían, así que entró. Sudado, con el corto pelo húmedo y los ojos enrojecidos por el calor sofocante.

El salón tenía una decoración recargada. Era una pieza rectangular, con altos y estrechos ventanales cerrados por rejilla;

alfombras del Magreb, Samarcanda y Almería ocultaban por entero el suelo. La mesa era larga, de una madera brillante y oscura, con patas recias. En la cabecera presidía un trono de respaldo alto y labrado con versículos árabes, pero vacío. A ambos lados se sentaban los visires, cadíes y consejeros del emir Mundhir. Seis en cada banda, en sillas repletas de cojines. Todos ellos superaban los cuarenta, y se les veía bien alimentados, con barbas largas y cuidadas. Un perfume denso y cambiante invadía el salón, y hacía que Rodrigo Vélaz arrugara la nariz. Ejecutó un inicio de reverencia que consistió en bajar media pulgada la cabeza. Juzgó aconsejable ocultar que se defendía en la lengua sarracena, así que habló en romance:

—Gracias por recibirme tan pronto, mis señores.

Solo uno de ellos sonrió. Se sentaba alejado de la puerta, a la derecha del sillón emiral. Era un tipo tan rechoncho como los otros, aunque la boca y los ojos diminutos hacían que su rostro pareciera una luna llena. Se puso en pie con cierta dificultad.

—Bienvenido, Rodrigo, hijo de Vela. La paz sea contigo. Soy Abd Allah ibn al-Hakam, cadí de Zaragoza y primo del emir. También soy el único aquí que habla tu lengua. —Señaló con ambas manos abiertas al hombre sentado frente a él—. Él es Yequtiel ben Yishaq, gran visir y encargado de los asuntos militares, que es por lo que estás aquí, según creo. —Extendió la mano hacia la otra silla vacía, en el extremo de la mesa más cercano a Rodrigo—. Toma asiento, te lo ruego.

El cristiano obedeció. Ibn al-Hakam también se sentó. Rodrigo repasó los rostros de aquellos burócratas, todos de gesto tan aburrido que él mismo sintió deseos de bostezar. El único que parecía mostrar interés era aquel gran visir de nombre judío, aparte del propio Ibn Hakam. El cristiano carraspeó antes de empezar.

—Mis señores, como bien sabéis, estoy aquí en nombre de Sulaymán ibn Hud, vuestro *walí* del distrito de Lérida y de Tudela, que os envía sus respetos. Mi intención era entregarle al emir un mensaje suyo. —Y mostró un rollo atado con cinta morada.

—El emir no asiste a los consejos, Rodrigo, hijo de Vela. Otros asuntos lo requieren. —Ibn al-Hakam se puso la mano en el pecho

—. Pero nosotros somos sus ojos, sus oídos y su voz. Y el gran visir Ben Yishaq cuenta con licencia para decidir al más alto nivel. ¿Conoces el contenido de esa carta?

—Lo conozco.

—Habla, pues. ¿Qué dice el buen Ibn Hud?

—Ibn Hud agradece al emir que no haya hecho llamar de nuevo al joven Lubb a su lado. Tiene mucho que aprender, y el norte es mejor para curtirse en batalla que este sitio tan… caluroso y tranquilo.

Ibn al-Hakam asintió con una sonrisa. Tradujo al árabe andalusí, y los demás consejeros sonrieron igualmente. Uno de ellos incluso farfulló alguna gracieta que hizo reír al resto. Ibn al-Hakam negó, como lamentándose de una travesura.

—Contamos en la Zuda con la agradable presencia de los demás hijos de Ibn Hud —dijo, y se plantó la mano en el pecho—, así que, con gran dolor de corazón, podremos sobrellevar la ausencia del joven Lubb.

Rodrigo también sonrió, satisfecho porque la traducción del orondo musulmán había sido fiel. Aquella era una forma de decirle que si se dudaba de la fidelidad de Ibn Hud, lo que sobraba en Zaragoza eran hijos suyos. Tanto para coaccionarlo como para usarlos como escudos o vengar cualquier deslealtad.

—Bien, he de daros una noticia. Abú Bakr Hisham, quien se tenía por último califa de Córdoba y que había buscado refugio en Lérida, ha muerto.

Ibn al-Hakam recibió la nueva sin inmutarse. Se lo pensó un momento y tradujo para el consejo. Los gestos variaron desde la pena hasta el alivio. Con Hisham, impreciso símbolo del pasado glorioso, terminaba el último rastro de la dinastía Omeya. Pero era como si aquello solo fuera un cuento en un viejo libro. Tiempos nuevos corrían ahora, y se volvía necesario olvidar los sueños del esplendor califal.

—Dios es grande —dijo Ibn al-Hakam, como si fuera el último martillazo en el último clavo del último ataúd. Y los demás consejeros lo corearon en un susurro desganado. *Allahú akhbar*—. Gracias por transmitirnos el lamentable suceso. Continúa, Rodrigo, hijo de Vela.

—Sí, continúo. Desde que Arnau Mir de Tost empezó a hostigar el distrito de Lérida, Ibn Hud ha pedido al emir Mundhir que le envíe tropas para defenderse. En vista de que no recibió refuerzos, se vio obligado a tomarme a su servicio con mi mesnada, pero bien conocéis que no fue suficiente a pesar de que luchamos con gran afán. Ibn Hud insistió y, en vista de que Zaragoza seguía sin aportar tropas, pidió que al menos le mandaseis su hijo pequeño, Lubb, para defender Áger, plaza principal en la frontera. Ibn Hud no se atrevería a reprochar nada al emir, pero desea recordarle todo esto para que se tenga en cuenta que fue leal e hizo cuanto estuvo en su mano.

Traducción de Ibn al-Hakam y contestación rutinaria del gran visir, que movió la mano en un ademán cansino, como si espantara una mosca que llevara todo el día volando en torno a su cabeza. Rodrigo observó que, a pesar de la indolencia de los demás consejeros, estos ponían gran atención en el mensaje cuando se nombraba a Ibn Hud. Y eso aunque conocían de sobra toda aquella historia de peticiones de auxilio sin responder. Ibn al-Hakam tradujo la respuesta del judío.

—Ben Yishaq agradece tu servicio, Rodrigo, hijo de Vela. Una vez más nos lamentamos por no haber enviado tropas al norte, y exoneramos a Ibn Hud de la pérdida de Áger y las demás plazas. Es nuestro mejor soldado, *walí* leal, un veterano de la época de al-Mansur al que respetamos. Hazle saber que Mundhir lo tiene en gran consideración.

Rodrigo inclinó la cabeza para observar al caíd Ibn al-Hakam con detenimiento. Se fijó también en que algo proyectaba su sombra sobre el consejo. Algo con alas negras y anchas, que aleteaba despacio y se posaba en los hombros, graznaba en silencio junto a sus oídos y congelaba sus corazones. Se notaba en la forma de mirar de aquellos musulmanes que habían engordado con la buena vida, lejos del hierro y de la sangre. Miedo. Ahora, por fin, podía confirmarlo. Miedo a Sulaymán ibn Hud.

—Así se lo haré saber a Ibn Hud —dijo—. Hay más: durante ocho meses tras la caída de Áger, hemos observado los movimientos de Arnau Mir de Tost y podemos deciros que el peligro no ha pasado. Ibn Hud, así pues, insiste: os ruega que le mandéis gente armada para guarnecer la nueva frontera. La propia Lérida corre peligro,

pues las tropas de Urgel se han vuelto audaces; además, nada evitaría que desde Barcelona o la Ribagorza, desde Sobrarbe o Aragón, entraran nuevas incursiones cristianas. Hemos sabido que Ramiro, el bastardo del difunto rey Sancho, ha ayudado a Arnau Mir de Tost en esta campaña criminal. Me gustaría recordaros una vez más, mis señores, que hemos sufrido muchas pérdidas en los últimos años, y que no hemos recibido reemplazos. Yo mismo he visto menguada mi hueste, que he dedicado a defender el distrito de Lérida contra ese puerco de Arnau Mir de Tost y el hermano bastardo del pamplonés García.

Ibn al-Hakam volvió a traducir. Mientras lo hacía, los consejeros comentaban entre sí por lo bajo. Rodrigo, que no oía con claridad los susurros, trató de interpretar los gestos.

—Sabemos lo de vuestras pérdidas, y también lo de las peticiones de tropas —empezó a responder Ibn Hakam—. Sería deseo del emir enviar un poderoso ejército a Lérida, dinero para reforzar los castillos y las murallas. Por desgracia, otros menesteres ocupan sus recursos. Has de saber el emir de Toledo ha vertido amenazas sobre Zaragoza. Mundhir y él son sobrino y tío, pero han surgido desavenencias por algunas villas de frontera.

Humo. Eso era lo que el consejo de visires le estaba vendiendo a Rodrigo Vélaz. Este lo dio ya por sentado: aquellos burócratas temían a Ibn Hud, y por eso no se atrevían a castigarlo por la pérdida de Áger y las otras plazas al norte del reino. Esa era también la razón de que no le enviaran tropas que reforzarían su posición y debilitarían Zaragoza. Y también por eso retenían a sus hijos como rehenes en la corte, y al mismo tiempo dejaban ir a uno de ellos. Tirar de la cuerda, mantenerla tensa, pero no tanto como para que se rompa. Dejar al peligroso Ibn Hud en Lérida, lo suficientemente lejos de Zaragoza como para no temer su reacción, y con las tropas justas para su propia guardia personal.

El gran visir judío metió baza. Su voz sonó firme, musical, al dirigirse a Ibn al-Hakam. Este le discutió su opinión con respeto, pero pronto intervinieron también los demás consejeros. Hablaban de diplomacia, de ganar tiempo y de escurrir el bulto soltando dinero. Vueltas y revueltas, argumentos retorcidos, falacias y dientes

apretados. Rodrigo detectó animadversión. Competencia por hacer que valiera cada opinión, burlas e índices que apuntaban demasiado cerca a la cara del otro. La típica pugna entre quienes están muy cerca del poder y, en su camino de ascenso, han dejado tras de sí multitud de cadáveres políticos. Se fue alzando la voz hasta que uno de los visires, sentado a mitad de mesa, golpeó con ambas manos sobre esta, empujó su silla hacia atrás y abandonó el salón con aspavientos y protestas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rodrigo.

—Oh, nada que haya de inquietarte —contestó Ibn al-Hakam—. Nuestro gran visir opina que Ibn Hud puede pedir una entrevista con ese cristiano, Arnau Mir de Tost, y proponerle una tregua, o quién sabe si una paz duradera. Lo mismo queremos exponer a Ermesinda, hija de Roger, que gobierna en Barcelona. Y pensamos en hacer lo propio con García y con el bastardo Ramiro, hijos de Sancho. Algunos de los consejeros no están de acuerdo con esta política, de ahí el… tranquilo intercambio de pareceres que has visto.

—Mis señores, no conocéis a mis hermanos de fe —dijo Rodrigo—. Si ven que tienen las de ganar, no acordarán tregua alguna con vosotros.

Ibn al-Hakam volvió a sonreír, muy ampliamente ahora.

—Ah, no, no. No me has entendido, Rodrigo, hijo de Vela. Esas treguas no serían a cambio de nada. Por supuesto, ofreceríamos un pago razonable. En oro. Digamos… quinientos dinares mensuales. Es una buena cifra para iniciar negociaciones. Bien, pues ese es el mensaje que debes llevar a Ibn Hud. Que consiga un buen trato con Arnau Mir de Tost. Si es del agrado del emir Mundhir, propondremos nuevas treguas a Barcelona, Pamplona y Aragón.

Rodrigo observó su entorno: las tersas alfombras de vivos colores, el estuco, el artesonado, el brillo de aquella mesa. La sala era más lujosa por sí sola que cualquier palacio cristiano que él hubiera visto. Y lo mismo podía decirse del jardín de la Zuda, y las inmensas alquerías que había visto junto al Ebro. La taifa de Zaragoza contaba con ciudades que superaban los villorrios en los que los cristianos instalaban sus cortes. ¿Y preferían gastar el dinero en contentar al enemigo antes que en aplastarlo?

—¿Has dicho antes, Ibn al-Hakam, que el gran visir se encarga de los asuntos militares?

—Así es, Rodrigo, hijo de Vela.

—Y es él quien propone entregar oro a cambio de la paz, ¿no?

—Sí.

—¿Y tú estás de acuerdo, Ibn al-Hakam?

El rechoncho consejero se sorprendió de aquella interpelación directa.

—Bueno, eso no importa. Ya está decidido y yo…

—Te he preguntado si estás de acuerdo. No se lo pregunto al consejo. Te lo pregunto a ti, porque pienso que puedo entenderme contigo de tú a tú. Esto no es necesario que lo traduzcas.

Ibn al-Hakam calló mientras examinaba al cristiano. Rodrigo se pellizcó la barbilla, las cejas arqueadas. Tal como le había pedido, el musulmán se abstuvo de traducir.

—Mi obligación es transmitirte las decisiones del consejo, que son las decisiones de nuestro señor, el emir Mundhir. Pero te ruego que esperes fuera al término de la sesión. Me gustaría invitarte a mi casa, donde podemos cenar y hablar… de tú a tú.

—Acepto la invitación, Ibn al-Hakam.

—Estupendo. Entonces, que la paz sea contigo y lleva nuestro mensaje al buen Ibn Hud. Salúdalo de nuestra parte, y asegúrale que sus hijos gozan de buena salud.

Rodrigo hizo un gesto de asentimiento y se puso en pie. Amagó otra reverencia incompleta.

—Mi misión aquí ha acabado, mis señores. Trasladaré a ibn Hud la propuesta del consejo. Que la paz sea también con vosotros, ya que la pagáis tan bien.

†

28. Los tapices de Ermesinda

†

UNA SEMANA DESPUÉS

Ramiro llegó a Jaca a mediodía, justo cuando el calor se tornaba más denso y el cielo empezaba a nublarse a poniente. Desmontó frente al palacio, se sacudió el polvo y ordenó a los sorprendidos criados que dieran de beber a Fosco.

—Y el mejor forraje. Cepilladlo bien, que no le falte de nada. Y repasad los cascos y los correajes.

Anduvo a paso firme mientras le abrían las puertas de roble y alguien daba aviso en el interior, anunciando que el señor de Aragón estaba de vuelta. Le agradó escuchar que nadie lo llamaba rey.

El Eitán apareció a la carrera y lo recibió con un abrazo.

—Llegas en el momento indicado. Ni Dios lo habría planeado mejor.

Dios otra vez. Ramiro contempló su entorno. Las galerías del pequeño palacio jacetano estaban adornadas con gusto, mucho más luminosas que a su partida. De las paredes colgaban tapices, había alfombras en el suelo, armariolos en los rincones.

—¿Y todo esto?

—Tu esposa. En algo tenía que entretenerse, ¿no crees?

Aquello sonaba a reproche, y no le faltaba razón al Eitán.

—Había mucho que hacer al este. Áger es por fin de Arnau. Esta nos la debe, nos ayudará a ganar tierras cuando nos llegue el turno.

Jimeno Garcés echó a andar hacia el salón principal, pero cedió la delantera a su antiguo pupilo.

—Todo eso está muy bien, pero me temo que no hay tiempo para descansar. García te hace llamar, anoche llegó carta suya.

«Las nubes de tormenta», pensó Ramiro.

—¿Qué ocurre?

—Bermudo de León ha invadido Castilla por fin. Avanza quemando aldeas, ha puesto en fuga incluso a los peregrinos que iban a Compostela. Tu hermano Fernando ha pedido ayuda.

Caminaban con paso firme por el corredor, y a su paso los sirvientes se inclinaban. Al fondo, alguien abrió la puerta del salón principal, y bajo el dintel apareció ella. Tan hermosa como el día en que la había dejado sin explicaciones. Ramiro se inclinó.

—Esposa…

—Ramiro. Por fin.

El Eitán se detuvo.

—García ya ha partido, te manda que lo alcances en Burgos.

—Pero he de reunir gente. ¿Has mandado aviso? Necesito las mesnadas de mis nobles, y forrajeadores. Alguien tendrá que cargar con suministros.

—No hay tiempo para eso. García no te demanda un ejército, se conforma con que vayas tú con algunos de los tuyos, lo demás corre de su cuenta. Yo te acompañaré si me lo permites, naturalmente. Deberíamos partir mañana. Y ahora me retiro. —Dedicó una reverencia a Ermesinda—. Mi señora…

El Eitán se marchó a toda prisa y sin dejar de repartir órdenes entre la servidumbre. Ramiro contempló a Ermesinda. Ella sí que parecía una reina, con aquel brial rojo cuyo faldón arrastraba un codo tras ella; el pelo negro recogido en una larga trenza que le rodeaba la cabeza a modo de corona bajo la toca transparente. Lo hizo pasar, indecisa. Ramiro le besó la mano.

—Ermesinda, hay tanto que explicar…

—Luego. ¿Deseas lavarte? ¿Comer?

Ramiro tomó asiento. No en el sillón que le correspondía, sino en una silla en el lateral de la mesa. Los cambios en el palacio eran notorios en aquel salón, mucho más elegante ahora. Sin rincones vacíos, pero nada recargado.

—Bonitos tapices.

—Los he tejido yo, he tenido mucho tiempo y necesidad de distraerme. Mira, en aquella labor figuré el combate con tu hermano García, en Nájera. Tu eitán me lo describió. ¿Es de tu agrado?

Ramiro se fijó en el tapiz señalado por su esposa. Colgaba desde el techo hasta el suelo, y se veía a dos guerreros con espadas y escudos que se observaban a corta distancia, sin llegar a atacarse. Los rodeaba una multitud entre la que destacaba un hombre con la testa coronada. Ramiro se levantó para observarlo más de cerca, y buscó entre el público a alguna mujer rubia. No la encontró.

—Es magnífico. Enhorabuena, esposa.

—Este otro es del día en que nos conocimos, en Barcelona. Fíjate, aquí he tejido a la Abuela. ¿A que se parece?

—Es igualita.

—Mi hermana y yo. ¿Recuerdas? Llevábamos nuestros mantos blancos, aunque la Abuela nos vestía de diferentes colores para diferenciarnos. Estefanía de azul, yo de rojo.

—Sí, lo recuerdo.

—Y aquel es mi favorito. Es el que más trabajo me ha dado, espero que te guste mucho.

Ramiro se volvió hacia el tercer tapiz. Ese representaba la boda entre Ermesinda y él, no cabía duda. Se veía la iglesia de San Pedro con las puertas abiertas, y a ellos saliendo a las calles de Jaca, ya casados. Pétalos de todos los colores los sobrevolaban, lanzados por la plebe. Ermesinda se había recreado en los detalles de aquella labor, digna de presidir una corte imperial. Ramiro se acercó para contemplar más de cerca el entramado de hilos. La iglesia estaba tejida en tonos ocres y rojos, rodeada de casas de todos los colores que destacaban sobre el pardo de la muralla. Más allá el verde de los bosques. Al fondo, las montañas se elevaban hasta las cumbres cubiertas de nieve. Vio una forma azul, redondeada, de un tamaño

tal que remarcaba su lejanía. Un lago en cuya orilla bailaba una mujer vestida de blanco.

—Es aquella historia que me contaste, la de la doncella del ibón que solo puede verse al amanecer de un único día.

—Ah, claro.

—Un poco a tu derecha he tejido a uno de esos seres velludos, también me contaste algo sobre ellos.

Ramiro observó al ser cubierto de pelo de los pies a la cabeza, que ahuyentaba a los lobos para proteger a una oveja y su corderillo.

—El Bonjarau, sí. Te ha salido muy bien, esposa.

Ramiro siguió recorriendo el tapiz con la mirada hasta que topó con un cráter abierto en la cima de una colina cuyo perfil recordaba un rostro humano. A su izquierda discurría una corriente de agua y, junto a ella, una calzada atestada de caminantes que venía desde las montañas nevadas.

—Eso es la ruta sacra a Compostela, ¿qué te parece? Pasa junto al gigante dormido, ¿lo ves? Está bostezando, tal como me explicaste. Ojalá algún día pudiéramos entrar tú y yo en la cueva.

Ramiro cerró los ojos. Su mujer hacía lo indecible por complacerlo. Tanto que incluso lo irritaba; y eso, al mismo tiempo, lo llenaba de remordimiento.

—Es una labor excelente, Ermesinda. Siento no haber estado aquí, de verdad.

—He escrito a la Abuela, le he pedido consejo. Estarás cansado, ¿tienes calor? —Dio una palmada y gritó—: ¡Traed agua! —Y hacia Ramiro de nuevo—: ¿O prefieres vino? Debes perdonarme, estoy nerviosa. No esperaba verte hoy. —Y se adelantó un paso con los brazos a medio extender, como para abrazarlo, pero se retuvo y retrocedió un poco—. No quiero agobiarte, será mejor que me retire. Mandaré que te preparen un baño.

—¿Para qué has pedido consejo a la Abuela?

—Bueno, para nosotros… Quiero decir: tú y yo. Soy tu esposa, tengo que darte hijos.

—No hacen falta consejos para eso. Tiempo, eso necesito.

—¿Más? ¿Por qué? Da igual, no contestes. Mira, viene tu madre. Descansa ahora, Ramiro. ¿Nos veremos después? No, claro. Mañana

tienes que partir de nuevo. Pasaré a saludarte.

Ermesinda se fue sin dejar de balbucear. Miró atrás un par de veces, y se cruzó con Sancha de Aibar, que entraba en el salón. La madre besó al hijo en la frente, le sujetó la cara entre las manos.

—Vuelves en el momento justo. ¿Hasta Urgel han llegado las noticias de Castilla?

—No exactamente. Es igual, mañana he de irme. —Se inclinó a un lado para asegurarse de que Ermesinda ya no estaba allí—. ¿Sabes algo de Munia?

Sancha de Aibar iba a responder cuando entraron los criados con el agua y una bandeja de fruta. Ramiro no esperó a que lo sirvieran y bebió con ansia. Se restregó la barba a medio crecer, mordió una ciruela.

—No sé nada de Munia —dijo la madre en cuanto los criados los dejaron solos—. Nadie sabe nada. Deja de pensar en ella, hijo. Munia quiso desaparecer y tú no se lo impediste. Ahora escucha: no me gusta lo que está pasando en Castilla. Tengo un mal presentimiento.

—Ya. Las nubes de tormenta.

—¿Qué?

—Se avecina una guerra, madre. Nada bueno puede traer.

—No es eso. O no solo. Tu hermanastro te hace llamar en el último momento y te dice que vayas solo, o casi. ¿Qué sentido tiene? Yo no soy una experta en guerras, pero lo natural es reclamar tropas, muchos hombres para superar en número al enemigo.

—Hay prisa, no tenemos tiempo para reclutar ejércitos. García no hace más que obedecer lo que nos ordenó mi padre. Que nos valiéramos unos a otros con lealtad.

—Será eso. No te apartes de tu eitán, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, pero no debes temer nada. Bermudo habrá arrasado unos cuantos campos, habrá quemado algunas aldeas y talado unos pocos bosques. Pero cuando nos pongamos frente a él, con las armas en la mano y dispuestos, todo se arreglará. No habrá lucha.

—No es a Bermudo a quien temo.

—García no me hará nada. ¿No lo viste en mi boda? Quedan lejos los días en que me odiaba.

Sancha de Aibar también tomó una ciruela y la mordió. Sus ojos se fueron hacia el tapiz del combate judicial.

—Hay cosas que no se olvidan. De todas formas yo tampoco creo que García te cause daño. Una cosa debes saber. —Sancha de Aibar miró alrededor. Como las puertas seguían abiertas, bajó la voz—. La reina Mayor me ha escrito.

Ramiro dejó el bocado a mitad.

—¿Ves cuánto ha cambiado todo?

—Así es. Ella no sabía cómo contactar contigo, así que recurrió a mí. Una madre es una madre, me dice en su carta.

—¿Y bien?

—Ahora vive en un monasterio, San Miguel de Pedroso. Tiene con ella a tu hermanastro Gonzalo.

—Sí, eso ya lo sabía. García la metió allí. Para que no lo molestara, supongo.

—¿Y no tendrá algo que ver la muerte de Íñigo Vélaz? Puede que García se haya enterado de algo.

Ramiro bajó la mirada. Ese riesgo siempre existía, claro. Y algo estaba claro: él había jurado en público vengar al Infanz. El propio Gonzalo tenía sus sospechas.

—García no sabe nada. Si acaso, supondrá lo que ocurrió, y las suposiciones son como las hojas de los árboles en otoño. Crujen si las pisas, hacen ruido… y ya está. Nadie puede acusarme, y creo que tampoco a la reina Mayor.

—Como tú digas, hijo. El caso es que tu madrastra, antes de ingresar en el monasterio, se enteró de que el mayor de los Vélaz, Rodrigo, está en tierra de moros. Quiere que lo sepas.

—Algo sabía. Por lo visto, Rodrigo luchó para Ibn Hud, pero no llegué a dar con él. Entonces sigue en tierra de moros… ¿Qué tierra de moros? ¿Toledo? ¿Zaragoza? ¿Badajoz? En Áger había una mesnada cristiana luchando de parte de los moros, algunos consiguieron escapar. ¿Estaba él entre ellos?

—Mayor confía en saber más con el tiempo, aunque ahora lo tendrá más difícil, supongo. Ramiro, no me gusta que te arriesgues

en una estúpida venganza, y menos si es para satisfacer a ese pendón de tu madrastra. Sí, ahora resulta que me escribe, se dirige a mí con respeto y seguro que reza todos los días. Pero el hijo de la gata, ratones mata. Vale para la reina Mayor, vale para García y vale para ti: sé que no sirve de nada que te lo diga, claro. Juraste vengar al Infanz, y te conozco bien, sobre todo cuando te obstinas en algo.

Ramiro mordió la fruta, masticó mientras también observaba el tapiz.

—Ni yo mismo me conozco bien, madre. Fíjate en la labor que tejió mi esposa: no sé si yo soy este, o este otro. Ermesinda es hábil con los tapices, pero no me tiene muy visto. No puedo culparla, claro. ¿Qué más dice la reina madre?

—Que te cuides de Matalobos, eso dice. Oyó cosas en Nájera, antes de que García la expulsara de la corte. Dice también que reza por ti todas las noches. Virgen santísima, me cuesta creerlo. Esa mujer te odiaba, hijo. Si ahora está en tratos contigo, es solo porque aún odia más a los Vélaz. Que eso no se te vaya de la cabeza. Hay personas a las que mueve al amor, pero a otras…

—Está bien. —Ramiro jugueteó con el hueso de la ciruela y volvió a fijarse en la figura coronada tejida en el tapiz—. Madre, ¿cómo es mi esposa?

Sancha de Aibar se permitió una sonrisa.

—Piadosa, firme, siempre en su sitio. Encarga a sus doncellas que repartan limosna, ha embellecido esta casucha hasta convertirla en un palacio. Y teje como los ángeles, ya has visto esos tapices.

—¿Habla con la gente?

—No, hijo. Habla mucho, pero con sus doncellas y con los criados. Conmigo también, siempre muy correcta. Confiesa sus pecados al sacerdote. Una vez a la semana se entrevista con tu eitán, que le informa de los asuntos de Aragón, y también de lo que conoce sobre Pamplona, el Sobrarbe, la Ribagorza, Castilla… Se escribe a menudo con su tía Ermesinda, esa de Barcelona a la que llaman todos la Abuela, y también con su gemela Estefanía. No pasea por las calles de Jaca ni se acerca a la ribera a recoger hierbas, si es lo que querías saber. No sale a cabalgar, ni a comprar el día de mercado. Manda llamar a los comerciantes y escoge ella misma las telas de

sus vestidos y los hilos de su labor. Ermesinda no es como Munia. Ermesinda es una reina sin corona.

—Una reina sin corona.

—La educaron para eso. También es una madre sin hijos. Te corresponde a ti arreglarlo, necesitas un heredero. Deberías tenerlo ya, puesto que mañana partes hacia la guerra. Aunque en eso tampoco te diferencias de los demás, aliados o enemigos. ¿Lo habías pensado? Tu hermanastro Fernando solo tiene una hija. ¿En quién recaería el condado de Castilla si él muere en combate?

—En Bermudo, naturalmente.

—¿Crees que García lo consentiría? Y hablando de García, ¿qué pasa si lo matan? No tiene hijos. Con Bermudo pasa igual.

—Madre, los reyes y los condes no mueren en batalla entre cristianos. Lo más probable es que cuando Bermudo nos vea, se avenga a negociar. Volveremos cada uno a nuestra casa sin pérdidas. Y si se llegara a las armas, hay vidas que se deben respetar siempre.

—Me aterra tu ingenuidad, y también la poca importancia que le das a lo que se nos viene encima.

—Las nubes de tormenta, ¿eh?

—¿Qué dices?

—Así que Ermesinda es una reina sin corona.

—Y una madre sin hijos, eso he dicho. Debes preñarla. No solo por lo que pueda pasar. Tampoco conviene que se dude de tu hombría. ¿Entiendes?

—Una reina sin corona —repitió Ramiro, y volvió a contemplar el tapiz de su boda. La figura de la novia, feliz tras el matrimonio y a punto de ser cubierta por pétalos de rosa—. Di, madre: ¿tú crees que es Dios quien escoge a los reyes?

—¿Qué?

—Nada. Voy a lavarme y a preparar la marcha de mañana.

†

Se acercaba el atardecer, Ramiro se disponía a acostarse tras cenar ligero y en solitario. Se había asegurado de que Fosco estuviera bien cuidado, y el eitán Jimeno Garcés le acababa de informar de que eran cuarenta los hombres que compondrían la expedición, todos ellos a caballo. El propio Eitán aportaba su mesnada, dos caballos y un criado por jinete, todos adiestrados para luchar al modo nuevo, cargando con la lanza en ristre, y sillas adecuadas para tal menester. Los acompañaría un tren de suministros que se limitaba a lo justo para llegar hasta Burgos a marchas forzadas. Una vez informado de todo ello, tras inspeccionar los preparativos y elegir su propio equipaje, Ramiro se retiraba. No había visto a su esposa en toda la tarde, así que se dirigió a su cámara. Allí encontró a tres de las cinco doncellas que asistían a Ermesinda, jóvenes hijas de ricos comerciantes jacetanos.

—La señora está en misa, dando gracias por tu regreso —le dijeron—. En cuanto vuelva le haremos saber que deseas despedirte de ella.

—Ah. No será necesario, me retiro a dormir ya. Deseadle buena salud de mi parte.

Ermesinda había preparado la cámara de Ramiro, aunque no de la forma en que lo había hecho en su incómoda noche de bodas. En lugar de la sensualidad de los pétalos, los cojines, las pieles y las velas, había optado por lo solemne. ¿Tal vez para recordarle a Ramiro que tenía un deber para con ella por encima de sus gustos y del placer? Lo que antes fuera una habitación fría y oscura, ahora derrochaba distinción. Tarima incrustada, frisos, dosel sobre el lecho, cortinas. En los rincones, braseros, ahora apagados; argollas en los muros para colocar antorchas. Un armariolo con rollos de pergamino, una mesa con escudillas de plata y dos copas. A un lado, los ventanales, y al otro un enorme tapiz de la misma factura que los del salón, con una escena en la que un rey —¿tal vez Salomón?— recibía a una embajadora de largo cabello negro y túnica roja postrada en los escalones de ascenso al trono. Ramiro lo observó todo con curiosidad mientras se desvestía. Le pareció reconocer a la emisaria tejida en aquella inmensa pieza multicolor. ¿Acaso no era la propia Ermesinda? Y el manto blanco tendido en el suelo, del que la

mujer se había despojado y ahora quedaba atrás, casi como un rastro de pureza perdida. Se fijó en el modo en que ella alargaba la mano hacia el rey, en su gesto de súplica. Y en la indiferencia de él, que parecía distraído con algo. Se sintió culpable. Alrededor de los dos personajes, los cortesanos ocupaban un salón de amplias ventanas con vistas a una lejana cordillera nevada. Y junto a esas ventanas, una enorme puerta abierta a través de la cual se veía un aposento con un lecho vacío, bajo dosel y rodeado de velas encendidas. Ermesinda no solo era una tejedora excepcional: además gozaba de un estupendo talento para excitar la culpa.

Oyó los pasos que se aproximaban, y las voces femeninas. Alguien golpeó la madera de la puerta un par de veces antes de abrirla palmo y medio, la cabeza de Ermesinda asomó.

—Ramiro, me han dado tu mensaje, pero quería despedirme en persona. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. Adelante.

Terminó de abrir. Tras ella venían sus doncellas. Dos de ellas llevaban velones ambarinos, grandes y sin aroma, que colocaron sobre los braseros. Ermesinda pasó hasta el pie del lecho adoselado. Ramiro observaba todas estas maniobras extrañado. Las muchachas no hablaban, se movían sin hacer ruido, con leves roces de sus túnicas claras y con la mirada baja. Una de ellas desató la crespina de Ermesinda y liberó su melena, que extendió con delicadeza a la espalda. Otra empezó a desatar los lazos de su brial. Ramiro siguió sin hablar. No delante de aquellas mujeres cuyos nombres ni siquiera recordaba. Ermesinda, con los brazos abiertos a ambos lados, se dejó desnudar, prenda tras prenda. Las doncellas se marcharon, cerrando la puerta con delicadeza.

—Mi señora…

—Ramiro, no sé qué pensar. —Ermesinda seguía allí, en pie, recibiendo de perfil la luz crepuscular. Tan bella y deseable como siempre; aunque, por primera vez desde que la conocía, se mostraba seria, incluso un poco triste—. Sé que te gustan las mujeres por lo que pasó en mi aposento en nuestra noche de bodas; y porque he preguntado a las personas adecuadas, y me han contado lo que necesitaba saber. También supongo que, si me has abandonado

durante tantos meses, es porque preferías la distancia. Di, ¿te parezco hermosa?

—Mucho, mi señora.

—Amas a otra. ¿Es eso?

—Es eso.

Ella casi logró disimular el pellizco de irritación. A Ermesinda le brillaban aquellos ojos de tonos grises, como siempre. Pero había algo distinto en ellos.

—Bien, no importa. Ha ocurrido antes, ocurre ahora y seguirá ocurriendo. Pero eres hijo de rey, gobiernas Aragón y soy tu esposa. Mañana partes hacia la guerra.

Rodeó el lecho, retiró las mantas y se tumbó boca arriba. Ramiro inspiró con fuerza. Se volvió de nuevo hacia el tapiz, a la mirada de aquel rey que rehuía a la mujer suplicante. Su vista, a través de los ventanales, se dirigía hacia la lejanía, a las montañas.

—Mi señora Ermesinda, tienes razón.

Escuchó el suspiro de alivio a su espalda.

—Entonces, Ramiro, ven aquí y cumple con tu deber.

†

29. Tamarón

†

DIEZ DÍAS MÁS TARDE, FINALES DE VERANO DE 1037. VALLE DE TAMARÓN, CONDADO DE CASTILLA

Fernando había reunido su ejército con tiempo, avisado por García de lo que se le venía encima. Aunque tampoco es que esperara otra cosa desde que la Princesita, de regreso desde León, le anunciara que Bermudo estaba decidido a recorrer el camino entero hasta la batalla.

El conde de Castilla había hecho algo más. Preparaba una puesta en escena que sirviera como última oportunidad para evitar la lucha. Fernando contaba con el apoyo de algunos nobles leoneses, como el clan de los Díaz, y con todos los infanzones castellanos. Una buena hueste que, pese a todo, era algo inferior que la de Bermudo. Así que había buscado un lugar en el que se apreciaran los números y que invitara al rey de León a confiarse. Y una vez allí, pretendía esperar a la llegada de los refuerzos pamploneses, sin duda inesperados para León. Confiaba que, con este golpe de efecto, a Bermudo le volviera la prudencia, si no el miedo.

Y ahora, pasado el mediodía, los dos ejércitos formaban a ambos lados del pelado vallecillo de Tamarón, al sur del camino a Compostela; con un riachuelo casi seco en medio que discurría hacia

el sur. Bermudo había ordenado sus haces en las alturas orientales, y tenía formada a su caballería desde media mañana. Con el conde Flaínez dirigiendo el ala izquierda junto a su hijo Flaín y al obispo de León, Servando; el alférez Nepociano Osóriz en el centro, pegado al mismo rey Bermudo y al recién nombrado obispo de Compostela, Cresconio; rodeados los tres por sus mesnadas personales. Repartidos a lo largo de la línea, los principales nobles: el joven conde de Portugal, Menendo Núñez; el señor de Sanabria, Fernán Muñoz; los hermanos Munio y Gutier Alfonso; los condes asturianos Fruela Muñoz y Piniolo Jiménez; el mayordomo del rey, Favila Pérez, y el juez Ecta Fortúnez comandaban el ala derecha. Todos ellos con sus respectivas mesnadas a caballo. Por detrás, los peones leoneses, llamados a hueste en sus concejos, se extendían por detrás de la caballería.

Fernando, por su parte, esperaba también a caballo, con menos jinetes a sus órdenes pero un número similar de infantería. Tomaba aire despacio, obligándose a controlar el temblor. Con las manos agarrando bien fuerte el pomo de su silla, de arzones elevados. Casi todos sus hombres empleaban ya aquellas sillas y habían adoptado el método de carga en ristre, aunque eso era algo que tal vez Bermudo no supiera.

—Y ojalá no llegue a saberlo.

—¿Cómo dices? —le preguntó Julián, el obispo de Oca, que también se hallaba allí, aunque, a diferencia de Cresconio de Compostela y de Servando de León, no iba vestido para la guerra ni portaba armas.

—No quiero que luchemos —le contestó Fernando—. Es mi cuñado. Solo está mal aconsejado, hoy podría morir mucha gente. Mi padre jamás habría aprobado esto.

—Me parece bien. ¿Acudimos ya a parlamentar? Hace mucho calor. Además, mira. —Señaló al oeste, tras las líneas leonesas—. Se acerca una tormenta.

Fernando negó sin quitar ojo de la larga línea de caballería leonesa.

—García me ordenó que lo esperara antes de negociar, y que mantuviera su venida en secreto. ¿Has enviado exploradores?

—Cuadrillas al norte y al sur, como me mandaste. Tienen orden de no dejar que ningún leonés pase. También he enviado a un jinete de los nuestros para ver si llega ya tu hermano García.

—Bien hecho. Y ahora tratemos de calmarnos.

—Ojalá fuera tan fácil —dijo el obispo. Cambiaba de posición, se restregaba el sudor y se dolía de la espalda, poco acostumbrado a aguantar tanto tiempo a caballo. —Mi señor… Me da la impresión de que tu hermano… ¿Cómo decirlo?

—Quiere la guerra. ¿Es eso, obispo?

El prelado no se atrevió a contestar, lo que valió igual que una respuesta afirmativa. Pero dos no pelean si uno no quiere, y confiaba en que Bermudo, después de todo, no quisiera.

Fernando miró a los lados, a sus jinetes, formados en tres líneas de profundidad. Con las lanzas en vertical, los grandes escudos en forma de lágrima colgados por el tiracol a la espalda, los caballos paciendo tranquilamente la hierba, o sacudiéndose para espantar a las moscas. Tras los caballeros, en una masa alargada e informe, estaban los peones, con sus largas astas rematadas en punta de hierro y las espadas de un solo filo. Ese ejército castellano formaba un poco más abajo de la cresta, encarado al vallecillo del Tamarón, en una posición casi simétrica a la del ejército leonés. El sol pegaba fuerte, el calor era denso, las moscas no paraban y el aire tenía un peso húmedo. El contenido de los ocres descendía, los grillos callaban, no se veían pájaros. En otras circunstancias, y tal vez en primavera o a principios de otoño, el lugar sería idílico: débiles pendientes desde el oeste y el este, que bajaban onduladas y con aquel color ocre propio de la estación, hasta encontrarse en la pequeña corriente marcada por arbustos y algún arbolillo rebelde. Enfrente, jinetes leoneses recorrían la línea hasta los extremos y regresaban al centro. Heraldos, supuso Fernando, que llevaban las órdenes del rey. Bermudo no daba el primer paso, ni para mandar una delegación ni para iniciar la contienda. Fernando lo supuso tan inquieto como él, recibiendo sin cesar los consejos de sus nobles, en especial del alférez Nepociano.

Por fin un jinete castellano se acercó a galope tendido desde el este, rebasó la loma, desmontó en la retaguardia y caminó por entre

la nerviosa infantería y las filas tercera y segunda de jinetes. Agarró el estribo de Fernando.

—Mi señor conde, tus hermanos llegan. Se han adelantado, enseguida estarán aquí. Tras ellos viene el ejército pamplonés.

—¿Mis hermanos, dices?

—El rey García y el señor de Aragón.

Fernando se volvió. ¿Ramiro también venía? Eso lo serenó un poco. Desde que García había metido a su madre en un monasterio, no se sentía a gusto con él. Tiró de las riendas y pidió paso para reunirse con sus hermanos en lo alto de la cresta. Desde allí pudo ver a los dos jinetes que se acercaban al trote, sin lanza y con el escudo a la espalda. Y más allá, la columna pamplonesa. El conde de Castilla pudo sonreír por fin. Era una buena hueste.

—¡Bienvenidos!

García y Ramiro refrenaron sus caballos. Venían sudorosos.

—Bien hallado, hermano —saludó García—. Hemos visto a tu explorador, esperaba encontrarte más lejos. ¿Se ha presentado Bermudo?

—Llegó a poco del amanecer. Yo lo esperaba aquí, me ha parecido un buen sitio, así que llevamos toda la mañana. Hay quien ha comido y todo.

García, que llevaba el yelmo atado a la silla y el capuchón de la loriga descolgado sobre la espalda, asintió.

—Bien. El niñato leonés espera que vayas a parlamentar, supongo. ¿Sabe que veníamos?

—No. Me he cuidado de ello, tal como ordenaste. Aunque no veo el beneficio. Enterarse de que somos más lo disuadirá, si es que Bermudo es un hombre cabal. Cabal por nuestra parte es mostrárselo de inmediato.

—Hermano, el hombre cabal no busca el beneficio inmediato. Eso pueden hacerlo hasta los borrachos, que se azufran de vino, lo gozan un poco, duermen la curda antes de vomitar el alma y después se arrepienten. Yo no he de arrepentirme de lo que pase hoy. Veamos qué tenemos ahí antes de tomar una decisión.

Los tres jinetes terminaron de subir la loma. García murmuró un juramento cuando contempló el panorama. Y lo repitió al escuchar la

vibración que se transmitía por el aire, una mezcla de murmullos a cientos, de órdenes y gritos aislados, trotes, gañidos y relinchos. Cascos que pisoteaban la hierba, ruido de astas que entrechocaban sin querer entre las filas de la infantería, incluso bostezos y algún que otro juramento. Impresionaba más aún que cuando los veteranos contaban las viejas historias de tiempos de al-Mansur. Aquello no era como las escaramuzas fronterizas con los moros en tierras del Ebro, ni como las cabalgadas gallegas para castigar a los levantiscos o a los bárbaros del norte. García apretó los labios, espantó una mosca y agarró con fuerza las riendas. Entornó los ojos hacia el otro lado del valle, fijo en el centro de la formación leonesa.

—Ya veo dónde está Bermudo. En primera línea. Como un borrachín ansioso de vino.

—Supongo que es como tú dices —dijo Fernando—: está esperando que me acerque a parlamentar. Seguro que se muere por que me arrodille y bese su mano.

—Sí, claro. —García siguió examinando lo que veía enfrente. Hizo números con rapidez y después echó una mirada al terreno. —Has escogido bien, hermano. Te felicito.

Fernando lo agradeció con un gesto.

—Quería un sitio donde pudiéramos vernos, pero solo en el momento preciso. En cuanto lleguen tus tropas, Bermudo comprobará que los superamos en número y se echará atrás. Evitemos una masacre. ¿No te parece, García?

—No seas trágico —murmuró el rey de Pamplona—. El niñato necesita un escarmiento.

—García…

El rey dejó de observar el ejército leonés para reprender a su hermano, no solo con la mirada.

—No te engañes, Fernando: nadie va a la guerra por un gesto de vasallaje. Bermudo no quiere a nuestra familia en las tierras que considera suyas. Así agradece lo que hicimos por él, por su corona… —Escupió hacia el oeste—. Ese crío egoísta… En fin, si no es hoy, será mañana, pero algún día habrá que solucionar esto.

Ramiro intervino.

—Yo estoy con Fernando, y prefiero una mala paz entre cristianos que una buena guerra contra moros. A Bermudo le dan nefastos consejos y tal vez sea un poco necio, pero tiene demasiado que perder, incluso él se dará cuenta. Enseñémosle que somos más, y así se retirará. Después podemos negociar desde una posición de fuerza y conseguir un pacto, o mejor aún: una alianza… Ahorremos sangre ahora, ya habrá tiempo para derramarla por una causa justa.

—Me empiezo a hartar de palabrería —murmuró García.

Pero Ramiro insistió:

—Lo he visto estos últimos meses, luchando junto a los de Urgel contra Ibn Hud: os digo que a quien debemos enfrentarnos es a los sarracenos. Son tierras nuevas, ricas y sin fin, abiertas a nuestro avance. Están débiles, divididos. Ahí reside nuestra oportunidad, no luchando entre nosotros, siempre por los mismos solares. Poco más que terrones y espinos. Recordad lo que decía nuestro padre: *Delectio paganorum*.

—La hermana de Bermudo es mi esposa —añadió Fernando—, él está casado con nuestra hermana. Somos familia, García. Esto es una majadería. La rabieta de un muchacho malcriado.

—Bermudo no es de los nuestros, os lo está demostrando. —García señaló al ejército leonés—. Mirad lo que le importan los lazos familiares, Cristo, Mahoma o la memoria de nuestro padre. Vamos a arreglar esto de una vez por todas, para eso he venido. Fernando, quédate con tus tropas, que algún cura reparta bendiciones y prepárate para luchar, pero no hagas nada hasta que Bermudo ataque. Deja que rebase ese arroyo de ahí abajo y que empiece a subir la cuesta hacia nosotros. Ramiro, volverás junto a Diego Vélaz y le dirás que mantenga nuestro ejército tras la loma. Bermudo no debe verlo.

A Ramiro le sentó como mil rayos tener que hablar con Matalobos, pero inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Fernando resopló.

—Bermudo no te perdonará este engaño.

—Que obre como guste. —Y siguió hablando a Ramiro—. Quiero ocultar a los míos hasta el último momento, así que la caballería pamplonesa formará en dos cuerpos repartidos cerca de las alas de Fernando, pero escondidos a la vista de los leoneses. Cuando dé la

orden, rebasarán esta altura y cabalgarán desde los flancos. ¿Entendido? Mi infantería esperará en el centro, también a escondidas, dispuesta para subir a la loma y unirse a la batalla.

Ramiro y Fernando se miraban. Este fue quien lo pidió una vez más:

—García, dame al menos la oportunidad de hablar con Bermudo. No le diré que somos más, pero trataré de que razone.

—No. Eso es cosa mía. De rey a rey.

—¿Qué más quieres que haga yo tras hablar con Matalobos? —preguntó Ramiro.

—Buscar una lanza. Una con asta fuerte y punta afilada, que te permita matar a muchos leoneses. Mientras parlamento con ese crío, toma a tu gente y protege a Fernando, yo me reuniré con vosotros.

—¿En retaguardia?

—No, no. En primera línea. Ahí debe luchar un rey.

Se hizo un corto silencio. Volvieron a observar al ejército leonés. García taloneó sobre los ijares de su caballo, y el ejército de Fernando le abrió pasillo. Avanzó al trote través de los castellanos. Él solo, con la cabeza aún descubierta y la espada en la vaina. Descendió la pendiente hacia el arroyo; a la vista de todos, ahora también de los leoneses. Enfrente hubo algo de movimiento, y pronto se destacaron un par de jinetes.

—Ahí sale Bermudo —dijo Fernando—. Esto no está bien. No es justo, va a morir gente.

—A eso se viene a la guerra, ¿no? —contestó Ramiro—. A morir. Pero si se te ocurre algo más que podamos hacer…

Fernando observó a García durante todo su descenso, cavilando qué otra salida había. Pero el rey había tomado una decisión, y no parecía dispuesto a cambiarla. Maldijo para sí, e incluso se arrepintió de no haber cedido. Tal vez debió ir a León, hincar la rodilla y jurar lealtad a aquel crío. Bah, ya era tarde. Y en la mediana del vallecillo, García se acercaba al arroyo más o menos al mismo tiempo que Bermudo llegaba allí, seguramente acompañado por su alférez.

—García nos ha dado una orden. —Se volvió hacia Ramiro—: No la veo muy justa, pero nosotros no somos reyes.

—Claro, hay que obedecer. Haya o no justicia.

Fernando observó cómo crecía el murmullo entre las filas de su ejército. Se extendía la noticia de que los pamploneses habían llegado para ayudar a los castellanos. Se preguntó cuánto tardarían los leoneses en enterarse.

—Así que ha venido Matalobos —dijo Fernando.

—Ha venido. Ha sido algo tenso viajar con él desde Burgos, pero aquí estamos. Comanda la guardia de García.

—O sea, que lo vas a tener al alcance de tu espada.

Ramiro asintió.

—Sí. Pero no será la primera vez ni será la última.

Fernando asintió. Maldita lealtad… Abajo, los dos reyes estaban a punto de reunirse en el arroyo. Una conversación inútil, una farsa carente de honor. Fernando se preguntó cuántas vidas estaban a punto de perderse.

—Mi madre no sabe que estamos aquí. Ella no lo aprobaría. Como nada de lo que García decide.

—Y por eso está encerrada en ese monasterio.

—Dime algo. —Fernando bajó la voz—. ¿Fuiste tú quien se ocupó de Íñigo Vélaz en Grañón?

Ramiro se inclinó hacia su hermanastro.

—Yo cumplo mis juramentos.

Fernando sonrió. Se enlazó el barboquejo y meneó un poco el casco para comprobar que estaba bien calado.

—Lo sabía.

—También juré obedecer a García, y hoy no estamos aquí para arreglar las cuentas del Infanz, sino para defenderte de Bermudo. En fin, tú lo has dicho: hay que cumplir las órdenes de nuestro hermano. Me voy a hablar con Matalobos. Ah, mira. —Señaló al oeste, tras las filas leonesas—. Se acerca una tormenta.

Y Ramiro partió al galope hacia la columna pamplonesa.

†

García detuvo su montura frente al arroyo, apenas una zanja por la que discurría un hilacho de agua, sobrevolado de nubes repletas con mosquitos. Aquel líquido que corría le dio sed, así que, con parsimonia, tomó su odre, lo destapó y se echó un trago.

Del otro lado llegaba Bermudo montado sobre su caballo, Pelayuelo, con el yelmo calado y la lanza en la diestra. Lo acompañaba su alférez Nepociano Osóriz, con la melena blanca al aire, muy rígido sobre la silla, la barbilla exageradamente erguida, con una maza colgando del arzón. Fue este el que se adelantó.

—¿Fernando, hijo del rey Sancho? —preguntó.

—No, necio. No soy Fernando.

—Es su hermano García —aclaró Bermudo—. El rey de Pamplona. Te saludo. Ha pasado mucho tiempo, pero te reconozco.

—En realidad no hace tanto que nos vimos. —García tapó su odre —. Pero eras un crío entonces, ahora eres casi un hombre.

—¿Casi? Tengo veinte años. Suficiente para que nadie me embauque o me manipule.

García hizo un gesto con la cabeza hacia Nepociano Osóriz.

—Bonita melena, parece suave como la seda y brilla como la plata. ¿Te la cepillas todas las noches, como una buena doncella?

Al alférez leonés no le hicieron mella esas palabras.

—Estupenda disposición para el parlamento —dijo—. Se nota que eres un amante de la paz.

García ladeó la cabeza y se dirigió de nuevo al rey leonés.

—Dices, Bermudo, que nadie te manipula. —Señaló a Nepociano Osóriz—. ¿De eso estamos seguros?

El rey de León apretó los dientes.

—García, he venido a reclamar mi derecho, pero no a ti, sino a tu hermano Fernando, conde de Castilla. Nada tengo que hablar contigo… aún.

—Te equivocas. Fernando no solo es mi hermano: es mi vasallo. Mi deber es protegerlo. En cuanto a tus reclamaciones… Bueno, Fernando es tan hijo de rey como tú. Mi padre, Dios lo tenga en su gloria, no vería bien que su hijo mediano se arrodillara ante nadie que no sea yo, y a mí me pasa igual. Sobre todo sería ridículo que te rindiera vasallaje a ti. En lugar de reclamar absurdos derechos, no

estaría mal un poco de agradecimiento por lo que hicimos para que pudieras reinar en León.

—No tiene sentido discutirlo —intervino Nepociano Osóriz—. Ya está más que hablado, se conocen las razones de una y otra parte.

—En eso estoy de acuerdo —dijo García—. Bermudo, va a llover y no te conviene mojarte, ni a tu bello alférez le vendrá bien la humedad para el cabello. Así que, cuñado, toma a tu gente, abandona las tierras de mi hermano y vuelve a León. Saluda a mi hermana Jimena de mi parte cuando llegues y, de aquí en adelante, ocúpate de tus asuntos.

A Bermudo le temblaron los labios. Tal vez de rabia. Tal vez no. Contempló cómo García se daba la vuelta y regresaba pendiente arriba, hacia las filas del ejército castellano. Miró a su alférez.

—Decías que querrían ganar tiempo. Que Fernando se plegaría a venir a León. Decías que no tendríamos que luchar.

Nepociano Osóriz se restregó el sudor con el canto de la mano.

—Estas cosas, mi rey… Nunca se sabe. Nunca, nunca se sabe.

—¿Qué hacemos? ¿Nos retiramos?

El alférez resopló. Cada vez pegaba más fuerte el sol a pesar de que el cielo se oscurecía por poniente.

—Varios señores leoneses se han pasado ya al bando de Fernando. Si te retiras ahora, ¿cuántos más lo harán?

Bermudo parecía despertar de un sueño. Miró atrás, a sus huestes, al cuero, al metal, a los caballos de batalla, a las nubes de tormenta. Lo que fuera para darse confianza.

—Somos más. Podemos ganar.

—No solo podemos: debemos. Una derrota sería fatal. Me temo que ya no hay vuelta atrás. —Nepociano se hizo sombra con la mano y observó a García, cada vez más pequeño en la distancia—. Es verdad lo que se dice de ese hijo de Satanás: confía demasiado en sí mismo. Soberbia, mi rey. Pecado que hoy castigará Dios.

Volvieron riendas para regresar junto al ejército leonés. Aun antes de llegar, el alférez levantó la mano bien alta, aupándose sobre los estribos.

—¡Preparados para combatir!

Los jinetes leoneses lo repitieron para que se oyera en las filas traseras. Pronto, todo el ejército fue griterío y entrechocar de hierro contra los escudos. Los caballos patearon más fuerte la hierba. Bermudo y su alférez apretaron un poco para llegar cuanto antes a su posición, y el rey se dedicó a cabalgar hacia el norte, por delante de la primera línea.

—¡Os quiero a todos armados y listos! ¡Por León!

Nepociano Osóriz se cubrió la cabeza y aseguró el casco sobre su preciada melena. Después arengó las filas mientras se desplazaba hacia el sur con un galope corto. Los caballeros gritaban órdenes a sus sirvientes. El obispo Cresconio pidió un nuevo caballo, pues tenía dificultades para dominar al que montaba en ese momento. Otros muchachos corrían entre las haces de caballería con lanzas para armar a sus señores. Al joven conde de Portugal hubo que ayudarlo a tensar los correajes. Bermudo regresó por fin a su puesto, en el centro de la vanguardia. Movió la cabeza a los lados y, cuando estuvo seguro de la sujeción del yelmo, requirió el escudo y lo acomodó al brazo izquierdo. Tragó saliva.

—Hoy toca ser valiente, Pelayuelo —le susurró a su caballo—. Más que nunca.

A su alrededor, los jinetes leoneses se preparaban igual que él, intercambiando gestos de ánimo y miradas azarosas. Algunos de ellos habían combatido junto al difunto padre de Bermudo, el rey Alfonso, y lo habían visto morir de un flechazo en el asedio de Viseo. Ahora, de nuevo, cobraban conciencia de que varios no regresarían vivos a León, fuera quien fuera el que se alzara con la victoria aquel día, sobre ese pobre arroyo de Tamarón.

—Dadme una lanza —ordenó Bermudo.

El alférez también regresaba ya después de arengar a la costanera derecha del ejército leonés. El obispo de Compostela, Cresconio, se presentó con un nuevo caballo más dócil. Pálido y desencajado por el miedo.

—¿Entonces vamos a luchar?

—Y a vencer —completó Bermudo.

—Mi rey —intervino de nuevo Nepociano—, te aconsejo que aguardes aquí mientras dirijo el primer ataque y vemos qué tienen

pensado los pamploneses. Deja que la infantería avance mientras tanto, y…

—¡Soy el rey! —lo interrumpió—. No me quedaré atrás mientras mis vasallos mueren. Mira a García. Ha ocupado la primera línea.

El alférez pidió ayuda al obispo Cresconio con un gesto de preocupación. Este metió baza con voz trémula.

—Mi rey, te lo ruego. Eres joven, bien harías en escuchar a…

—¡He dicho que soy el rey! —Levantó la lanza—. ¡¡Hombres de León!!

Un rugido de furia fue la respuesta del ejército. Bermudo volvió a subir la lanza a golpes bruscos. Una, dos, tres veces. Más para darse ánimos a sí mismo. El alférez supuso qué pasaba en ese momento por la cabeza de su rey.

—Dicen que García es el mejor luchador al sur de los Pirineos. No te enfrentes a él en persona, por Dios y por la Virgen te lo pido.

Pero no hay proeza más notoria que la que se logra contra el mejor rival. Eso pensó el rey de León mientras el griterío y las fanfarronadas crecían a su espalda, entre la infantería, e infundían coraje en los corazones. El obispo Cresconio se adelantó con su nuevo caballo, se puso de frente y, con la lanza, trazó una cruz en el aire. En el extremo sur del ejército, el obispo Servando de León también aprovechó para lanzar su bendición. Los animales daban tres o cuatro pasos por su cuenta, pero los jinetes los retenían. Sus belfos vibraban, las anillas metálicas tintineaban. Difícil mantener las filas rectas. Un par de nobles pidieron instrucciones, pero el rey no escuchaba ya a nadie. Además, la infantería era pura algarabía. Insultos a los castellanos, amenazas de arrasarles el condado, de llegar hasta sus mujeres e hijas y enseñarles cómo era un hombre de verdad. Bermudo fijó su vista en el otro lado del valle, en el centro de la línea enemiga. Seguro que allí ocurría lo mismo que entre los leoneses. El corazón del rey latía, más deprisa cada vez. Los chillidos de la hueste, los relinchos de los caballos y los ruegos del alférez Nepociano resonaban en su cabeza, se convertían en ecos que se confundían en un único estruendo lleno de caos. Ya solo distinguía cada zambombazo de sangre en las venas, la luz cegadora se oscurecía un poco en los límites de su campo de visión. Aquello

era cosa de Dios, infundiendo valor y gracia a quienes luchaban por una causa justa. Lanzó un grito invocando por última vez a Cristo y al reino de León, picó espuelas y Pelayuelo se encabritó. En cuanto tocó de nuevo con sus cascos en tierra, se lanzó cuesta abajo.

—¡No, mi rey! —gritó el alférez—. ¡Espéranos!

Repitió el ruego dos veces más, pero Bermudo galopaba pendiente abajo y a toda espuela, y Pelayuelo era el caballo más rápido que se conocía desde Galicia hasta Ampurias. Nepociano Osóriz no era hombre que actuara sin pensar, así que se retuvo un instante, calculando posibilidades ante la imprudente arrancada de Bermudo. Pero él era el alférez leonés, se suponía que era quien mandaba sobre el ejército, así que levantó la lanza y espoleó a su caballo. Tras él salió su mesnada, y luego los demás jinetes. Otros muchos se dedicaban aún a animar a los suyos, o trataban de controlar a sus nerviosas monturas. No hubo ataque ordenado, sino una cuña informe que se iba desgajando de las filas leonesas y bajaba hacia el arroyo. Una masa que encabezaba, con una ventaja larga, el joven Bermudo.

—¡Espera, mi rey! —gritó también el obispo de Compostela—. ¡Por Dios, espera!

En el ala izquierda, el conde Flaínez y su hijo se miraron estupefactos.

—¿Qué hacemos?

El obispo Servando se dio cuenta de que el rey ganaba cada vez más distancia al resto del ejército.

—Ese crío cabalga solo. Se hará matar.

Al rechoncho conde Flaínez aún no le habían alcanzado su lanza, pero le dio lo mismo: desenfundó la espada y la apuntó hacia las líneas castellanas. Ese extremo se desgajó cuando todos los jinetes salieron al galope. El conde de Portugal, al verlo, no supo si se trataba de un ataque limitado o si debía unirse, así que mandó un heraldo a pedir instrucciones. En el ala izquierda, el juez Ecta Fortúnez sí que se decidió rápido e inició su propio ataque particular. Su hueste arrancó detrás.

Hubo señores leoneses, los más veteranos, que se dieron cuenta de que aquella cabalgada era un desastre. El mayordomo real pidió

a gritos que se mantuvieran las líneas. Hubo otros, como los asturianos Fruela Muñoz y Piniolo Jiménez, que se vieron rezagados y no consintieron de ninguna manera que los apartaran de la gloria, así que ordenaron atacar a todas sus huestes, a pie o a caballo. Aún había jinetes reclamando sus lanzas o ajustándose los yelmos cuando el rey Bermudo, lanzado en una cabalgada rabiosa, rebasó el arroyo y empezó a subir la pendiente opuesta.

†

García, con parsimonia, acababa de ajustarse el yelmo sobre el capuchón del almófar. Sonrió al observar lo anárquico del ataque leonés. Tomó la lanza que le tendía un criado.

—¡Aguantamos! —ordenó.

Fernando, a su lado e igualmente equipado, repitió la orden para que los jinetes castellanos reconocieran su voz.

—¡Aguantaaamos!

Diego Matalobos acababa de llegar, enorme sobre su bestia torda; el escudo a la espalda y sujetando su hacha pagana con ambas manos. Inmenso, como si realmente fuera un titán al que ningún hombre podía matar. Se situó junto a García e intercambió alguna confidencia con él. El rey de Pamplona asentía y, en voz igualmente inaudible, le señaló al jinete que encabezaba la loca carga leonesa, y que en ese momento venía ya cuesta arriba, vociferando como un gañán. Matalobos se separó, se coló por entre las filas de caballeros y las de peones y alcanzó el borde de la cresta. Desde allí levantó el hacha y la agitó de lado a lado para que lo vieran los pamploneses.

—Los hombres de García van a cargar por los flancos —anunció Ramiro, que esperaba en su posición de primera fila, cerca del centro y con la lanza aún en vertical. A su lado, el eitán Jimeno Garcés asintió.

—El plan es bueno. Tal vez no muy honorable, pero bueno.

Pese a aquel vaticinio, había miedo e inseguridad entre las filas castellanas, y también en el corto contingente aragonés. Lo que se

les venía encima, bien que cuesta arriba y en completo caos, era una masa de gente armada que los superaba en número…

… hasta que los caballeros pamploneses asomaron a todo galope por los dos flancos.

Esos jinetes, encabezados por los señores de Pamplona, de Nájera y de Castella Vetula, se lanzaron cuesta abajo y, al superar al inmóvil ejército castellano, quedaron a la vista del enemigo. Eso multiplicó el desconcierto. Hubo caballeros leoneses que subían a toda prisa para alcanzar a Bermudo, pero, sorprendidos por la súbita aparición de la caballería pamplonesa, refrenaron sus monturas; otros torcieron el rumbo para alejarse del ataque de flanqueo y converger en el centro castellano. El caos entre las filas leonesas se multiplicaba, aquel ataque no tenía sentido. Se oyó reír a García. Bermudo de León se acercaba sin aminorar, dando voces.

—¡Atentos! —Ramiro bajó la lanza hasta la horizontal, con el astil bajo el brazo y la punta dirigida al frente.

Fernando imitó la orden, impaciente por lanzarse cuesta abajo, pero García insistía.

—¡Aguantamos! ¡Que no se mueva nadie!

A Ramiro no le pareció bien. Debían arrancar, ganar algo de velocidad y aprovecharla para el impacto contra los leoneses. Tanto los jinetes castellanos como los aragoneses estaban adiestrados para eso. Por otra parte, García y los suyos, igual que los leoneses, seguían con sillas de arzón bajo y dispuestos a luchar a la antigua, picando al enemigo desde arriba o buscándole el punto débil.

Los dos grupos pamploneses hicieron sendas conversiones, de modo que pudieran atacar a los leoneses por los flancos. Eso obligó a los más rezagados a plantarles cara. En la lejanía, los peones de León seguían en el sitio a excepción de los de Ecta Fortúnez, que de pronto se vieron aislados y a merced de sus enemigos.

Diego Vélaz reapareció, el gesto fiero, y recobró su posición junto a García. Al temerario Bermudo ya podía vérsele la cara. Su aspecto era casi ridículo, clavando las espuelas en los costados de su caballo, agitando la lanza y pegando gritos de guerra, como si fuera Aquiles y pretendiera tomar Troya en solitario. Pelayuelo, algo cansado por la brusca arrancada y la loca carrera cuesta arriba, perdía velocidad.

De pronto y sin aviso, García golpeó con los talones y su caballo se lanzó pendiente abajo. Matalobos y la mesnada personal del rey hicieron lo mismo enseguida. Fernando observó estupefacto que su hermano arrancaba con una hueste corta. ¿Por qué? Cambió una mirada con Ramiro, igualmente sorprendido. Para cuando dieron la orden de cargar, el rey de Pamplona estaba a punto de encontrarse con el rey de León.

Se lanzaron cuesta abajo. Mientras recorría aquella distancia que lo conducía al caos y a la matanza, Ramiro pensó en ella: Munia. Incluso repitió su nombre.

—Munia, Munia, Munia.

Oyó la orden de Fernando a su espalda, y cómo aumentaba el griterío en la parte castellana. Fosco ganaba velocidad, pateando la hierba seca. Todo retumbaba. Por un instante fugaz, Ramiro fue consciente de que su eitán cabalgaba al lado derecho, pero que se alejaba hacia el grupo de García. Se fijó también en el grupo de este, que junto a Matalobos había llegado hasta Bermudo y lo rodeaba. Por un momento pensó que todo podía acabar allí si capturaban al rey de León. Vio muy bien cómo este gritaba furioso, el escudo bajo, la guardia demasiado abierta mientras trataba de clavar su lanza a golpes, y el modo en que Diego Vélaz Matalobos se le acercaba por un lado, su enorme hacha lista para tajar.

Ramiro volvió a mirar al frente. Demasiado cerca del enemigo para hacer otra cosa. Apuntó su lanza hacia uno de los leoneses, subió el escudo, apretó las rodillas contra la silla y supo que tal vez no saldría vivo de aquel prado junto al Tamarón.

El impacto le conmovió el brazo, el hombro, los huesos y hasta el alma. Junto a él, sus aragoneses y los castellanos barrieron con su carga la vanguardia leonesa. Vio hombres que salían despedidos, caballos que caían, aplastando a sus jinetes. Lanzas que se partían, escudos astillados. De pronto estaba entre los jinetes enemigos, lanzado aún en feroz trote y viendo sombras pasar a cada lado. El impulso lo llevó a hundirse en la línea de caballería leonesa, y al bajar el escudo comprobó la familiar masacre. Solo que esta vez no eran infieles los que caían bajo el metal cristiano. Aparte de esa angustiosa realidad, todo era igual. La sangre, los gritos de dolor, los

vientres abiertos de los animales, los cuerpos desgarrados. Ramiro se dio cuenta de que su lanza estaba rota, así que la soltó. Desenvainó la espada envuelto por una nube de guerreros que se desesperaban por matarse y, a golpe de rodillas, obligó a Fosco a girar, a encarar a uno y después a otro. Trallazos de mazas, espadazos, golpes con los escudos, coces e insultos. ¿Quién era leonés? ¿Quién castellano? Los ventalles de malla y los nasales de los yelmos desfiguraban los rostros. Echó el codo atrás y tajó al enemigo más cercano. No lo conocía, no lo había visto en su vida, pero venía hacia él tratando de picarle con su lanza, así que, ¿para qué pensárselo? Alzó el escudo, encajó un golpe de maza, nuevo tajo horizontal, anillas arrancadas. Fosco resoplaba, moviéndose todo el rato, encarando a cada hombre que se acercaba, lanzando dentelladas de pura rabia. Ramiro se dio cuenta de que estaban junto al arroyo, cuerpos tendidos se agitaban ahí abajo, medio sumergidos. Otros se arrastraban clavando sus uñas en el barro, pero al instante siguiente lo pisoteaba un caballo de guerra. Ahora nadie gritaba ya, los combatientes solo gemían por el esfuerzo o agonizaban con las tripas fuera. Metal contra metal, todos muy juntos, muriendo. A eso habían venido. ¿Él también?

«No voy a morir aquí», se juró. Vio un hueco. Avanzó hacia allí, pero se le interpuso un guerrero de rostro ensangrentado, escudo arriba, espada a fondo, un segundo tajo, un tercero, camino libre. Hombres a pie, el agua por las rodillas, acuchillando a los caballos desde abajo, tirando de los jinetes para derribarlos, encajando heridas. Matándose por llenar ese arroyo de sangre.

Por fin se abrió camino, galopó a lo largo de la orilla y distinguió a un caballero que aún aguantaba sobre su silla, repartiendo espadazos desde arriba. Bien enlorigado y con el escudo convertido en astillas. El alférez de León, Nepociano Osóriz. Su caballo se alzó de manos, volteó su arma, pero su gesto se congeló. Ramiro siguió la dirección de su mirada. Allá arriba, justo donde García y Matalobos alcanzaron a Bermudo, no quedaba nadie en pie. ¿Dónde estaba el rey de León?

Ramiro desistió de atacar al alférez enemigo. Volvió riendas, y pudo ver que la infantería leonesa huía en grupos distintos y en

varias direcciones, perseguidos por grupos de pamploneses a caballo. En cuanto a la batalla, era una masa de hombres fatigados que se empeñaban en apuñalarse en aquel arroyo ensangrentado. Fernando era uno de ellos. Había perdido a su caballo, y ahora se batía rodeado por sus castellanos. Y para afianzar el triunfo, los peones pamploneses llegaban al lugar para unirse a los castellanos, que remataban a los leoneses heridos y empezaban a rapiñar. El Eitán también se mantenía en pie, en medio del agua y en guardia. Y algo más allá, el desarmado obispo Julián de Oca había usado su báculo como maza y tenía rendido al de Compostela, que estaba arrodillado en el agua y entrelazaba los dedos para suplicar clemencia. Muchos jinetes de Castilla seguían aún montados, e incluso conservaban sus lanzas, pringadas de rojo hasta medio astil. La pendiente del lado castellano estaba plagada de animales caídos, y de hombres que se arrastraban. Sorprendía lo rápido que había ocurrido todo. ¿O era solo la impresión de quien se ha enfrentado a la muerte? Los tañidos metálicos se apagaban, los caballos galopaban sin jinete, cruzando el campo enloquecidos. De entre los supervivientes, algunos caballeros leoneses desmontaron para arrojar las armas y suplicar piedad, otros salieron a galope desatado. Solo Nepociano Osóriz permaneció allí, montado y con la espada en la mano.

Ramiro bajó su arma, también el escudo. Sintió que Fosco se calmaba poco a poco. Observó una vez más al alférez leonés, que se acercaba al lugar donde había perdido de vista a su rey. Ni rastro de García ni de Matalobos. Ya nadie le plantaba cara ni intentaba matarlo. Un enorme cansancio le sobrevino, de pronto la loriga pesaba como una montaña.

—¡Fernando, hemos vencido! —le gritó a su hermano.

Aquello pareció despertar de su trance al conde de Castilla. Mandó a sus hombres que se agruparan sin importar que fueran a pie o a caballo. Un rayo iluminó el cielo, y Ramiro se dio cuenta de que ya no se veía el sol. El trueno llegó enseguida. Se estremeció la vaguada, la pendiente leonesa limpia, la castellana plagada de muerte, por el arroyo Tamarón corría sangre en vez de agua. Nubes grises que cruzaban el cielo, un nuevo relámpago…

—¿Dónde está el rey? —gritaba en la distancia el alférez leonés. Algunos castellanos amagaron con ir a por él, pero Ramiro guio a Fosco para interponerse, soltó las riendas y abrió los brazos a los lados.

—¡Basta! ¡Esto se ha terminado! —Dejó caer el escudo y envainó la espada—. ¿No lo veis? ¡Hemos ganado!

Desmontó. Despacio, dolorido. Fosco agitaba la cabeza, tal vez para quitarse el olor de la sangre. El Eitán llegó jadeante. Se apoyó en el hombro de su pupilo, le palpó la cota de malla, buscando heridas. No parecía contento por el triunfo. Ni siquiera aliviado por no haber caído o seguir entero.

—¿Estás bien?

—Creo que sí. La sangre no es mía. —Ramiro señaló al alférez leones, que llevaba al paso a su caballo y se esforzaba por reconocer a los muertos—. Creo que busca a Bermudo. ¿Has visto tú lo que ha pasado con él?

El Eitán asintió. Se destrabó el barboquejo y dejó caer el yelmo.

—Tenemos que hablar. ¿Dónde está García?

Ramiro señaló a los grupos de jinetes pamploneses que, a lo lejos, recorrían los campos, alcanzando a los leoneses en fuga para despojarlos. El cielo rugía en la distancia mientras el gris plomo se rasgaba con trallazos luminosos.

—Supongo que García no deja escapar la ocasión. El enemigo muerto de hoy no luchará mañana.

Fernando también se acercaba, arrastrando la espada por tierra y librándose del almófar. Un caído se agitó a poca distancia. Sujetaba un cuchillo y trataba de incorporarse. Tres castellanos se adelantaron para rematarlo, pero Fernando los detuvo.

—Parad, por Dios… —rogó Fernando—. Ayudad a los heridos, sean nuestros o suyos.

Ramiro comprobó que su hermano estaba entero. Se abrazaron en medio de los cadáveres. Y por todo el campo se repetía ese mismo abrazo entre los victoriosos supervivientes. Poco a poco, también entre aquellos que ese día habían sido derrotados pero conservaban la vida. Servando, el obispo de León, se lanzó a administrar la extremaunción a cuanto moribundo se encontraba, fuera de un

bando o del otro. Cayeron las primeras gotas de lluvia. Gruesas y frías. Un golpeteo sordo que repicaba contra las anillas de hierro manchadas de sudor y sangre, tierra removida por los cascos de los caballos, escudos destartalados, lanzas rotas, cadáveres aún calientes. Poco a poco creció ese traquetear, y el oeste tembló con un bramido sordo. Caía agua a cántaros cuando el Eitán se llevó aparte a Ramiro.

—He de contarte algo. Algo terrible.

†

Tercera parte

(1037-1043)

«Si el paisaje de la realidad te cansa, míralo a través del espejo».

C. S. Lewis,
De este y otros mundos: ensayos sobre literatura fantástica

30. Por la gracia de Dios

†

DOS DÍAS DESPUÉS DE LA BATALLA, FINALES DE VERANO DE 1037. BURGOS, CONDADO DE CASTILLA

El cadáver llegó en procesión solemne y rodeado de un denso silencio, solo roto por los cascos de los caballos que desfilaban a paso lento. La comitiva la encabezaba el rey García de Pamplona, a quien seguían dos de sus hermanos: el conde Fernando y el bastardo Ramiro. El obispo Julián y los obispos Servando y Cresconio, ya como hermanos de fe reconciliados tras la batalla, caminaban juntos por delante del féretro, sosteniendo sendas cruces, las miradas puestas en el cielo. El cajón del muerto lo cargaban seis criados vestidos de blanco puro; y tras ellos, a caballo, venía Nepociano Osóriz, el alférez leonés, con la espada del muerto en la diestra, apoyada sobre el hombro.

La princesita aguantaba las lágrimas junto a la aún inconclusa iglesia de Santa María. Casi no podía creerlo, tampoco poner su vista en el ataúd que ahora le presentaban. El conde de Castilla desmontó y corrió a abrazar a su esposa, lo que terminó por derribar la barrera del llanto.

Depositaron la caja frente a la Princesita mientras los demás nobles descabalgaban, y el alférez leonés dejó sobre la tapa la espada del rey. Limpia y reluciente. García dio vía libre a los tres

obispos para que entonaran un responso. Después, mientras sonaban los cánticos monocordes, se dirigió a su cuñada, le besó la mano y la miró a los ojos.

—Luchó el primero, sin miedo a la muerte. Era un valiente y cumplió con su deber. Un gran rey.

La princesita no agradeció esas palabras. Incluso arrasados por las lágrimas, sus ojos mostraban frialdad. Pese a todo hizo una inclinación.

—Gracias, mi rey. ¿Viste quién lo mató?

García de Pamplona se hizo el apenado por no poder darle una respuesta. Tal vez con un punto más de dramatismo de lo que requería el trámite.

—Fue todo muy confuso, mi señora. Y doloroso, por supuesto. Es la guerra, qué le vamos a hacer.

—Llorar y rezar por su alma. Es lo único que merecen mis muertos, por lo visto.

—Mi señora, lo enterraremos en Oña si lo deseas. Somos familia al fin y al cabo.

—Prefiero León, mi rey. Él también lo habría querido así.

—Lo entiendo, claro. —Alargó la diestra hacia el ataúd—. Tuyo es.

Y así, sabedor de lo incómoda que se sentía la Princesita ante él, se retiró con la cabeza alta, montó a caballo, levantó el brazo hasta la vertical y lo dejó caer con el índice extendido para señalar el este. A Nájera. Ramiro y sus aragoneses se encargaron de formar un pasillo para que el rey de Pamplona desfilara ante todo Burgos. Hubo vítores, loas al Creador y mucha murmuración. Y nadie vio por allí a Diego Vélaz Matalobos.

No se había posado aún el polvo levantado por los pamploneses cuando la Princesita se enjugó las lágrimas y lo dispuso todo para las honras fúnebres, oficiadas por los tres obispos presentes. Los luchadores castellanos recibieron el agradecimiento del conde Fernando, tras lo que cada cual salió para su hogar. Muchos de ellos tenían sus propios muertos que enterrar o heridas que curar. Fue especialmente silenciosa la despedida de los que hasta hacía muy poco habían sido enemigos. Los obispos Servando y Cresconio no quisieron comentar el futuro que se cernía sobre el reino leonés. En

cuanto al alférez Nepociano Osóriz, parecía más nervioso que apenado, y no hacía más que meter prisa a los obispos de León y Compostela para regresar cuanto antes.

Los aragoneses de Ramiro fueron acogidos en casas burgalesas, y en el castillo se sirvió una frugal comida reservada para los familiares y a la que se sumó, por petición de Ramiro, el Eitán. La Princesita no probó bocado. Se limitó a observar el hambre que traían su esposo y su cuñado. Jimeno Garcés, por el contrario, se contentaba con pringar pan en la salsa y lo masticaba despacio. Y entre bocado y bocado bebía mucho y dejaba escapar largos suspiros. La Princesita empujó su plato intacto para alejarlo de ella.

—Lo prepararé todo para trasladar a León el cadáver de mi hermano. Iremos en familia, porque familia somos, y lo enterraremos con el honor que merece.

Fernando dejó el muslo de pollo a medio comer, como si se diera cuenta de lo inoportuno de alimentarse mientras la esposa penaba a su lado. Se limpió las manos y las posó sobre la mesa.

—Por supuesto, mi señora, haremos lo que desees. Aunque no sé cómo nos recibirán allí. Los leoneses que acompañaban el cadáver de Bermudo han venido aquí como perdedores y huérfanos de su rey. Nosotros nos presentaremos en León como los vencedores que acaban de hacerles gran matanza.

—A mí me recibirán bien —insistió ella—. Soy leonesa.

—No solo eso —intervino Ramiro—. Eres la heredera de la corona.

Todos callaron un momento. Nadie dio un bocado más mientras se disolvía el eco de aquellas palabras. La Princesita negaba con lentitud, como si no quisiera hablar de ese tema. No con el cuerpo del rey aún caliente.

—Mi padre tuvo bastardos. Cualquiera de ellos reclamará el trono.

—Un bastardo no puede ser rey —contestó el propio Ramiro.

—Una mujer tampoco.

A Ramiro le vinieron a la cabeza las palabras de Arsenda en Áger, solo unas semanas atrás. Un rey iba a morir, porque todos los reyes mueren. Ah, ser rey… Algo parecido al reflejo del futuro en un espejo mágico.

—Tal vez no resulte tan descabellado convertirse en rey, mi señora.

—Y hablando de eso —siguió la Princesita—. Fernando, Ramiro, ¿deberíamos sacar de León a vuestra hermana Jimena? Es también pamplonesa, y ahora una viuda desvalida.

Fernando negó.

—Jamás ha vuelto a Pamplona desde que se casó. Y en todo este tiempo se ha mantenido junto a Bermudo, igual que tú has estado junto a mí. No creo que mi hermana quiera irse de León, pero haré lo que ella desee, por supuesto.

Nuevo silencio. Ramiro cruzaba miradas con su eitán, que también observaba de reojo a la Princesita. Esta cogió su cuchillo y se puso a juguetear con la carne que se enfriaba en el plato.

—¿Me lo vais a decir ya?

—¿Qué, mi señora? —preguntó Fernando.

—¿Es que no te das cuenta, esposo? ¿Por qué crees que tu hermano Ramiro ha insistido en que su eitán estuviera aquí? Soltadlo, vamos. —Los apuntó a ambos con el cuchillo—. Ya, Ramiro. Don Jimeno, por favor.

Ramiro hizo un asentimiento breve hacia su eitán.

—Don Jimeno tiene algo que decir, es cierto. Solo a mí me lo confió tras la batalla, pero no puede quedar así y es hora de que los dos lo sepáis. Adelante, Eitán.

El noble se sirvió una buena medida de vino y la bebió entera. Habló sin separar la vista de la copa.

—Yo vi cómo murió tu hermano, mi señora.

Ella entrecerró los ojos húmedos. Dejó el cuchillo en la mesa.

—Como un valiente. Eso ha dicho García.

—Es cierto. —El Eitán se volvió hacia la Princesita, la copa aún en la mano—. No seré yo quien lo niegue: Bermudo era bravo, seguramente el hombre más valiente que he visto. Espero que todo el mundo lo sepa en León, que se lo recuerde por eso. ¿Pero sabes, mi señora, en qué se parecen los valientes a estos vinos tan buenos que tenéis aquí? En lo pronto que se acaban unos y otros.

—Era un imprudente, eso quieres decir.

—Cabalgó solo, sin esperar a nadie, directo hacia el centro de nuestro ejército. Santa madre de Dios, qué rápido era ese caballo suyo… Venía tan lanzado que dejó atrás a los demás leoneses. El rey García lo vio y se adelantó con su mesnada. Matalobos estaba con él también.

La Princesita apretó los puños.

—Sigue.

—Yo pensaba que querían capturarlo.

—Yo también —dijo Ramiro—. Lo rodearon, fue lo último que vi.

—Así fue, lo rodearon —confirmó el Eitán—. Eran bastantes, Bermudo estaba solo, ¿ya lo he dicho? Los leoneses tardaban en llegar para ayudarlo, y además tenían muchos problemas por conservar sus propias vidas. Pero de todos modos, ¿matar a un rey? Acabar con alguien que ciñe su corona por la gracia de Dios… ¿Quién sería capaz de semejante perfidia?

—Matalobos —adivinó ella.

—Matalobos no fue el único —aclaró el Eitán—. Él solo le dio el primer hachazo y lo derribó. Un tajo brutal, que rasgó a Bermudo desde el pecho hasta la silla de montar. Vi cómo saltaban las anillas de su cota, y cómo su caballo se vencía de manos y se iba al suelo. Me jugaría el ojo derecho: esa primera herida ya era mortal.

—Dios… —murmuró la Princesita.

El Eitán siguió con su relato. Una vez derribado, Bermudo no pudo levantarse, así que pronto se vio rodeado y las lanzas pamplonesas lo cosieron a tierra. García clavó dos o tres veces. Y los demás también. Diez, doce, tal vez quince heridas recibió el rey de León mientras yacía en tierra.

—Se aseguraron de matarlo —dijo Jimeno Garcés—, y seguían pinchando cuando la vida lo había abandonado. Su caballo tampoco se libró de la matanza.

Fernando se llevó las manos a la cabeza, su esposa estaba congelada. Ramiro intervino:

—A un rey cautivo se acaba por liberarlo y vuelve a sentarse en su trono. A un rey herido se lo cura y lo mismo. Un rey muerto no reina más. Por eso insistió García en parlamentar solo y en persona, y de ahí el plan para ocultar sus tropas tras la loma. Quería asegurarse de

que Bermudo tomaría la decisión de luchar. Pretendía matarlo desde el principio.

—Eso no puede ser —dijo Fernando.

—¿No? Piénsalo, hermano. García se jacta de ser nuestro rey, aquel al que debemos lealtad. Para él, Castilla, Aragón, el Sobrarbe y la Ribagorza son suyos. Nosotros solo somos quienes los tenemos en su nombre, nada más. Como ese criado al que prestas tu burro para ir al mercado y llenarte la despensa. Puede que lo trate bien, que le dé de comer y que lo monte tranquilo, pero al final del día, cuando lo devuelve al establo, el burro sigue siendo tuyo.

—¿Y acaso no es así? —preguntó la Princesita—. Vuestro padre lo convirtió en rey a él, no a vosotros. A vosotros os hizo sus vasallos, siempre por debajo. Poseéis tierras, señoríos y condados que no son vuestros, sino del rey García. Y yo me pregunto: ¿qué tiene que ver eso con la muerte de Bermudo?

Ramiro señaló a su cuñada.

—Tiene todo que ver. Sobre ti recae el derecho a la corona de León, mi señora, y estás casada con Fernando.

Este se retrepó en su silla de alto respaldo.

—¿Yo, rey de León?

—Tú, hermano. Rey de León y vasallo de García. ¿Y sabes lo mejor? Que los propios leoneses lo interpretarán así para bien o para mal. Bermudo llevaba años quejándose de lo que nuestro padre hizo en León, y sus consejeros le llenaron la cabeza con esa idea: Pamplona ha dominado León todo este tiempo. Le ha ganado tierras o le ha colocado a quien las gobernara según su beneficio. Ha amparado a quien mató al conde de Castilla y, en su lugar, ha impuesto un nuevo conde: tú, un príncipe pamplonés. Tú, Fernando, que desafías a León y le niegas vasallaje. Todo eso puede descansar sobre causas muy justas y cabales, no lo niego. Pero si uno se para a pensarlo, no parece tan descabellado. Yo estaba en León cuando coronaron a Bermudo, siendo apenas un crío. Nuestro padre lo trató como si fuera su pequeño, y allí mismo decidió bodas y campañas para afianzarse él tanto o más que para afianzar a Bermudo. Vamos, no desvelo nada nuevo con esto. Nuestro padre siempre tuvo seso muy vivo, supo moverse para acrecentar tierras y ganar poder; y

García es quien más se le parece. ¿He de recordaros lo que llegó a hacer para no perder un caballo?

Fernando de Castilla seguía con la cabeza enterrada entre las manos. La Princesita le tocó el hombro.

—Tal vez sea cierto, esposo.

—Y si no lo es —continuó Ramiro—, nos da lo mismo. Bermudo ha muerto, sea por desgracia, sea por felonía. García gana en cualquier caso.

—No da lo mismo, hermano —dijo Fernando—. No voy a seguir el juego a García. Esta vez no. —Se dirigió a su esposa, la mujer por cuyas venas corría la legitimidad real, y la besó—. La mejor forma de honrar a Bermudo es impedir que García se salga con la suya. Y si no tenía intención sucia con esto, nada perderá.

—¿Entonces no reclamarás la corona de León? —preguntó Ramiro.

Fernando se permitió una sonrisa al contestar.

—Yo no he dicho eso.

†

31. Cambios de dinastía

†

MESES MÁS TARDE, FINALES DE INVIERNO DE 1038. ZARAGOZA

Mundhir seguía obsesionado con su futuro palacio. Esa tarde había citado a sus tres alarifes más reputados, pues quería que le presentaran proyectos definitivos para un alcázar digno de él. Debía tratarse de un palacio inmenso y repleto de lujo. Junto al Ebro, rodeado por jardines con arriates, fuentes, canales y arboledas, con paseos para caminar junto a las esposas legítimas y un enorme harén para coleccionar concubinas; y muros sólidos, torres altas, estancias lindamente azulejadas, techos bien adornados. Mundhir no era más que el tercero de su dinastía, pero quería que se lo recordara como el emir que engrandeció Zaragoza.

A veces sonreía de pura burla al recordar su visita al palacio leonés casi una década antes, cuando la coronación del joven Bermudo. Un lugar pobre, polvoriento y estrecho, duro y cortante al tacto, inmisericorde con la luz, sin concesiones al placer de la vista. ¿Qué aliciente encontraban esos cristianos en vivir? Ahora Bermudo estaba muerto, su dinastía acabada. Aquello le hizo meditar sobre algo de lo que siempre le hablaba su imán favorito: la fugacidad de la existencia. Pero él, Mundhir, no sería fugaz. Él gozaría mucho tiempo, y dejaría para la posteridad un palacio que haría palidecer la

cordobesa ciudadela de Madinat az-Zahra. Por supuesto, su nuevo alcázar incluiría una amplia biblioteca, eso también formaba parte de la dicha. Por de pronto continuaba gastando a manos llenas para atraer a más filósofos, médicos y poetas. Con ellos pasaba las veladas postrado hasta la madrugada, discurriendo sobre las estrellas o la naturaleza del alma, regalándose con jarabes y arrope, disfrutando de la belleza de las danzarinas y del dócil arrullo de la música.

De lo único que rehusaba entender era la guerra. Mundhir odiaba las armas. Estaba harto de oír hablar de al-Mansur y su ferocidad, de la eficacia de los viejos generales que mantenían a los califas Omeya en sus tronos. ¿Y en qué había resultado todo eso? El califato ya no existía, al-Ándalus languidecía fragmentado en débiles taifas. Y si Mundhir se paraba a pensarlo, concluía que la causa de ese desastre había sido, precisamente, la guerra. Además, le ponía enfermo la violencia. La única vez que había tratado de cumplir con sus obligaciones militares, siendo aún un príncipe de catorce años, había acabado en huida, gimoteante y temeroso por su propia vida tras una cabalgada en tierras aragonesas. Puesto en fuga, según se decía, por aquel bastardo que gobernaba ahora en Aragón y por su hermano, el conde de Castilla. Más rudos montañeses del norte ignorantes de los placeres, que malgastaban sus vidas sangrando, comían carne seca, olían a pocilga y dormían sobre paja húmeda.

—Mi señor —le avisó uno de los soldados de su guardia, impoluto con su vestimenta blanca y brillante la punta de su lanza—, el cadí Ibn al-Hakam te ruega que acudas al salón de consejos. Te espera con los tres alarifes.

—¿Los habéis cacheado?

—Por supuesto, mi señor.

Mundhir asintió y se levantó de la montaña de cojines en la que pasaba la tarde, enfrascado en la lectura de un volumen de poesía. Ahora, con veintidós años y ya coronado, no quería saber nada de guerras ni de armas. Delegaba todo asunto militar en su gran visir, Yequtiel ben Yishaq. Confiaba tanto en aquel judío que jamás le preguntaba cómo gastaba las cortas partidas destinadas a defender la taifa, tanto de los cristianos como del enemigo toledano. Y el gran

visir, a cambio, jamás se quejaba de que el rey Mundhir prefiriera emplear el dinero zaragozano en lujos, ciencia y bienestar, y mantuviera en las fronteras guarniciones cortas, pobres y mal armadas. Al fin y al cabo, aquel judío era tan amante de la sabiduría como él mismo, y había dado entrada en el consejo a otros tantos hombres de letras que despreciaban la guerra.

Mundhir caminó por el corredor que llevaba al salón de consejos, escoltado por cuatro de sus guardias de capa blanca y barbas impolutas. Otros soldados abrían las puertas y se inclinaban a su paso. Él miraba al frente sin devolver saludos. Solemne, hermoso e inalcanzable, como debía ser un buen emir. Al llegar al último corredor, previo al salón, halló a Ibn al-Hakam en pie junto a los guardias que protegían la entrada, y a los tres alarifes sentados en el banco corrido. El cadí los avisó para que se pusieran en pie y, con las manos en el pecho, doblaron sus cuerpos en larguísima reverencia.

—Mi señor, la paz sea contigo —dijo Ibn al-Hakam.

Mundhir ni siquiera miró a los alarifes, porque lo que llamaba su atención era lo que veía dentro, en el salón: los tres grandes rollos puestos en paralelo sobre la mesa. Allí estaban los mejores proyectos para su nuevo palacio, si es que el cadí Ibn al-Hakam había hecho bien su trabajo. Pasó, tomó asiento en la cabecera y se frotó las manos.

—¡Estoy ansioso, veamos esos planos!

—Por supuesto —contestó desde fuera Ibn al-Hakam. Se volvió hacia los alarifes para indicarles que se sentaran de nuevo—. Aguardaréis aquí y entraréis en orden. —Los señaló alternativamente —. Tú pasarás primero, luego tú, y tú al final. Hablad solo si el emir os pregunta. ¿Entendido?

Asintieron. El visir entró en el salón y ocupó el sitio a la diestra de Mundhir.

—Mi señor, los haré presentarse de uno en uno para que ninguno vea nada de los demás. El proyecto que escojas ha de quedar en secreto, ¿no crees?

—Me parece bien. Empieza.

Ibn al-Hakam dio tres palmadas.

—¡Faruq, adelante! ¡Y cierra al entrar!

El primer alarife obedeció. Una vez encajados los dos batientes de la entrada, se volvió para efectuar una reverencia. El tal Faruq era alto y muy delgado, de frente amplia y ojillos de pulga.

—Mi señor —el visir Ibn al-Hakam tomó uno de los rollos y lo desplegó sobre la mesa—, he aquí el proyecto de Faruq ibn Balasquí. Ibn Balasquí vino hace dos años desde Madrid, en el reino de Toledo. Pero su último trabajo fue en una aldea llamada Teruel, en la taifa de los Banú Razín. Sorprendió a todos con una gran innovación en el zoco: instaló candiles a ras de tierra, de modo que, encendidos por la noche, causaban la admiración. Una plaza con luminarias en el suelo, ¿qué te parece?

—Candiles a ras de tierra, ¿eh? —preguntó Mundhir, fijo en el alarife—. Extraño que no haya oído hablar de Teruel. ¿Cómo es eso? Di, buen hombre.

Faruq, algo retraído, se encogió de hombros

—Teruel es una aldea apenas, mi señor. Un sitio perdido entre montañas de barro rojizo. Un lugar frío y oscuro en el que se congela hasta el pensamiento.

—Pues no me parece normal que en una aldea se gasten el dinero en candiles a ras de tierra. Supongo que la gente no saldrá de sus casas por la noche, así que ¿para qué sirve eso en realidad?

—Oh, te diré la verdad, mi señor: fue un proyecto tan inútil como escandaloso que despedía más humo que fuego, una excusa para distraer dinero. El caíd de Teruel prometió que los candiles serían de bronce, pero después usó cerámica del lugar. Y a mí me pagó por ello mucho menos de lo que dijo haberse gastado. Hubo una gran fiesta la noche en que los encendimos por primera vez, se repartieron golosinas y la gente alabó al caíd. Pero tras la primera helada, cuando los candiles llevaban ya semanas estropeados por la lluvia y la nieve, rotos de tanto pisarlos, ni se preocupó de sustituirlos. Ahora solo quedan allí los trozos de cerámica empotrados en tierra. Algo feísimo, lo reconozco. El resto de lo que iba a costar mi suelo iluminado, la mayor parte en realidad, se gastó en construir un palacete en la vega del río que pasa por allí, el Wadi al-Abiad.

—No me agrada lo que me cuentas. ¿Recibiste tu pago al menos?

—Eso sí, mi señor. Cobré bien por mi trabajo y… por mi silencio. En Teruel no sabe la gente dónde han ido a parar sus tributos, y eso que hasta se les hunden las casas de tan pobres que son. Pero ¿qué podía hacer yo? El poderoso manda, los demás obedecemos.

—Bien, olvidemos esa aldea y sus corruptelas. En Zaragoza disponemos de un crecido tesoro. Aquí no faltará financiación si es que escojo tu proyecto, aunque exijo el más alto esmero.

—Sí, el cadí Ibn al-Hakam ya me lo ha advertido. No te defraudaré. ¿Quieres ver mi plano?

El visir seguía con el pergamino abierto. Mundhir se inclinó sobre la mesa y se toqueteó la barbilla mientras examinaba los trazos pintados sobre el pergamino. Ibn al-Hakam le explicó que el alcázar proyectado por Faruq crecía alrededor de un patio de crucero, y disponía de oratorio, *hammam,* huertos exteriores, un muro doble y foso por tres lados, embarcadero en la parte del Ebro… Señaló con el índice el dibujo de un lugar exclusivo para el harén, con su propia muralla y un único acceso elevado y exclusivo desde los aposentos reales.

—Excelente —admitió Mundhir—. Me gusta la pasarela. Reflexionaré sobre este proyecto.

Ibn al-Hakam enrolló el plano y se lo entregó a Faruq, dejó las puertas abiertas al retirarse.

—¡Que entre el siguiente! —ordenó el visir.

El segundo alarife pasó y cerró tras de sí para inclinarse ante el emir. Era enjuto y de hombros caídos, tenía el pelo abundante, rebelde, y le crecía tanto que su cabeza parecía el doble de grande de lo normal. El cadí extendió el segundo plano.

—Bien, veamos —mandó el emir.

—Sí. —Ibn al-Hakam pasó el índice sobre las líneas del proyecto—. Esta es la idea de Abú Yibril Yaqub, mi señor. Llegó el año pasado huyendo de Valencia, aunque es nacido en Qalat ar-Rahba, en el reino de Toledo.

—Otro toledano. Vaya. Así que huiste de Valencia. ¿Y eso por qué, buen hombre?

El alarife, que seguía doblado en reverencia, se irguió.

—Mi señor, es que el emir Abd al-Aziz me encargó construir un palacio con jardín atravesado por un gran canal. Mi mejor obra, te lo aseguro. Cada uno de sus pabellones era un alcázar en sí mismo. Con el dinero que sobró quiso embellecer Valencia con un lugar dedicado a las artes y las ciencias. Fue junto al río, donde quería alojar a astrólogos, músicos, filósofos y otros sabios. Proyecté algo nunca visto, sin igual. Más aún: una genialidad que no admitiría comparación en los siglos venideros.

—Vaya. —El joven emir zaragozano sonrió con media boca—. Eres un hombre humilde, eso no lo pondré en duda. ¿Cuál fue el problema?

—El problema —se entrometió Ibn al-Hakam— fue de nuevo el dinero.

—El dinero otra vez. —Mundhir se palmeó los muslos—. Vaya.

—Nadie puede culparme, lo juro —aseguró el alarife, y mostró gran aflicción—. Empecé a construir aquella maravilla, pero pronto se dijo que estaba gastando miles de dinares por encima de lo que calculé al principio. Y era cierto. Aunque es algo normal que eso ocurra, pues yo no me conformo con la mediocridad y siempre aspiro a la excelencia. Resulta que el valor de la belleza máxima no puede medirse en oro o plata. ¿No lo crees tú así, mi señor?

—Sin duda. ¿Qué ocurrió?

—Como no recibí ya más dinero y no quería simplificar mi proyecto, tuve que seguir con materiales pobres y contraté a obreros sin cualificar. Lo malo fue cuando el emir Abd al-Aziz reclamó por los azulejos caídos desde la pared de uno de los edificios. Quien siembra caridad, cultiva amistad. Pero si siembras roña, imagina qué se recolecta, mi señor. Mi gran obra ha quedado sin acabar en Valencia, y se cae a pedazos, abandonada. Dentro de nada será polvo. Ah, qué desgracia.

—Me lo imagino. Veamos ahora tu proyecto para mi alcázar, y esperemos que no te equivoques en tus cálculos.

El joven Mundhir se concentró en el plano de Abú Yibril Yaqub. Mostraba un palacio parecido al valenciano, en el que predominaban los jardines privados a uno y otro lado del Ebro. Para salvar el río pretendía construir un puente con la base de vidrio a ambos lados

de una pasarela de madera, de modo que los viandantes —el rey, sus familiares y los altos visires— pudieran ver cómo discurría el agua bajo sus pies.

—Interesante —opinó el emir—. Y este también tiene pasarela. Sí, supongo que será caro, pero tal vez valga la pena. Vete ahora, buen hombre, y conocerás mi decisión en breve.

El engreído toledano se retiró sin dar la espalda y cedió el paso al tercer alarife. El rey Mundhir se fijó en su gran tamaño cuando cerraba las puertas para quedarse a solas con él y con el cadí Ibn al-Hakam. Este último artesano, a diferencia de los otros dos, llevaba la cabeza envuelta en un abultado turbante, al modo bereber. Sin embargo, no tenía la piel oscura de los africanos.

—Mi señor —dijo Ibn al-Hakam, y llenó el pecho de aire como si se dispusiera a una gran hazaña—. Este es, sin duda, el proyecto definitivo. Te ruego que prestes atención.

A continuación extendió el último rollo y señaló los trazos rectos. Mundhir se inclinó sobre ellos, el ceño fruncido y mordiéndose el labio. Posó el índice sobre el plano.

—No entiendo esto —Y acercó la cara un poco más—. ¿Es una broma? Si parece el dibujo de un niño.

—Mi señor —intervino de nuevo el cadí—, te presento a Rodrigo Vélaz, alavés y cristiano. No ha construido nada en su vida, pero gracias a él te sentirás por fin en el paraíso. Quiera Dios, alabado sea, que un ejército de huríes te dé la bienvenida.

Mundhir alzó la vista, aún más extrañado, y un brillo metálico llamó su atención a un lado. Apenas fue consciente de que la hoja le entraba por un lado del cuello, con tanta fuerza que ahogó el grito antes de que brotara de sus labios. El joven emir se derrumbó sobre su sillón de alto respaldo adornado con versículos del Corán, y trató de taparse la herida por la que escapaba la sangre a chorros, pero el cristiano no le dio cuartel. Pinchó un par de veces más, esta vez en el pecho, y cuando Mundhir trató de defenderse, Rodrigo remató buscando de nuevo el cuello. El cadí Ibn al-Hakam, asqueado, dio un saltito para esquivar el surtidor de sangre, que cayó sobre el plano al tiempo que el emir de Zaragoza resbalaba desde su asiento para

quedar tendido con medio cuerpo bajo la mesa. Se agitó un poco, e incluso trató de rodar, pero la muerte sobrevino enseguida.

—Ya está. —Rodrigo Vélaz limpió su arma en las ropas del emir—. ¿Seguro que los guardias están contigo?

—Por supuesto. ¿O acaso no has podido entrar con ese cuchillo oculto?

—¿Y qué pasa con los otros dos tipos? Los alarifes, digo.

—Eso lo arreglaremos ahora.

Ibn al-Hakam anduvo hasta las puertas y la golpeó con los nudillos, como si llamara. Tres toques separados, tres muy seguidos. Al otro lado se oyó un breve jaleo y hasta un chillido. Pasos apresurados y un nuevo golpe, pesado y seco, que conmovió los dos batientes. El cadí se hizo atrás, las puertas se abrieron. Bajo el dintel se erguía uno de los guardias.

—Está hecho, mi señor —dijo.

Rodrigo Vélaz observó que el guardia llevaba la punta de su lanza tintada de sangre, y a sus pies yacía roto el alarife Faruq, el de la ridícula idea de encastrar luminarias en el suelo de una plaza de Teruel. Algo más allá, los demás soldados remataban al otro alarife, el que había malgastado el dinero de los valencianos en edificios ruinosos. Ibn al-Hakam se acercó al guardia que acababa de abrir.

—Acabad con los demás consejeros. El primero, el gran visir Ben Yishaq.

—Sí, mi señor.

—Matad también a los dos centinelas de la entrada. No son de los nuestros y no deben avisar a nadie.

—Sí, mi señor.

—Después atrancad las puertas y que la servidumbre no se acerque ni trate de marcharse. Degollad a quien oponga resistencia. Nadie puede entrar ni salir, respondéis de ello con vuestra vida. Si cumplís, os espera la prosperidad. A vosotros y a vuestras familias.

—Sí, mi señor.

El guardia repartió órdenes entre sus compañeros, y los seis corrieron con las lanzas terciadas. Rodrigo Vélaz se guardó el cuchillo.

—Sí que lo tenías todo planeado, amigo mío. ¿Cuánto podrás aguantar aquí dentro?

Ibn al-Hakam se palmeó la panza.

—He dado orden de que la guarnición de la ciudad parta de inmediato a Tudela, donde recibirá nuevas órdenes. De este modo me dejan el campo libre. Aquí se desatará el desconcierto mañana, quizá pasado, cuando ya no pueda ocultarse la falta de Mundhir. Haré saber a los notables de la ciudad que nuestro joven emir ha sido asesinado por dos toledanos que se hacían pasar por alarifes. Resulta lógico, pues estamos enemistados con Toledo. ¿No crees, hijo de Vela?

—Es buena excusa, sí.

—De todas maneras no puedo fiarme: los caídes e imanes podrían estar tentados de no aceptar mi autoridad, de modo que las puertas seguirán cerradas. Pasará otra semana, supongo, hasta que los más ambiciosos recelen y empiecen a sacar cuentas. Para esa fecha, los soldados también empezarán a hacerse preguntas en Tudela, o tal vez se enteren de que Mundhir ha muerto. Debes acudir a Lérida enseguida e informar a Ibn Hud. Que venga con toda la gente armada que pueda reunir. Puestos en lo peor, calculo que en dos semanas la guarnición estará de vuelta y forzará la entrada. Si no ocurre de esa manera, aquí podríamos aguantar un mes, pero prefiero no hacerlo. No estoy acostumbrado a las privaciones, entiéndelo. Y mucho menos ahora que voy a ser el emir de Zaragoza.

—Entiendo. Por cierto, pensaba que el gran visir judío era amigo tuyo.

—Ben Yishaq es viejo amigo, cierto. Es más: él fue quien me consiguió este puesto. Un hombre fiel, recto como pocos. Ah, maldita política y malditas sus exigencias. En fin, ha sido duro ordenar su muerte.

Rodrigo Vélaz sonrió.

—Recuérdame no decepcionarte nunca, Ibn al-Hakam… Oh, perdón: mi señor, emir de Zaragoza.

El traidor lanzó una carcajada que sonó más falsa que un dinar de madera.

—Emir de Zaragoza… Me gusta. Vete ya, cristiano, y cabalga sin descanso hasta Lérida. Nuestro plan depende de lo deprisa que llegue Ibn Hud para hacerse cargo del ejército. Y para asegurarnos de que no se demora, recuérdale que aquí lo esperan cuatro de sus cinco hijos, a los que por supuesto cuidaré como si fueran míos.

†

AL MISMO TIEMPO. LEÓN

El ejército castellano se había establecido en la orilla izquierda del Torío, junto a la judería de Puente Castro. Por supuesto, no había rodeado la ciudad ni establecido una línea de asedio. Simplemente, el conjunto de tiendas estaba allí, como en una acampada de paso y sin siquiera estacada para protegerse de una salida desde la ciudad. Y en lugar de forrajear sin control, los castellanos se dedicaban a comerciar con los judíos del cercano castro, o bien se alimentaban de las reservas que traían consigo.

Pese a todo, el conde Flaínez había ordenado cerrar las puertas y mantener centinelas alerta en todas las torres. El alférez Nepociano Osóriz había reunido a cuantos quedaban en condiciones de combatir, y la población se preguntaba si el desastre de Tamarón había sido solo el principio.

Por otra parte, tras Tamarón se había desatado la guerra de los papeles. Desde una y otra parte, en ausencia de rey leonés, empezaron a aparecer curiosas alusiones. Así, algunos en Asturias daban por sentado que el conde de Castilla era ya también rey de León, y el obispo de Oviedo, Froilán, se había apresurado a viajar a su lado y ahora estaba junto a él, en la acampada junto al Torío. Por contra, el conde Flaínez retenía el gobierno de la ciudad y, aunque no se dijera con esas palabras, dominaba el palacio y el trono. Incluso había firmado hasta un mes antes como *imperante in Legione*.

Así que el último día de primavera, cansado de esperar gestos que de todas formas serían ambiguos, Fernando hizo equipar su mejor corcel, un castaño valorado en doscientos sueldos, con una silla de montar estampada en oro y bridas con engastes de plata, se colgó el talabarte con la espada, le ciñeron las espuelas, le embrazaron el escudo y montó. Y él solo cruzó el río y avanzó con toda tranquilidad hacia las murallas leonesas. La cabeza descubierta, porque quería ser reconocido enseguida. Se plantó ante la puerta meridional de León, la más cercana al palacio real, y detuvo a su montura a un tiro de flecha. En ese instante, cualquier arquero atinado podría causarle un disgusto, pero el conde de Castilla aguantó allí, como si se dispusiera a pasar el resto del día al sol y sin mirar atrás. Las murallas se llenaron de gente y hasta él llegó la algarabía.

Cuando las puertas se abrieron por fin, de León salió la figura menuda y redondeada del conde Flaínez. También solo y a pie. Al mismo tiempo, entre las almenas se dejó ver una llamativa melena blanca. Fernando desmontó, colgó el escudo del arzón y aguardó junto a su carísimo animal.

El conde Flaínez era ya un anciano, aunque seguía disimulando su calvicie con los cuatro pelos que le nacían sobre las orejas. Jadeó un poco tras cubrir la corta distancia desde las puertas, saludó sin reverencias.

—Conde, bienvenido.

Fernando chasqueó la lengua.

—Bienhallado, conde.

Flaínez señaló la espada al cinto.

—Vienes dispuesto a luchar, veo.

—Son tiempos raros, hay que prepararse para todo. Pero no quiero desenfundar esto. —Acarició el pomo del arma—. Tampoco pienso que haya nada que luchar, pues vuestro ejército quedó destrozado en Tamarón. Pese a ello, soy consciente de que un asedio costaría vidas y calamidades a los leoneses, algo innecesario y cruel. Tuvimos bastante de eso hace un año, ¿no crees?

—Sí que lo creo. He de decirte que nos obligas a tener cerrada la ciudad, y los peregrinos se nos agolpan en las puertas y nos piden

que las abramos. Naturalmente, no podemos dejar que entre cualquiera, podría tratarse de un…

—¿Castellano?

—Lo que quiero decirte, conde Fernando, es que sería mejor que levantaras ese campamento del otro lado del río.

—En eso estamos de acuerdo, pero no en lo de que soy yo quien os obliga a cerrar León. Lo que haré es volver a mi campamento, ordenaré que lo desmonten todo y después entraremos en la ciudad. En filas muy rectas y muy pacíficas. El desfile lo encabezará mi esposa, única heredera del difunto rey, y llevará a mi hija Urraca de la mano. Tras ellas vendrá el féretro con el cadáver de Bermudo, que reposará en León, donde debe ser. Y después entraré yo. ¿O es que alguien distinto reclama la corona, conde Flaínez? ¿Tú, por ejemplo?

—Por supuesto que no. Pero no todos están de acuerdo con lo que pretendes, conde Fernando.

—¿De quién hablamos?

—Del obispo Servando, sin ir más lejos. Aduce que queda vivo un hermano del difunto rey Alfonso, el que murió en Viseo. Ya sabes que nuestros reyes tienen la mala costumbre de dejarse matar en combate.

—¿Y quién es ese pretendiente que propone el obispo de León?

—Ordoño Bermúdez, bastardo del abuelo del difunto Bermudo.

—Vaya, qué rebuscado. El hombre tendrá una edad, supongo.

—Mayor que yo es —contestó el conde Flaínez—. El obispo Servando le escribió para ofrecerle el trono, pero Ordoño le rogó que le dejara vivir sus últimos días en paz. Esto no lo sabe nadie, pero te lo cuento en consideración a tu linaje.

—Pues te doy las gracias, conde Flaínez. Parece un intento desesperado. Más que desear a ese bastardo como rey, parece que el obispo no quiere que yo lo sea en manera alguna.

—Has de entenderlo, conde Fernando. Han pasado cosas, hemos estado en guerra… Hay recelo. No viene solo de ahora, Castilla ha sido siempre… ¿Cómo decirlo? Algo parecido a ese hijo díscolo que de vez en cuando se revuelve contra su padre. —Flaínez extendió la mano hacia atrás—. Es León, ¿comprendes? Majestuosa y decadente, cuna y… tumba de reyes.

—Claro que lo comprendo. ¿Algún candidato más al trono?

—No. El alférez Nepociano Osóriz considera que tu derecho al trono es justo. En realidad teme que tus hermanos y tú asediéis León, lo que solo podría acabar con otra victoria vuestra. Lo siguiente sería apearlo de su cargo, claro. Ninguno de los demás señores se ha pronunciado.

—Entonces no entiendo que las puertas de León permanezcan cerradas. Sobre todo si hay que decidirse entre la hermana legítima de Bermudo y un anciano bastardo que rechaza la corona. Tú gobiernas en la ciudad, tuya habrá sido la orden, supongo.

—Supones bien, conde Fernando. Y me pregunto qué me pasará tras dar otra orden y hacer que las puertas se abran de par en par. ¿Será mi último acto como tenente de la ciudad?

Fernando se mordió el labio. Años de porfía a distancia le habían preparado para la actitud de aquellos nobles de viejo linaje, acostumbrados a sus ínfulas imperiales venidas a menos, a sus tejemanejes políticos y a maniobrar siempre para ganar algo o, al menos, no perder nada. Observó con detenimiento al conde Flaínez, que no podría aguantar mucho más en pie debido a su edad y a su peso. Luego levantó la vista hacia la cabellera plateada que destacaba en la muralla. Nepociano Osóriz, un antiguo rebelde que cambiaba de bando según interés. Curiosamente, el obispo Servando, que no lo quería como rey, era quien más confianza le inspiraba. Y sin embargo, sabía que tendría que destituirlo tarde o temprano. Y que debía dejar en sus puestos a los ruines.

Así que hubo acuerdo. Los dos condes se estrecharon las manos, lo que pudo verse desde la muralla. Y allá arriba no hubo quien no prorrumpiera en aplausos y vítores, pues eso implicaba que no habría asedio ni asalto ni más guerra.

Los mismos aplausos, o muy parecidos, recibieron al conde Fernando cuando regresó al campamento castellano. Sano, salvo y a punto de convertirse en rey.

Con el siguiente amanecer, primer día del verano, la Princesita encabezó la comitiva. Caminó vestida con su brial más lujoso, la espada de su hermano muerto envainada, sujeta con la diestra. Mientras, con la mano izquierda guiaba a la pequeña Urraca. Tras

ella, seis nobles castellanos cargaban con el féretro del difunto rey Bermudo, adornado con flores recién cortadas y envuelto en seda orillada de oro y plata. Un trecho después, también a pie, entró en León el conde Fernando, seguido por el resto de su ejército en fila de a dos, los jinetes a pie, llevando a sus caballos de las riendas. Las lanzas con las puntas rozando el suelo, las cabezas bajas, como correspondía a un desfile fúnebre. Los leoneses los recibieron en silencio, arrojando pétalos sobre el ataúd de Bermudo. El conde Flaínez lo había dispuesto todo, de modo que no hubo ni una mala cara ni un grito ni un insulto en el camino hasta el panteón de San Juan Bautista, donde Bermudo sería depositado junto a su padre Alfonso. Los reyes de León tenían la mala costumbre de morir en combate. Lo había dicho el conde Flaínez y la sentencia retumbaba en la mente de Fernando.

Al día siguiente fueron todos a la iglesia de Santa María. No se trató de una celebración multitudinaria ni con invitados de allende las fronteras, como la de Bermudo en su infancia, justo diez años antes. Esta vez fue un solemne y discreto acto presidido por el único que había presentado objeciones: el obispo Servando. El prelado le impuso la corona a Fernando, lo ungió con una cantidad moderada de óleo y celebró misa con ayuda de Julián, el obispo de Oca, y de Froilán, el de Oviedo. Entre el escaso público del templo, la viuda Jimena cuidando de su sobrinita Urraca, y algo más de treinta nobles leoneses y castellanos. Incluidos, por supuesto, el conde Flaínez y el alférez Nepociano Osóriz. Fuera, apretada contra las puertas, la plebe siempre dispuesta a enaltecer a su nuevo rey, fuera quien fuera. Una vez concluido el rito, Fernando se volvió, tomó la mano de su esposa, cuya sangre real le había propiciado el trono, y declaró que a partir de ese día nadie más la llamaría «Princesita».

—Como fieles vasallos os recibo, leoneses y castellanos. Saludadme a mí y a mi querida esposa. Saludad a Fernando y a Sancha, reyes de León y de Castilla.

Después, como dictaba el rito, hubo procesión hasta el palacio, bajo palio y amenizada por los cánticos de las monjas de San Jacobo. Se celebró un banquete y el nuevo rey escribió una carta a

su hermano García para contarle lo que había sucedido. Y para contarle, también, lo que sucedería a partir de ese momento.

†

UN MES DESPUÉS, VERANO DE 1038. BARCELONA

Ramiro no se cansaba del mar. Del roce continuo entre las olas y la arena, del cerco húmedo que dejaban unas al retroceder sobre la otra, de los gritos de los pescadores que faenaban cerca de la costa, de la visión de las naves fondeadas en la distancia, de los mercaderes que desembarcaban su género en chalupas. De los críos que corrían en el límite entre el mar y la tierra, de los soldados que, en parejas, patrullaban en previsión de algún asalto marítimo. Todo aquello le apaciguaba el alma y le permitía pensar. Por eso, desde su llegada a Barcelona, había frecuentado la playa.

Llevaba allí una semana, acompañando a García en la comitiva para su boda con Estefanía. Ermesinda y él habían esperado al rey en Jaca para unirse a la caravana en la que se incluía a varios nobles pamploneses y, por desgracia, a Matalobos. Quien no había venido era la reina Mayor, y tampoco Gonzalo. Ella se había excusado aludiendo a una enfermedad del muchacho, lo que podía ser muy cierto, pues de todos era sabido que su salud seguía tan débil como siempre.

El viaje se alargó en jornadas de mucha luz y calor, con frecuentes paradas para hacer aguadas y descansar a la sombra. Ramiro no pudo desviarse para visitar a Arnau y Arsenda, y Ermesinda se convirtió en un incordio cuando había que trasnochar al raso. Por si fuera poco, Matalobos se dedicó a cazar para que no faltara carne en la cazuela del rey, y se las arreglaba para colgar sus conejos muertos en las cercanías de Ramiro. Las moscas y el olor se cebaron con Ermesinda, que solo aguantaba aquel tormento porque al final se reuniría con su querida gemela y con la Abuela, y pasaría unos días en su querida Barcelona.

La recepción fue exquisita. La Abuela agasajó al rey de Pamplona, con quien ansiaba cerrar una amistad duradera. Para eso servían aquellos enlaces, ¿no?

La boda entre García y Estefanía se celebró enseguida, en su segundo día de estancia. Fue en la iglesia de Santa Eulalia, justo al lado del palacio. La ofició el obispo de Barcelona, Guislaberto, que llevaba un par de años enemistado con la Abuela, como muchos otros nobles y prelados en el condado de Barcelona. Fue curioso para Ramiro comprobar cómo esa rivalidad se quedaba en la puerta del templo, y dentro todos fingían concordia y paz. La farsa fue tan eficaz que los festejos se extendieron por otros dos días, y el propio obispo Guislaberto fue de los que más vino trajinó en el palacio condal mientras bromeaba con su enemiga, la Abuela.

García, visto el buen ambiente que reinaba en Barcelona, pidió permiso a la Abuela para quedarse un poco más, a lo que ella accedió encantada, pues así pasaría más tiempo con sus dos sobrinas del alma. Y entonces trajeron la noticia unos peregrinos que regresaban desde Compostela en viaje hacia Italia: el conde Fernando de Castilla acababa de convertirse en rey de León. ¿Podía estar más contento García? Se había librado de su intrigante madre, vencido al iluso de Bermudo en batalla, colocado a sus vasallos en posiciones de poder. Y ahora, además, compartía lecho con una belleza morena, servicial y delicada. Estefanía era inexperta, eso sí, pero bien dispuesta a aprender lo que su nuevo esposo quisiera enseñarle. De modo que, varias veces al día, García se encerraba con su recién estrenada consorte y la instruía acerca de los usos en las cuevas de Malpica.

Una noche, mientras cenaban copiosamente, García contó la vieja historia del jabalí que había dejado cojo al difunto rey Sancho, y explicó que este era un gran aficionado a la caza.

—Cazar, montar a caballo y perseguir mujeres. Esas eran las aficiones de mi padre cuando no planeaba engrandecer su reino a costa de fieles e infieles.

Así lo dijo. A la Abuela eso le dio una idea y, para celebrar tanta felicidad y calmar parte de aquella pasión desbocada, preparó una jornada de caza para García en el cercano bosque de Erola, al oeste

de la ciudad, donde se decía que hozaban grandísimos jabalíes. Ramiro se excusó, pero Ermesinda no quiso perdérselo y, junto con su hermana, aplaudió a rabiar cuando García alanceó un tremendo puerco de cerdas rojizas y colmillos retorcidos. El regreso fue triunfal. Estaba visto que todo le salía bien al rey de Pamplona.

Durante cada día de ocio en Barcelona, mientras García y Estefanía se encamaban y mientras Ermesinda parloteaba con la Abuela, Ramiro se dedicó a salir de la ciudad de buena mañana, tras atravesarla de oeste a este, en dirección al mar. Cruzaba entre las casitas de pescadores, se descalzaba para mojarse los pies en el agua salada y caminaba hacia el norte, hasta el monasterio de Santa María de las Arenas. De cuando en cuando se volvía para observar cómo la espuma borraba poco a poco sus huellas, o gozaba de la caricia de cada ola moribunda. A veces entraba en la vieja iglesia y rezaba; otras veces paseaba a su alrededor, entre lápidas cuyas inscripciones se habían borrado décadas, tal vez siglos antes. Luego regresaba y se entretenía como ahora, contemplando a los pescadores y las naves que empequeñecían en la distancia, dispuestas a cubrir rutas larguísimas, a veces a través de tormentas y sorteando a los piratas sarracenos. Imaginar aquellas extensiones de agua sin fin le recordaba a Munia, que era como recordar los bosques y las montañas de Aragón. Ojalá ella pudiera ver el mar, sentir aquella certeza de que uno es muy pequeño, después de todo. Casi como una semilla perdida en un inmenso campo de trigo. Sí: ojalá Munia estuviera allí. Ermesinda no apreciaba el mar, tal vez porque lo tenía muy visto desde niña. O a lo mejor porque, como a la mayoría de la gente, las oscuras profundidades y el lejano horizonte le infundían un terror arcano.

Además de pasear y disfrutar del mar, Ramiro charlaba con el abad Oliba. Este se mostró encantado de que la dinastía de Sancho de Pamplona dominara la cristiandad desde Compostela hasta la Ribagorza, porque ahora, con la inestimable ayuda de la ruta sacra, sí que era cosa hecha que el nuevo rito romano alcanzara todas las iglesias y monasterios. La Iglesia tenía que ser una, decía. La misma que desde Roma dirigía el santo padre. Aparte del rito, con algo de suerte, los hijos del difunto rey Sancho ayudarían a consolidar en

todas partes las constituciones de Paz y Tregua. El mundo se volvía un lugar mejor, solía decir Oliba, mezclando palabras en latín y en romance: *in terra pax hominibus bonæ voluntatis.*

Esa mañana Ramiro caminaba en solitario, asombrado de unos chiquillos que, separados de la orilla, se sumergían bajo las olas para reaparecer a gran distancia. Reían, se salpicaban y jugaban a aguantar la respiración. Los muchachos parecían ajenos a la guerra, a la enfermedad, a la muerte… Tal vez el secreto era ese: ignorar la maldad y empeñarse solo en lo agradable.

—Fernando, rey —murmuró Ramiro. Y sonreía, contento por su hermanastro. Carambolas de la vida que daban la razón a Arsenda de Fluviá. ¿La gracia de Dios? ¿La sangre? Bueno, la sangre sí. La que manaba de las heridas que conducían a los hombres hasta la tumba.

—¡Ramiro!

Se volvió de cara a la ciudad, radiantes las murallas por el sol mediterráneo. El que lo llamaba era el abad Oliba, inmune al paso de los años. Andaba hacia él con tanta ligereza que parecía correr. Ramiro caminó en su busca para ahorrarle el esfuerzo, convencido de que el prelado venía a compartir con él una de sus charlas filosóficas, o a hablarle de los muchos manuscritos que atesoraba en Ripoll o en Cuixá.

—Hoy hace mucho calor, Oliba. ¿No prefieres estar a la sombra?

—Bah. Tonterías. El deseo del perezoso lo lleva a la muerte. —Y, pese a sus inocentes bravatas, el abad apoyó una mano en el hombro de Ramiro mientras acompasaba su respiración—. Ha llegado carta de tu hermano Fernando. Es para García. Suponíamos que le anunciaba su reciente coronación, pero hay algo más, parece. Al leerla, tu hermano ha montado en cólera. Deberías venir.

Caminaron de regreso, Oliba un poco más lento porque no estaba tan enérgico como él habría deseado. Además, un par de pescadores le pidieron su bendición. La gente del arrabal le tenía devoción y Oliba no se negaba nunca a cosas así.

—Adelántate tú, Ramiro, que es un largo camino y tienes prisa. Sea lo que sea lo que dice esa carta, sé paciente con tu hermano y,

si se deja, aconséjale bien. *Sapientia* edifica las casas, *et prudentia* las afianza.

Así que Ramiro dejó atrás al abad y se apresuró por el arrabal de los pescadores para entrar por Regomir. La ciudad estaba agitada, pues el buen tiempo abría las rutas comerciales, y además ese año Barcelona estaba más frecuentada que nunca. Muy lejos, al otro lado del mar, había guerra entre los musulmanes de Sicilia y los bizantinos, que habían contratado a bandidos normandos. Como resultado, toda nave era asaltada, se rapiñaba su carga, y la tripulación se hundía hasta el fondo o iba a parar a un mercado de esclavos. Eso beneficiaba a las ciudades septentrionales, claro, pues lo aconsejable era navegar lo más lejos posible de aquella isla.

Cuando Ramiro llegó al palacio condal, la calma había sucedido a la tempestad. Ermesinda le advirtió que García se había encerrado en su aposento nupcial, la antigua cámara de Estefanía, y que esta se hallaba dentro también, intentando que entrara en razón.

—Tu hermana aprenderá a tratar con él —le aseguró Ramiro—. García es así.

—Estefanía no es como yo.

—¿Qué quieres decir? Si sois iguales.

—Por fuera. Esposo, deberías enterarte de lo que ha pasado. Esa carta ha vuelto loco a tu hermano.

Ramiro asintió a regañadientes. Se acercaron al aposento, en cuya puerta esperaban la Abuela y el jovencito Ramón, primogénito del difunto conde Berenguer. El chaval contaba quince años, era larguirucho y se mordía las uñas. Había alguien más allí, de brazos cruzados y la espalda apoyada en la pared. Matalobos.

—No hay manera —dijo la Abuela—. Con los días tan felices que hemos pasado…

Ramiro tocó tres veces en la madera labrada con motivos floridos.

—¡García, soy yo! ¿Qué ocurre?

—¡Fuera todos de aquí! —tronó el rey desde dentro.

Ramiro, avergonzado, se volvió hacia la Abuela.

—Mi señora, perdona a mi hermano. Por favor, llévate a mi esposa y a tu nieto. Si me quedo solo con él, tal vez pueda convencerlo y averiguar qué pasa.

La Abuela estuvo de acuerdo. Ermesinda no tanto, pero tomó de la mano al joven Ramón y se marcharon. Algunos criados, de los que el palacio condal estaba lleno, observaban desde el fondo del pasillo. En cuanto a Matalobos, seguía en el mismo lugar, esperando. A Ramiro no le importó, de modo que volvió a llamar a la puerta y pegó la cara a la madera. No oyó nada.

—García, por Dios. Somos invitados aquí. Abre.

Dejó pasar unos instantes y resonaron pasos dentro. Cuando abrió, Ramiro se vio de frente con Estefanía, la nueva reina de Pamplona. Aún le resultaba extraño mirar aquella cara, exactamente igual a la de su mujer. Incluso se peinaban del mismo modo. Solo que Ermesinda siempre tenía un gesto más resuelto. Estefanía, por el contrario, parecía cohibida, o incluso miedosa.

—Mi señora…

Estefanía, que raramente hablaba si no era con sus más allegados, lo saludó con precipitación y se deslizó fuera. Corrió por el pasillo hasta desaparecer en la primera esquina. Ramiro empujó la puerta. García estaba sentado en la cama de alto dosel, los codos apoyados en las rodillas y las manos crispadas sobre la cabeza, la mirada puesta en el suelo. Los cortinajes se mecían al suave viento veraniego que se colaba por las ventanas altas y estrechas. Había ropa por el suelo. Y copas tiradas, un par de velones y rollos de pergamino. Ramiro reconoció los rastros de la ira desatada, tan propia de su hermanastro. Pasó despacio y cerró. Localizó la famosa carta junto a García. Este siguió taladrando el suelo con la mirada. Sudaba, un goterón le cayó desde la barbilla. Habló con voz ronca.

—No puedo creer lo que está pasando, precisamente ahora, cuando todo parecía enderezado. Esto es precisamente lo que nuestro padre quería evitar. Y yo no lo he visto venir. Hay que hacer algo, no puedo dejar que se salga con la suya. —Se frotó la cara, como si acabara de despertar de una mala pesadilla, levantó la vista hacia su hermanastro—. Os necesitaré. A Diego también. ¿Anda por aquí?

—Está ahí fuera. —Ramiro señaló la carta—. ¿Se puede saber qué dice?

García se la entregó. Con un movimiento brusco, casi de desprecio. Después se levantó y anduvo hasta una de las ventanas para mirar fuera. Ramiro leyó lo escrito en el pergamino, tras el crismón que encabezaba la misiva:

En el nombre de Cristo y de su divina clemencia. Yo, Fernando, rey de León y de Castilla, hijo del rey Sancho, a mi querido hermano García, rey de Pamplona.

Has de saber que hoy, día martes, festividad de san Albano, a falta de XVII para las calendas de junio, fui coronado en la iglesia de Santa María Virgen, en la ciudad regia de los leoneses. En la víspera dispuse el descanso eterno de mi predecesor y hermano en Cristo, el venerabilísimo rey Bermudo, en la iglesia de San Juan Bautista.

Repugna pensar que la muerte de Bermudo fue ideada por ti sin piedad ni temor de Dios, y ejecutada de propósito y con alevosía a tu propio y único beneficio. A pesar de que eres hermano mío y muy caro a mi corazón, tengo a Cristo y a su Santa Madre por fieles guardianes de mis actos, pretendo ser rey piadoso y cuidar mi alma. De común acuerdo con Sancha, hija del rey Alfonso, mi cónyuge, reina de León y de Castilla, y con los obispos, nobles y hombres buenos de mis reinos, te hago saber que por tus actos injustos rompo mi juramento de lealtad, y que te retiro mi fe y mi consejo y mi auxilio y reniego de ti como mi señor natural, ítem más que es únicamente de Dios de quien me declaro vasallo.

Hecha esta carta en León, en la fecha antedicha, reinando Nuestro Señor en el cielo, y García en Pamplona, Ramiro en Aragón, y Gonzalo en Sobrarbe y Ribagorza. Yo, Fernando, lo confirmo de propia mano con mi signo. La paz contigo, amén.

Ramiro, tan sorprendido que temía que se le notara, se dio la vuelta y releyó el remate de la carta para deleitarse en los detalles. La forma de apelar a la lealtad y a la justicia, o más bien a cómo la falta de esta motivaba la retirada de aquella. En el modo en que su hermano Fernando se refería a él, bien que soterradamente, como

reinante en Aragón. Con Gonzalo hacía otro tanto respecto de sus señoríos sobrarbense y ribagorzano; y, para mover aún más a desazón, evitaba nombrar la Castella Vetula, solar primitivo de Castilla. ¿Ambición de recuperarla de manos de García para integrarla de nuevo en el condado? Solo que si Castilla tenía rey, es que ya no era condado. ¿Podía decirse más con menos? Así Fernando reforzaba su decisión y dejaba entrever sus ambiciones. E incluso buscaba la complicidad de la familia. A excepción de García, claro.

—Rey de León y de Castilla… —murmuró García, aún fijo en el horizonte—. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? ¿Te das cuenta de que ese crío dice reinar desde Compostela hasta Portugal y desde Asturias hasta Castilla, pasando por la propia ciudad de León, por Saldaña, por Cea… De un solo suspiro se ha hecho con un territorio que supera a todo el resto de lo que me legó nuestro padre, y ahora rompe con nosotros. Acaba de despreciarnos como a gusanos.

—Toma aire, García. La Princesita era la heredera de León, parece ajustado a la Ley.

García golpeó el dintel de la ventana.

—¡No discuto eso! ¡Siempre estuvo claro!

«Por supuesto que estuvo claro», pensó Ramiro. Esa parte del plan se había cumplido según lo previsto por García.

—Fernando ha tomado una decisión y expone sus razones. García, te ruego que no te precipites.

El rey de Pamplona abrió mucho los ojos.

—¿Te pones de su parte?

Ramiro levantó las manos para pedir calma.

—Solo digo que los impulsos te han jugado malas pasadas otras veces. Debes pensar en esto reposadamente, pedir consejo. Te recomiendo al abad Oliba. Ese hombre es un sabio y…

—No necesito que ningún extraño me diga lo que tengo que hacer. —García, cada vez más sudoroso, cruzó el aposento y arrebató la carta de las manos de Ramiro—. Esto es una felonía. Es injusto y es desleal. Nuestro padre se removerá en la tumba. Si cualquiera de mis vasallos hiciera algo semejante y lo tuviera a mi alcance, no viviría hasta el anochecer. —Rasgó el pergamino por la

mitad, apiló los dos pedazos y volvió a romper—. Y este calor, esta humedad… —Dejó caer los trozos de la misiva y se restregó el sudor —. Necesito volver a casa, allí pienso con más claridad. No tardaremos mucho en partir. Ahora vete, Ramiro. —Lo señaló con el dedo aún tembloroso por la ira—. Y ni se te ocurra darle la razón a ese pérfido. Haz pasar a Diego cuando salgas.

Ramiro observó los pedazos de la carta. Admiraba el valor de Fernando. No solo para romper el lazo de vasallaje: también para atreverse a dar el paso de convertirse en rey. Al salir, hizo un gesto seco a Matalobos.

—Tu amo te reclama.

El Vélaz le sonrió.

—Tú y yo tenemos una cuenta pendiente, bastardo.

—Lo sé, hombre. Pero no tengas prisa, ya queda menos para que te llegue el turno.

†

32. Lluvia de estrellas

†

TRES SEMANAS MÁS TARDE, VERANO DE 1038. LLORDÁ, CONDADO DE URGEL

El camino de vuelta fue muy accidentado. Estefanía resultó ser muy débil o estar mal acostumbrada. A diferencia de su gemela, le costó una enfermedad separarse de la Abuela y dejar atrás Barcelona. Cada día, la comitiva debía detenerse varias veces porque a la reina de Pamplona le faltaba el aire, rompía a temblar a pesar del pesado calor y se echaba a llorar. Su gemela acudía a socorrerla, le ponía paños fríos en la frente, le tomaba la mano y le acariciaba el pelo negrísimo mientras le cantaba alguna tonada barcelonesa. Por las noches era peor, porque Estefanía apenas dejaba dormir a los demás, fatigados de la caminata diaria y del afán de soportar sus lloriqueos. Por supuesto, la pasión de la recién casada se había evaporado, así que García salía de su tienda maldiciendo y repartiendo puñetazos por los árboles del contorno. O si trasnochaban en un monasterio, despertaba a los monjes con blasfemias poco propias de un rey cristiano.

Por otra parte, a García no se le pasaba el enojo. Con frecuencia, normalmente mientras a su esposa la aquejaba otro de sus ataques, se separaba del camino en compañía de Matalobos. Apretaba los

puños y murmuraba, gesticulando con rabia y mordiéndose el labio. Ramiro observaba todo esto sin acercarse mucho y cavilaba qué podía tramar su hermano.

El vigésimo día de marcha tuvo lugar una coincidencia. Acudieron a refugiarse al castillo de Llordá, propiedad de Arnau Mir de Tost, y resultó que el propio Arnau se hallaba allí en compañía de su esposa, Arsenda. Estaban de paso, pues iban camino de Urgel desde Artesa, donde habían veraneado hasta que se recibió una triste noticia: el conde Armengol de Urgel había muerto en pleno viaje de peregrinación a Tierra Santa. Y como Arnau era depositario y garante de su testamento, además de custodio de sus bienes junto con la condesa viuda y el obispo de Urgel, no tenía más remedio que presentarse en la corte condal para dar a conocer la última voluntad del difunto.

La alegría de Ramiro fue enorme al reencontrarse con sus amigos, y García disimuló adecuadamente, como correspondía a un rey. Arnau se lo presentó a Arsenda como «el bravo pamplonés que me dio una paliza en León», aunque aquello estuviera perdonado y casi olvidado. Sobre todo después de convertirse en compañeros de armas en Galicia. Naturalmente, García, Ramiro y sus esposas gemelas serían acogidos en las mejores estancias del castillo. Bien podía esperar unos días el testamento del conde muerto, ¿verdad? Matalobos, por su parte, ni siquiera saludó a Arnau. Se limitó a preparar una acampada para el séquito a los pies de Llordá. Bastante contentos estaban de que durante unas noches se librarían de soportar los llantos de la reina Estefanía.

Arsenda se convirtió en la guardiana de Estefanía. Se la llevaba a pasear y compartía con ella largas charlas, o cepillaba su larga melena negra mientras la reina, que sostenía el Mirall, conseguía por fin un poco de alivio a sus pesares.

—Mi mujer parece una monja —dijo Arnau la tercera noche, mientras Ramiro, García y él cenaban en lo alto del torreón, con el cielo estrellado sobre ellos e iluminados por la luna y por un par de antorchas. El mes era propio de fiestas entre campesinos y mozas casaderas, y los señores del lugar no iban a ser menos. Abajo, los demás disfrutaban del banquete que se había preparado por

indicación de Arsenda, ya que san Lorenzo lloraba esa noche. Y, ciertamente, todos pudieron ver las lágrimas luminosas que cruzaban el firmamento mientras bebían vino y danzaban al son del rabel, del pandero y de las palmas—. Dice que le da mucha pena lo que le pasa a la reina Estefanía, y ahora se le ha metido en la cabeza construir albergues para los peregrinos. Que qué es eso de pasar las noches al raso, pregunta. Y ya puestos, que los pobres encuentren dónde dormir, y qué beber y qué comer. Esta esposa mía…

—Esa esposa tuya es una buena mujer —dijo García, que no quitaba la vista del cielo por si acertaba a detectar uno de aquellos flechazos de luz.

—Quiere que construyamos un albergue aquí mismo. Y otro en Tost. Y en Áger y en Montmagastre. Voy a tener que tomarles siete castillos más a los moros solo para darle gusto a Arsenda.

Abajo celebraron con griterío la caída de una nueva lágrima de luz. García asintió mientras masticaba tajadas frías de cerdo. Había bebido algo más de la cuenta, pero de momento prefería comer y callar. Ramiro señaló al este, por donde el fogonazo se disolvía en la oscuridad. Lo malo era que había que estar muy atento si quería uno ver aquel milagro.

—¿No os parece extraordinario? Es como si las estrellas se desprendieran y nos cayeran encima. ¿No será un mal presagio?

—Algo malo sucederá, sin duda. —Arnau sonrió—. Siempre sucede, con el cielo en su sitio o desmoronándose sobre nuestras cabezas. Y normalmente no nos avisa nadie desde ahí arriba.

Ramiro asintió.

—Cierto. Preocupémonos de lo que hay aquí abajo. Y hablando de tomar castillos a los moros. ¿Qué pasará ahora en Urgel? ¿Tenía hijos el conde?

—Sí, sí —contestó Arnau—. Pero es un crío de seis años. También se llama Armengol, como su padre y como su abuelo. Hay un viejo pacto de sucesión con Barcelona, pero es de cuando aún vivía el conde Berenguer, así que olvidémoslo. Lo más seguro es que la madre del joven Armengol asuma la regencia. Yo la ayudaré, por supuesto.

—Pero eso te distraerá de la frontera.

—Ni hablar. Si hace falta, me traeré al crío aquí y lo montaré en un caballo. No podemos perder esta oportunidad.

—¿Qué oportunidad? —preguntó García.

—Ya, aún no lo sabéis. —Arnau se puso en pie y apoyó la espalda en un merlón. Tras él, una lágrima de san Lorenzo cruzó el cielo antes de desaparecer cerca del horizonte, lo que despertó nuevos vítores a ras de tierra—. Se dice que el emir de Zaragoza ha muerto. Y ese sí que no tenía herederos.

García y Ramiro se miraron.

—Ya sabes cómo es esa gente —le dijo el segundo al primero—. Se pelearán por ocupar el trono. Podemos aprovechar y…

—No es buen momento —le cortó García—. Ahora debemos hacer frente al otro problema. Fernando y sus quimeras.

Arnau, que ya estaba al tanto de lo ocurrido, prefirió no intervenir. Se sacudió las manos de migas antes de disculparse.

—Bajaré a por las mujeres y las haré subir. Desde aquí arriba se ven mucho mejor las lágrimas del santo.

En cuanto el urgelense desapareció por la trampilla que llevaba abajo, Ramiro se puso en pie y se limpió las migas de la túnica.

—Recuerda lo que nos dijo nuestro padre. Que nos ayudáramos unos a otros. Podemos avanzar contra Zaragoza unidos. Ya has oído a Arnau: él también lo hará. No podemos quedarnos atrás ni dejar que los infieles se recuperen.

García echó un último trago de vino y dejó a medio comer una tajada. Se desperezó sin levantarse.

—Nuestro padre también dijo que me debíais lealtad. ¿Te acuerdas?

—Por supuesto.

—Pues Fernando lo ha olvidado.

Abajo se oyeron risas femeninas. Incluso la de Estefanía. Ramiro se aproximó a García.

—¿En qué piensas? Si lo deseas, iré a León y hablaré con Fernando.

—No. Esto es entre Fernando y yo. Lo que necesito de ti es que estés a mi lado, como ordenó nuestro padre.

—Estoy a tu lado, García. Ya lo sabes.

—¿Siempre?

Ramiro se mordió la lengua. «Siempre» era una palabra densa, llena de un significado que superaba a la ligereza con la que sonaba.

—Siempre que seas justo.

El rey se levantó por fin, pero en ese instante apareció una de las gemelas en lo alto de la torre, su pelo negro resplandeciente a la luz de las antorchas. Por un momento, ni Ramiro ni García se atrevieron a acercarse para besar a la esposa, ya que no distinguían si era la del uno o la del otro. Entonces llegó la segunda gemela y empezó a bromear, pues ambas vestían brial blanco y se habían trenzado igual el pelo. ¿Cuál era Estefanía y cuál Ermesinda? Las dos jugaron un rato, cambiándose de lugar entre sí mientras Ramiro dudaba, pero García se cansó pronto y les dio la espalda. Arsenda y Arnau se unieron al grupo, y todos menos el rey alzaron las cabezas para observar la lluvia de estrellas. Hasta que llegó un criado con un bulto que entregó a Arsenda. La señora de la casa desenvolvió su valioso espejo.

—He mandado traer el Mirall —dijo, con los ojos brillantes por el vino, y mostró el objeto—. ¿No querías verlo, Ermesinda?

—Oh, sí —respondió una de las gemelas—. Aunque tal vez yo sea Estefanía. ¿Sabrá el espejo quién soy en realidad?

Las tres mujeres se turnaron para mirarse a la luz de las antorchas mientras continuaban con el juego de confusión. Arnau adivinó que García seguía enojado, e imaginó el motivo. Se acercó a Ramiro para hablarle en voz baja.

—Permite que pase el tiempo. Ahora tu hermano se deja llevar por el corazón, pero pronto se guiará por el pensamiento.

Ramiro negó.

—Temo más la mente de García que su corazón. Bermudo de León no murió por un impulso de sangre caliente.

Las mujeres lanzaron un grito unánime cuando se descolgó de arriba un trallazo especialmente luminoso. Arnau aún bajó más la voz.

—¿Sabes algo de Munia?

Ramiro observó a las gemelas, imposibles de diferenciar esa noche.

—No. He preguntado, pero es como si se hubiera disuelto. Igual que esas estrellas que caen y de repente se apagan.

—La encontrarás. Lo sé.

Ramiro arqueó una ceja.

—¿Lo sabes?

Arnau Mir de Tost señaló a su mujer.

—Ella está segura. Y ahora no te queda más remedio que buscarla. No querrás dejar mal a Arsenda, ¿verdad? Lo que hay al otro lado de ese espejo es muy serio, ya lo sabes.

Ramiro asintió, recordando las palabras de Arsenda sobre nubes de tormenta y reyes prestos a morir. Pero los recuerdos quedaron apartados cuando las dos gemelas insistieron en preguntar a Arsenda sobre sí mismas.

—¿Cuántos hijos tendré? —decía una.

—¿Y yo? ¿Daré a luz algún varón?

Arsenda pidió más vino, y Arnau se apresuró a servirle una copa que ella trasegó como si acabara de cruzar el desierto.

—Más despacio, mujer. Te va a sentar mal.

Arsenda dejó la copa en la mesa y pidió calma, se retiró el cabello de la cara, consultó el Mirall. Tan risueña como un momento antes. Un flechazo especialmente luminoso rasgó la oscuridad.

—¿Qué ves ahí? —preguntó Ermesinda. O tal vez fuera Estefanía.

—Es difícil, casi no hay luz.

La otra gemela rompió a reír.

—¡Estás borracha! ¿Cómo vas a ver nada?

—Todas estamos borrachas. ¡Más vino!

Carcajadas por doquier. Abajo arreció el ritmo de la música, y también las palmas. Y Arsenda giraba sobre sí misma, como si bailara. No podría decirse si trataba de adivinar qué había al otro lado del espejo o si solo seguía con el juego. La superficie cristalina fulguraba con el cobre de su melena, con los blancos briales de las gemelas. Relumbrones repentinos al reflejar las llamas de las antorchas.

—Tú parirás primero un varón, sí. Y tu linaje se alargará años. ¡Siglos!

—¿Hablas de mí? —preguntó una de las hermanas.

—Sí, de ti, seas quien seas. —Y señaló a la otra—. ¡Y tú también! ¡Veo un príncipe! ¡Fuerte y sano!

Las gemelas se abrazaron.

—¡Dinos más!

—Veo dicha, y más hijos. Niños, niñas. ¡Felicidad! —Arsenda se cogió el faldón para girar más deprisa—. Veo una corona. ¡No! ¡Veo dos coronas!

Las hermanas se tomaron de las manos y saltaron como adolescentes. Entonces Arsenda se frenó, justo cuando abajo también terminaba la tonada y los invitados aplaudían. Poco a poco se hizo el silencio. Arnau Mir de Tost se acercó a su esposa y la sostuvo, pues parecía a punto de caerse.

—¿Qué más has visto, Arsenda?

—Hermanos que se odian. Eso he visto. —Apartó la mirada del espejo y la clavó en su marido. Angustiada—. Muerte, Arnau, he visto muerte. Aquí y allá. Dos reyes que van a la guerra y un trono vacío, manchado de sangre, que cae desde lo alto. Se despedaza contra las rocas, se hace añicos en el suelo.

García, que hasta ese momento se había mantenido aparte, también se movió. Tomó una antorcha y la acercó al Mirall, aunque solo vio el fuego reflejado.

—¿Hermanos que se odian, mi señora? ¿Eso has dicho? ¿Muerte? ¿Un trono vacío?

Arsenda se frotó la cabeza.

—Estoy mareada. El vino, el baile… Perdonadme ahora.

García siguió a la mujer con la mirada. Ayudada por las gemelas y por Arnau, bajó de la torre. Ramiro observaba a su hermanastro. Su gesto serio. ¿Acaso creía en aquel confuso vaticinio? Hermanos que se odian, sangre en un trono vacío.

—No ha sido el espejo. No ha sido ella. Es una noche rara, Arsenda ha bebido demasiado.

García asentía con movimientos muy lentos.

—El vino confunde la mente y desata la lengua, es cierto.

«Y también muestra la verdad», pensó Ramiro.

†

DOS DÍAS DESPUÉS. ZARAGOZA

Sulaymán ibn Hud caminaba con paso marcial por el corredor de la Zuda, la espada al cinto, las anillas de la loriga tintineando a cada zancada. La alfombra que pisaba con sus botas polvorientas era roja, bordada con una escena de caza entre palmeras, tan mullida que amortiguaba sus pasos. Escuchaba charla al final, en el salón de consejos. Según Rodrigo, allí había sido donde el joven Mundhir había hallado la muerte. Tras él venía un séquito armado en el que se mezclaban los guerreros andalusíes de la Marca Superior con los cristianos a sueldo comandados por Rodrigo Vélaz. El propio Rodrigo cerraba la marcha, distribuyendo a más hombres para asegurar el palacio. Los pocos guardias que permanecían fieles a Ibn al-Hakam se apartaban, temerosos de la decisión que mostraba Ibn Hud.

—¡Abrid las puertas! —tronó el *walí*.

Los guardias obedecieron sin vacilar.

El salón de consejos había cambiado desde la muerte de Mundhir. De alguna forma, Ibn al-Hakam se las había arreglado para expoliar el tesoro del emir muerto, y las paredes lucían recargadas con objetos de oro y plata. Los tapices de seda se solapaban unos con otros, y un pavo real se paseaba sobre la mesa alargada. El propio usurpador vestía una extravagante y colorida *zihara,* y manto de forro vuelto por encima. Esperaba repantingado en el sillón principal, con la panza desparramada sobre la faja carmesí mientras se atiborraba de uvas doradas y bebía arrope aromatizado. Se había apoderado de las concubinas del difunto Mundhir, muchachillas jóvenes y de belleza frágil, incluso alguna de no más de quince años. Ahora todas se repartían por el salón, juguetonas y lánguidas. Vestían túnicas de seda y cargaban muñecas, tobillos y gargantas con joyas de oro y rubíes.

—Ibn al-Hakam… —Ibn Hud se detuvo frente a él, en el extremo opuesto de la mesa. El pavo real saltó al suelo y anduvo dando cabezadas hacia un rincón—. Ya estoy aquí, como tú querías.

—Honorable Ibn Hud, la paz contigo. Te saludo y doy gracias a Dios por tu llegada. Has tardado más de lo previsto, eso sí. Cada noche oigo cómo los zaragozanos vociferan, golpean las puertas y me insultan. —Ibn al-Hakam dejó caer el racimo de uvas y escupió una pepita a un lado—. Pero ahora todo se arreglará.

—Así es. ¿Dónde están mis hijos?

—En sus aposentos. No les ha faltado de nada, pues en cierto modo me considero un segundo padre para ellos. ¿Te place eso, Ibn Hud? En realidad es así como me siento. —El orondo usurpador se puso en pie con algo de esfuerzo y acarició la cabeza de una chica morena con grandísimos ojos azules—. Soy como un padre para todos. De ese modo debe comportarse un emir.

—Si tú lo dices…

—Lo digo, lo digo. Bien. —Chascó los dedos—. ¡Muchachas, dejadnos solos! Ibn Hud, hay mucho que hacer. Es llegado el momento de que calles esas voces discordantes. Aún no he podido salir de la Zuda.

El veterano *walí* dejó que las concubinas abandonaran el salón bajo la mirada lasciva de sus hombres y de los cristianos. Rodrigo Vélaz entró en ese momento y se puso junto a Ibn Hud. Llevaba su maza en la mano.

—Es para impresionarse, qué lujo —dijo el Vélaz, en un árabe andalusí casi perfecto.

—Ah… —vaciló Ibn al-Hakam—. ¿Desde cuándo hablas nuestra lengua?

—Desde antes de lo que tú piensas. —Y le dio un codazo cómplice a Ibn Hud—. ¡Pero cómo brilla todo! Con toda esta riqueza se podrían comprar armas y pagar mesnadas.

—Ya arreglaremos eso. —Ibn Hud paseó a lo largo de la mesa, rozando los respaldos de las sillas que antaño ocuparan los consejeros de Mundhir—. Dime, Ibn al-Hakam, ¿dónde están los cadíes y visires? ¿Dónde están los hombres que gobernaban el reino en nombre de ese chiquillo al que traicionaste?

—¿Traición? —A Ibn al-Hakam le cambió el gesto—. Qué palabra tan fea, amigo mío. Mundhir era una enfermedad para Zaragoza, como lo fue su padre. Y en cuanto a sus consejeros, me libré de ellos. No eran más que perezosos que medraban a costa de Mundhir. Y no quería ambiciosos a mi alrededor. Imagina que alguno pensara en…

—¿Hacer lo mismo que tú?

Ibn al-Hakam sonrió. Algo más nervioso esta vez.

—Exacto. Pero dejemos eso ahora. Ibn Hud, te he mandado llamar para que seas el hombre más poderoso de la taifa, solo por debajo de mí. Necesito que garantices mi seguridad y aplaques a esa gentuza de fuera. Cuanto antes regrese la tranquilidad, mejor podremos planear cómo enfrentarnos a los cristianos del norte. ¿No es eso lo que querías?

Ibn Hud seguía de paseo. Ahora tocando cada lujosa pieza colgada de la pared. Lamparitas y pebeteros plateados, arquetas de marfil, tapices bordados con hilo de oro…

—La tranquilidad de la taifa está asegurada, por eso he tardado tanto en llegar. He hablado con la gente por el camino, y también con esos de ahí fuera. Todos volverán a sus hogares y, a partir de mañana, aceptarán de buen grado al nuevo emir.

A Ibn al-Hakam se le iluminaron los ojos.

—Lo sabía. Sabía que en cuanto vieran que estás de mi lado, todo se calmaría. ¡Bien! Buscarás a los líderes más revoltosos, no quiero sorpresas. Sospecho del imán Abú Ibrahim. Y de ese ulema que predica junto al Ebro, Zakkariyyah ibn Nasr. Nunca les he caído bien. Naturalmente, deben venir a prestarme juramento de obediencia. Si alguno se niega, daremos un buen escarmiento. ¡Ah! Y debe quedar claro que a Mundhir lo mataron pérfidos agentes del emir de Toledo. Y que yo no haré sino honrar su memoria, vengarlo y traer prosperidad y poder a la taifa.

Ibn Hud se detuvo otra vez, de nuevo junto a Rodrigo Vélaz. Miró distraído al techo, como observando el artesonado de madera noble.

—No me has entendido, Ibn al-Hakam. A esos de ahí fuera les he confirmado que fuiste tú quien mató a Mundhir para arrebatarle el trono. Se sabe ya desde Lérida a Calamocha.

El usurpador palideció.

—¿Cómo?

—Y las tropas que enviaste a Tudela están de vuelta, acuarteladas y a la espera de mis órdenes. —Se volvió hacia Rodrigo—: Amigo mío, hazme la merced de buscar a mis hijos y tráelos aquí. Empezaremos enseguida a organizar la taifa.

El Vélaz sonreía como un zorro. Esta vez habló en romance:

—Enseguida, mi rey.

Ibn al-Hakam se dejó caer de nuevo en el sillón del difunto Mundhir.

—¿Te ha llamado rey?

—Los cristianos lo dicen así. Los soldados me han aclamado como emir, ya ves. Y el pueblo también lo hará en cuanto les confirme que he derrocado al usurpador, al asesino del pobre Mundhir. —Se plantó la diestra sobre el pecho—. Abú Ayub Sulaymán ibn Hud, emir de Zaragoza. ¿A que suena bien?

—Pe… pero. —Ibn al-Hakam habló con un reguerito de voz—. Yo soy el… O sea, el emir soy…

—No digas más tonterías, hombre. Mira a tu alrededor. ¿Qué estás haciendo? ¿Así pretendes que Zaragoza se convierta en una taifa poderosa? ¿Con seda, oro, plata y piedras preciosas? ¿Con concubinas y bichos de colores?

Ibn al-Hakam dejó caer la mandíbula. Al fondo, el pavo real extendió su cola.

—¿Qué harás conmigo, Ibn Hud? No cometas un error, puedo serte de ayuda.

El veterano sonrió a medias.

—No te quiero cerca, sería como dormir en una cama de clavos bajo una roca a punto de desprenderse. Pero tampoco soy un criminal, como tú. —Acarició el pomo de su espada—. Yo derramo la sangre de mis enemigos en el campo de batalla. Tendrás toda la noche para pensar, elige un lugar de tu gusto. Mañana mandaré que te lleven allí, y te quedarás todo el tiempo que Dios, alabado sea, quiera concederte.

—¿Qué? Espera… ¿Toda la vida encerrado en…?

—Eres el traidor que mató al emir Mundhir. ¿Crees que estarías seguro caminando a tu aire por Zaragoza o por Barbastro? ¿Por Calatayud o Daroca? Puedes estar seguro de que si abandonas el encierro, tu cabeza acabará colgando de mis murallas hasta que no quede carne por pudrir.

A Ibn al-Hakam se le caían dos lagrimones y le temblaba el labio inferior. Entrelazó los dedos.

—Pero… Ibn Hud, te lo suplico. ¿Por qué? Yo te iba a dar el mando de…

—Ya tengo el mando, necio. —Se volvió hacia sus hombres—: Coged a este despojo y metedlo en una mazmorra hasta mañana. Pero quitadle antes esa ropa ridícula, y esos anillos, y los collares. Y no le deis cena. Le vendrá bien pasar algo de hambre.

Los soldados obedecieron, e Ibn al-Hakam anduvo cabizbajo, ya sin rechistar. Lo primero que cayó al suelo fue su manto forrado de piel, que quedó extendido como una alfombra. De esa misma forma concluía su efímero reinado.

Ibn Hud se acercó al sillón en el que había muerto Mundhir, pero no tomó asiento. En lugar de eso recogió el racimo del que se había alimentado el usurpador y mordió una uva. Después observó las riquezas de nuevo, calculando ya cuántos guerreros podría comprar con todo aquello. Lo primero sería repartir a sus hijos como *walíes* por las ciudades más importantes del reino. Ellos se encargarían de hacer que se cumplieran sus órdenes. De reforzar defensas, reclutar nuevas tropas y procurar su adiestramiento. El pequeño Lubb ya estaba en Huesca, esa había sido su primera orden como emir de Zaragoza, incluso antes de tomar posesión en la capital. Y enseguida, en cuanto se hiciera dueño efectivo de la taifa, destacaría a Rodrigo Vélaz y a sus hombres junto a Lubb, para que lo protegieran y le enseñaran bien el oficio de la guerra. De nada servían los hombres de armas en Zaragoza. Frente al peligro del norte, allí es donde tenían que estar. Y luego quedaban las tareas por encomendar a sus demás hijos. Ellos serían la garantía de lealtad y de voluntad común por toda la taifa, y de continuidad de la nueva dinastía. Al mayor, Abú Yaffar, lo mantendría a su lado para que aprendiera a gobernar sobre hombres, no sobre pavos reales

como aquel que aún pululaba por allí. Al resto los enviaría a Calatayud, Tudela y Lérida. Se acabaron los reyezuelos pusilánimes, había llegado la hora del guerrero. Un guerrero andalusí capaz de aterrar a sus enemigos, como el viejo al-Mansur.

El muecín cantó a lo lejos, y pronto se repitió su melodía por toda la ciudad, de minarete en minarete. La oración de la media tarde. Ibn Hud se arrodilló sobre el lujoso manto de Ibn al-Hakam, dispuesto a dar gracias al Único, al Misericordioso, por convertirlo en emir de Zaragoza.

†

33. Duelo en Roda

†

UNA SEMANA DESPUÉS, VERANO DE 1038. RODA, EN LA RIBAGORZA

A orillas del río Isábena, en las posesiones ribagorzanas de Gonzalo, se hallaba la ciudad episcopal de Roda, capital del viejo condado y su centro de poder. Solo que el obispo, Arnulfo, no se encontraba allí. Los albaceas del difunto conde de Urgel lo habían reclamado para ser testigo de que se cumplían sus últimas voluntades, así que García, Ramiro, las esposas de ambos y el resto del séquito se alojaron en el nuevo dormitorio de la catedral, recién construido junto con el refectorio, la sala capitular y el pequeño campanario. Las dos gemelas se apresuraron a rezar a los santos Vicente y Valero, a los que el obispo había consagrado el templo. Una iglesia que renacía de las cenizas de la anterior. Sobre sus piedras, como en tantas otras iglesias, flotaba aún el recuerdo de las sucesivas razias musulmanas, de los tiempos de al-Mansur y su hijo. Ambos habían derribado los templos precedentes, ansiosos por demostrar a los cristianos que su Dios los había abandonado.

Los rotenses, curiosos, se acercaban a preguntar por su señor Gonzalo, al que aún no habían visto desde que recibiera el condado. ¿Cuándo pasaría a visitarlos, a rezar en su catedral y a reforzar los muros? Se sentían abandonados, lejos de Nájera y de Jaca, en los

confines ribagorzanos lindantes con el condado de Pallars y la taifa de Zaragoza. No eran pocos los que se estremecían al pensar en el terror de tres décadas antes, cuando los infieles arrasaban, quemaban, degollaban y esclavizaban.

Era Ramiro quien se encargaba de contarles que dentro de muy poco, su hermano Gonzalo se haría cargo del gobierno en la Ribagorza, y que hasta ese momento debían mostrarse tan leales como de costumbre. Pero los villanos tenían razones para estar temerosos. Aguas abajo del río Isábena, a media jornada, se abría la frontera, vigilada desde el lado sarraceno por la guarnición de Lascuarre. Y a medio día más de camino, la poderosa fortaleza de Graus. Pequeñas partidas musulmanas se habían aventurado durante todo el verano, cruzando para saquear granjas en rápidas incursiones nocturnas. Ramiro, responsable de cuidar de aquella gente hasta que Gonzalo asumiera el gobierno, trató de calmarlos, pero podía leer la desconfianza en sus rostros. De modo que se entrevistó con el rey en el refectorio, tras la frugal comida que compartieron con los clérigos del cabildo.

—Quiero tu permiso para quedarme aquí y pasar la frontera hacia el sur. Los moros de Lascuarre hostigan a esta buena gente a placer. Hace una semana les mataron a dos pastores y se llevaron a la hija de uno de ellos junto con todo el ganado. A estas alturas ya habrán puesto a la chica a calentar la cama de algún baboso. Me han dicho que ocurre a menudo en los últimos tiempos.

Pero García apenas le prestaba atención.

—No nos detendremos aquí más que lo justo. Quiero llegar cuanto antes a Nájera y decidir qué hacemos con Fernando.

—Pero ya oíste lo que nos contó Arnau: en Zaragoza anda revuelto el ambiente. Si hasta ayer eran débiles los moros, ¿cuánto no les podremos ganar hoy? Déjame aquí, yo me encargaré de reclutar una tropa y los llevaré al otro lado. Antes de que acabe el verano habré dado un escarmiento a los de Lascuarre, y a lo mejor hasta les tomo la plaza. Pero si no respondemos, se crecerán.

—Déjalo ya —masculló García—. He dicho mi última palabra.

Ramiro, molesto e impaciente, se puso en pie, saludó a los clérigos que limpiaban las mesas de restos y se fue. Al salir del

refectorio advirtió que Matalobos vagueaba por allí, apoyado en el dintel de piedra, los brazos cruzados y la sonrisa rapaz.

—¿Qué pasa, bastardo? ¿No te dejan jugar a la guerra?

Ramiro, que acumulaba bilis de compartir viaje con aquel rufián y de soportar sus miradas de burla, estuvo a punto de contestar, aunque una vez más lo dejó pasar.

Pero el asunto transcurrió de forma diferente esa misma tarde, después de que García ordenara preparar la marcha para el día después. Alguien se puso a dar voces frente a la puerta de la catedral, y la escolta pamplonesa acudió para ver qué ocurría. Se informó de que una anciana se había plantado allí, bajo un enorme pino al que se atribuían más de doscientos años. La señora vestía trapos ajados, lucía enormes bolsas bajo los ojos, estaba de pie sobre un carro de heno y llevaba una soga al cuello. Se las había arreglado para pasarla por una de las ramas, la había atado al tiro y, con una larga vara en la diestra, amenazaba con arrear al buey uncido al carro. Estefanía y Ermesinda fueron las primeras en llegar, aunque se quedaron apartadas, observando incrédulas a aquella vieja. Después apareció Ramiro. Él sí se abrió paso entre los guardias, pero no le quedó más remedio que detenerse al oír lo que decía la suicida con voz quebrada, la vara en alto y los ojos rojos de tanto llorar.

—Ni un paso más o me cuelgo.

—Vale, vale. ¿Qué te pasa, buena mujer?

—Pasa que acabo de llegar de Perarrúa para ver al rey. ¿No está aquí?

Ramiro se volvió. Ni rastro de García, aunque cada vez acudía más gente a la plaza.

—Yo soy su hermano. Habla conmigo.

La anciana se lo pensó un momento. Miró a su alrededor y cobró conciencia de la expectación que acababa de suscitar. Eso pareció intimidarla.

—Pues… Hace dos días, los moros me mataron al hijo y se llevaron a mi nuera con las dos criaturas que tiene. En Perarrúa me dicen que nada pueden hacer, que son poca gente para salir en

partida, y menos aún a Graus. Dicen que seguro que se los llevaron allá.

—Es cierto, buena mujer. Graus es plaza muy fuerte, haría falta un ejército para sacar algo de allí. Y costaría meses. Dime, ¿cómo fue que tu hijo se dejó cazar?

—Bajó con la familia al río a refrescarse. Domingo era, después de misa. Esos infieles no respetan nada. ¿Ves lo que tenemos? Hasta en el día del Señor nos matan, nos roban y nos llevan como siervos. Tenías que ver cómo dejaron a mi hijo. Las tripas le cruzaban la corriente de orilla a orilla. ¿Sabes qué es para una madre ver algo así? ¿Es que nadie va a hacer nada?

Ramiro cerró los ojos, tratando de encontrar una solución a lo que no la tenía.

—Buena mujer, trata de juntar algo para el rescate, que a lo mejor puedes recuperar a los nietos.

La anciana sacudió los brazos, impotente y a punto de romperse. Ramiro temió que azotara sin querer al buey.

—¿Qué voy a juntar? ¿Miseria? ¡En Perarrúa hay dos o tres lanzas, y aquí no mucho más! ¡Desde que murió el rey Sancho que no tenemos señor ni nada que se le parezca! ¡Un obispo gordo y rácano, más empeñado en construirse una iglesia que en pastorear a los cristianos! ¡Muy vivo para cobrar diezmos y primicias, eso sí! ¡Nos tenéis abandonados, más que nunca! —Señaló a Ramiro con la vara, amenazadora—. Si no puedes darme una solución, ¿de qué me sirves? ¡Quiero ver al rey!

Ramiro, incapaz de aguantar la mirada de la mujer, le dio la espalda mientras pensaba qué contestarle. Entonces vio a las dos gemelas. Como ocurría últimamente, no fue capaz de distinguirlas, pues ambas se habían vestido con parecidos colores y llevaban peinados similares. Una de ellas observaba a la anciana con una mezcla de despecho y asco. La otra, agarrada del brazo de su hermana y clavándole los dedos, parecía conmovida. Ramiro estuvo seguro de que esta última no era su esposa. Entonces vio a salir a García de la catedral. Matalobos apareció tras él, pero andaba más deprisa y pronto lo adelantó. El Vélaz pasó por entre el gentío que poco a poco se acumulaba en la plaza, ni siquiera miró a Ramiro al

rebasarlo y se acercó al buey uncido al carro. Señalo amenazador a la anciana.

—A ver, zarrapastrosa —escupió—. ¿Crees que el rey tiene tiempo para tus miserias?

Ramiro también se adelantó, temeroso de que Matalobos espantara al animal de tiro y la señora se viera colgando de aquel pino.

—Tú déjala. Yo me ocupo.

El Vélaz se volvió con aquella mueca socarrona de siempre.

—¿Tú? —Ahogó una risita y se dirigió de nuevo a la anciana—. Vieja, baja de ahí si no vas a ahorcarte. Y si lo vas a hacer, adelante. No nos hagas perder más tiempo.

Ramiro empujó a Matalobos por la espalda.

—He dicho que la dejes. Que eres muy valiente contra ancianas, y contra muchachos desarmados y reyes caídos. Pero habría que verte enfrentado a los moros que le han arruinado la vida a esta mujer.

Matalobos agarró a Ramiro por la pechera y, como era más alto, lo puso de puntillas.

—Bastardo, hijo de ramera…

El puñetazo resonó en la plaza, pues la muchedumbre callaba a la espera de cómo iba a acabar aquello. Fue un golpe seco, de amplia parábola e impacto seco, que sacudió el rostro de Matalobos y le aflojó las rodillas. Soltó la ropa de Ramiro y dio un par de pasos a un lado, desorientado. Pareció a punto de caer, pero se repuso. Se restregó la boca, retiró el dorso del puño manchado de sangre. Fue como si ver aquel trazo rojo lo sumiera en una especie de letargo. Por fortuna, no llevaba el hacha, pero sí una espada al cinto. Su mirada se oscureció mientras la mano diestra se le deslizaba por el pomo y apretaba el puño, aunque no desenvainó.

—Venga —le retó Ramiro, que también iba armado—. Que asome ese hierro, a ver qué pasa.

—¡Basta! —gritó García, llegando desde la iglesia.

Matalobos levantó la vista y la volvió hacia García.

—Deberías enseñar a tus hermanos a cuidarse. Cuando no es uno, es otro el que te retira la lealtad, o te desafía o simplemente se

vuelve estúpido. —Mostró el manchurrón rojo en la mano. Como si aquello fuera algo insólito—. Les gusta jugarse la vida.

Ramiro ignoró a Matalobos y señaló a la anciana.

—¿No la has oído, hermano? ¡Te pide ayuda! Los infieles los atacan a placer incluso ahora. Si Zaragoza recobra la paz, mal veo la frontera. Deberíamos quedarnos un poco más y arreglar esto.

García se metió entre Matalobos y Ramiro. Brazos en jarras, habló a la anciana. Sin conmiseración, pero también sin soberbia.

—Mujer, así no arreglarás nada. Deja que la gente principal se ocupe de sus tareas en el tiempo que corresponda, y tú vuelve a las tuyas ahora. —Posó una mano sobre el hombro de Matalobos—. Diego, regresa dentro. Y tú, Ramiro, retírate también, y guarda tus fuerzas para cuando nos topemos con Fernando. Ya habrá tiempo que dedicar a los moros. —Dejó la mirada en la de su hermano y convirtió su voz en un susurro—. Y no vuelvas a cuestionarme. Menos aún en público.

Ramiro aguantó la respiración. Miró a su alrededor, al gentío que se había congregado en la plaza. Alzó la barbilla y caminó junto al buey, acariciando su lomo. Siguió hasta el carro, subió de un salto y, sin aspavientos, retiró la soga del cuello de la anciana. Entonces la señora rompió a llorar y se abrazó a él. Ramiro le acarició el pelo blanco. Los rotenses aplaudieron casi al unísono y, entre varios, ayudaron a Ramiro a bajar del carro a la anciana; uno de los guardias de la escolta se las arregló para descolgar la soga del pino. Ermesinda se soltó de su gemela y corrió a unirse a su esposo en el consuelo de aquella abuela a la que le habían arrebatado a los nietos. García, que lo observaba todo con media sonrisa, no se dio cuenta de que Ramiro se escabullía, y tampoco de que Diego Vélaz ya no estaba a su lado. Tomó de la mano a Estefanía y la animó a regresar a las dependencias de la catedral.

—Estoy harto de este viaje —dijo.

Su esposa, la reina, se dejó llevar, impresionada porque acababa de darse cuenta de lo cerca que estaba la frontera con los infieles, y no dejaba de imaginarse capturada por una horda, arrastrada con una soga camino del zoco. Y apenas habían traspasado el umbral del templo cuando el griterío alegre de fuera mudó. Fue algo casi

imperceptible, como si el viento cambiara de dirección. Al volverse, García vio que los villanos se desplazaban, también arrastrados por ese extraño viento. Se movían como un rebaño casi, apoyándose unos en los hombros de los otros, o aupándose para ver sobre las cabezas de delante.

—¿Qué pasa ahora?

Se oyó un grito, agudo, femenino. Estefanía palideció.

—¡Es mi hermana!

Volvieron fuera. Era algo a un lado de la plaza, conforme el terreno cedía porque la iglesia estaba en lo más alto del lugar. Se dejaron arrastrar por la masa de gente, sin ver siquiera a los guardias armados. Ermesinda volvió a gritar, y su gemela apretó la mano del rey.

—¡Paso! ¡Apartad!

Lo siguiente fue el choque metálico, inconfundible. García supo lo que ocurría antes de verlos. Por fin logró llegar hasta primera fila y lo confirmó.

Un duelo.

Matalobos y Ramiro se batían a espadazos. Encadenando golpes que pasaban rozando al oponente. Y muy de vez en cuando, las hojas metálicas chocaban. Luchaban en un claro abierto por la multitud, que se mantenía a distancia segura.

—¡Páralos, García! —rogó Ermesinda, que asistía al combate a muy poca distancia, mezclada con la plebe.

—¡Alto! —bramó el rey.

Pero ni uno ni otro lo habrían escuchado aunque se lo gritaran al oído en medio del desierto, entre otras cosas porque en aquella plaza vociferaba todo el mundo, jaleaban cada ataque y silbaban cuando una hoja pasaba muy cerca de la carne. Matalobos avanzaba, dando dos o tres pasos rápidos antes de descargar cada tajo. Y Ramiro, más pequeño y ligero, se movía a los lados, esquivando y respondiendo. Conforme una hoja pasaba junto al cuello del rival, la gente de Roda aguantaba la respiración y Ermesinda gemía entre dientes. Ambos evitaban el choque de espadas para no quebrarlas, aunque no siempre lo conseguían. Entonces, cuando el metal impactaba contra el metal, resonaba un

chasquido que encogía el alma. García se adelantó dos pasos desde la línea del público, levantó ambas manos y lo ordenó de nuevo.

—¡He dicho que paréis!

Aunque esta vez no fue con tanta convicción, ni se oyó su voz sobre el tumulto de los espectadores, porque él mismo estaba intrigado. Recordaba el día en que había luchado contra Ramiro en Nájera. El modo en que había evitado sus golpes, guardando siempre la distancia, retrocediendo o desplazándose a los lados para no quedar arrinconado. A él no había conseguido cansarlo, pero sí dejarlo a merced de la impaciencia, lo que lo llevó a cometer un error fatal. ¿Hacía eso mismo con Diego Vélaz?

Ramiro chocó en ese momento con el zócalo de una de las casas. Matalobos quiso aprovecharlo y lanzó una estocada, pero solo arrancó pedazos de argamasa. De vuelta, Ramiro le soltó un tajo vertical que desgarró parte de su túnica. Aquello fue recibido por el público con alborozo.

—¡Ya lo tienes! —gritó alguien.

García apenas se volvió. Sabía que la gente solía simpatizar con el débil, y más en lugares como aquel. También sabía que Ramiro estaba muy lejos de tener a Diego Vélaz a su merced. Porque él conocía bien a Matalobos, y sabía que era como un depredador en busca de carne en medio de la nieve; como un acantilado que encajara olas y olas; como un mosquito que esquivara manotazo tras manotazo antes de picarte y sorber tu sangre. Paciente, sólido, perseverante hasta la ofuscación. Capaz, él solo, de cazar cualquier presa, sin ayuda de la manada. Estefanía se acercó a su esposo y apoyó la mano en su hombro.

—Se van a matar, tienes que hacer algo. Eres el rey.

—No me escuchan. Y no pienso meterme en medio.

Ramiro se detuvo un instante, el pie izquierdo adelantado, la espada baja tras él, dispuesto a atacar de algún modo inesperado y fulminante. Matalobos también paró, la guardia media. Sonreía.

—Venga, bastardo. ¿Ya te has cansado?

Ambos respiraban con fuerza, y sudaban. Ramiro le devolvió la sonrisa.

—Hay para rato, Matalobos. Pero puedes abreviarlo. Lánzame tu mejor golpe.

—Eso lo reservo para los enemigos de verdad. Tú eres un pelele.

Ramiro fintó un espadazo que no engañó a su oponente, y este respondió con un tajo de través que pasó a media pulgada de la nariz de Ramiro. Varios plebeyos ahogaron un grito. Los dos luchadores se empeñaron de nuevo en medirse por turnos, encadenando una o dos fintas con algún ataque a fondo, moviéndose en círculo hasta que pasaron muy cerca de la muchedumbre. Ermesinda aprovechó, ahora que podía hacerse oír:

—¡Basta, Ramiro, por Dios!

Eso lo distrajo. Fue solo un suspiro, pero a Matalobos le bastó. Soltó un espadazo que impactó contra la hoja de su rival y la partió por la mitad. Varia mujeres gritaron de terror, y el enorme alavés se dispuso a rematar la faena. Ramiro retrocedía ahora, sosteniendo palmo y medio de hierro, alejándose de la multitud hasta que de nuevo su espalda llegó a la pared de una casa. El arma de Matalobos se aproximó despacio a su garganta. Ermesinda se puso a gritar como si el demonio le hubiera entrado en el alma, y su gemela acudió a abrazarla.

—Hasta aquí has llegado, bastardo. Da recuerdos al Infanz. Y a ese niñato de Bermudo.

Ramiro apretó los labios, la cabeza pegada al muro, esperando que el hierro penetrara en su cuello.

—Saludaré también a tu hermano Íñigo, hijo de puta.

Matalobos abrió mucho los ojos, enseñó los dientes y tiró del codo para atrás, dispuesto a clavar a Ramiro en la pared. Ermesinda se soltó de su hermana gemela y corrió hasta ellos, pero se frenó antes de tocarlos.

—¡Te lo ruego, no lo mates!

—¡Quieto, Diego! —ordenó de nuevo García.

Al menor de los Vélaz le tembló la mano por la ira reprimida. Ramiro cerró los ojos, seguro de que su oponente no obedecería la orden del rey. En nada, sentiría el hierro perforando su piel y su carne, atravesando su cuello hasta impactar contra el muro. Podía oír el llanto quedo de su esposa. Dentro de poco, otra viuda más.

—Muniaaa.

Ramiro abrió los ojos. Eso no lo había dicho él. Había sido Matalobos. En voz baja, arrastrando cada sonido y alargando la vocal de cierre. La punta de la espada seguía a una pestaña de distancia de su cuello.

—¿Qué? —dijo Ermesinda.

Y Ramiro lo repitió.

—¿Qué?

—Tu zorra, bastardo. Munia. A ti no puedo matarte, ya ves. Pero a ella la buscaré, y cuando la encuentre no estará García para salvarla. La cortaré despacio, con cariño. Que no muera pronto.

Ramiro encontró temple para sonreír.

—Jamás la encontrarías.

—Pues mataré a la ramera de tu madre, y a tu eitán. Acabaré con todo aquel a quien guardes cariño. —Desvió la mirada hacia Ermesinda, pero a ella no la nombró, sino que volvió a fijar su vista de matador en Ramiro—. Desearás morir mil veces.

Ramiro se sacudió, pero el metal de Matalobos tocó su piel y le arrancó un reguerillo de sangre. Ermesinda soltó un gemido entre dientes.

—¡Diego, baja la espada ya! —insistió García, que ahora caminaba hacia ellos.

Matalobos lo miró de reojo, sin apartar su arma. Aún tuvo tiempo de mascullar algo más.

—Ya sé, bastardo. Tal vez mate primero a tu querido Gonzalo. A ese no tengo que buscarlo mucho. Ojo por ojo, ¿no? Hermano por hermano.

García llegó por fin, y de un manotazo apartó la espada del cuello de Ramiro. Agarró a Matalobos por la pechera.

—Vete de aquí. ¡Ya!

El Vélaz retrocedió para librarse de la presa. Observó la punta de su arma, en la que se sostenía una solitaria gota de sangre. Enfundó sin limpiarla y se marchó. Con pasos largos, la mirada al frente, sin fijarse en la gente que le abría un ancho pasillo. Y sin reparar tampoco en que Ermesinda, que ya no lloraba, lo seguía con la vista. No triste, ni enojada ni resentida. Más bien curiosa.

†

34. Halcones y águilas

†

AÑO SIGUIENTE, VERANO DE 1039. JACA

Ramiro guiaba a Fosco por las calles. Al paso y en solitario, la espalda dolorida y la cabeza gacha. Ni siquiera respondía a los saludos de los pocos jacetanos que se percataban de su presencia. Que en realidad habían reconocido a Fosco, pues él vestía como un buhonero o un asaltador de caminos. La capa de piel de zorro desgastada y con parches de cuero, la túnica descolorida y las botas pardas de barro seco.

Regresaba tras mes y medio de ausencia, con el zurrón vacío, la barba crecida y la piel tostada. Casi cincuenta días había pasado fuera, sin admitir compañía. Recorriendo el valle del río Aragón por la ruta sacra hasta el lugar nuevo que llamaban Campo Franco, porque lo poblaban gentes del otro lado. Como aquel era lugar de mucho paso, a Ramiro lo acogieron sin saber quién era, igual que a cualquier otro peregrino que volviera de su viaje a Compostela. Allí preguntó a unos y a otros, pero nadie supo darle razón. Así que subió hasta el puerto. Tal vez ella había encontrado algún lugar perdido entre las montañas. ¿Y si había cruzado al Bearne? O incluso más lejos. Fuera de los límites del viejo condado aragonés.

Después pasó al valle del Lubierre, e igualmente lo recorrió hasta el monasterio de Sasabe, donde visitó la tumba del difunto Mancio, que tan bien había servido primero al rey Sancho y luego al propio Ramiro. También se entrevistó con el nuevo obispo de Aragón, García, quien le aseguró que el cáliz rojo se encontraba a buen recaudo. El obispo dijo no saber nada de Munia, a quien apenas conocía de oídas. Aunque prometió ponerse en contacto con Ramiro si le llegaba alguna noticia.

—Pero no de cualquier manera, obispo —fue su contestación—. Si llegaras a enterarte de algo, no se lo digas a nadie salvo a mí, y de viva voz. ¿Entendido? Tampoco ha de saber nadie que la busco. Es cosa de vida o muerte.

El clérigo se comprometió a ser discreto.

Ramiro continuó su búsqueda sin desvelar quién era, haciendo preguntas ambiguas y eludiendo a quien pudiera reconocerlo. Despertaba de madrugada tras pernoctar al raso, y contemplaba cada amanecer montado ya en Fosco. Cruzaba los prados llenos de lirios, como los que Munia usaba para curar los malos sueños, y recorría estrechas sendas bordeadas del lampazo con el que ella sanaba heridas. Mermasangres, genzos, betigueras. Nombres extraños que él había aprendido de tanto oírselos a Munia. A veces dormía junto a las majadas, y otras se acogía a ermitas en ruinas. En ocasiones preguntaba a los lugareños por las flores de nieve, pero todos le decían que no las había por allí. Que jamás habían visto una, y que, según se contaba, crecían en unos pocos sitios nada más, y había que buscarlas en el momento oportuno, cuando el verano derretía la nieve de las alturas. A Ramiro se le había metido en la cabeza que si encontraba una de esas flores, daría a continuación con Munia.

Tampoco hubo suerte entre Javierregay y Siresa. En Ardenes, no lejos de Embún, le hablaron de una encantaria rubia. Una mujer que vivía en una cueva, refugio de pastores entre dos valles, y que preparaba emplastos y cocimientos. Pero una vez en el lugar, resultó ser una monja renegada llamaba Doneta, con más de sesenta años y que, pese a conservar el color natural de su pelo, había perdido todos los dientes. Doneta no sabía nada de Munia y tampoco

reconoció a Ramiro, pero fue hospitalaria y cariñosa, le sirvió vino de cerezas y le regaló una crucecita de madera de serbal. Y además le dijo que sabía dónde hallar flores de nieve sin necesidad de trepar a las cumbres más altas.

—En la Ribagorza, en una peña que llaman Turbón. Dicen los simples de por allí que es un gigante dormido.

—Vaya. Otro.

—Pues lo verás a poco que salgas de Roda hacia el norte. Vete abrigado, y ni se te ocurra subir si hay tormenta. Llueven piedras allá arriba.

Aunque a Ramiro se le antojó imposible encontrar una de esas flores de nieve, si ni siquiera era capaz de dar con Munia, que abultaba bastante más y no florecía solo en verano. No es que se hubiera rendido, claro. Aún faltaba por buscar en el valle del Gállego, de Senegüé hacia las cumbres, donde radicaba el pobre feudo de la casa de Bergua; pero si Munia pretendía que no la encontraran, no era lógico perderse por allí.

«O a lo mejor por eso precisamente», se dijo Ramiro, una vez frente a su palacete jacetano. Desmontó y llevó a Fosco a las caballerizas sin aceptar la ayuda de los criados, que se sorprendieron al verlo de tal guisa y tras esa larga ausencia. Y si por él hubiera sido, aún seguiría en las serranías, buscando. Pero tampoco podía ausentarse de Jaca durante tanto tiempo, tenía obligaciones de gobierno. Y una esposa. Tal vez en el invierno, cuando la vida se ralentizaba, volvería a buscarla. Y si no la hallaba, el año siguiente probaría en el Sobrarbe. Lo único de lo que estaba seguro Ramiro era que Munia se había acogido a las montañas. Mejor cuanto más altas. En alguna cabaña junto a una catarata que se helara en invierno. Al fondo de algún barranco, o en una cresta azotada por el viento. Bien pensado, Munia se parecía cada vez más a una de esas huidizas flores de nieve.

Alguien le fue a Ermesinda con la noticia de que Ramiro acababa de aparecer, porque se presentó en el salón retocándose el brial. La servidumbre se apresuraba a prepararlo todo mientras, en algún lugar del palacete, Sancha de Aibar ordenaba a gritos que llevaran vino y comida a su hijo recién llegado.

—Ramiro, ¿dónde has estado? —preguntó Ermesinda, que se abrazó a él con fuerza, aunque se separó enseguida y con la nariz arrugada—. Santa Virgen, necesitas un baño y afeitarte esa barba… No vuelvas a hacer esto. Temíamos que te hubiera ocurrido una desgracia.

Ramiro, que no le había devuelto el abrazo, se dejó caer sobre la silla más cercana.

—Ya te dije que no te preocuparas.

Sancha de Aibar entró en el salón. Se sorprendió al ver el aspecto de su hijo, luego lo besó en la frente.

—Mírate. Pareces un pastor de cabras. Y hueles más o menos igual.

Un criado trajo agua, que Ramiro bebió con avidez. Luego mordió sin contemplaciones el muslo frío de pollo y la hogaza de pan que le servía una de las cocineras. Las migas le cayeron sobre la barba y el regazo, y tardó un poco en reparar en que las dos mujeres continuaban allí plantadas, lo mismo que el criado y la cocinera. Su esposa seguía igual que siempre. Ni una arruga en la ropa, ni una uña mellada ni un mechón fuera de la toca, el crucifijo de plata colgado a igual distancia de cada pecho, tan brillante como si lo puliera tres veces al día. Ver eso le recordó a la reina viuda, Mayor. Tal vez algo se parecían las dos.

—¿Ha ido todo bien por aquí?

—Todo bien —respondió Ermesinda—. Tu eitán se ha ocupado de la ciudad y de despachar con los tenentes. Ahora está en Loarre, pasa mucho tiempo allí.

—Vigila a los moros —completó Sancha de Aibar—. Hijo, tenemos que hablar.

Ramiro no ocultó el gesto de fatiga.

—¿Ahora, madre?

—Ahora, sin tardanza. Tú y yo solos.

El criado y la cocinera se esfumaron. Ramiro y su madre volvieron la vista hacia Ermesinda, que se dio por aludida enseguida.

—Ah, ya. Mes y medio sin ver a mi esposo, mientras hacía Dios sabe qué. Pero la que sobra soy yo. No, no, no hay que dar

explicaciones. Me voy. A lo mejor puedo ser útil en la cocina, o limpiar de estiércol la caballeriza.

Cuando se quedaron solos, Sancha de Aibar se encogió de hombros.

—El tiempo revela la naturaleza de tu esposa, hijo. Pero yo soy la suegra, ya sabes.

—Ya sé. ¿Se porta bien contigo?

—Se porta como ha de portarse en cada momento y con cada persona. No es ni más afable ni más distante de lo que sería ese tapiz de ahí. Se desespera, y sé por qué. Quiere un hijo cuanto antes. Y no la culpo, la verdad. —Sancha miró a su alrededor—. ¿Has sabido algo de Munia?

Ramiro se rozó el cuello, justo en el lugar en el que ya había desaparecido la herida provocada por la espada de Matalobos.

—Nada de aquí al norte y al oeste. ¿Tenemos noticias de García?

—No, a Dios demos gracias.

Ramiro asintió. Su madre estaba al tanto de cada detalle, y por eso esperaba que el rey enviara algún mensaje para convocar a Ramiro o informarle de su decisión respecto de la actitud de Fernando.

—Tal vez García se lo ha pensado mejor, o Matalobos le ha abierto los ojos. Ahora Fernando cuenta con todo León, y con Castilla. Con Portugal, Asturias, Galicia…

—Puede ser peor esperar y darle mucho a la cabeza —opinó la madre—. ¿Y si planean algo más sucio que una guerra?

Ramiro terminó con el pollo y se restregó la barba.

—No, no. García no llegaría a tanto, espero. Una guerra entre hermanos ya sería mala cosa, pero un ataque a traición…

Sancha de Aibar volvió a asegurarse de que no escuchaba nadie. Arrimó una silla a su hijo y tomó asiento. Los codos apoyados en la mesa, la cara próxima.

—A tu esposa le llega carta cada pocos días desde Nájera. De su gemela, creo. Puede que ella sepa más que yo.

—Puede. ¿Qué era eso tan urgente que no puede esperar ni a que descabece un sueño?

—Se trata de Rodrigo, el mayor de los Vélaz. De su paradero. ¿Qué es lo último que sabes de él?

—Ah, pues… Arnau Mir de Tost me dijo que luchó para Ibn Hud, el que ahora reina en Zaragoza. Tal vez estuve a punto de alcanzarlo en Áger, aunque no llegué a verlo. ¿Ahora? Si sigue en tierra de moros, podría ser en Zaragoza, en Toledo, o en Sevilla o en Badajoz. Los infieles se han disgregado como paja recién aventada, y unos y otros se llevan a matar. Casi como nos pasa a nosotros. Un rufián como Rodrigo Vélaz podría ganarse la vida al servicio de cualquiera de ellos.

—Bien, pues tengo una historia que contarte. Se enteró mi tocaya, la Princesita que ahora es reina. Esa chica es lista como un zorro hambriento, y además no olvida lo que le juraste. —La mujer acarició la cara de su hijo—. Si por mí fuera, no te diría nada. Pero sé cómo eres y no he tenido valor para ocultarte esto. Atiende.

Y doña Sancha de Aibar habló a Ramiro con cautela, pendiente en todo momento de que nadie los sorprendiera. Le dijo que la reina de León, la Princesita de antaño, había llamado a su presencia a todos los nobles de la corte en cuanto ella y Fernando ciñeron la corona leonesa. Su intención, como natural de la ciudad y conocedora del percal, era tantearlos, comprobar su sinceridad y lo leales que en verdad serían con la nueva dinastía, sobre todo después de que su hermano Bermudo hubiera muerto en batalla contra el mismo que ahora se había convertido en rey.

Uno de los primeros en comparecer para demostrar su lealtad había sido el alférez del difunto Bermudo, Nepociano Osóriz, que se mostraba muy interesado por conservar el puesto. Así, para congraciarse con la nueva reina, le hizo saber que conocía el paradero de Rodrigo Vélaz, uno de los asesinos de su casi primer esposo, el Infanz.

—¿Entonces Nepociano Osóriz sabe de Rodrigo Vélaz? —preguntó Ramiro—. ¿Y por qué? ¿Qué tiene que ver él con los Vélaz?

—Según le dijo a la reina, sabía de ellos porque convenía al rey Bermudo tenerlos localizados. Por sus crímenes, y porque son felones y peligrosos. —Sancha de Aibar quitó una miga agarrada a la barba de su hijo—. Pero Bermudo está muerto, resulta fácil cargarlo

ahora de motivos, de culpas y de méritos. Lo que yo creo es que Nepociano Osóriz buscaba congraciarse con la Princesita. Quiero decir: con la reina de León. Y por eso le contó todo esto. Y es una historia más larga de lo que parece…

Sancha de Aibar continuó con el relato: todo se remontaba a la época de los alzamientos contra el rey Bermudo, niño y recién coronado. Uno de esos nobles rebeldes, Fernán Gutiérrez, resistía herido y convaleciente en el castillo de Cea, y a sus órdenes estaba Nepociano Osóriz. Se suponía que Nepociano se mantendría fiel al sedicioso, pero entonces se presentó el leonés conde Flaínez, acompañado por Rodrigo e Íñigo Vélaz, para aplastar ese foco de rebeldía. Fue mientras Ramiro, García y el difunto rey Sancho estaban en Galicia, persiguiendo al bandido Sisnando Galiáriz.

—Sí, lo recuerdo —dijo Ramiro.

—Pues bien —continuó Sancha de Aibar—, Nepociano salió a parlamentar con ellos y propuso un acuerdo: traicionaría a Fernán Gutiérrez, rendiría el castillo de Cea y prestaría obediencia a Bermudo de León, pero a cambio de convertirse en alférez del reino. El conde Flaínez dudaba si aceptar, pero los Vélaz lo convencieron. Cosa hecha: Nepociano Osóriz entregó al conde Flaínez la cabeza de su señor rebelde, y todo quedó arreglado.

—No sabía eso —reconoció Ramiro—. Es decir, sé que Nepociano Osóriz fue rebelde y que regresó al bando de Bermudo, pero no que los Vélaz estuvieran implicados en aquella negociación.

—Eso es lo que también ha sabido ahora la reina de León. Los Vélaz podían exigir la devolución del favor en cualquier momento, y ese momento llegó después de matar al Infanz. Como pago por su ayuda en Cea, exigieron a Nepociano Osóriz que sirviera como intermediario entre los hermanos huidos. A diferencia de Matalobos, que encontró abrigo en Nájera, los otros dos han ido de acá para allá, ocultándose siempre, vigilando su espalda. Cometer un error sería fatal, como descubrió Íñigo Vélaz en Grañón. Fue poco discreto, supongo.

Ramiro, ensimismado, daba vueltas en la escudilla al hueso de pollo.

—Dicen que Nepociano Osóriz fue el más insistente en que Bermudo exigiera vasallaje a Fernando. Podría decirse que la guerra entre León y Castilla la promovió él… —levantó la vista—, tanto como García.

Sancha de Aibar asintió.

—Y García no respira sin consultarlo antes con Matalobos, ¿verdad?

—No, madre. No podemos descartar que la guerra fuera algo buscado desde uno y otro sitio, y que a Bermudo lo mataran con toda la saña y toda la intención. Después de Tamarón, en Burgos, hablamos a fondo de ello con Fernando y la Princesita, pero yo pensaba que todo descansaba en la ambición de García. Ahora no entiendo qué ganaban los Vélaz con la muerte de Bermudo y con Fernando convertido en rey de León.

—Rey de León pero vasallo de García, recuérdalo, hijo. Y García es el único valedor de un Vélaz en tierra cristiana. Hasta ahora había pensado que lo que buscaban los Vélaz era recuperar el condado de Álava, pero puede que apuntaran más alto.

—¿Castilla? ¿Entera?

La madre se encogió de hombros.

—Hace diez años, nadie habría dicho que Fernando sería rey de León y que tú tendrías Aragón. Y García hace y deshace a su antojo, así que ¿por qué no intentarlo?

—Es posible, sí. —Recordó el relato del Eitán después de Tamarón. Matalobos soltando su hachazo brutal al pobre Bermudo, matando a un rey y cambiando así el destino de todos. Alguien capaz de eso se hacía acreedor del castigo más infamante o del premio más suculento—. Solo que nadie esperaba que Fernando se pusiera en su sitio y renegara de la lealtad a García. —Palmeó la mesa—. Bien por él.

Sancha de Aibar volvió a mirar atrás, a las puertas que comunicaban el salón con los aposentos y con el corredor que daba a las cocinas.

—Cuando Nepociano Osóriz terminó de contarle su historia a la reina de León, ¿sabes qué hizo ella?

Ramiro negó. También recordaba el vestido ensangrentado de Sancha de León, la Princesita, colgado como un tapiz en el salón del trono condal de Burgos. Aquella mujer, desde niña, había dedicado su energía un solo objetivo: odiar a los Vélaz, y todo y a todos cuantos tuvieran algo que ver con ellos.

—¿Qué hizo?

—Le agradeció a Nepociano Osóriz su sinceridad y le juró que lo pondría en lo más alto del reino si le daba el paradero de Rodrigo Vélaz. Y él aceptó, por supuesto.

—Ah.

—Nepociano Osóriz cumplió. Y entonces la reina mandó que lo decapitaran, igual que había hecho él con aquel noble rebelde al que traicionó en Cea. Según parece, ni siquiera consultó a Fernando para ejecutar al alférez real. ¿Puedes creerlo? Ah, y no contenta con ello, mi tocaya clavó esa cabeza en una lanza hincada en la mayor torre de León, con la melena blanca bien a la vista, azotada por el viento, como si fuera un estandarte. Así cumplía su juramento de ponerlo en lo más alto. Dice que un cuervo se posa en ese cráneo cada día y picotea su ración de carne podrida.

Ramiro se estremeció. Sabía de la audacia de la Princesita, pero no la creía capaz de semejante cosa.

—¿Qué hizo mi hermano cuando se enteró?

—Nombrar un nuevo alférez, por supuesto. Pelayo Fernández se llama, pariente del conde Flaínez.

A Ramiro se le estiró poco a poco la sonrisa. Noticias como aquella hacían más llevadera la amargura por su infructuosa búsqueda de Munia.

—Sorprendente. Quién lo hubiera dicho.

—No ganamos para sorpresas. La reina de León se lo contó todo a Fernando, y él escribió a su madre. Mayor, desde el convento en el que vive, me ha escrito a mí. Me saluda con lo que ella llama «cariño de amiga», y me ruega que te haga saber que Rodrigo Vélaz es escolta personal y mentor de Lubb, y Lubb es el hijo pequeño de Ibn Hud, el nuevo emir de Zaragoza. Ibn Hud ha encargado a Lubb el gobierno de Huesca, y casi podríamos decir que Rodrigo Vélaz es su eitán.

Ramiro dejó de sonreír, cerró la mano y apretó el puño sobre la mesa. El mayor de los Vélaz en Huesca. Una de las ciudades más importantes de la taifa zaragozana, protegida por sólidas murallas.

—Huesca… Es media jornada a campo abierto. —Negó despacio—. Sabrían que llego con mucho tiempo. Tal vez podría recorrer el camino de noche, pero aún tendría que entrar en la ciudad. —Tamborileó sobre la madera mientras pensaba en voz alta—. Y Lubb vivirá en el alcázar, seguro. Bien cuidado. No hay manera, salvo que me haga pasar por infiel. Y de todas formas…

Sancha de Aibar puso su mano sobre la de Ramiro para detener el golpeteo.

—Es más fácil que todo eso, hijo mío, y de ahí las prisas. Informé a tu eitán de la carta por si se enteraba de algo. Tú le ordenaste fortificar Loarre, ¿no es cierto?

—Cierto es. Un lugar ideal para vigilar la frontera.

—Y por eso lo visita con frecuencia. Los moros han hecho lo mismo que tú, pero al otro lado: están reparando el torreón de Bolea, casi a la vista desde Loarre. Se ve que el nuevo emir de Zaragoza no es ningún gañán y trata de reforzar las guarniciones.

—Ibn Hud es un veterano de guerra, no un patán enjoyado. Sabe lo que hace. También fortifica Paúl, frente a Abizanda; y Laguarres frente a Güel. La frontera es como un espejo, madre. Nosotros los vigilamos desde aquí, ellos nos vigilan desde allí.

Sancha apretó la mano de Ramiro.

—Tu eitán se ha enterado de que Lubb lleva casi un mes en Bolea, inspeccionando las obras.

Y la sonrisa volvió al rostro de Ramiro. Porque la frontera era como un espejo, sí. Igual de frágil.

—Hora de cruzar de nuevo al otro lado.

†

Ermesinda, esposa de Ramiro, dominante en Aragón, a su hermana Estefanía, por la gracia de Dios reina de Pamplona.

Saludos, carísima hermana, digna de mi amor y de mi respeto, y de mi fervor y mi servicio en lo que a Dios convenga.

Te envío alegría por lo que me cuentas en tu última carta, pues es de mucho admirar que tu esposo te siga cumpliendo con tal devoción, y rezo a san Pedro, que es muy venerado por aquí, para que pronto te dé un hijo, que sea varón y sano y el primero de muchos. En mis oraciones pido que me suceda como a ti, y que Ramiro me haga merced de esposa y se comporte amorosamente. Nuestra tía, a quien debo el nombre, me dijo una vez que no hay matrimonio decente si el marido siempre vive ausente. Ella nos contaba, no sé si te acordarás, que su esposo era capaz de dejar una guerra a mitad con tal de verla. Pues bien, yo he de padecer que Ramiro no pare por Jaca, de modo que me veo forzada a convivir con mi suegra, que me saca el sarpullido nada más que se acerca. De esto se siguen las tres envidias que te tengo: una, porque eres reina; dos, porque tu marido te ama y te respeta; tres, porque tu suegra no vive en Nájera. Hay una cuarta cosa que no es motivo de envidia, pero que podría serme de utilidad. Junto a tu esposo va siempre ese hombre que se llama Diego, de la casa de los Vélaz, por mal nombre Matalobos, que lo auxilia y aconseja y lo guarda. En aquella jornada de Roda, en la Ribagorza, cuando cruzó espadas con mi esposo, le amenazó con matar a una tal Munia. De esta Munia he oído yo habladurías de lejos, pero cuando pregunto se me calla la servidumbre, y lo mismo los tenentes y otros señores, y todo aquel que conoce a Ramiro, y también mi suegra. Así pues, como a amada hermana te encomiendo y como a reina mía te ruego que hables con Diego Vélaz. Mira de enterarte por él de quién es la tal Munia, y si es que es mujer que tenga cuentas con mi esposo. Pero sobre todo hazle ver a Diego que me agradaría contar con su ayuda, y aprémiale a que guarde el secreto. Dile que de su servicio, si es discreto y valedero, podría seguirse igual galardón a más de obrar rectamente, tal como debe un hombre de alcurnia. Procura, te lo ruego, que de esto tu esposo tampoco cobre conocimiento,

que de ello también nos decía nuestra tía en Barcelona: no pierdas por hablar lo que ganas por callar.

Dios te guarde, hermana

†

TRES DÍAS MÁS TARDE. INMEDIACIONES DE LA TORRE DE BOLEA, JUNTO A LA FRONTERA. TAIFA DE ZARAGOZA

Lubb hizo trotar a su hermoso corcel blanco hasta la ribera del Sotón y dejó que bebiera de la escasa corriente. Su vista se fue a las alturas del norte, entre cuyos barrancos bajaba encajonado el río, procedente de tierras cristianas. Algún día, a no mucho faltar, él mismo se metería entre aquellos escarpes de roca para llegar a Loarre. Y regresaría con una buena reata de ganado, mozas cristianas y la cabeza de algún tenente aragonés. Y entonces se presentaría orgulloso ante su padre y lograría que dejara de desconfiar.

Su montura paró de beber y sacudió la cabeza. A su espalda crecía una elevación sobre el llano, rematada por dos colinas. Sobre el más meridional estaba el torreón de Bolea, recién compuesto el remate y a medio cubrir con cadalso de madera. A los pies del torreón, en las laderas y el escote de tierra que llegaba hasta la otra colina, se agrupaban las casas, algunas de ellas de mozárabes. Gente a la que convenía vigilar. Alrededor se extendía el campo abierto, ondulado, con carrascas, olivos y almendros salpicando aquí y allá. En las tierras de Bolea apenas se sembraba, porque en cualquier momento podían brotar los aragoneses desde sus farallones rocosos y apenas daba tiempo a refugiarse en la torre. Caza, pesca, pastoreo de ovejas río abajo. De eso se vivía allí. De eso y, en los buenos tiempos, de montar algaradas, entrar en tierra cristiana y ponerla patas arriba.

Lubb sentía no poco orgullo de que su padre lo hubiera destacado allí, a la primera línea, para reforzar las defensas y recuperar la

costumbre de raziar el territorio enemigo. Con la frontera justo delante, tentación y amenaza. Sus cuatro hermanos, más mayores y pagados de sí mismos, vivían ahora en Lérida, Tudela, Calatayud y Zaragoza, y sabía que ninguno de ellos osaba acercarse a los confines con las tierras de los comecerdos. Pero allí estaba él, casi con Loarre a la vista. Bien: sabía que, como el menor, era el favorito de su padre, y que por eso tenía que soportar a su lado la presencia de aquel cristiano, Rodrigo Vélaz. Rodrigo andaba por allí, recorriendo la ribera del Sotón para asegurarse de que no hubiera sorpresas. Iba a pie, acompañado por media docena de los suyos, los únicos hombres que le quedaban desde su servicio como mercenario en Lérida. Gentuza del norte, renegada de sus propias casas, con más catadura de salteadores de caminos que de guerreros. Aunque Lubb confiaba en ellos, claro. No podía hacer otra cosa desde lo sucedido en Áger. Si no hubiera sido por Rodrigo Vélaz y su chusma, seguramente habría acabado muerto o como rehén del conde de Urgel o de Arnau Mir de Tost. Y su padre tenía mucho que agradecerle también a Rodrigo. Nada menos que su llegada al trono zaragozano.

Lubb, túnica corta ribeteada de hilo dorado, tiró de las riendas y se separó de la espesura. A poca distancia lo esperaba su halconero personal, un aristócrata de medio pelo y sangre persa llamado Shayán, de afectados modales y asqueado en todo momento de hallarse en aquel lugar tan primitivo. Shayán era repelente, presuntuoso como un pavo real, disimulaba sus canas con henna y solía vestir túnicas apretadas que le marcaban la panza, aunque él se esforzaba por meter el estómago y sacar pecho. Llegado desde Sevilla, le había traído a Lubb un precioso halcón sacre importado de Egipto, con el pecho tan blanco como la nieve del Pirineo. Ave estilizada, orgullosa, que ahora cabeceaba con la caperuza puesta. Junto a Shayán también aguardaban dos criados con sendos galgos sujetos por correas. Uno de ellos, además, llevaba aljaba y arco colgados a la espalda, por si Lubb se aburría. Lubb, sin desmontar, se puso la lúa en la mano izquierda y tiró de su borde, que le llegaba casi hasta el codo.

—Veamos, Shayán, si ese animal es tan bueno como dices.

El halconero le destrabó las pihuelas al sacre, que aleteó nervioso. Después, con delicadeza, aflojó las correas de la caperuza y se la quitó. El ave parpadeó un par de veces y movió a golpes la cabeza.

—¿Quieres hacerlo tú, mi señor?

—Por supuesto.

Lubb se inclinó sobre la silla y extendió el brazo hacia el halconero. El sacre pasó de una a otra mano.

—Ojalá apareciera una garza. Verías maravillas, mi señor.

—Seguramente —dijo Lubb, y oteó el cielo, totalmente limpio de nubes, pero solo divisó un grupo de buitres al nordeste, volando sobre las estribaciones de la sierra. Hizo girar a su caballo despacio, sin quitar la vista de lo alto.

—¿Sabías, mi señor, que el halcón era el símbolo de los Omeya?

Lubb bufó. Qué mal le caía aquel tipo.

—Claro que lo sé. Los Omeya… ¿Quién se acuerda ahora de ellos?

Shayán fingió que sonreía. Él había sido halconero del último califa durante el poquísimo tiempo que este residió en Córdoba, dilapidando los restos del legendario tesoro Omeya. Por eso había visto las asombrosas cenizas del califato, que incluso en su decadencia impresionaban más que todas las ínfulas de reyezuelos y principitos surgidos de la nada. Hizo una de sus reverencias, tan profundas como fingidas, y se separó del caballo. Desde el norte, Rodrigo Vélaz llegaba en lenta caminata de ronda, seguido por sus hombres y con una maza en la diestra. Sus cristianos, separados a intervalos y sin apartar la mirada de cualquier bulto en la distancia, intercambiaban bromas en romance acerca del aspecto del príncipe musulmán y su halconero. Shayán, que no entendía aquella lengua, pero ni falta que le hacía, ahogó una arcada. Qué poco le gustaban aquellos rapiñadores de frontera. Se dedicó de nuevo a vigilar el cielo mientras el halcón sacre, acomodado en el antebrazo del príncipe sarraceno, lanzaba un agudo y largo gañido.

—¡Mira, mi señor! —El halconero señaló al sur—. ¡Torcaces! ¡A ras de tierra!

El sacre volvió a aletear, Lubb localizó las tres palomas que remontaban desde la ribera, elevó el brazo y lo sacudió. El halcón aleteó con fuerza para impulsarse a lo alto.

—¡Ve! ¡Mátalas!

Rodrigo Vélaz se distrajo con la elegancia del sacre al elevarse con firmes golpes de ala. Y con la forma de plegarse, picar a medias para alcanzar velocidad y rasear junto a los sauces, fugaz como un deseo. El halcón quebró a la izquierda y acortó espacio con las torcaces, que trataban de escapar muy juntas, las pobres. En el último momento cobró altura de nuevo y se dejó caer como un cuchillo. Hubo un pequeño lío de plumas, y el halconero Shayán se puso a dar ridículos saltitos mientras aplaudía.

—¿Ves, mi señor? ¡A la primera y sin compasión!

—Visto y no visto —reconoció Lubb, justo cuando el sacre se llevaba a su presa a tierra.

Las otras dos torcaces se alejaban a firmes aletazos. Los dos galgos se pusieron a ladrar, se oyó un zumbido y un golpe seco. Y un segundo, y un tercero. Shayán dejó de aplaudir.

Cuando Lubb se volvió, el halconero ponía los ojos en blanco. Una flecha le había atravesado el cuello, y otras dos estaban clavadas en su pecho hasta medio astil, tintando roja su túnica blanca. Cayó de rodillas mientras los perros se desesperaban a saltos.

—¡A las armas! —gritó Rodrigo Vélaz.

Sus hombres se agruparon al tiempo que trataban de localizar el origen del ataque. Uno de los galgos se soltó, y Lubb se dio cuenta de que era porque al criado que lo sujetaba también acababan de alcanzarlo. El tipo se agarró el costado, justo por donde había entrado la flecha, crispó el gesto y se echó a correr. Los siguientes cuatro dardos le acertaron uno tras otro en la espalda y lo hicieron caer de narices en tierra.

—¡Tiran desde el río! —avisó alguien.

El caballo de Lubb se encabritó, él trató de agarrarse pero no lo consiguió. Encima, el galgo suelto se puso a correr a toda prisa alrededor de ellos dos. El príncipe musulmán acabo por resbalar de la silla y su cuerpo impactó contra el suelo. Los zumbidos se multiplicaban, y Rodrigo Vélaz repartía órdenes a gritos.

—No, no, no… —repetía Lubb mientras gateaba para alejarse del Sotón. Su caballo, fuera de sí, estuvo a punto de pisotearle antes de romper en loca cabalgada hacia Bolea. El otro criado lanzó un

gemido y se vino abajo, alcanzado en un ojo por una flecha. El segundo perro se dio a la fuga, igual que el primero. Y lo que antes era altanería, ahora se había convertido en pánico. Lubb temía incorporarse, pues sería blanco fácil para los arqueros. Pegó la panza contra el suelo y se arrastró hasta el cadáver del sirviente con el ojo perforado. Primero no se atrevió a asomarse, pero le aterraba no saber si venían a por él. Así que levantó un poco la cabeza. Otro poco.

Vio que solo quedaban dos cristianos en pie. Rodrigo Vélaz, que no cesaba de moverse de lado a lado y empuñaba su maza. Y otro de los suyos, que llevaba dos flechas clavadas en el pecho pero se empeñaba en mantenerse en pie. Cesaron las andanadas, y de la ribera del Sotón brotó el enemigo. Surgían de la espesura lentamente, como salidos de una pesadilla. Calados de pies a cabeza, como si llevaran toda mañana sumergidos. Tal vez eso había sido, pensó Lubb. Estuvieron siempre allí, metidos en el agua hasta el cuello y esperando el momento propicio. Vestidos con gonelas pardas, oscuras por lo mojadas. A cabeza descubierta o con capacetes de cuero, sin cotas de malla ni yelmos. Jabalinas y cuchillos. Eran siete, y por detrás asomaron cinco arqueros, los autores de la escabechina. Fueron estos los que calaron flechas y, al unísono, acribillaron al renegado herido. El tipo cayó de bruces, los brazos en cruz. Se extinguía así la partida alavesa de Rodrigo Vélaz. Salvo por él.

Rodrigo retrocedía, la maza a media altura. No ofreció rendición.

—Hijos de mala madre…

Uno de los incursores se destacó. Y además pidió que no lo ayudaran.

—El Vélaz es mío —dijo.

Lubb se fijó en aquel hombre que ahora pasaba cerca de él. Treinta y pocos, se diría. Fibroso, como solían ser los incursores de frontera. Piernas fuertes, hechas a andar por el monte y a escalar riscos. Mandíbula cuadrada, pelo oscuro, ojos color miel. El agua le goteaba desde la cara, a su paso dejaba huellas de barro.

—Te reconozco —dijo Rodrigo Vélaz—. Sé quién eres.

—Soy el que mató a tu hermano Íñigo, perro. Soy el vengador del conde de Castilla. Toma, de parte de la Princesita. Antes viuda que casada.

Y con un latigazo despidió la azagaya, que voló tensa hasta clavarse en la barriga de Rodrigo. Este soltó la maza, agarró el astil con ambas manos y reprimió un grito. El cristiano desenfundó un cuchillo de palmo y medio, pero en ese momento se detuvo y volvió la cabeza hacia Lubb.

El príncipe musulmán, muy despacio, se incorporó, las manos en alto. A punto de echarse a llorar, los labios temblorosos. Chapurreó en mal romance:

—Soy Lubb ibn Sulaymán ibn Hud, hijo del emir de Zaragoza. Suplico piedad. Por favor…

El cristiano que se arrogaba la venganza del Infanz lo señaló con el cuchillo.

—Lubb ibn Sulaymán ibn Hud, dile a tu padre que escoge mal a sus enemigos, y aún peor a sus aliados. Y ahora corre.

El sarraceno retrocedió un par de pasos. Tímido e inseguro, como si esperara que los arqueros lo llenaran de flechazos en cualquier momento. Miró a Rodrigo Vélaz, que seguía en pie, aferrándose a aquella asta de madera como si fuera su vida. Se dio la vuelta y tropezó. Arriba, y de nuevo al suelo. Amagó un grito, se ayudó de las manos para coger velocidad y corrió a toda prisa. Sobre él, el halcón sacre describía anchas parábolas en el aire.

A su espalda, Ramiro se acercó a Rodrigo Vélaz. No deprisa y por sorpresa, como cazan los halcones, sino de frente y con seguridad, al modo de las águilas. Que su enemigo lo viera bien y supiera lo que iba a pasar. Le mostró la hoja del cuchillo escogido para segarle la vida, descontó un Vélaz más de su cuenta.

—Y esta va de parte del Infanz.

Ya solo quedaba uno.

†

35. Al otro lado del espejo

†

MEDIO AÑO DESPUÉS, INVIERNO, PRINCIPIOS DE 1040. ZARAGOZA

Pese a tratarse de un guerrero veterano, a Sulaymán ibn Hud no le quedaba más remedio que actuar como un rey.

Eso implicaba dejarse ver siempre rodeado de lujo y guardar distancia, seguir los cargantes protocolos de la corte y admitir con sonrisas los falsos halagos de imanes, cadíes, visires y ulemas. A regañadientes aceptaba también un séquito de eunucos, y un ejército de escribas, secretarios y otros funcionarios que se encargaban de complicar y alargar cada trámite, por fácil que fuera, mediante un ritual muy elaborado que comprendía solicitudes de audiencia, tiempos de espera, entrevistas previas y otras trampas burocráticas. También dejaba Ibn Hud que las mejores familias zaragozanas le ofrecieran a sus hijas como esposas, y recibía concubinas compradas en los zocos del norte, la mayor parte cristianas capturadas en algaras o eslavas traídas desde las lejanas tierras del este. Como era lógico, Ibn Hud había adoptado un sobrenombre de emir: al-Mustaín, el que se encomienda a Dios. Lo que había desechado era construir un nuevo palacio. Necesitaba cortar el derroche de la anterior dinastía y centrar sus esfuerzos en el gasto militar, así que mantenía su residencia en la Zuda.

—El lujo es para tiempo de paz —solía decir cuando sus visires le insistían en retomar el proyecto de un gran palacio fuera de las murallas y cerca del Ebro, en lugar de aquel alcázar mediocre junto al río—. Los años que me quedan, si Dios quiere, los dedicaré a dejar a mi heredero una taifa próspera. Que él se encargue de construir bellos palacios, si así lo quiere. Sabrá hacerlo mejor que yo. Solo soy un soldado, al fin y al cabo.

Ese heredero era Abú Yaffar. Abú Yaffar, a diferencia de Lubb, parecía interesado en la milicia, aunque dedicaba sus días a leer. Le encantaban los libros sobre antiguos guerreros, y también la filosofía, la arquitectura, la música, las mujeres hermosas… Sí: Abú Yaffar era la persona ideal para alzar un nuevo alcázar en Zaragoza, que mezclara la belleza y la eficacia defensiva. Y ya se vería si también contaba con aptitudes militares auténticas. Los otros cuatro, incluido Lubb, habían perdido la pasión por luchar. Quizá la culpa era del tiempo que habían pasado en Zaragoza durante el reinado del anterior linaje. ¿Debía resignarse? Tal vez ese era el futuro de la dinastía que acababa de crear: que sus hijos abandonaran las armas, y que se dedicaran a construirse palacios y cultivar jardines. Que otros libraran sus guerras. Pero él aún era Ibn Hud, veterano de los días gloriosos. Capaz aún de dirigir ejércitos contra los comedores de cerdo, y también contra otros musulmanes si era preciso.

O no. El día había amanecido desapacible y frío, con ráfagas de aquel insoportable viento del noroeste que soplaba a menudo sobre Zaragoza. Aunque eso no lo disuadía de escaparse hasta ese lugar, el más alto de la ciudad salvo por el minarete de la Mezquita Aljama. Le gustaba contemplar su capital desde allí arriba. El blanco cegador de las casas, el humo que ascendía desde los hornos, la línea de la muralla, el barrio extramuros de los Sanhaya, el cementerio del oeste, junto a la Puerta de Toledo. Zaragoza crecía deprisa, miles de nuevos pobladores que huían de la inseguridad de las aldeas fronterizas, o simplemente campesinos que venían a buscar fortuna a la gran ciudad. Ibn Hud sintió el malestar en los riñones y se arrebujó en su manto. El frío apretaba más duro conforme se envejecía. Y qué rápido pasaba el tiempo, cuántas cosas por hacer.

Con razón decía el Libro que un día para Dios es como mil años para los hombres. Se asomó entre los merlones. A sus pies, en el exiguo patio, el heredero Abú Yaffar se entretenía con los jardineros, preocupado por seleccionar plantas que soportaran el invierno.

En lo que Ibn Hud pensaba mientras se lamentaba por la fugacidad de la vida era, en realidad, en la manera de frenar las ansias de expansión de Ismail az-Zafir, el emir de Toledo, que de vez en cuando raziaba la frontera. Y, sobre todo, en el modo de ganarle terreno. Hacer lo que la dinastía anterior ni siquiera había intentado: engrandecer la taifa. ¿Y qué mejor que hacia el oeste? De Zaragoza a Toledo se extendía la antigua senda romana, repleta de fortalezas a ambos lados de la frontera entre las dos taifas musulmanas. Fortalezas que, aparte del camino, vigilaban aldeas, campos de labor, pastos. Riqueza.

—Mi señor, tienes visita.

Se volvió. En lo alto del torreón acababa de aparecer el chambelán mayor de la Zuda, lacayo de carnes fofas y piel blanquísima. Uno de aquellos inútiles heredados del gobierno anterior, que hablaba mucho para no decir nada, especialista en hallar soluciones para problemas inexistentes.

—¿Ya está aquí Lubb? —preguntó Ibn Hud.

—Ciertamente, mi señor. Con permiso: tu hijo trae consigo el frío, no se ha sacudido ni el polvo del camino y está manchando las alfombras ante media corte. Y si aceptas un consejo de esta miserable lombriz, todo el mundo debería pedir audiencia para ver al emir, no puedes hacer excepciones. Si lo deseas, le haré esperar en el salón de los siete espejos que…

—¿Las lombrices vuelan?

El chambelán detuvo su cháchara.

—Mi señor, no te entiendo.

—Que te dejes de burradas, eso digo, o volarás desde aquí hasta el jardín. Haz subir a mi hijo. Y si vuelves a darme un consejo de los tuyos, acabarás plantado junto a las alcachofas, igual que la lombriz que dices ser.

El chambelán se esfumó, temeroso de que el emir cumpliera su amenaza. Ibn Hud se frotó las manos mientras observaba el lento

discurrir del agua a los pies de la ciudad. Y río abajo, flanqueado por arboledas, el puente de piedra que conducía hacia Huesca a través del Rabad ad-Dabbayin. Dudaba a menudo: ¿había hecho bien en enviar a Lubb al norte? Desde luego, pensaba que un buen guerrero tenía que curtirse en batalla, no engordar entre divanes y danzarinas. Pero Lubb era tan inseguro… A veces incluso pusilánime. Oyó sus pasos en el último tramo de escaleras, y por fin su hijo más pequeño asomó a lo alto de la torre. Vaciló un momento y efectuó una reverencia.

—Mi señor padre, que Dios te proteja y…

Pero Ibn Hud no lo dejó acabar. Lo abrazó fuerte, como siempre había hecho con los suyos. Es que era mirarlo y ver la cara de su madre.

—Hijo mío, por fin. ¿Cuántos meses hace?

Lubb, más confiado ahora, se permitió sonreír.

—¿Meses? Han pasado dos años, padre.

—Alabado sea Dios… Dos años.

Lubb no ocultó el punto de resentimiento.

—Dos años, sí. Has estado muy ocupado este tiempo mandándome al norte y convirtiéndote en emir. Viviendo en esta Zuda mientras yo me helaba en los confines de tu reino. Tendrías que ver la nevada que ha caído allí. Da miedo mirar las montañas.

Ibn Hud dio un paso atrás y examinó al retoño. Esperaba que hubiera cambiado en algo. Que sus brazos y sus hombros se hubieran ensanchado, o que se le afilara la mirada. Ah, los designios del Altísimo. Llenó los pulmones de aquel aire frío.

—Lamenté mucho lo de Rodrigo Vélaz y sus hombres. Pero dime, hijo, ¿cómo fue?

—Una celada en el río, mientras cazábamos. Chusma cristiana, o eso pensé al verlos vestidos con harapos. Luego me enteré de que los lideraba el bastardo que gobierna en Aragón.

—Ramiro.

—Ramiro, ese mismo. Antes de matarlo, le dijo a Rodrigo que era él quien había acabado con su hermano, y también que estaba vengando al conde de Castilla. No tengo claro a qué se refería. Tal

vez se me escapó algo, no entiendo muy bien la lengua pérfida de los cristianos.

Ibn Hud asintió. Y en su rostro se pintó un gesto de satisfacción.

—Yo sí lo tengo claro. Rodrigo me contó esa historia, y también me habló de Ramiro, el bastardo. Ahora ya no hay dudas, ha matado a dos de los tres hermanos Vélaz. Así que lo viste, ¿eh?

Lubb, de pronto, empezó a tiritar. Anduvo hasta ponerse junto a su padre y, como él, observó el lento discurrir del río, con la superficie ondulada por el viento norteño.

—El bastardo me perdonó la vida y me dio un mensaje para ti. Eso lo entendí bien. He esperado todo este tiempo para decírtelo cara a cara, padre. —Lo miró a los ojos—. Dice el bastardo que escoges mal a tus enemigos, y peor aún a tus amigos.

Ibn Hud mostró los dientes en algo que no llegaba a ser una sonrisa.

—Puede que el bastardo tenga razón. Dime, hijo, ¿cumpliste la misión que te encomendé?

Lubb hizo lo posible por sacar pecho.

—Sí, padre. Bolea y Ayerbe están bien fortificadas y guarnecidas. He purgado a los mozárabes más revoltosos y los demás han aprendido la lección, ya no pasarán más información a los aragoneses. Pero no he podido sustituir a los cristianos de Rodrigo Vélaz. Aunque pocos, eran buena tropa.

—Hm. Después de todo nunca fueron tan decisivos, costaban más de lo que valían. Si me pongo a pensarlo, no recuerdo que Rodrigo Vélaz me consiguiera victoria alguna en campo abierto. Era astuto, se le daba bien imaginar, eso es cierto. Y conspirar por los rincones, como los de esta Zuda. Oh, no me entiendas mal: sé que le debo el trono de Zaragoza. Pero tampoco olvido que él y sus hombres actuaban por oro, y que si otro hubiera pagado mejor…

—Comprendo.

—Además, ya no podía hacer gran cosa por nosotros. —Ibn Hud iba a añadir que, desde luego, Rodrigo no había convertido a Lubb en un buen militar, pero se lo calló—. La utilidad que le quedaba estaba en su parentela. Su hermano Diego, el último que queda, es fiel amigo y consejero de García.

—¿El rey de Pamplona?

—Ese. A través de él, yo confiaba en conseguir un pacto con García; a ser posible sin pagar por ello, como aconsejaba el pusilánime de Ibn al-Hakam. —Ibn Hud se dio la vuelta y cruzó los brazos bajo el manto—. García es el señor de Ramiro, o lo que es lo mismo: en realidad es él quien domina Aragón, el Sobrarbe y la Ribagorza. Por si acaso, tus hermanos han asegurado sus plazas cerca de Tudela y Lérida. Me preocupaba la franja de Barbastro a Benabarre, pero los cristianos también parecen más débiles en la Ribagorza que en Aragón. De todas formas, es hora de que lo sepas: mi intención es mantenernos tranquilos en el norte y atacar la taifa de Toledo.

—Padre, has pasado media vida en la Marca Superior, tus enemigos han sido siempre los cristianos.

—Y lo siguen siendo. Pero debemos pensar antes de actuar. —Ibn Hud señaló al otro lado del Ebro—. La taifa de Toledo podría ser una buena fuente de financiación, ¿sabes? Campos inacabables, tierras fértiles, pueblos y ciudades prósperos. Atienza, Sigüenza, Zorita, Molina…

Lubb gruñó un asentimiento. Él también prefería el llano a la montaña. Que Ramiro o Arnau Mir de Tost se quedaran con su miseria rocosa. Con los peñascos, hierbajos y boñigas de cabra.

—Lo que no entiendo, padre, es por qué me has hecho venir a Zaragoza.

—Ah, es que tenía algo que encomendarte, y no podía ser por carta. Algo fundamental para esa guerra que pretendo contra Toledo y para todo lo que venga después. Con las noticias que has traído, aún se vuelve más importante tu misión.

Lubb respingó.

—Padre, no sé si estoy preparado. Y no te quiero fallar.

Ibn Hud observó el gesto crispado de su hijo menor. Lo que en realidad le estaba diciendo era que tenía pánico a entrar en combate. Pese a todo, no podía dejar de quererlo. De desear que nada malo le ocurriera. Era tan parecido a su madre…

—Respira tranquilo, Lubb, y déjame pensar. Tal vez tu destino no sea librar grandes batallas, pues Dios, alabado sea, abre puertas

distintas a cada uno de nosotros. —Ibn Hud se pasó la mano por la barba entrecana, pulcramente recortada—. Fíjate en mí, sin ir más lejos. A tu edad no podía soñar con que un día sería emir. Ah, esto no tenía que haber ocurrido. —Apretó el puño—. Éramos fuertes, imparables. Pero se sembró la cizaña. Y la división. —Llegó hasta las almenas y alzó la vista, dejando que el frío viento del norte le refrescara las ideas—. ¿Qué habría hecho Rodrigo Vélaz en un caso así? Él tenía mucha imaginación, eso hay que reconocérselo. Hmmm. Sí, claro. La división, eso es. —Se volvió hacia Lubb y le apoyó la mano en el hombro—. Tal vez tu puerta te conduzca por la senda de la política y la diplomacia. Tu hermano Abú Yaffar es el primogénito, será quien me acompañe llegado el momento de la lucha. Aún no estamos listos, es verdad, pero no tardaremos en estarlo. Y cuando caigamos sobre la taifa de Toledo, necesitaré que tú permanezcas fuerte al norte, afrontando la amenaza cristiana. Y aún podemos hacer algo mejor: adelantarnos y evitar que esos politeístas comedores de cerdo nos ataquen. He aquí la puerta que Dios te abre.

Lubb se rascó la cabeza. Política y diplomacia, eso había dicho Ibn Hud.

—¿Qué haré al otro lado de esa puerta, padre?

—Conseguir que Rodrigo Vélaz nos sea útil, incluso después de muerto.

†

AL MISMO TIEMPO. ARAGÓN

El monasterio de Sasabe estaba en el sitio más discreto del mundo, el ideal para mantenerlo a salvo cuando los sarracenos señoreaban las tierras de lo que ahora se llamaba Aragón. Junto al riachuelo Lubierre y agazapado en una hondonada. En los viejos tiempos, Sasabe era una de las guaridas de los cristianos que saltaban de aquí allá, escondiéndose de los infieles que los

dominaban. Siempre conspirando para expulsarlos de las montañas, empujarlos hasta el valle y cobrar más y más fuerza. Por eso, también porque el obispado de Aragón había terminado por establecer allí su sede, y sobre todo por decisión de Ramiro, cuidaban en Sasabe de la pequeña y rara reliquia, el cuenco rojo que, habladurías sin fundamento secular, había sido el primero en contener la sangre de Cristo.

Ermesinda había salido para allá tras la Epifanía, en plena nevada, con una cortísima escolta y sin quejarse por las penalidades. Lo que en verano era ruta de una sola jornada, la había cubierto en dos. El primer día por la ruta sacra hacia el norte para trasnochar en Santa María de Iguácel, y el segundo por la senda de montaña, de cara a la cellisca. Con el capuchón del manto bien calado y las manos entumecidas por el frío.

Fue recibida por el obispo, que se sorprendió por su presencia y la agasajó con comida caliente. Entonces Ermesinda le dijo que quería ver el cáliz.

Ramiro jamás le hablaba de aquel insignificante objeto rojizo. Nadie en Jaca lo hacía. Pero el rey García no era tan reservado con Estefanía y, en una noche de calores y confidencias, le había contado el episodio de la acusación a la madre, el infamante juicio y el juramento de la pobre Felicia. Y a Estefanía, claro, le faltó tiempo para escribir a su hermana y narrar tan suculenta historia.

Y allí estaba ahora Ermesinda, dispuesta a ver para creer. El obispo la acompañó a rezar ante el cuenco rojo, que exhibió para ella en el altar. Ermesinda observaba el objeto, con gran esfuerzo para contener el escepticismo, pero a la vez sobrecogida por la posibilidad de que aquello fuera auténtico. Fuera, la nieve se acumulaba en la vaguada y se colaba en remolinos cada vez que un fraile entraba o salía de la iglesia. Y cuando la puerta se cerraba, en el templo imperaba un silencio que parecía más denso alrededor de la reliquia rojiza. ¿De verdad el hijo de Dios había tocado aquella vasija? ¿Y había dado de beber con ella a sus apóstoles? ¿Su propia sangre, como afirmaban los Padres de la Iglesia?

Pero Ermesinda no había ido hasta Sasabe en pleno temporal de nieve solo para postrarse ante la reliquia. Así que, cuando terminó

su escenificación y conversó largamente con el obispo, se retiró a dormir en la mejor celda del monasterio, dispuesta aprisa para albergar a quien, en todo momento, se trató como a una reina aunque no lo fuera. Y al día siguiente, a tres andados desde la Epifanía, ordenó a su séquito que no la acompañaran, pues quería disfrutar del frescor de la mañana. La nieve caía en pequeños copos en ese momento y el viento no soplaba, así que Ermesinda se cubrió bien con su manto azul forrado de piel de liebre y salió del monasterio hacia el arroyo, con mucha parsimonia, emanando vaho y volviéndose cada poco para comprobar que nadie la acompañara. Trepó por la senda y avanzó hasta un bosquecillo de abedules. Bajo la capa de nieve, el terreno era un lodazal en el que se le hundían los pies, arruinando sus carísimos escarpines de cuero.

Primero divisó al caballo tordo, que bebía en la orilla del Lubierre. Después lo localizó a él, un borrón oscuro medio oculto tras un tronco. Se dejó ver cuando comprobó que Ermesinda venía sola. A ella le habría entrado un escalofrío si no fuera porque ya estaba congelada. Le aterrorizaba aquella figura enorme, y la frente estrecha, los ojos cortantes como cuchillos. La capa desembarazada a la derecha, con una enorme hacha en la mano. Él no efectuó reverencia alguna. Solo la miró de arriba abajo.

—Pensaba que no vendrías.

Ni tono de respeto ni tratamiento. Ni siquiera un gesto amable. Solo esa mirada anunciando que, en cualquier momento, podía saltar sobre Ermesinda para desgarrar su cuello. Como si eso fuera poco, un aullido sonó en la lejanía.

—Mi hermana te habrá dicho lo que deseo, supongo.

Matalobos oteaba en la distancia, a través de los abedules pelados. También se volvió un par de veces. La nieve crujió bajo sus pies cuando avanzó hacia Ermesinda.

—Algo me ha dicho, sí. —Se detuvo a poca distancia—. Y siento curiosidad. ¿Qué más te da a ti si el bastardo se encama con otra? No conozco a nadie que no lo haga.

A Ermesinda le irritaron esas palabras, pero se limitó a apretar los puños, ocultos bajo el manto.

—Nadie en Jaca quiere hablarme de ella. Tampoco los tenentes de mi esposo, supongo que es costumbre de hombres guardarse esas faltas y cubrirse entre ellos. Mi hermana me contó cosas en su última carta. Ha hecho averiguaciones por Nájera, donde a la gente se le suelta más la lengua. Por allí recuerdan a la tal Munia. Tú la conociste, ¿verdad?

—La conocí, sí.

—Dice mi hermana que, por lo que se rumorea, Munia estuvo preñada, aunque quedó en nada.

Matalobos hizo un gesto de indiferencia.

—Varias veces, si mal no recuerdo. Vientre seco, supongo. —Enseñó los dientes—. O varón mal dispuesto. Para mí que el bastardo no es muy hombre, aunque de eso sabrás tú más.

Ermesinda venció el recelo y se acercó a él. Se echó atrás el capuchón forrado, descubriendo su abundante cabellera negra recogida en un moño.

—En Roda amenazaste a mi esposo, dijiste que matarías a Munia.

—Y a todo aquel al que guarde cariño ese bastardo. —Matalobos agitó su hacha, y también se movió hacia la mujer—. Así que mira por dónde pisas.

Ermesinda no retrocedió. No sabía por qué, pero una oscura marea la envolvía conforme Matalobos y ella se aproximaban. Era algo turbio que apenas vislumbraba en sus ojos de bestia salvaje, en la forma de mirarla como si ella fuera una presa arrinconada y él se muriera de hambre.

—Si Ramiro siente algo por mí, es indiferencia.

Él se atrevió a estirar la mano libre hacia su cara, Ermesinda no se movió. Con el dorso de dos dedos, Matalobos le acarició el pelo negro, estirado desde las sienes. Ella temió que de pronto cerrara esa manaza en torno a su cuello y apretara. Un nuevo escalofrío. ¿De verdad lo temía, o acaso lo estaba deseando?

—Indiferencia —repitió él—. Pues qué desperdicio.

—Deja de tocarme.

Él no obedeció enseguida. Su índice se demoró un poco tras la oreja de Ermesinda, y luego lo hizo descender por la línea de la cara

hasta los labios. Lo dejó allí un rato, desafiante. Y solo lo retiró cuando lo consideró oportuno. Sonrió.

—Debes perdonarme, mi señora. ¿Te estoy asustando?

—Me asusta solo pensar en ti.

—Ah, ¿piensas en mí?

—Dime algo, Diego. ¿Por qué eres leal a García? Me han contado esa historia tuya, ¿sabes? Tuya y de tus hermanos. Lo del condado de Álava, y cómo fue a parar a manos de Castilla. La muerte del Infanz y todo lo demás. Que nadie os quiere a su lado, salvo García.

—Eso a ti no te importa, mujer, aunque conviene que sepas algo: los Vélaz somos capaces de pagar un favor con la vida y una ofensa con la muerte. Y basta. Si he venido es porque, según tu hermana, de esta reunión puede sacarse algo de provecho, tanto para ti como para mí. Te escucho.

Ermesinda asintió.

—No quiero a esa Munia cerca y tampoco la quiero lejos. Ahora mismo ni siquiera sé dónde está mi esposo, pero creo que la busca. Sé que la gente como tú no da importancia a eso, pero a mí no me criaron para ser un adorno. Mi esposo es bastardo, como tú te encargas de recordarle a menudo. ¿Alguien destinado a qué? A nada. Pues bien, ese bastardo gobierna ahora en Aragón. Su madre, la furcia con la que se divertía el difunto rey Sancho, vive en Jaca, en el mismo palacio que yo, mientras que su legítima esposa, la que fue reina y ahora es viuda, se marchita en un convento. Ahora supongamos que Munia da a luz a otro bastardo.

Matalobos le acercó la cara. ¿La estaba husmeando?

—Ya veo. Cuidas de tu futuro.

Ermesinda levantó la vista para mirarlo muy de cerca a esos ojos de bestia cazadora. Olió su aroma a bosque, a rocío, a metal y a cuero. Pero de pronto se separó de Matalobos, como si fuera una hoguera a la que se había acercado mucho y se diera cuenta de que se quemaba.

—Conociste a mi tía en Barcelona, esa a la que todos llaman Abuela. De ella lo he aprendido todo. Casi setenta años tiene, y tres veces ha sido condesa de Barcelona, de Gerona y de Osona. Una con su esposo, hasta que murió. La segunda mientras su hijo fue

demasiado joven para hacerse cargo de los condados. Y la tercera cuando, muerto también el hijo antes de tiempo, tuvo que gobernar de nuevo porque sus nietos eran unos críos. Los hombres como tú os matáis a caballo, en campo abierto, o a puñaladas en las callejas; las mujeres como yo vivimos, y os vemos pasar así —chascó los dedos—, como copitos de nieve arrastrados por el viento. ¿A quién supones que quiero parecerme? ¿A la reina viuda o a mi tía?

Matalobos no dejaba de sonreír, las cejas muy arqueadas y moviendo levemente la cabeza.

—Tu posición está clara, pero no tanto la mía. Vuestros líos de camas ni me van ni me vienen.

—Tu posición también está muy clara, aunque tú no sepas verla. Eres leal a García porque nadie más te admitiría a su lado, es cierto, pero también porque esperas algo de él. Y ese algo es tan importante para ti y para tu linaje que permitiste que mi esposo, ese bastardo al que odias, escapara con vida en Roda, y en otras tantas ocasiones en las que podrías haberlo matado. No lo mataste ni lo matarás, ¿y por qué? Porque García no quiere que lo mates. Pero Munia es otra cosa, ¿verdad? En cuanto a mí, haría cualquier cosa por mi hermana, la reina Estefanía, esposa del rey García. ¿Comprendes eso? Comprende también que ella haría cualquier cosa por mí. Tienes mucho que ganar, Diego, si me cumples este servicio. Eso que esperas podría estar más cerca cada día.

—¿Qué servicio, mujer?

—Un día te pediré que cumplas tu promesa. —Ermesinda volvió a calarse el capuchón—. Solo deja que me entere de dónde está Munia.

†

UNA SEMANA DESPUÉS

Ramiro no recordaba un invierno tan duro como aquel. Tampoco los viejos que se cruzaba por el camino, con los que charlaba

mientras compartían un trago de vino o el calor de alguna fogata. A los lados de la senda, las ramas se cimbraban por el peso de la nieve, y se volvía peligroso apartarse del camino porque el manto blanco cubría grietas, pozos y zanjas. Junto a Senegüé se topó con una partida de pastores que recorrían el campo tras las huellas de los lobos. Le dijeron que una manada había bajado hasta la aldea y, tras hacer una escabechina con los perros, aquellas bestias famélicas dieron cuenta de medio rebaño. Era por la nevada, eso le explicó Fortún Aznárez, el tenente de Senegüé, veterano que le dio cobijo con mucho cariño. Como si, más que su señor, fuera su propio hijo.

—En las montañas lleva tiempo nevando, hace mucho frío allá arriba. Los animales se buscan un agujero y no salen ni a beber agua. Además, las charcas y los arroyos están congelados, los conejos lo tienen mal para romper el hielo. Así que los lobos se quedan sin presas, el hambre los aprieta y se envalentonan, mi señor.

Y las manadas se acercaban en busca de presas al curso del río Gállego, donde se concentraban los hombres en aldeas con casas y corrales. Los lobos se volvían insolentes y, como el frío aguzaba aún más el ansia, frecuentaban no solo las parideras, las pocilgas y los establos: también las casas. En el monasterio de San Urbez, los cercanos aullidos obligaron a montar un turno de guardia nocturna para proteger al ganado, y en una semana se les habían muerto congelados dos monjes. Y en una granja a media jornada, un lobo solitario se había atrevido a atacar a una mujer cuando volvía de ordeñar las vacas. Fortún Aznárez, al saber que su señor pensaba continuar hacia el norte, le aconsejó pensárselo mejor.

—No por los lobos, mi señor. Por el frío.

Pero Ramiro observaba las cumbres del Pirineo a través de la suave nevada, oía el eco de aquellos aullidos y negaba despacio.

—Tengo que ir, Fortún.

—¿Y adónde, si puede saberse?

—A la torre de Barbenuta, a ver a su señor.

El tenente de Senegüé apretó los labios.

—Vaya, no lo sabes. Pues siento decírtelo: el señor de Barbenuta murió hará dos años. Unas fiebres altas, creo recordar. Puse a otro

de mis hombres al frente de esa torre… Ah, espera. A quien buscas en verdad es a su hija, claro. Munia.

Ramiro asintió.

—Así que su padre murió y yo ni siquiera me había enterado. No habrás oído nada de ella, ¿no?

Fortún Aznárez se rascó la calva.

—Disculpa, mi señor. Ya no recordaba que Munia y tú… En fin, no. No sé nada de ella. La última vez que la vi fue en San Juan de la Peña. Hará cinco años o así, el día en que repartiste las tenencias. Ella y tú aún estabais… O sea, yo pensaba que aquello ya…

—Que se había acabado, ¿no? —Y Ramiro volvió a asentir—: Sí, claro. Aquello ya se acabó.

Cuando se abrió un claro, dejó de nevar y los rayos del sol relumbraron sobre el paisaje blanco. Pero el viento helado que descendía desde las montañas no permitía descubrir la cara, así que Ramiro avanzaba tirando de las riendas de Fosco, bajando desde el Tozal de la Santa Cruz, donde se erguía el castillo de Senegüé; hundida la cabeza entre los hombros y con el capuchón del balandre bien calado. Bajó al fondo del valle, por donde discurría el Gállego, y observó la otra orilla. Las aguas fluían muy mansas, casi detenidas en el centro, y se congelaban junto a las orillas. Sobre la superficie se reflejaban los perfiles de enfrente. La masa imprecisa de las montañas nevadas, las líneas vibrantes de las hayas. Ramiro metió talones para convencer a Fosco de que entrara en el río. El animal, obediente, rompió la capita de hielo y avanzó. Aquello no era un vado, así que sus patas se hundieron cada vez más. Por fortuna, el invierno retenía el agua en las cumbres, así que Fosco, con mucho cabeceo y algún que otro resoplido de queja, terminó de pasar al otro lado de aquel espejo de hielo.

En cuanto salió del bosque de hayas, Ramiro divisó la torrecilla a media altura y, a los pies del cerro, la aldea de Lárrede. Palmeó el cuello de Fosco y se inclinó sobre él.

—Descansaremos ahí, ¿eh?

La aldea parecía tan helada como el entorno, pero finas columnas de humo se filtraban desde los tejados de tierra y ramas que se combaban bajo el peso de la nieve. Al paso junto a una de las casas

de madera, vio algo colgado sobre una puerta. Un cordel del que pendía un manojo de ramitas de roble. Desmontó y, con Fosco de las riendas, golpeó en la madera. Abrió una mujer envuelta en trapos remendados, y de dentro escapó un humo que picaba en la nariz.

—Buen día. ¿Tendrías forraje para mi caballo? Te lo pagaré bien.

—Qué más quisiera. Me lo comería yo misma. Pero no tengo nada, lo siento. Pregunta ahí, detrás de la iglesia.

Y se dispuso a cerrar la puerta, aunque Ramiro posó la mano para retenerla.

—Espera, espera. Una cosa más. ¿Cuál es tu nombre, mujer?

—Bonafilia.

—Pues dime, Bonafilia. —Señaló el colgajo de ramas—. ¿De dónde has sacado eso?

Y Bonafilia le explicó que aquello era un remedio que le había dado la Encantaria.

—Para los dolores del mes —añadió.

—¿La Encantaria?

Bonafilia salió, hizo crujir la nieve bajo sus pies y señaló al monte que se alzaba tras su casa. En lo alto había una torrecilla de madera desvencijada, con aspecto de llevar una década abandonada al viento y a las heladas.

—A medio camino de la torre, donde cruza el barranco, tiene una cabaña. Es una moza rubia, llegó hace un tiempo y no sé su nombre. Si necesitamos un emplasto o una cocción de hierbas, mandamos a buscarla. No irás a hacerle daño, ¿eh? Es muy buena.

Ramiro sonrió.

—No sabes quién soy, ¿verdad?

La mujer lo miró de arriba abajo.

—¿Necesito saberlo?

Ramiro encontró forraje al final del pueblo, premió a Fosco por su faena cruzando el hielo y, mientras las nubes regresaban, siguió por el camino que le había indicado la mujer. Hasta que a media subida, junto a un bosquecillo de abetos, se topó con la cabaña. Era pequeña, tal vez lo que un día fue un simple refugio de pastores, trabajado ahora hasta convertirlo en una choza. Zócalo de piedra y barro, madera de pino hasta el tejado de ramas apoyadas en postes

y sobrecargadas de nieve, cuyas dos vertientes casi tocaban tierra. Tenía adosado un corral tapiado por el lado del sendero, y un murete rodeaba el huerto en pendiente hacia el barranco. Y junto a la puerta, una pequeña pila de leña cortada desprendía el aroma de haya.

Tiró de las riendas de su caballo y se fijó en la crucecita de tejo clavada en la puerta.

—Para espantar al demonio es eso, Fosco.

No lo había dicho muy alto, pero alguien lo oyó dentro de la cabaña. Ramiro notó el sobresalto, la vibración y los pasitos rápidos que se acercaban a la puerta. El corazón se le puso al galope cuando sintió que destrababan el cierre. Desmontó.

El batiente se separó del marco medio palmo, y a su través pudo ver los ojos claros y la melena rubia heridos por un rayo de sol invernal.

—Munia.

La puerta se abrió hasta la mitad y allí estaba ella, saya de lana parda hasta los tobillos, descalza y con las manos manchadas de hollín.

—Mi Ramiro.

—Te escondiste bien, Munia. Aunque tal vez no lo suficiente.

Justo en ese instante se nubló el cielo. Ella no hizo ademán de franquearle el paso a Ramiro. Lo examinó con algo parecido al alivio.

—Estás como siempre. Me alegra verte. Y Fosco, míralo, igual de bonito.

—Munia, ¿no me dejas entrar? —Señaló el cielo—. Va a nevar otra vez, parece.

—¿Qué quieres?

—A ti, claro.

Ella bajó la vista.

—Ay, mi Ramiro.

De dentro escapaba olor a regaliz.

—¿Preparas algo para curar el catarro? Porque si me dejas fuera, no tardaré en enfermar y me vendrá bien algún brebaje.

Munia sonrió.

—No es para mí ni para ti lo que preparo ahí dentro. Un zagal de Lárrede, que tose más que habla. Su padre me arregló la chimenea. La gente me ayuda, yo los ayudo a ellos. Lo de siempre.

Ramiro inclinó la cabeza para atisbar el interior. Mortero de cal en el suelo, hoyo recubierto de cenizas en el rincón, sobre el que ardía un tronco. Y encima, sujeto por una cadeneta, el perol humeante.

—¿Vives bien, Munia?

—Vivo, y eso está bien. ¿Te vale?

Él le puso el índice bajo la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Pues no me vale. Déjame entrar, anda.

—Mejor vuelve a Jaca. Tu esposa te estará esperando.

Ramiro le acarició el pelo.

—Te echo de menos.

—Y yo a ti, pero vete.

—Enseguida. Voy a atar a Fosco. ¿Me das agua? Tengo sed. Y a un sediento no se le puede negar que beba.

No esperó respuesta, sino que rodeó la choza hasta el corralillo y trabó las riendas del caballo junto a la conejera. Vio vainas de espantalobos colgadas en varios puntos del alero, aunque no soplaba suficiente viento para agitarlas y hacer que sonaran. El cielo se encapotaba a toda prisa y, como para avivar sus temores, escuchó un aullido lejano al que respondió otro algo más cerca. Fosco se removió un poco y las gallinas aletearon nerviosas en sus gallineros. Acarició el hocico de su caballo.

—Tranquilo, chico. Estaré ahí mismo.

Cuando regresó, la puerta seguía abierta, así que pasó. Munia removía la cocción de regaliz y miel, acuclillada frente al fuego, el pelo rozando el suelo mal apisonado. Había un jergón a la derecha, sobre él se acumulaban las pieles de cabra. A la izquierda, tablas adosadas a la pared con frascos y bolsitas, talismanes ya hechos, material para hacer más. Una mesa y un taburete. Un arcón abierto, con unas pocas sayas tan bastas como la que ahora vestía. Ramiro cerró la puerta.

—¿Bajan los lobos hasta aquí?

—Sí que bajan. Hace más frío que nunca, no tienen más remedio. Creo que una manada se ha asentado por aquí cerca. Llevo semanas

oyéndolos.

—Ya. Tenías peines, cofres, vestidos… ¿Dónde están, Munia?

—Los vendí. Con lo que saqué por el brial verde pude hacerme con esta casa, ¿qué te parece? Apenas me lo puse dos veces en Nájera, y aquí me servía de bien poco. El manto forrado lo cambié por todas esas pieles. Hace mucho frío por las noches. La yegua se me murió el año pasado, aunque ya era vieja, la pobre. Y la mula se la entregué a la iglesia de Lárrede, les vendrá bien para el campanario que quieren construirse. El cura es buena persona, me ayudó a arreglar el tejado y me trajo gallinas para el corral. Ven, acércate al fuego.

Ramiro obedeció. Se despojó del balandre y lo dejó en la mesa. Extendió las manos hacia el hogar.

—Esto es absurdo, Munia, no tienes por qué vivir así. Además, podría pasarte algo. Vuelve conmigo a Jaca.

—Tienes vino ahí, junto al arcón. Lo siento, el agua del barranco está helada y hoy no he bajado al río. Apaga tu sed y vete.

—Que apague mi sed, dices…

Ella lo miró. Seguía removiendo la cocción con un palo, el dulzor extendido por toda la cabaña.

—Te lo expliqué hace tres años, Ramiro. ¿O son ya cuatro? Que no quiero vivir de la caridad, esperando tu visita a escondidas. Dime, ¿te ha dado ya algún hijo?

—No. Nosotros apenas… No, no. No tengo hijos.

—Pues ya tendrás, tranquilo.

—Dijiste que pensarías en mí, Munia. Que así estaríamos juntos.

—Pienso en ti mucho. Todos los días. —Se le fue la vista a las llamas—. Todas las noches. Es una forma de estar juntos. —Removió un poco más el mejunje. Despacio, jugando con las burbujas—. En Nájera vivía convencida de que lo nuestro no se acabaría nunca. ¿Tú también lo pensabas?

Él dejó pasar un rato sin contestar. Pero cuando Munia lo miró insistente y no tuvo más remedio:

—Lo sigo pensando, mujer. Y lo pensaré más ahora que te he visto aquí, sola.

Eso pareció ofenderla. Dejó de remover el hervor.

—No quiero que me tengas lástima, Ramiro. No me siento sola. Pero lo más importante es que, aunque así fuera, no necesito compañía. ¿Por eso crees que estaba contigo? ¿Por no estar sola? A lo mejor piensas que es buena idea haber venido aquí. Tal vez lo has hecho por eso, para aliviar mi soledad, ¿eh? Conseguir que sea un poco menos infeliz. Y me alegro de verte, de verdad. Pero luego, o mañana o dentro de dos días te irás, y yo sabré adónde. Y eso será mil veces peor que si nunca hubieras venido.

—Ah. Lo siento.

Fuera sonó un nuevo aullido, largo y lastimero.

—Vamos, hombre, bebe. ¿No tenías tanta sed?

Ramiro se fue hasta el rincón y tomó el odre. El vino no era bueno y estaba casi tan frío como el agua del Gállego. Algo llamó su atención dentro del cofre de la ropa. Un espejo mal pulido y sin mango. Lo tomó para ver su imagen deformada en la superficie.

—Te traeré otro espejo, este no sirve.

—No hace falta. Apenas lo uso.

Ramiro caminó hasta ella con el espejo en la mano.

—¿No te llaman la atención los espejos, Munia? Arsenda, la mujer de Arnau, tiene uno al que llama Mirall. La gente dice que es mágico, que al otro lado de ese espejo está el futuro. Ella lo niega y, sin embargo, siempre acierta tras mirar en él. Sea lo que sea lo que mira. Me avisó de que habría guerra y de que un rey moriría. ¿Tú qué crees?

Munia dejó el palo apoyado en el borde del perol y se alzó.

—¿A qué viene eso?

Él se pegó a ella y extendió la mano. Observó el reflejo de ambos en el espejo, pero apenas podían distinguirse más allá de sombras, luces y colores.

—Arsenda también supo que te encontraría, ¿sabes? Cosas de su Mirall. Hace un rato he cruzado el río. Pero antes he visto esta orilla reflejada en el agua, como si fuera un espejo. Y al entrar Fosco, todo se ha enturbiado. Ha sido como dejar atrás aquello. Jaca, el palacio, mi esposa… Como si el espejo se rompiera y yo pasara al otro lado.

—Creo que entiendo lo que dices, Ramiro. Pero no soy un reflejo. —Y de todas formas le quitó el espejo y lo arrojó al rincón, donde se hizo añicos. Eso pareció satisfacer a Munia. Después le tomó la mano a Ramiro y la atrajo hasta su cara—. ¿Ves? Puedes tocarme.

Él la tocó. Como en aquellas mañanas de pasión interminable, cuando ambos se quedaban mirándose entre las mantas, a media luz, fatigados después de amarse una y otra vez, y Ramiro le recorría con su índice la línea de la nariz, las cejas, la barbilla, el contorno de los labios. Y Munia sonreía sin apartar la vista y sin necesidad de hablar, porque todo se lo decían con la mirada. Y a ambos les entraba otra vez la sed, aunque no hay vino suficiente en todo Aragón para calmarla. Ni en Nájera, ni en Castilla. Y ya se sabe: a un sediento no se le puede negar que beba.

Fue ella la que lo besó primero.

Y es lo que tiene un beso entre amantes apasionados, más que nunca cuando llevan sed acumulada: que se impone a todo lo demás. Estira el tiempo y hace temblar el espacio. Engaña a la mente y la obliga a transitar de la realidad a la fantasía. Desmonta los planes, perdona los pecados, impone el olvido. ¿Cómo resistirse? Imposible, si es un poder que derrite la roca, hiela el fuego. De pronto no importa nada más que eso, ellos. Nosotros.

Solo nosotros, eso dicen los ojos claros de Munia. No existe nada más, murmuran sus labios. No hay pasado ni futuro, solo un largo, interminable momento, intervalo de deseo entre lo que jamás fue y siempre será, presente eterno que apenas durará otro beso. Manos que acariciaban la melena rubia, dedos que aferraban la ropa para tirar hacia la cama. Cordeles que se desatan, piel desnuda, calor, palpitación. Rozar la curva de sus caderas. Lento y siguiendo el contorno, como si ella durmiera y Ramiro no quisiera despertarla. Porque ¿qué diferencia hay entre soñar y vivir al otro lado de un espejo? Ramiro deslizaba su lengua por el cuello de Munia, por sus hombros, por sus pechos. El antiguo hechizo del hombre que encuentra su sitio en la mujer. Las pieles los cubrieron mientras fuera empezaba, una vez más, la nevada. Él se abrió camino entre sus piernas y se hundió sin resistencia. Munia ahogó su primer gemido de muchos, y sus uñas se clavaban en la espalda del

amante, recorrían el contorno de sus hombros, y se agarraba fuerte a sus brazos porque quería sentir su peso encima, tan dueña de él como entregada. Y lo obligaba a entrar otra vez, amplio movimiento, de un extremo a otro, de lado a lado del espejo, humedad alanceada hasta el fondo. Ambos con los ojos abiertos, mirándose muy de cerca para retener cada imagen. Cada pequeño gesto, cada jadeo, cada arquear la espalda mientras la nieve derretida se precipita en cascada desde el risco hasta la laguna. Caricias que eran como bálsamos, con aroma de miel y regaliz. Única, preciosa y rara ocasión en la que derramarse es calmar la sed. Es que al sediento no se le puede negar que beba, ni a este lado del espejo ni al otro.

†

36. Sembrar cizaña

†

MEDIO AÑO MÁS TARDE, VERANO DE 1040. MONASTERIO DE ALBELDA, TIERRAS DE NÁJERA

García salió del monasterio montado sobre su caballo nuevo, un estupendo animal castaño valorado en quinientos sueldos. Ilusionado como siempre que estrenaba montura, acababa de escabullirse, pues no quería compañía. Descendió la colina, torció por el camino e hizo trotar al caballo entre las casas. En cuanto dejó atrás la aldea, le clavó los talones, a lo que el animal respondió enseguida, con un galope impetuoso y sostenido. Le imprimió aún mayor velocidad y tomó rumbo al cercano río Iregua. Un labriego que caminaba con la azada al hombro se hizo a un lado, maldijo entre dientes y luego sacudió la polvareda. García no se molestó ni en mirar atrás, extasiado. ¿Había algo mejor que aquello? Cazar estaba bien, pero galopar con el viento en la cara… Atravesó el arrabal plagado de cabañas y huertos y, al llegar a la línea arbolada de la orilla, frenó la marcha y torció a la derecha.

—Bien, chico. Bien.

No parecía mala montura, no. Se la acababa de cambiar a uno de sus nobles por una finca junto al río, un poco aguas abajo. Y de momento daba por rentable el negocio. Lo hizo trotar por el camino

hasta un campo baldío y allí lo sometió a bruscos cambios de dirección, a frenadas repentinas, a recular y arrancar de golpe. Localizó un claro entre la vegetación, lo arrimó a la corriente y le permitió abrevarse. Quinientos sueldos eran muchos sueldos, suficiente para hacerse con cinco caballos normales. Pero aquel no era un caballo normal.

Tomó el camino de regreso al monasterio, donde lo esperaba su esposa, la reina, junto con los obispos de Pamplona, Nájera y Álava, varios de sus nobles y Diego Vélaz. Al paso ahora, aprovechando para disfrutar del paisaje. A su alrededor, los campesinos trabajaban los huertos del monasterio o conducían sus rebaños. La mayor parte de ellos ni siquiera sabían que era su rey el que se paseaba entre las tierras de labor.

—Buen caballo, bueno eres —le decía al animal, inclinado un poco sobre su cuello—. Y más que has de serlo, que me has costado una fortuna.

Sonrió. Claro que no: no había nada que lo hiciera sentir tan satisfecho como hacerse con una montura de calidad. Ni siquiera encamarse con su esposa, por muy complaciente que fuera. De hecho, empezaba a aburrirse ya del aire virginal de Estefanía, de su mirada retraída y su cuerpo delgado y esbelto, de piel suave y formas armónicas. Además, aún no se había quedado preñada, que era su principal cometido, ¿no? Justo ese año le había nacido un varón a su hermano Fernando, su tercer hijo tras las dos primeras niñas, Urraca y Elvira. A este recién llegado, naturalmente, le había puesto el nombre de Sancho, como dictaba la tradición.

Ah, pero ¿a qué pensar en mujeres y en críos? Ahora montaba el caballo propio de un rey, ya estaba seguro. Tal vez no tan bueno como Zidar, claro. Cuánto recordaba a Zidar. No creía que jamás fuera a tener un animal como aquel. Tan bello, noble y resistente. Aún le dolía un poco cuando recordaba su muerte. En fin, había que volver a la aburrida realidad. Ahora tocaba seguir viaje hasta la frontera, al torreón de Carcar. Un embajador del emir de Zaragoza había solicitado reunirse con él, y esperaba al otro lado del Ebro, en Calahorra. No es que le apeteciera mucho parlamentar con infieles, pero eso formaba parte de las tareas de un rey. Además, sentía

cierta curiosidad. Desde la entronización de la nueva dinastía en Zaragoza, no sabía qué actitud tendrían los infieles hacia sus vecinos norteños.

Atravesó la aldea que crecía en la falda de la colina, pero tuvo que detenerse cuando un rebaño de ovejas cruzaba la senda, justo al iniciarse la subida hacia el monasterio. El pastor apenas reparó en él, pero García no le metió prisa. Mejor así: disfrutaría un poco más de la soledad. Se apoyó en el arzón y observó a una mujer que caminaba algo más adelante, con un niño en brazos. Acababa de salir de una de las cabañas en pendiente, las que ocupaban los sirvientes del monasterio. La reconoció enseguida. Por los andares y por las formas. Cuando cruzó el último cordero, García hizo avanzar al caballo y se puso en paralelo con la mujer.

—María Narbona.

La prostituta abrió mucho los ojos.

—¡Mi rey! ¡Qué dicha! Precisamente subía a verte. Me he enterado de que estás aquí y… —Se interrumpió. Separó al crío de su pecho, siempre exuberante aunque ahora lo taparan ropas de campesina—. No sabía si hacerlo, no me atrevía… Pero al final me he decidido. Quería enseñarte esto.

García desmontó. Acarició la testuz del caballo y, con las riendas sujetas, contempló al crío, que bostezaba en ese momento, los ojos entrecerrados y legañosos. No tendría mucho más de un año, el pelo y los ojos claros, inconfundibles la línea de la barbilla y la curva de la nariz.

—Santo Cristo…

—Sí, sí —convino María Narbona—. El parecido no se puede negar, ¿a que no?

García no entendía nada. Se fijó en el chamizo del que acababa de salir la ramera, uno de tantos, con su porción de huerto a la espalda. Examinó el rostro del crío. Un par de monjes bajaban en ese momento, así que los dejó pasar antes de seguir hablando con la prostituta.

—Pero, María… ¿Por qué nadie me ha dicho nada?

Ella se encogió de hombros.

—Fui a contarte que me habías preñado, pero te habías ido a Barcelona.

García ni siquiera se planteaba la duda. Sus propios rasgos eran reconocibles en el niño, incluso tan pequeño. Además, había convertido a María Narbona en su puta particular. Bien pagada, pero a cambio de que él fuera su único cliente. El hijo era suyo.

—¿Y qué haces aquí, mujer?

—Bueno, verás: volví al alcázar de Nájera tras tu regreso de Barcelona, pero te acababas de marchar otra vez. A Leire, creo. La que sí estaba era la reina. Para entonces yo tenía buena barriga y, ¿puedes creértelo? Me habían crecido aún más las tetas. —Sonrió—. Fue generosa tu mujer, ni siquiera se enojó. Eso sí, dijo que se me había acabado el fornicio, que tenía que callarme lo del crío y marcharme de Nájera. Me encomendó al monasterio y me dotó con esa casa de ahí. Tiene huerto, ya ves. —Señaló hacia el río—. Y por allí también me corresponden dos tierras y una viña, así que no me quejo. Todo eso me lo trabajan los sirvientes del abad y estoy exenta de pagar tasas a los frailes.

—Vaya con Estefanía… —murmuró el rey.

—Yo le juré a tu esposa que no diría nada, pero al saber que estabas aquí… —María Narbona se apoyó al crío en la cadera izquierda, abrazó al rey por la cintura con la diestra y le aplastó los pechos contra el torso—. Pues eso, que he recordado los buenos ratos. Cuando venías a la cueva y me ponías mirando a la pared, ya sabes. —Puso los ojos en blanco—. Y cuando me agarrabas las tetas y apretabas fuerte, mmm… Ay, ¿qué será de Dacolina? ¿Y de la Manca? No echo de menos putear, ¿eh?, pero a ellas sí. Eran buenas chicas, tú lo sabes. ¿Qué? —Deslizó la mano libre y la metió en la entrepierna del rey—. ¿Te apetece un empujoncito? Sin pagar, por supuesto. Pues eso: por los viejos tiempos.

García se separó de ella.

—Sigo sin entender. ¿Fue la reina la que te hizo venir aquí? ¿Y me ocultó lo del crío?

—Eso he dicho. —Volvió a mostrarle la cara del niño—. Sabe cuidar de lo suyo, no seré yo quien la culpe. Pero míralo, qué guapo es. Como su padre. —María Narbona se pasó la lengua por el pulgar

y usó ese mismo dedo para restregarle una legaña a su hijo—. De nombre le he puesto Sancho. Es lo que se hace con el varón primogénito de un rey, ¿no? Se le llama como a su abuelo. ¿Hice bien? —Acercó el rostro al del niño, señaló al rey y le habló en agudo falsete—. Mira, Sancho. Es tu padre. Salúdalo.

García enrojeció. Así que ya era padre, sí. Padre de un bastardo. Por lo visto, la tradición familiar se cumplía incluso sin quererlo. Y en cuanto a Estefanía, resultaba que no era la dulce flor que todos creían. Apretó los labios. No le gustaba que le hubiera ocultado algo tan importante. Y si la reina había metido a María Narbona en Albelda, el obispo de Nájera tenía que estar al corriente, pues también era el abad de aquel monasterio. ¿Cuánta gente más sabría que el primer hijo del rey de Pamplona era un bastardo?

—Entonces dices que la reina lo vio. —Señaló al crío—. A tu hijo, digo.

—No, no. Lo parí aquí, así que no tienes nada que temer: no es ningún hijo de puta. Los monjes me ayudaron, se portan muy bien. Aunque ahora digo yo: ¿por qué no puedes tú saber que tienes un crío tan majo y tan salado? Y aquí me ves. —Se dio la vuelta entera —. Se acabó María Tetona. María Narbona, mi rey, para servirte a ti y a tu hijo Sancho. —Y soltó una risita.

—Mi hijo Sancho… —Se pasó la mano por la frente. Sancho era el nombre reservado para su heredero, no para un bastardo—. En fin, ya está hecho. —Entornó los ojos, igual que el niño—. Vuelve ahora a tu casa, María. Tengo que ir al monasterio, hay cosas que aclarar. Ah, no descartes que te haga una visita esta noche. —Le arreó una palmada en el trasero—. Pues eso: por los viejos tiempos.

†

TRES DÍAS DESPUÉS. CARCAR, REINO DE PAMPLONA

La barcaza había quedado atracada en el lado pamplonés del Ebro, vigilada por guardias del rey García. A bordo, media docena de

lanceros sarracenos garantizaban que no habría problema para volver a cruzar de regreso al lado zaragozano. La embajada la componían, además de Lubb, un judío que serviría como traductor, diez jinetes de escolta y una veintena de criados en mulas o a pie. La comitiva la cerraban dos carros cubiertos con lonas y un hermosísimo caballo blanco guiado por uno de los sirvientes.

García esperaba a la sombra de un toldo, sentado en un sillón de alto respaldo y con los pies apoyados en un cojín. La espada envainada, pero en el regazo, no colgada del talabarte. Solo lo acompañaba Matalobos, de pie a su derecha y armado también con su espada. Además había un sirviente que cada poco les acercaba el odre con agua, pues calentaba mucho el sol. Cuando la comitiva zaragozana apareció a su vista, el rey de Pamplona se levantó.

—Bueno, pues a ver qué quieren estos perros.

—No te dejes engañar —le advirtió Matalobos—. Llevan la mentira en la sangre.

—Lo sé.

García sonrió con amplitud. A su espalda, la empalizada de madera estaba abierta, pero no se veía a nadie. Tampoco en lo alto del torreón. El rey deseaba dar una imagen amistosa, así que todos sus soldados estaban a resguardo.

La embajada sarracena se detuvo, y el jinete que iba en cabeza, un hombre joven y algo entrado en carnes, desmontó. Vestía con el lujo esperado y sudaba a chorros. Hizo un gesto para que los demás aguardaran, y solo lo acompañó un sujeto alto, encorvado y de barba rojiza. Cubrieron la corta distancia y saludaron ambos con una corta reverencia. El de las vestiduras lujosas habló con voz suave, que enseguida tradujo el más alto.

—La paz sea con vosotros. —Extendió la mano hacia el embajador —. He aquí a Lubb, hijo del emir de Zaragoza, el muy noble y favorecido por Dios Sulaymán ibn Hud al-Mustaín, que a su través os envía un caluroso saludo y deseos de paz y amistad.

García examinó a Lubb. No le pareció un príncipe, con aquel aspecto frágil, los hombros estrechos y caídos, la panza prominente.

—Bienvenidos. Yo soy García, hijo de Sancho. Rey de Pamplona por la gracia de Dios. Este de aquí es mi fiel servidor, Diego Vélaz.

Cuando el traductor tornó al árabe andalusí las palabras de García, Lubb sonrió satisfecho.

Hubo más intercambio de fórmulas, parabienes y deseos de prosperidad, larga descendencia y favor divino, hasta que Lubb hizo saber su deseo de establecer una amistad personal con García, de quien había oído decir que era el mejor espadachín al norte del Ebro.

—Y al sur, querido Lubb —respondió García, y le guiñó un ojo—. Y ahora, si aceptas mi hospitalidad, te invito al torreón, donde he preparado unas viandas y podremos charlar con discreción.

El musulmán preguntó si dentro hallaría a la reina Estefanía, de quien había oído decir que era bella como una hurí, de pelo más negro que la noche y talle más estrecho que una gacela. García lamentó decepcionarle, pues había decidido llegar hasta Carcar acompañado solo de su amigo Diego Vélaz y de un par de criados. La reina lo esperaba en el monasterio de Albelda, a dos días de camino.

—Qué triste oír eso —contestó Lubb, siempre en árabe—. Pero qué conveniente por otra parte. Si no te importa, excelso rey, prefiero continuar nuestra charla aquí fuera. Permite ahora que te ofrezca algunos presentes, miserables para lo mucho que merece tu majestad.

García ladeó la cabeza a su modo, pidió más agua y, sin ofrecerle ni un trago al musulmán, vio cómo este gritaba a su servidumbre. De inmediato los criados apartaron el toldo de la primera carreta, y cargaron con un cofre que depositaron pesadamente a los pies del rey pamplonés.

—Estas baratijas son para la gentil reina Estefanía —explicó Lubb, y él mismo lo abrió. Contenía bandejas de oro, un collar de brillantes piedrecitas rojas, copas y escudillas de plata, una arqueta de marfil tallada con figuras de ciervos, un cinturón de cuero cordobés tachonado y una túnica de terciopelo armenio.

García abrió mucho los ojos. Luego miró a Lubb.

—Vaya, estoy seguro de que a la reina le agradará. Debes disculparme, querido amigo, pues yo no he traído nada para ti.

El musulmán sacudió el aire cuando oyó la traducción.

—Tu sola presencia es suficiente regalo. Pero aguarda, que aún no has terminado de conocer cuánto te admira mi padre. —Se volvió y, a otra orden, los sirvientes destaparon la segunda carreta.

Dentro había una mujer cubierta con *gilala* de traslúcida tela nívea, con la cabeza y media cara envueltas en una *miqná* también blanca, que tapaba todo su cabello y rodeaba el cuello para esconder su boca y su nariz. Los ojos eran muy oscuros, y llevaba las manos decoradas con figuritas de henna. Se acercó ligera como un pajarillo, apoyó ambas rodillas en tierra y extendió los brazos en cruz mientras humillaba la cerviz.

—¿Una mujer?

Una esclava, aclaró Lubb. Una muchacha educada en la corte sevillana y comprada por una fortuna. Virgen, pero complaciente, con la dentadura completa y de inmejorable salud.

El príncipe enumeró el resto de los encantos de la chica, que sabía danzar y hacía sonar los crótalos como nadie. Le tocó el hombro y la llamó Maryam. Ella, con estudiada lentitud, se descubrió el rostro y la melena negra.

—Vaya —murmuró García.

—Mi padre, de rey a rey, te ruega que aceptes estos regalos de su parte, con el deseo de que sean de tu agrado y del de tu querida esposa, la reina. —Lubb se volvió y gritó una última orden—: Lo que ahora te entrego es mi regalo personal. Algo que no tiene que ver con mi padre ni con sus intereses. Esta es una oferta de amistad sincera.

Entonces trajeron hasta García el caballo blanco desde el final de la comitiva, y le entregaron las riendas a Lubb. Un animal sin ensillar, tan inmaculado que parecía imposible. Pataleó muy elegante y sacudió la cabeza, moviendo la crin de lado a lado. El rey se levantó, boquiabierto. Ni siquiera se dio cuenta de que la bella y joven Maryam seguía allí, arrodillada. Pasó a su lado y casi no se atrevió a acariciar el cuello de aquel animal.

—Es.… extraordinario.

Matalobos, tan sobrecogido como García, lo confirmó.

—Sí que lo es. Debe de valer como una ciudad entera.

—Como dos —opinó el rey.

Lubb, encantado con la reacción de García, le alargó las riendas.

—He oído que te gustan los caballos, y este era mi favorito. Dime, rey García, ¿tenemos los mismos gustos?

—Sin duda… —García hundió los dedos en el pelaje y cerró los ojos. Ya casi se veía cabalgando sobre aquel animal que parecía bajado del cielo. De repente se había olvidado del excelente caballo castaño que había permutado en Albelda, e incluso el buen Zidar parecía empequeñecer en su memoria—. ¿Cómo agradecerte semejante regalo?

—Oh, me siento dichoso solo por ver cuánto te agrada. —Lubb se volvió hacia Diego Vélaz—: Y ahora me temo que llega el momento de la amargura.

Matalobos frunció el entrecejo al escuchar la traducción del judío.

—¿Hablas conmigo?

—Contigo, sí. ¿No eres acaso Diego Vélaz, hermano de Rodrigo y de Íñigo?

Matalobos asintió, y Lubb pidió que alguien se llevara a la esclava Maryam. Se ocupó el sirviente del odre, que la guio hasta el torreón de Carcar, y entonces el musulmán empezó a contar. García dejó de acariciar al hermoso animal conforme el asistente judío pasaba las palabras del árabe al romance. Y Diego Vélaz apretaba los puños. Tanto que se clavaba las uñas en las palmas, y sus nudillos se volvían más blancos aún que el pelaje del caballo.

—¿Por qué me has contado esto? —preguntó Matalobos, con la voz tan aguzada como una daga.

Lubb se llevó la mano al pecho.

—Porque apreciaba a tu hermano Rodrigo. Me enseñó lo que jamás pude aprender de mi padre, y me salvó la vida en Áger. Yo no pude devolverle el favor en Bolea.

García regresó a su sillón, tomó asiento y, con los codos apoyados en los reposabrazos, juntó los dedos.

—Es mi hermano Ramiro a quien acusas, Lubb. Eso lo sabes, ¿no?

El musulmán cerró teatralmente los ojos.

—Tenía entendido que erais solo medio hermanos. Pero te juro, rey García, que lo que he dicho es cierto. Durante generaciones hemos sido enemigos, lo sé. Y si tu hermano Ramiro hubiera

cruzado la frontera y me hubiera matado a mí, ¿quién podría reprochárselo? Yo te lo diré: nadie.

—Eso es cierto.

Matalobos se sintió obligado a intervenir.

—Vamos, mi rey. Sabíamos quién había matado a Íñigo, o al menos lo sospechábamos. Y ahora Rodrigo… ¿Qué otra prueba necesitas?

—Yo estaba delante cuando Ramiro lo mató —intervino de nuevo Lubb—, y es cierto que dijo hacerlo como venganza por la muerte del conde de Castilla. A Dios, alabado sea, pongo por testigo: reconoció haber acabado también con Íñigo Vélaz. Me siento enfermo por traer tan mala noticia. —Y a Matalobos—: Buen Diego, Dios es grande y hará que la justicia prevalezca. Deseo que la muerte de tus hermanos no quede impune.

—No quedará —aseguró el Vélaz.

García pidió calma con la mano en alto. Se sentía incómodo tratando aquel asunto con un musulmán. Por muy bastardo que fuera, a quien estaban acusando allí era a su medio hermano y vasallo. Señaló al caballo.

—Dejémonos de rodeos. ¿Qué buscas a cambio de tu hermoso presente, Lubb? ¿Y por qué traernos esa información sobre la muerte de Rodrigo e Íñigo? Propón lo que sea y haré venir a mis escribanos. Expón las condiciones de Zaragoza o di qué reclama tu padre.

El sarraceno tragó saliva. Hasta ese momento, todo había discurrido por el camino de la diplomacia. Ahora llegaba la parte de la política.

—¿Podría considerarte amigo mío, García?

El rey volvió a contemplar el caballo blanco.

—Nadie me había hecho jamás un regalo así. —Fijó su vista en el musulmán. Desde luego, no iba a decirle hasta dónde podía llegar por conseguir un caballo—. Ni siquiera mi madre, y mucho menos mi padre.

Lubb deslizó una sonrisa de comprensión en cuanto oyó las palabras traducidas de boca del judío.

—No sabes cuánto nos parecemos, rey García. A ambos nos gustan las mujeres hermosas y, sobre todo, los caballos. —Suspiró largamente—. Pero lo que más me entristece es que ambos nos sentimos decepcionados por nuestros padres.

El traductor se congeló. Consultó a Lubb con la mirada, y este insistió en que vertiera al romance lo que acababa de decir. Después el musulmán se acercó mucho a García y se inclinó hacia él, como rubricando esa complicidad. Y así le explicó que su padre, el rey de Zaragoza, privilegiaba a su hijo mayor, Abú Yaffar, por encima de los otros. Y que especialmente él, el menor de los cinco, se sentía desplazado, incluso despreciado. Ibn Hud jamás lo escuchaba, dijo. O si lo hacía era solo para burlarse de él, lo mismo que sus hermanos. Y eso a pesar de que era el único de los hijos del rey que había entrado en combate, y que era quien gobernaba en Huesca y a su mando tenía las tropas más aguerridas.

—Rey García, casi me siento ya más próximo a ti que a los que llevan mi misma sangre y adoran a mi mismo Dios. Por eso te digo: mi padre te ruega un pacto secreto de paz: jura que no te agredirá y pide con humildad que tú no le agredas a él. A tu juicio queda concedérselo o no. —Dio un paso atrás y lanzó una mirada severa al traductor para asegurarse de que no se saltara ni una palabra—. Yo voy más allá, García, y por eso te advierto: no confíes en la palabra de mi padre.

Lubb tuvo que repetírselo al traductor, y amenazarlo para que hiciera su trabajo. García entornó los ojos al oír aquella advertencia en lengua romance.

—Curiosa embajada la tuya, Lubb. ¿Los sarracenos no sabéis lo que es la lealtad?

El musulmán se encogió de hombros.

—Tú y yo, rey García, tenemos mucho que ganar si actuamos de común acuerdo. Tú estarás sobre aviso y yo… Bueno, yo vivo en un nido de serpientes, un sitio en el que no hay lealtad, sino mordiscos venenosos. Por el trono de Zaragoza han pasado tres emires en poco tiempo. Ibn al-Hakam se fingió leal a Mundhir mientras planeaba su muerte para hacerse con el poder. Y a Ibn al-Hakam le ocurrió lo

mismo cuando mi padre, a su vez, lo traicionó y se coronó cómo emir.

—Ya veo. Y lo que tú haces ahora…

—Es sobrevivir, rey García. Y, de paso, prestarte un gran servicio. En fin, decidas lo que decidas, tanto si agredes como si eres agredido, en la paz y en la guerra, estaré a tu lado. Ya lleves tus armas contra musulmanes o contra cristianos. Ya sea que luches contra tus enemigos o contra tus propios hermanos.

†

37. Echar a volar

†

UNOS MESES DESPUÉS, PRIMAVERA DE 1041. MONASTERIO DE SAN MIGUEL DE PEDROSO, CASTELLA VETULA

Gonzalo odiaba la comodidad de su cama. Tampoco soportaba que no lo despertaran si volvía a dormirse tras tocar las campanas a laudes, ni que cada mañana las monjas le sirvieran el desayuno. Sentía que los muros se le venían encima y, siempre que podía, se zafaba de su madre y salía del monasterio. Daba largos paseos por la orilla del río Tirón, dejando que los olores se le metieran en la nariz y lo sonidos resbalaran hasta sus oídos. Se concentraba en el aroma intenso de la hierba húmeda, el roce de las culebras que entraban en el agua, los cantos de los verderones. Gonzalo perdía la noción del tiempo y andaba a veces hasta Belorado. Allí tomaba asiento en una piedra plana, a la entrada del pueblo y junto a la ruta sacra a Compostela. Jugueteaba con una brizna de paja entre los dientes y observaba a los pastores, que conducían sus rebaños a los pastos comunales; o el paso de los peregrinos, sus ropas dispares o las extrañas lenguas que hablaban algunos. A menudo se preguntaba qué encontraba aquella gente al final del camino. Un camino que era obra de su difunto padre.

No echaba de menos al rey Sancho. Casi no conservaba un recuerdo en el que su padre hablara con él, o hiciera otra cosa que mirarlo con desgana y lamentarse de su aspecto debilucho. Tampoco añoraba a García, y casi no recordaba a Jimena. De quien sí tenía buena memoria era de Fernando y de Ramiro. Y de Munia y de Felicia. Pobre Felicia…

Gonzalo acababa de cumplir veintiún años, aunque aparentaba diecisiete, incluso menos. A esa edad, todos sus hermanos se habían ido por libre alguna vez, o ya cabalgaban con soltura y sabían manejar la espada; pero a él todo el mundo seguía tratándolo como si fuera inútil. Vale: era cierto que no se parecía mucho a los demás hijos del rey Sancho y de la reina Mayor. No había crecido tanto ni era igual de fuerte. Sus facciones tampoco tenían nada que ver con las de García, Fernando o Jimena, ni con las de Ramiro. Por fortuna, hacía ya dos o tres años que había dejado de enfermar con tanta frecuencia, como antaño, y ya casi ni se ahogaba cuando había mucha humedad y brotaban las flores. De todas formas echaba de menos Nájera. El castillo sobre todo, y las caballerizas. Si hasta montando era torpe… Desde que vivía en aquel monasterio, el carácter se le había agriado. Con frecuencia contestaba airado a su madre, aunque no existiera razón para ello. Y no la había, pues la reina viuda procuraba satisfacerlo en todo. Tal vez era por eso: porque seguía tratándolo como a un niño. O porque siempre ocurría algo que daba al traste con cualquier alegría.

El colmo había llegado a finales del invierno pasado, una mañana de niebla. Como de costumbre, había huido temprano del monasterio para acercarse al hayedo que espesaba junto al río. Entre los jirones distinguió a tres zagales, hijos de los sirvientes que labraban los huertos de las monjas. Eran revoltosos, solían montar jaleo en las cocinas del monasterio, saqueaban la cilla en busca de tortas de miel y robaban ruedas de queso. Entraban chillando en la iglesia en plena misa, o competían a la puerta del refectorio para ver quién articulaba con eructos la palabra más larga, cosa que por lo visto les hacía mucha gracia.

Esa mañana habían cazado una rata de agua y la atormentaban con un palo afilado. Gonzalo se les acercó, curioso porque no veía

bien contra qué clavaban aquel pedazo de madera. Palideció al ver al pobre animal medio destrozado y ordenó que pararan.

Los muchachos no reaccionaron bien. Lo conocían de vista nada más, porque la reina viuda impedía que se juntara con ellos. Y como Gonzalo parecía mucho más joven de lo que era, se le burlaban a la espalda y lo llamaban afeminado. Así que cuando los reprendió por martirizar a un animal y se dieron cuenta de que Gonzalo estaba solo, la tomaron con él.

Mayor no encajó bien que su querido e indefenso hijo regresara al convento con un ojo hinchado y dos dientes rotos. Gonzalo, al principio, no quiso contar qué había pasado, pero la reina viuda era muy convincente y sagaz, así que salió a dar un paseo, localizó a la chavalería y ató cabos. Lo siguiente que se ató fue a los propios muchachos, uno tras otro, a la rueda de un carro. Cada uno recibió treinta azotes en la espalda desnuda, y con el mismo palo con el que habían torturado a la rata de agua. Gonzalo gritó con cada golpe, rogando a su madre que detuviera el castigo, pero Mayor contaba en alto cada verdugazo y ordenaba al campesino, padre de uno de los críos, que pegara más fuerte. Si no lo hacía, descontaba.

Tras eso, Mayor se convenció de que aquello tenía que cambiar, así que tomó una determinación y movió sus hilos durante los pocos días en los que puede verse la flor del cerezo. Y a una semana de la Pascua de Resurrección, todo estaba listo. Para evitar que Gonzalo escapara a Belorado, como solía, la reina viuda madrugó y, al toque de laudes, ya estaba sentada a los pies de la cama. Ese día se había puesto su mejor brial, uno azulón con ribetes dorados, y dejaba que las trenzas rojas le escaparan de la toca. Y se había colgado su crucifijo de cobre dorado con esmaltes azules y rojos.

—Lávate la cara y vístete de hombre. Vendrás conmigo a misa y luego desayunarás fuerte. Viene tu hermano a verte.

—¿García?

—No. Ramiro.

La noticia le alegró el día a Gonzalo, pues llevaba sin ver su hermanastro desde la boda en Jaca. Lo esperaron en el claustro, un poco antes de que terminara el oficio de tercia. La reunión fue feliz, e incluso Mayor besó la frente de Ramiro y le sonrió casi como una

madre. Pero no dejó que hubiera mucha conversación y anunció a Gonzalo que le esperaba una sorpresa.

—¡Bien! Me encantan las sorpresas.

—¿Estás listo entonces, saltamontes? —preguntó Ramiro.

Gonzalo puso cara de emoción.

—¿Listo para qué?

La reina viuda acarició el rostro a su hijo pequeño.

—Gonzalo, no te he dicho nada porque sé que te pones nervioso. Ramiro ha venido para llevarte con él.

Una hilera doble de monjas pasó en ese momento, con paso rítmico. Las mayores apenas observaron de reojo a Ramiro, pero las novicias se miraron con picardía y se alejaron soltando risitas. Gonzalo, que no había sabido reaccionar en un primer momento, saltó de alegría al confirmarse que dejaba el monasterio. Mientras corría a su celda para empacar lo suyo, Mayor invitó al bastardo a seguirla hasta la despensa, donde pidió a la hermana cillerera que los dejara solos. Estaba un poco oscuro allí, entre sacos de avena, cestas llenas de nabos, lentejas y habas, cántaros con miel de romero y un par de barricas de vino, así que Mayor acercó un candil de aceite. Su débil llamita arrancó destellos de sus ojos verdes. La reina viuda se acercaba a los cincuenta, su figura seguía esbelta y echaba hacia atrás los hombros igual que cuando dominaba el alcázar de Nájera, pero su rostro había envejecido de más en los últimos años y, detalle curioso, las pecas casi habían desaparecido.

—No sé cómo empezar, Ramiro. Bueno, sí: dándote las gracias por lo de Rodrigo Vélaz. García me escribió hace unas semanas para contármelo, y no era una carta que rezumara del amor que un hijo ha de sentir por su madre. Era fría más bien, incluso amenazante, como todas las que me manda desde que me recluyó en este santo lugar.

Ramiro no ocultó su sorpresa por que García supiera de la muerte de Rodrigo Vélaz.

—¿Y cómo se ha enterado, mi señora? Rodrigo llevaba años en tierra de moros, y sin dar señales de vida últimamente. Y la cabeza de Nepociano Osóriz no está para contar chismes desde que recibió las atenciones de tu nuera en León.

La reina viuda se encogió de hombros.

—García no es un necio, tendrá sus fuentes igual que yo he tenido las mías. Tú ahora debes cuidarte: Íñigo y Rodrigo eran unas malas bestias, de la piel de Pilatos el uno, de Belcebú el otro. Pero Matalobos es el peor con diferencia.

—No temas, mi señora: me cuidaré. Y también cuidaré de Gonzalo, si era eso lo que te preocupaba. Le presentaré a los tenentes que nombré para el Sobrarbe. Es gente leal y corajuda. Lo auxiliarán a gusto y le ofrecerán buenos consejos. El obispo de Ribagorza también lo acogerá. Y yo lo vigilaré de cerca, claro.

—Es que se trata de eso, de Gonzalo. No quiero separarme de él, entiéndeme. Desde que se me llevaron a Jimena a León y Fernando marchó a Burgos, Gonzalo ha sido mi agarre. No he obrado bien, lo sé. Lo he aguantado bajo mis faldas mucho tiempo, demasiado. Pero tú lo conoces, es débil como un pajarillo que se hubiera caído del nido, aunque hace tiempo que sus alas le permitirían volar muy alto. No soporto que te lo lleves, eso digo. Pero debes llevártelo, es cierto. Yo faltaré algún día, no podré protegerlo más. Y tú tampoco puedes ser su guardián siempre. Me alegro de que vaya a contar con buenos vasallos, aunque preferiría verlo convertido en alguien como tú o como Fernando. Un hombre noble y capaz. ¿Pido demasiado? ¿Estamos a tiempo? Ah, no sé qué pensar.

Ramiro no terminaba de entender las reservas de Mayor, ni sus dudas y revueltas. No había sido tan remilgada para separarse de sus otros hijos, incluso de Jimena. ¿Habría sufrido por ello? Sin duda. Pero el deber de reina se había impuesto en todo momento. Mayor era firme y perseverante, se la conocía por ello.

—¿Qué me mandas entonces, mi señora?

—No te mando: te ruego. Enséñalo a valerse por sí mismo, si es que no es demasiado tarde, pero déjalo volar pronto. Que se enfrente con la vida, incluso con la muerte; que tenga miedo de equivocarse, que sufra por sus errores, todo eso.

—Así haré, mi señora.

Pero Mayor quería decir más. Torcía la boca, se mordía el labio inferior, miraba a un lado.

—Ramiro, hay algo. Se trata de García. O más bien de ese desgraciado de Diego Vélaz.

—Matalobos caerá como han caído sus hermanos, no padezcas. Hice un juramento, ¿recuerdas?

Mayor le sonrió como una madre.

—Y morirás antes de incumplirlo, lo sé. Yo no podría decirte muy bien cómo y por qué, pero García y Matalobos… En fin, ellos saben… Ellos creen…

—Mi señora, ¿qué creen?

La reina viuda dejó el candil sobre un saco y se restregó las manos contra el brial. Entrelazó los dedos, apoyó la boca en ellos. Era como si el deseo de hablar fuera pecaminoso, y así se obligara a evitarlo. Pero no podía o no debía callar.

—Son cosas que nunca he dicho a nadie. Y has de saberlas.

—Puedes confiar en mí. Para esto me has hecho venir, supongo.

Ella tragaba saliva. Incluso parecía que le costaba respirar. Agarraba su crucifijo, lo soltaba, se retorcía una trenza, rogó a Dios que le diera valor y buen tino, que supiera encontrar las palabras… Ramiro empezó a impacientarse. Por fin, la voz de la reina viuda salió insegura.

—Confesártelo era más fácil en mi mente, cuando lo planeaba, aunque no hay forma de que esto suene bien. Es que tú fuiste el único que salió en mi defensa. Arriesgaste tu vida, te enfrentaste a quien sabías que con el tiempo sería tu rey. Pero yo ya no podía echarme atrás, eso tienes que entenderlo. Ni después del juicio, con lo que le pasó a esa muchacha del demonio. Pobrecita.

—¿Felicia?

La reina viuda se tapó los oídos, como si oír aquel nombre doliera.

—Simple, majadera, estúpida. ¿Por qué tuvo que hablar?

Ramiro dio un paso atrás, sobrecogido por un frío repentino que le subió desde las tripas hasta las sienes.

—Mi señora, por favor…

Pero Mayor negaba, luchando contra sí misma; la boca cerrada hasta convertir sus labios en una línea. Tomó su crucifijo con ambas manos y lo apretó. La llamita se reflejó en los esmaltes de colores, y

también en una lágrima que se le deslizaba por el pómulo. Tomó aire, todo lo profundamente que le permitía la angustia. Y lo dijo.

—Felicia no mintió, Ramiro. Fui una adúltera, eso es lo que tenías que saber.

—¿Qué?

—Traicioné a mi esposo durante años. Y tu eitán traicionó a su rey y a su mejor amigo. Por vicio, sí. Lascivia repugnante. Una pasión que desató el demonio, esa es mi única excusa.

Y Mayor suspiró como si acabara de librarse de una condena de siete siglos. Ramiro se apoyó en una de las barricas a su espalda.

—Madre de Dios…

—No, espera, no es cierto del todo. No fue solo lujuria. Fue también por amor.

—Te lo ruego, mi señora: basta.

—No. Tú sabes qué es eso. ¿O acaso no amaste a Munia? Aún la amas, seguro.

—No la nombres, mi señora. No la metas en esto.

Pero Mayor se agarraba al clavo rusiente del que colgaba sobre el vacío mientras el fuego infernal ardía allá abajo.

—Tú lo sabes, Ramiro. Lo que es jurar fidelidad a alguien que no elegiste. Yo también me casé por el viejo rito, tuve que decirlo, igual que tú. Haz memoria, o si quieres ya te lo recuerdo yo: amor verdadero.

—¿Amor?

—Verdadero, sí. Eso ofreciste a tu esposa.

—Amor verdadero. —Claro que Ramiro lo recordaba. Su madre también se lo había reprochado. Y rememoró las palabras exactas de Sancha de Aibar: «Solo dura hasta la primera mentira».

—¿Cómo luchar contra el amor verdadero? —insistía Mayor—. No el que juras en una iglesia, sino el que te quema dentro, quieras o no quieras. ¿Y cómo evitar lo que viene después, a no ser que estés muerto o seas un santo? No lo somos, Ramiro. Ni santos ni muertos. Ni yo ni tú, ni tu padre. Ay, tu padre… Tu padre estaba enamorado de tu madre, yo lo sabía. Oh, y no la culpo a ella. Lo hice durante muchos años, pero ya no.

—No… No es lo mismo.

—Claro que lo es. Acuérdate de cómo era él. Pasaba mucho tiempo fuera, acrecentando sus territorios, o de caza, o simplemente se iba para huir de sí mismo. ¿Crees que yo no sabía que yacía con otras?

Ramiro recordó a su madre, y lo que ella contaba del difunto rey Sancho. Mayor no se equivocaba en eso.

—Por Cristo te lo pido, mi señora. Basta ya.

—Ese año él se había ido a la Ribagorza. Acababa de incluirla entre sus dominios y tenía que recorrerla entera, hacerse valer. Mostrarse como el rey que era, convencer a los indecisos, allanar voluntades, Tu eitán, como de costumbre, se quedó en Nájera, ejerciendo de regente. Yo lo conocía hacía tiempo, claro. Siempre tan gentil, pendiente de mí… No soy una santa, Ramiro, ni estoy muerta. Fue la primera vez, luego vinieron muchas más.

—No quiero que me lo cuentes.

—Gonzalo nació, y era tan distinto de ti. Y de García, de Fernando y de Jimena. Y con el tiempo, esa diferencia se acentuó. Tu padre llegó a sospecharlo, eso creo, pero es que era… No sé cómo decirlo. Él tenía sus intereses, sus preferencias. O tal vez no quiso pensarlo o miró hacia otro lado. Quizá se sentía culpable por tu causa, por haberme obligado a convivir contigo. Mirándote cara cada día, viendo en tu cara la cara de tu madre, que Dios la bendiga.

—Mi señora, no quiero que me cuentes más.

—Pero es que debes saberlo.

—No, no, me niego. —Ramiro eludió a la reina viuda, rodeó los sacos de habas y se dirigió a la salida.

—¡Espera! —Corrió tras él y lo agarró de un brazo—. ¡Te lo ruego, hazlo por Gonzalo!

Ramiro se detuvo. Los puños cerrados, la cabeza baja.

—Mi eitán —murmuraba entre dientes—. Él también mintió. Y dejó que yo luchara contra García confiado en que Dios haría justicia. —Se volvió hacia ella—. Un duelo contra tu hijo, mi señora. Pude haberlo matado.

Mayor se tapó los ojos.

—Lo sé.

—O pudo haberme matado él a mí, que era lo que todos esperaban. Tú también, supongo.

—Yo… estaba desesperada. Pensaba que García se echaría atrás, que retiraría la acusación. O que el rey acabaría con toda aquella farsa. Y esa pobre muchacha, jurando sobre aquel cuenco rojo y por la sangre de Cristo…

Ramiro, súbitamente agotado, llevó la vista arriba, a los arcos de amplia curvatura que arrancaban desde el mismo suelo y sostenían el techo de la cilla.

—Que Dios nos perdone, mi señora. Felicia murió por perjura. No puede existir mayor injusticia.

Eso hizo que Mayor estallara. Sus hombros se agitaron y gimió como si se rasgaran sus entrañas. Primero se dobló, después cayó de rodillas. Sus manos seguían ocultando su rostro.

—Yo la maté. Yo le di cada uno de esos cien azotes. ¿Y sabes por qué? Porque era la única que lo sabía con tanta seguridad como para jurar por lo más santo, y yo no podía soportarlo. Cuántas veces ella oiría a tu eitán viniendo por la noche a mi aposento, en ausencia del rey. O escucharía sus palabras, sus rimas, mis risas. O me vería a mí visitándolo cuando se ocupaba de las tareas de gobierno. Tal vez incluso nos espió alguna noche, mientras dormíamos. Hasta que un día le fue con el cuento a García, o a Matalobos.

—Felicia —repetía Ramiro—. Felicia no mentía, por eso juró.

—Por la sangre de Cristo, sí. Lo repitió en Nájera. La sangre de Cristo, la sangre de Cristo. Siguió con esa cantinela en la mazmorra, después de que García y tú lucharais. Sé que fue lo último que dijo en Pamplona, antes de que el verdugo la destrozara a palos. Yo le hice jurar a tu padre que no la dejaría volver viva.

Ramiro observó a su madrastra. La mujer que lo había odiado durante tantos años. Que lo había despreciado. Ahora arrodillada a sus pies, confesándole el pecado más horrible.

—¿Cómo pudiste?

El llanto arreció. Sus manos, húmedas de lágrimas, arañaron la tierra suelta de la cilla. Su frente tocó esa misma tierra y la convirtió en barro.

—Eso me preguntará Dios el día que me juzgue —dijo la reina viuda con un reguero de voz—. Y luego me condenará a las llamas eternas.

Pero a Ramiro le había caído un velo negro ante los ojos. Uno mal zurcido, salpicado de rasgones, con las costuras sueltas. De modo que a su través se veía presentando el cáliz rojo ante Felicia, y obligándola a jurar. O empuñando la espada contra su hermano, confiado en que Dios haría justicia. Casi hasta podía ver el palo rebotando sobre el cuerpo frágil de Felicia, rompiendo sus huesos y machacando su carne.

—¿Dios te enviará al infierno, dices? ¿Qué dios, mi señora? ¿El mismo al que pusimos por testigo y juez de aquel duelo en Nájera? Yo, adalid de la mentira, contra García, la verdad por delante. ¿Y qué hizo Dios? Me otorgó la victoria y decidió que Felicia debía morir apaleada.

Mayor levantó la vista.

—No blasfemes. No por mi causa.

—No puede existir un dios así, mi señora. Y si existe, merece esas llamas eternas tanto como tú. Felicia debería estar viva. —Ramiro se tocó el pecho—. Yo tendría que ser un cadáver comido por los gusanos. Y ahora… ¿Qué haré ahora?

La reina se levantó con esfuerzo. Había arrugado su bonito brial, el crucifijo dorado estaba embarrado y chorretones pardos le marcaban la cara.

—Tu eitán no debe saber que te lo he dicho. —Mayor extendió las manos hacia Ramiro, suplicante—. No lo hagas pasar por esto otra vez, te lo suplico. Y quien menos debe enterarse es Gonzalo.

Ramiro, hastiado, retrocedió para que no lo tocara.

—No sé qué pensar. No sé qué haré o qué diré. ¿Pero por qué me has contado todo esto? ¿Por qué, mi señora?

—Ya te lo he dicho: porque García creyó a Felicia. Ahora da igual que fuera una rabieta por el asunto de ese caballo negro, o porque yo lo hubiera abofeteado en Oña, o por mi enemistad a muerte con Matalobos y su estirpe. ¡García me acusó a mí, su propia madre! Bien, ahora sabes que lo hizo justamente, y yo temo las consecuencias.

Pero Ramiro no estaba ahora para inferir consecuencias a aquel enredo de traiciones cruzadas y culpas que se pasaban entre generaciones. Seguía apretando los puños. Recordando aquel día nefasto en Nájera, justo antes de la acusación de adulterio. Cuando García, Matalobos y Felicia murmuraban en los rincones, apartados del resto de la corte pamplonesa. Allí se fraguaba aquel desastre. El odioso martillo de Matalobos golpeando el hierro de un García resentido, calentado hasta el rojo vivo en la verdad que conocía Felicia. Apoyó la espalda contra la piedra bien pulida. Estaba cansado, mucho.

—No sé nada de las consecuencias, mi señora. ¿Y qué si García y Matalobos lo saben? ¿Por qué tienes miedo?

Mayor se le acercó de nuevo. Frágil como una talla de madera carcomida por las termitas, o incluso ya convertida en astillas y serrín. Ramiro jamás la había visto así de demacrada, tan cerca de la derrota y la condenación. Ni siquiera el día de aquel juicio vergonzoso en el que las leyes divinas, las que garantizaban el orden en la tierra y en el cielo, se habían descompuesto como estiércol en medio de la fetidez más insoportable. La reina viuda lo tomó por los hombros, acercó la cara como si fuera a dejar un beso en la mejilla del bastardo al que tanto había despreciado. Habló con voz casi inaudible, los labios pegados al oído de Ramiro:

—Porque Gonzalo es el fruto de aquel amor adúltero. Porque García se ha dado cuenta, y también Matalobos. Porque tengo miedo de que eso lleve a mi hijo pequeño hasta la tumba.

†

De Estefanía, por la gracia de Dios reina de Pamplona, a mi hermana dilectísima Ermesinda.

En el nombre de Dios, y de Jesucristo, su único hijo, y del Espíritu Santo, y a honra de su madre, santa María. Disculpa mi tardanza, pues en este tiempo he dedicado mi saber y mi

industria a saber lo que ignoraba y a cumplir lo que me pedías, como buena hermana y reina tuya que soy.

En primer lugar he de contarte lo que aconteció en fechas recientes, y que por vergüenza te he ocultado. A poco de regresar de Barcelona, en ausencia de mi esposo, el rey, se presentó en el alcázar de Nájera una mujer de baja condición que responde al nombre de María Narbona, cargando con un avanzado embarazo, y pidió entrevistarse primero con Diego Vélaz. La dicha mujer afirmaba ser prostituta de lo que aquí llaman Cuevas de Malpica, y reclamaba que el hijo que crecía en su vientre era de mi esposo, el rey. Diego Vélaz me lo hizo saber y me dijo que la tal María Narbona no mentía: que García la frecuentaba antes de nuestro matrimonio, y que la tenía retirada para gozarla por sí. Y Diego Vélaz se ofreció a cumplirme lo que le ordenara con respecto a la prostituta, que según aconsejaba, era deshacerse de ella antes de que brotara el fruto de su vientre.

Como somos hijos de Dios tanto los de principal linaje como el más desgraciado de los ladrones, decidí que no habría de hacerse tal cosa, y envié a la tal María Narbona a San Martín de Albelda, con casa, huerto y exenciones, con el beneplácito del obispo de Nájera, que es también el abad del sobredicho monasterio; y entrambos, el obispo y yo, mandamos a María Narbona que no dijera jamás de esto ni una pizca, y que nosotros tampoco lo haríamos, y que así ella dejaría su deshonrosa ocupación y no habría de faltarle de nada en vida suya y de lo que le naciera. Pero quiso Dios que el verano pasado nos halláramos en el monasterio de camino hacia la frontera, pues mi esposo tenía vistas con un príncipe infiel, y llegó al conocimiento de todo lo que había sucedido. Y has de saber que la tal María Narbona, que el Señor le tenga destinado el tormento, había parido un varón y puesto por nombre Sancho, que es el que le corresponde a mi primogénito como heredero del reino que será, y pues que ha de llevar el mismo nombre que su abuelo, el rey Sancho de gloriosísima memoria. Y enterado el rey García de toda esta componenda, mandó que

la tal María Narbona fuera devuelta a Nájera con su hijo, y le ha puesto casa junto a la iglesia de San Miguel, cerca de donde habitan los judíos, y de vez en cuando hasta se llega a visitarla a ella y al bastardo. Considera si la vida me hace injusticia: que por ser compasiva con una meretriz, obtuve el castigo de tenerla cerca con un hijo que ha de llamarse como el primero que yo tenga, si Dios quiere. Y por demás, mi esposo anda encorajinado conmigo y con el obispo de Nájera por ocultarle el negocio.

Otrosí te diré que he hablado con la gente del servicio en el alcázar y me he informado por fin sobre la tal Munia, y pues me informan de que era moza cumplida que venía de Aragón y residió en Nájera durante varios años, en una casa no lejos de la iglesia del santo Jacobo que compartía con tu esposo cuando aún no lo era, y que me dicen que hasta quedó preñada, mas no sé aclararte si esto es hecho cierto o un rumor, pero que jamás tuvo hijo alguno. La tal Munia era más conocida por ensalmera y por andar con rezos y conjuros, lo que me da para pensar que nuestros esposos, por mucha sangre real que fluya por sus venas y mucho alto honor al que aspiren, han poco conocimiento a la hora de ayuntarse, y en esto se diferencian poco de cualquier hombre, aunque sea villano arrastrado por estercolero. Y con esto acabo de hablarte de la tal Munia, a no ser que se fue de Nájera tras la muerte del rey Sancho, acompañando a tu señor esposo a Jaca, y aquí jamás se supo de ella después desto.

Otrosí tercero. De las vistas que tuvo mi esposo, el rey García, con el príncipe musulmán de Zaragoza, se llegó a saber que Ramiro pasó la raya en tiempos que no te sé decir, y acabó de muerte sangrienta con el único hermano que le quedaba a Diego Vélaz, el mayor, de nombre Rodrigo, lo mismo que al parecer hizo antiguamente con el otro hermano, Íñigo. Rodrigo reclamaba, si malos cálculos no se hace la gente, el derecho al condado de Álava, que su linaje perdió desde que los desposeyeron los condes de Castilla, cuestión que desde entonces ha cortado piel y carne y de la que corrió la sangre en

León y en otros lugares, y que de ahí viene la malquerencia que se tienen Diego Vélaz, por mal nombre Matalobos, y tu señor esposo, tal como pudimos atestiguar en Roda de la Ribagorza. Pero es de mucho admirar que Diego, el único que queda vivo de la casa de los Vélaz, sea ahora fiel vasallo de mi esposo, que tiene por sí el gobierno del condado de Álava puesto que lo recibió de su madre, Mayor de Castilla. De lo mucho que me hace cavilar, se me alcanza lo que Diego Vélaz pretende. Aunque para estas componendas tenía más virtud nuestra tía y esa la compartes tú, que Dios me perdone.

Sabe, por penúltimo negocio, que hablé con Diego Vélaz, lo que evitaba desde lo ocurrido en Roda, y está por conocer qué deseas de él, y discretamente me pide que lo cites en cualquier lugar cuando a bien tengas, y pide que le guardes el secreto, que él te lo guardará a ti.

Y he aquí lo último que te diré por reservar las buenas nuevas para el final. En las vistas que mi esposo, el rey García, tuvo con el príncipe musulmán de Zaragoza, este le entregó muy pingües y hermosos dones a fin de inducirle buena disposición, y entre esos dones están vestidos y joyas y otros abalorios que mucho me aderezan, y para mi esposo un caballo que ha de valer por tres o cuatro aldeas y seis o siete campos, a lo menos. Y una esclava moruna muy joven y agraciada que ha puesto a mi servicio. Yo me malicio que de ver a esta infiel se le calentó la sangre al rey, por lo que, a pesar de su enojo conmigo, me hizo merced de esposa como en los días de Barcelona, cuando teníamos recién celebrado nuestro matrimonio. De lo que se sigue con mucha albricia y contento con mi parte que estoy ya preñada, Dios quiera que de un varón. He escrito a nuestra tía para comunicarle la gran noticia y para que se digan oraciones por mí y por mi futuro hijo. Haz tú lo propio y deséame la mejor salud, tal como yo te la deseo a ti.

Guárdate, queridísima hermana. Por Cristo, nuestro Señor, amén.

†

VERANO SIGUIENTE

La mejor manera que encontró Ramiro para que Gonzalo venciera sus miedos fue enfrentarlo a ellos.

De paso por Nájera, había visitado a García y pedido permiso para caer sobre las posiciones musulmanas al sur del Sobrarbe, por la cuenca del río Vero hacia Barbastro. En aquella entrevista estuvo presente Matalobos, que apenas se esforzaba en disimular el odio. No abrió la boca, pero de haberlo hecho solo se le habrían visto los dientes. García no hizo mención de la muerte de Rodrigo Vélaz, pero prohibió a Ramiro que atacara el reino de Zaragoza si no era bajo su mando. La excusa de foguear a Gonzalo no sirvió de nada, y de hecho García no dirigió la palabra a su hermano pequeño. Todos aquellos detalles confirmaron a Ramiro que las confesiones y sospechas de la reina viuda se ajustaban a la realidad.

Durante el viaje de Nájera a Jaca, Ramiro se pensó mucho la orden del rey García, y aseguró a Gonzalo que, fuera como fuese, iban a luchar contra los moros. En cuanto al muchacho, se le había evaporado la euforia de abandonar el monasterio en cuanto supo que debía entrar en combate. Esos días apenas durmió, no pudo probar bocado y se le encabritaron las tripas. Aquello terminó de decidir a Ramiro: su hermano tenía que empuñar las armas cuanto antes, dijera García lo que dijera.

No informó a nadie de ello. Tampoco a Ermesinda, pues temía que lo delatara a través de su gemela. Ni a su eitán, a quien evitó porque no sabía aún qué decirle. Mandó un correo a Arnau Mir de Tost y le reveló que pensaba dirigir una empresa armada al sur de la Ribagorza, donde las defensas musulmanas eran más débiles. Rogaba a su amigo que le guardara el secreto y que, si gustaba, se presentara en Roda con los hombres que pudiera reunir; le prometía que todas las plazas ganadas serían para la Ribagorza, pero recaerían en el prestigio de Arnau y se las concedería en honor. De este modo, Ramiro crearía una marca de seguridad para la

Ribagorza, especialmente para la ciudad de Roda. Una forma de procurar que los hombres de Arnau Mir de Tost, veterano de la guerra contra los infieles, protegieran al saltamontes.

A continuación Ramiro parcheó las guarniciones aragonesas y sobrarbenses, pero sin incluir a los tenentes. Y reclamó levas entre los ribagorzanos con promesa de botín. Así, con un ejército de segundones y montañeses, se unió a Arnau Mir de Tost en Roda, cruzó la frontera y recorrió el río Guart. Antes de partir se enviaron mensajes al condado de Pallars, al de Urgel, y también a las tierras dependientes del rey García de Pamplona, diciendo que era Arnau Mir de Tost el líder de aquella incursión, y que algunos otros guerreros de varios lugares se le habían unido en busca de botín.

La campaña empezó el primer día del verano, con una lluvia intensa que lo convirtió todo en un barrizal. El avance fue penoso desde el principio, pues el río Isábena se desbordó y borró las sendas de los pastores. Ramiro no podía pedir mejor escenario para curtir a su hermano pequeño. Porque, aunque había descubierto que ya no compartían ni un poco de sangre, Gonzalo seguía siendo eso para él: un hermano. Eso sí, el pobre se desesperaba caminando por el lodazal, hundiéndose en aquella mezcla de tierra, agua y bostas de caballo.

Lascuarre fue la primera posición enemiga que se toparon. Aunque el torreón gozaba de una vista excelente, los moros no advirtieron la presencia de los atacantes por culpa del chaparrón, así que muchos no tuvieron tiempo ni de ponerse a cubierto. Para decepción de Ramiro, se rindieron enseguida y sin dar lugar al combate. Arnau Mir de Tost tomó posesión de la plaza y encerró a los musulmanes para que no avisaran de la expedición, pero había llegado el momento de apretar la marcha.

Desde Lascuarre, Arnau tomó hacia el sudeste para dirigirse contra Litera y Viacamp, mientras que Ramiro se presentó de madrugada ante Benabarre. Allí sí que hubo combate, pues a pesar de las precauciones, los musulmanes ya se habían enterado de la campaña cristiana. Se cerró una línea de asedio que los sarracenos intentaron romper de noche, aprovechando que había cesado la lluvia. Lucharon cerca de las murallas, alumbrados solo por los

fuegos del campamento cristiano y en medio de la confusión. Ramiro no permitió aún que Gonzalo se batiera en primera línea. Lo mantuvo a su espalda, cerca del combate y resguardado por la línea de escudos que habían formado los segundones de Aragón y el Sobrarbe. Mientras peleaban, los serranos de la Ribagorza hicieron una intentona con sus escalas por el lado opuesto de la fortaleza. Varios cayeron, rechazados por las flechas que disparaban los arqueros musulmanes, pero al fin consiguieron tomar el adarve, degollaron a sus enemigos y pillaron por la espalda a los que habían intentado la espolonada. El asunto terminó en masacre porque en ningún momento se supo quién ganaba la partida, e incluso hubo cristianos que se mataron entre sí por falta de luz. Cuando la batalla estaba casi vencida, una flecha perdida impactó en la cota de Gonzalo, a la altura del hombro, su punta abrió las anillas y se clavó medio dedo. El chico pensó que moría, así que se puso a chillar, a llamar a su madre y a encomendarse a Dios, al Espíritu Santo y a todos los ángeles, santos y beatos. Pero no era para tanto.

Esperaron a Arnau Mir de Tost por espacio de un mes. En ese tiempo, la noticia de la invasión llegó a Barbastro y a Lérida, aunque no hubo refuerzo musulmán. Ramiro no lo sabía aún, pero la mayor parte de las tropas disponibles se encontraban en Zaragoza, concentrándose para viajar al oeste, contra la taifa de Toledo. La herida de Gonzalo curó bien, aunque tuvo en vilo a Ramiro durante semanas, pues no era raro que por un mínimo rasguño se envenenara la sangre hasta ocasionar la muerte.

Cuando Arnau Mir de Tost se reunió con Ramiro, le dio la noticia de que el margen derecho del río Nogaria había caído en su poder desde Litera hasta Estall.

Después de eso avanzaron juntos y sometieron Luzás a asedio, y los hombres de Arnau empezaron a cavar una mina al abrigo de un artefacto de madera. La táctica les había dado resultado unas semanas antes en Viacamp, donde habían logrado que se hundiera un buen tramo de muralla. Pero después de veinte días sin resultado, Ramiro se impacientó y retó al caíd de Luzás a un duelo entre ambos: si vencía el musulmán, los cristianos se retirarían. En caso contrario, Luzás se rendiría y se respetarían todas las vidas,

aunque no las posesiones. El sarraceno se negó, así que Ramiro cambió de táctica y ordenó un asalto nocturno. Obligó a Gonzalo a trepar la escala en primer lugar, aunque se aseguró de acribillar con flechas y azagayas el sector de muralla que asaltaba su hermano. El pobre gritó de terror durante todo el ataque, pero acertó a protegerse con el escudo y, soltando espadazos a lo loco, logró hacerse con una porción de adarve por la que se coló el resto del ejército. La mañana siguiente, todos aclamaron a Gonzalo como conquistador de Luzás, lo subieron a hombros y le dieron vino hasta emborracharlo. Ramiro degolló al caíd musulmán delante de los que habían sido sus hombres, atados de pies y manos. Pero a ellos, que esperaban correr la misma suerte, los desató y les permitió marchar libres a Zaragoza. El botín fue el más cuantioso de la campaña, lo que también explicaba la actitud del caíd reticente a la rendición. Sirvió para pagar de largo las soldadas de los montañeses.

La última plaza que cayó fue Pilzán. El sarraceno que la protegía salió a recibirlos desarmado, les informó de que solo contaba con seis hombres como guarnición y se rindió. A nadie le cupo duda de que los musulmanes liberados en Luzás se habían pasado por allí para contar lo que le había ocurrido a su caíd. Y eso era justo lo que quería Ramiro.

Esta vez perdonó la vida del caíd y de sus seis hombres, a los que liberó. Repartió entre los aragoneses, ribagorzanos y sobrarbenses el oro, la plata, las armas, la seda y los objetos preciosos ganados en todas las plazas. Arnau Mir de Tost, tal como se había acordado, recibió todas las fortalezas recién ganadas como honores y las encomendó a su vez a los suyos, bien sabido que la franja de terreno conquistado al islam se sumaba a la Ribagorza y era propiedad de Gonzalo. Además, la nueva línea de fortalezas serviría a Arnau para acometer más expediciones cruzando el río Nogaria y hacia Balaguer y Lérida. Acordaron guardar el secreto, montaron una escandalosa fiesta y se separaron.

Regresaron a Roda. Allí se enteraron de que Fernando había sido padre por cuarta vez. Su esposa había parido otro niño y lo habían bautizado con el nombre de Alfonso, como su difunto abuelo materno, el rey leonés muerto en batalla.

Gonzalo se instaló en Roda. Allí, acompañado por el obispo, descansó de la campaña veraniega y recibió las últimas instrucciones de Ramiro. Pronto llegarían los tenentes del Sobrarbe desde Boltaña, Buil, Monclús y Troncedo. El mayor aconsejó al menor que conociera a su gente sin dejarse llevar por el primer encuentro; que prescindiera de los que lo halagaran en demasía, y también de los que le mostraran desprecio. Tenía que apoyarse en sus nobles: sin ellos no era nada. Por eso se volvía muy necesario que repartiera las honores entre ellos, y a cambio recibiría su servicio. Y los monasterios eran imprescindibles para llegar al resto de sus vasallos. Debía ir pensando en crear tenencias en la Ribagorza, al igual que ya existían en el Sobrarbe y tal como era uso en la dinastía. Por ejemplo, sería bueno empezar con Perarrúa. Del resto de la frontera ribagorzana podía despreocuparse de momento gracias a la nueva marca creada ese verano, en manos ahora del fiel amigo Arnau Mir de Tost. También era aconsejable que visitara con frecuencia su principal fortaleza en el Sobrarbe, Abizanda. Desde allí se vigilaban las plazas musulmanas más peligrosas con diferencia: Barbastro y Graus. Y tenía que recordar que Loarre, aunque en territorio aragonés, también había quedado para Gonzalo según el testamento del rey Sancho. Había que cuidarlo e incluso agrandarlo.

—Es demasiado, Ramiro. Tendrás que ayudarme.

—Poco a poco, Gonzalo. Vendré a verte, pero no estás solo, y no lo digo por mí. A propósito de eso, rodéate de gente de calidad.

—¿Cómo?

Pues mostrándose generoso con sus vasallos, eso le explicó. Premiándolos, eso sí, solo cuando se lo merecieran. Si estos percibían que su señor favorecía alguno de ellos, que vieran que existía una razón para ello. Una recta, limpia y a la vista.

—Si no lo haces así, Gonzalo, los mejores empeorarán y los peores no encontrarán razones para mejorar.

Gonzalo escuchaba a Ramiro, muy atento y asintiendo cada poco.

—¿Qué haré si los musulmanes intentan recobrar las plazas que les hemos ganado en la nueva marca? ¿Te hago llamar o voy contra ellos?

—Arnau se ocupará, ahora es su deber. Pero ayúdalo si te lo pide, que tú eres el señor de esas plazas, él solo tiene la honor. Pide consejo siempre que puedas. Al obispo, a tus señores, a Arnau…

—Entonces soy como era nuestro padre. Un rey.

Ramiro calló un momento.

—No eres rey, Gonzalo. García es nuestro rey.

—Lo sé, pero mira lo que ha hecho Fernando. ¿Por qué tú y yo no…?

—Olvida eso. No somos reyes ni falta que hace. Y ahora escucha.

Gonzalo no debía quedarse en Roda o en Aínsa, sino frecuentar todas sus tierras. Nada de consentir desafueros ni dejarse llevar por la codicia. Tenía que acostumbrarse a cabalgar con su gente, y a ir de caza. Consolarlos en las penas, compartir las alegrías. Ramiro estaría siempre atento, pero la reina viuda tenía razón: era el momento de que Gonzalo volara solo, y ese verano había dado un buen salto desde el nido.

Ramiro y Gonzalo se despidieron con un fuerte abrazo, y aquel lo llamó por última vez saltamontes. A partir de ahora, Gonzalo era el señor del Sobrarbe y la Ribagorza, y se le debía respeto. Después Ramiro montó en Fosco y tomó el camino del norte, Isábena arriba, hacia el pico Turbón, una sólida mole que en invierno se cubría de nieve y que, como muchas otras montañas parecidas en aquellas tierras, pasaba por ser un gigante petrificado. También se decía que en aquella inmensa roca era donde había varado el arca de Noé al bajar las aguas del Diluvio. Un lugar mágico, de los que gustaban a Munia. Nadie supo qué buscaba Ramiro en la cumbre del Turbón.

Semana y media después, llegaba a Lárrede. El verano se acercaba a su final, asomaba ya el ocre en el soto del Gállego. Nada que ver con el invierno en el que la había encontrado. El espejo del río, el tapiz blanco del bosque, la dureza de las montañas al norte…

Munia no estaba en su cabaña. Ramiro la encontró cerrada, pero los animales seguían allí. Bajó al pueblo a preguntar y no supieron decirle, aunque al parecer ella se ausentaba de vez en cuando para llevar sus preparados a las granjas vecinas. Esa misma tarde, Munia apareció. Volvía de entregar espinablo a una anciana de Senegüé

que, a cambio, le había dado un saquito con semillas de borraja silvestre.

Celebraron el reencuentro como de costumbre, sin necesidad esta vez de cubrirse con pieles, despojándose de la ropa entre besos y largos parones en los que se miraban a los ojos. Luego se amaron, aunque no con la furia apasionada de los días lejanos en Nájera, sino con lenta serenidad, sin quitarse ojo.

—Te he traído algo —dijo él. Y le entregó una pequeña flor blanca que parecía tejida con lana pura, una estrella que irradiaba desde seis botones dorados, reunidos en su centro.

Munia entornó los ojos, tomó la planta por el delicado tallo carnoso y la examinó muy de cerca, mordiéndose el labio inferior.

—Así que la has encontrado. Flor de nieve.

—Una vieja encantaria me enseñó dónde buscarla. En uno de esos montes altos que son gigantes dormidos, al norte de Roda. —Rozó la flor con mucho cuidado—. Esta tomaba el sol en un prado, junto a sus hermanas. Me dio pena arrancarla.

—Entonces vienes de la Ribagorza.

Ramiro le contó lo que había ocurrido ese verano, y cuánto la echaba de menos Gonzalo. Le reveló lo que la reina viuda le había confesado, y Munia sintió lástima, y también algo de rabia. ¿Pero qué habría hecho ella en el lugar de la reina Mayor?

Ramiro le acarició la cara con el índice, tal como solía cuando la fatiga los dejaba medio adormilados.

—Quiero que vengas conmigo a Jaca. Necesito que estés cerca.

Munia parecía ensimismada con la flor.

—Es lo malo de las flores bonitas y escasas, y también pasa con algunas mujeres. Es como si estuvieran destinadas al sacrificio. Alguien viene y tira de ellas hasta separarlas de la tierra, y entonces se mueren.

—Habría muerto igual al llegar el invierno.

—Sí. El invierno llega siempre, ¿verdad? —Munia depositó la flor con suavidad sobre la cama—. No iré a Jaca.

Ramiro inspiró con profundidad. Le contó que Matalobos había amenazado con matar a todo aquel a quien amara.

—Tengo miedo de que te encuentre.

A Munia le recorrió el cuerpo un escalofrío. Aún recordaba el modo en que Matalobos la miraba en Nájera. Y para quitarse esa sensación de ahogo procedente del otro lado del espejo, abrazó a su amante y le pidió que la poseyera de nuevo. Aun sabiendo que a toda flor le llega su invierno.

†

38. Nueva sangre

†

DIEZ MESES DESPUÉS, PRIMAVERA DE 1042. JACA

Los dos niños se apartaron respetuosos al paso de Ermesinda. Uno de ellos incluso intentó una torpe reverencia. Ella ni siquiera se dignó mirarlos, mucho menos saludar; pero le agradó mucho lo que les oyó decir a su espalda.

—¿Has visto? La reina.

—¡Qué guapa! ¡Y huele tan bien!

La reina. Ojalá lo fuera. Una reina no tendría que preocuparse tanto, o tal vez sí. Se detuvo en la esquina, previsora, pero no había gente por las calles. Esa tarde se celebraba fiesta en San Pedro, ya que, tras años de obras, se daba por concluida la construcción de la iglesia. Habría solemne oficio a cargo del obispo de Aragón, bendiciones varias y ronda de donaciones públicas. Por eso estaba allí toda Jaca excepto zagales, vagabundos, moros de paz, judíos y algún que otro esclavo cumpliendo recados. Ah, y Ermesinda, que siguió adelante.

No le había costado escabullirse del palacio vacío. Ramiro también se hallaba en San Pedro, por supuesto, presidiendo el ágape tras las bendiciones del obispo aragonés y los regalos de todos los nobles. Pero ella se había excusado porque se encontraba mal, le dolía la cabeza y prefería quedarse en la cama. Y nadie sospechó que la

piadosa Ermesinda, que no se perdía un oficio religioso, simplemente fingiera. Así que se quedó sola y, después de una frugal comida, mandó retirarse a las únicas sirvientes que quedaban por allí, liberándolas para unirse a las fiestas de la iglesia. Se vistió con sus mejores prendas y se asperjó con el agua de rosas que aún le quedaba desde su último viaje a Barcelona, un regalo de la Abuela.

Y ahora Ermesinda recorría las calles de Jaca hacia el sur. La tarde anterior había recibido un billete, entregado por el hijo de una criada. Se la citaba para la hora nona junto a la iglesia de San Jacobo, justo en el extremo opuesto de donde se celebraba el jolgorio. Acudía a la cita con una mezcla de culpa y excitación, embozada en un manto y mirando atrás de continuo. Llegó puntual, justo con el repique de campanas. Dio un último vistazo alrededor y se coló entre las ruinas de la iglesia, saqueada por los sarracenos hacía ya mucho tiempo. Muros a medio caer, invadidos por las ramas de una higuera. Raíces que habían levantado las viejas losas, mala hierba y alguna que otra inmundicia. Un hombre la esperaba, oculto tras el arco medio derruido de lo que fue el pórtico de entrada a la iglesia. Un tipo bajito, de encrespado pelo pajizo y rostro congestionado. Se llamaba Blasco Oriol, sobrino segundo de algún noble cuyo nombre Ermesinda no recordaba ahora. Pareció extasiado al verla, que era justo lo que ella buscaba. No era para menos, porque se había acicalado a conciencia. Gracias a esa presencia radiante había doblegado la voluntad de algunos de los tenentes de Aragón, y también de no pocos de sus hijos. Solo tenía que recibirlos cuando venían a rendir cuentas a Ramiro y, como este no solía estar en palacio, era ella quien les dedicaba algunas palabras para excusarlo. Los cautivaba con un pestañeo, se dejaba besar la mano suave y perfumada y los despedía con una sonrisa. No necesitaba más. Ermesinda era bella, se movía con la armonía de un gato, hablaba con voz dulce y sus ojos siempre parecían reflejar el atardecer. Y en las últimas semanas, cada vez que uno de esos nobles se extasiaba en su presencia, Ermesinda los llamaba aparte y, con gran discreción, les hacía un encargo solo para ella.

—Mi señora —saludó Blasco Oriol, y se dobló exageradamente. Parecía azorado. Como el hijo díscolo que acaba de desgraciar al

caballo más preciado de la casa y está a punto de decírselo al padre.

—¿Has sabido algo? —preguntó ella.

La respuesta fue breve e impactó como un flechazo.

—Munia ha tenido un hijo. Un varón al que ha llamado Sancho.

Lo siguiente lo captó Ermesinda a medias, con los oídos taponados y una dolorosa presión en las sienes. ¿Munia embarazada? ¡No, aún peor! ¡Madre de un varón!

Dijo Blasco que Munia había aparecido en un pueblo del Serrablo para dar a luz, porque la cosa se había adelantado y tenía miedo de perder a su hijo, tal como había ocurrido en sus anteriores embarazos. En la villa la gente no conocía su nombre siquiera, todos la llamaban «la Encantaria», y eran pocos quienes la habían visto preñada. Fue atendida en el parto por la gente de la iglesia y un par de dueñas. El trance salió bien, y dio a luz a un niño con todo en su sitio. Le comunicó al clérigo el nombre que quería darle, y este lo sujetó fuerte para someterlo a una sola inmersión, al modo del rito antiguo, en el río Gállego.

—El problema era que no se le conoce esposo, así que el cura se lo hizo saber al tenente de aquellas tierras, por si se trataba de mujer fornicadora y mereciera los cien azotes y la multa que prescribe la Ley Antigua. Pero el tenente, al saber de quién le hablaba en realidad, la dejó ir con el niño.

Ese tenente era Fortún Aznárez, el tío materno de Blasco Oriol. Mandaba en Senegüé, a una sola jornada de camino de Jaca; el pueblo donde había parido Munia era Lárrede. Al parecer llevaba tiempo viviendo en una cabaña no muy lejos de allí. Esa misma noche, Fortún Aznárez había comentado lo ocurrido en su torreón, durante una cena en la que estaba toda la familia, porque dos días después salían juntos hacia Jaca, a las fiestas de celebración por haberse concluido la iglesia de San Pedro. Blasco Oriol, que vio la oportunidad de ganarse el favor de Ermesinda, se adelantó enviándole un mensaje para citarla en las ruinas de San Jacobo. Y allí estaba.

—Supongo que a estas alturas, mi tío ya le habrá dicho a Ramiro lo que ha pasado.

Ella esperó un poco mientras los latidos de su corazón se calmaban. Se había apoyado en el pórtico a medio caer y, si no se tratara de sillares, sus uñas se habrían clavado como agujas en la nieve. Así que ella estaba tan cerca, en realidad. Eso explicaba que las recientes ausencias de Ramiro fueran más cortas, pero también más frecuentes.

—Gracias, Blasco. Nadie debe saber que me lo has dicho.

—Por supuesto, mi señora.

—Me ocuparé de que seas recompensado. Sé paciente. Lo que has hecho ha sido por Aragón.

Blasco Oriol volvió a inclinarse.

—Por Aragón, mi señora.

Ermesinda hizo el camino de vuelta sin cuidado, conteniéndose para no arañarse la cara, o arrancarse el pelo a mechones o rasgar su carísimo brial de ciclatón rojo, enviado por la Abuela el pasado invierno tras comprárselo en Barcelona a un mercader pisano. Pasó junto a los dos mismos niños que la habían visto a la ida, y ambos volvieron a admirar la belleza y el dulce aroma de la reina.

La reina.

«Sancho —pensaba ella—. Lo ha llamado Sancho». La muy zorra había hecho lo mismo que aquella otra ramera najerense, María Narbona; la que había parido un bastardo del rey García y le había puesto ese mismo nombre. Nada menos que el del abuelo paterno, el difunto rey Sancho; aquel reservado al primogénito, al heredero de la corona. Aunque María Narbona, al menos, había tenido la decencia de quedarse preñada antes de que García se casara con Estefanía. Y Estefanía, por caridad de Dios, había quedado preñada al poco tiempo. Y algo antes de Navidad había parido a un crío, un heredero, al que se había apresurado a llamar también Sancho, aunque este con todas las de la ley y con bendición de Dios y de todos los santos. El pequeño príncipe de Pamplona, heredero de García como García lo fue del difunto Sancho. ¿Y por qué ella no podía tener esa suerte?

Al llegar al palacio, Ermesinda se arrancó la diadema dorada y la arrojó con fuerza contra el suelo. La toca voló detrás, se deshizo con furia el recogido. Sacudió la cabeza.

—Puta… —masculló.

Nadie la oía, o eso pensaba ella. Pero de pronto, al llegar a su aposento, se dio de bruces con Ramiro.

—Mi señora… ¿De dónde vienes?

Ella no reaccionó tal como la habían educado en la corte barcelonesa. Dejó caer el manto a su espalda.

—¿Te importa? ¿De verdad te importa adónde voy o de dónde vengo?

Lo esquivó y anduvo por el corredor hacia su aposento. Notó que él la seguía.

—Mi señora, ¿ha pasado algo?

Ermesinda estuvo a punto de irse de la lengua. De decirle que ya lo sabía todo.

—Te lo habrás pasado bien, supongo —dijo entre dientes, caminando a toda prisa y sin volver el rostro—. Habrás bebido con tus tenentes, habréis celebrado lo bien que va todo. Ya tienes tu iglesia, ¿eh? —Y se mordió la lengua para no seguir con lo que en realidad pensaba—: «Ya tienes a tu hijo, y además con la mujer a la que amas».

—Bueno, en realidad no hemos terminado con la iglesia. Hoy se ha quedado pequeña, no habrá más remedio que ampliarla. He pensado en convertirla en catedral, traer aquí al obispo, aunque eso llevará mucho tiempo y… En fin, ahora eso da igual. Tengo que marcharme, mi señora. Ha surgido algo.

Ermesinda por fin paró, justo ante la puerta de su cámara. Ahora sí se dio la vuelta, y en lugar de la mujer dulce y virginal, educada en la finura y la gentileza, pareció una furia del bosque con ojos de fuego y garras de oso. Que había surgido algo y tenía que marcharse, ¿eso había dicho Ramiro? Claro, claro. Había surgido un asqueroso bastardo de entre las piernas de una puta miserable. De nuevo sintió ganas de decirle eso mismo. De gritarle que lo sabía todo. Pero una vez más se reprimió.

—¿Crees que me importa tu iglesia, esposo? ¿Que me importa algo? Odio este lugar frío y sucio. Te odio a ti, odio a tus señores y a tus prelados, odio este palacio y, sobre todo, odio a tu madre. ¡Quiero volver a Barcelona!

Y rompió a llorar. Él se apresuró a sostenerla, porque parecía que iba a desplomarse.

—Pero, mi señora…

Ermesinda apoyó la cabeza contra el pecho de su esposo, se agarró a sus hombros. Trataba de recordar con claridad las lecciones de la Abuela en Barcelona. Qué mostrar al marido, qué ocultarle. Las pocas veces que convenía decirlo todo y lo beneficioso que era hacerse la tonta.

—Lo siento, lo siento. No he debido hablar así.

Ermesinda cayó de rodillas. Y Ramiro, sin soltarla, se arrodilló con ella. Le acarició el pelo suelto.

—Cuéntame qué te pasa, mi señora.

—Es que no quiero que te vayas. Necesito que te quedes aquí hoy, esta noche.

—Ah, no seas niña. No tardaré mucho en volver. ¿Qué hay de especial esta noche?

Ella se desahogó un poco más antes de contestar.

—No hay nada especial —dijo entre hipidos—. Nada, que es lo mismo que cualquier otra noche. No te vayas, Ramiro.

Él luchaba por ocultar su impaciencia, pero no lo conseguía. Y Ermesinda se daba cuenta.

—Mi señora, sabes que tengo que viajar a menudo. He de visitar las obras en las fortalezas, los tenentes me requieren para juzgar pleitos, y tampoco puedo descuidar lo que pase con Gonzalo en el Sobrarbe o en la Ribagorza.

Ella por fin alzó la vista. Las lágrimas eran auténticas y abundantes, pero nadie sabría decir si brotaban por tristeza o por rabia.

—Lo sé: has de viajar. Pero cuando vuelves no vienes nunca a verme, me evitas durante el tiempo que pasas en Jaca, jamás entras en mi alcoba. Nadie se comporta así. Tu hermano García no lo hacía, yo oía los gritos de Estefanía en Barcelona, cuando se encerraban en su cámara. Y ya has visto: con todas sus obligaciones, que son las de un rey, y ya se ha convertido en padre. Y tu hermano Fernando también le ha hecho cuatro hijos a su mujer. Ellos son reyes, Ramiro,

gobiernan sobre territorios más extensos que los tuyos, tienen más obligaciones, sus viajes son más largos.

—Sí, lo sé. —Le tomó la cara entre las manos—. Lo sé. Escucha, volveré pronto y hablaremos de esto.

Ermesinda se levantó bruscamente, agarró las vestiduras de Ramiro y tiró de él. Abrió la puerta de su cámara.

—Hazme el amor ahora. Húndete en mí. Hazme gritar, como gritaba mi hermana al encamarse con García. Siémbrame tu semilla. Eres mi esposo, tienes ese derecho, pero es que además es tu deber. Quiero ser madre y que tú seas padre, como tu hermano Fernando y su mujer.

—Espera, mujer, espera.

—¡No! —gritó, de nuevo encolerizada. Lo soltó y corrió junto al lecho. Ramiro no había llegado a traspasar la puerta—. ¿Qué hago mal? ¿No soy hermosa? ¿Te doy asco? ¿No te gusto?

—Claro que me gustas, mi señora. Gustarías a cualquiera.

—No sé cumplir, es eso. Soy torpe. No sirvo como esposa, no serviré como madre. No serviría como reina. —Se restregó la cara, aunque las lágrimas seguían derramándose—. No importa, vete. Seguro que tienes mejores sitios en los que estar.

Se dejó caer sobre el lecho, boca abajo, y se agitó de nuevo en medio del llanto, como si fuera una adolescente a la que le hubieran negado un capricho. Ramiro entró. En verdad aquel aposento le era casi desconocido. Resultaba extraño el olor dulce y penetrante hasta el mareo, y la perfecta disposición de muebles, de tapices, de alfombras, el cobertor sin una sola arruga, remetido y tenso sobre las sábanas. Y la figura de ella tendida, el pelo desparramado, los pechos aplastados contra la cama, el talle estrecho, la fascinante curva de la cadera. Lo que él había dicho era cierto: resultaba imposible no sentirse atraído por Ermesinda, y sin duda Ramiro podría ahora tomarla, tal como ella deseaba. Una, dos, tres veces. Pero era tan pulcra, tan artificiosa y tan conscientemente perturbadora, que había algo irritante en ello. Como la falta de vida en la estatua más hermosa. Y si él olvidara esa reserva y se dejara llevar por la sangre caliente, después llegaría el remordimiento, claro. La vocecilla de Munia rebotando en su cráneo. Y la inevitable

conclusión: había sido un cobarde. Debió haberse negado a obedecer a su hermano García. No acceder a casarse con Ermesinda, renunciar incluso a su herencia, renegar de todo cuanto había ordenado el difunto rey Sancho. Pero ahora se había enredado todo, y había nudos que era casi imposible deshacer.

—Mi señora, te pido perdón. He de irme ahora.

Y Ramiro se reclinó sobre la cama y le dio un beso en la cabeza antes de salir corriendo. Ermesinda alzó la vista cuando los pasos de él se perdieron, y vio que una de las criadas estaba fuera, asomándose apenas. Quizás había venido atraída por los lloros, o puede que lo hubiera escuchado todo. Bah, ¿qué más daba? Ermesinda se levantó, se restregó las lágrimas, recompuso su cabello y se alisó el brial.

—Tú, búscame recado de escribir —le ordenó a la criada—. He de mandar una carta.

†

UN MES DESPUÉS. LÁRREDE, ARAGÓN

Bonafilia cargaba con dos pozales de agua recién recogida del río. Los alcorques con suela de madera dejaban tras de sí huellas húmedas y profundas, unas pocas más entre las muchas que el sol endurecería desde el bosquecillo de hayas hasta el grupo de casas arracimadas en torno a la iglesia. Al norte, el perfil nítido de las montañas se recortaba contra un cielo vacío de nubes, y el viento traía un fuerte olor a milenrama. Y al sur, a un barranco de distancia, los hombres del pueblo trabajaban en los campos comunales. Una inmensa bandada de estorninos abandonó la arboleda a su espalda, con profusión de chillidos. Al otro lado del pueblo, un par de chiquillos corrían con palos en las manos.

Dejó los pozales en el suelo, se llevó las manos a los riñones y se desperezó. En lo alto, los estorninos formaban una nube densa que se movía con aquella inexplicable precisión, cambiando todos

súbitamente de dirección, trazando sombras que se disolvían para después volverse densas. Bonafilia comprendió que se alejaban de Lárrede, como si algo los hubiera asustado.

De repente el viento se detuvo y varios perros se pusieron a aullar. Los chiquillos se encerraron en sus casas y los estorninos, por fin, desaparecieron. Bonafilia se volvió hacia el camino que subía desde Senegüé y cruzaba por el vado. Vio el caballo tordo, enorme, y al titán que lo montaba. Cabizbajo, con la loriga puesta y un hacha enorme colgada de la silla. Bonafilia conocía a todos los hombres de Fortún Aznárez, el tenente de aquellas tierras, y ese no era uno de ellos. Tampoco tocaba satisfacer ningún tributo ni aquel era un lugar de paso. Volvió a mirar hacia el campo donde los hombres sembraban la borraja. Sus figuras se veían pequeñísimas a lo lejos. Un escalofrío le recorrió la espalda a Bonafilia. Se olvidó del agua, entró en casa y cerró la puerta de la que colgaba por fuera un manojo de ramitas de roble. Se fue contra la pared opuesta, con el corazón a punto de botarle del pecho. Su única hija dormitaba en la cuna.

Oyó el resoplido de la enorme bestia fuera, y cómo tintineaban las anillas de la cota. El golpe sordo al saltar a tierra. Bonafilia se apretó contra el muro cuando percibió el roce en la puerta. El extraño manipulaba las ramitas de roble. Miró a la niña, que seguía dormida. Fuera se hizo el silencio.

Todo saltó por los aires. La puerta se hizo astillas, Bonafilia gritó y su hija despertó sobresaltada, la boca abierta y la mirada clavada en el techo. El extraño irrumpió con el hacha en la diestra, alargó la mano izquierda y la cerró en torno al cuello de Bonafilia. A ella el aire le faltó enseguida. Trató de arrancarse aquella presa que la ahogaba, pero el hombre era muy fuerte. Sonreía, y sus ojos parecían clavarse como lanzas.

—Munia —dijo el extraño, la voz muy ronca—. ¿Dónde está?

Bonafilia boqueó, incapaz de meter aire en sus pulmones. Su hija empezó a llorar, y ella pataleó en un intento por escapar. Pero el extraño apretaba cada vez más. Hasta que, un momento antes de que perdiera el conocimiento, Bonafilia sintió que el cepo se liberaba. Cayó al suelo de rodillas, apoyó las manos y tosió sin parar.

Vio que los pies del hombre se movían, oyó cómo los cacharros volaban por la estancia y se estrellaban contra las paredes. La niña berreó un poco más, Bonafilia se arrastró hacia ella. Cuando levantó la vista, vio con horror que el extraño la sacaba de la cuna. Tirando de una pierna, sin el menor cuidado, hasta que la cría colgó boca abajo, braceando y a punto de encanarse. Era aún más diminuta en manos de aquella bestia humana.

—No, por favor… —rogó Bonafilia.

—Dime dónde está Munia o estampo este fardo contra la pared.

Y para resultar más convincente, la agitó un poco. El cuerpecillo se balanceó de un lado a otro. Bonafilia, medio ahogada, estiró una mano suplicante.

—No… —Tosió un par de veces más—. Te diré lo que quieras… Déjala, te lo suplico.

—Munia. Vive por aquí, es la que trenzó esas ramitas de fuera. Parió a un crío hace poco. —Movió la cabeza hacia el bebé—. Vivirá si me dices dónde está.

Bonafilia asentía. Logró incorporarse.

—Por favor, déjala. Te guiaré hasta donde vive la encantaria.

La encantaria. Matalobos, que no había dejado de sonreír, enfatizó el gesto de triunfo. Devolvió la cría a la cuna con delicadeza, y Bonafilia se abalanzó sobre ella para consolarla. Poco a poco, el llanto cedió.

—Vamos, mujer. Deja al bebé aquí, no le pasará nada.

Matalobos ató al caballo tordo a la puerta, y Bonafilia lo guio monte arriba, por el camino que llevaba a la torrecilla. No se cruzaron con nadie, ni al atravesar Lárrede ni al trepar la colina. La mujer se frotaba la garganta y tosía, fatigada como si terminara de encaramarse a la montaña más alta del Pirineo. Le escocía la garganta igual que si se la hubiera desgarrado un oso, y sus escarpes hacían saltar la grava, aplastando las flores cuando se salía de la senda para acortar. Quería acabar rápido, aunque las piernas no le respondieran. Solo pensaba en regresar a casa, coger a su hija y correr junto a su esposo. No se atrevía a volverse, pero escuchaba los pasos largos a su espalda. Un poco antes del barranco, la cabaña

asomó entre los abetos. Aún quedaba algo de leña apilada junto a la puerta. Bonafilia señaló el lugar con un dedo tembloroso.

—La encantaria vive ahí. Deja que me marche, por favor.

Matalobos ni siquiera la miró. La agarró por el pelo y tiró de ella. Bonafilia gemía, trastabillando. Perdió un escarpe y las piedrecitas se le clavaron en el pie hasta hacerlo sangrar. Al llegar frente a la puerta, él le propinó un brutal empujón que la hizo rebotar contra la madera.

—Llama.

Bonafilia, con la cara desencajada, aporreó la puerta. Clavada en ella, una crucecita de tejo debería haber servido para ahuyentar al demonio.

—¡Encantaria! ¡Sal, encantaria!

Pero allí no se movía ni una hoja. Matalobos se acercó, apartó de un codazo a Bonafilia y aplicó el oído a la puerta.

—Si me has engañado, zorra, te empalaré y dejaré que mueras despacio, mientras descuartizo a tu hija.

Bonafilia no pudo más y volvió a derrumbarse. Matalobos rodeó la casa, saltó el murete que protegía el huerto por la parte del barranco y pisoteó las malas hierbas que crecían sin control. Halló el corral vacío, las conejeras abiertas y las vainas de espantalobos colgando inertes desde el tejado de ramas.

Regresó a la puerta y la derribó de un solo hachazo. Dentro no había nadie. Olía a húmedo, y un viejo perol estaba volcado sobre las cenizas del rincón. El mobiliario lo completaban un camastro desnudo, algunas estanterías de tabla vacías, una mesa y un taburete. Matalobos tomó una pizca de ceniza entre dos dedos. Maldijo y salió. Bonafilia cojeaba de vuelta al pueblo, dejando tras de sí un reguerillo de sangre con el pie descalzo. Matalobos la alcanzó sin esfuerzo y la derribó de un zarpazo.

—¿Adónde ha ido? Contesta, zorra, o voy a por el bebé.

Pero Bonafilia, boca arriba, entrelazó los dedos.

—No, por favor… No sé dónde está, hace tiempo que no la veo, te lo juro, no le hagas nada a mi hija.

Matalobos aferró bien su hacha con ambas manos y apoyó el filo contra el cuello enrojecido de Bonafilia.

—Dime dónde está Munia, mujer. Por última vez.

Ella negó una vez más, se dio la vuelta para arrastrarse penosamente fuera del camino. Matalobos volvió a jurar por lo bajo. Aquella mujer no mentía, estaba seguro. Pero no podía dejarla viva. Tomó impulso y descargó su arma entre las clavículas de Bonafilia, atravesando su carne y rompiendo sus huesos hasta que salió entre los pechos y se hundió en tierra.

†

OTOÑO DE 1042. INMEDIACIONES DE ATARÉS, TIERRAS DE ARAGÓN

El eitán Jimeno Garcés llevaba mucho tiempo sin ver a su pupilo, pues ni siquiera había acudido a las celebraciones en la iglesia de San Pedro. Las obras de fortificación en Loarre lo habían mantenido ocupado hasta final del verano, y ahora se hallaba de regreso en su torreón de Atarés, descansando junto a su mujer y disfrutando de la vida tranquila. Se le ocurrió organizar una partida de caza, y mandó un correo a Ramiro para invitarlo. Y también a varios de los demás tenentes aragoneses de los que conocía su afición a rastrear y matar jabalíes: Blasco Fortuñones de Larués, García Jiménez de Cacabiello y Aznar Galíndez de Serracastell.

Ramiro acudió con un séquito de veinte personas entre las que se hallaba Ermesinda. No es que pintara nada allí, entre rudos señores que seguramente comerían mucho, beberían aún más y regresarían de caza con olor a cuero, sudor y bosque. Pero había sido ella misma la que insistía en acompañarle.

Había sido extraño, porque llevaba sin hablarle desde aquel día en Jaca, cuando por fin su rabia estalló contra él por no cumplir con su deber de esposo. Desde entonces Ermesinda se encerraba en su aposento y solo permitía que entraran sus doncellas. Incluso había dejado de acudir a misa, y eso sí que no lo esperaba nadie. Ramiro, que tenía la mente en otro sitio, se ausentó de Jaca en ese tiempo hasta tres veces y, al regresar, ella seguía enclaustrada y sin dirigirle

la palabra. Doña Sancha de Aibar llegó a confesarle a Ramiro que estaba muy preocupada, y que temía que su nuera cometiera alguna tontería indigna de una buena cristiana. Por supuesto, Ramiro le había dicho a su madre que Munia había parido un varón, pero ella no había desvelado el secreto a nadie. Ramiro pidió a Sancha de Aibar que siguiera sin decir nada y la informó de que había perdido el rastro de Munia. También trató de hablar con Ermesinda, pero no hubo manera. Entonces llegó la noticia de que Fernando y Sancha, reyes de León y de Castilla, habían tenido a su quinto hijo. Y ya eran dos niñas y tres niños. Eso aún volvió más rabiosa a Ermesinda.

Hasta que ella se enteró de que su esposo partía para ver al Eitán y cazar con él en Atarés. Entonces Ermesinda experimentó un cambio repentino y salió de su aposento como si nada hubiera ocurrido. Sonriente y gentil, insistió en que quería acompañarlo, y luego se pasó el corto viaje hasta Atarés parloteando, compartiendo bromas con sus doncellas y saltando del carruaje para recoger crisantemos.

Llegaron un poco antes de caer la noche y vieron las tiendas montadas a los pies del torreón, a los perros atados en grupos y a los criados preparando los caballos, los atalajes y las armas para la jornada siguiente. Don Jimeno Garcés y los otros tenentes esperaban a su señor, y ninguno de ellos ocultó su sorpresa cuando vieron que Ermesinda también venía. Ramiro abrazó a su eitán, aunque luego se mostró algo distante. De todos modos los demás tenentes estaban eufóricos y nerviosos, así que no faltó la charla intrascendente y, como siempre, el Eitán tuvo que relatar aquel famoso lance de caza en el que un jabalí enorme había dejado cojo al difunto rey Sancho. Lo bien que se había defendido el bicho cuando estaba acorralado, con cuánto honor y cuánto coraje.

El castillo de Atarés era como cualquier otro. Un recio torreón erguido en la colina que los lugareños conocían como «Tozal del Castiello», con un amplio prado amurallado a sus pies, simple mampostería seca, caballerizas y cabañas para la servidumbre y los aldeanos en la ladera de más al norte. Campesinos, pastores y algún que otro artesano con pocas miras. Hubo algo de alboroto cuando la gente se enteró de que estaban allí el señor de Aragón y su

primorosa dama, pues Atarés era un lugar aburrido por lo común, en el que cualquier minucia se convertía en acontecimiento.

La torre en sí, aunque levantada con fuertes sillares, no era una gran construcción ni le sobraba sitio, de modo que el Eitán y su esposa, una señora entrada en carnes y de verbo tumultuoso, cedieron el aposento principal a Ramiro y Ermesinda. Una cámara acogedora pero sobria, llena de viejos estandartes capturados a enemigos sarracenos que el Eitán había colgado en los muros hasta casi ocultar la piedra. Tras una frugal cena, ella se retiró temprano. Los hombres aguantaron un poco más, pero, tras un par de vinos, también se fueron a dormir.

Ramiro y Ermesinda compartieron lecho por primera vez en mucho tiempo. Ella estaba dormida, o eso fingía, cuando Ramiro apagó la última vela y se acostó. Después él permaneció con la vista puesta en la oscuridad, escuchando la respiración acompasada de su esposa pero pensando en Munia, hasta que lo venció el sueño.

La partida de caza salió antes del amanecer, entre mucho ladrido y gritos de ánimo. Además de los criados de cada señor, algunos lugareños habían subido para añadirse al grupo, ya que conocían bien los sotos, los barrancos y los recovecos de donde podían sacar a los jabalíes. Los batidores con los perros se adelantaron y los cinco nobles cerraron camino a caballo rumbo al viejo monasterio de la Santa Cruz. La senda pasaba entre tres elevaciones y coincidía con un cruce de barrancos. Y allí, según el Eitán, abundaban los jabalíes que arruinaban los sembrados monacales, así que la abadesa le había pedido ayuda para deshacerse de aquellos bichos. Los rastreadores hicieron bien su trabajo y supieron guiar sus respectivas realas, así que antes del mediodía el Eitán había cobrado dos piezas, y una más entre los otros cuatro cazadores. Los tres animales fueron entregados a las monjas, que aprovecharían bien hasta la última tajada.

Comieron en el monasterio. Los nobles dentro, los plebeyos fuera. Y ni a unos ni a otros les faltó de nada. Ramiro no habló a su eitán de la reina viuda ni de Gonzalo. Lo observaba mientras devoraba un plato de carne cubierto de salsa, bebía vino aguado y comentaba los lances de la jornada. Aquel hombre había cedido a la lujuria o, como

decía Mayor, al amor. ¿Era así? Y por ello había traicionado a su rey, a su mejor amigo. En cierto modo era lo mismo que le ocurría a Ramiro con Munia, ¿no? De tal forma, ¿podía culparlo? Ramiro se entretuvo contemplando su plato vacío. Pensando en la pobre Felicia, apaleada hasta la muerte por defender la verdad.

—¿Qué te pasa, Ramiro? Estás lejos de aquí.

Levantó la vista. Su eitán era el que le había preguntado. De repente Ramiro reparó en que aquel hombre había envejecido sin apenas darse cuenta. ¿Pensaría en su amante, la reina viuda? Tal vez sí, y por eso la vida lo consumía más deprisa, como a ella.

—No pasa nada, Eitán.

—A mí no me engañas, muchacho. Te conozco desde que tu señora madre te dio a luz.

Ramiro tomó aire. Los demás tenentes andaban a lo suyo, presumiendo de haber empujado a los jabalíes hasta la lanza del eitán Jimeno Garcés.

—En realidad sí que pasa algo —dijo Ramiro—. Es Munia.

—Lo suponía. ¿La encontraste por fin?

—La encontré, sí, aunque se había escondido bien. La he visitado de vez en cuando.

Al Eitán pareció agradarle aquello.

—Te comprendo, no sabes cuánto.

—Me hago una idea. El caso es que en uno de esos encuentros, tras volver de la Ribagorza, la dejé encinta otra vez.

El Eitán palmeó el hombro de Ramiro con orgullo, aunque luego su rostro adquirió un gesto serio.

—Recuerdo que a Munia se le malograron varios embarazos en Nájera. ¿Ha vuelto a pasar?

—Esta vez no, aunque el parto se adelantó y yo no estaba allí. Acudí cuando se suponía que mi hijo debía nacer, aunque Munia se había marchado y de nuevo ignoro dónde está. La he buscado, pero es como si se la hubiera tragado el bosque.

El Eitán asentía.

—Un hijo, has dicho.

—Eso he dicho. Fortún Aznárez, el tenente de Senegüé, me informó de ello. Munia se escondía cerca de él, en Lárrede. Curaba a

la gente con sus hierbas, ya la conoces. Dio a luz un varón, Eitán. Un bastardo.

Tuvieron que cortar la conversación ahí, porque los tenentes insistieron en brindar con vino puro. Y entre otras cosas, al levantar las copas y desearse larga vida y muchas otras jornadas de caza, alguien dijo que ojalá Ramiro tuviera pronto un hijo. Un varón que heredara Aragón y lo extendiera a costa de los infieles.

—¡Larga vida a Ramiro! ¡Por Aragón!

Nadie se acordó de brindar por el rey García. Como si aquel nombre fuera algo ajeno.

Las hermanas del monasterio no escatimaron y abrieron otra barrica, pues querían ganarse a Ramiro y a sus tenentes. La abadesa los invitó a pasar la noche en el monasterio y a seguir cazando al día siguiente: era mucho el destrozo que los jabalíes hacían en sus sembrados. A cambio, prometía rezos a mansalva por las almas de los cazadores. Los nobles estuvieron de acuerdo: ¿disfrutar de otra jornada de caza y al mismo tiempo ganarse influencia con el de arriba? Adelante.

Ramiro, sin embargo, se disculpó.

—Yo regresaré a Atarés para recoger a Ermesinda. Quiero madrugar mañana y volver cuanto antes a Jaca. Daré aviso de que ninguno de vosotros dormirá allí esta noche. ¡Salud y con Dios!

El Eitán entendió que el verdadero deseo de su antiguo pupilo era reanudar la búsqueda de Munia, así que lo despidió con un abrazo.

Ramiro pidió a las hermanas una jofaina con agua y se remojó a conciencia, a ver si se quitaba parte de la modorra que le inducía el vino. Salió al fresco, comprobó que aún le quedaba sol para llegar hasta Atarés, y emprendió la vuelta a lomos de Fosco y en solitario. Durante todo el camino pensó en lo conveniente de morderse la lengua de ese modo, de tragarse el punto de desprecio que en todo momento le había amargado la comida. En que de ahí en adelante ya no vería en su eitán al guerrero admirable que le había enseñado a sobrevivir; al hombre cariñoso y paciente que lo había querido como a un hijo. Ahora más bien era el falso amigo, vasallo desleal, capaz de mentir y de callar ante la injusticia. Y también el padre de Gonzalo.

Al llegar a Atarés descubrió que un cuarteto de bardos, enterados de que media corte pasaba allí dos días, habían llegado al lugar y tenían montado un pequeño tablado. Los cuatro vestían sayas negras bien aparejadas. Uno de ellos pulsaba un laúd moruno de largo mástil, mientras que otro soplaba una flauta de hueso y los dos restantes armonizaban voces con una tonada subidilla sobre lo difícil que era quedarse a gusto. Los villanos de la aldea y los criados de los tenentes habían tomado asiento sobre la hierba, reían las picardías cantadas sobre doncellas que se echaban a nadar al río y, al regresar, encontraban que un mozo descarado les había robado la ropa. Y luego seguía el cuento picante sobre cómo las chicas engañaban al mozo para recuperar lo suyo y dejarlo sin satisfacer. La esposa del Eitán se hallaba allí también, riendo como la que más. El último rayo de sol desapareció en ese momento, aunque ya había una fogata en medio del prado. En nada, la señora del torreón sacaría hogazas y carne para asar, y tal vez algo de vino.

—No va a ser mi esposo el único que se divierta, ¿no? —dijo cuando se enteró de que el Eitán y los otros tenentes no pernoctarían en Atarés—. Pues mira, lo mismo alargamos la fiesta hasta el amanecer, que estos bardos animan bastante. Son de Sabiñánigo. Míralos, qué majos. Si hasta tienen nombre: se hacen llamar los Zaborros Redolantes. Considera la tontería. —Le metió un codazo cómplice a Ramiro—. Tira, que te espera la mujer arriba. ¡Voy a por más vino!

Ramiro entregó las riendas de Fosco a uno de los suyos.

—Llévalo a los establos. Pasadlo bien esta noche, pero de amanecida os quiero listos para volver a Jaca. Díselo a los demás.

—Sí, mi señor.

Ramiro subió los empinados escalones de madera adosados al interior del torreón. Estaba cansado, no tardaría mucho en dormirse. Ni siquiera cenaría. Solo cuando llegaba a la última planta, la destinada a su aposento, reparó en el fulgor que asomaba bajo la recia puerta. Así que ella seguía despierta. Tejiendo, supuso, o releyendo su libro de horas, o escribiendo alguna de sus largas cartas a la reina Estefanía en Pamplona, o a la Abuela en Barcelona. ¿Querría hablar? Y si así era, ¿le largaría la consabida cadena de

merecidos reproches? Ramiro no pensaba decirle que, nada más llegar a Jaca, la dejaría de nuevo allí, sola y perfectamente compuesta en medio de su palacio adornado al detalle. Y lo malo era que aquello empezaba a resultar agotador.

Tomó aire y abrió la puerta.

Ermesinda lo esperaba. Seguramente vigilaba el camino desde una de las ventanas en lo alto del torreón, y lo habría visto desmontar abajo, entre la gente. Hasta allí arriba llegaba la música del laúd, los cánticos de los bardos y las risas del público. La más escandalosa era la esposa del Eitán, que ofrecía vino a cántaro lleno.

Apenas la vio al principio, porque se encontraba de pie, pegada a un rincón de la estancia, al otro lado del lecho y junto al ventanal de arco doble que daba al este. Aplastaba con la espalda un estandarte andalusí de color verde con versículos en su enrevesada lengua. Un pedazo de tela gruesa a modo de tapiz, que colgaba de una barra horizontal sobre la cabeza de Ermesinda. Por el ventanal se colaban los estertores del anochecer y entraba una brisa suave y fresca que mecía las cortinas y agitaba los demás trofeos de guerra. Los dos velones que alumbraban la estancia estaban recién encendidos, sus llamas oscilantes desprendían un humo dulzón y movían las sombras. A Ramiro le extrañó encontrar a su mujer así, envuelta en una manta de piel parduzca y con el pelo suelto; apretada en lo más oscuro, como una bestia al acecho. O como una presa que se escondiera de su depredador. Era tan raro que tuvo que acercarse y forzar la vista.

—¿Ermesinda?

—Sí. Soy yo.

Pero no lo parecía.

—¿Y qué haces ahí, mi señora? ¿Ya has cenado?

—Sí. ¿Y tú?

—He comido algo mientras venía. Y he bebido demasiado vino. —Se despojó de la gonela, aún manchada de sangre seca de jabalí—. Me echo a dormir, estoy exhausto.

—No.

Eso confundió a Ramiro, que acababa de quitarse la camisa. Sintió frío en el torso desnudo.

—¿Cómo dices?

Ermesinda se separó un poco de la pared y el estandarte osciló tras ella. Los dos velones arrojaban un resplandor incierto, vibrante, dibujando un cerco sombrío en los ojos de Ermesinda, cada pupila un chispazo de luna llena. Aquella imagen impactó tanto a Ramiro que dio un paso atrás.

—Que no —repitió ella. ¿Le había cambiado algo la voz? Sonaba grave, más profunda. Avanzó un poco más, lo justo para que la tenue luz grisácea revelara que no llevaba nada bajo la manta a medio cerrar. Abajo, los bardos entonaban una cancioncilla triste. Tengo la llave de tu amor. Conozco el secreto de tu corazón.

Ermesinda dejó caer la manta, y se mostró no como la mujer tradicional y virtuosa, educada en una corte condal para rellenar la cámara de un noble, darle hijos, tejer lindos tapices, esperar su vuelta y agotar su viudez en un convento. Todo aquello seguía allí seguramente, pero esa noche era más que nunca una simple ilusión de una pureza. Una farsa, una convención que retenía el torrente de lujuria a punto de rebosar.

—Mi señora… —repitió Ramiro.

Ella volvió hablar, y no como solía, con palabras bien vocalizadas y escogidas. Lo que dijo lo hizo con aquella voz ronca, y fueron palabras que habrían escandalizado a una corte de meretrices. El efecto era más potente al tratarse de alguien que transgredía sus propias leyes. Que se rebelaba contra su naturaleza y se atrevía a asomarse a su fantasía; que lanzaba su imaginación al vuelo, como un halcón que ahora puede sobrevolar la montaña y ver todo lo que le niega el capuchón cegador. Y al parecer, a Ermesinda le fascinaba aquello.

Ramiro avanzó, desatado su instinto por la combinación oscilante de luces y sombras, el relieve de los pechos de Ermesinda, la suave curva de su vientre y la maraña de cabello oscuro. Se abalanzó sobre ella, la empujó de vuelta contra la pared y presionó para inmovilizarla. Ella se quedó quieta al principio, como aturdida por ese arranque de agresividad contenida mientras él desataba lazos y se liberaba de ropa. Ermesinda subió los brazos para agarrarse al soporte del estandarte sarraceno. Aspiró el olor a hombre, a sangre

de animal salvaje y a piel curtida. Fijó la vista en el cuerpo de su esposo, en la amenaza de su virilidad lista para ensartarla. Por su nariz y por su garganta se deslizaban bosques enteros, valles en umbría y rocas cortadas a pico. Manchas de sombra húmeda donde crece la hierba y las raíces rompen la tierra. Mezcla imprecisa de impulsos, de deseos que nacían en lo más hondo del corazón de Ramiro, hervían conforme la sangre los trasladaba a los dedos y afilaban las uñas para clavarlas en los pechos de Ermesinda. Para subir las manos hasta el cuello y rodearlo por entero, a punto de apretar. Para hundir los dedos en la melena negra, cerrar el puño y tirar para obligarla a echar atrás la cabeza. Ramiro mordió su cuello y notó el calor de la sangre palpitante bajo la piel. Ermesinda, ardiente y trémula, sabía a aquel perfume de rosas que había llegado desde Barcelona.

Ramiro, perdido en algún lugar que no reconocía, solo se dejaba llevar por algo que salía del rincón más atávico de su alma. Le soltó el pelo a su esposa para agarrarla por las caderas, empujó para avanzar entre sus piernas y ella se arqueó para facilitarle la tarea. Vaivén, oscilación, los pechos de Ermesinda quedaron a merced a la inesperada furia de Ramiro, que mordía su piel, arrancándole gritos mientras terminaba de acomodarse. Se detuvo un momento antes de entrar en ella, el mundo también paró un instante, dejó de oírse el viento y ella se mordió el labio.

La penetró con violencia al tiempo que tiraba de sus caderas. Ermesinda se quedó sin respiración. Desorientada, ligera como la hierba cuando la azota el viento. Leve retirada. Lenta, húmeda e incompleta. Y un empujón más, brutal y sorpresivo. Un gemido de Ermesinda que se alargaba hasta convertirse en un alarido que tal vez se oyó abajo, pero ¿qué más daba? Él repitió, saliendo despacio y entrando a muerte. Cada ataque respondido por un grito. Ermesinda amaba y odiaba a la vez; trataba de oponerse a un embate y al siguiente, y a todos los que llegaban después, a cuál más feroz. Y, al mismo tiempo, se arqueaba como una víbora para que Ramiro entrara más profundo. Se debatió, atrapada entre el hombre y el muro de piedra, sujeta con ambas manos al listón, penetrada hasta el dolor. La noble y virginal esposa que ahora

combatía como una fiera atrapada en la red del cazador, que quería ser devorada y luchaba por escapar, se recreaba en la vergüenza de disfrutar y de sufrir al mismo tiempo.

El marido noble y cuidadoso tampoco estaba ya. Allí había ahora alguien primitivo, bestial, que se recreaba en aquel ímpetu primordial, innato y violento, instintivo y rudo, caótico y armónico al mismo tiempo. Ramiro embestía sin controlarse, sin importarle lo fuerte que su cuerpo rebotara contra el de su esposa. Y la cabeza de Ermesinda, sus pechos, sus hombros se agitaban al unísono, dando bandazos como las ramas de un árbol con cada tajo del leñador.

Una súbita ráfaga de viento frío apartó las cortinas y apagó los dos velones. Ahora los ojos de Ermesinda brillaban en la penumbra. El dolor y el placer recorrían todo su cuerpo al mismo tiempo, de atrás adelante y de abajo arriba. Su vientre temblaba, lanzándole oleadas calientes y húmedas. Sometida a un salvajismo que asustaba, pero a Ermesinda no le importaba ese miedo. Era como si deseara que Ramiro la partiera en dos. Hasta que le sobrevino lo que le pareció un ensayo para la muerte. Sus sentidos se elevaron hasta el cielo y bajaron de golpe, entre temblores, calor y humedad.

Cuando abrió los ojos estaba recostada en el lecho, con los muslos doloridos y la piel enrojecida allá donde Ramiro había apretado con fuerza desatada. Sus dientes marcados en los pechos y en los hombros, el rocío resbalando entre las piernas y manchando la cama. Permaneció inmóvil, con la respiración entrecortada y sintiendo cómo el frío se adueñaba de ella. Notó que Ramiro la tapaba con la piel parda. La melena negra revuelta, el rostro encendido y los ojos brillantes. Una sonrisa beatífica estiró poco a poco sus labios. Como si una corte celestial acabara de decretar su definitivo destino en el Paraíso.

—Así que esto es lo que se siente…

Ramiro se tendió a su lado, jadeante. Despedía mucho calor, como un caballo tras la carrera más loca rumbo al enemigo. Ella se volvió bajo la manta y le acarició el pecho. Despacio ahora, rozando apenas con las yemas el vello, recorriendo la curva hasta los hombros, sintiendo cómo el torso subía y bajaba al ritmo de su

respiración, cada vez más calmada. Abajo, los bardos hacían un bis por aclamación popular. Subió un ligero aroma a carne asada.

—Perdóname, mi señora —dijo Ramiro, y se levantó. Ella quedó con la mano en el aire.

—¿Por qué? Era lo que quería. Lo he querido siempre, ahora lo sé. No pidas perdón. Vuelve conmigo.

Pero él se movía por el aposento, buscando la camisa y la gonela.

—No lo entiendes. Bueno, yo tampoco lo entiendo mucho, la verdad… Lo siento, lo siento. Mucho, te lo juro.

Terminó de vestirse y deambuló entre el lecho y la puerta, como si no supiera adónde ir, o si quedarse.

—¿Por qué me haces esto, Ramiro?

—Nunca debimos casarnos. Soy un necio, incapaz de hacer nada bien. Lo siento. —Se detuvo junto a ella y extendió la mano en la oscuridad, pero no llegó a tocarla—. Mi corazón está en otro sitio. Todo lo que ocurre es culpa mía, por supuesto. —Y pensó una vez más en aquel juicio de Dios, y en la mentira que lo invadía todo como esa capa negra que se extendía tras la caída del sol, antes de que saliera la luna—. Mi padre no debió darme Aragón, y García hizo mal al elegirte para mí. Pero yo soy el peor. Yo dejo que pase un día tras otro…

Calló. Su andar lo llevó hasta la puerta, que se abrió y cerró de golpe. Luego el resonar de pasos por las escaleras. Ermesinda, hasta un momento antes embargada por aquella sensación de ingravidez, se veía ahora cayendo desde muy alto. Apretó los puños y cerró las piernas bajo el manto. Después se acarició el vientre y rezó, aunque sin saber muy bien a qué Dios.

†

39. Ojo por ojo

†

CUATRO MESES MÁS TARDE, FINALES DE INVIERNO DE 1043. MORILLO DE MONCLÚS, TIERRAS DEL SOBRARBE

Gonzalo se despidió del presbítero Galindo y de su hijo Bradila en la puerta de San Martín. El primero trazó una cruz en el aire y agitó la mano, aunque se la volvió a esconder rápido bajo el tabardo porque ese día caía un frío del demonio.

—Recuerda, Galindo, rezar por mi cuñada Ermesinda —pidió Gonzalo.

—Así haré, mi señor. Pediré por una preñez sin complicaciones y para que dé a luz un varón fuerte y sano, como tu hermano Ramiro. A tu hermano le tenemos mucha afición en todo el Sobrarbe, tú bien lo sabes.

Gonzalo lo agradeció con una inclinación de cabeza. Aún quedaba nieve en los tejados y en las calles, y algo también en los caminos, aunque casi toda se acumulaba entre el suelo y las paredes de la aldea, y había adquirido un color negruzco. Pese al mal tiempo, Gonzalo llevaba ya días recorriendo el Sobrarbe. Se dejaba ver, como le había aconsejado Ramiro, y aprovechaba la influencia de clérigos y abades para asentar su autoridad. Se lo recordaba en cada carta, incluida la última, en la que le había anunciado que Ermesinda estaba embarazada de, al menos, cuatro meses. Eso le dio que

pensar. Sus tres hermanos y su hermana ya estaban casados, solo quedaba él por emparejar, y no podía ser con cualquiera. A Gonzalo eso le daba un poco de reparo. Para él, las mujeres eran algo vago, lejano, aparte de su propia madre. Tenía un apacible recuerdo de Felicia, y también de Munia, pero aquel sentimiento se parecía más bien a las brasas que flamean moribundas bajo un montón de ceniza. Aquella era otra consecuencia del cuidado sin medida al que le había sometido la reina viuda. Desde su llegada a Roda, algunas doncellas le habían llamado la atención, pero eran plebeyas que trabajaban para el obispo o parientes de los hombres que servían en el cabildo.

Montó en su caballo, un animal peludo y de patas fuertes, y empezó a bajar la cuesta hacia la senda que llevaba a su próximo destino, Aínsa. A la salida de la aldea, un par de jinetes lo precedían tan aburridos como muertos de frío. Eran dos hermanos de Roda llamados Dacco e Isarno, casi tan jóvenes como Gonzalo, que se habían ofrecido como escolta porque eran de buena familia, tenían caballos y ganas de prosperar. Se decía que el nuevo señor de Ribagorza estaba buscando leales a los que juntar en su corte, tal como se hacía en Pamplona, Aragón y el Sobrarbe. Y tal vez, con algo de suerte, Gonzalo los nombrara tenentes de alguna de las plazas ribagorzanas. Además, a cuenta de su nueva ocupación, Dacco e Isarno habían causado admiración entre las mozas de su aldea, y ambos se habían dado al alegre fornicio con unas y otras antes de salir para lo que ellos consideraban peligrosa e importantísima misión. Los dos se relamían pensando en su regreso, allá por el verano. No iban a dejar una cama hecha.

Dacco e Isarno se habían dejado largas cabelleras que ceñían con cintas. Llevaban los escudos sujetos a la espalda, como habían visto hacer a los veteranos. Dacco gastaba espada al talabarte, e Isarno tenía una maza de mango largo colgada de su silla. Eran muy guapos los dos, se las daban de matadores y conversaban con la barbilla bien alta mientras guiaban a sus caballos al paso para tomar el curso del riachuelo Terrantona. Por delante se extendía una llanura cubierta a tramos por nieve. Al fondo, la línea arbolada del río, y más allá la enorme masa de la Sierra Ferrera. Gonzalo, con

ambas manos apoyadas en el arzón, contemplaba la extensión del terreno apenas ondulado y endurecido por el invierno. Su padre no le había legado un territorio rico, sobre todo en el lado ribagorzano y en sus cercanías sobrarbenses. Campos de cereales aislados aquí y allá, algún que otro viñedo, olivos y unas pocas tierras de pasto, todo en manos de iglesias como esa de la que venía ahora. Mucho yermo, eso es lo que había; y aldeas en ruinas de cuando los moros imponían su ley y, algara tras algara, castigaban los pobres condados de la Marca Hispánica.

Quedaba mucho por hacer. El plan era convencer a las familias propietarias de que donaran parte de sus tierras, empezando por las yermas, a los monasterios. ¿A cambio de qué? De la salvación de sus almas, claro. Eso era lo que le había recomendado Ramiro, ¿no? Si alguien sabía administrar la tierra baldía y hacerla productiva, eran los abades y sus monjes. Y a esos donantes de buena voluntad y fe inquebrantable, Gonzalo los convertiría además en señores de las tierras que conquistara a los sarracenos, siempre que hubiera obtenido su ayuda. Eso animaría también a los nobles de más solera, que no querían quedarse atrapados en sus feudos montañeses. Hacia el sur, a sangre y hierro. Porque eso era lo que pensaba hacer en cuanto se viera confiado: cruzar la frontera, avanzar desde el Sobrarbe como había hecho con su hermano año y medio antes, en la Ribagorza. Apuntar hacia Graus, Alquézar, Barbastro, incluso Monzón y Lérida. Convencer a sus aún indecisos vasallos de que la auténtica riqueza estaba en el valle soleado, hacia el gran río Ebro, y no en sus tierras rocosas y heladas.

Alcanzaron el riachuelo Terrantona, del que se alzaba una humedad capaz de atravesar sus vestiduras y agarrarse a la piel. Por delante, los hermanos Dacco e Isarno callaban ahora. Dacco había cobrado algo de ventaja y vigilaba sin mucho afán la espesura de ribera. Isarno discurría fuera del camino, a la derecha, y dejaba que su caballo paciera mientras masticaba un pedazo de queso de cabra duro como corteza de roble. Ya se veían muy cercanas las casuchas de la aldea sin nombre que crecían junto al puente de madera. Ni siquiera había allí un puesto para cobrar portazgo. Sí: faltaba mucho

por hacer. Pero con la ayuda y el consejo de Ramiro, pronto convertiría sus tierras en auténticos reinos.

Soñaba con eso a veces: que despertaba en un palacio que ni siquiera había proyectado en realidad. Un alcázar muy parecido al najerense que podría construirse en Aínsa, o en Boltaña. Tal vez en Roda o, ¿por qué no?, junto al fuerte torreón de Abizanda. Un ejército de sirvientes le ayudaría a vestirse cada mañana, y saldría a caballo con sus oficiales de la corte, dejando atrás a una esposa bonita y vestida con un hermoso brial rojo. Una flor del norte venida con su hueste de doncellas desde el condado de Pallars, o el de Berga. O del norte del Pirineo, como las dos gemelas que sus hermanos mayores habían desposado. La gente le arrojaría pétalos de rosa al pasar, y gritarían vítores al unísono. «¡Larga vida al rey Gonzalo!». Organizaría suntuosos banquetes e invitaría a Fernando y a Ramiro. Tal vez incluso a García, aunque jamás se hubiera dignado mirarlo sin lanzarle una pulla o burlarse de su debilidad. Ahora Gonzalo no era débil. Había combatido contra los infieles, había recibido una herida en combate, había conquistado plazas. Con la ayuda de Ramiro, había avanzado en unas semanas lo que García no había logrado aún en sus ocho años de reinado.

—¡Eh! ¿Quién vive?

Gonzalo dejó de soñar despierto. El del grito había sido Dacco, que ahora refrenaba su montura junto a la orilla. Estaba a un tiro de flecha, y su hermano aún más lejos, a la derecha. Vio que Dacco desmontaba y, sin soltar las riendas, inspeccionaba los juncos. De pronto algo se movió frente a él. Algo oscuro, rápido y letal. Dacco manoteó, su caballo salió espantado, salpicó en el río y huyó por la otra orilla.

—¿Qué pasa? —preguntó Isarno, y arrancó al galope, cruzando el yermo hacia el río.

Gonzalo se inclinó un poco. No veía bien, los troncos de los chopos ocultaban lo que ocurría. Había alguien con Dacco, forcejeaban. Hasta que el muchacho cayó a tierra. El otro era un tipo grande, que se puso a golpear a Dacco con algo que sujetaba con ambas manos. Dacco manoteaba, tratando de detener cada ataque, pero su rival era hábil y buscaba siempre la parte desprotegida.

Gonzalo tardó en comprender que alguien lo estaba destrozando a hachazos.

—¡Cuidado! —gritó a Isarno. Pero este no oía nada. Seguramente había entendido que alguien masacraba a su hermano. Descolgó su maza de la silla y, sin molestarse en tomar el escudo, cometió el absurdo error de tirar de las riendas y saltar a tierra. El atacante abandonó el abrigo de los árboles y se dejó ver con una enorme hacha ensangrentada en la diestra. A Gonzalo se le heló la sangre.

—Matalobos…

¿Qué hacía allí? ¿A qué había venido y por qué atacaba a su gente? Miró atrás, casi por instinto. Nadie. Primero pensó en Ramiro. ¿Qué haría él?

Isarno y Matalobos se encontraron. El muchacho rugía, enfurecido porque su hermano yacía malherido o tal vez muerto. El Vélaz desvió el primer hachazo con un movimiento hábil, golpeando el mango de la maza con la gruesa asta de su hacha pagana. Se movió de lado para evitar un nuevo tajo. Y saltó atrás para esquivar el tercero. Isarno lanzaba ataques desmedidos, que lo desequilibraban con cada fallo. Gonzalo clavó las espuelas en su caballo, y sus cascos resonaron contra el gélido terreno.

Matalobos dejó pasar el cuarto mazazo y descargó un golpe transversal y preciso sobre el costado desprotegido de Isarno, justo bajo el brazo. El filo entró limpio, cortando la cota de piel endurecida y la camisa, y se enterró en la carne. El chico dejó caer su arma, profirió un alarido y se venció de rodillas. Gonzalo arreó aún más fuerte y clavó los talones, dispuesto a cargar a cuerpo, usando al caballo para llevarse por delante al enemigo. Ni siquiera pensó en empuñar su arma, que rebotaba dentro de la vaina. Matalobos se aseguró con un segundo hachazo en la clavícula. Hizo girar la hoja un cuarto de vuelta y desclavó para desentenderse de Isarno, que se derrumbó mientras la sangre le manaba a chorros desde las dos heridas.

Tal vez fue por ver la vida de Isarno agotándose sobre la hierba helada, o por su gesto de estupor. Quizá fue por la forma indiferente en que Matalobos daba la espalda a sus dos víctimas y se aprestaba a despachar a la tercera, como si estuviera cazando cardelinas. En el

último momento, a Gonzalo le entró el pánico. Su montura lo notó y rehusó con un relincho áspero. Hubo un momento de confusión, el cielo rodó hasta abajo y la tierra se dio la vuelta. Cuando quiso darse cuenta, Gonzalo estaba en el suelo, raspándose las palmas de las manos contra la grava. Sintió un dolor agudo en la rodilla y se mordió la lengua. El sabor a sangre le inundó la garganta, a su alrededor todo eran trazos verdes y grises. ¿Dónde estaba Matalobos? Fue consciente de que su caballo huía al galope, gateó un par de pasos antes de levantarse. Se dio la vuelta y lo vio. Venía hacia él, sin correr. Llevaba el hacha cogida por el extremo y arrastraba la ancha hoja por tierra. Isarno, a espaldas ya de Matalobos, llamaba a su madre con la voz rota e intentaba taponar las grietas que le habían abierto en el cuerpo. Y más allá, el cuerpo inerte y destrozado de Dacco tenía la cabeza metida en el agua.

Gonzalo echó a correr. El dolor en la pierna le restalló como si le clavaran mil agujas, pero mantuvo el equilibrio. Pidió socorro un par de veces, a la tercera ya no pudo emitir ningún sonido porque se ahogaba. Se vio a sí mismo niño otra vez, apartado de sus hermanos, cubierto por las manos amorosas de su aya Felicia, o por los faldones de su madre. Los demás varones de la familia aprendían a montar, a manejar la lanza y la espada, a pelear a puñetazos. Caían, se levantaban, escupían cuajarones de sangre y volvían al ataque. Una y otra vez, para convertirse en hombres y en príncipes. En caudillos de hombres que irían a la batalla. Él, Gonzalo, solo lloraba y tenía miedo. Lo metían en la cama antes de arroparlo y darle un beso de buenas noches. Se volvió y comprobó que Matalobos lo seguía, andando como si paseara, con el hacha en la mano. Cuando llegó al puente, Gonzalo casi no podía andar. Al otro lado vio a una anciana que cargaba con un cesto de ropa sucia. Quiso llamarla, aunque no tenía voz. Las tablas crujieron bajo su peso cuando empezó a cruzar, pero la rodilla le dijo que hasta allí había llegado. Notó cómo algo se doblaba más de la cuenta y se venció de lado. No había fuerzas para levantarse. El aire apenas le entraba ya en el pecho, el agua del riachuelo saltaba bajo el puente, un par de perros ladraron entre las casas. Volvió la cabeza y percibió la figura negra de Matalobos, que se acercaba sin prisa. La silueta

del hacha, el filo ligeramente curvo; las botas manchadas de barro, el blanco de sus dientes al sonreír. La vieja de la ropa sucia se esfumó. Gonzalo acertó a apoyar las sangrantes manos en la madera y se arrastró un cortísimo trecho. Gimió al imaginar el metal del hacha abriéndose paso en su piel y su carne, machacando sus huesos, separando del cuerpo sus brazos o hundiendo su pecho. Dios, que no le doliera. Que fuera rápido. Matalobos ya llegaba. Lo notaba en la vibración en la madera y en el sonido implacable de los pasos firmes, lentos, cada vez más cercanos. No podía ocurrir aquello. ¿Eso era lo que el Cielo había dispuesto? Rodó hasta encarar de nuevo al pequeño de los Vélaz. Ahora lo distinguía bien, aunque alrededor de aquel rostro cruel era todo negro, como si lo viera a través de un agujero.

—Ojo por ojo, pequeño bastardo —dijo con aquella voz de bestia hambrienta—. Y levantó el hacha, decidido a descargar el último tajo.

†

UN MES DESPUÉS. TIERRAS DE MOLINA, DISTRITO DE GUADALAJARA, TAIFA DE TOLEDO

El veterano Ibn Hud se quitó el yelmo, un ejemplar precioso, con cortinilla de malla que le cubría la nuca por detrás y el cuello por los lados, y un largo nasal remachado al casco por un clavo dorado. Dejó su hermoso caballo albo al cuidado de sus hombres y caminó resuelto entre las jaimas. Había extendido su campamento a lo largo del barranco que, algo más abajo, se convertía en el río fronterizo entre las taifas de Toledo y Zaragoza. El río de Piedra, lo llamaban algunos, aunque Ibn Hud no sabía por qué. También había jaimas conforme se trepaban ambas vertientes, diversos corrales donde se encerraba el ganado, establos y zanjas de protección. Incluso un grupo de tiendas montado por una mesnada cristiana llegada desde Barcelona, a la que se habían unido otros renegados de Berga y la

Cerdaña, y algún pamplonés huido de la justicia. Ibn Hud subió la cuesta que llevaba hasta el lugar donde se reunían los líderes militares a sus órdenes, lo mejor que había encontrado, aunque ninguno tan bragado como él. El sitio era una solitaria ermita goda dedicada a la Virgen, de la que apenas quedaban el arranque de los muros y el vano doble de la puerta. Allí estaban también sus visires, encargados de procurar bastimentos y provisiones, con mapas extendidos sobre una tabla que habían apoyado en caballetes, y un par de mensajeros a la espera para salir a Zaragoza a espuela viva. Ibn Hud había decidido que aquel sería su cuartel general y lo había llamado Dar al-Yund, Casa del Ejército. En unos pocos días, junto a la vieja ermita se habían erigido caballerizas, establecimientos de comida, herrerías y barracones de madera. Los soldados, muy dados a abreviar, referían al lugar con al-Yund, y los mercenarios cristianos lo romanceaban llamándolo La Yunta. Ibn Hud incluso proyectaba construir una torre de piedra en el lugar más alto y convertir aquello en un asentamiento permanente.

Junto a los arráeces del ejército zaragozano se hallaba Lubb, recién llegado y vestido para el combate con una reluciente loriga y su lujosa funda con apliques de plata. Jamás había devuelto la espada ensangrentada a aquella vaina, ni su cota había recibido golpe alguno.

—La paz sea contigo, hijo. Qué alegría encontrarte aquí.

Lubb se inclinó.

—Y contigo la paz también, padre. Estoy muy impresionado, ¿de dónde has sacado tanta gente? Es el mayor ejército que he visto.

Ibn Hud se calló que su hijo, después de todo, jamás había visto ejércitos.

—Te sorprendería lo rápido que reacciona un hombre cuando le prometes oro, esclavos o tierras. Algunos son capaces de cualquier cosa. Siempre que des con el precio justo, claro.

—No creo que todo hayan sido promesas y buen cálculo, padre. Seguro que a muchos los atrajo el buen nombre del viejo guerrero.

Ibn Hud se permitió una sonrisa vanidosa.

—Todo marcha bien. —Dejó el yelmo sobre uno de los mapas y aceptó el odre con agua fresca que le tendía uno de los visires—.

Vengo del asedio de Molina, donde he estado dos días, inspeccionando nuestras líneas y negociando con el *walí* enemigo hasta llegar a un acuerdo: si no recibe auxilio de Toledo en una semana, rendirá la ciudad y me prestará obediencia. Molina es la llave del distrito de Guadalajara. Tal vez el año que viene podamos ir a por Medinaceli. Sea como sea, nuestra base seguirá aquí. No quiero dejarme ver con todo el ejército.

Lubb forzó la sonrisa.

—Es magnífico, padre. Y tus planes, ambiciosos y astutos. Salvo que el rey de Toledo llegue con esa ayuda para Molina.

—El emir de Toledo llegará, pero no a tiempo. Eso es algo que yo sabía y el *walí* de Molina no. Recuerda negociar siempre con la ventaja de la información, Lubb.

—Sí, padre. ¿Y qué información es esa?

—Si todo ha ido bien, el emir de Toledo, Ismail az-Zafir, murió hace unos días.

A Lubb se le descolgó la mandíbula.

—No entiendo… —Pero comprendió rápido—. Ah, espera…, has tenido algo que ver, claro. Pero ¿cómo?

—Ya te lo he dicho, hijo: algunos hombres son capaces de cualquier cosa. Solo debes conocer su precio.

El joven príncipe no salía de su asombro. El veterano Ibn Hud había demostrado una sibilina capacidad de recursos para hacerse con el trono de Zaragoza, y ahora la volvía a demostrar para debilitar al enemigo.

—¿Han coronado a nuevo emir en Toledo?

—Eso lo ignoro, hijo, pero nos da igual. Incluso aunque Toledo tuviera ya ocupado el trono, los hemos pillado desprevenidos. Y ahora vamos a lo que importa, que por algo te he hecho venir. Antes de salir yo hacia Molina, tu hermano Abú Yaffar tomó el castillo de az-Zafira, cerca de aquí. —Ibn Hud señaló al sur—. Tendrías que ver aquello: una fortaleza encaramada en un peñón de roca. Domina la llanura hasta que se pierde la vista. Dios, que todo lo puede, permitió que su caíd estuviera ausente cuando Abú Yaffar se presentó con su hueste sobre el castillo, a poco de acabarse el invierno.

—Vaya. ¿Y dónde estaba el caíd de az-Zafira?

—De caza, ahí mismo. —Ibn Hud señaló al altozano en el que había instalado al-Yund—. Tu hermano lo capturó sin resistencia. Toda una señal de Dios, alabado sea. Por eso elegí este lugar.

—Qué fortuna —reconoció Lubb.

—Abú Yaffar aprende rápido. Amenazó con despellejarlo vivo si no ordenaba a la guarnición de az-Zafira que nos abriera las puertas. Lo de no esperar al verano ha sido la jugada clave. No solo es que han perdido a su caíd: es que les hemos caído por sorpresa, no estaban listos ni tenían acopio de provisiones. No tardaron en rendirse sin pelear. Eso también es clave: si logramos imponernos sin batalla, conservamos nuestro ejército intacto.

Lubb asintió.

—Padre, admito que tus planes están saliendo bien aquí, pero temo que al norte las cosas vayan algo peor. En Lérida están aterrados. Ya no es solo que Arnau Mir de Tost y Ramiro de Aragón ganaran esas tierras desde la Ribagorza. Es que el conde de Barcelona está juntando mesnadas también, y temen que cruce la frontera en cuanto llegue el buen tiempo. Yo tampoco estoy seguro en Huesca. Mi pacto fue con García, no con Ramiro de Aragón.

Ibn Hud suspiró largamente.

—Cristianos del demonio… Son como buitres, sí. Pero con tu pacto hemos preparado el camino y nuestro momento llegará. Confías en mí, ¿no?

—Sí, padre —respondió Lubb. Claro que confiaba, sobre todo después de ver cómo se desempeñaba en la oscuridad, muy por debajo de la política e incluso del campo de batalla.

—Bien, hijo. Deja que la cizaña actúe. Poco a poco, como una dosis pequeñita de veneno que administras cada mañana. Apenas una gotita. Hay un viejo refrán que viene muy bien en este sitio: a veces tira más una pizca de sangre que una yunta de bueyes. Y hablando de eso, ¿has sabido algo de García?

—Aún no.

—Bien. ¿Y de Diego Vélaz?

—Tampoco —contestó Lubb.

—Mejor aún. Recuerda una vez más: no es solo lo que nosotros sabemos, sino lo que nuestros enemigos ignoran. Y ahora acompáñame.

Ibn Hud le señaló una serie de trazos en el mapa de piel sin curtir. Una gran ciudad amurallada, pintada con rasgos toscos, que representaba Molina. La fortaleza de az-Zafira al sur, y otra más al norte. Posó el índice sobre esta.

—Embid. Tu tarea será tomarla, dispondrás de todas las tropas que necesites, pero atiende: tenemos bajo custodia al caíd de az-Zafira. Lo llevarás contigo y lo usarás para negociar la entrega de Embid. Si se rinden, respeta las vidas y ofrece recompensa por pasarse a nuestro bando. Si se empeñan en resistir, degüella al prisionero a su vista y ofréceles por segunda vez el amán. Si aun así porfían, arrásalo todo y que no quede nadie con vida. Necesito que todo esté listo cuando el ejército de Toledo se presente, así que hay tiempo de sobra. ¿Podrás hacerlo?

Lubb tragó saliva.

—¿Degollar a un prisionero?

Ibn Hud hizo un gesto de contrariedad.

—El tiempo de la delicadeza pasó. Nos va mucho en esto, Lubb. ¿Vas a quedarte atrás? Puedo enviar a Abú Yaffar.

—No, no, padre. Embid caerá.

†

40. Lealtad o justicia

†

UNA SEMANA MÁS TARDE, PRIMAVERA DE 1043. NÁJERA

Ramiro desmontó en el patio del Alcázar y entregó las riendas de Fosco a uno de los criados. Subió los escalones con el nudo en el pecho, el mismo que lo había acompañado en un viaje que debía durar una semana, pero que él había completado en cinco días. Dos guardias armados dieron la bienvenida al señor de Aragón y lo guiaron por un camino que había recorrido miles de veces. Ramiro caminaba tras ellos en silencio, con los guantes en la diestra y la mano izquierda apretando con fuerza el puño de la espada.

García, avisado, ya estaba en el salón pamplonés, pero no en su trono aguileño. Ocupaba un sillón en la cabecera de una mesa, con vino, pan y fruta al alcance. Su esposa Estefanía también se encontraba allí, con cara de sueño y envuelta en una capa, como si no llevara nada debajo. No habría acudido, pero quería saber qué tal le iba el embarazo a su hermana, y pensaba preguntárselo directamente a Ramiro. Este hizo su entrada y caminó recto hacia García. Lo adecuado en ese momento habría sido posar la rodilla en tierra y saludar como un buen vasallo. En lugar de eso, Ramiro se plantó ante su hermano, a un lado de la mesa. No efectuó ni una sola reverencia, solo se quedó mirando al rey con talante serio, como esperando una explicación que no hiciera falta pedir. García

enarcó las cejas, y Estefanía, las más sorprendida de los tres, quiso romper la tensión.

—Bienvenido, Ramiro. ¿Qué tal está mi hermana?

—Muy bien —contestó él—. Sé que os escribís a menudo, así que estarás al corriente, mi reina. Discúlpame ahora, pero la causa de mi presencia aquí no es alegre precisamente.

A García no le gustó el desaire, pero solo se le notó en la cara.

—¿De qué se trata? —preguntó—. Sí que será grave, que ni siquiera saludas como es debido.

Ramiro pasó aquello por alto. Solo se aclaró la garganta y siguió mirando a los ojos de su hermanastro para comprobar su reacción. Y lo soltó.

—Gonzalo ha muerto.

La reina Estefanía se llevó las manos a la boca. En García se operó un cambio de gesto apenas perceptible. Un pequeño frunce en la comisura derecha disimulada por la barba, en la que le habían salido algunas canas prematuras.

—Gonzalo muerto… ¿Cómo ha sido?

—Una emboscada donde el Puente de Monclús, entre el Sobrarbe y la Ribagorza. Un solo hombre. Grande, templado y silencioso. Primero despachó a sus dos hombres de escolta, y luego fue hasta Gonzalo y lo destrozó a hachazos.

García tomó aire despacio, profundo, y también se tomó su tiempo para echarlo fuera.

—¿Cómo se sabe? ¿Hay testigos?

—Una vieja que iba a lavar la ropa al río, pero que se quitó de en medio enseguida, como es natural. No le dio tiempo a ver más de lo que acabo de decirte. —Ramiro, que seguía de pie junto a la mesa, se inclinó hacia delante y apoyó ambos puños cerrados en la madera —. Pero no hace falta romperse la cabeza. Ha sido Matalobos.

Ahora sí que la sonrisa socarrona apareció en la cara de García.

—Siempre es Matalobos, ¿eh?

Ramiro se irguió. Estuvo a punto de pedirle a la reina Estefanía que los dejara solos, pero aquel no era su hogar. En realidad nunca lo había sido.

—¿No te apena la muerte de nuestro hermano, García?

—Sí, claro. También me apenaría la tuya. ¿No me crees?

—Ya no sé qué creer. Mantienes a Matalobos a tu lado a pesar de todo. Por cierto, ¿dónde está?

García tomó un pedazo de pan y se puso a desmigajarlo sobre la mesa.

—Diego Vélaz es el hombre más leal que he tenido a mi lado. Valoro mucho eso, Ramiro: la lealtad. —Señaló con el pulgar a su espalda, al ala derecha que sobresalía del trono—. Nuestro padre también lo hacía, por eso hizo tallar la palabra. La diferencia es que él nunca fue firme al premiar a sus leales y, digámoslo todo, tampoco al castigar a quienes lo traicionaron. Él siempre pensaba en el futuro, en el provecho que podía sacar de aquí y de allá. De las personas, sobre todo. Especialmente si habían contraído una deuda con él. Incluso cuando confesamos un pecado, debemos hacer penitencia, ¿no? Yo dispuse de mucho tiempo para pensar en eso cuando peregriné a Roma con idea de purgar mi gran, mi enorme, mi sucia falta. Acusar a mi propia madre de adulterio, aceptar el desafío para un juicio de Dios… No hay nada que odie tanto como la deslealtad, Ramiro. Y yo había cometido la peor de ellas. La de un hijo hacia su madre. Pero bueno, Dios, que está en lo alto, dictó sentencia, ¿no es cierto? Tú venciste en aquel duelo y yo tuve que purgar mi falta. —Y ahora señaló también a su espalda, pero hacia el ala izquierda del águila—. Justicia, la otra obsesión de nuestro padre.

Ramiro cerró la boca. Quiso aguantar la mirada de su hermano, pero no pudo.

—García, ¿qué falta cometió Gonzalo?

—Ninguna seguramente. Era un muchacho débil, pero bondadoso. Aunque la vida es injusta a veces, eso tú ya lo sabes. Incluso a pesar de Dios. Las injusticias son como los monstruos de los que hablan algunas historias, esos a los que les cortas la cabeza y en su lugar brotan dos nuevas. Y si cortas esas dos, le salen cuatro, y en poco rato te las verás con un engendro de diez o doce cabezas.

Ramiro volvió a mirar a Estefanía, que no hacía ademán de marcharse. Tampoco el rey la invitaba a irse.

—Hice un juramento, García. Tengo que cumplirlo.

—Para eso son los juramentos. Como el que hizo Fernando en este mismo salón, y ya lo ves ahora. Tú también juraste obedecerme, ¿recuerdas?

—Cómo no. Gonzalo fue otro de los que juró aquí, como Fernando y como yo. Y tú lo tomaste como vasallo y te comprometiste a protegerlo. Pues bien, ahora está muerto, y el que lo ha matado volverá a acogerse bajo tu ala. Las muchas cabezas de ese monstruo te acosan a ti también, García. ¿Qué lealtad te era más preciada? ¿La de Matalobos o la de tu hermano pequeño? Y en cuanto a mí, ¿qué juramento debo cumplir? ¿El que me obliga a matar a ese criminal o el que me obliga a obedecerte?

García apoyó las palmas en la mesa y puso los ojos en blanco. Se dirigió a su esposa para hacerla cómplice.

—Esta conversación me hastía. Llevamos toda la vida así, ¿sabes? —Volvió a mirar a Ramiro y lo señaló con el dedo—. Fíjate, Diego Vélaz es mucho más sencillo en eso. Jamás se plantea si es mejor obrar con lealtad o con justicia. Podríamos decir… Sí, podríamos decirlo: su lealtad es para mí y su justicia para sí mismo. No es mala costumbre en un mundo en el que a veces resulta imposible conseguir justicia. Ah, ni siquiera puedes esperarla de ahí arriba. —Y señaló al techo.

Estefanía se escandalizó de nuevo.

—Esposo, no blasfemes.

—Perdón, querida mía. —Extendió la mano hacia su hermano—. Y ahora dime, Ramiro, ¿a qué has venido? ¿A pedir justicia para Gonzalo?

—Eso es. Y si no quieres esperar a la justicia de Dios, ocúpate de ello tú mismo. Manda prender a Matalobos y veamos si ha cometido también este crimen. Que esta vez no quede sin castigo. Ha matado al hijo del rey Sancho. ¡Nuestro padre! —Se dio la vuelta para mirar a la espalda, y luego dio el frente de nuevo a su hermano—. ¿Dónde está ahora?

García se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Dime algo: ¿sabe ya tu eitán que Gonzalo ha muerto?

Eso descolocó a Ramiro. Estefanía volvió a poner cara de no entender nada.

—¿Por qué le preguntas eso, esposo?

—Ah, es que ese hombre le tenía mucho cariño a mi hermanito. Habrá sido un duro golpe para él. —Enfatizó la pesadumbre—. Peor aún será cuando se entere mi madre. ¿Quién se lo dirá? ¿Tú, Ramiro? Sé que os lleváis muy bien últimamente.

Ramiro asintió. Ahora sí que parecía claro que García lo sospechaba hasta casi la certeza: Gonzalo era el hijo bastardo de Jimeno Garcés y de Mayor de Castilla. El fruto del pecado más despreciable para él: la deslealtad.

—García, considérate avisado: cuando vea a Matalobos, acabaré con él. Y me da igual si me ordenas lo contrario.

Ahora sí, el rey de Pamplona echó atrás su sillón para levantarse.

—Me desafías, igual que Fernando.

Estefanía trató de intervenir.

—Por Dios, sois hermanos…

Pero García se revolvió, señalando la puerta.

—Sal de aquí, mujer.

La reina, avergonzada, se arropó un poco más con la capa y escapó a toda prisa. Ramiro esperó hasta que el eco de sus pasos se apagara por los familiares corredores del alcázar.

—Fernando no te desafía —dijo—. Pero sí que pone en tela de juicio su lealtad hacia ti. Y ahora la pongo yo también.

—No te atrevas, Ramiro.

—No te atrevas tú a impedir que se haga justicia. —Y Ramiro golpeó la mesa con el puño, lo que hizo enrojecer a García—. Esta vez no esperaremos a un Dios al que ni siquiera le importamos. Es eso, ¿verdad? Vamos, tu esposa ya no está aquí. Dejemos el disimulo a un lado, solo por esta vez. Háblame de tu madre y de mi eitán.

El rey de Pamplona, harto ya de aquello, rodeó la mesa hasta situarse cara a cara con su hermanastro.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que Felicia juró desde el primer al último momento? Los vio varias veces cuando nuestro padre estaba ausente. Ah, pero no era necesario que ella me lo confesara, todos podíamos verlo, aunque algunos estuvierais más ciegos. Sí: Gonzalo era un bastardo. ¿Mi madre? Una adúltera. Y tu eitán, un amigo

traicionero y un vasallo desleal. Esa es la historia. Ni Dios, ¿oyes, Ramiro?, ni Dios quiso ampararme. Solo una persona lo hizo, solo hubo alguien que estuvo junto a mí en todo momento, cuando hasta nuestro padre miraba a otro lado.

—Matalobos.

—No existe la justicia. Pero sí existe la lealtad. Y ahora dime. Tú, mi hermano, mi vasallo, el que tiene Aragón por voluntad de nuestro padre. Tú, que juraste obedecerme… ¿Qué vas a hacer?

Ramiro se mordió el labio inferior. Tan fuerte que estuvo a punto de hacerlo sangrar.

—Ahora, mi rey, voy a ver a tu madre. Le contaré que tardé dos meses en enterarme de que su hijo más querido estaba muerto, porque nadie pudo reconocerlo tras pasar por las manos de Matalobos. Porque cuando lo echaron de menos en Roda y salieron a buscarlo, lo único que pudieron encontrar fue un rastro de carne cortada a lo largo de un riachuelo. Para ella será como un castigo de Dios, supongo. Por su infidelidad. Qué absurdo después de todo, ¿verdad? Ella no sabrá que tú tienes razón: la justicia no existe. ¡No existe! ¿Dios? No sé lo que será, pero no un juez supremo que premia al virtuoso y castiga al pecador. Sí, supongo que cada uno de nosotros ha de buscarse su propia justicia. —Dio un paso atrás para hacer una rápida reverencia de despedida—. Ahora entiendo un poco mejor a Matalobos.

†

POCOS DÍAS DESPUÉS. TIERRAS DE MOLINA, AHORA EN PODER DE LA TAIFA DE ZARAGOZA

La súbita muerte del emir de Toledo, Ismail az-Zafir, no solo había sorprendido a todos. Además, había supuesto un trágico obstáculo para atajar el ataque zaragozano. Con el trono vacante, el primogénito Yahyá aceleró su coronación, ansioso por hacer frente a aquella guerra que llegaba en el peor momento; pero encontró

oposición en su propia familia, en las pequeñas ambiciones particulares que pretendían un reparto del poder y del territorio. Yahyá no quiso saber nada de eso. Ahora se necesitaba unidad y fortaleza, así que se impuso sin reparar en crueldad, y se hizo coronar con el sobrenombre de al-Mamún, el Confiable. De hecho, cuando se vio entronizado como emir de Toledo, fue lo primero que ordenó a la multitud:

—¡Confiad en mí!

Pues eso: era cuestión de confianza. Y cuando al-Mamún se sintió realmente confiado, reclutó a toda prisa un ejército con el que salir en campaña para recobrar Molina y sus fortalezas feudatarias, pues las noticias que llegaban de la frontera eran cada vez más preocupantes: el distrito de Guadalajara perdía territorio a un ritmo tal que, de seguir así, el enemigo zaragozano se plantaría en las puertas de Toledo ese mismo verano. Tal vez solo fuera una exageración que alguien hacía correr. En los últimos tiempos, muchos y misteriosos sucesos habían tenido lugar en el reino de Toledo, y la muerte de az-Zafir no era el menor de ellos. Y por si fuera poco, el mes de Ramadán se acercaba. De todas formas, al-Mamún dio por bueno lo reclutado hasta el momento y, justo el día en que entraba la primavera, se dirigió a marchas forzadas hacia Molina. Antes de abandonar su capital, se volvió hacia el gentío y lo gritó con gran seguridad:

—¡Retornaré victorioso, confiad en mí!

El ejército toledano cubrió el camino sin apenas descansar y sin pararse a reclutar nuevas tropas en las pocas escalas que hacía. Sus arráeces y los guerreros más experimentados le pedían al emir que aminorara, porque no era aconsejable que la hueste llegara derrengada. Pero al-Mamún se sintió ofendido: ¿es que no confiaban en él?

La columna atravesó la última sierra de su ruta y desembocó junto a la corriente del río llamado Gallo. A su espalda se erizaban las impresionantes hoces rojas que encajonaban la corriente rumbo al Tajo. Frente a ellos, el llano que llevaba hasta la ciudad de Molina, salpicado de pequeñas elevaciones. Al-Mamún insistía en marchar en primera fila y en compartir los pesares de sus guerreros. En darles

confianza. Pero, aunque valiente y seguro de sí mismo, el nuevo emir de Toledo no era un guerrero ni disponía de la larga experiencia militar de Ibn Hud. Y sobre todo, carecía de su astucia.

Las patrullas zaragozanas avisaron de la inminente llegada del enemigo a Molina, donde se encontraba Abú Yaffar. Este ordenó resistir hasta la última gota de sangre y salió en persona de la ciudad, cabalgando sobre un rápido corcel bayo. Llevaba el recado a su padre, al inmenso campamento de al-Yund. Ibn Hud, que esperaba el momento desde hacía semanas, recibió a su primogénito, ordenó zafarrancho a sus descansadas tropas y lo preparó todo para ponerse en marcha al día siguiente. A Abú Yaffar lo mandó por delante con un contingente de caballería y algo de infantería, con la orden de avanzar muy despacio y dejándose ver.

Mientras tanto, el ejército de Toledo cubría la última etapa y se presentaba ante Molina. Al-Mamún despachó a la ciudad a un heraldo a caballo con un mensaje: o la plaza volvía a su obediencia, o la tomaría al asalto y reduciría a toda la población a la esclavitud. Eso sí, tras decapitar a los hombres en edad militar y convertir en eunucos a los muchachos de más de cinco años. El caballo regresó hasta el emir toledano con la silla vacía y la cabeza del mensajero colgando del arzón.

Al-Mamún dispuso el asedio de Molina, lugar de paso fundamental entre Córdoba y la antigua Marca Superior, y entre Medinaceli y Calatayud. Sitiar aquello no era tarea fácil, y el emir toledano se preguntaba cómo había caído en poder de Ibn Hud en tan poco tiempo. A la enorme atalaya situada en la cima del monte había que unir el poderoso alcázar, con sus torres defensivas, y la medina que colgaba de él por la ladera y hasta el río Gallo.

El emir de Toledo envió ojeadores a los caminos de los dos castillos más cercanos capturados por el enemigo: az-Zafira y Embid. Y también en línea recta por el camino de Zaragoza. Los soldados toledanos empezaron a talar árboles para las albarradas y a buscar forraje para las bestias. A cavar zanjas para las letrinas y a montar jaimas para una larga acampada. Molina caería. Así lo dijo a sus hombres:

—¡Molina caerá, confiad en mí!

Tan seguro estaba al-Mamún en su triunfo que ordenó preparar ya los tocones para decapitar a los intrusos zaragozanos que le habían arrebatado una de sus ciudades, lo mismo que a los tibios molinenses que no habían tenido los redaños de defender la plaza.

Y entonces le llegó a al-Mamún la noticia de que un ejército se dirigía a Molina desde el norte. Uno no muy grande, apenas unos cientos de infantes y una cincuentena de jinetes. El emir de Toledo dudó si esperarlos en el cerco de Molina o salir a su encuentro. Los guerreros veteranos le aconsejaron evitar el choque. Pues Dios —decían— solía taparse los ojos cuando los musulmanes combatían entre sí. Otros más jóvenes quisieron hacerse valer: nada podría frenar la caballería toledana y el recio metal de sus armas, así que lo mejor era acabar con aquello cuanto antes. En el campo de batalla. Al-Mamún, que comulgaba más con los de sangre caliente, se decantó por combatir, ya que además contaba con superioridad numérica. Así que dio la contraorden de levantar el asedio, dejar Molina a su espalda y reanudar la marcha.

El encuentro tuvo lugar en una amplia meseta a medio camino entre la ciudad y el campamento que los mercenarios cristianos habían bautizado como La Yunta. Era miércoles, vigesimoprimer día del mes de Shaabán. Sol radiante, ni frío ni calor. Los toledanos se detuvieron al advertir la nube de polvo que se levantaba frente a ellos, aunque todavía no se alcanzaba la vista del enemigo. Hubo un rumor nervioso, así que el emir de Toledo se hizo escuchar:

—¡Venceremos, confiad en mí!

Al-Mamún se caló el yelmo, un modelo dorado y cónico con la cúspide ligeramente adelantada y tres plumas de pavo real en lo alto. Y, tras examinar el horizonte, se dijo que aquella polvareda era mucha, demasiada para el ejército en miniatura que le habían descrito los ojeadores. Observó el lugar y vio que a su derecha se cerraba el llano con un bosque de pinos, por lo que hizo formar a su audaz caballería en el ala izquierda. Colocó a su infantería en línea y él ocupó el lugar central, vistosísimo sobre su precioso caballo negro. En su estandarte rojo había hecho bordar versos dorados en pulcros caracteres cúficos, muy largos, rematados por filigranas florales y apoyados en una estrella de seis puntas. «La victoria para

Dios, el único, que confía en al-Mamún». Cabalgó de lado a lado, considerando qué lugar sería el mejor para sus arqueros, y optó por apostarlos en la arboleda con la orden de acribillar a los zaragozanos desde el flanco en cuanto avanzaran.

El ejército enemigo empezó a aparecer por fin. Y para angustia de al-Mamún, estuvo mucho rato apareciendo. Comprendió que lo habían engañado, mandó llamar a los ojeadores y, delante de sus hombres, se lo dijo bien claro:

—No se puede confiar en vosotros.

Y los hizo degollar.

Las primeras cabalgadas no llegaron hasta que los toledanos estaban muertos de sed, con la fatiga acumulada por su larga y apresurada marcha desde la capital y los trabajos de sitio alrededor de Molina. Frente a ellos, hombres mucho más numerosos, descansados y bien abastecidos. Pero sobre todo, dirigidos por un experto.

Abú Yaffar, el primogénito de Ibn Hud, avanzó con su caballería, que doblaba a la toledana en número. Se dirigió en perfecto orden contra las filas de la infantería. Al-Mamún se pensó mejor lo de quedarse en primera línea, tiró de riendas y se metió entre sus hombres hasta la retaguardia, pues desde allí lo vería todo mejor y podría ordenar el inevitable contraataque. Frente a él, Abú Yaffar ordenó sucesivas aproximaciones al galope y se produjo la primera descarga de jabalinas. Los infantes toledanos se parapetaron tras sus escudos y aguantaron como bien pudieron. En esa andanada de arranque solo hubo algunas bajas, heridos a los que sacaron de allí los camaradas de segunda fila. La caballería zaragozana había vuelto grupas para alejarse, pero ya se disponía a una segunda andanada. De nuevo el galope en masa, y una vez más el disparo simultáneo de azagayas. Otra vez la sangría de caídos. Algunos infantes toledanos se volvían para observar a su emir, pero este no reaccionaba. Los heridos de la primera andanada llegaban ya a la retaguardia, arrastrados por sus compañeros. A al-Mamún le entró un escalofrío al ver las jabalinas clavadas en sus brazos. Uno de ellos, con el cuello atravesado, dejaba un copioso reguero

sanguinolento. No respiraba. Y por delante, cada ataque se contaba por los gritos de angustia de los nuevos heridos.

Al-Mamún no daba crédito. ¿Dónde estaban las flechas de sus arqueros ocultos en la arboleda de la derecha? ¿Por qué no acribillaban a los jinetes zaragozanos? ¿Es que no podía confiarse en nadie?

La respuesta no tardó en llegar. De pronto, una turba de gente salió a la carrera de entre los pinos. Arrojaban los arcos y se deshacían de las aljabas. Alguien avisó al emir de lo que ocurría, y este se movió a caballo hacia la derecha. Era todo confuso, pues la caballería enemiga seguía evolucionando al frente y estorbaba la vista. Hasta que al-Mamún distinguió a los guerreros que también brotaban a pie de la arboleda, en persecución de sus arqueros. Hombres de largas barbas, con lorigas, escudos de lágrima y lanzas. Los cristianos a sueldo de Zaragoza acababan de limpiar el bosque y, a juzgar por el número de los que huían, entre los árboles debían de quedar no pocos cadáveres. Ibn Hud se había adelantado a al-Mamún. Una vez más.

El emir de Toledo se bloqueó. En su mente, aquello había empezado como un paseo para machacar a un débil contingente zaragozano, pero la realidad le imponía una batalla campal contra un ejército superior que empezaba imponiendo su superior estrategia. Se le pasó por la cabeza la retirada. Sus fuerzas estaban casi intactas, aún podía recuperarse. Una nueva oleada de la caballería enemiga lo sacó de su estupor. Cabalgó a la izquierda, hacia sus propios jinetes, y les dio a gritos la orden de atacar. Hubo vacilación. La maniobra era suicida. Al-Mamún insistió, amenazando con cortar cabezas y colgarlas de las murallas de Toledo.

—¡Atacad de una vez, confiad en mí!

La caballería toledana hizo lo que pudo. Hubo un choque en medio de la meseta, que se llenó de alaridos, relinchos y chasquidos de madera y metal. Tras el lanzamiento de jabalinas, los hombres desenfundaron sus espadas y se batieron cuerpo a cuerpo, confundidos ya ambos contingentes. El caos se había adueñado del paraje, y al-Mamún lo aprovechó.

—¡Retirada!

Para muchos de los infantes, aquella orden resultó un alivio. Para otros, los más clarividentes, fue como colgarles un pedrusco, atarlos de pies y manos y lanzarlos al Tajo. ¿Retirada? No había lugar al que retirarse. La ciudad más cercana, Molina, estaba en manos enemigas, lo mismo que todas aquellas tierras. Hubo protestas, y también quien se empecinó en mantener la posición. Unos pocos se preocuparon de recoger a los heridos, pero los más se dieron la vuelta y, a paso más que rápido, iniciaron la huida. Al-Mamún fingió que organizaba la maniobra de retroceso ordenado, pero aguantó poco, pues vio que sus infantes apenas le obedecían y que su caballería desaparecía poco a poco, engullida por la masa de jinetes enemigos. Y como no era él el único que se percataba de que todo estaba perdido, el miedo se extendió entre los suyos. Ya nadie confiaba en el emir de Toledo.

Antes de que hubiera caído el último toledano a caballo, los infantes se dispersaban despavoridos, dejando tras de sí los escudos y las lanzas. Al-Mamún, cohibida su vergüenza por el terror a caer prisionero o muerto, echó una última mirada atrás, a la polvareda que se alzaba sobre los cuerpos convulsos de animales y jinetes. La caballería zaragozana se dedicaba ahora a cazar a los últimos arqueros que deambulaban en loca carrera. Por detrás de ellos distinguió la enorme masa del ejército zaragozano, que avanzaba cadencioso, sin deshacer sus filas. El emir de Toledo olvidó que era el general de su ejército. Olvidó lo que había hecho bordar en su estandarte, y también el sobrenombre que se había atribuido para reinar. Olvidó a sus caídos y hasta el objetivo de aquella campaña. Picó espuelas, adelantando a sus infantes en su huida y maldiciendo a gritos a Ibn Hud y a toda su estirpe.

†

MES Y MEDIO MÁS TARDE. CASTILLO DE LOARRE, ARAGÓN

Aquella fortaleza era la obra de la que más orgulloso se sentía el Eitán, aunque jamás hubiera pertenecido a Ramiro, sino a Gonzalo. Los maestros lombardos se habían esmerado allí a cambio de no poco, apilando sillares con enormes cantidades de argamasa. Tres hermosos torreones unidos por el muro, con un amplio patio y aljibes de calidad, y una cuarta torre albarrana, la más alta de todas y separada del castillo, a la que se accedía mediante una pasarela de madera que podía destruirse en caso necesario. Un último rincón de resistencia. Todo ello encaramado a un cerro y mirando al sur, siempre dando la cara al enemigo musulmán. La guarnición era cumplida, no pocos jóvenes pedían unirse a ella. Hasta iglesia tenía, y una pequeña cantina.

Había salido muy costoso, pero valía la pena. Loarre, desde tiempos del difunto rey Sancho, era el gran proyecto que, en el futuro, permitiría avanzar hacia los llanos. Camino al valle, a los campos fértiles, a las fortalezas más avanzadas de los moros en Ayerbe y Bolea, a las grandes ciudades musulmanas como Huesca.

El torreón que guardaba la puerta era el acondicionado para gobernar el castillo, con una gran chimenea que ahora estaba apagada. Los tres ventanales dobles permitían que la luz inundara la estancia, en la que señor y vasallo, pupilo y mentor, compartían queso, pan y vino. Los cuencos y escudillas rodeaban una larguísima carta con la firma del rey de Pamplona. El Eitán, recostado, escuchaba el relato de la guerra entre moros. Ramiro lo contaba de tercera o cuarta mano, sin ahorrarse los inevitables añadidos.

—Ibn Hud le dio la batalla al de Toledo en un llano, parece. Un sitio que, a pesar de su enormidad, apenas podía contener los dos ejércitos. Incontables soldados y caballos. Nublaban el cielo cuando disparaban sus flechas. Y cuando se lanzaban al galope, las torres temblaban y los árboles perdían sus hojas.

El Eitán sonrió.

—Ya será menos.

—Seguro. El caso es que el campo quedó para Ibn Hud, y mandó a su hijo mayor que persiguiera al tal al-Mamún, que ya corría con el rabo entre las piernas.

—El hijo mayor de Ibn Hud… —El Eitán, que gustaba de informarse bien de todo y especialmente sobre el enemigo, se rascó la barbilla mientras trataba de recordar—. Ya, ya. Ese se llama Abú Yaffar.

—Pues Abú Yaffar entró tanto en la taifa de Toledo que llegó hasta un lugar en el confín al que llaman Talavera. Allí dicen que se dio la vuelta y, con toda la tranquilidad del mundo, regresó junto a su padre. Fíjate, Eitán, cuánto podríamos haber aprovechado nosotros mientras esos moros se partían los dientes unos a otros. De haber atacado a principios de primavera, lo mismo teníamos ya Ayerbe.

El Eitán partió una tajada de queso con su puñal.

—¿Y qué más cuenta el rey?

—Que Ibn Hud, por lo visto, se ha quedado con esa ciudad, Molina, y con unos cuantos castillos alrededor; y ahora está muy crecido, claro. Así que el emir de Toledo, cuando recuperó el color de la cara, mandó un embajador a Nájera.

—Ah, ya. A pedir ayuda a García.

—Eso. Dice García que le ha ofrecido una salvajada de oro a cambio de que se conviertan en aliados y ataquen juntos a Ibn Hud. —Ramiro palmeó la carta sobre la mesa—. ¿Y qué ha hecho mi hermano? Pues aceptar.

—Normal. Llevamos toda la vida cruzando la frontera para algarear en tierras de Zaragoza. ¿Y ahora encima nos dan oro por ello? Pues venga.

Ramiro se inclinó sobre la mesa.

—No estoy hablando de algaras, Eitán. Nada de cabalgadas de una semana para saquear ganado, ni asaltos repentinos para tomar una torre perdida en un cerro. Ahora se trata de unir ejércitos, marchar y enfrentarnos con Ibn Hud.

El Eitán terminó de masticar el queso y negó con firmeza.

—Los que tenemos una edad sabemos quién fue Ibn Hud, y seguro que aún retiene el genio y la picardía. No es enemigo aconsejable, y menos ahora, que se puede desquitar de su etapa como *walí* en el norte. Lo tenían allí, muerto de asco.

—Lo sé. Arnau le quitó no pocas tierras entonces, y yo ayudé en lo que pude. El caso es que ahora Ibn Hud no es el que era, y se ha

enterado del pacto entre García y al-Mamún. Ha escrito a Nájera para protestar, le pide a García que no se meta donde no le llaman, y amenaza con formar su propia alianza. ¿Sabes con quién? Con Fernando. Imagina: León y Zaragoza contra Pamplona y Toledo.

El Eitán tosió un par de veces. Bebió para aclararse la garganta.

—No me gusta, Ramiro. No ahora, cuando García y Fernando no se pueden ni ver.

—Cierto. No sé si Ibn Hud cumplirá su amenaza de aliarse con Fernando, pero de momento parece que no ha licenciado al ejército que venció a al-Mamún. Se están moviendo hacia el norte, apenas hay tiempo.

El Eitán dejó su cuchillo lentamente sobre la mesa. Se levantó pensativo y anduvo hacia el triple ventanal, las manos a la espalda. Observó la lejanía, casi como si pudiera ver a los agricultores musulmanes cultivando los ricos campos. Y más allá, las ciudades suntuosas y bien pobladas. Como a todo montañés, aquello le resultaba tan desconocido como atractivo. Bajar de las tierras inhóspitas que habían habitado sus antepasados…

—Una batalla es como una tirada de dados, Ramiro. Puedes ganar, desde luego.

Ramiro jugueteaba con su cuenco vacío. Lo hacía girar y observaba hasta que se quedaba quieto.

—Eitán, García me pide que me una a él otra vez. Como cuando lo de Tamarón.

Jimeno Garcés asintió con un gruñido.

—Es lo que ordenó tu padre antes de morir. Que le fueras leal a García.

—También ordenó que nos ayudáramos unos a otros. Y mira la ayuda que recibió Gonzalo.

Ramiro vio perfectamente cómo aquello hería a su Eitán. Se dio cuenta de que dejaba caer la cabeza.

—Mandé que acomodaran esta torre pensando en él, ¿sabes? Un sitio en el que pudiera vivir seguro.

—Ese fue nuestro error, Eitán. Procurar siempre que Gonzalo viviera seguro. Convertirlo en un pusilánime incapaz de defenderse.

—No hables así de tu hermano, Ramiro. Por favor.

«Mi hermano», pensó Ramiro. De eso nada, se dijo. Con García compartía media sangre, pero con Gonzalo ni eso. Y a pesar de ello, cuánto había querido a aquel muchacho.

—Perdóname, Eitán.

Jimeno Garcés se volvió, la silueta recortada contra la brillante luz primaveral.

—Ahora Loarre pertenece a García, como el Sobrarbe y la Ribagorza y todo lo que fue de Gonzalo. Tantos afanes, y seguramente tu hermano nombrará a un tenente pamplonés para que venga a hacerse cargo de esto. Pero así es la vida, supongo.

—Así es la muerte, más bien.

—Sea vida o sea muerte, es el momento de decidirte. ¿Qué vas a hacer? ¿Acudirás a ayudar a García?

—No lo sé. Aún no me creo que no haya tenido nada que ver con la muerte de Gonzalo. Y conserva a su lado a ese hijo de mil perros sarnosos.

—Matalobos caerá, igual que sus hermanos. Siempre ha sido cuestión de tiempo. Pero García es nuestro rey, le debemos lealtad y no podemos desampararlo. Seguro que tu madre te lo ha dicho así.

—Con esas mismas palabras. Me pregunto qué me diría la reina viuda.

El Eitán disimuló el gesto de pesar volviendo a mirar al exterior.

—Mayor hizo ya su jugada y perdió. Ahora te toca a ti.

Ramiro suspiró. Se puso en pie y caminó hasta colocarse junto a su eitán. Qué bello era el paisaje desde allí arriba.

—Conozco a Fernando, y no se enfrentará a García por ayudar a un sarraceno. Pero García es orgulloso y capaz de ir hasta el final, sea cual sea. Y yo… Yo estoy harto de que mi lealtad se premie con humillaciones. No es justo. Dios me perdone, Eitán, pero me vi relegado pese a ser el primogénito, y por culpa de eso, García pudo obligarme a tomar una esposa a la que no quería.

—¿Qué dice ella, por cierto?

—¿Ermesinda? Ah, tiene mucho miedo de que yo rompa con mis obligaciones. Y eso la incluye a ella.

—Te va a dar un hijo, Ramiro.

—Ya tengo un hijo, Eitán.

Nuevo gruñido por respuesta.

—Insisto: debes tomar una decisión acerca de tu lealtad hacia el rey, y has de hacerlo ya. Y me temo que yo no puedo aconsejarte. El pasado es como una nube oscura. Tan oscura que no me deja ver el futuro con claridad. Piensa bien lo que vas a hacer.

Ramiro lo miró a los ojos.

—¿Te atormenta tanto, Eitán? El pasado, digo.

—Mucho. No lo que hice, eso no. —Su vista volvió a perderse en la distancia—. Eso lo haría otra vez. Bah, no sabes de lo que hablo.

—No lo sé, no —mintió Ramiro—. ¿Pero qué es entonces lo que te atormenta?

—Lo que pude hacer en lugar de quedarme quieto. Lo que pude decir en lugar de callar. Tú te debates entre la justicia y la lealtad, ¿no es eso? Pues bien: yo no fui justo ni leal. En fin, lo siento. —El Eitán deslizó una sonrisa amarga y apretó cariñosamente el brazo de su antiguo pupilo—. No puedo ayudarte a tomar una decisión. Pero tanto si acudes junto al rey como si prefieres quedarte aquí, me tendrás a tu lado. Y ahora discúlpame: hay que prepararse para una guerra y se acaba el tiempo.

Ramiro se quedó un rato allí, oteando el horizonte. Tomar una decisión.

—Sé quién podría ayudarme —se dijo—. Alguien capaz de acertar con el futuro. Pero es verdad: se acaba el tiempo.

†

41. El reino del bosque

†

TRES DÍAS MÁS TARDE, PRIMAVERA DE 1043. JACA

La columna de jinetes recorría las calles ante la mirada sorprendida de los jacetanos. Casi cien caballeros curtidos en las campañas contra los musulmanes de la Marca Superior, todos con sillas de arzones altos y estribo largo, las lanzas en vertical. Y tras ellos casi trescientos infantes del condado de Urgel y un tren de suministros. A la cabeza, Arnau Mir de Tost. Cercano ya a los cuarenta, pero aún dejaba que el pelo ensortijado le cayera por la frente. Risueño, como de costumbre. Había entrado en Jaca como señor de Áger, Montmagastre, Artesa, Llordá y Tost, así como las plazas ganadas al sur de la Ribagorza en la última campaña. Nadie al este de Aragón atesoraba tanta experiencia militar, por lo que su fama se extendía y ya se contaban sobre él hechos prodigiosos. A su lado, sobre su propio alazán castaño, Arsenda de Fluviá, que no envejecía nunca. El cabello cobrizo trenzado en una corona, larga capa con filigranas azules y pardas. En Áger había dejado a sus dos hijas: Valencia, de tres años y medio, y Letgarda, de dos. Los jacetanos la señalaban al pasar, admirados de lo elegante de su porte y de aquel pelo tan hermoso y tan largo que se atrevía a lucir descubierto.

Arnau, además de por sí mismo, llegaba en nombre del jovencísimo conde de Urgel, de solo once años. El conde de Pallars, sin embargo, había rehusado acudir. Aunque nadie lo esperaba, viendo sus antecedentes guerreros y que ya estaba algo pasado de edad. De hecho, se decía que su afición por la segunda esposa le había consumido tanta vida que nadie le daba más de cinco años antes de irse a visitar a san Pedro.

Ramiro aguardaba a pie, en la puerta de su palacio. Sobre el dorso de su zurda, la embarazadísima Ermesinda apoyaba la diestra. Arnau agitó la mano en cuanto desembocó en la plaza, e hizo avanzar un poco más a su caballo. Llenó el pecho de aire, miró alrededor y asintió.

—Reconozco que estás dejando muy bonita esta ciudad.

—Gracias. Bienvenidos.

Los jinetes urgelenses siguieron entrando en la plaza. Ramiro reconoció a varios, porque con ellos había compartido fríos y calores en más de una ocasión. Arnau desmontó y, aunque Arsenda no lo necesitaba, la ayudó a bajar. Después llegaron los abrazos, que sirvieron como excusa para que los jacetanos estallaran en vítores.

—¿Nos esperabas? —preguntó Arsenda a Ramiro.

—No sé decir por qué, pero lo cierto es que sí. No hace ni tres días que deseé tenerte cerca. Dime, mi señora, que has traído tu Mirall.

—Por supuesto. —Arsenda pasó la mano sobre el abultado vientre de Ermesinda—. ¿Impaciente?

Ella miró de reojo a su esposo. Y no con amor.

—Mucho.

Pasaron al palacio mientras la servidumbre y los jacetanos se encargaban de ayudar a los recién llegados. Ermesinda ejerció de buena anfitriona y dedicó dulces palabras tanto a Arnau como a Arsenda, pero no cruzó ni una frase con Ramiro. Sancha de Aibar, que había oído hablar tanto de la pareja, acaparó a Arsenda y la obligó a enseñarle el ajuar que se había traído desde Ager. Arnau admiró los tapices tejidos por Ermesinda, y hasta pareció reconocerse en uno de ellos, que representaba una pelea a caballo en un paraje nevado mientras una aldea humeaba al fondo.

—Esto fue en Galicia. ¿Recuerdas a aquel tipo, Ramiro? El que se hacía llamar Ferrolupo. Qué cara de oveja tenía.

—Pobre desgraciado.

Arnau estuvo de acuerdo.

—Matalobos le cortó todos los dedos por orden de García.

Ermesinda se horrorizó.

—Santa madre de Dios… No lo sabía, pero de haberlo sabido, me habría negado a tejerlo.

—La guerra es sucia, mi señora —dijo Arnau—. En estos tapices, sin embargo, parece hasta bella. Tienes buenas manos.

—Gracias, Arnau. Perdona si me ruborizo, no tengo costumbre de oír halagos de boca de un hombre.

Ramiro carraspeó.

—¿Comemos?

Sancha de Aibar lo había organizado todo. Ella fue quien se sentó en la cabecera y fue ordenando a los criados que sacaran bandeja tras bandeja. Mientras despiezaban el lechón asado, los dos hombres se dedicaron a lo habitual: recordar lances de guerra. A Ermesinda eso le quitó el hambre, y Arsenda trató de entretenerla. Primero haciéndole preguntas sobre sus tapices, y después hablándole de su último encuentro bajo las lágrimas de san Lorenzo.

—¿Recuerdas lo que te dije en Llordá, mientras caían las estrellas desde el cielo? Yo misma no sabía que en poco tiempo sería madre por primera vez. —Estiró la mano por encima de la mesa y Ermesinda se la tomó—. ¿No es todo estupendo?

—No recuerdo qué le dijiste, Arsenda —intervino Arnau.

—Ah, pues… Habíamos bebido mucho esa noche, así que yo tampoco lo recuerdo muy bien. Más o menos fue que Ermesinda pariría primero un varón.

Pero Ramiro negó.

—En realidad no sabías con cuál de las dos gemelas hablabas, mi señora. Y resulta que Estefanía dio a luz a su hijo hace dos años. Yo sí recuerdo bien aquella noche. Miraste en tu espejo y viste niños y niñas. Y dos coronas.

Sancha de Aibar se entusiasmaba.

—Quiero ver ese espejo mágico.

—No es mágico —rebatió Arsenda—. Ya os lo he dicho: habíamos bebido mucho, y también bailamos. Creo que me mareé.

—Arsenda nunca se ha equivocado al mirar en el espejo —dijo Ramiro—. A mí no se me ha olvidado esa noche, y todo no fueron alegrías.

Se hizo el silencio. Tal vez sí que existía un buen recuerdo de aquello, después de todo. Solo que, al igual que en los tapices de Ermesinda, agrada más ocultar lo triste.

—Lo siento. —Ermesinda se levantó—. Yo también recuerdo lo que vio Arsenda. Lo de los hermanos que se odiaban, los reyes que iban a la guerra y la sangre en un trono vacío… Me encuentro mal, voy a retirarme.

Arsenda trató de evitarlo.

—Bah, no hagas caso. ¿Quién sabe lo que vi? Sombras en una noche de música, vino y luces que cruzaban el cielo. Eso no quiere decir nada.

Pero Ermesinda había tomado una decisión. Una de las criadas la ayudó a caminar, pues la barriga ya la estorbaba mucho. Esperaron hasta que cruzó la puerta rumbo a su aposento.

—Ahora ya no quiero ver ese espejo —murmuró Sancha de Aibar —. Da miedo.

Ramiro apuró su copa de vino antes de ponerse en pie y dirigirse a Arsenda de Fluviá.

—Pero yo sí quiero, mi señora. ¿Me harás esa merced? Necesito de tu clarividencia. Estoy detenido ante dos caminos que se separan, no sé cuál tomar.

Arsenda no supo si aceptar.

—Ya te lo dije una vez, Ramiro: el espejo no es mágico. La decisión es tuya.

—Sí, me lo dijiste. Pero confío en tu juicio.

Arsenda consultó a su esposo con la mirada, y él asintió. Sancha de Aibar la acompañó a la cámara que le habían destinado, pues la idea era que permaneciera en Jaca mientras Arnau seguía viaje hasta Tafalla, el lugar donde el rey de Pamplona había citado a las fuerzas cristianas que quisieran combatir junto a él. Cuando Ramiro y Arnau se quedaron solos, este lo preguntó.

—¿Qué dos caminos son esos?

—Lealtad y justicia.

Arnau Mir de Tost puso cara de no entender.

—Lealtad y justicia van de la mano. Es un solo camino.

—No siempre. La vida me ha enseñado que no se puede ser leal a dos señores, tampoco a dos ideas. Y en cuanto a la justicia, me temo que hay tantas como hombres. Me viene a la cabeza una conversación. Mi hermanastro y Matalobos acababan de darnos una buena paliza junto al Torío, en León. ¿No recuerdas lo que me dijiste, Arnau?

—Uf. Hace mucho tiempo de eso. ¿Qué te dije?

—Que hacer justicia no solo es difícil. A veces es hasta imposible.

Arsenda regresó con el Mirall. Sancha de Aibar la acompañaba, contemplando con recelo aquel objeto delicado y precioso. Fuera había salido la luna, los urgelenses se emborrachaban en las tabernas o iban en busca de meretrices, sabedores de que, en pocos días, muchos de ellos dejarían este mundo. Así que la noche tomó un cariz de fatalidad. Ramiro ordenó que se limpiaran los restos de la cena y obligó a los sirvientes a dejarlos solos. Sancha de Aibar no se atrevió a sentarse, sino que permaneció cerca de un rincón, aprensiva.

—¿Y si ve tu muerte, Ramiro?

Arsenda negó con vehemencia.

—Eso no querría decir nada. Todos hemos de morir. Además, tu hijo sabe que en este espejo solo me veo a mí misma.

—También sé que hay formas de ver y de no ver —dijo Ramiro—. Y que a veces ves lo que quieres y otras veces ves lo que temes.

Arsenda sonrió.

—En ocasiones tenemos la verdad a nuestro lado, pero no somos capaces de verla hasta que alguien nos la señala. —Se dirigió a Sancha de Aibar—. Esa es la única magia de este espejo.

Ramiro, así pues, pidió a Arsenda de Fluviá que observara su Mirall.

—Dime qué ves, mi señora.

—Veo que los años pasan. Soy más vieja que cuando nos conocimos en aquel río, ¿eh, Arnau?

—Sigues igual de joven, mujer.

Pero Ramiro seguía a lo suyo.

—Alguien mató a Gonzalo —dijo—. Mi hermano pequeño.

Arsenda, que seguía observando su propio reflejo, frunció el ceño.

—¿Tu hermano, dices?

Esa sola pregunta animó a Ramiro. Arsenda nunca dudaba en vacío.

—Gonzalo era inocente, pero alguien pensó que hacía justicia al matarlo. ¿Es así?

—Así suele ser.

Ramiro se acercó. Los ojos de Arsenda habían adquirido un extraño brillo, y el verde se parecía ahora al de un cielo amenazado de tormenta.

—¿Fue García quien lo mató, mi señora?

Arsenda dijo que no veía nada de eso, lo que arrancó un suspiro de alivio a Sancha de Aibar.

—Mujer —intervino Arnau Mir de Tost—. Dile a Ramiro que debemos ir a ayudar a García. Es lo correcto.

Pero ella volvió a negar.

—No, Ramiro. No vayas a la guerra.

Sancha de Aibar se estremeció. En un arranque de valor, se separó del rincón para ponerse tras Arsenda. Entornó los ojos, fijos en la pulida superficie del Mirall.

—No veo nada. Tu pelo bermellón, muchacha. Tus ojos verdes.

—¿Y un gigante dormido, doña Sancha? —preguntó Arsenda—. ¿Lo ves también? Con la boca abierta hacia el cielo.

—¿Qué dices?

Ramiro se adelantó.

—¿Qué pasa con ese gigante, Arsenda?

—Está al otro lado del espejo.

Sancha de Aibar aún se extrañó más. Rodeó a Arsenda para contemplar el reverso del Mirall. Acercó la cara para fijarse con detenimiento en las figuritas labradas con celo oriental.

—Aquí hay muchas filigranas. Un pez grande que se está comiendo a otro más pequeño, pero este pequeño se quiere comer a uno diminuto. Un caballo con alas y una, dos, tres… Siete cabezas. Y

una mujer que enseña la lengua, y tiene cuatro brazos… Y esto… ¿qué clase de bestia pagana es? Otro caballo rechoncho al que le sale una serpiente de la boca. Tiene grandes colmillos recurvados, como los jabalíes, y sus orejas son ridículas. —Entornó los ojos—. Pero no veo ningún gigante, la verdad. Mi vista tampoco es la que era, claro.

—No estás buscando donde toca, doña Sancha —dijo Arsenda, y volvió la cabeza. A su espalda estaba el tapiz tejido por Ermesinda en el que se representaba la boda entre ella y Ramiro. Señaló a uno de los motivos de la labor, casi en la esquina superior de la izquierda. —He ahí lo que he visto reflejado en el espejo. Ese monte que parece el perfil de una cara. Un gigante tumbado boca arriba. Está dormido y bosteza. ¿No lo veis?

Ramiro se puso en pie. Se acercó al tapiz y acarició el entramado. El camino de los peregrinos, la cinta del río y el monte en forma de enorme ser humano.

—Sí, mi señora, lo veo. Claro que lo veo. Es donde está ella, ¿verdad? Claro. Ha vuelto allí.

—¿Quién? —preguntó Arnau—. ¿Quién es ella?

—Ve, Ramiro —continuó Arsenda—. Lo lamentarás si no lo haces. Olvida la guerra.

—Lo sabía —dijo Sancha de Aibar, y también le habló a su hijo—: No vayas a la guerra. Te matarán si vas.

Arnau también se aproximó a su esposa.

—Debe luchar, mujer. Por lealtad.

—No debe luchar —insistió Arsenda—. Por lealtad.

—Vamos, no te pongas enigmática ahora. Eso que has visto en el espejo solo era el reflejo de un tapiz, no quiere decir nada.

—No creo que Ermesinda lo tejiera por nada.

Y Sancha de Aibar:

—No entiendo. ¿Y tú, hijo?

—Yo sí —contestó Ramiro, y retrocedió sin quitar la vista del tapiz —. Ermesinda tejió al gigante dormido porque yo le hablé de él en nuestra noche de bodas, el mismo día en que Munia se fue. Pero tal vez todo es casual. —Se volvió hacia Arsenda—: ¿No es así, mi señora?

—Es posible, o a lo mejor solo vemos lo que queremos ver. Supongo que he vuelto a beber demasiado vino.

Ramiro volvió junto a la mesa, pensativo.

—Hay algo que no admite casualidades: vamos hacia una guerra, el reino está en peligro. Y García exige mi lealtad.

—Eso es —le animó Arnau—. Tú y yo juntos de nuevo, cabalgando contra los infieles. Si te pierdes esta guerra, lo lamentarás siempre.

Arsenda no había vuelto a mirar en el espejo. No le hacía falta.

—Ramiro, si vas a esa guerra en lugar de a buscar a Munia, también tendrás mucho que lamentar. —Se puso en pie—. Pero has tomado ya tu decisión, ¿verdad?

—Así es, mi señora.

—Bien. Si tú no quieres cruzar al otro lado del espejo, alguien tendrá que hacerlo. ¿Dónde duerme ese gigante?

—Muy cerca, medio día a caballo hacia el norte, por la ruta de los peregrinos. El río baja lleno por el deshielo, el agua está fría y parece que no se mueve, es como un espejo. Solo has de preguntar en una aldea llamada Aruex.

†

PRIMEROS DÍAS DEL VERANO DE 1043. SAN ADRIÁN DE SASABE, ARAGÓN

El carruaje traqueteó al detenerse en la vaguada, justo delante del pequeño monasterio. El hombre que mandaba la escolta, Blasco Oriol, desmontó con muchos aires y entregó las riendas al sirviente de las caballerizas. Los demás jinetes quedaron a caballo. Blasco, sudoroso y con la espalda dolorida, anduvo hasta la trasera del carro y se asomó. Él mismo ayudó a bajar a Ermesinda, que parecía a punto de reventar. Después, viendo que nadie se dejaba caer por allí, se acercó a la puerta y formó hueco con ambas manos alrededor de la boca.

—¡Servicio de doña Ermesinda de Foix, señora de Aragón!

Hubo revuelo y un fraile llegó a toda prisa, mirando a uno y otro lado. Habló en tono amable, precavido.

—A la paz de Dios, soy el hermano portero. —Localizó a Ermesinda—. Mi señora, no nos han avisado de que viniera nadie.

—Estoy de paso, hermano. Solo quiero descansar un momento y, si puede ser, rezar ante una reliquia que guardáis en vuestra iglesia, muy querida para mí. —Ermesinda se sostenía la barriga con ambas manos—. Te hablo de un cáliz rojo.

—Sí, mi señora. Sé cuál dices. El cáliz.

Lo había dicho con reverencia, como si aquella palabra fuera de las antiguas. De las que encerraban mucho más que simple sonido.

—¿Y bien? ¿Necesitaré permiso del obispo?

El fraile, algo apabullado por tanto hombre de armas y la presencia de la noble, titubeó.

—En realidad sí… Nunca sacamos el cáliz de su cofre. El obispo no está aquí ahora, y tampoco los presbíteros, pero tal vez podría consultarlo con fray Ziano, que es el más viejo del monasterio. Pero por ser quien eres, mi señora, me supongo que no pondrá inconveniente. ¿Podrías esperar un poco?

Ermesinda sabía perfectamente que el abad de Sasabe y obispo de Aragón se encontraba en Jaca, organizando rogativas por la victoria cristiana en la guerra que se avecinaba. Por eso ella había elegido de nuevo aquel lugar para su cita. Resopló con mucho aparato y cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—¿Cómo te llamas, hermano portero?

—Fray Durando, mi señora.

—¿Y voy a tener que esperar, dices? En mi estado me canso mucho. —Sonrió y bajó algo la voz—. Te agradecería que me abreviaras el trámite, pues solo pretendo decir una oración, pedir que mi hijo venga al mundo sano y descansar de mis muchas fatigas. Imagina que al heredero de Aragón le diera por nacer aquí ahora mismo y me ocurriera algo.

—Dios no lo quiera, mi señora.

—Deja entonces que me ponga a bien con Él. Mi señor esposo te lo agradecerá aún más que yo, sobre todo cuando le cuente lo amable y cumplidor que eres. Durando has dicho que te llamas, ¿no?

—Eso es. —Volvió a pensárselo y dejó caer los hombros—. Sacaré el cáliz de su cofre y lo dejaré en el altar, mi señora.

—Gracias, fray Durando. Me gustaría que nadie me molestara mientras rezo.

Fray Durando corrió a prepararlo todo mientras Ermesinda observaba los alrededores. Una liviana brisa removía las hojas de los chopos, el cantarín Lubierre saltaba contra los cantos del río y los pinzones se llamaban desde las ramas. El lugar parecía muy distinto de aquel que había visitado en plena nevada. Se percató de que Blasco Oriol seguía allí, aguardando instrucciones.

—Toma a tus hombres y márchate. Vuelve cuando las campanas den la hora nona.

—Sí, mi señora.

Ermesinda no tardó en seguir a fray Durando hasta la iglesia. Apoyó las manos en los riñones y, sofocada por el esfuerzo, anduvo por la solitaria nave en penumbra hasta el altar, donde ardía un velón. Los muros negreaban, y en el que daba al claustro, a la derecha, había una llamativa grieta. Una gran separación por la que cabía un dedo separaba los sillares y se extendía desde el arranque hasta la bóveda. El suelo rezumaba humedad, y hasta se veían charcos alrededor del baptisterio. Subió las dos gradas que precedían al ábside, tan holladas que casi se habían convertido en una rampa. Observó el objeto colocado sobre un pañito blanco.

Pasó el índice por el borde del cuenco, aunque, al igual que la primera vez, no notó nada especial. Pese a todo, no le gustó que semejante reliquia estuviera oculta en un templo como ese, que amenazaba ruina. La imaginó expuesta en una gran iglesia, concitando la atención de peregrinos de toda la cristiandad. Tal vez podría exhibirse en la nueva ampliación que su marido proyectaba para el templo de San Pedro en Jaca. Qué curiosa era la naturaleza humana. Allí estaba, delante de una simple vasija, en un altar de lo más ordinario y en una vulgar iglesia a punto de derrumbarse. Supuso que el presunto valor de cada reliquia residía en lo que se creía sobre ella. Aquellos objetos eran un poco como el amor o el odio. O como la justicia, o como la lealtad.

Notó una patada y se posó la mano en el vientre. Lo que crecía en su interior se movía, abultándole la piel bajo la saya. Ya faltaba muy poco. Observó de nuevo el cáliz y se santiguó.

—Cristo, cúmpleme este ruego, por tu sangre: que lo que llevo en mi vientre sea un varón, que nazca sano y que sea como un viento que arrastra todos mis pesares. Que se los lleve muy lejos.

El cuenco seguía allí, inmóvil. Reflejando su superficie la llama del velón.

«¿Qué hago aquí?», se preguntó. Y se contestó que estaba a punto de cometer una ignominia de las peores. Y nada menos que ante el cáliz en el que Cristo ofreció su propia sangre, sobre el suelo sagrado de una iglesia. Su hermana Estefanía jamás aprobaría lo que se disponía a hacer. Y la Abuela, mucho menos. Los pasos resonaron a su espalda. No le hizo falta volverse para saber que él ya estaba allí. Lo mismo que la primera vez, un escalofrío le recorrió la espalda y se sintió como una liebre acorralada en el roquedal, a merced del depredador. Escuchó la voz sibilante, como el zumbido de ansiedad de la bestia a punto de saltar sobre la víctima.

—Mi señora…

Ella venció el último escrúpulo, se hizo a un lado y señaló el cáliz.

—Acércate, Diego.

Matalobos obedeció.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? Lo recuerdo bien, obligaron a Felicia de Arboniés a jurar sobre esa minucia. La muy desgraciada…

—Esa Felicia se buscó lo que acabó encontrando, si todo es según me contó mi hermana.

Matalobos rio por lo bajo. Él no se anduvo con tantos miramientos como ella al manipular el cáliz. Lo cogió sin cuidado y lo levantó para examinarlo a la luz del velón.

—A la pobre chica le pasó como a todo el que cae bajo las garras de ese maldito linaje del que solo se salva García. Felicia era una cría, poco más. La usaron, luego la despreciaron. Y cuando se volvió un estorbo, la molieron a palos. Tu esposo fue cómplice de esa muerte. O el causante, si lo consideramos con calma. Y lo mismo el rey Sancho, y Jimeno Garcés, y la zorra de Mayor y toda su estirpe castellana. —Dejó el cáliz de nuevo sobre el pañito—. Es lo mismo

que han hecho con García. Solo que él es el rey ahora. —Se golpeó el pecho con un puño—. Y no está solo.

Ermesinda le dio la espalda al cáliz.

—A ti también te han despreciado, ¿verdad?

—Ya sabes que sí. Tampoco me queda nada ya, salvo García y una pizca miserable de esperanza. Y ahora aclárame si me has mandado llamar para lo que yo creo. Tu hermana solo me dijo que querías verme aquí cuanto antes, pero he de avisarte: tengo prisa. Viajo al sur, a tierra de moros.

—¿Algo que ver con la guerra que se avecina?

—Puede ser. ¿Acaso tu esposo ha decidido unirse a García?

—Así es.

Matalobos volvió a soltar una de esas risitas sordas.

—Eso lo cambia todo. Dime ya qué deseas, Ermesinda.

Ella tomó aire. Esta era una oración que no dedicaba al Altísimo. Pero que no se quedaría entre los muros de aquella vieja iglesia, como un eco inútil.

—Deseo, Diego, que nada ni nadie se cruce en mi camino. —Se pasó la mano por el vientre—. En nuestro camino. Sé dónde está Munia. Ella y su bastardo.

—Dos buenas noticias el mismo día.

Ermesinda se volvió de nuevo y apoyó la mano en el altar, muy cerca del cuenco rojo. Un último esfuerzo para seguir adelante. Para hacerse valer ante el mundo.

—Antes de decirte dónde están, quiero que jures, igual que juró Felicia.

—¿Jurar yo? Yo no juro. Yo creo en la fuerza de mi voluntad y en el filo de mi hacha. No confío mi destino a cruces, reliquias y leyendas.

—Bien me parece. Tú crees en lo que crees y yo creo en lo que creo. No quiero que jures por ti, sino por mí. —Tomó la manaza de Matalobos y la llevó hasta el cáliz sin encontrar resistencia—. Jura que no tocarás a mi esposo hasta que yo haya dado a luz a un hijo varón.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque de ese modo te revelaré dónde se esconden las dos personas que él ama por encima de todo. Él, Ramiro. El bastardo que acabó con tus hermanos. Él juró un día que os mataría a los tres, y ya ves: tiene fama de cumplidor.

»Dices ahora que tú no juras, Diego, y supongo que es verdad. Aunque yo te oí amenazando a mi esposo en Roda. Le anunciaste que acabarías con todo aquel a quien guardase cariño. Y cuando Gonzalo murió despedazado, supe que tú también eres de los que cumple su palabra, incluso sin juramentos. Pero ahora no estás en la plaza de una aldeúcha ribagorzana. Jura ante este cáliz y ante mí, y te lo diré todo. Devuélvele duplicado todo el dolor que él te ha procurado a ti, y deja que hierva en él hasta escaldarse el alma. Y cuando el heredero de Ramiro haya salido de mi vientre, nadie te impedirá que vengues a tus hermanos. Y todo habrá acabado por fin.

†

42. El heredero

†

DOS DÍAS MÁS TARDE Y A UN VALLE DE DISTANCIA. CERCANÍAS DE BELLANUGA, ARAGÓN

Arsenda dejó atrás las casas y se apartó de la ruta de los peregrinos. Se quitó los escarpes para cruzar el río Aragón caminando sobre el fondo, mojándose los faldones del brial y alegrándose de reencontrarse con una corriente de agua. Siempre era feliz en su elemento.

Se calzó para remontar la cuesta. Pasó junto a un haz de ramitos del diablo y se internó entre los robles. Olía a brezo, las abejas zumbaban bajo las ramas. Desde allí, a su espalda, el camino se veía ya lleno de peregrinos. Y conforme se asentara el verano, más gente recorrería la ruta hacia Compostela. Tuvo que hacerse sombra con la mano, porque el sol bajaba allá lejos. Algún día Arsenda iría hasta la tumba del apóstol, y luego un poco más allá, donde decían que se acababa el mundo. Ansiaba ver esas olas enormes que, según contaban, rompían con tanta fuerza que derribaban los acantilados.

Vislumbró a un hombre que venía desde el sur a caballo. Solo. Entornó los ojos. El animal era enorme, y el jinete también. Mejor no entretenerse, así que Arsenda aseguró el zurrón que llevaba en bandolera y apretó el paso.

Esa mañana se había hecho una idea del camino que debía seguir. Las mozas de Aruex le describieron un agujero en la roca del que se contaba una leyenda: que era un gigante que, en tiempos del Diluvio o aun antes, se tumbó boca arriba, bostezó y se quedó dormido con la boca abierta. Un lugar raro que, según alguna que otra vieja, llevaba directo hasta el infierno. Historias inventadas a la luz de la lumbre, o imaginadas durante una fiebre o tejidas en un tapiz. Arsenda dio por fin con el sendero flanqueado por rocas y zarzas, y se internó por él para culebrear por la ladera, justo hasta un pequeño muro natural de roca, con un hueco en lo más bajo que parecía hundirse en la tierra.

Arsenda se arrepintió de no haber llevado yesca para encender una antorcha, pero ya estaba allí y no podía ni volverse atrás ni pararse a esperar. Dentro, además de oscuridad, hacía un frío insólito para la época del año. Avanzó a tientas, distinguiendo apenas los perfiles en las aristas de roca. Le entró miedo, algo que jamás le ocurría. ¿Y si se perdía en aquel caos de galerías? Entonces le pareció oír algo. Un eco lejano. ¿Y era claridad lo que se vislumbraba al fondo? Palpó las paredes húmedas, que se estrechaban hasta una rendija. Seguía escuchando una voz remota, ¿femenina? Era como si alguien cantara. Ya podían verse detalles en las piedras del suelo y manchas negruzcas en el techo rocoso.

—¿Munia?

Su voz se amplificó y rebotó, viajó de aquí allá y después volvió. El eco se disolvió hasta que regresó el silencio, solo roto ahora por un gotear constante. La voz de antes no sonaba ya. Creyó distinguir que algo colgaba de lo alto. Sí, ya las veía. Agujas de roca cristalizada que apuntaban al suelo. Una de ellas retenía una gota de agua que se estiró hasta desprenderse, y chocó contra la roca. Anduvo un poco más, muy precavida, apoyándose en uno de los muros naturales a pesar de que cada vez se veía mejor, hasta que llegó a un brusco recodo y se topó con la luz.

Era una abertura en el techo. Grande como una casa. Entornó los ojos al deslumbrarse, y después vio las nubes que se arrastraban perezosas.

—La boca del gigante —se dijo. Abierta en un eterno bostezo.

—¿Quién eres?

Arsenda de Fluviá se volvió. Munia estaba apartada del haz de luz que se colaba por el cráter, y parecía flotar en la oscuridad. Pero fue como si ya la conociera.

—Soy la esposa de Arnau Mir de Tost. —Tiró de la cinta que colgaba de su cuello. Se recogió la melena para sacar la calamita y extenderla hacia delante—. Esto se lo diste tú.

Munia dio un paso, con lo que salió de la oscuridad a la luz. Leyó las siete letras escritas en la cinta, casi borradas por el paso del tiempo, y miró con cariño a Arsenda.

—Así que funcionó.

Munia la tomó de la mano y la guio por el interior de la sima, hacia una concavidad en la que humeaban los restos de una hoguera. Allí, sobre un montón de ropa, dormitaba el pequeño bastardo Sancho.

Le explicó que llevaba un tiempo viviendo cerca de Bellanuga, acogida a la caridad de los monjes de Santa Cruz, en una choza cedida para criar al niño. Sin decir quién era, claro. De algún modo, aun sin quererlo, su voluntad la empujaba hacia el lugar del que Ramiro la había arrancado hacía ya años. Había llegado allí con el bebé a cuestas tras huir de Lárrede, donde la gente se había enterado de quién era. Lo que ella necesitaba era que el mundo la olvidara. Incluido Ramiro. Entonces llegaron los rumores de que se avecinaba una guerra con los infieles, y se vio a montañeses que bajaban desde el Somport para unirse al ejército en Jaca. Decían que las tropas se reunirían en Tafalla, y que el señor de Aragón estaría allí para dar la gran batalla. Y que era mucho lo que estaba en juego, y los moros volverían a su antiguo poder y a su antigua soberbia si lograban una victoria, y mucha sangre cristiana correría por los ríos que bajaban del Pirineo. Munia se asustó. Algo le metía prisa a su alma, le embotaba los sentidos y le daba que pensar.

—Hace unos días empecé a soñar. Siempre lo mismo. Yo estoy en Jaca con mi hijo, y sé que debo irme, pero no encuentro la salida. Corro por las calles, y siempre voy a dar con la muralla. No hay puertas, solo mucha gente, ruidos y gritos. Hasta que oigo el aullido de los lobos, y todo el mundo se asusta y se encierra en sus casas.

Yo sigo ese sonido y por fin puedo escapar. Busco a los lobos, y los encuentro aquí, en esta cueva… Pero están todos muertos.

Así que dejó Bellanuga y cruzó el río, y anduvo por la senda que tantas veces había recorrido antaño, en busca de flores y hierbas para sus emplastos; y se refugió en aquella cueva, que era su sitio. Donde todo había empezado.

Arsenda le dijo a Munia que no sabía qué significaba su sueño, pero que ahora tenían que abandonar la cueva. Que la llevaría consigo y la pondría a salvo en sus tierras del este. Munia le contestó que no quería vivir en una ciudad, ni en un castillo con servidores y caballerizas y herrerías y casas. Que Ramiro, tiempo atrás, también la había sacado de aquella cueva para llevársela a un sitio donde dispondría de buenos vestidos, y de joyas y de doncellas que le cepillarían la melena, y de una buena vida en la que nada le faltaría.

—Porque sería la esposa de Ramiro, el hijo del rey. Eso me dijo. Que no estaba hecha para quedarme aquí. Yo le pedí que no me embaucara, le advertí que jamás me aceptarían en la corte. Le propuse que nos quedáramos aquí. Le prometí que este sería nuestro reino, y él sería el rey y yo la reina.

Pero Ramiro tenía un deber. Uno al que no renunciaría para quedarse con su amor. Él no lo reconocía, claro. Pero ella sabía que, llegado el momento de elegir, saldría perdiendo. Así que no quería abandonar aquel lugar por segunda vez, porque conocía bien qué la esperaba.

—Estás en peligro, Munia —le reveló por fin Arsenda—. Tu hijo también. Os sacaré de aquí, al menos hasta que esa guerra con los infieles termine, y después harás lo que te plazca. Pero hay que irse ya.

Por fin Munia accedió. Recogió a su pequeño bastardo, y junto con Arsenda recorrió la galería hasta la salida. El sol declinaba y hacía un poco de frío, pero Arsenda no consintió que siguieran el camino hacia Bellanuga. Recordaba bien aquella figura solitaria que había vislumbrado un poco antes, montada sobre un caballo enorme. Así que obligó a Munia a bajar por el camino, como si las dos fueran cervatillas que quisieran escabullirse del cazador. Atravesaron la

espesura, sujetándose en los troncos de los árboles para bajar la pendiente hacia el agua.

—Al río —decía Arsenda, como si allí nadie pudiera hacerles daño.

Munia le rogó que la dejara descansar. Llevaba dos días sin probar bocado, y el frío de la gruta se le había colado en las entrañas. Pero Arsenda cargó con el bebé y se echó monte abajo para que no le quedara más remedio que seguirla. Munia se arañaba el rostro contra las ramas, el pelo se le enredaba en las zarzas, tenía las piernas entumecidas, le dolían las rodillas, pero dejaron atrás el boscaje. Los últimos peregrinos del día se afanaban para llegar a Bellanuga o a Aruex para trasnochar. Arsenda se aseguró de que el jinete oscuro no estuviera por allí, descendió al cauce y, como si flotara sobre las aguas, se internó con el niño en brazos.

—Está muy oscuro —se quejó Munia, aterida mientras sus pies resbalaban con la gravilla. Y cuando entró en el agua, pensó que se le congelaba el alma. Trastabillaba, y se deslizó en el limo del fondo un par de veces. Estuvo a punto de caer, se salpicó medio cuerpo y se lastimó las plantas de los pies, pero siguió.

—Deprisa —apremió Arsenda, con el agua por las rodillas, pero avanzando como si caminara con escarpines de seda sobre el suelo mejor empedrado.

Cuando terminaron de cruzar el río, todo se había quedado silencioso y la noche caía con rapidez. Los chopos se inclinaban hacia la corriente, ya no quedaba ningún viajero del norte. El cielo adquiría un tono acerado, lejanos fuegos se encendían en las cumbres. Ya solo quedaba trepar a la orilla y llegar a la ruta sagrada.

Él apareció arriba, a pie y armado con una enorme hacha. Su caballo tordo pacía un poco más allá, con las riendas colgando. Arsenda vio aquel gesto de triunfo en el hombre de anchas espaldas, pelo cortísimo y nariz algo hundida. Apretó al crío contra su pecho.

—¿Quién eres?

—Es Matalobos —dijo Munia, derrotada.

—Así me llaman —confirmó él. Y señaló a Munia—. Me esperabas, ¿eh? Nunca pudiste evitarlo. Supongo que es lo único que tenemos en común el bastardo y yo: que sus mujeres acaban viniendo a mí.

—Movió la barbilla hacia el bebé, que aún dormía—. ¿Ese es el niño que has parido, Munia? Qué desperdicio. Casi me dais pena. Casi.

Arsenda de Fluviá no trató de hacerse valer. Adivinó que allí, en aquel recodo, no valían de nada títulos ni linajes. Miró a Munia, Munia la miró a ella y luego a su hijo. Y atrás, al agua, que ahora parecía un espejo y reflejaba el gris oscuro del cielo. Y al otro lado de ese espejo, donde el bosque se espesaba hasta ocultarlo todo. A las montañas que quebraban el horizonte y dibujaban valles, barrancos, ibones y prados.

†

AL MISMO TIEMPO. JACA

Los gritos de Ermesinda resonaban en el palacio. Y lo mismo los pasos precipitados de las criadas que corrían de un lado a otro. Algunas para fingir que hacían algo, otras cargando con paños limpios, las demás afanándose para encender velas, pues ya anochecía. También tronaban las órdenes secas de Sancha de Aibar, que trataba de organizar a la servidumbre, y las de una matrona que acababa de atarle una faja a la parturienta por encima de la barriga, con una piedra paridera entre la tela y la piel, y aún ahora calibraba la situación, de rodillas ante el lecho.

—¡Que le sujetéis las piernas!

Hacía calor, así que todas sudaban. Una de las sirvientas cumplía bien, mordiéndose el labio mientras se esforzaba para evitar que su señora juntara las rodillas. Otra, en el lado opuesto, no quería ni mirar.

—Ya falta poco, hija —decía Sancha de Aibar, sentada en la cama y sujetando la cabeza de su nuera.

Pero lo decía con poco ánimo, porque al fin y al cabo ella solo había parido una vez, y lo recordaba mucho más fácil y no con tanto drama ni pataleo; que había que ver cómo se encorvaba la inminente madre, y cómo se retorcía e intentaba patear, y no había

manera de mantenerla sentada, que es como han de venir los críos al mundo desde que Eva mordió donde no tocaba. La matrona, más nerviosa casi que la parturienta por lo elevado de su linaje, le soltó una bofetada a la criada que se encargaba de inmovilizar la pierna izquierda. Por torpe y porque era ya la tercera patada que la matrona recibía en la quijada. La muchacha se fue llorando, y la otra se las arregló para ocuparse de ambas piernas. Ermesinda resoplaba con fuerza, con los labios muy juntos y emitiendo silbidos. Pedía por favor que aquello acabara ya, y de vez en cuando miraba a su suegra y le aseguraba con horror que no iba a poder.

—Claro que podrás, mi señora —decía la matrona—. Siempre se puede.

Ermesinda no lo negó, pero recordaba al menos tres partos entre las siervas del palacio condal de Barcelona en los que la madre había muerto, y otro más en el que ella había sobrevivido, pero tras perder mucha sangre y al bebé. De nada servía ahora que en otras ocasiones la cosa hubiera salido bien. ¿Y si Dios la castigaba?

La matrona hurgaba con la cabeza inclinada entre las piernas de Ermesinda. Gruñó algo sobre el cordón y el cuello, y en una ocasión se restregó la frente con una mano pringadísima de sangre.

—¡Viene ese bacín o no viene, rediós!

Se oyó ruido de cacharros fuera, y dos criadas se pusieron a regañar. La matrona volvió a gruñir. Sancha de Aibar tuvo que salir a poner orden, y ella misma llegó con el recipiente y lo puso a los pies de la cama.

—Esto es por no parir en la silla, como Dios manda —le dijo a la partera en confidencia, y luego volvió a la cabecera para seguir con los ánimos a la nuera.

El parto se alargó hasta que cayó la noche del todo. La noticia se había movido ya por media Jaca y hasta había gente acercándose a San Pedro para rezar por Ermesinda. Otros se apelotonaron en la plaza, lamentándose de que el padre se hallara lejos, y además para luchar en una guerra. Enseguida corrieron los agüeros.

—Mira que si lo matan los moros y no llega a conocer a su hijo.

—O hija, que todo puede ser.

—Dios no lo quiera.

Las campanas tañían a completas cuando dejaron de oírse los gritos, y en su lugar sonó un llanto agudo. Una de las criadas abrió la puerta del palacio y lo anunció en voz alta:

—¡Ha sido un varón!

Los jacetanos prorrumpían en aclamaciones y en vivas a Ramiro, a Ermesinda y a Aragón, mientras la misma criada que había dado la noticia se internaba entre el gentío en busca de alguien. Algunos la requerían al pasar, y ella decía todo el rato lo mismo: la señora estaba bien. Había sido un parto largo y esforzado, pero el niño era enorme y se había agarrado enseguida al pezón de la nodriza, una señora de Javierrelatre, de buena sangre y mejores pechos, que llevaba dos días esperando al nacimiento del heredero. Por supuesto, el crío solo podía recibir un nombre: el mismo que tuvo su abuelo, el difunto rey de Pamplona. Poderosísimo entre los poderosos, *rex ibericus*. Sancho. Por fin la sirvienta encontró al hombre que buscaba, apoyado con indiferencia en un muro, en el arranque de la calle que llevaba a la antigua iglesia de San Jacobo.

—Mi señor don Blasco Oriol, ¿verdad?

—El mismo. ¿Te ha dado tu señora algo para mí?

La criada negó.

—Solo un mensaje de viva voz. Ve a Tafalla y extiende la buena nueva. Que todos lo sepan: ha nacido Sancho, el primogénito y heredero de Ramiro, señor de Aragón.

†

43. Tafalla

†

DOS SEMANAS DESPUÉS, VERANO DE 1043. CERCANÍAS DE TAFALLA, REINO DE PAMPLONA

La noticia llegó rápido a Tafalla, y no como un mensaje personal: Ramiro, señor de Aragón, era padre de un varón sano y fuerte que, como primogénito que era, se llamaría Sancho, igual que su abuelo e igual que los otros varones primogénitos, los de sus hermanos García y Fernando. Nadie habló de bastardos, se llamaran como se llamasen.

Hubo vivas a Aragón y al propio Ramiro, y le informaron de lo ocurrido cuando preguntó a qué venía tal alboroto. Se alegró, por supuesto, aunque no pudo evitarlo y pensó en su otro hijo, el auténtico primogénito, también llamado Sancho. Luego preguntó por la salud de Ermesinda, aunque nadie le supo contestar, lo que interpretó como que nada raro había sucedido. Ramiro, por fin, lanzó un suspiro de alivio. Su esposa ya lo había conseguido, así que lo dejaría tranquilo. Eso esperaba.

Hubo celebración en el castillo, presidida por García y con profusión de vino. El rey se puso en pie y dio un breve discurso sobre la continuidad de la dinastía y el triunfo de la cruz, y brindó por los dos pequeños Sanchos, nietos del gran rey de Pamplona que

se había impuesto como el monarca más poderoso de la Península. Mientras bebían, Ramiro hizo un segundo brindis en el que incluyó al primer varón nacido de la Princesita, hijo de su hermano Fernando, también Sancho de nombre. Hubo disparidad de reacciones. Los nobles aragoneses, sobrarbenses, ribagorzanos y urgelenses levantaron sus copas. Por Sancho, por Sancho y por Sancho. Algunos pamploneses se unieron al triple brindis, pero no todos. El rey García se hizo el distraído y pidió que trajeran más barricas, pues pensaba alargar la fiesta hasta la madrugada.

La resaca fue digna de la celebración, pero al final del día siguiente, con las cabezas despejadas por fin, García repartió órdenes para preparar el enfrentamiento con la taifa de Zaragoza. Esperarían allí, a ver si Ibn Hud los tenía tan bien puestos como parecía. Y si él no venía, serían los cristianos los que viajarían río Cidacos abajo, invadirían la taifa y lo devastarían todo hasta que el rey infiel se atreviera a hacerles frente.

El campamento cristiano se extendía por la falda de la colina en cuya cima mandaba el castillo, y también al otro lado del río Cidacos. De Diego Vélaz no se sabía nada, aunque García se hacía el misterioso con ello. Decía que lo había enviado a una importante misión, y que su regreso anunciaría el inminente encuentro con las tropas sarracenas.

Durante los días siguientes llegaron noticias dispersas, algunas contradictorias. Se contaba que Ibn Hud había regresado a su capital tras asegurar los territorios conquistados a al-Mamún de Toledo. El rumor era que las tropas zaragozanas habían vencido una batalla campal contra los toledanos sin apenas bajas, y que ahora andaban muy soberbios y se pensaban invencibles. También se decía que aquella victoria había sido obra de la gran inteligencia del veterano Ibn Hud, y que en esos momentos no había militar más capaz desde el Pirineo hasta África, lo que incluía a los poco experimentados cristianos. Hubo quien se atrevió a decir que lo de Tamarón había sido una simple escaramuza, y que jamás, ni siquiera en tiempos de al-Mansur, se había visto un ejército como el que Ibn Hud reunía en Zaragoza.

El temor empezó a flotar sobre Tafalla. Esos rumores, tal vez ciertos o tal vez no, crecían al pasar de una boca a otra. De pronto Ibn Hud lograba reunir tropas aliadas de la taifa de Tortosa, y a muchos toledanos del distrito de Guadalajara, que preferían al emir zaragozano que al pusilánime de al-Mamún. También decían que Ibn Hud contaba con jinetes cristianos a sueldo, procedentes de los condados orientales o huidos de la justicia, con poco que perder, larga experiencia de combate y disposición para venderse al mejor postor. Y, al parecer, Ibn Hud pagaba muy bien. Tanto que, según otro rumor, a Zaragoza habían llegado incluso tropas de otras taifas como Alpuente, la Sahla e incluso Valencia. Se oyeron voces entre algunos señores cristianos en el campamento de Tafalla. ¿Por qué no se pedía ayuda a Fernando, rey de León? Ahora era él quien contaba con el mayor ejército entre los cristianos. ¿Acaso el orgullo de García los iba a conducir en inferioridad hasta una batalla tan crucial?

Pues al parecer, así era. Ramiro ni siquiera trató de convencer a su hermano, el rey. García no contestaba cuando alguien le nombraba a Fernando, y además parecía tener una confianza ciega en el dichoso viaje de Matalobos. Tanto que todo el mundo estaba deseando que el único superviviente del linaje Vélaz apareciera.

Hasta que apareció.

Lo hizo desde el sur, por el camino que bordeaba el Cidacos. Y tras Matalobos venía un contingente de caballería que se alargaba en columna zigzagueante a lo largo del río. Con banderas al viento y profusión de destellos metálicos. Avisaron a García, que subió a lo alto del torreón para apreciar la polvareda. Llegó Ramiro enseguida y se hizo sombra con la mano.

—Ahí viene —dijo el rey—. Tu gran enemigo nos salvará en esta ocasión, mal que te pese.

—Ya veremos. ¿A quién se trae?

—A lo mejor del ejército de Ibn Hud, que luchará a nuestro lado. ¿Qué te parece?

La sorpresa recorrió el castillo, se derramó por la ladera, atravesó la aldea que crecía a su sombra y llegó hasta el campamento cristiano. García mandó a un destacamento pamplonés para escoltar a los recién llegados, y los dos hermanos cruzaron por entre las

forjas, caballerizas y jaimas levantadas para acoger al ejército combinado. Los soldados, sobre aviso de que había una novedad, salían de las tiendas a medio vestir y acudían a curiosear hasta la empalizada sur. «¿Llegan ya los moros?», preguntaban algunos. Y otros contestaban que al parecer sí que llegaban. Pero no tal como se esperaba.

Matalobos sonrió a su modo al ver a Ramiro. O quizá no. Quizá su sonrisa era distinta. El matiz burlón seguía ahí, pero ahora se le añadía un brillo triunfal y turbio. Junto a él cabalgaba un sarraceno de lujosas vestiduras, cuerpo rechoncho y mofletes colorados.

—Mi rey —dijo Diego Vélaz—. Aquí estoy. Y conmigo viene nuestro fiel aliado, Lubb ibn Sulaymán ibn Hud, próximo emir de Zaragoza. Trae a la mejor caballería de su reino. Los jinetes de la Marca Superior, los más experimentados. Los que le dieron el triunfo a tu enemigo contra los hombres de Toledo.

Lubb. El hijo menor de Ibn Hud. Eso lo decía todo. Ramiro masculló un juramento. Lubb también lo había reconocido, pero no pareció impactado. El infiel desmontó con algo de torpeza, anduvo hasta García e hincó una rodilla en tierra. Algo más atrás, la caballería sarracena se detuvo, expectante. Las puntas de las lanzas brillantes contra el sol pamplonés.

—García, hijo de Sancho —dijo Lubb en un torpe romance que mezclaba algunas palabras árabes—. Aquí estoy, tal como te prometí. Traigo conmigo lo mejor de la caballería de Huesca y Tudela, y también gente de Lérida.

García le indicó que se levantara y observó a los hombres a caballo. A distancia prudencial aún.

—Bienvenido, Lubb. Veo que estás aprendiendo mi lengua. Bien. De este detalle sacarás largo provecho, igual que de tu ayuda con las armas. Acampad donde gustéis, pues desde ahora tenéis lugar de honor entre mis tropas.

Hubo murmullos que desaprobaban la decisión, pero al fin y al cabo aquello significaba que se reducía la desventaja con respecto al ejército enemigo. García invitó a Lubb y a Diego Vélaz a seguirlo de regreso al castillo, pero Ramiro no quiso unirse a ellos. Matalobos le dedicó una última y enigmática sonrisilla antes de marcharse. Esta

vez, a Ramiro le subió un ramalazo frío desde las tripas a la garganta.

Arnau Mir de Tost se le acercó cuando quedó solo, observando cómo se alejaban los tres hombres entre las miradas sorprendidas del ejército.

—Se diría que el infiel te conoce.

—¿Eh? Ah, sí. Lubb me conoce. Despaché al mayor de los Vélaz en sus narices. Tuve ocasión de matarlo, pero lo dejé marchar. Tal vez me equivoqué.

—No si lucha a nuestro lado. Y menos si es verdad que esos jinetes son tan buenos.

Ramiro negó.

—A los hombres de la Marca Superior los hemos vencido tú y yo en varias ocasiones. ¿Y has oído lo que se ha dicho? Lubb está traicionando a su padre y a sus hermanos. ¿Te fiarías de alguien que hace tal cosa y luego pretende ser tu aliado?

—No mucho, y menos si esa alianza la ha tejido Matalobos, aunque la cosa cambia si le han prometido el trono de Zaragoza. Al fin y al cabo, su padre también consiguió ese trono a traición.

Con confianza o sin ella, no había nada que pudiera hacerse contra la voluntad de García, así que las tropas musulmanas se instalaron a un trecho prudencial, río abajo. Hubo cristianos que lo aprovecharon para ensuciar aún más el agua, pero los sarracenos no se dejaron provocar. Tampoco cuando, durante cualquiera de sus cinco oraciones, oían las imprecaciones cristianas contra el Profeta y las chanzas acerca de esa costumbre de poner el trasero en pompa.

Además de a Lubb y su caballería renegada, Matalobos trajo noticias que confirmaban los peores vaticinios: Ibn Hud, envalentonado por la victoria entre la ciudad de Molina y el lugar conocido como La Yunta, había reunido a un ejército mayor que el cristiano, aun a costa de desguarnecer sus castillos fronterizos. Además, era cierto que se había hecho con los servicios de una hueste cristiana a sueldo, que ya se distinguió en la batalla contra los toledanos. Pero lo más urgente: las huestes del rey García debían prepararse ya, pues ese ejército zaragozano había partido de la capital y marchaba Ebro arriba con destino a Valtierra, desde donde

torcería al norte para penetrar en territorio pamplonés. Incluso se decía que Ibn Hud, enfurecido por la traición de su hijo pequeño, no quería esperar más, y pensaba destrozar la coalición enemiga y, si podía, llegar hasta Pamplona, a una jornada de camino hacia el norte. Volvería a arrasarla, como habían hecho sus correligionarios en el pasado. Había jurado ante su sagrado libro capturar al rey García, cargarlo de cadenas y ponerlo a ordeñar cabras en alguna granja.

†

Tres días más tarde, una paloma mensajera llegó hasta Tafalla procedente de la fortaleza de Caparroso, en la frontera. El mensaje era escueto: un gran ejército musulmán había cruzado el río Aragón y se dirigía al norte.

La llegada era inminente, un par de jornadas a lo sumo, de modo que García convocó a los líderes de sus tropas en el torreón más alto, alrededor de una mesa en la que había hecho extender una piel de oveja. Sobre el improvisado mapa había trazado el irregular curso del río Cidacos y, al oeste, el camino que llevaba a Caparroso. El rey desenfundó su puñal y señaló el punto más al norte.

—Saldremos de Tafalla, aunque no nos alejaremos mucho. Había pensado en ocupar esta colina de aquí, donde la vieja ermita. Pero está demasiado lejos en caso de retirada.

—Olite está a mitad de camino —advirtió el obispo de Pamplona—. ¿Y si se detienen a asediarla?

García negó con seguridad.

—Han pasado de largo por Caparroso y harán lo mismo en Olite. El objetivo de Ibn Hud soy yo. —Volvió a apoyar la punta de su arma en un lugar al oeste del Cidacos—. Lo esperaremos junto al río y nos encontraremos aquí, en el campo que llaman Barranquiel. Según me asegura nuestro amigo Lubb, su padre es imprevisible y capaz de adaptarse a cualquier cosa. Y además comanda una turba muy numerosa, aunque voluble y de débil corazón. Nuestra baza será

resistir. No flaquear, ni ceder al miedo. Seremos como ese jabalí que se enfrentó a mi padre, el que lo condenó a cojear el resto de su vida. Siempre hablaba del valor de aquel animal, de espaldas a las rocas, defendiéndose con furia, destripando a los perros que no dejaban de ladrar y acosarlo. Tafalla será nuestra roca.

»Yo me situaré en retaguardia con mi mesnada y la caballería pamplonesa. —Clavó el cuchillo en la mesa a través del pellejo y lo dejó allí, hincado y vibrante—. Aquí.

Ramiro, Arnau Mir de Tost, el obispo de Pamplona, Matalobos y Lubb se inclinaron aún más sobre la mesa. El musulmán fue el siguiente en intervenir.

—Astuto colocarnos junto al río. Nuestro flanco izquierdo está seguro. ¿Quién protege el otro flanco?

—Ramiro y Arnau —contestó García. Desclavó el cuchillo y lo volvió a clavar un poco al oeste de la primera puñalada. Los miró a ambos—. Costanera derecha, vosotros y vuestros jinetes, con la misión de evitar que nos rodeen.

—Entendido —respondió Ramiro.

—Por delante de mí… —García volvió a desclavar e hincó un poco hacia el sur—. Eso es, aquí. Toda nuestra infantería. Solo tendrán que aguantar. Quiero una muralla humana. Un jabalí que enseñe los colmillos a los perros. Señor obispo, tuya será la tarea de mantenerlos en el sitio, sin titubeos.

—Sí, mi rey.

García recuperó su cuchillo y lo hundió con fuerza aún más al sur.

—Nuestro fiel amigo Lubb me ha pedido el honor de encabezar nuestro ejército. Se espera que Ibn Hud envíe por delante a su caballería para hostigarnos con sus jabalinas, tal como suelen los de su fe.

—Así lo hizo contra los toledanos hasta que los puso en fuga —confirmó el musulmán.

—Aquí no ocurrirá —aseguró García—. Lubb, con su caballería, estará por delante de nuestra infantería y evitará que los jinetes zaragozanos de vanguardia se acerquen a distancia de tiro. ¿Alguna duda?

Hubo un momento de silencio mientras los presentes examinaban las puñaladas en el mapa. Ramiro posó la mano en la parte por la que se suponía que Ibn Hud iba a aparecer.

—¿Qué pasará si nuestro enemigo no ataca? ¿Atacaremos nosotros? ¿Y si se fortifica en esta colina, donde la ermita?

—Ibn Hud ha reunido un gran ejército —dijo García—, pero a costa de vaciar sus distritos de frontera. Ahora está en territorio extraño y no podrá quedarse mucho tiempo, por eso ha pasado de largo por Caparroso y pasará de largo por Olite. Por eso luchará su batalla y regresará enseguida a Zaragoza. En realidad es él el que actúa a la desesperada. Entiendo que pienses como un guerrero, hermano. Pero yo pienso como un rey. En estos momentos, correos con mi sello viajan hacia Barcelona y Toledo para informarlos de que la taifa de Zaragoza está desprotegida, que es el momento de caer sobre ella, todos a un tiempo. En cuanto Ibn Hud emprenda el regreso, lo perseguiremos. Lo acosaremos y le haremos pagar caro su atrevimiento. —Se movió hacia Lubb y apoyó una mano en su hombro—. Dentro de poco, un aliado nuestro ocupará el trono de Zaragoza.

Ramiro se separó de la mesa. Tomó al rey García por el brazo y lo atrajo un paso.

—¿Puedo hablarte en privado?

El rey hizo un gesto de incomodidad, pero se retiró a un rincón. Ramiro bajó la voz hasta el susurro.

—¿Confías en ese infiel? ¿De verdad? ¿Te das cuenta de que finge no entendernos, pero luego habla como si llevara años viviendo entre cristianos?

García apuntó una de sus medias sonrisas. También habló de modo que nadie más pudiera oírlo.

—¿Sabes en quién confío más que nadie? En la única persona que jamás ha dudado. Que jamás se ha enfrentado a mí ni ha puesto en duda mi autoridad.

—Matalobos.

—Eso es.

Ramiro masculló un lamento.

—Deberías confiar en quien te dice la verdad, aunque esa verdad no te guste. No en quien regala tus oídos.

—No soy necio, Ramiro, no me trates como a tal. Diego ha empeñado su honor en esta alianza con Lubb. Estará con él en todo momento y se atendrá a mi plan de batalla, como tú. Porque obedecerás, ¿eh, Ramiro? Esta vez no puedo permitirme dudas ni deslealtades.

Ramiro se fijó de reojo en el mapa. No le gustó que ahora estuviera marcado por puñaladas.

—Ese jabalí que dejó cojo a nuestro padre… Un animal valiente, es cierto. Acabó con muchos perros e hizo sangrar a varios hombres, incluido un rey. Pero recuerda algo, García: al final, el pobre bicho cayó.

García mantuvo su gesto de satisfacción anticipada. Volvió a hablar en voz alta, dirigiéndose a todos.

—Id ahora a prepararlo todo. Hablad con vuestra gente y metédselo en la cabeza: solo hay que aguantar. A pie firme, codo con codo. Una sola voluntad. —Se tocó el pecho—. Un solo reino. Mientras estemos juntos, sin flaquear, habrá esperanza.

†

Tres días después de cruzar el río Aragón, y después de una sosegada marcha, Ibn Hud llegó a la vista de Tafalla.

La mañana estaba avanzada, no soplaba una pizca de brisa ni había una sola nube en el cielo. Un tenue vapor se elevaba desde el suelo, las chicharras cantaban ruidosas. Las líneas del castillo y de la colina aparecieron frente a él, con el río a la derecha. En la distancia distinguió la polvareda, y figuritas oscuras que maniobraban de un lado a otro. En ese momento, los oteadores pamploneses estarían dando aviso. El emir de Zaragoza, en cabeza de la columna, observó el lugar. Pidió agua y, sin bajar del caballo, envió a varios jinetes aislados para inspeccionar la arboleda de ribera, y también hacia el norte, para mantenerlo informado de cómo formaban las tropas

cristianas. Su primogénito, Abú Yaffar, llegó al galope desde la retaguardia de la columna. Refrenó al caballo y se permitió un momento para contemplar el escenario.

—¿Tus órdenes, padre?

—Que la gente coma algo, que abreven los caballos. Llenad los odres y preparad las armas. —Ibn Hud levantó la vista—. Nada más acabar la oración del mediodía, que formen tal como acordamos.

Se hizo lo que el emir de Zaragoza había dispuesto. Los guerreros, confiados gracias a su reciente victoria contra los toledanos, se tomaron su tiempo. Ninguno de ellos, salvo Ibn Hud, era tan viejo como para recordar otra cosa que miedo a los cristianos del norte. Sí: les habían contado las historias de los buenos tiempos, del gran al-Mansur y de su hijo. De las razias anuales, del pago de tributos, de las larguísimas cuerdas de esclavos, de las concubinas rubias. Ahora, gracias a su emir, aspiraban a recuperar aquella gloria. Por eso el rezo del mediodía estuvo revestido de una fe especial, más fuerte. Dios es grande, se decían. Y ese día quedaría demostrado.

Así que, una vez dispuestas las almas para su entrega, los de la infantería se colocaron en apretadas filas. Los lanceros que formaban la guardia real en primera línea, para liderar el avance simultáneo y deslumbrar al enemigo con el brillo de sus lorigas y las puntas de sus picas, para impresionarlo con la blancura de sus capas, la cadencia inmutable de su avance a largos pasos. Y cada cinco hombres, un abanderado con un largo mástil para sostener la misma leyenda en caracteres bordados sobre banderas verdes, blancas, rojas y negras: «No hay fuerza ni poder salvo en Dios». Los arqueros detrás, dispuestos a disparar en parábola por encima de sus compañeros cuando la distancia fuera la adecuada. Y entre unos y otros, la masa de luchadores zaragozanos reforzados por los voluntarios de otras taifas.

Uno de los exploradores regresó a todo galope e informó a Ibn Hud de que los cristianos formaban pegados al río, sin dejar hueco por su flanco izquierdo. El rey de Zaragoza aceptó el reto y dispuso una formación simétrica. Con el río Cidacos a su derecha, la vegetación ribereña al alcance de la mano. Ordenó a Abú Yaffar que se llevara a la caballería cristiana aliada a la costanera izquierda.

—Tú iniciarás el ataque —le dijo—. Cabalga hacia poniente para alejarte del campo y luego vuelve grupas y ataca desde el flanco. Debes distraer a su caballería, alejarla si es posible, o al menos mantenerla ocupada. Si alcanzas el triunfo, cae sobre el campamento enemigo y arrásalo todo. Pero si las cosas se tuercen, ponte a salvo. —Ibn Hud se inclinó hasta agarrar el brazo de su heredero—. No hemos venido a morir. Necesito una victoria que nos devuelva el poder, pero de nada me sirve una derrota que nos hunda en el fango.

—Como ordenes, padre.

Después, el rey tomó a la caballería zaragozana, compuesta por los nobles más favorecidos del reino, y buscó su lugar en la retaguardia. Una reserva para utilizar en el momento decisivo. Consciente de que sus hombres lo contemplaban con veneración, convencidos de que la jornada terminaría, una vez más, con una victoria aplastante. Primero fue una sola voz. La de un hombre más entre las filas de la infantería. Alguien que hacía chocar un arma metálica contra el escudo, rítmicamente, y lo cantaba al mismo tiempo.

—Ibn Hud, Ibn Hud, Ibn Hud.

A esa se le unió una segunda voz, y enseguida una cuarta y una quinta. Pronto eran dos decenas, y poco a poco aquello se convirtió en un grito y se deslizó en oleadas por todo el ejército zaragozano.

—¡Ibn Hud, Ibn Hud, Ibn Hud!

El emir actuó como si nada oyera. Llegó hasta su lugar en la retaguardia y maniobró sobre su montura para marcar la posición. A los lados, la elegante caballería de la capital dibujó una línea triple. Ellos también lo coreaban. Ibn Hud. Hasta las hojas de los árboles en la orilla del Cidacos se estremecieron por aquella cantinela que adelantaba el glorioso triunfo. Ese día, por fin, Dios frustraría la ambición de los cristianos montañeses, desarrapados, sucios, comedores de cerdo y politeístas, que se creían capaces de abandonar sus montes pirenaicos para derrotar al islam.

†

—¡Allí, a nuestra vista, nos provoca el ejército de Ibn Hud! ¡Hombres que han venido a arrebatarnos una vez más nuestra tierra! ¡A acabar con nosotros y con nuestros hijos! ¡A convertir a nuestras esposas en sus esclavas!

García lo gritaba mientras se movía a caballo de lado a lado, frente a las filas de la infantería. Los guerreros atendían con rostros desencajados, apretando fuerte las astas de sus hachas y lanzas, las embrazaduras de sus escudos. Sabedores de que en muy poco tiempo matarían o morirían. O ambas cosas.

—¡Vuestros antepasados ganaron el derecho a que estéis hoy aquí! ¡A que disfrutéis de libertad, del amor de vuestras familias, de un futuro para nuestros hijos! ¿Vais a dejar que el enemigo nos despoje de todo eso? ¿Qué clase de hombres seríamos? ¡Yo os lo diré! ¡Poco más que perros! ¡Pero no son perros lo que veo ante mí! ¡Lo que veo es a lo mejor de mis súbditos, de mis amigos y compañeros! ¡Veo a hijos orgullosos, a esposos amantes, a esforzados padres! —El rey señaló al sur, a la atiborrada masa del ejército zaragozano—. ¡Esos han venido de lejos, han dejado atrás lo suyo para matarnos aquí, a la sombra de lo que con todo derecho poseéis! ¡A llenar de viudas y huérfanos Tafalla, y Pamplona, y Nájera, y cada villa y aldea y monasterio! ¿Lo permitiréis?

La negativa fue unánime y atronadora. García detuvo a su hermoso caballo, regalo de Lubb y enjaezado de cuero y metal, y levantó su lanza.

—¡Entonces encomendaos a Dios! ¡Pedidle que le grite a Satanás muy fuerte, para que lo oiga en su reino de tinieblas! ¡Que le ordene que abra las puertas, porque vais a mandar para allá a una turba interminable de infieles! ¡Pamplona!

—¡¡Pamplona!! —coreó la multitud armada.

—¡¡Y García!! —añadió alguien.

—¡¡Pamplona y García!!

El rey tiró de las riendas y cabalgó sin prisas, haciéndose ver y alzando la cabeza, impulsando la lanza hacia el cielo cada vez que

sus hombres gritaban su nombre y el solar de su reino. Se desplazó hasta su lugar en la retaguardia, junto a los señores pamploneses, de Nájera y de Castella Vetula. Formaron un haz y se dispusieron a esperar. Diego Vélaz llegó hasta el rey. Imponente sobre su animal, con el escudo a la espalda y el hacha en la diestra. Hizo una breve inclinación.

—Si muero hoy, sabe que servirte ha sido lo mejor que he hecho en mi vida.

—Yo no he tenido mejor servidor —respondió García.

—Siempre he sido justo y siempre he sido leal, que era lo que esperabas de mí. Jamás me detuvo la voluntad de ningún hombre. Ni siquiera la voluntad de Dios. Esta vez será igual. Juro que si te fallo hoy, no volverás a saber de mí. Pero si alcanzamos la victoria, te pido que me concedas lo que injustamente arrancaron a mis antepasados. Hazme conde de Álava.

García apretó los labios. Los señores más cercanos, los que habían escuchado la petición, se fijaron en el rey.

—Cumple con tu deber una vez más, Diego, que yo cumpliré con el mío. Mi confianza está contigo, y mi generosidad lo estará pronto. En cuanto derrotemos a ese infiel, serás conde de Álava. Y eso solo para empezar, pues enemigos sobran, y también condados.

Matalobos sonrió. Se supo extrañamente tranquilo. Despejado, sereno. Pensó en sus dos hermanos, muertos a hierro. En los Vélaz que vivieron antes que él, humillados, vencidos y dolientes por el honor arrebatado en tiempos pasados. Todo lo que había hecho encontraba ahora la confirmación de su justicia. La sumisión a García, la muerte del Infanz, la lucha contra quienes se creyeron mejores y consideraron que los Vélaz eran felones y malvados. Espoleó a su caballo para llevarlo junto al renegado Lubb y sus jinetes musulmanes. Lo dijo en voz baja, como un deseo largamente retenido, y que ese día encontraría por fin cumplimiento.

—Hoy se hará justicia.

Salió de entre la medianera y la retaguardia e hizo un gesto hacia el campamento. Lubb, que esperaba allí, encabezó la columna de jinetes renegados. Discurrieron al trote y bajo las miradas de los caballeros y los infantes cristianos hasta ocupar su puesto en la

vanguardia. Una punta de lanza formada por musulmanes, con sus jabalinas listas y los caballos nerviosos.

Los más alejados, a dos tiros de flecha cristiano, eran los jinetes de Ramiro y de Arnau Mir de Tost. Un centenar de hombres de Aragón y Urgel. Ellos habían quedado fuera de la arenga del rey García, así que Ramiro se sintió obligado a hablarles.

—¡Amigos, no he de contaros nada que no sepáis mejor que yo, porque os he visto luchar infinidad de veces contra la horda infiel! ¡Solo puedo deciros que me siento honrado de pelear a vuestro lado! ¡Sed hombres hoy, matad a vuestros enemigos, y volved mañana para besar a vuestros hijos y hacerles el amor a vuestras mujeres!

Hubo risas y chanzas entre los jinetes encajados entre altos arzones y afirmados sobre largos estribos. Arnau Mir de Tost se colocó junto a su amigo y apuntó su lanza hacia el ejército de Zaragoza.

—¡Mandadlos de vuelta a su casa, que aquí no se les ha perdido nada! ¡Aragón y Urgel!

—¡¡Aragón y Urgel!! —respondieron.

Llegaba el momento. El obispo de Pamplona, al ver que las arengas estaban dichas, formuladas las promesas y la suerte echada, levantó su báculo y dibujó una cruz en el aire antes de dirigirse a la infantería.

—¡Resistid, hombres! ¡Como Cristo en el desierto, rodeado por las tentaciones! ¡Levantaos si caéis, como Él en el camino hacia la muerte! ¡Haced que se cumpla la voluntad de Dios, como se cumplió en el Calvario! ¡Resistid! ¡¡Resistid!!

La palabra se repitió de soldado a soldado, hacia delante, hacia los lados y atrás. El cuadro se apiñó, las filas se apretaron con un repique metálico. Cientos de escudos aferrados con fuerza, formando una sólida muralla de madera y carne. Sus dueños afirmaron sus pies y apretaron los mangos de sus armas. Cada hombre junto a su hermano, su vecino o su amigo.

Algo resonó al sur. Una serie de golpes que al principio llegaron como un eco confuso. Se acallaron los murmullos y alguien lo dijo:

—Tambores.

Los zaragozanos habían traído atabales, y ahora los hacían sonar con un toque frenético. Enseguida llegaros los relinchos desde la lejanía, y un zumbido impreciso, alargado. Las voces de miles de hombres que arrancaban hacia la carnicería. Al instante, el suelo se conmovió con el trote de los caballos zaragozanos.

†

Abú Yaffar, príncipe heredero de la taifa de Zaragoza, pasó una rápida revista a sus jinetes. Casi doscientos hombres venidos de todos los rincones del reino. De Calatayud, de Daroca, de Calahorra, Tarazona, Alfaro, Mequinenza, Arnedo. Las nuevas incorporaciones de Molina, y algunos hombres llegados desde Valencia y Tortosa. Incluso media docena de vasallos del rey de la Sahla, Hudayl ibn Razín, y también los cristianos renegados en buen número. Allí solo faltaban los jinetes de la Marca Superior, los de mayor prestigio y experiencia. Los de Huesca, Tudela y Lérida que se habían declarado fieles a su hermano Lubb. Tampoco estaban los zaragozanos, que formaban la hueste particular de su padre, el rey.

Pasó la consigna a los hombres más cercanos y estos hicieron lo propio con los demás jinetes. De todas formas, trató de imponerse al estruendo de los atabales y de la marcha lenta y cadenciosa de la infantería.

—¡Cabalgamos hacia poniente! —Señaló a la formación de caballeros cristianos en el ala izquierda enemiga—. ¡Los barreremos! ¡Seguidme!

Arrancó a un trote sostenido en dirección oeste, y sus hombres salieron tras él desordenados y sin quitar vista de su aún lejano objetivo. Abú Yaffar se sentía pletórico. Capaz de repetir e incluso superar lo que había hecho en tierras del distrito toledano de Guadalajara.

Más atrás, la infantería zaragozana marchaba. Al ritmo de los tambores, en un frente que arrancaba en la orilla del río y se extendía hasta casi el doble de distancia de la que cubrían los

infantes cristianos. Cada tres o cuatro pasos, alguien lo gritaba en un punto de la masa.

—¡Dios es grande!

Y enseguida lo repetía otro hombre en el extremo opuesto. Y a continuación otro. Aquel murmullo continuo vino a unirse al tamborileo constante y al ruido medido de la marcha. Por detrás, Ibn Hud avanzaba a tirones, dejando siempre distancia con la infantería. El polvo que levantaban los hombres le impedía ver ya al ejército cristiano, pero un par de jóvenes se adelantaban de continuo para otear la distancia y regresaban con su informe. Así supo que un contingente de caballería enemigo venía de frente hacia su ejército. Ibn Hud tomó aire y dirigió su vista al cielo nublado por el polvo en suspensión. Recordó sus dudas, sus miedos y su frustración de antaño, cuando era *walí* en el norte y tenía que soportar que los cristianos lo provocaran, cruzaran la frontera y le despojaran de una plaza tras otra. Recordó también los inútiles mensajes para pedir ayuda a los débiles reyes que lo habían precedido, y al burócrata de Ibn al-Hakam, un parásito inútil digno de su ralea política. Se obligó a no olvidar tampoco sus triunfos. El astuto plan para coronarse y el hábil movimiento contra Toledo. Dios estaba con él, eso parecía claro. Alzó el índice hacia ese cielo oscurecido por la niebla de la guerra.

—Concédeme la victoria. Tú, el único, el misericordioso. Haz que mi reino se imponga al de los infieles, y devuélvelos a las peñas miserables de las que nunca debieron salir.

†

Lubb cabalgaba el primero, aunque mirando constantemente a su espalda. Matalobos iba un poco por detrás, con el hacha apoyada en la silla y el escudo aún sujeto a la espalda. Los doscientos jinetes de la Marca Superior habían formado una línea ancha, con separación entre ellos. Cada uno aferraba su primera jabalina, dispuesto a lanzarla contra la infantería zaragozana, volver grupas para ganar

distancia y regresar en una segunda andanada. Acosar, diezmar así a los hombres de a pie, provocándolos para que se separaran de la masa o bien entraran en pánico y se dieran a la fuga. A Matalobos no le gustaba aquello, pero tenía órdenes y había que cumplirlas. Tiempo tendría para usar su propia arma, descabezar sarracenos y ganarse el premio que le había prometido García.

Lubb gritó algo en árabe. Matalobos no lo entendió, pero se dio cuenta de que los musulmanes apretaban el paso. Ya casi podía ver los rostros de los infantes zaragozanos. Sintió desprecio por unos y por otros. Todos ellos musulmanes que ahora lucharían entre sí. Se fijó de reojo en Lubb. En su figura rechoncha, en su torpe manera de cabalgar. Inseguro, tambaleante, con la espada en la mano y sin saber muy bien qué hacer con ella. Aquel príncipe renegado miraba en todo momento atrás, como para asegurarse de que sus hombres lo acompañaban. Un nuevo grito en la lengua de los infieles, y todo cambió.

De repente Lubb se desviaba hacia el río, alejándose de Matalobos. Este no supo qué ocurría. Le gritó para preguntarle, pero su instinto le dijo que no debía quedarse allí. Por el rabillo del ojo vio que un par de los jinetes renegados movían sus brazos como látigos, y dos trazos plateados surcaron el aire.

Matalobos tiró bruscamente de las riendas a su izquierda mientras encogía la cabeza entre los hombros. Una de las jabalinas rebotó en su escudo, y la otra pasó zumbando a su lado. Metió espuelas, se inclinó sobre el cuello de su montura y se desvió aún más al oeste. Al mirar atrás vio que los jinetes renegados terminaban la sorpresiva conversión para cabalgar en sentido contrario, directos a la infantería cristiana. Ya no podía ver a Lubb. Un griterío se alzó hacia el sur, en el ejército zaragozano.

—Traición… —murmuró.

Un nudo se le atoró en la garganta. Por suerte, ningún otro musulmán insistía en quitarlo de en medio, pero ¿qué hacer ahora? Se movió un poco para distinguir algo, aunque había demasiado polvo. Mucho caballo pisoteando sus propias huellas. Pensó en la promesa de García mientras las costuras empezaban a saltar en su esperanza. Álava se le escurría de las manos justo cuando casi la

alcanzaba. La rabia le hizo apretar los dientes y notó un sabor metálico en la garganta.

†

Ramiro sacó su gesto más fiero. Desde su posición podía ver a la perfección cómo el contingente musulmán renegado no era tal. Ahora cargaban con las jabalinas listas contra la infantería cristiana. El obispo de Pamplona corría tras las filas alertando, seguramente los conminaba a subir los escudos, apretarse aún más, resistir. Esa era la consigna: resistir. Pero ahora, con el doble juego de Lubb, resistir se volvía más difícil.

—Era de suponer —dijo Arnau, que también observaba el nuevo escenario.

—Quise advertir a mi hermano, pero no me escuchó.

—¿Qué hacemos?

Ramiro tenía que aguantarse para no picar espuelas y dirigir a Fosco contra Lubb y los suyos. García le había ordenado proteger el lateral, y no podía abandonar. Además, había visto cómo el ala de caballería musulmana se iba hacia el oeste. Habían desaparecido tras un bosquecillo, pero era evidente que pretendían dar un rodeo y atacar de flanco.

—Esperaremos aquí. Si nos movemos, los nuestros quedarán atrapados.

Arnau se dedicó a apaciguar a unos y otros. Todos insultaban por lo bajo a Lubb y a sus traidores. Hubo quien propuso abandonar la posición para ayudar junto al río. ¿Qué pasaría si se quebraba la resistencia cristiana? Ramiro observó la línea de reserva en la que estaba García. Imposible saber qué ocurría allí. Su hermano ya se habría dado cuenta de su error al confiar en el hijo pequeño de Ibn Hud. Entonces recordó algo.

—¿Y Matalobos? Iba con los moros de Lubb.

Arnau, que no dejaba de vigilar el oeste por si reaparecía el ala de caballería musulmana, entornó los ojos.

—Olvida ahora a Matalobos. Tenemos trabajo aquí.

Ramiro se volvió. Desde poniente, en una fila extendida, con separación entre hombre y hombre, los jinetes musulmanes se acercaban con calma, preparando las jabalinas.

—Es un frente ancho —advirtió Ramiro—. Diría que nos triplican.

—Les entro yo primero por la izquierda, ¿te ocupas tú de la derecha?

—Hecho. Y luego acabamos con el centro.

Arnau se dedicó a alertar a los suyos y formó un haz más estrecha, pero también más densa que la de los sarracenos. Ramiro hizo lo propio por detrás, diseñando una segunda oleada junto a su eitán, al que destacó al otro extremo del haz aragonesa. A uno y otro no les hacía falta hablar más entre sí, pues ambos habían luchado ya juntos en suficientes ocasiones. Solo se miraron un instante para desearse suerte antes de ocupar el extremo de cada fila. Los urgelitanos también callaban. Se removían entre los arzones y empujaban los pies para atascarlos en los estribos, aseguraban el agarre en los brazales de los escudos, buscaban el punto de equilibrio en el agarre de la lanza. Por delante, la caballería zaragozana apretó el paso. Lo previsible era que se acercaran para hacer una primera descarga de azagayas y, dado que combatían contra otra unidad montada, lo siguiente sería el enfrentamiento directo. Pero ni Arnau ni Ramiro pensaban jugar a eso.

—¡Urgel! —gritó Arnau Mir de Tost, y clavó las espuelas en los ijares de su caballo. El animal se encabritó antes de lanzarse adelante. Sus hombres lo imitaron, corrigiendo enseguida para cerrar filas, adecuar la velocidad y aparejarse. Ramiro observó cómo hacían la primera mitad del camino con las lanzas en vertical, y el modo en que las bajaban al unísono y encogían el cuerpo tras los escudos. En ese momento, como si fueran uno, los jinetes urgelitanos corrigieron su cabalgada para desviarse a la izquierda, de modo que tomaron una trayectoria directa hacia el ala derecha de la caballería enemiga. Ramiro cerró los ojos un momento, echó la cabeza atrás. Como siempre en aquellas situaciones, la imagen de Munia le vino a la mente. Descalza, entre árboles, rocas, flores y montañas, la trenza rubia a un lado, el sol reflejado en su cabello.

—¡Preparados!

Los jinetes aragoneses, acostumbrados en la última década a aquel nuevo modo de luchar, ajustaron el orden de combate. Unos y otros miraban a los lados para asegurarse de formar una línea recta, compacta. Los caballos resoplaban, y algunos hombres rezaban en voz alta. Por delante, los de Urgel encajaron la lluvia de jabalinas y exigieron a sus monturas un último esfuerzo. En ese instante, justo cuando se iba a producir el choque, Ramiro dio la orden de arrancar.

La segunda haz se movió a gran velocidad hacia delante, rumbo a la nube de polvo levantada por los de Urgel. Ahora la visión de cada jinete se reducía a un corto espacio, y el galope se convertía en un sonido seco y repetitivo que anulaba los atabales y los gritos de guerra.

Arnau Mir de Tost y los suyos alcanzaron al enemigo en una carga brutal, como acostumbraban. Entre aquella bruma de partículas en suspensión, Ramiro pudo ver cómo varios moros saltaban por los aires y otros caían para ser pisoteados. Los de Urgel no se detuvieron, sino que atravesaron con limpieza la línea musulmana, que ahora quedaba maltrecha en todo su tercio derecho, lleno de animales y hombres que se debatían en tierra y otros que pugnaban por mantener el equilibrio. Los de Aragón abatieron lanzas, apretaron los escudos contra el pecho y se inclinaron hacia delante. Los astiles bien sujetos entre el brazo y el cuerpo, la punta en horizontal, apoyada en el arzón delantero. Torcieron una pizca a la derecha. Aguantaron la respiración en el último momento, justo antes del impacto. Y ante ellos aparecieron los rostros aterrados de los enemigos que no habían sufrido la primera oleada.

†

Nuevos gritos. Algunos chirridos aislados delante, trote irregular detrás. El inconfundible ruido del metal que desmalla las lorigas, atraviesa las cotas y perfora la carne. Juramentos en romance y en árabe, órdenes de reagruparse, astillas de madera, salpicones de

sangre, cascos que pisotean huesos. Una enorme sombra, negra con mil noches, sobrevolando el campo de batalla, posándose para picotear los miembros quebrados, los ojos desorbitados y los cuerpos destrozados.

Abú Yaffar, príncipe heredero de Zaragoza, liberó su pierna, atrapada por el caballo en el que había cabalgado hasta un momento antes. Tuvo que mirar alrededor para cobrar conciencia de que había caído. Se palpó el pecho, el vientre, los hombros. A su lado, un jinete de Tarazona yacía hecho un ovillo, agarrándose la entrañas que se le desparramaban desde un horrible boquete en la barriga. A la izquierda se retorcía un caballo con las patas rotas, incapaz de levantarse. Delante también había cadáveres, y hombres que cojeaban o se arrastraban. Un cristiano a sueldo de Ibn Hud caminaba a un trecho, con el escudo destartalado y una lanza atravesándolo de parte a parte. El pobre desgraciado aún no se daba cuenta de que lo habían matado.

Abú Yaffar, embotado, miró atrás y vio cómo los jinetes cristianos rehacían sus filas para volver grupas. Una vez más. Se sacudió la cabeza. Era como si despertara de un largo sueño. La boca le sabía a polvo y a sangre, y le costaba tanto moverse como en aquellos sueños recurrentes en los que intentaba avanzar por un lodazal y cada pie pesaba como un castillo. Se miró las manos temblorosas. El anular izquierdo doblado ridículamente sobre el dorso.

—¿Qué…?

La niebla se abrió conforme se aposentaba el polvo levantado por los dos choques. Él no había aguantado el primer impacto por designio de Dios, ya que dos enemigos le habían pasado por la derecha para desbaratar esa ala de su contingente, barriéndolo todo. Sí, ahora lo recordaba. Recordaba los aullidos de sus hombres y el estallido de terror. Recordaba los animales relinchando y los cuerpos que rebotaban unos contra otros. ¿Quién podía reaccionar contra aquello? Todo el valor, toda la confianza ganados en la batalla contra los toledanos, se convertía ahora en desencanto y confusión; o peor aún: en desesperanza y en miedo. Había sido un necio al creerse un guerrero.

La segunda oleada había pillado de pleno al ala izquierda, con un golpe tremendo que hizo volar cuerpos, escudos y jabalinas. ¿Había sido él capaz de defenderse? No, imposible. Aquella era una forma nueva de lucha. Brutal e imparable. Así que las dos oleadas cristianas se habían reunido en una rápida conversión para lanzar una tercera carga conjunta. Apenas tuvo tiempo de tirar de las riendas para encarar al enemigo, que llegó como si el cielo se desplomara sobre la tierra. No recordaba el choque, ni cómo había caído. Y ahora, por más que miraba, no encontraba a nadie de los suyos capaz de luchar. ¿Cómo había ocurrido aquello? ¿Qué demonio poseía a esos jinetes que se lanzaban sin miramiento, como olas rompiendo contra el acantilado?

Un caballo pasó junto a él con las riendas colgantes. Abú Yaffar las agarró al vuelo y, de un salto, montó. Ese esfuerzo le arrancó un gemido. Le costaba respirar, y ambas rodillas le enviaban sordos ramalazos de dolor. Notaba que un líquido tibio le chorreaba desde la nariz, y seguramente se había roto un par de dedos de la mano izquierda. Solo entonces se dio cuenta de que había perdido la espada, y a saber dónde estaba su escudo. Los cristianos lanzaban gritos triunfales y preparaban una cuarta oleada de muerte. Pero él no iba a quedarse para escucharlos ni para morir. Apretó los puños mientras volvía grupas y se daba a la fuga.

†

Matalobos se destrabó el escudo de la espalda. Respiraba con fuerza contenida, a través de los dientes, mientras dejaba que su caballo descansara antes de regresar.

Se había alejado hacia el suroeste, pasando en su huida junto a la masa de infantería zaragozana que marchaba impávida. Nadie salió en su persecución, por eso ahora estaba detenido, aupado sobre los estribos y oteando la batalla. Desde aquel lugar podía ver cómo el ejército musulmán avanzaba lentamente hacia el norte, dejando que Lubb y sus jinetes ablandaran a los infantes cristianos. En su mente

se cruzaban imágenes de impotencia, de planes siempre sin cumplir, de deseos reprimidos. Se sentía como alguien que nada hacia una playa mientras la corriente lo arrastra mar adentro, sus miembros se cansan, y el aire entra cada vez con más dificultad. Angustia, desesperación. En el camino había dejado cadáveres sacrificados en pos de la justicia, pero también habían caído sus hermanos. Y ahora, cuando todo iba a culminar con la recompensa largamente esperada, una vez más se abatía como un tallo demasiado tierno como para soportar el vendaval.

Apretó el mango del hacha en su mano diestra. Pero ¿desde cuándo los Vélaz huían? Eso no pasaba. No había pasado nunca, salvo para afilar sus armas, cerrar las heridas, sorber un poco más de sangre y volver de nuevo al ataque. Para nada, seguramente. Solo porque así había vivido y, eso siempre lo supo, así había de morir.

Así que fijó su vista de cazador en los jinetes de Lubb, que se acercaban una y otra vez a las filas de la infantería cristiana para descargar sus jabalinas, retroceder y volver al ataque. Vio que los infantes cristianos aguantaban la lluvia de dardos como podían, con los escudos altos y apretándose bien, igual que polluelos en un nido. Pero, poco a poco, la insistencia musulmana lograba frutos y algún hombre caía herido. Y sobre todo, aquel hostigamiento sin respiro quebraba voluntades. En poco tiempo, a alguien se le iría la cabeza, abandonaría la formación y correría hacia el enemigo. Eso siempre acababa mal. O tal vez otros decidieran que estaban de más allí y empezaran a retroceder. Y si nada de eso ocurría, la gran masa de la infantería zaragozana llegaría hasta ellos, entraría en el cuerpo a cuerpo y los barrería, lo que sellaría la derrota cristiana. Aunque a Matalobos ya le daba igual quién venciera en aquel campo.

Entonces se le ocurrió mirar a su izquierda. A distancia, vio cómo el contingente de Aragón y Urgel se reagrupaba. Y los caballos sin jinete que huían del lugar. Los hombres que se arrastraban por tierra. Ramiro y Arnau Mir de Tost habían cumplido su parte en el flanco y ahora formaban de cara al enfrentamiento principal. Caerían sobre Lubb y los suyos. Y él los ayudaría y, con un poco de suerte,

algún lance lo llevaría cerca del bastardo. Tal vez aún podía sacarse provecho de la jornada.

Así que metió talones y su enorme caballo tordo salió disparado, de vuelta al combate.

†

Ramiro y sus aragoneses formaban esta vez en el haz de vanguardia. Los hombres se tomaban un respiro, incluso bebían de sus odres, se recomponían, apretaban bien los barboquejos y se frotaban la cara. Algunos sangraban, pero las bajas habían sido escasas. Una vez más, el estilo de carga directa había resultado arrollador, aunque tan brutal que pasaba su propia factura a los vencedores.

Ramiro vio que su eitán seguía entero y en su puesto. Después se volvió a medias sobre la silla para comprobar que la segunda haz se situaba a distancia bajo la dirección de Arnau Mir de Tost. Nuevamente el rito de apretar filas, estribo con estribo, afianzar escudos y lanzas. Los que las habían perdido empuñaban sus espadas o sus mazas, o simplemente fiaban la victoria a la furia arrolladora de la caballería a la carga. No había más tiempo que perder. Delante, el doblemente traidor Lubb guiaba a sus jinetes de Huesca, Tudela y Lérida para ablandar a la infantería cristiana antes del choque definitivo. Ramiro levantó su lanza, había poco que decir.

—¡Aragón!

Pidieron un último esfuerzo a sus caballos y, primero al trote, salieron hacia la batalla. Delante, una enorme polvareda señalaba el lugar en que los jinetes de Lubb frenaban para lanzar jabalinas y retirarse. Como un enjambre de mosquitos que no dejan de picar, de revolotear y castigar poco a poco a la víctima hasta que pierde el seso. Ramiro bajó la lanza, sus espuelas arrancaron un quejido a Fosco. Durante un corto momento, a su derecha, vislumbró la tropa ingente de infantería zaragozana, que ya estaba cerca. Filas y filas que se perdían hacia el río, con el rumor de los atabales tras ellos. Y

por el suroeste, aislado de todos como si luchara su propia guerra, un jinete que venía también hacia la caballería de Lubb. Un hombre grande y solitario montado sobre una colosal bestia torda.

«Así que ha sobrevivido. Una vez más».

Pero ahora no había tiempo para viejas rencillas, así que Ramiro volvió a fijar su atención en el frente. Afirmó la lanza y las riendas, pegó el hombro al revés del escudo.

—¡Fuerte, Fosco!

Los hombres de Lubb no se dieron cuenta de lo que les llegaba por la izquierda. Seguían concentrados en castigar a los cristianos cuando la montaña de jinetes se les vino encima. Ramiro notó el impacto en sus propios huesos, y hasta fue consciente de que su lanza se partía al atravesar a un hombre que no supo cómo moría; con el impulso, Fosco barrió a un segundo sarraceno y hasta lanzó dentelladas en derredor. Ramiro mantuvo firmes las riendas. A ambos lados, sus hombres lo acompañaban aún en la carga, atropellando enemigos y penetrando en la masa musulmana hasta perder fuerza. Fosco se encabritó y, con el pataleo, derribó a otro infiel. Y por detrás la segunda oleada al mando de Arnau terminó de destrozar la hueste de Lubb. Gritos de triunfo se alzaban desde las filas de la infantería cristiana, que se vino arriba con euforia y avanzó a paso rápido para unirse a la carnicería. Ramiro se deshizo del astil roto y desenfundó la espada sin dejar de mirar a todas partes, lanzando tajos para rematar a los infieles que trataban de levantarse. Hendió cotas y yelmos, encajó la hoja en carne y hueso, astilló escudos hasta que casi no sentía el brazo. Y entonces lo vio de nuevo. Matalobos había esquivado la matanza y conducía su caballo hacia el río Cidacos. Ramiro se deshizo de un infante musulmán con un espadazo brutal en el casco, y luego se las arregló para que Fosco se apartara. El animal estaba exhausto pero rabioso, espumeando desde los belfos. Y el propio Ramiro jadeaba por el esfuerzo, doloridos los miembros por los tres impactos brutales de las cargas directas y el esfuerzo de la lucha cuerpo a cuerpo. Vio que la infantería musulmana se retenía en su avance, indecisa por lo que ocurría ante ellos. Incluso los atabales dejaron de tocar, y de pronto todo eran chillidos de angustia y relinchos de dolor. ¿Qué pensaría

Ibn Hud ahora, al ver que su estrategia del engaño caía en el fracaso? Se fijó de nuevo en Matalobos, que llegaba a la corriente y se disponía a cruzarla. ¿Por qué evitaba el combate? Ya había tenido la opción de huir, así que…

—Está persiguiendo a Lubb —se dijo Ramiro.

Echó un último vistazo a su izquierda. La infantería cristiana llegaba ya para terminar con los restos de la caballería fingidamente renegada. Tudelanos, oscenses y leridanos eran ejecutados sin piedad y sin opción siquiera a levantarse, entre un mar de caballos destripados o con las patas rotas. Los infantes pamploneses, que hasta un poco antes se daban por derrotados, vengaban en ellos el pánico y la ansiedad. Vio a Arnau Mir de Tost, que trataba de reagrupar a su hueste.

—¡Arnau! ¡¡Arnau!!

—¡Ramiro! —respondió, y levantó su espada en señal de triunfo.

—¡Avisa a García! ¡Hay que atacar con todo ya! ¡Que arranque con su caballería!

Arnau se le acercó esquivando cuerpos convulsos.

—¿Debemos ayudarle?

Pero Ramiro miró de nuevo a la ribera, de la que ya había desaparecido Matalobos. Ese último esfuerzo de aragoneses y urgelitanos había sido extremo. Tanto hombres como caballos estaban derrengados. ¿Pedirles un nuevo ataque contra tropas frescas?

El Eitán llegó también en ese momento. Conservaba la lanza entera, aunque manchada de sangre hasta medio astil. Se le había astillado parte del escudo y tenía una abolladura en el casco. Boqueaba en el afán por meter aire a los pulmones. Ramiro observó que eran muchos los suyos que lucían una fatiga semejante. Otros tantos sangraban, o sus caballos cojeaban. Y con los jinetes de Urgel ocurría igual.

—Eitán, ¿te sientes con fuerza?

Jimeno Garcés asintió.

—Aún no soy tan viejo, muchacho. —Señaló al sur con su lanza ensangrentada—. Ibn Hud vacila, es el momento de atacarlo.

—Ya veo. Me vendría bien tu lanza.

—Tuya es.

Ramiro lo agradeció con una sonrisa

—Eitán, avisa a García para que haga su parte, pero tú toma a los nuestros y ponlos a salvo. Arnau, deberías hacer lo mismo con los tuyos. Nadie puede pedirnos más.

—¿Y tú? —preguntó el Eitán.

—Yo tengo algo que hacer. Nos veremos en Tafalla para celebrar la victoria.

†

Ramiro cruzó el Cidacos con el agua por los corvejones de Fosco, y al trepar a la otra orilla divisó a Matalobos, que deambulaba por la campiña. Hacía galopar un trecho a su caballo tordo, y luego lo detenía junto a una arboleda. Después se dirigía a otra, y lo mismo.

Él avanzó despacio, sin forzarse ni forzar a su montura. Atrás, al otro lado del río, seguían sin oírse los atabales de Zaragoza. Supuso que su eitán y Arnau estarían ya junto a García, informándole de que las tornas habían cambiado de raíz, y ahora eran los cristianos los que llevaban la iniciativa. Esa batalla estaba ganada, seguro. Eso se dijo Ramiro mientras refrenaba a Fosco. A distancia segura de Matalobos, pero no tanta como para no llegarle en una arrancada y atravesarlo con la lanza del Eitán. El arma del padre de Gonzalo, al fin y al cabo.

—¡Ese moro ha escapado! —le gritó Ramiro—. ¡Tiene mucha práctica, lleva toda la vida haciéndolo!

Matalobos volvió riendas. Estaba desencajado, la tez roja, solo le faltaba echar espuma por la boca. Sin duda era el peor momento de su vida para desafiarlo.

—Bastardo… Bien, a mengua de carne, bueno es el tocino. A ese infiel del demonio ya lo cazaré.

Ramiro tomó aire, se inclinó sobre el cuello de su caballo. Notaba el dolor sordo, la congestión en los miembros, los dedos agarrotados al sujetar la lanza.

—Un último esfuerzo, Fosco. Solo uno.

El animal pareció comprender, y pateó la tierra con un casco. Ramiro abatió la lanza. Delante, Matalobos metió rodillas. Llevaba su gran hacha agarrada por el centro del mango, y solo su cabeza era visible ahora tras el escudo. Puso al caballo tordo al paso. Ramiro también.

Esta vez debía ser la definitiva. Hoy sí vengaría al Infanz, por fin. Y al pobre Gonzalo. Remataría su juramento, y podría presentarse ante Mayor, la reina viuda, para decírselo. Pero lo más importante era que, por fin, Munia y él estarían a salvo. Separó un poco los pies y clavó espuelas. Fosco aceleró, la mole de Matalobos se hizo cada vez más grande. Más titánico que nunca. Fresco, pues aún no había combatido en aquella jornada. Su caballo galopaba ligero, mucho más rápido que Fosco. Ramiro supo que llevaría las de perder en el choque. Que no podría derribar a semejante enemigo. Fue un momento de lucidez entre el embotamiento del cansancio supremo. Bajó la lanza, de modo que no se dirigiera contra el cuerpo de Matalobos, sino contra el pecho de su caballo, y en el último momento se dobló para pegar el rostro contra las crines de Fosco.

El encuentro fue atroz una vez más. El hacha de Matalobos cortó el aire sobre la cabeza de Ramiro, pero la lanza de este se hundió tres palmos en el cuerpo del caballo tordo antes de partirse. El animal emitió un sonido extraño, más parecido al gorjeo de un cuervo. Sus rodillas se doblaron, y el jinete salió despedido por encima. Matalobos rebotó contra el suelo y rodó, mientras Ramiro gemía también de dolor. El brazo derecho sacudido por el golpe, la lanza partida por la mitad. Volvió riendas y se acercó a Matalobos, que intentaba levantarse. Había perdido el escudo, pero no el hacha. ¿Es que nunca iba a soltarla? Su caballo agonizaba a poca distancia, soltando coces con los cuartos traseros y agitando la cabeza.

Ramiro pasó la pierna sobre la silla y saltó a tierra. Aguantando el dolor, desenfundó la espada.

—Muere ahora, perro. Muere por fin.

Pero Matalobos no estaba vencido. Aferró el hacha con las dos manos y, con una rodilla aún en tierra, detuvo el tajo. La espada

impactó contra el mango de madera y salió rebotada, lo que arrancó un nuevo quejido a Ramiro.

Matalobos sonreía. Los dientes ensangrentados, uno de ellos roto, pero sonreía.

—No puedes matarme, bastardo. Ningún hombre puede.

Se irguió. Parecía imposible, pero lo hizo. Le sangraban la nariz y la boca, su loriga estaba embarrada. Más bestia que hombre, volteó su arma y descargó un hachazo tremendo que Ramiro esquivó por poco. Lo mismo que el segundo. Ante el tercero opuso el escudo, que estalló en fragmentos de madera y le rompió el brazo izquierdo. Ramiro aulló de dolor y, con un último esfuerzo, lanzó un tajo de través que impactó en el costado de Matalobos. Un par de anillas saltaron desde la cota y el Vélaz se dobló. Ambos cayeron de rodillas, el uno enfrente del otro. Matalobos soltó por fin el hacha y se abalanzó sobre su enemigo. Le aferró el cuello con ambas manos, y apretó y apretó. Fuerte, más fuerte. Las uñas abrieron la carne en la garganta. Ramiro soltó la espada y trató de apartar aquella presa inhumana que le asfixiaba. Con el puño diestro golpeó los brazos, el rostro de Matalobos, pero este seguía estrangulándole. El mundo empezaba a nublarse cuando, sin más, Matalobos retiró las manos.

Ramiro tosió, rodando sobre sí mismo. Casi no le entraba el aire, el brazo izquierdo le dolía a rabiar. Tentó el suelo en busca de su espada, pero Matalobos la apartó de una patada.

—Bastardo miserable…

Matalobos le alcanzó con un salivazo de sangre. Recuperó su hacha y se restregó la cara. Con tranquilidad, anduvo hacia su caballo moribundo. Se acuclilló para acariciar el pelaje tordo. Chascó la lengua. Aquel animal lo había acompañado en muchos bretes y siempre se había portado lealmente. Lo calmó con palabras quedas hasta que quedó inmóvil, y entonces dejó caer la barbilla en el pecho. Después volvió junto a su enemigo, que no podía ponerse en pie. Lo observó aún durante un rato.

—¿A qué esperas? —preguntó Ramiro.

—No pidió clemencia, ¿sabes, bastardo?

—¿Qué…?

Matalobos le soltó un puntapié en el costado. Ramiro rodó hasta quedar boca arriba, deslomado. Se agarró el brazo izquierdo roto. Los dientes apretados, en espera del último tajo. Miró a su enemigo con más odio que nunca.

—No, claro. No lo sabes —siguió Matalobos—. Has venido aquí creyendo que un día volverías a encontrarla, ¿eh? Pero siempre fuiste muy descuidado con ella. Merecía algo mejor, se lo dije más de una vez. Un hombre de verdad, que no la dejara sola y desamparada.

—Calla la boca, hijo de perra.

—Se quedó allí, la pobre —siguió Matalobos—. No rezó, no suplicó ni trató de huir. Tampoco se defendió. Solo quería salvar a su hijo. A tu bastardito.

—No, ¡no! ¡Mentira!

Matalobos puso la rodilla en tierra y observó a Ramiro desde arriba. Le apoyó la hoja del hacha en el torso.

—He decidido que vas a vivir, bastardo. Que vas a cargar con eso. Al menos un tiempo, hasta que volvamos a encontrarnos. Porque nos encontraremos, ¿verdad? Una vez más, la última. Recuerda, no me decepciones.

—Puerco…

Matalobos se levantó. No había dejado de sonreír. De lejos, gritos de guerra cruzaban el río Cidacos, pero los atabales no habían vuelto a sonar. Se acercó a Fosco, tomó sus riendas y lo montó. El caballo estaba demasiado cansado para resistirse, así que se dejó guiar. Lento. Alejándose de la batalla. Ramiro lo vio entre la bruma del dolor, de la incredulidad y de una angustia lacerante que le destrozaba por dentro. Hasta que cayó en un abismo de negrura.

†

44. Una nueva dinastía

†

TRES SEMANAS DESPUÉS. JACA

En Tafalla, tras rematar a los jinetes de Lubb, la infantería cristiana se había lanzado al ataque definitivo contra el ejército andalusí. Y al mismo tiempo, Arnau Mir de Tost y el Eitán habían avisado a García de que podía dirigir su propia carga para terminar la tarea.

Así lo hizo García, arrancando de la retaguardia en un rodeo por el oeste que terminó con un ataque lateral hacia el flanco de Ibn Hud. El emir de Zaragoza organizó la retirada como mejor pudo, aunque dejando cientos de cadáveres tras de sí. García se declaró dueño del campo de batalla y proclamó su triunfo.

El maltrecho ejército zaragozano emprendió entonces una penosa marcha de regreso en la que no faltó el hostigamiento cristiano. Primero a la altura de Olite, y luego cerca de Caparroso, en el angustioso cruce del río Aragón. Por si fuera poco, Ibn Hud se enteró en Alfaro de que una fuerza barcelonesa había violado la frontera cerca de Lérida, y atacaba sus desguarnecidas plazas. Y al oeste, al-Mamún de Toledo también aprovechaba para fustigar la taifa derrotada.

Abú Yaffar, el primogénito de Ibn Hud y heredero del reino, logró escapar vivo y, tras varios días vagando junto a una docena corta de

sus jinetes, se presentó en Valtierra para reunirse con su padre, aterido y con el deseo de regresar a Zaragoza, encerrarse en la Zuda para dedicarse a cultivar flores y escuchar los cantos de los petirrojos. En cuanto a Lubb, tardó mucho más en reaparecer. El pequeño de la familia vagó solo y aterrado durante semanas, alimentándose de raíces y robando leche en las granjas, hasta que, desorientado y famélico, cruzó la frontera y se presentó en Tudela. Una vez juntos, tanto el hermano mayor como el menor confirmaron que habían sido víctimas de las brutales cargas de la caballería norteña. De una forma nueva de pelear, propia de bárbaros o de animales. Ibn Hud, más envejecido que nunca, solo pudo escucharlos y mostrarles que debían aprender esa lección para el futuro. Los buenos tiempos para el islam habían terminado, y solo la voluntad de Dios cambiaría de nuevo el signo de la historia.

García licenció a su ejército combinado tras repartir el botín arrancado a los zaragozanos, así que los hombres emprendieron la marcha a sus hogares con mucho que contar. «La Gran Arrancada», empezaban a llamar algunos a aquello. O «La Arrancada de Tafalla», según decían otros, porque se había vencido tras arrancar el rey García en feroz galopada. Se extendió el rumor de que la victoria, que parecía imposible unos días antes, se logró gracias a la intervención de la Virgen en Nájera. Todo vino porque una meretriz de Malpica llamada Quixilo —aunque todos la conocían como la Manca— informó de que se había encontrado una antigua talla de santa María en una hornacina revocada, al fondo de la cueva donde ejercía su profesión.

García, no bien supo esto, mandó desde Tafalla que se premiara a Quixilo, y sugirió por carta al obispo de Nájera que se derribara aquella cueva y en su lugar se construyera un lugar santo. Un monasterio tal vez, con su iglesia consagrada a la Virgen.

García, Ramiro y Arnau Mir de Tost aun permanecieron un tiempo en Tafalla, descansando de la batalla y acudiendo a funerales de los pocos cristianos caídos, mientras que los muchos cadáveres de los sarracenos eran apilados en fosas. Ramiro necesitaba cuidados para recomponer su brazo roto, así que García reclamó la presencia del médico Yusuf as-Sansí, que viajó en compañía de la embajada

toledana para reafirmar la alianza con Pamplona. Le aplicó su férula de harina y clara de nuevos, y diagnosticó que el peor mal que padecía no era de un hueso quebrado, sino el de la mente atormentada.

Y no era para menos. Arnau Mir de Tost se había marchado de Tafalla dos días después de la batalla, enviado por su amigo Ramiro en busca de Munia. No tardó ni una semana en mandar un escueto mensaje con una paloma. «Solo he podido encontrar a tu hijo —rezaba—. Te esperamos en Jaca».

Así que, cuando el médico andalusí as-Sansí le dio su visto bueno, Ramiro pidió permiso a García para abandonar Tafalla. El rey se lo dio, por supuesto, pero a cambio de que acudiera a Nájera para las celebraciones del arcángel san Miguel, protector del linaje pamplonés y patrón de los ejércitos, pues quería conmemorar su victoria en Tafalla y premiar a Ramiro como merecía.

El recibimiento en Jaca fue tan triunfal como se esperaba. El Eitán cumplió con la tradición de entrar a pie por delante, llevando las riendas de un caballo que no era Fosco y sobre el que montaba Ramiro. Aparte de los señores aragoneses, varios del Sobrarbe y de la Ribagorza habían venido a rendir sus respetos. A medio camino entre la puerta de la muralla y el palacio, el obispo de Aragón lanzó las bendiciones de rigor y entonó un tedeum al que todos, nobles y villanos, asistieron en silencio. Cuando se llegó a la estrofa que nombraba a Dios como señor de los ejércitos, a nadie le cupo duda de que la inspiración divina había sobrevolado Tafalla para derrotar a una horda innumerable de infieles.

Ramiro no dijo ni una palabra. Parecía ausente durante toda la celebración callejera, impertérrito ante los vivas y los aplausos de los jacetanos. Respondía con meros gestos de cortesía a las felicitaciones de sus nobles, y solo demostró un poco de impaciencia en el penúltimo verso del tedeum, cuando el obispo lo cantó, un suspiro antes del clímax.

—*In te, Domine, speravi.*

«En ti, señor, confié», repitió Ramiro en su mente. En Dios había confiado tantas veces… Pero era como si Él se limitara a sentarse en su trono celestial para observar. ¿Sentía conmiseración de los

grandes males que afligían a los hombres? Tal vez incluso se burlara de ellos. Pequeños monos que renunciaban a su albedrío para dejarlo todo en manos divinas. Voluntad, juicio, temor, perdón de Dios.

Ramiro llegó a su palacio y lo ayudaron a desmontar, pues aún llevaba el brazo izquierdo inmovilizado por la férula de as-Sansí. Su madre lo recibió en la puerta con un beso en la frente y un fuerte abrazo. Doña Sancha de Aibar lloró de alegría al ver que su hijo regresaba entero, pero adivinaba su turbación por aquel gesto ausente. Lo acompañó dentro, al salón principal, donde también se hallaba su amigo Arnau Mir de Tost. Este no demostró alegría, se limitó a hacer un gesto de saludo. Doña Sancha de Aibar y don Jimeno Garcés flanquearon a Ramiro, como si temieran que se derrumbara. El obispo de Aragón pasó por delante y, a un gesto, uno de los criados abrió la puerta que comunicaba con el aposento de Ermesinda.

Ella entró en el salón, más radiante que nunca. Recogida su abundante cabellera negra en una trenza que rodeaba su cabeza a modo de corona, y que podía verse a través de la toca transparente. Llevaba a su hijo en brazos, y se acercó para que Ramiro pudiera verlo.

—Este es Sancho. Tu heredero, mi señor.

Ramiro observó al crío, rollizo y despierto. De pelo negro, como su madre, y ojos color miel, como él. Se inclinó para besarlo en la frente, y también besó a su esposa. Entonces se dio cuenta de que ella lloraba.

—¿Qué ocurre, mi señora?

—Que lo siento. Lo siento tanto… Solo espero que Dios me perdone algún día. A Él doy gracias por tu regreso y le pido que jamás vuelva a separarme de ti.

Ramiro no comprendía. Sintió pena por ella, víctima de las circunstancias y de esos designios que Dios no tomaba. También Ermesinda había confiado en el Altísimo. Al menos a ella le había dado lo que tanto deseaba. Un hijo varón. Alguien que heredaría Aragón cuando él muriera.

—Todo irá bien, mi señora —aseguró Ramiro, sabiendo que solo ocurriría si ellos lo procuraban así.

—Tienes otro hijo —dijo ella, y señaló la puerta por la que había entrado—. En mi cámara.

Arnau lo precedió. Esta vez no lo acompañaron ni el Eitán ni Sancha de Aibar. Hicieron el camino en silencio, oyendo a su espalda el llanto de Ermesinda.

Arsenda de Fluviá esperaba sentada sobre la cama, con otro bebé en brazos. Este era rubio, de ojos claros, y dormía muy plácido.

—Aquí tienes a Sancho. El hijo de Munia.

Ramiro lo contempló también, y le dio el mismo beso en la frente. Era igual que ella.

—Así que la encontraste.

Arsenda, que acunaba al crío con suavidad, asintió.

—Demasiado tarde.

Arnau le puso una mano en el hombro a su amigo.

—No vale la pena que te atormentes.

Pero Ramiro pasó el dorso de los dedos por el moflete de su bastardo.

—Dime, Arsenda, ¿cómo…? ¿Cómo fue…?

—No lo vi, Ramiro. Munia insistió en que tomara al niño y corrí para salvarlo. Eso fue lo que me rogó.

—¿No te dijo nada?

—«No mires atrás», eso dijo. Y yo lo cumplí.

Ramiro asintió.

—¿Matalobos no te persiguió?

—No lo sé —contestó Arsenda—. Puede que lo hiciera, o tal vez consideró suficiente… —Negó despacio—. Tu hijo está vivo, Ramiro. Y Ermesinda parece aceptarlo de grado. Incluso lo trata como si ella fuera su madre. Y tú eres el padre de ambos, así que crecerán como buenos hermanos, lo sé.

—¿Lo has visto en tu espejo, mi señora?

—No hacen falta espejos cuando se conoce a los hombres.

†

DÍA DE SAN MIGUEL, PRINCIPIOS DE OTOÑO DE 1043. NÁJERA

La afluencia era tal que el alcázar se había quedado pequeño, por eso el rey García dispuso que se montaran tiendas y tablados arriba, en el castillo. Se adecentó todo, se tendieron cuerdas y se colgaron estandartes saqueados a los moros en Tafalla. También se exhibieron sus armas, y en las caballerizas se prepararon los animales saqueados a los nobles sarracenos, todos de buena sangre. El rey permitió que durante la semana anterior se celebrara mercado ordinario en la villa, y del ganado extramuros. Muchos peregrinos que hacían el camino de regreso decidieron quedarse en Nájera, y pronto sus calles fueron festejo continuo, con puestos de comida, bardos, rameras ambulantes y ladronzuelos. Además se habían iniciado ya las obras para el nuevo monasterio dedicado a la Virgen en la ladera de Malpica, y esos días se andaba ganando terreno a la montaña. Las prostitutas locales tuvieron que buscarse otros lugares para ejercer y, como esos días había mucha competencia en la ciudad, bajaron los precios.

Por primera vez desde su desencuentro, el rey Fernando de León vino a Nájera acompañado de su esposa. Respondían así a la invitación del eufórico García, pero tras imponer una condición: que la reina viuda los acompañara. Así que la habían recogido de su retiro monástico para traerla con ellos y ocupar un tablado con dosel, tres tronos y varios escabeles, ya que su familia era la más numerosa. La reunión de los dos hermanos había sido cordial pero fría. Y en cuanto a Mayor, se había limitado a besar la mano de García y a decirle que estaba a su servicio, «mi señor». Con los reyes de León venían todos sus hijos: Urraca, Elvira, Sancho, Alfonso y García. La mayor, Urraca, era ya una niña alta, bonita y rubia, el vivo retrato de su madre, y no se separaba de su abuela Mayor en ningún momento, de modo que más parecía que la cría cuidaba de la viuda, y no al revés. Los otros niños también tenían el pelo claro y, muy educados, permanecían sentados en sus escabeles, con los

pies colgando, las manos en el regazo y sin rechistar. El menor, que estaba a punto de cumplir un año, dormitaba en brazos de un aya.

Junto a este tablado estaba el otro, más lujoso y alto, con las tablas del suelo cubiertas por alfombras. El lugar reservado para el rey García. Había hecho trasladar allí su trono con el águila tallada en el respaldo, y otro algo más pequeño para la reina Estefanía, que estaba de nuevo preñada. El príncipe Sancho se sentaba junto a su madre, en un pequeño asiento con reposabrazos.

Las campanas de San Jacobo repicaron con ganas, y a las de esa iglesia las siguieron las demás por toda Nájera. Ya nadie temía que aquel fuera un aviso de algarada sarracena, porque los infieles habían quedado maltrechos para los siguientes años, o incluso décadas. Así pues, lo que anunciaban los tañidos era que terminaba el oficio pagado por Ermesinda. La esposa de Ramiro lo había pedido así porque era la primera vez que visitaba Nájera y porque quería dar gracias y pedir perdón al Creador, al igual que había hecho por muchas más iglesias de la ruta sacra en su camino desde Jaca. Todos se prepararon en la fortaleza, la guardia personal del rey de Pamplona formó pasillo y la gente se apiñó, tanto dentro como fuera. Entre la chusma estaba María Narbona, elegante y frescachona, con un brial ceñido y orgullosa del crío que llevaba de la mano, Sancho de nombre, bastardo real de condición.

Los esposos hicieron su entrada en el castillo cogidos del brazo. Ramiro ya sin férula, pero con el mismo gesto atormentado. Ermesinda con su brial azul y la capa roja, combinación favorita de colores desde sus tiempos en Barcelona. Ambos se sorprendieron al comprobar la expectación, y que los soldados les marcaban el recorrido por el pasillo de honor. Ramiro avanzó comprobando que se daban cita nobles de todos los territorios regidos por el linaje del difunto rey Sancho. Le alegró ver allí a Fernando, que se había puesto en pie y agitaba la mano para saludarlo.

—Deberíamos haber traído a los niños —dijo Ermesinda, encantada con el recibimiento.

A Ramiro le agradó que hablara en plural. Desde su llegada a Jaca, ella se había portado como una madre para ambos, e incluso se la veía comprometida con el bastardo. A ambos los llamaba igual

y les repartía las mismas caricias. Aquello le resultaba a Ramiro algo difícil de entender, pero el cambio operado en su esposa no se limitaba al amor de madre. De pronto se había vuelto más generosa también con la servidumbre, y hasta bromeaba con sus doncellas. Pero también, y eso sí que era difícil, acudía con mayor frecuencia a misa. Cualquiera diría que Ermesinda tenía algo de que arrepentirse. Algo que precisaba de mucho propósito de enmienda y de grandes dosis de penitencia.

Aunque aquello no inquietaba mucho a Ramiro. Lo que él quería, por encima de todas las cosas, era hacer justicia. Una justicia traída y llevada, arrastrada, herida, muerta y resucitada. Pero justicia. Así que venía a Nájera cumpliendo con la invitación de su hermano y señor, pero también con la intención de preguntarle dónde estaba Matalobos. Y esta vez no aceptaría una negativa o el silencio. Esta vez, su lealtad hacia el rey dependía de que el rey también fuera leal con él.

García se levantó, y lo mismo hizo Estefanía. Ramiro y Ermesinda cubrieron los últimos pasos y, antes de pisar la alfombra con la que se había cubierto el suelo del estrado, se doblaron en simultánea reverencia. Los nobles de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza empezaron a corear el nombre de Ramiro, y García se mostró satisfecho. Mientras esto ocurría, la reina viuda soltó a su nieta Urraca y caminó desde su sitio hasta Ramiro. Algo que al parecer nadie había previsto, pero que se desarrolló con total naturalidad. Hubo algún rumor de sorpresa antes de que se extendiera un silencio expectante. Ramiro hizo una segunda inclinación.

—Mi señora, te saludo.

Mayor tomó su rostro con ambas manos y lo besó en la frente.

—Y yo te saludo a ti, hijo mío.

Y lo miró con lástima, los ojos húmedos y los labios temblorosos. Sin decir nada más, porque nada podía decirse. Alguien consideró que era buena idea reanudar los vítores, y otra vez sonó el nombre de Ramiro, repetido de garganta en garganta. Mayor se permitió una última sonrisa y regresó a su lugar en el estrado reservado para León y Castilla.

García, que mantenía el tipo y parecía más orgulloso que nadie, dejó que los presentes se desahogaran un poco y luego alzó ambas manos para pedir silencio.

—¡Hermano, se te aclama con razón! ¡Con la misma que yo lo hago! ¡Larga vida a Ramiro, hijo del rey Sancho!

Y todas las gargantas lo repitieron. También las de Fernando y su familia, y hasta las de Estefanía y su pequeño príncipe. García volvió a callar las voces con un gesto.

—¡Hermano, nuestra arrancada en Tafalla nos condujo a una victoria que ha de ser premiada, y por eso ahora repartiré entre mis fieles los trofeos que Dios puso en nuestras manos tras arrebatárselos a los infieles! ¡Armas, oro, plata y caballos!

»¡Pero hoy quiero que el primero entre todos seas tú! ¡Tú, que me demostraste lealtad hasta las últimas consecuencias! —Y en ese momento García miró de reojo hacia donde estaba Fernando—. ¡Traed el presente que le hago a mi hermano Ramiro!

El gentío se abrió, y apareció un criado tirando de las riendas de un hermoso caballo negro. Ramiro se estremeció.

—¡Fosco! —Se volvió hacia García—. ¡Pero…! ¿Cómo…?

El rey de Pamplona pidió silencio a Ramiro. Aguardó hasta que dejaron al caballo a la izquierda de su dueño.

—Por este caballo me cegó la ira, hermano —dijo García, ahora en voz baja—. Y Dios, en su sabiduría, te lo concedió a ti. Sobre él luchaste al lado de Fernando en Tamarón, y también a mi lado en Tafalla, sin esperar otra recompensa que nuestro amor y nuestro agradecimiento. Nadie sino tú debe montarlo.

Ramiro inclinó la cabeza.

—Gracias, mi rey.

Súbitamente, García volvió a elevar la voz.

—¡Estás en presencia de tus dos hermanos! ¡En presencia de dos reyes que llevan la misma sangre! ¡Es de justicia lo que ahora decreto, y que todos vais a escuchar!

»He hablado con los señores del Sobrarbe y la Ribagorza, que quedaron huérfanos de su señor natural con la infortunada muerte de nuestro hermano Gonzalo. Los que me brindaron su auxilio en Tafalla me han dado su consejo en Nájera. ¡Por eso y por mi deseo,

Ramiro, poseerás por mí las tierras que nuestro padre entregó a Gonzalo, igual que posees Aragón! ¡Por eso serán vasallos tuyos los aragoneses, los sobrarbenses y los ribagorzanos! ¡Y por mi voluntad te hago también poseedor de Sos, de Petilla, de Biel, de Luesia y de Uncastillo!

Un nuevo griterío se extendió por el patio de la fortaleza najerense. Y quienes más alzaron la voz fueron hombres del Sobrarbe y la Ribagorza, incluso más que los aragoneses. Ermesinda no dejaba de sonreír, y hasta parecía a punto de brincar de contento. Ramiro tomó aire. Miró a la izquierda para recibir el beneplácito de la reina viuda y de Fernando, que parecían al corriente de todo lo que se estaba diciendo y se iba a decir. Porque aún había más. García, manos alzadas, volvía a ordenar silencio. Esta vez bajó del estrado. Aquello fue como una señal para que, de entre el público, asomaran los obispos de Pamplona y Nájera. Ambos sosteniendo cruces de plata con pedrería incrustada.

—De rodillas, hermano —pidió García, y sonrió a su cuñada—. Tú también, Ermesinda.

Tras una breve vacilación, ambos obedecieron. Los obispos bendijeron a ambos y les dieron a besar las cruces, tras lo que retrocedieron un paso. García, muy solemne, puso su diestra sobre la cabeza de Ramiro.

—¡He aquí a Ramiro, de la prole del rey Sancho! ¡Ramiro, régulo de Aragón, del Sobrarbe y de la Ribagorza! ¡He aquí, todos lo veis, a un hombre que, al igual que yo mismo y mi hermano Fernando, lleva en sus venas la sangre de un rey! ¡Del rey Sancho, el más grande que vieron los siglos entre las gentes que adoran a Cristo! ¡Un rey que tuvo a galardón la justicia y la lealtad! ¡Un rey que ensanchó sus estados para mayor gloria del Creador, con el afán de destruir a los paganos y traer la paz a la tierra! ¡Y ahora yo, García, rey de Pamplona por la gracia de Dios, os pido a todos los presentes que oigáis y atestigüéis que reconozco y nombro a mi hermano Ramiro como rey de Aragón, del Sobrarbe y de la Ribagorza!

Ramiro y Ermesinda se miraron, incrédulos. Fue ella quien lo preguntó:

—¿Ha dicho que eres rey?

—¡Álzate, Ramiro! —pidió García—. ¡Álzate como rey en compañía de tu esposa, la reina Ermesinda! ¡Larga vida al rey Ramiro!

†

Epílogo.
La ponte les xanes

†

TRES AÑOS Y MEDIO DESPUÉS, INVIERNO DE 1047. CERCANÍAS DE OVIEDO, EN TIERRA DE ASTURIAS. REINO DE LEÓN

Los copos se posaban sobre el pelo y la barba de Ramiro y, lentamente, se convertían en gotas que discurrían por su cara. La nieve también flotaba un momento antes de caer sobre el viejo palacio en la ladera del monte que llamaban Naurantium. Los campos circundantes, verdes la mayor parte del año, estaban ahora blancos, lo mismo que el camino que subía desde Oviedo. Pronto dejaría de nevar, eso pensó Ramiro.

Había llegado a la aldea de Linio, a mitad de la ladera. Un lugar de belleza feroz, incluso así, bajo la nevada. Con pastos para el ganado, huertos con frutales y campos para la siembra. La montaña señoreaba Oviedo y la protegía del viento norteño, rodeada de bosque hasta la cima. El rey de Aragón guio a Fosco rumbo a los edificios de piedra y mármol y se detuvo junto al palacio, levantado sobre un zócalo pétreo para compensar la pendiente. Aquello lo había construido un antiguo monarca que se llamaba como él, Ramiro. El primero de tal nombre que reinaba en Asturias y que, según contaban, había muerto allí mismo, en aquel lugar convertido

ahora en iglesia para la santa virgen María. A ese viejo Ramiro le habían buscado un apodo apropiado a su forma de ser: la Vara de la Justicia.

—Justicia —le dijo Ramiro a Fosco—. Siempre la justicia.

El caballo cabeceó como si supiera que le hablaba a él. Y tal vez sí que lo sabía. Estaba a punto de cumplir los veinte años, Fosco. Dos décadas en las que había recorrido los reinos cristianos de punta a punta. Se había perdido y recuperado, y enfrentado varias veces en batalla a enemigos tanto cristianos como musulmanes. Aún se mantenía fuerte y no se quejaba cuando su amo lo sometía algún esfuerzo. Aunque Ramiro notaba que flaqueaba un poco antes, que no alcanzaba la misma velocidad al galope o que respondía algo más lento a los tirones de riendas.

Le pasó la mano por las crines para restregarle un poco la humedad, y miró al cielo. La nevada cesaba al tiempo que un tímido rayo de sol asomaba al oeste, entre las nubes. Se fijó de nuevo en el lugar de su cita. Majestuoso el edificio alargado de dos plantas, con sendos miradores en los extremos del piso superior. Revoco de color tierra, arcos elegantes, detalles en rojo, restos de grandeza montañesa. La puerta sur que accedía a la planta baja, y otra al norte, a media altura para llegar al nivel superior. A esa se dirigía Ramiro tras animar a Fosco a rodear el edificio. Pronto se encontró con las dos escalinatas gemelas pegadas al muro. Había un par de mulas atadas a las argollas de amarre, dos hombres armados con lanzas y tres criados que holgazaneaban junto a un carruaje cerrado y desuncido. Se fijó en las pisadas recientes que hollaban la nieve en los altos escalones. Uno de los soldados se adelantó para hablarle en el romance cantarín de aquellas tierras.

—¿Qué buscas?

—No lo sé —respondió Ramiro—. Me han citado aquí, eso es todo.

El soldado asintió y trepó una de las escalinatas hasta desaparecer en el interior de la planta segunda. Ramiro aguardó sobre Fosco. En la senda cercana, entre las cabañas de piedra y madera, vio a una pastora que conducía un par de vacas, y un hombre acarreando un hato de leña. Se fijaron en Ramiro solo un momento, pero siguieron a lo suyo. Estaban acostumbrados a ver gente de toda condición allá

arriba, visitando la iglesia de Santa María o la de San Miguel para pedir prebendas divinas a cambio de notables limosnas o todavía más notables promesas. Además, Ramiro no parecía lo que era. Iba vestido a su modo montañés, como cuando era un muchacho que algareaba desde la frontera del Sobrarbe con otros zagales serranos. Ni siquiera su capa era costosa, y tampoco la gonela de cuero, ni el capacete reforzado con el que se cubría el pelo en el que ya se adivinaban algunas canas. No portaba espada ni escudo, sino su cuchillo de monte y tres jabalinas en una aljaba atada a la silla. Imaginó que, en tiempos, también la gente de aquel lugar se limitaría a sobrevivir, sin lujos ni coronas ni caros mantos bordados de seda y oro. Eso habría sido en la época en la que aquel antiguo rey asturiano y justiciero construyó aquel lugar. Los años en los que los cristianos malvivían encerrados en sus cuevas, grutas y barrancos del norte, atemorizados por los infieles y con todas las cuentas arregladas, por si acaso. Ahora el tiempo de tribulación quedaba atrás. Con el último intento sarraceno de revertir lo inevitable en Tafalla, se había demostrado que nada podía detener a los reinos cristianos, y que era más posible que nunca cumplir el viejo sueño del abad Oliva y del difunto rey Sancho. *Delectio paganorum*.

Pero no era eso lo que había traído a Ramiro hasta Asturias. Tras curar del todo de sus heridas, había dedicado sus primeros esfuerzos como rey a atesorar información, porque no quería empezar a crear un linaje y un reino con cuentas pendientes.

García le contó que Matalobos había huido de Tafalla a lomos de Fosco y que había recorrido el reino de Pamplona hasta el occidente, para cruzar la Castella Vetula e internarse en las fragosidades norteñas del reino de León. Desde allí, a través de un noble pamplonés, le había enviado a Fosco como regalo. ¿Acaso García no había deseado en tiempos aquel caballo? Pues ahora era suyo con toda justicia. Diego Vélaz, último de su sangre, se lo regalaba tras haberlo ganado en combate limpio. Su esperanza era que, a cambio de ese presente, perdonara su nefasta idea de confiar en Lubb antes de Tafalla. Algo que casi les había costado la victoria, y con ella seguramente la vida. Matalobos no quería nada más que eso: el

perdón del hombre al que había decepcionado. No reclamaba el condado de Álava, ni regresar al lado de García. A su modo, seguía siendo justo y leal.

A pesar de su insistencia en preguntar, García no le revelaba a Ramiro el paradero de Matalobos porque, según él, no lo conocía. Así que hubo que seguir su rastro. Ramiro viajó para pedir ayuda a Fernando. No de rey a rey, sino de hermano a hermano. Y este puso a su gente a trabajar. Y mientras tanto, todo cambiaba. García, con renovada ilusión, llevó adelante la construcción de su flamante nuevo monasterio en Nájera y conquistó Calahorra a los infieles. Ramiro aceptó por fin que era rey, y hasta firmó como tal. *Rex Ranimirus in Aragone et in Superarbi et in Ripacurça*. Ibn Hud había muerto el año anterior, y sus hijos se repartieron la taifa de Zaragoza según la voluntad de su padre. Solo que los hermanos se peleaban entre sí y, curiosamente, Lubb era el único que se mantenía leal al hermano mayor, Abú Yaffar. La reina Ermesinda criaba en Jaca, como muy buena madre, a los dos hermanos del mismo nombre, sin hacer distingos pese a que uno de ellos fuera bastardo. Había cambiado tanto que parecía empeñada en ganarse el cielo, y andaba ya por su tercer embarazo tras dar a luz a una niña a la que había llamado Sancha, como su suegra.

—¿Eres Ramiro?

Lo había preguntado una joven de tez muy pálida y toca apretada, que sostenía un bebé en brazos. Estaba en la entrada norte de la iglesia de Santa María, en lo alto de la escalinata oriental, cubierta por un manto forrado de piel y junto al soldado que había subido para avisar.

—Sí, soy Ramiro.

—Te esperábamos. —Y se dirigió al soldado—. Deja que suba.

El rey de Aragón desmontó. Ató las riendas de Fosco a una de las argollas, junto a las mulas, y le palmeó la grupa.

—Enseguida vuelvo, amigo.

Subió los catorce escalones. Al fin sabría por qué su hermano Fernando le había invitado a viajar de nuevo hasta su reino y lo había citado en aquel lugar. «Pero sé discreto», le había dicho.

Pasó junto al soldado y penetró en la planta superior, rematada en los extremos por los dos miradores. La mujer que lo había llamado se colocaba junto a otra, una hermosa dama también joven, de ojos grandes y rasgados. Vestía de negro, brial ajustado que realzaba mucho su feminidad.

—Dios te guarde, mi señora. Soy Ramiro, hijo del difunto rey Sancho.

Ella asintió.

—Yo soy Cristina, viuda del conde de Oviedo.

Ramiro se acercó a ella, se despojó del capacete de piel oscura y besó su mano. El lugar se mantenía con una temperatura agradable, aunque la puerta que comunicaba con el mirador oeste estaba abierta. Fuera brillaba cada vez más el sol, cegador al reflejarse contra la inmensidad nevada.

—Mi señora Cristina, ¿tienes información para mí?

—Así es. El rey pidió a mi esposo que buscara a cierta persona que podía andar por sus dominios. Una persona en la que estás muy interesado, por lo visto.

A Ramiro aquello lo llenó de una oscura excitación que se mezclaba con temor.

—¿Y bien?

La dama le indicó que la siguiera, y juntos salieron al mirador. El aya con el bebé se quedó dentro. Un soplo de aire helado los recibió. Aquel lugar estaba abierto por amplios arcos en tres de sus cuatro lados, y mostraba el sobrecogedor paisaje que se extendía hasta la barrera dentada del Aramo. Cristina se arrebujó en su capa.

—Mi difunto esposo era hijo del conde Flaínez. ¿Conoces al conde Flaínez?

—Digamos que sí. Luchamos en bandos opuestos. Aunque eso fue cuando Bermudo reinaba en León, claro.

—Claro. Mi suegro siempre ha querido complacer a su rey, fuera Bermudo o fuera Fernando. Mi esposo era igual, así que se aplicó mucho en buscar a esa… persona tan interesante para ti. Puso a gente a preguntar por aquí y por allá. —La dama Cristina se llevó las palmas a la boca y las calentó con su aliento—. Nieva mucho últimamente. En los últimos diez años sobre todo.

—También en Aragón, mi señora.

Ella lo miró. A la luz del sol invernal, los ojos de Cristina adquirían un tono claro y silvestre. Cómo olvidar que eso mismo le ocurría también a Munia, sobre todo en las montañas.

—¿Hay lobos en Aragón? —preguntó ella.

—Muchos.

—Y aquí. En invierno se acercan por la noche y matan a los terneros en las brañas. Siempre pasa, pero ahora más. Los pastores se quejan, los tributos bajan y cuentan que hay una nueva manada por estos bosques, donde el puente que cruza el Naura. Hace falta alguien que mate a los lobos.

Ramiro se frotó las manos. Ahora que no nevaba, la vista se abría hacia el sur y hacia poniente. Al otro lado de los árboles, al sur, se distinguía bien la ciudad, con los humos de los hogares ascendiendo hacia las nubes, las cruces de las iglesias destacando entre los tejados llenos de nieve. Y luego interminables bosques, valles y ondulaciones hasta la impresionante línea de la sierra. Cuánto le habría gustado aquello a Munia.

—Este es un lugar hermoso, mi señora. Aunque haya lobos.

—No hay otro igual, es cierto. Pero con lobos o sin ellos, llueve mucho y hace frío. A veces pienso que me gustaría vivir en algún sitio caluroso, como los infieles. Cerca de un mar tranquilo, entre parras y olivos. Y ahora escúchame. Más allá de aquella iglesia, a poniente, hay una senda que lleva a un manantial y luego rodea la montaña. ¿Ves? —Señaló al extremo de Linio, donde San Miguel—. Tendrás que seguir el camino. Por ahí, con el buen tiempo, vienen las dueñas a vender pescado desde la costa, pero no creo que hoy te cruces con nadie. Ten mucho cuidado. La nieve se acumula y colmata los hoyos, podrías caer en alguno, o meterte en una zanja o en alguna de las trampas para osos que preparan los pastores. Clavan estacas en el fondo de una sima y las cubren con ramaje. No sería la primera vez que algún incauto se empala y lo encuentran a la semana siguiente, comido por las alimañas. Si sales ahora y no te detienes a comer, llegarás antes de que caiga el sol. Pasarás por unos corrales rodeados de brañas, verás ganado. Debes cruzar un viejo puente sobre el Naura y seguir un poco más, hasta una torre

en ruinas. Los campesinos te dirían que tengas precaución si oyes cantos de mujer cuando llegues al puente, que podría ser alguna xana. Tienen la mala costumbre sentarse junto al río, y se peinan delante de un espejito. Son tan bonitas que cautivan el alma de los hombres.

Ramiro sonrió.

—Iré con cuidado, mi señora. Tanto con las trampas como con las xanas. Entonces debo cruzar el puente y llegar a esa torre en ruinas, ¿no? ¿Ahí encontraré lo que busco?

—Según cuentan algunos paisanos, allí tienen alojado desde hace unos meses a un hombre que se dedica a vigilar el puente, y ya ha matado a seis o siete lobos con su hacha. Cobra por cada pellejo que entrega. Se llama Diego, es grande como un buey y no habla con nadie, es lo único que sé.

—Y es suficiente, mi señora. Te lo agradezco.

Volvieron dentro. Ramiro se caló de nuevo el capacete y observó que el bebé había despertado. Tenía los mofletes rollizos y los ojos iguales que los de su madre. Le hizo una carantoña.

—Es niña, ¿verdad?

—Eso es —respondió el aya.

—Se llama Jimena —añadió Cristina—. Nació el mismo día en que murió mi esposo. Espero que no sea un mal presagio.

—No lo será. Crecerá hermosa, como una de esas xanas cantarinas. O más aún, como su madre. A lo mejor Jimena sí puede vivir en un sitio soleado desde el que se vea el mar.

—A lo mejor. Rezaré por eso.

—Espero, mi señora, que Jimena nunca tenga que temer a los lobos.

—No lo permitiré. Ya buscaré yo a alguien que la guarde.

Ramiro besó la mano de la dama.

—De nuevo gracias. ¿Me desearás suerte?

—Y rezaré también por ti. Ve con Dios y regresa sano y salvo.

†

Se echó a nevar de nuevo tras el mediodía, justo cuando Ramiro llegaba a las brañas. En los corrales, los pastores encerraban a las vacas antes de refugiarse en sus chozas con zócalos de piedra y manteado de adobe. Carámbanos de un palmo colgaban de los tejados de brezo y retama, y el humo escapaba lento desde las chimeneas. El aire estaba inmóvil, el silencio pesaba. Oyó el primer aullido cuando la nieve caía ya con intensidad y el cielo se oscurecía entre los abedules y los alisos. El agua del Naura discurría lenta y silenciosa bajo el viejo puente de piedra, así que los cascos de Fosco resonaron al cruzarlo. Ramiro aguzó el oído y vigiló los alrededores, pero no vio a nadie. Tampoco oyó cánticos de lindas mujeres que se peinaran ante el espejo para arruinar el destino de los hombres. Pasó al otro lado.

La senda culebreaba por el bosque, con el talud a la derecha y la espesura a la izquierda. Brotaba de pronto al prado para volver a internarse de nuevo entre los carvallos. Se levantó el viento, arreció la nevada. Cuando salía del abrigo que proporcionaba el bosque, la capa le ondeó y los copos le azotaron la cara de lado. Fosco hundía sus patas en la nieve, el camino desaparecía, y de pronto Ramiro descubría que se había apartado. Tenía que volver atrás, buscar sus propias huellas antes de que se borraran y reanudar la marcha.

En uno de esos extravíos, al regresar a la senda, Fosco metió las patas delanteras hasta los corvejones. El animal lanzó un relincho de temor, y Ramiro temió que se hubiera roto algo o, peor aún, que esa fuera una de aquellas trampas para osos con estacas en el fondo. Desmontó y comprobó que solo era un foso natural colmatado de nieve.

—No es nada, Fosco. —Tiró de las riendas a un lado, y el animal pataleó un poco antes de encontrar tierra firme—. Vamos, sal de ahí.

Le llegó otro aullido, más cercano que el primero pese a que el viento ululaba y las ramas altas se agitaban hasta chocar unas con otras. Fosco resopló, más nervioso cada vez.

—Venga, chico. De peores bretes hemos salido.

Un tercer aullido. Y otro más que le respondía a lo lejos. El caballo se atemorizó tanto que por fin se liberó de su trampa natural en la

nieve. Ramiro volvió a montar. El paisaje perdía belleza y se volvía lóbrego, o eso le parecía. Regresó a la senda. Empezaba a pensar que aquello había sido una mala idea.

«Siempre ha sido una mala idea enfrentarse a Matalobos», se dijo. Solo tenía que recordar cada ocasión para contarla como un fracaso. Aquel tipo, más bestia que humano, jamás había sido derrotado. A lo mejor era cierto eso que se decía de él, y no existía hombre que pudiera matarlo. Pero Ramiro no podía ni quería echarse atrás. Por Munia, por Gonzalo y por el Infanz. Por cumplir viejos juramentos y vengar insoportables afrentas. Eran demasiadas las almas que pesaban en su conciencia, todas ellas destrozadas por Matalobos.

Lo que pesaba ahora, además, era la nieve que se acumulaba en las copas de los árboles, doblaba las ramas y caía en súbita montonera, sobresaltando a Ramiro y a Fosco. Hasta que, al dejar atrás uno de los tramos boscosos, la elevación apareció a lo lejos, a la salida de una brusca curva a la izquierda y justo al oírse el quinto aullido. Ahora sonaba muy cerca, como si la manada lo acechara tras cualquier recodo. No creía que los lobos lo atacaran, pero, por si acaso, Ramiro descolgó la aljaba de la silla y se la echó al hombro. Después comprobó que su cuchillo salía con facilidad de la funda. Detuvo a Fosco, dejó que escarbara en la nieve en busca de tojo. Él tomó un trago de agua helada y oteó la vieja torre en ruinas, en lo alto de la colina. Se veían vigas de madera cruzadas en los bordes irregulares, y sillares desparramados alrededor, como si alguien se hubiera empeñado en reconstruir la vieja fortaleza cien veces antes de volver a abandonarla.

—Vamos, amigo. Ya queda poco.

Penetró en la última arboleda, más densa que ninguna. Pensaba en lo fácil que sería perderse allí de noche cuando vislumbró una sombra a un lado, entre la penumbra verde y blanca. Pero no había nada cuando se volvió. Oyó rumor tras los carrascos, y algo más por allí detrás. Los lobos corrían.

El camino se abría en un claro antes de estrecharse y empezar la cuesta. Supuso que, en los viejos tiempos, allí estaba la puerta de la empalizada que circundaba la colina. Desde ese punto y hacia arriba,

los árboles desaparecían y dos taludes de tierra y arbustos cercaban el sendero hasta la altura de un hombre.

Desmontó para subir la pendiente y dejó atrás la arboleda. El viento soplaba más fuerte, la capa se batía a su espalda, y tuvo que enlazarse el barboquejo para no perder el capacete. No quería dejar a Fosco a merced de los lobos, así que lo condujo por las riendas. La rampa ascendía en ligera pendiente, encajada entre los altos terraplenes plagados de vegetación y nieve, de modo que solo había espacio para un hombre. Ramiro imaginó la subida en el momento en el que se construyó la torre, un mecanismo de defensa que obligaba a guerreros y caballos a acercarse de uno en uno, recibiendo pedradas o flechazos. La rampa se acentuaba hasta las ruinas, donde se adivinaba la zanja colmatada de lo que había sido un foso. Alcanzó los restos por fin, algo cansado por el esfuerzo. La construcción había sido cuadrada y ancha, con sólidos sillares en la base, ahora desgastados por el tiempo y cubiertos a medias por el verdín. Había una puerta de madera abierta, tan humedecida que se deshacía nada más tocarla. Estaba atascada por barro y nieve endurecidos.

Volvió a vigilar el entorno. La vegetación se espesaba alrededor de la colina. Madroños y acebos enmarañados entre sí que volvían impracticable todo camino que no fuera el original. No oyó más aullidos ni vio sombras deslizándose tras la fronda. Tal vez los lobos lo vigilaban, pero, si querían venir, tendrían que hacerlo por aquel angosto camino cuesta arriba. Desmontó y ató a Fosco al ramaje.

—No tengas miedo, enseguida vuelvo.

Dentro, la estructura se dividía en dos partes. Una descubierta, invadida por el bosque y la nieve, otra a medio cerrar por un muro de argamasa. Un lugar que bien podía usarse como refugio. No había nadie, pero Ramiro localizó enseguida los restos de la fogata, las paredes manchadas de hollín, el camastro hecho con paja y una pila de leña seca. Alguien había reparado una porción de techado con varas de avellano y de helecho. Olía a madera requemada.

Salió de nuevo. Aquello no era como el Sobrarbe o la Ribagorza. El bosque era distinto, más húmedo y blando. La nieve seguía cayendo, impidiendo la búsqueda de huellas, pero el día era corto y avanzaba

a toda prisa. Quienquiera que pernoctara en aquella torre tendría que regresar en poco tiempo. Así que bajó un trecho y se apostó en medio del camino, muy cerca de Fosco para que estuviera tranquilo. Sacó las tres jabalinas de su aljaba y las clavó en la nieve con fuerza, delante de él y a intervalos regulares, a mano para poder lanzarlas con rapidez. Una, dos, tres. Se hundieron con facilidad en el lecho reblandecido. Llenó los pulmones de aquel aire helado y contempló el sendero nevado, y el claro más ancho allá abajo. Anticipando el momento en el que Matalobos aparecería para subir directo hacia él, con su hacha en la mano, dispuesto a machacarlo una vez más, quizá la definitiva. Con un escalofrío recordó el gesto de terror de Munia cuando vio por primera vez a aquel hijo de Satanás. Habían pasado, ¿cuántos? ¿Veinte años? Pues parecían cuarenta. Eran tan jóvenes entonces, tenían tantos sueños… Algunos que jamás se cumplirían, otros que se quedaron cortos. Fue cuando él le contó a Munia el porqué de aquel apodo. Matalobos. Tenía hasta gracia que ahora Diego Vélaz hubiera aparecido en aquel rincón asturiano precisamente para eso, matar lobos. De pronto lo asaltó un pensamiento tan negro como el propio Fosco. Contempló otra vez los terraplenes que lo encerraban en aquel angosto sendero. Un sitio sin salida. Como una de aquellas viejas trampas loberas. ¿Y si aquello, después de todo, no era sino una argucia de Matalobos para cazarlo?

—Una trampa —se dijo en voz alta. Se rio de sí mismo y desclavó una de las jabalinas.

†

La nieve ya no caía. La tierra reflejaba la claridad grisácea de las nubes y, en algún lugar muy lejano, el sol descendía tras las montañas. Ramiro esperaba mientras la oscuridad se cerraba, con dos de sus jabalinas clavadas en tierra, a su lado. La tercera estaba inutilizada, con la punta doblada y los filos llenos de muescas, la moharra llena de barro negruzco. Fosco, a su espalda, se removía de

vez en cuando, pero al menos los lobos habían dejado de aullar. Tal vez la manada se había alejado hacia otra ladera del monte, o quizás habían encontrado alguna presa y la devoraban entre todos, lanzándose dentelladas para disputarse la mejor parte. Se preguntaba qué haría al caer la noche por completo cuando, por fin, oyó que alguien se acercaba apartando ramaje. Jadeando a cada paso, como forzándose a tirar de algo. Fosco se revolvió una vez más junto a la torre en ruinas. Ramiro dejó caer la capa y tomó una de las dos jabalinas. La sopesó hasta encontrar el punto de equilibro. Inspiró despacio, obligándose a dominar el temblor. Soltó el aire. Hoy terminaba todo. Para uno o para el otro. Tal vez para ambos. Hoy sí.

Matalobos apareció en el claro. Caminaba pesadamente, arrastrando un fardo negruzco. Al igual que Ramiro, Diego Vélaz se había dejado crecer la barba, hirsuta y abundante, algo rojiza. Vestía con pieles de varios animales, y en la diestra llevaba la enorme hacha robada a un pagano del norte en Galicia. Con la mano izquierda tiraba de un lobo muerto, ensangrentado desde el cuello hasta el vientre. Dejaba un rastro rojo sobre la nieve. Entonces se frenó en seco y husmeó el aire. Al sonreír, asomó el hueco del diente que se le había roto tras la Arrancada de Tafalla, cuando Ramiro mató a su caballo tordo y lo hizo rodar por tierra.

—No me lo puedo creer. ¿Eres tú, bastardo?

Ramiro resopló. Plantado en el camino de subida, sin sitio para maniobrar, pero con la ventaja de la altura.

—Siempre tuviste buen olfato, Matalobos.

Diego Vélaz soltó al lobo muerto, cuya cabeza se hundió en la nieve. Terció el hacha con restos de sangre en el filo.

—No tengo mérito, bastardo. A las mujerzuelas y a los cobardes se os huele desde lejos.

Fosco resolló, más inquieto que nunca. Matalobos inclinó la cabeza, curioso por aquel ruido.

—¿Es tu caballo negro, bastardo?

—Es mi caballo, sí —dijo Ramiro—. El que me quitaste en Tafalla.

—Buen animal. Te lo gané en justa lid.

—No lo niego. García me lo devolvió cuando tú se lo regalaste. Dejó de confiar en ti, ya ves.

—Sí, cierto. García, su obsesión por los caballos y por la lealtad. ¿Nunca lo has pensado, bastardo? Si García no se hubiera encaprichado de ese animal, jamás se habría enojado con su madre y no la habría acusado.

—Eso ya pasó.

—Pasó, sí, y fue una injusticia. Defendiste a una adúltera desleal y mentirosa, y fuiste premiado por ello. No has dejado de recibir honores injustos mientras otros mejores caían por el camino. De bastardo a rey, ¿qué te parece? —Matalobos se encogió de hombros —. No existe la justicia, supongo que ya te has dado cuenta.

—Me he dado cuenta. Gracias a ti, Matalobos. Pero no te preocupes, que tú sí recibirás lo que te mereces.

Echó el brazo atrás y lo sacudió con firmeza. La azagaya salió despedida, pero Matalobos estaba alerta y se hizo a un lado. Su sempiterna sonrisa se ensanchó.

—Majadero… ¿No lo sabes? No hay hombre que pueda matarme.

Ramiro tomó la otra jabalina y se mordió el labio. Dio un paso adelante y adoptó de nuevo la posición de tiro.

—¡Ven aquí y veamos si es cierto!

El Vélaz no se acercó. Seguía con el hacha bien sujeta, las piernas algo flexionadas y el cuerpo levemente inclinado hacia delante. Ramiro tampoco lanzaba. Aguardaba, ladeando la cabeza a izquierda y derecha para calcular la distancia. Amagaba con disparar, pero no lo hacía. Matalobos dio un paso. Blandió su arma, empeñado en agitar la colmena.

—Te cortaré en pedazos, bastardo, más pequeños que los de tu dulce hermanito Gonzalo.

Ramiro apretó bien el astil de la jabalina. Esperó un poco más. Y otro poco. Él también sabía cómo calentar la sangre.

—Ven ya, Matalobos. Ven para que pueda rebanarte la garganta, como hice con Íñigo en Grañón. O tal vez te meta treinta cuchilladas, como a Rodrigo en Bolea. Yo fui lo último que vieron esos dos. Lo mismo que vas a ver tú.

Diego Vélaz aulló de rabia y se lanzó adelante. Ramiro se preparó. Estiró el brazo derecho atrás todo lo que pudo. Delante de él, Matalobos corría cuesta arriba, moviendo el hacha de un lado a otro, los ojos muy abiertos y clavados en su eterno enemigo. Hasta que la nieve cedió bajo su peso y se hundió hasta las rodillas. Lanzó un grito de sorpresa, braceando para mantenerse erguido, incapaz de escapar de aquel foso cubierto de nieve. Alzó la cabeza justo a tiempo de ver cómo Ramiro completaba su movimiento parabólico y despedía la jabalina en un tiro perfecto, tenso y descendente. Cómo el arma trazaba un relámpago negro contra la nieve de los árboles y los arbustos. Cómo brillaba la punta metálica con la última luz del día antes de volar y enterrarse en su barriga. Y sintió que desgarraba sus entrañas y asomaba dos dedos por la espalda. Matalobos se sacudió sin soltar el hacha. Negó en alto, a gritos. Aquello no podía ser. Maldijo a todos, desde el Altísimo hasta Satanás, y luego llegó el dolor lacerante del metal helado que había destrozado piel, carne y tripas. La sangre caía sobre la nieve que cubría el hoyo. De esa trampa de la que aún no podía escapar, un foso excavado por una jabalina aragonesa en el blando suelo del monte asturiano. Ramiro se acercó despacio mientras desenfundaba su puñal. Pero se quedó a distancia segura, observando cómo el hombre al que más odiaba se apretaba el abdomen con la zurda, los dedos alrededor del asta de madera, tratando de retener los intestinos dentro de su cuerpo. Con la diestra no dejaba de sostener su hacha.

—No existe la justicia, Matalobos —le dijo con calma, y señaló al foso de nieve con la punta de su puñal—. Es una trampa, y tú has caído en ella. Otra vez.

Diego Vélaz trató de alcanzar a Ramiro con su arma, pero aquello le supuso un trallazo de dolor y, ahora sí, el arma salió despedida. Por fin estaba inerme, tan débil e impotente como el cadáver del lobo que aún yacía muy cerca. Matalobos sujetó la jabalina con ambas manos, como si quisiera desclavarla de su cuerpo, pero no lo intentó siquiera. Se dobló hasta tocar la nieve con la frente, apretando los dientes para no chillar. Ramiro se le acercó un poco más. Ahora era fácil. Solo tenía que acuchillar y todo terminaría.

Acercó la punta de hierro al cuello de su enemigo, por fin derrotado, cuando volvió a oír el aullido del lobo. Agarró el pelo de Matalobos y tiró de su cabeza, dispuesto para el degüello. Diego Vélaz atesoraba en sus ojos el odio de años.

—Hazlo ya, bastardo.

Otro aullido, este muy cerca. Ramiro volvió la vista hacia el claro de abajo y le pareció vislumbrar de nuevo la sombra que se movía rápida. Y entonces apareció un lobo, negruzco y grande. Se acercaba con precaución al cadáver de su congénere, al que olfateó sin quitar la vista de Ramiro y de su víctima.

—Madre de Dios… —murmuró Ramiro.

Un segundo lobo apareció junto al primero, lo rebasó por la derecha y se detuvo antes de empezar la subida. Y luego llegó otro, y dos más. El macho negro, que seguramente dominaba la manada, gruñó con los labios retraídos, mostrando los colmillos. Matalobos gimió, la voz ya muy débil.

—Hazlo… ya. Bastardo…

Pero Ramiro se puso en pie. Enfundó el cuchillo y alzó la mirada. La noche se cernía por fin, cada vez hacía más frío.

—No hay hombre que pueda matarte. ¿No era así? Pues creo que es cierto.

Matalobos respondió con un gemido débil. Ramiro le dio la espalda y volvió junto a las ruinas cubiertas de musgo y nieve. Aseguró las riendas de Fosco. Le acarició el cuello y le habló en voz baja. Después sacó la leña del refugio improvisado en las ruinas y preparó un montón fuera, junto a su caballo. Los lobos se mantenían abajo, en el claro, precavidos, negándose a entrar aún en el angosto camino. Con el macho negro en cabeza. Este dio un pasito, sacudió la cabeza. El olor a sangre caliente le embotaba el instinto, babeaba sobre la nieve. Otro trató de adelantarse y el primero lo disuadió con un bocado al aire. Hubo un conato de pelea, nada serio. La cena estaba servida y habría de sobra para todos.

Diego Vélaz aún se agitó un poco, atrapado por la nieve teñida de sangre. Parecía más pequeño que nunca y apenas se le oía respirar, pero no dejaba de sujetar el astil de la jabalina. Llamaba a su enemigo con cada suspiro.

—Bastardo…

Ramiro tomó la bolsita que colgaba de la silla de Fosco, con el pedernal y la yesca. Esa noche la pasarían allí, al calor de la hoguera, como en cualquiera de las algaras de invierno en la lejana frontera aragonesa. Uno de los lobos se atrevió a separarse de los otros, entró por la senda y subió hasta Diego Vélaz. Este lo vio venir de reojo, aunque no hizo nada para detenerlo. Ni habría podido. El macho negro también dejó de hacer caso a Ramiro para aproximarse a Matalobos. Las orejas tensas, el hocico por delante. Pronto, los seis depredadores rodeaban al hombre moribundo. Ramiro detuvo los golpes de cuchillo contra el pedernal y echó la última ojeada al camino, a la trampa de nieve.

—Bastardo… —murmuró Diego Vélaz una vez más, con la poca fuerza que le quedaba y justo antes de recibir el primer bocado.

Otro aullido resonó en la noche asturiana, aunque este no salía de la boca de un lobo. Fosco relinchó de miedo y Ramiro dejó de mirar. Solo se aplicó a encender el fuego mientras, a poca distancia, los lobos devoraban a su presa.

†

Apéndice histórico
Lo que fue y lo que no fue

†

> «Don García no reparó en proferir contra su propia madre palabras injuriosas, arrojando sobre ella la infamia del adulterio. Mas respondiéndole su hermano Ramiro, la defendió tenazmente y con toda verdad demostró la calumnia y libró a la reina de la infamia y del peligro».
>
> Anónimo,
> *Crónica najerense*

El fragmento anterior puede considerarse la semilla, el núcleo que dio lugar a esta novela. Un hecho de carácter fabuloso que avivó la llama de lo literario. Desde aquella raíz creció la trama, regada por fragmentos cronísticos tanto o más dramáticos aún, en los que lo legendario se impone de manera evidente y, a pesar de ello, ha contribuido a asentar la historia. Mala singladura nos espera si pretendemos navegar en las aguas de la realidad indudable, al menos en este mar de mitos. El primer tercio del siglo XI se hunde en una atractiva oscuridad, de él se ignora mucho más de lo que se sabe, y en esos años se asientan los cimientos de los que, con el tiempo, serían los reinos más poderosos de la Península. Por parte

de los historiadores, la bastardía de Ramiro I de Aragón está en tela de juicio, lo mismo que el orden que ocupa entre sus hermanos. ¿Hijo natural o legítimo? ¿Primogénito o no? El asesinato del Infanz en León, la identidad de los autores y el fin que perseguían también son carne de leyenda. ¿Tuvo algo que ver Sancho III en aquello? Y en cuanto a su intervención en tierras leonesas, ¿se entrometió el rey pamplonés en el gobierno de León o se limitó a defender al joven Bermudo? Qué difícil es saberlo. Si los historiadores modernos, con todo su pretendido rigor, se dejan llevar a menudo por la corrección política, o por sus querencias, fobias, odios e ideologías, ¿cuánto más lo harían aquellos cronistas medievales con sus ansias panegíricas? Las crónicas no se han limitado a contar: parece que además pretendan justificar esto, denostar aquello. Con el paso de los siglos se añaden detalles, el relato cambia y se evaporan los vestigios, tal como suele suceder con la evolución de los mitos. El propio nombre de la reina injuriada en Nájera… ¿Cuál era? ¿Mayor, Mumadonna, Elvira? ¿De verdad existió esa acusación por parte de su primogénito? ¿Un capricho relacionado con cierto caballo desató realmente la ira delatora de García? ¿Y fue la reina la que premió al bastardo con Aragón por haberla defendido en aquel trance? ¿O acaso se limitó Sancho III a repartir su herencia según el modelo tradicional? ¿Tuvo algo que ver Fernando en la acusación de adulterio? ¿Y Gonzalo? La real existencia de Gonzalo, por cierto, así como su trayectoria vital y las circunstancias de su muerte, son otro misterio. ¿Y quién fue Munia? ¿Es la misma Amuña a la que el bastardo de Ramiro, Sancho, nombra como su madre en 1067? ¿O es la Amuña de Barbenuta que aparece consignada en otro documento de 1061? La relación de Ramiro con la tal Munia ¿fue anterior, coetánea o posterior a su matrimonio con Ermesinda? ¿Y por qué esta Ermesinda aparece también documentada con el nombre de Gisberga? ¿Era realmente hermana de la reina Estefanía de Pamplona? ¿Llegó a considerarse Ramiro a sí mismo como rey de Aragón? ¿Y Gonzalo en cuanto a las tierras que heredó? ¿Podemos llamarlo rey en algún momento? La Arrancada de Tafalla… ¿fue una traición de Ramiro contra García, como tanto se ha insistido en contar? ¿Por qué esa presunta traición, su derrota y la pérdida de su

caballo se saldaron con ganancias territoriales a costa de García y la anexión del Sobrarbe y la Ribagorza? Son solo algunas de las dudas, de los enigmas que rodean a la novela más histórica y, al mismo tiempo, más legendaria que he escrito. Por cierto, nunca como hasta ahora me había encontrado con tantas falsificaciones reconocidas en el proceso de documentación, especialmente de autoría monacal. Desde luego, la laguna y el desconocimiento son la tónica cuando uno pretende asomarse a este periodo. Pareciera que debemos conformarnos con los datos consignados, aunque huelan a mentira desde lejos, antes que suponer cualquier otra cosa. Y así debe ser para un historiador, ¿verdad? Por suerte, yo no lo soy.

La profesora María Silvia Delpy, que sí lo es, advierte sobre la puesta en escena del pasado en función de la ideología del presente, y lo hace precisamente al tratar el asesinato del Infanz: «La escritura historiográfica se convierte en síntoma de una determinada situación histórico-política sobre la cual la mirada del historiador no se posa de manera enteramente neutral». Cada presente ha tenido sus ideologías, y seguro que todas ellas han influido a la hora de poner en escena el pasado. Por eso he consultado con respeto el repertorio historiográfico que concierne a Sancho III el Mayor, a Arsenda de Fluviá, a Ramiro I de Aragón, a Mayor de Castilla, a Fernando I de León, al Infanz, a Bermudo III, a Arnau Mir de Tost…, para tener mucho más claro que debía otorgar preferencia a la imaginación.

Siempre titulo así este epígrafe, «Lo que fue y lo que no fue», con referencias a los hechos que ficciono y a su contraste con los históricos. Así lo he cumplido también en anteriores obras, ya que muchos lectores siguen empeñados en asomarse a la historia desde las novelas. En este caso, *lo que fue* no está nada claro, así que me limitaré a consignar algunos datos más o menos asentados a lo largo de los siglos, y a especificar cuáles otros responden únicamente a mi creatividad. Pero insisto: téngase en cuenta que este es periodo abonado para la *mitopoiesis*. Que eso que llamamos *identidad,* si es que existe, no se construye solo con hechos pretendidamente históricos, sino también —y sobre todo— a partir de nuestros mitos fundacionales, de las leyendas que dan colorido, suplen lo ignorado, calan siempre más hondo que la simple e inmediata realidad.

Intentaré, por ello, pasar someramente sobre lo que se considera la versión más o menos oficial, y explicar en qué aspectos me he desviado de ella para dar cabida a lo legendario y a lo puramente ficticio. Siempre teniendo en cuenta lo que nos advierte Walter Benjamin: que «articular históricamente el pasado no significa conocerlo "como verdaderamente ha sido"; significa apoderarse de un recuerdo tal como este relampaguea en un instante de peligro».

†

El homicidio del Infanz, conde de Castilla, es un *leitmotiv* en la novela, no puede negarse, y adquiere el rango de mito fundacional por su relación de causa-efecto con la elevación posterior de Castilla como uno de los grandes estados peninsulares. No por casualidad se trata de un hecho que ha estimulado las plumas a lo largo de los siglos. La inevitable evolución del relato ha dado lugar a variantes, pero más o menos puede sintetizarse en que el joven conde es atacado el día de su boda con alevosía y premeditación. La suerte que corren los asesinos es fatal, claro. En algunas variantes se implica como cómplice al conde Fernán Flaínez, y en otras se deja caer que el más beneficiado con el crimen es el rey Sancho III de Pamplona, que se las arregla para imponer los derechos dinásticos de su hijo Fernando. Esta situación, siempre según el relato dominante, desembocará en el enfrentamiento de Fernando con Bermudo III en Tamarón, la muerte de este y la sustitución de una dinastía por otra. La historia de este asesinato es muy potente en el plano dramático, así que no es de extrañar que haya sufrido tanto manejo literario. Hay adiciones mías en los detalles del hecho, aunque no en la escena del crimen —según alguna variante, frente a la iglesia leonesa de San Juan Bautista, actualmente San Isidoro— y en el viaje de Sancha de León —*Princesita* en esta novela— a Nájera para reclamar justicia. Una justicia que es también venganza y a cuya exigencia se une la reina Mayor, hermana del desdichado

Infanz; una justicia que —de nuevo mis desvaríos— carga sobre sus hombros el bastardo Ramiro.

Tamarón… ¿Cuáles fueron las causas, cuál el detonante? Los cronistas culparán a unos u otros dependiendo de a quién sirvan, de ahí parte de las inconsistencias documentales. Existía una fricción territorial indudable en tierras de Cea, y tal vez viejas cuentas que saldar o influencias contrapuestas. La cuestión es que al reino de León se le había clavado una poderosa espina en Castilla. Una espina que, como el tiempo demostraría, supuso todo un cambio de dinastía en el trono de León.

No hay constancia del lugar exacto en el que tuvo lugar el encuentro. Tampoco existe descripción táctica del orden de batalla ni del desarrollo del combate, como por otra parte es habitual en las crónicas cuando se trata de este tipo de conflictos. Lo que sí se hace a veces es destacar alguna acción individual. En este caso se habla de que, tal como narro en la novela, el rey Bermudo III se adelantó de forma tan valerosa como imprudente, gracias también a lo rápido que era su caballo, Pelayuelo. Bermudo alcanzó en solitario —o acompañado por muy pocos leoneses— las líneas del ejército combinado castellano-pamplonés, y prácticamente se clavó él mismo en las lanzas enemigas. Esta acción absurda —y probablemente incierta, aunque vistosa en una narración panegírica— determinó que el ejército leonés perdiera fuelle o, directamente, renunciara a la lucha. Existen especulaciones acerca del origen de Pelayuelo, así como cierto examen forense al posible cadáver de Bermudo, que presenta multitud de heridas. Poco tiempo después de Tamarón, y pese a presuntas resistencias del obispo Servando y del conde Fernán Flaínez, Fernando entraba en León y se hacía coronar. Como en el resto de la novela, yo deslizo mi propia narración respecto de todos estos «hechos», siempre con un fin dramático.

El asesinato del Infanz y sus consecuencias dan vida a la novela, pero el gran asunto es, por supuesto, el ascenso de Ramiro y la fundación del reino de Aragón: de bastardo a rey, de condado a reino. La acusación a la reina por parte de su propio hijo primogénito, todo por causa de un caballo y a cuenta de un

adulterio, el desafío a duelo judicial, el gesto viril del bastardo al ser el único que defiende a la madrastra, el premio por su acción…

Por su vigencia en la época, he tratado de seguir la Lex Visigothorum como guía penal para el juicio a la reina Mayor y al Eitán. A diferencia de la oscura imagen popular asentada por películas y otras ficciones, la Alta Edad Media no era ese tiempo de crueldades gratuitas y costumbres siniestras, y eso es algo que puede comprobarse en dicho código. La leyenda ha querido, en alguna de sus variantes, que la reina acusada corriera el riesgo, en caso de ser condenada, de morir en la hoguera. Habría sido muy literario, lo reconozco, pero en esto me he inclinado por lo histórico. En cuanto al proceso penal propiamente dicho, he interpretado libremente lo que dice la ley goda y he añadido un poco de Santas Escrituras y una pizca de cosecha propia, que esto es una novela. Parte de esa cosecha mía es el testimonio clave de la doncella Felicia, así como el recurso —impropio de la ley goda, por cierto— al duelo judicial. Según la leyenda, el desafío existió y Ramiro fue el único en alzarse en defensa de su madrastra, pero la oportuna aparición de un clérigo o un monje acabó con la farsa al romper su secreto de confesión: la acusación de García era falsa, resultado de una infantil rabieta. El desenlace legendario nos muestra a García suplicando perdón por su calumnia, al rey Sancho dando por concluido el *affaire* y, hala: todos felices. Como premio por su valor, la reina Mayor toma a Ramiro como hijo, incluso mediante un rito jurídico/teatral que simula su nacimiento de la nueva madre. Esto legitima su condición anulando la bastardía, y lo hace acreedor a parte de la herencia en pie de igualdad con García, Fernando y Gonzalo. Es decir, su gallardía con las damas convertirá a Ramiro en propietario de Aragón, el humilde territorio montañés que, con el tiempo, se alzará junto con Castilla como gran Estado peninsular y germen de España.

Alrededor de estos grandes temas, de halo tan legendario y potencial tan literario, discurren el resto de la narración y sus personajes. La descripción que hago del abad Oliba responde de cerca a lo que afirma la documentación, tanto en lo relativo a su erudición y su amor por los libros como en cuanto a su labor por el

cumplimiento de la ley goda y por asentar las constituciones de Paz y Tregua. Sancho III y él se admiraron mutuamente e intercambiaron correspondencia. Enfatizo en el campo ficticio la adhesión de Sancho III a las tesis pacificadoras de Oliba.

Sancho III, por cierto, no solo fue el gran impulsor del Camino de Santiago, sino que trabajó con afán por la expansión del rito romano impuesto desde la sede papal para sustituir al mozárabe. Sancho III se convierte también en un importante reformador monástico inspirado por lo benedictino. Leire, San Millán de la Cogolla, Oña o San Juan de la Peña serán bases monásticas desde las que se asientan los dictados religiosos y el poder real. Pese a todo, parece ser que el rito mozárabe, muy afianzado, se resistía a desaparecer. Tal como refleja la novela, los monasterios tuvieron una importancia capital para la articulación del territorio, y de ahí el protagonismo de los abades —algunos de los cuales, como se ha visto, fueron también obispos—. De igual manera he tratado de reflejar, aunque sea solo superficialmente, los diversos sistemas de estructura administrativa laica según lo que dice la documentación, y por eso vemos tenencias o seniorados en algunos territorios como Aragón, el Sobrarbe o Pamplona, pero no en la Ribagorza de esta primera fase (Sancho III y Ramiro I), cuya estructura sería más parecida a la de los condados orientales —hoy parte de Cataluña— como Urgel, Pallars o Barcelona, al menos hasta la incorporación definitiva de la Ribagorza al reino de Aragón.

Si seguimos con los demás personajes nos encontraremos de nuevo con la ambigüedad y el misterio: Alfonso V de León, por lo visto, tuvo una tercera hija llamada Jimena, cuya madre fue su segunda esposa, Urraca de Pamplona. Apenas existe documentación sobre ella. Tampoco se sabe exactamente qué ocurrió con esta Urraca de Pamplona tras 1031. Tigridia, hermana de la reina Mayor y primera abadesa del monasterio dúplice de Oña, murió probablemente entre 1030 y 1035. En 1033, por cierto, Sancho III limitó el cenobio de Oña al monacato masculino. Otro familiar de la dinastía pamplonesa fue Pedro Fernández, conde de Cea y tío materno de Sancho III. Algo que no toco en la novela es su periodo como refugiado en la corte pamplonesa y su condición de jefe del

partido navarro en León. He ficcionado su muerte violenta en 1028, durante los motines dirigidos contra el nuevo rey Bermudo. Extinguido el linaje del conde Pedro, el derecho sobre Cea recae en Sancho III.

¿Cuál fue la razón de la muerte del rey Sancho III de Pamplona? No se sabe, pero sí que ocurrió a edad temprana, en torno a sus cuarenta años (43 según mi ficción). Dada la dudosa fiabilidad de lo establecido historiográficamente, poco puede hacerse aparte de deducciones. Si es verdad que dispuso el reparto de sus reinos un poco antes de fallecer, podemos suponer que se encontró enfermo, lo suficiente como para temer lo peor y lanzarse a arreglar el futuro de sus estados. Ficciono un proceso cancerígeno para solucionar el asunto, igual que es ficción lo de su lance de caza con ese jabalí valeroso: la cojera de Sancho III es invención mía. El médico andalusí Yusuf as-Sansí es también ficticio, aunque sus innovadores métodos para reducir fracturas son plausibles en ese momento. Ah, y no existe constancia de que en esta época preheráldica se estuviera apuntando al águila negra como símbolo de la monarquía pamplonesa.

En muchas ocasiones tampoco existe claridad acerca de las fechas, como ocurre con las conquistas de Arnau Mir de Tost en la zona de Ager. Pasa algo parecido con la campaña hacia el sur de la Ribagorza. Se habla ya de una incursión cristiana en tiempos de Sancho III (hacia 1027) en Lascuarre, Laguarrés, Fals, Benabarre y el resto del curso bajo del Isábena y la sierra del Montsech, pero también cabe la posibilidad de que eso ocurriera después de su muerte. En cuanto a esa muerte, la de Sancho III en 1035, no se conocen muchos detalles, pero sí que en ese año tuvo lugar la segregación violenta de la población judía en Castrojeriz, que se instaló en un cerro cercano. Es ficticio lo narrado aquí sobre ese médico judío cuya intervención desató el incidente. La tradición acerca del nombre de esta población es jugosa. El lugar llegó a llamarse Castrillo Matajudíos, ahora atemperado por otro más acorde con los tiempos: Castrillo Mota de Judíos.

Sobre la fecha de la batalla de Tafalla existen varias tesis. El abanico comprende desde 1037 hasta 1043. En cuanto a la adición

del Sobrarbe y la Ribagorza a los dominios de Ramiro se barajan fechas desde 1039 a 1045, y aún se desconoce el mecanismo concreto de su cambio de soberanía. La muerte de Gonzalo es poco menos que un misterio, aunque se tiende a datar en junio de 1043 en Lascuarre o Monclús.

El caso de Tafalla y su plasmación historiográfica es particular. ¿Quién luchó contra quién y por qué? Según la documentación que he manejado, Ramiro siempre respetó su vasallaje a Pamplona, incluso aunque se esforzara en crear su propia dinastía. No en vano, gran parte de las dudas sobre su consideración como primer rey aragonés descansa sobre el hecho que no se intitulaba a sí mismo como tal, sino como «Ramiro, hijo del rey Sancho». Tradicionalmente se ha insistido en que la célebre Arrancada de Tafalla fue la defensa de García frente al traicionero ataque de Ramiro, aliado con los musulmanes de Zaragoza; una conclusión que encuentra su base más sólida, curiosamente, en la pérdida de un caballo por parte de Ramiro, que pasó a manos del rey García. Pero la tesis de Roberto Viruete me parece más lógica: en lugar de poner en riesgo Aragón y la fidelidad de sus vasallos y, además, perder la partida, lo que hace Ramiro es ayudar exitosamente a su hermano García a defenderse contra el ataque zaragozano. Eso se concilia mucho mejor con la circunstancia de que poco después varias posesiones de García pasaran a manos de Ramiro, y de que este sumara a su señorío aragonés los del Sobrarbe y la Ribagorza. Sí que me separo de Viruete al datar esta batalla en tiempos del reinado de Ibn Hud, y no de su antecesor Mundhir. En cuanto al desarrollo de la «Arrancada», la historiografía no nos brinda detalles tácticos. Al igual que pasa con Tamarón, los dos episodios bélicos suceden en la novela según mi imaginación.

Existiera o no rivalidad entre hermanos, en noviembre de 1044, en fechas previas a la conquista de Calahorra, García, Ramiro y Fernando aparecen juntos, «reconciliados» para algunos por mediación del obispo de Pamplona.

He tirado de más imaginación para traer la legendaria fundación de Santa María la Real en Nájera: una de las variantes nos cuenta que durante una jornada de caza, el halcón de García persigue a una

paloma hasta una cueva, donde sucede un doble milagro: el halcón se hace amigo de la paloma y aparece una talla de la Virgen. A consecuencia de esto y con los fondos conseguidos en la conquista de Calahorra se inicia la construcción del monasterio, cuya iglesia se consagra en 1052 con la presencia de García, Fernando, Ramiro y Ramón Berenguer I.

Otro de los varios motivos legendarios, este relacionado con el reino de Aragón, es el de la posesión del cáliz de Cristo —pese a las respetables maniobras leonesas, entre otras—. La tradición más asentada apunta a que la reliquia que ahora se guarda en la Catedral de Valencia, en la Capilla del Santo Cáliz, es la misma que obraba en el monasterio de San Juan de la Peña en el siglo XIV. Su itinerario a partir de aquel momento es más o menos conocido; no así sus avatares previos, que se hunden en lo legendario y lo hacen pasar por varios lugares aragoneses durante la dominación musulmana: Yebra de Basa, San Pedro de Siresa, la iglesia de Bailo —de donde lo saquean los sarracenos al principio de esta novela—, San Adrián de Sasabe —sede del obispo de Aragón en el siglo XI—, San Pedro de Jaca y, por fin, San Juan de la Peña. Obviamente, hablamos de un objeto legendario cuya génesis mitopoética hay que buscar en el siglo XII, en la obra de Chrétien de Troyes. En este mismo nivel de la realidad, el de la verdad literaria y la senda estética, es donde hay que situar lo que se dice en esta novela sobre ese cuenco rojizo.

Arnau Mir de Tost está razonablemente bien documentado, lo mismo que su esposa, Arsenda de Fluviá, por lo que es fácil hallar información sobre ellos. Sin embargo, y al igual que con otros hechos de los considerados históricos y que se narran en esta novela, es más difícil datar con precisión las conquistas territoriales de Áger y el resto de las plazas que Arnau ganó a los musulmanes. Lo que aquí aparece consignado en 1041 bien pudo ocurrir en 1036 o en 1044. Tenemos suerte porque se conocen detalles del testamento de Arsenda. Así, se sabe que poseyó un preciado espejo —*Speculum indium,* lo llama ella— que legó a la iglesia de la Santa Fe, en Conques. Este objeto ha desaparecido, pero sí podrían

conservarse varias piezas del ajedrez de Arsenda, que también nombra Arnau en un inventario. O eso es al menos lo que afirman en el Museo Diocesano de Lérida, donde exhiben algunos de los trebejos, mientras otros, al parecer, fueron vendidos a un museo kuwaití. No podemos saber qué veía Arsenda en su espejo, claro, aparte de su propio reflejo. Y tampoco se conoce la razón por la que su nombre ha pasado a la historia unido al del río Fluviá.

Todo lo que cuento acerca del innovador estilo de lucha de Arnau —la carga directa de caballería— encuentra cierta base, bien que en especulaciones. Este podría ser el momento en el que cambia la técnica de ataque a caballo, y se conjetura con su importación desde el ámbito normando. La presencia de Roger de Tosny en el condado de Barcelona casa bien con esta posibilidad. Tampoco es mera invención que Galicia sufriera el bandidaje vikingo, asunto en el que el obispo Cresconio de Compostela tendría algo que decir fuera de este universo diegético.

Algunos autores insisten en que Sulaymán ibn Hud no era *walí* de Lérida para la taifa de Zaragoza, sino que había formado su propia taifa en Lérida y Tudela, y que desde allí maquinó la conspiración para hacerse con el gran reino de Zaragoza. A mí me ha resultado más útil la tesis del *waliato*.

Es invención mía la contratación mercenaria de Rodrigo Vélaz para luchar en favor de Ibn Hud, así como su participación en el complot que sentó a este en el trono zaragozano. Sin embargo, era habitual que los ejércitos musulmanes contaran con auxiliares cristianos, tanto destacados por sus señores naturales como luchando por libre. La falta de tropas de calidad propias fue un mal endémico del califato Omeya y de las primeras taifas (así como de las segundas y las terceras).

La conspiración de Ibn al-Hakam tuvo lugar realmente, tal vez por desencuentros en cuanto al reconocimiento del falso califa Hisham, un oscuro episodio que pretendía recuperar el ya finiquitado califato cordobés desde la taifa de Sevilla, y del que yo paso de largo en la novela. En cualquier caso, en Zaragoza se asesinó al último emir tuyibí, Mundhir II, e Ibn al-Hakam —que era familiar de este y miembro del consejo— ocupó el trono por muy poco tiempo, puesto

que la población se rebeló para entronizar a Ibn Hud. En el transcurso de este golpe de mano murió también el gran visir judío Yequtiel ben Yishaq, hombre de gran prestigio intelectual en su época. Ibn al-Hakam, desterrado de la capital, acabó sus días en la fortaleza zaragozana de Rueda.

Una vez convertido en emir de Zaragoza con el sobrenombre de al-Mustaín, Ibn Hud colocó a sus hijos como *walíes:* Abú Yaffar, el primogénito, en la propia Zaragoza, Yusuf al-Muzaffar en Lérida, Muhammad en Calatayud, Mundhir en Tudela y Lubb en Huesca. A la muerte de Ibn Hud en 1046, Abú Yaffar se sentó en el trono, pero solo Lubb le permaneció fiel al principio. Los demás se le fueron sometiendo a excepción de Yusuf, que fundó su propia taifa en Lérida hasta que Abú Yaffar la recuperó en la década de los setenta.

Parece ser que Ibn Hud, ciertamente, trató de sustraer parte de su territorio a la taifa de Toledo, y que esa campaña en el distrito de Guadalajara es cierta. Se habla de un confuso enfrentamiento que terminó con el rey toledano al-Mamún huyendo hasta Talavera y perseguido por el príncipe Abú Yaffar. Es invención mía que ese choque tuviera lugar entre Molina y el lugar conocido como La Yunta. La Yunta es una localidad guadalajareña sobre la raya con Aragón, pero no existe conocimiento documentado de ella hasta el siglo XII, como torre en posesión de la orden del Hospital. Tampoco hay constancia de que los castillos de Zafra —az-Zafira en la novela — y Embid estuvieran implicados en aquella campaña.

Como en tantas otras ocasiones, e incluso en esta novela tan abarrotada de personajes, he prescindido de muchos de ellos para no hipertrofiar la trama, de modo que algunos de los existentes llevan a cabo acciones que no se corresponden con lo documentado, o directamente paso por alto ciertos episodios que no habrían contribuido al avance dramático de la obra, sino todo lo contrario. Un ejemplo de personaje desaparecido sería el de Jimena, madre de Sancho III, que lo sobrevivió supuestamente hasta 1045. A este problema hay que añadir otro que siempre encuentro en mis novelas «medievales»: la poca variedad en los nombres de las personas y, por consiguiente, en sus apellidos, que siempre son patronímicos. Si

me hubiera referido como «Sancho» y como «Sancha» a todos los Sanchos y Sanchas que se dan en esta época, el lector más avezado estaría irremediablemente perdido en el tercer capítulo. Por eso recurro a trucos como el de llamar «Princesita» a Sancha de Castilla —después Sancha de León—, quien ni tuvo ni pudo tener jamás ese apodo. Un ejemplo ilustrativo: en agosto de 1035, entre los tenentes aragoneses constan Jimeno Garcés, Lope Garcés, Lope Íñiguez, Lope Sánchez, García Sánchez, García Jiménez, Fortún Jiménez y Sancho Fortúnez. Por esta causa prescindo, verbigracia, de los hijos del Eitán: Fortún, García e Íñigo Jiménez, incluso aunque el primero de ellos fuera tenente de Agüero y Murillo durante esa algara musulmana con la que se inicia la novela. El problema de los nombres lastra a menudo una narración que preceptivamente ha de ser inteligible para el lector, y lleva a decisiones que limitan a su vez la nómina de personajes. Cuando me refiero al obispo de Pamplona coetáneo del rey Sancho, lo hago así, como «obispo de Pamplona», precisamente porque su nombre también era Sancho. Y para complicar más las cosas, el obispo de Nájera coetáneo al rey Sancho de Pamplona y al obispo Sancho de Pamplona se llamaba… Sí: Sancho también. Hay quien opina, de hecho, que el tal Sancho era al mismo tiempo obispo de Nájera y de Pamplona. Total, que si a Jimeno Garcés lo llamo frecuentemente «eitán» y no lo hago con nadie más, es para esquivar las confusiones. Este término, «eitán», parece derivar del euskera «aita» (‘padre’), y designa a quien educaba y cuidaba a un infante real, a modo de padrino. Eitanes o ayos hubo varios, tantos como infantes. García tuvo el suyo —Fortún Sánchez, históricamente conocido como «el Buen Padre»—, y Fernando también lo tuvo —Gome, de San Millán de la Cogolla—, pero prescindo de darles papel en la trama para centrar ese título, «eitán», en don Jimeno Garcés, incluso a pesar de que el citado «Buen Padre», Fortún Sánchez, fue uno de los nobles más importantes del reino pamplonés, íntimo de Sancho III. Ocupó la tenencia de Nájera y seguiría al servicio de García hasta la jornada de Atapuerca.

Otro personaje que se ha caído de la historia por motivos prácticos es Ponce, obispo de Oviedo muy cercano a Sancho III el

Mayor y activo protagonista en la reposición de la diócesis de Palencia, impulsada por el rey pamplonés. Mismas razones me llevan a prescindir de otros detalles de tipo histórico que no habrían contribuido a que avanzara la trama. Prescindo de los oficios cortesanos en la corte pamplonesa, de las figuras de todos los mayordomos, caballerizos, escanciadores, escribanos… De los papeles reales de los seniores o tenentes en la administración del territorio, o de enumerar a todos los obispos y abades o cada monasterio y sus dependencias. Decisiones de esta índole, tendentes a priorizar lo literario sobre lo histórico, abundan a lo largo de la trama, por lo que la ausencia de muchos personajes «reales» descansa precisamente en que esto no es un ensayo y no precisa de exhaustividad científica. Lo mismo podría decirse de la descripción de la vida cotidiana. De poco serviría entrar en detalle sobre cómo funciona la economía del siglo XI, de las rentas mensuales de los monasterios, de décimas, censos, cahíces, ordios, nietros, mancusos y argencios.

He puesto énfasis en la pervivencia de ritos y costumbres de carácter tribal, incluso pagano, que se suponen más fuertes allá donde el paisaje ayuda. Aunque es muy difícil rastrear el origen y la evolución de estas creencias norteñas, me hago eco aquí de varias de ellas, como la de los homes granizos, las encantarias, las lamias, el Basajaún o Bonjarau, las donas d'aigua o las xanas.

Acabo expresando mi agradecimiento a las personas que me han ayudado con esta novela. En orden de intervención, gracias a Yaiza Roa, habitual responsable del *casting*. A Alicia García Herrera, por sus sugerencias acerca del tejido mítico y de la figura de la doncella sacrificada. A Ian Khachán y a Ana Martínez por su labor revisora, por ser siempre mis primeros lectores y por contarme sus impresiones.

†